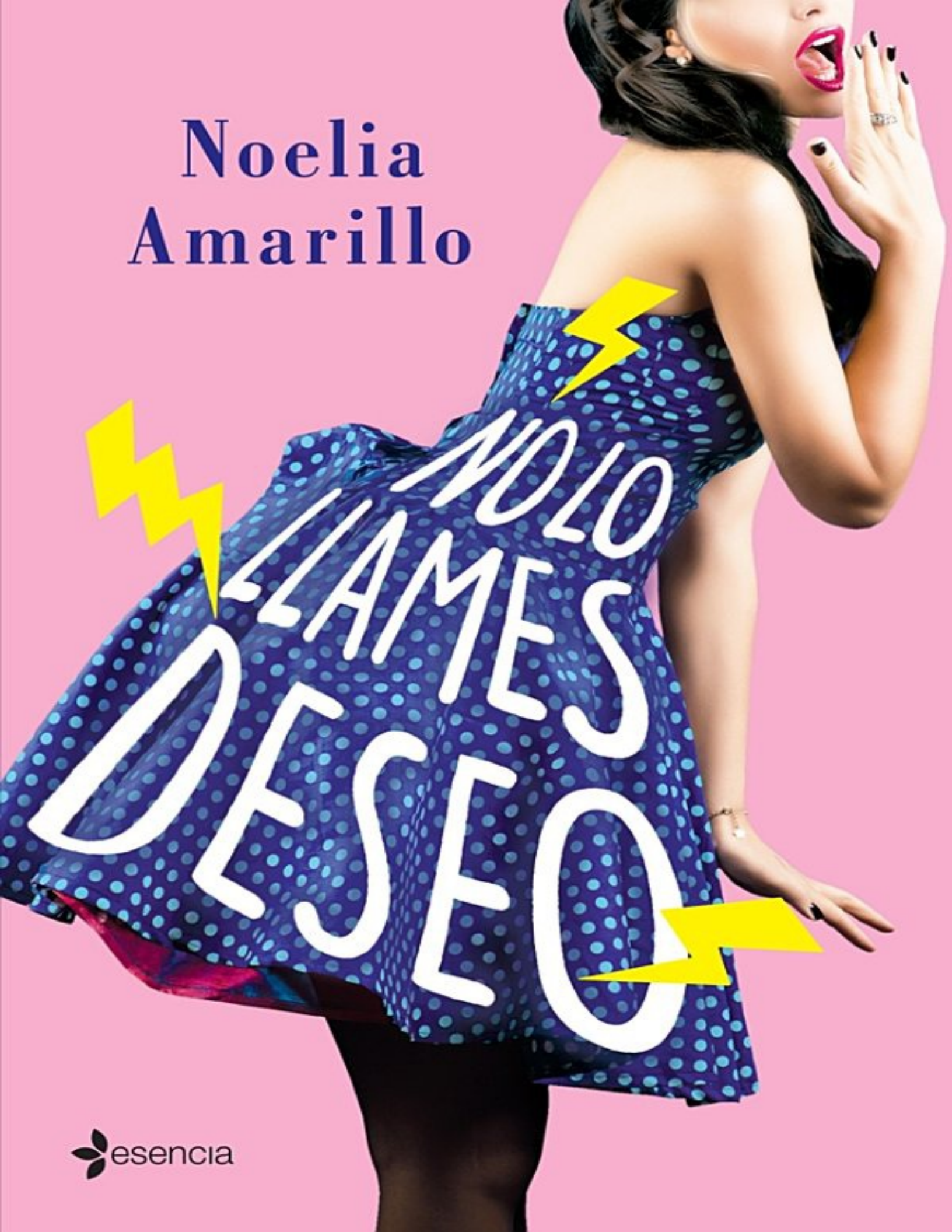


Noelia
Amarillo



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

Epílogo

Nota de la autora

Biografía

Referencias a las canciones

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

El amor no es tan maravilloso como lo pintan. El amor es deseo, caricias y risas, pero también traición y dolor. Es agonizar hasta desaparecer, hasta darte cuenta de que no eres capaz de reconocerte ante el espejo. He amado con locura. Por amor he soportado mucho más de lo soportable, he llorado y he sangrado. Me he roto en pedazos y he tardado meses en volver a ser poco más que una sombra del hombre que era. Así que no pienso caer en el mismo error. Porque amar es un enorme y terrible error.

Y no me importa si ella es dulce, divertida y leal. Si me descubre su corazón en cada sonrisa. No importa que me falte el aire cuando ella no está a mi lado. No voy a cometer el error de enamorarme de ella. Porque el amor duele, desgarrar, exige y, al final, mata. Y yo no sé si podré resurgir de mis cenizas de nuevo.

NO LO LLAMES DESEO

Noelia Amarillo

Esencia/Planeta

Prólogo

Sábado, 20 de octubre de 2018

Lo malo de que tu jefe sea tu mejor amigo y también el hombre que te sacó del infierno es que, cuando te pide que seas su padrino de boda, no puedes negarte. Da igual lo mucho que te desagraden las celebraciones en las que todo el mundo, tú incluido, tiene la obligación de ser feliz o al menos parecerlo, tampoco importa que las multitudes te agobien o que el amor te provoque una insoportable grima. Si tu jefe, tu amigo, tu salvador te lo pide, aceptas sonriente y finges que te lo estás pasando en grande. Porque se lo debes. Porque es tu amigo. Y, sobre todo, porque es un gran hombre y quieres que sea feliz.

Hay personas que nacen para ser amadas. Otras nacen para amar. Algunas pocas tienen la suerte de nacer para amar y ser amadas, como Rodrigo, mi jefe, y Gala, su casi esposa. Y luego estoy yo, que nací estrellado. No valgo para ser amado, soy demasiado superficial para que nadie se fije en mí más allá de mi cara bonita y mi físico imponente. Y tampoco valgo para amar. No sé hacerlo. Me entrego sin medida y no soy capaz de discernir si la persona a la que amo es buena para mí. Si no me va a hacer daño. Si no me va a romper.

Me he enamorado una vez y no quiero volver a hacerlo nunca más.

Duele demasiado.

El amor es peligroso. Te desgarras, te destruye, te cambia.

Me enamoré y ella me rompió. Destrozó mi mente, usó mi cuerpo, acabó con la persona que yo era y me convirtió en alguien que no soy.

He tardado casi un año en aprender a ser yo mismo otra vez. Un yo extraño al que me cuesta reconocer. Un yo diferente del que era pero que, aun así,

consigue caminar con la cabeza erguida y mirar a los ojos a la gente. Y no pienso arriesgarme a que el amor vuelva a destruirme, porque no creo que esta vez consiguiera resurgir de mis cenizas.

—¡Oh, por Dios, Calix! ¡No me digas que ya estás otra vez dándole vueltas a la cabeza!

Me vuelvo al oír la voz de quien se ha convertido en uno de mis dos mejores amigos, Uriel. El otro es Rodrigo.

Se acerca a mí, con una sonrisa astuta en sus labios mientras me mira con compasión.

—Estamos en una boda, Calix, no seas idiota y disfruta. Esto está lleno de mujeres exuberantes y hombres guapísimos con los que nos lo podemos pasar muy bien. No pongas esa cara de amargado y vamos a deleitarnos con la vista mientras esperamos a que llegue la hora del banquete y podamos disfrutar con el champán. —Me echa la mano al hombro y, a pesar de mi reticencia, me obliga a meterme entre los invitados.

Atravesamos los jardines y no puedo evitar estremecerme al ver a una mujer de pelo rubio y trasero voluptuoso parada junto a la escalera, dándonos la espalda. Me detengo petrificado por el temor de que sea Verónica. Hace casi un año que no la veo, desde que se marchó al otro lado del océano, pero su imagen sigue vívida en mi mente. Es imposible olvidarla cuando me llama puntualmente cada semana para seguir atormentándome.

—No seas idiota, el amor no es contagioso —me susurra Uriel burlón, sobresaltándome. En ese momento, la mujer se da la vuelta. No es Verónica. Y yo respiro de nuevo—. ¿Has visto a Iskra? Hoy se ha puesto un vestido rojo de Jessica Rabbit y está para mojar pan... y lenguas —prosigue malicioso, ajeno a mi repentino ataque de pánico—. Vamos a verla.

Me guía a través de la marabunta de personas sin importarle que intente resistirme. No quiero ver a Iskra, no me interesa cómo va vestida, ni cómo le sienta la ropa ni si parece una sirena, una diosa o una loca que se ha escapado

del manicomio. Prefiero mantenerme alejado de ella. Porque es peligrosa para mí. Mucho.

Pero no puedo evitar localizarla al otro lado de la fuente. Ella es como un faro para un barco perdido en la tormenta. Como un imán que hace girar la brújula hasta que consigue que deje de marcar el norte. Esté donde esté, mis ojos siempre la encuentran y...

Uriel tiene razón. Es tan hermosa que me duele mirarla.

—Y éste, señoras y señores, es el motivo por el que nunca está de más vestir una americana —comenta Uriel socarrón. Se inclina y sus labios tocan mi oreja, su voz convertida en un susurro que sólo yo puedo oír—: Para que nadie se dé cuenta de que se te ha puesto tan dura como una jodida viga de acero al ver las espectaculares tetas de Iskra enfundadas en un vestido que debería ser ilegal. Nadie, excepto yo, por supuesto —murmura malicioso antes de agarrarme la polla con la misma sutileza que un futbolista le toca los cojones, literal y figuradamente, a otro—. Disimula un poco, Calix, o pensará que te gustan las mujeres... Y no quieres eso, ¿verdad?

Me suelta el paquete, que, como bien ha intuido, está duro como una piedra, y, guiñándome un ojo, se acerca a la fuente para coquetear con Iskra.

Sí, Uriel es mi mejor amigo. Pero a veces me gustaría matarlo. Y si no lo hago es porque, en cierto modo, también él me salvó.

Rodrigo me salvó de Verónica.

Uriel me salvó de mí mismo.

1

Resiliencia

Capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos.

Viernes, 30 de marzo de 2018

—No está nada bien que la gente se vaya de la lengua, ¿no crees, muchacho?
—inquirió Pavel Alekseev, distinguido cliente de la Camisería Castro.

—Por supuesto que no, señor Alekseev —concedió Calix ayudándolo a ponerse la camisa a medida que su jefe, Rodrigo Castro, había confeccionado para él—. ¿La sienta cómoda?

Pavel estiró los brazos, hizo rotar los hombros y tiró de los puños comprobando la hechura.

—Es agradable al tacto y muy confortable, pero no sé si el cuello me convence, es demasiado abierto —dijo, la mirada fija en el complicado nudo de la corbata de Calix.

—¿Quiere probársela con una corbata? Así podrá ver el efecto —ofreció.

Pavel asintió, y Calix eligió entre las corbatas que tenían para probar la granate que había adquirido esa mañana pensando que quedaría perfecta con la camisa azul Prusia que había encargado el mafioso.

—Como te decía, no está bien que la gente se vaya de la lengua, mucho menos cuando son tus empleados —disertó Pavel mientras Calix le hacía un intrincado nudo *fishbone*.

—Eso está muy feo, desde luego.

—Entonces estarás de acuerdo en que lo mejor que puedo hacer con ese

soplón es romperle la espalda, meterlo en un bidón con cemento y tirarlo al Manzanares.

—Tengo entendido que hace poco limpiaron el cauce del río, sería una pena que lo ensuciara vertiendo chivatos en él. Sería más ecológico incinerarlo o enterrarlo —señaló Calix con indiferencia.

Pavel lo miró con una ceja enarcada. Calix había empezado a trabajar en la camisería casi al mismo tiempo que él la descubriera, y había visto el cambio que se había obrado en el joven en ese lapso. Ya no era el hombre receloso e introvertido de los primeros días. Tampoco el hermoso adonis que despertaba deseo en las mujeres y no poca envidia en los hombres. Sí, seguía siendo atractivo, pero había algo distinto en él. Madurez. O tal vez era que ya no parecía el muchacho asustado y quebrado de antaño, sino un hombre seguro de sí mismo y dueño de su presente.

Sonrió, no cabía duda de que Rodrigo Castro le estaba enseñando bien.

—¿Sabes, Calix?, me caías mucho mejor cuando sólo con verme te temblaban las rodillas.

—No dude de que me siguen temblando, señor Alekseev. Es sólo que ahora lo disimulo mejor —replicó haciéndose a un lado.

Pavel exhaló una estentórea carcajada antes de mirarse en el espejo.

—Una camisa impecable. Y la corbata combina perfectamente con ella. La quiero.

—Lo lamento, pero no está en venta —repuso Calix, pues en la tienda no vendían corbatas, y las pocas de las que disponían eran para probar con las camisas.

—¿Y qué? Envuélvemela para llevar —ordenó quitándosela.

—Tendrá que comentarlo con el señor Castro.

—Eso haré. De hecho, pretendo tener una conversación muy seria con él —declaró ufano antes de observar su imagen en el espejo desde distintos ángulos.

Calix esperó paciente a que terminara, a pesar de que su jornada laboral

había acabado hacía más de una hora. En la Camisería Castro jamás se metía prisa a un cliente ni se le insinuaba que era la hora de cerrar, pues eso habría sido una grave falta de respeto. Y si había algo que molestaba a su jefe era la falta de respeto. Aunque no tanto como la falta de educación. Así que aguardó en un discreto segundo plano hasta que Pavel se quitó la camisa.

A la salida del probador los esperaban media docena de guardaespaldas grandes como armarios, con traje negro y pinganillos en los oídos. Cinco de ellos acompañaron al señor Alekseev al mostrador mientras el sexto desconectaba los inhibidores de frecuencia que habían colocado en el probador para cortar cualquier transmisión.

No cabía duda de que Pavel era un hombre reservado.

Calix y Rodrigo sospechaban que sus negocios no eran exactamente legales, sino todo lo contrario, aunque tampoco era algo de lo que tuvieran absoluta certeza. Porque, ¿quién era el valiente que le preguntaba a alguien que parecía un mafioso si en realidad lo era? Ellos no, desde luego.

—¿Todo correcto, señor Alekseev? —inquirió el dueño de la camisería cuando Pavel se detuvo frente al mostrador.

—Casi todo, Rodrigo —dijo éste con semblante inflexible—. Quiero una corbata.

—Entiendo —suspiró el albino. Ésa era una vieja discusión que llevaba prolongándose varios meses—. Si me lo permite, puedo recomendarle la Corbatería Artesanal Hermanos...

—No te lo permito —lo cortó Pavel—. No quiero que me mandes a ninguna tienda. Quiero comprar las corbatas aquí. Es más, cada vez que encargue una camisa, quiero tener media docena de corbatas que combinen con ella para poder elegir la que mejor me parezca.

—Lo siento, pero, como sabe, no vendo corbatas.

—Y yo no tengo tiempo para andar perdiéndolo en buscarlas. —Dio un sonoro golpe en el cristal, lo que provocó que sus gorilas miraran con cara de malas pulgas a Rodrigo.

Quizá lo hicieron por empatía con su jefe o tal vez porque ellos también compraban allí las camisas y tampoco querían perder el tiempo en buscar corbatas. Fuera por lo que fuese, Rodrigo se encontró con siete pares de ojos clavándose en él peligrosamente.

En lugar de asustarse, los miró disgustado por el exabrupto.

—Lo lamento, pero yo tampoco tengo tiempo de buscar corbatas —señaló impasible.

—Pero Calix sí —apuntó Pavel con una sonrisa ladina.

Rodrigo arqueó una ceja y se volvió hacia su ayudante.

—¿Lo tienes? —formuló una pregunta obviamente retórica. El segoviano trabajaba tantas horas como él. No era tiempo lo que le sobraba.

Calix negó con la cabeza y se volvió hacia el mafioso.

—Lo lamento, señor Alekseev, pero...

—¿Cómo se llama la corbatería que siempre me recomendáis? —lo interrumpió Pavel.

—Corbatería Artesanal Hermanos Sánchez.

—¿Compras tus corbatas allí?

—Así es. Tienen un estilo fresco y elegante que me gusta mucho.

—Entonces conoces a esos hermanos...

Calix asintió sin saber muy bien adónde quería ir a parar Pavel.

—Estupendo. Habla con ellos y organízalo todo para que cuando venga a por la próxima camisa te dejen en depósito varias corbatas que puedas enseñarme.

—Pero...

—Tú las traes y yo las elijo. Las que me gusten me las quedo y las que no, se las devuelves. Estoy seguro de que me conseguirás exactamente lo que quiero sin darme la tabarra —afirmó en tono amenazante, no porque quisiera o necesitara amenazar a Calix, sino porque ésa era su costumbre. Luego miró a Rodrigo—. Me llevo la corbata granate, le da un aire elegante a la camisa —informó beligerante—. Calix comprará otra para sustituirla.

—Lo siento, pero eso no es posible, no puedo... —comenzó a protestar Calix.

—Claro que puedes. —El búlgaro sacó un fajo de billetes, separó dos y le dio la mano a Calix, encajándolos en su palma—. Compra una corbata para sustituir la que me llevo y quédate con lo que sobre por las molestias —dijo antes de enfilarse hacia la salida.

Sus matones lo siguieron. Todos menos uno, que se demoró en mirar a Calix con los ojos peligrosamente entornados antes de acercarse a él.

—Mismas condiciones. Una para dinosaurios —afirmó encajándole un billete en la mano antes de seguir a su jefe.

Calix observó petrificado al polaco, que, además de medir cerca de dos metros diez y ser uno de los gorilas favoritos del mafioso búlgaro, también era un firme comprador de camisas con motivos de animales. Él mismo le había vendido una de erizos, otra de vacas, un par de caballos y, la última, de dinosaurios.

—No sé cómo te las vas a apañar para encontrar una corbata que combine con la camisa de los dinosaurios rosas y verdes que le vendiste hace un mes —comentó Rodrigo.

—No voy a conseguirles corbatas —jadeó Calix.

—Creo recordar que la que se ha llevado Pavel la has comprado esta misma mañana.

—Estaba a buen precio y pensé que nos vendría bien para probar con las camisas de tonos oscuros —se excusó Calix a la defensiva.

—No cabe duda de que combina perfectamente con la camisa del señor Alekseev.

—¿Y? No veo qué hay de malo en aprovechar una compra para que armonice con la venta que vamos a hacer, sobre todo si es para un cliente tan complicado como Pavel.

—Desde luego, no hay nada malo —replicó Rodrigo—. Pero es la tercera corbata que se lleva. Y no es que me importe, soy de la opinión de que hay que

tener al cliente contento.

—Entonces ¿qué problema tienes? —masculló Calix recogiendo el mostrador.

—¿Yo? Ninguno. Eres tú quien va a tener que buscar corbatas para todos los mafiosos de Madrid —señaló dirigiéndose al otro extremo de la tienda.

—¿Qué? No voy a hacer eso —protestó Calix siguiéndolo, pero Rodrigo ya no le hacía caso. Toda su atención estaba puesta en los muebles estilo Liberty del fondo de la tienda: las elegantes líneas curvas del aparador, los zarcillos de vid trepando como volutas de humo por la librería que en realidad era la puerta al probador y el taller, y las enredaderas que ascendían por las patas de la robusta mesa que ahora sólo se utilizaba para sostener el ordenador portátil. Qué espacio más terriblemente desaprovechado.

—Vaciamos el aparador —dijo de repente— y así podrás usarlo para guardar corbatas... y todo lo que se te antoje vender. Tres metros dan para mucho.

—¿A qué te refieres con «todo lo que se me antoje vender»?

—También podemos vaciar de libros la librería si necesitas más espacio.

—¿Para qué se supone que voy a necesitar más espacio?

—Pondremos sobre el aparador los expositores de corbatas y usarás la mesa como mostrador, como hacía mi abuelo.

—¡No voy a vender corbatas! Por si no lo recuerdas, estamos sobrepasados de trabajo. Necesitamos con urgencia contratar a un maestro cortador que te ayude y una bordadora que pueda sustituir a Amalia, porque, no es por nada, pero se jubila en agosto.

—Dios proveerá —sentenció Rodrigo apagando las luces traseras, pues era hora de cerrar.

Calix parpadeó perplejo. ¿Dios proveerá?! ¿Ésa era otra de sus bromas ácidas?

—¿Desde cuándo crees en los milagros? —inquirió malhumorado.

—Desde que Gala aceptó casarse conmigo —replicó Rodrigo dirigiéndose

a la salida—. De todas maneras, ya no hay marcha atrás. ¿O crees que sería aconsejable disgustar a Pavel?

—Como si eso te hubiera importado alguna vez —resopló Calix. Su jefe era la persona con más templanza, valor e integridad que conocía. Nadie lo alteraba, ni siquiera Pavel Alekseev, motivo por el cual se había convertido en el proveedor favorito del gánster.

Rodrigo se limitó a esbozar una sonrisa lobuna antes de salir a la calle. Calix se apresuró a seguirlo. Bajaron la reja antes de encaminarse a la estación de metro.

—No podemos embarcarnos en nada más —insistió Calix, aunque sabía que cuando su jefe tomaba una decisión era imposible hacerlo recular—. No tengo tiempo de buscar corbatas.

—Por supuesto que no lo tienes, pero lo cierto es que ya las estás vendiendo... o, mejor dicho, regalando.

Calix esquivó su mirada afilada, porque, como siempre, había dado en el clavo.

—Cortas con cierta pericia, pero ambos sabemos que coser no es lo tuyo —apuntó el albino esbozando una cálida sonrisa—. Y, a fuer de ser sinceros, debes reconocer que lo que mejor sabes hacer es conseguir cosas. Y, además, te gusta. Disfrutas encontrando lo imposible, negociando lo inabordable y vendiendo lo impagable. Eres el mejor rastreador de tejidos que he conocido nunca y no voy a seguir desperdiciando tu talento sólo porque andemos escasos de personal. A partir de ahora te encargarás de conseguir corbatas y accesorios. Harás lo mismo que con las telas de las camisas: encontrar la que le gusta a cada cliente y proveérsela.

—No puedo permitirme el lujo de perder el tiempo buscando corbatas.

Rodrigo contuvo un bufido frustrado. Desde luego, no iba errado, tiempo era justo lo que les faltaba. Lo observó con atención. No parecía el mismo hombre al que había dado trabajo y acogido en su casa en Navidad. Había ganado peso y sus ojos ya no rehuían su mirada ni la de los clientes. Tampoco

caminaba encogido ni se sumergía en eternos silencios de los que era casi imposible hacerlo salir. Pero, a pesar de eso, la apatía seguía ganándole la batalla cuando no estaba en la tienda y no se veía obligado a fingir un entusiasmo que aún no había conseguido recuperar. Porque lo cierto era que seguía siendo una sombra del joven vital y decidido que había sido hacía poco más de un año.

Y no estaba dispuesto a consentirlo. Aunque tuviera que hacerlo reaccionar a fuerza de reventarlo a trabajar. Lo que fuera con tal de no verlo día tras día apático, con la mirada velada y los labios tensos por amargos recuerdos.

—Si no puedes permitirte el lujo de buscarlas mientras estés aquí, hazlo en tu tiempo libre. Así tendrás un quehacer en el que ocupar las horas que pasas en casa aletargado —sentenció.

—Estupendo, esto cada vez suena más a esclavitud —masculló Calix.

Rodrigo no pudo menos que sonreír. Le gustaba que su protegido refunfuñara. Habían hecho falta dos meses para que saliera del abatimiento que lo envolvía como una mortaja y se quejara de las injusticias con que lo atosigaba con el único propósito de forzar una reacción. Así que verlo oponerse a él era un bienvenido soplo de aire fresco.

—Rebélate si quieres, pero no tienes excusa. A no ser que pasarte las horas mirando el techo de tu dormitorio sea una ocupación más importante de lo que parece, por supuesto. —Calix se encogió enfurruñado, pues tenía razón—. Apresurémonos, ya deberíamos estar en casa, y Gala y las niñas estarán preocupadas —dijo Rodrigo al llegar a la estación de metro.

—Le escribí un whatsapp a Jimena cuando vi entrar a Pavel —señaló Calix, refiriéndose a la hija mayor de la novia de su jefe.

—No cabe duda de que estás en todo —le palmeó la espalda con orgullo paternal.

—Ni que fuera muy difícil mandar un whats —resopló el joven, apartándose.

Rodrigo suspiró frustrado. ¿Cómo podía alguien que cada día demostraba

su eficacia y su iniciativa creer tan poco en sí mismo? La respuesta a esa pregunta no era complicada: Verónica.

—Espero que el metro no tarde —dijo al llegar al andén—, ya casi paladeo los calabacines rellenos que Gala me prometió para cenar.

—También a ella la tienes esclavizada —señaló Calix, pues casi todas las noches cenaban en su casa, aunque Rodrigo y él no residían allí.

Gala y Rodrigo vivían en el mismo edificio. Eran vecinos. Lo habían sido durante seis años antes de enamorarse y lo seguirían siendo hasta que se casaran en octubre. Mientras tanto, cada uno vivía en su casa. O, mejor dicho, cada uno dormía en su casa, porque el resto del tiempo lo pasaban juntos.

—¿Me estás acusando de ser un tirano? —inquirió Rodrigo con gesto pétreo.

—¿Acaso no lo eres?

—La cuestión no es si lo soy o no, sino que tú te atrevas a acusarme de serlo. Te recuerdo que eres mi empleado.

—Al que vas a explotar impunemente haciéndolo trabajar en su escasísimo tiempo libre revisando catálogos y negociando compras de corbatas para tu tienda.

—A cambio de una comisión del seis por ciento en cada venta, además de las gratificaciones que te den los clientes.

—Del doce.

—¿Estás regateando? Por si no has caído en la cuenta, no trabajas en un mercadillo, sino en una camisería artesanal —señaló con semblante serio Rodrigo.

—No regateo: negocio. Aunque siempre podemos seguir como estamos y que Pavel continúe afanándose las corbatas. Aceptaría un diez.

—Y yo te daría un nueve.

—Comenzaré a mirar catálogos esta misma noche —aceptó Calix el trato.

—Déjalo para mañana. Ya es tarde, y Gala y las niñas nos esperan para cenar.

Calix desvió la vista, fijándola en un cartel a medio arrancar de la pared.

—¿Qué ocurre? —Rodrigo lo miró inquisitivo. Demasiado bien lo conocía como para saber cuándo había algo que no sabía cómo decirle.

—Tal vez no vaya a cenar esta noche. No tengo hambre y me apetece investigar un poco por internet. Podría adelantar trabajo si...

—Ya lo harás mañana —lo interrumpió Rodrigo.

—Prefiero hacerlo hoy.

—¿Hay algún motivo por el que no quieras cenar con nosotros?

—No, es sólo que... —Se calló, incapaz de verbalizar el porqué de su negativa.

—¿Ha ocurrido algo? —exigió saber el albino. Calix negó con un gesto—. ¿Verónica ha vuelto a llamar?

—Hace semanas que no sé nada de ella —mintió bajando la mirada, pues su jefe tenía la desagradable capacidad de leer en sus ojos—. Es sólo que no tengo hambre, nada más.

—Por supuesto —replicó Rodrigo desdeñoso—. Eso, y que te apetece estar solo en casa. —«Sumido en el silencio, aislado de todos y atormentándote con tus recuerdos.»

Calix se encogió de hombros, la mirada fija en el final del andén. Allí, la oscuridad parecía tragarse la luz, reduciéndolo todo a una nada tenebrosa e infinita.

No le importaría desaparecer en ella y no volver jamás.

—Haz lo que quieras, pero si no vienes las niñas preguntarán por ti —señaló Rodrigo—. Y, como no tengo por costumbre mentir, les diré que no has querido subir. Entonces Jimena me pedirá las llaves de casa, yo se las daré porque es la hija de mi prometida y soy incapaz de negarle nada. Y ella bajará a por ti y, como tú tampoco eres capaz de negarle nada, acabarás subiendo a cenar. Así que sé listo, ahórrate la humillación y ven conmigo.

Calix metió malhumorado las manos en los bolsillos. Rodrigo conocía bien a las hijas de su novia y sabía de sobra que la mayor no permitiría que cenara

solo... y que él era incapaz de resistirse a ella. Cuando las cosas habían empezado a ir mal y su vida se había ido a la mierda, Jimena había sido la única persona que había creído en él, que lo había apoyado. También quien había conseguido la ayuda de Rodrigo y lo había sacado del abismo.

No podía negarse a nada que ella le pidiera. Y Rodrigo lo sabía.

2

Melancolía

Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que quien la padece no encuentre gusto ni diversión en nada.

—Me pido la habitación que da a la plaza —dijo Gadea tomando un enorme bocado de calabacín relleno que apenas si le entró en la boca.

Rodrigo y Calix estaban en casa de Gala, cenando con ella y con sus hijas y, como ocurría casi todas las noches, la boda estaba sobre la mesa. En esta ocasión, Jimena y Gadea se estaban repartiendo las dos habitaciones que quedaban libres en la casa de Rodrigo, que era donde vivirían tras la boda, pues, aparte de tener una habitación más, también era más grande.

—Ésa también la quiero yo —replicó Jimena enfadada soltando el cubierto en el plato.

—Pues te fastidias, porque yo me la he pedido antes —zanjó Gadea. O, al menos, eso creyeron entender, porque tenía la boca tan llena de comida que no consiguió vocalizar.

—Te fastidias tú, renacuaja. Yo soy la mayor y tengo derecho a elegir primero.

—Y una mierda —objetó Gadea, y esto sí que se le entendió perfectamente.

—Lo echaremos a suertes —intervino Gala antes de que estallara la tercera guerra mundial en su casa.

—No será necesario —apuntó Calix mareando la comida en el plato—. No voy a seguir viviendo en casa de Rodrigo en octubre; de hecho, espero irme bastante antes. Mi habitación quedará libre, y también da a la plaza. Así que no tenéis por qué discutir.

—¡No quiero tu habitación! —le gritó Jimena antes de girarse furiosa hacia su hermana—. ¡¿Ves lo que has conseguido por ser tan egoísta?! ¡Por tu culpa quiere irse!

—¡Eso es mentira! ¡Yo tampoco quiero su habitación! —Gadea miró encrespada a Calix antes de centrarse en su hermana—. Si quiere irse es por tu culpa, porque quieres quedarte con mi habitación.

—¡No es tuya, *retromóguer!* —rebatió Jimena.

—¡Ni tuya, payasa!

—En realidad, está en mi casa, ergo es mía —señaló Rodrigo—. Y estoy planteándome muy seriamente ocuparla yo. Lo que sólo dejaría libres las dos habitaciones interiores.

Las niñas miraron ofuscadas al novio de su madre. ¡Eso no era justo! Si él y su madre ocupaban una habitación exterior y Calix la otra, ellas tendrían que conformarse con las que daban al patio, que eran mucho más tristes.

—No puedes quedarte con una habitación exterior. Te molesta la luz —repuso Jimena. Los ojos violetas del albino eran hipersensibles, de ahí que su dormitorio diera a un patio interior con poca luz.

—Pondré cortinas tupidas —arguyó Rodrigo.

Las niñas se miraron pensativas mientras él esbozaba una sonrisa vencedora. Parecía que le estaba cogiendo el tranquilo a ejercer de *padrovio*. Saboreó esa palabra que Gadea había inventado para él y que venía a significar que, al ser el novio de su madre, también era algo así como su padre postizo.

—Pues entonces yo me pido la habitación de Rodrigo —afirmó Jimena mirando desafiante a su hermana.

—Es mucho más grande que la otra. ¡No es justo! Me la quedo yo —protestó Gadea colérica, dando al traste con la ilusión de Rodrigo de haber conseguido la paz mundial.

—¡Tres narices que te comas! —Jimena se puso en pie con ánimo beligerante.

—¡Se acabó! —estalló Gala viendo que aquello era el cuento de nunca acabar—. Recoged la mesa, lavaos los dientes y a la cama.

—¡No! —exclamaron las niñas, milagrosamente de acuerdo en algo.

—*Porfa*, mamá, he quedado para jugar a la Wii con Anuja, Xiao y Kini —pidió Jimena.

—Y yo voy a jugar al Cluedo con Neeja y Maylin —agregó Gadea.

—Son casi las once de la noche —informó Gala.

—Es viernes, déjanos un ratito. Nos meteremos en el cuarto y no haremos ruido...

—Está bien, pero a las doce y media se cierra el chiringuito y cada uno a su casa.

Las niñas asintieron felices, llamaron a sus amigas y luego recogieron con rapidez la mesa. Pocos minutos después empezó a sonar el timbre y la casa se llenó de crías.

O no tan crías, pensó Gala observando a su hija mayor. Ya tenía catorce años y, aunque para ella siempre sería una niña, en realidad no lo era. Era una adolescente. Una con bastante carácter y muchos pájaros en la cabeza. Suspiró. Ojalá Jimena hubiera aprendido la lección y ese año fuera un poco más lista que el anterior y no hubiera ningún peligroso e inadecuado noviazgo en ciernes.

Aunque tal vez ya lo había, pensó al abrir por enésima vez la puerta y encontrarse con el único chico que visitaba su casa para jugar a la consola con Jimena.

—Buenas noches, Jime me ha dicho que subiera —murmuró Kini, frunciendo el ceño cuando su voz cambió de grave a aguda. Odiaba que le pasara eso. Era como si tuviera un pito en la garganta que sonaba cuando menos lo necesitaba.

—Claro, pasa. ¿Qué tal tus padres? —le preguntó Gala mirándolo pasmada. Sólo era un año mayor que Jimena, pero ya medía casi un metro ochenta y parecía crecer por segundos.

—Bien, felices como perdices —contestó él sin entrar en detalles; no le gustaba hablar de sus distantes progenitores—. Voy al cuarto con Jimena. Y con las demás —se acordó de añadir.

Gala sacudió la cabeza. Puede que su hija no se diera cuenta, pero era evidente que Kini estaba colado por ella. Ojalá Jimena y sus amores le dieran un respiro. Se dirigió al salón y se quedó clavada en la puerta al ver a Calix con la cazadora puesta.

—¿Te vas?

—Es tarde y mañana toca madrugar —se excusó cohibido.

Le costaba hablar con Gala, había estado enamorado de ella. O, mejor dicho, fascinado por ella, incluso obsesionado. Pero no enamorado. El amor lo había descubierto más tarde, con otra persona. Gala y él habían sido amigos, pero todo se había torcido. Y aunque ahora volvían a serlo, le costaba comunicarse con ella. O tal vez debería decir que le costaba comunicarse con cualquier mujer que tuviera más de catorce años y menos de sesenta.

—No me había dado cuenta de que los viejos de veintiséis años como tú no salen de fiesta los viernes porque tienen que acostarse pronto para rendir al día siguiente —replicó Gala con sorna. Apoyó un hombro en la jamba de la puerta, de manera que si él quisiera salir (y sí que quería) tendría que apartarla. Porque desde luego no pensaba quitarse.

—En realidad, tengo veintisiete —murmuró Calix. Los había cumplido hacía un mes, pero no se lo había dicho a nadie para no verse obligado a celebrarlo. En lugar de eso había viajado a Segovia para estar con sus padres. Ése había sido su mejor regalo—. Ha sido una semana complicada y estoy muy cansado, prefiero bajar a casa y leer un rato —apuntó acordándose de esbozar una sonrisa forzada. Gala solía dejarlo tranquilo cuando sonreía.

Ella lo miró ofuscada, consciente de que sonreía para contentarla y que lo dejara en paz. Pero ¡no podía! Se sentía terriblemente culpable. Se había tragado todas las mentiras que Verónica le había contado sobre él. Lo había creído capaz de las cosas más abyectas sin dudarlo ni un instante. Le había

negado la oportunidad de defenderse, ignorando a Rodrigo y a Jimena cuando aseguraban que se equivocaba. Había necesitado verlo roto, ensangrentado y aterrado para darse cuenta de que Verónica no era la persona que decía ser. Y, una vez abiertos los ojos, no se atrevía ni a imaginar lo que le había hecho pasar a Calix.

Miró a Rodrigo pidiéndole en silencio que no permitiera que Calix pasara la noche del viernes solo, encerrado en su cuarto mirando el techo. Que hiciera algo para obligarlo a quedarse con ellos. Pero su prometido se limitó a mirarla impasible y mantener la boca cerrada. Así que volvió a fijar su atención en el segoviano.

—Voy a abrir una botella de vino, ¿te apetece tomar una copa con nosotros?

—Muchas gracias, de verdad. Pero estoy muy cansado —mintió él, impaciente por irse.

No eran muchos los momentos que Gala y Rodrigo encontraban para estar solos, y estaba seguro de que tendrían mil asuntos de los que hablar sin que estuviera con ellos cual apéndice que les diera pena extirpar de sus vidas. Ahora que las niñas estaban en sus cuartos, él ya no pintaba nada allí. En realidad, nunca pintaba nada allí. Ésa no era su casa, y Gala y sus hijas no eran su familia. Tampoco Rodrigo lo era, aunque lo hubiera acogido como a un hermano. Su familia estaba en Segovia, esperándolo con los brazos abiertos. Pero no quería regresar. No aún. Era demasiado pronto. Si volvía, su madre lo mimaría y su padre lo protegería. Y eso no podía permitirlo. Necesitaba sentirse fuerte. Entero. Capaz.

Al principio, afrontar cada día le había resultado un reto imposible de superar, pero el apoyo inquebrantable de Rodrigo le había permitido ponerse en pie y comenzar a caminar. Lo había hecho dando traspiés, sintiéndose aterido e incluso cayéndose, pero había avanzado, y todo se lo debía al hombre que lo miraba inquisidor desde el sillón.

Deseó con todas sus fuerzas que el albino comprendiera que necesitaba irse.

—¿No puedo tentarte con nada para conseguir que te quedes un rato? — insistió Gala sin moverse de la puerta. ¡Era un hombre joven, no debería estar solo en casa, sino divirtiéndose!

—¿Dónde has puesto el Calvario, Gala? —intervino Rodrigo, refiriéndose a la botella de vino que pensaban abrir esa noche. Se levantó y fue hacia el mueble.

—En la vinoteca...

—No la veo, ¿podrías acercarte y ayudarme a buscarla? —le pidió con voz sosegada.

Gala lo miró enfadada, percatándose de su estratagema para apartarla de la puerta. En la vinoteca sólo cabían dieciocho botellas, no era tan difícil encontrar una.

Rodrigo fijó sus ojos de un imposible color violeta en ella, esbozó una cariñosa sonrisa y extendió el brazo tendiéndole la mano.

—Ayúdame a buscarlo. Por favor —reiteró su petición.

Y Gala, en respuesta, tomó una brusca inhalación y fue hacia él dejando la puerta libre.

Calix suspiró aliviado y aprovechó la coyuntura para salir del comedor.

—No me puedo creer que no hayas hecho nada para convencerlo de que se quedara —masculló ella enfadada, rechazando el abrazo de Rodrigo.

—¿Por qué habría de hacerlo? Es mayor de edad, que yo sepa, eso le da derecho a tomar sus propias decisiones.

—Pero...

—No puedes obligarlo a quedarse porque crees que no debería estar solo —afirmó acariciándole la boca con el pulgar. Ella se apartó disgustada—. ¿No te has planteado que tal vez necesita gozar de cierta autonomía? Se pasa el día en la tienda bajo la estrecha vigilancia de Amalia y Rosalía —dijo refiriéndose a la bordadora y la cosedora, respectivamente— y luego venimos aquí, donde vosotras lo vigiláis cada segundo. No lo estamos arrojando, lo estamos agobiando.

—Lo pintas como si lo tuviéramos retenido en una prisión —masculó enfadada.

—Una muy agradable, por cierto —replicó Rodrigo, ganándose un bufido.

Calix estaba a punto de llegar a la puerta cuando se dio de bruces con Jimena.

—¿Te vas ya? —exclamó sorprendida—. ¡Es prontísimo!

—Es tarde y mañana me toca trabajar —se excusó.

—Pero aun así... —Lo miró poco convencida. No le gustaba esa manía que tenía de escaparse a la menor oportunidad—. ¿Por qué no vienes a jugar a la Wii con nosotros? Podrías hacer pareja con Kini.

—Prefiero irme a descansar, pero gracias por la oferta —rechazó Calix, ansioso por irse.

Jimena lo miró enfurruñada antes de mover la cabeza en un gesto asertivo.

—Haz lo que te dé la gana. Al fin y al cabo, es lo que siempre haces.

—Mañana me quedaré, te lo prometo —aseveró. No le gustaba enfadarla. La quería demasiado, y le debía demasiado, como para hacerlo.

—Eso espero —repuso desafiante antes de esbozar una dulce sonrisa—. Hoy he aprendido una nueva palabra. A lo mejor te gusta para tu cuaderno...

—Claro, ¿cuál es? —requirió interesado ante la perspectiva de ampliar su colección.

La adolescente esbozó una sonrisa ufana y se la dijo. Se la había aprendido sólo para él, pues sabía de la reciente obsesión de su amigo por las palabras inusuales.

Calix cerró los ojos y repitió la palabra sílaba a sílaba, concentrándose en el sabor que le dejaba en la lengua y en la vibración de sus labios al pronunciarla. Era una palabra bonita, armónica. Le gustaba la musicalidad de su sonido, el eco que latía contra el paladar al decirla y el trazo de sus letras al escribirla en su mente. También su significado menos literal.

—Me gusta. Gracias por regalármela —agradeció animado, soplándole un beso antes de irse.

Bajó la escalera repitiendo la palabra para no olvidarla y, en cuanto entró en casa, la apuntó. Hacía unos meses que escribía las palabras que le gustaban, ya fuera por su sonoridad, su grafía o su significado. Había empezado como una manera de llenar las páginas del cuaderno que Jimena le había regalado por Reyes. Era un cuaderno especial porque lo había decorado ella. Le había tocado el corazón de tal manera que había decidido usarlo para algo especial. Y ¿qué podía haber más especial que apuntar en él palabras especiales que lo ayudaran a aparentar no ser tan estúpido?

Y, así, casi sin darse cuenta, se había convertido en un adicto a las palabras. Porque eran palabras exquisitas. Palabras que lo hacían vibrar. Palabras mágicas que lo hacían sentir a pesar de estar muerto por dentro.

Crisálida

Insecto en la fase de desarrollo previa a la forma adulta. Capullo en el que está encerrado dicho insecto hasta que experimenta la metamorfosis completa.

¿Tendrá miedo el insecto de abandonar la seguridad de su capullo?

Calix acabó de ducharse y, aún con la palabra de Jimena dándole vueltas en la cabeza, se miró en el espejo. Pero se miró de verdad. No sólo para comprobar si había recordado peinarse o si necesitaba afeitarse. Por primera vez en muchos meses, se miró de forma consciente, tratando de descubrir al hombre que había sido en el extraño que le devolvía la mirada desde el espejo.

Ya no tenía el pelo rubio, había dejado de teñírsele y alisársele, y lo llevaba de su color. Más o menos. Porque las puntas seguían siendo rubias. Jimena decía que parecían mechas californianas, aunque a él eso le era indiferente. Había pensado en rapársele, pero, puesto que Verónica ya no le tiraba de él para demostrarle cuánto la enfadaba, lo había dejado crecer, aunque, eso sí, siempre lo llevaba recogido. Cogió una goma dispuesto a hacerse la coleta, pero en lugar de eso observó con atención la alborotada melena que le rozaba los hombros formando gruesas ondas naturales. Sacudió la cabeza en una enérgica negación y le gustó sentir el suave latigazo del pelo en la cara. Guardó la goma en el cajón. Esa noche no se lo recogería.

Volvió a mirarse en el espejo y se percató de que sus ojos, del color de las manzanas más verdes, parecían brillar. ¿Siempre los había tenido tan verdes o sólo lo parecía por el contraste con el color real de su pelo? Parpadeó confuso por lo mucho que le costaba reconocerse en el extraño que lo miraba desde el espejo.

¿De verdad había cambiado tanto?

Ya no tenía el cuerpo musculado de hacía un año. Había adelgazado mucho y sus músculos no eran marcados relieves, sino esculpidas ondulaciones. Se pasó la mano por los suaves abdominales y descendió hasta acariciarse el pubis. Se detuvo al rozar el vello rizado en el que descansaba su pene y, tras un momento de duda, continuó bajando. Se lo agarró y lo masajeó disgustado, y a pesar de la amargura con que se manoseaba sintió con desagrado cómo reaccionaba a la caricia.

Lo soltó asqueado consigo mismo. Por desear un placer que sólo le había reportado dolor y humillación. Por ser incapaz de resistirse a su libido desbocada. Por no saber controlar sus impulsos lascivos y caer siempre en la trampa del sexo.

Se puso los calzoncillos y fue al dormitorio para tumbarse en la cama y observar el techo como hacía cada noche. Silencioso. Aletargado. Paralizado. Como un gusano escondido en su crisálida, temeroso de romper el capullo que lo envolvía para deshacerse del pasado y asomarse al futuro.

Sintió que le faltaba el aire, su pecho subiendo y bajando con la fuerza de un fuelle mientras el pesado lastre de los recuerdos lo ahogaba. Engarfió los dedos en la colcha, que no se había molestado en retirar, y aguantó diez segundos, tal vez veinte, antes de saltar de la cama angustiado y dirigirse al armario. Ignoró la puerta de la derecha, que era donde guardaba los trajes y las camisas que llevaba al trabajo, y abrió con brusquedad la de la izquierda.

Allí estaba su ropa. La que había usado cuando aún creía que el amor era mágico, redentor. La que le gustaba ponerse para seducir a Verónica. La que a ella le gustaba que se pusiera. El corazón se le aceleró, palpitando con tanta fuerza que pareció salirse del pecho en tanto que la garganta se le cerraba, convirtiendo cada inhalación en una agónica tortura. Sintió mil alfileres hundiéndosele en la piel y la visión comenzó a nublársele. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, todo había vuelto a la normalidad. Todo, menos el contenido del armario, que parecía pertenecer a otra realidad. A otra persona

que no era él. Era su ropa, pero no la sentía como tal. Y cuanto más miraba los pantalones y las camisas que tantas veces se había puesto más difícil le resultaba respirar. Porque ésa no era su ropa. Ya no.

Ignoró las náuseas que lo asaltaban y tomó los vaqueros blancos con desgarrones en las rodillas. Los tiró al suelo con rabia y se sintió mejor. Continuó sacando prendas hasta que las náuseas remitieron y el armario quedó casi vacío. Observó la ropa esparcida a su alrededor, todo pertenecía a su antiguo yo. Pero él ya no era esa persona. Ya no quería resaltar su atractivo. No quería pantalones que le marcaran el paquete ni camisetitas ajustadas a sus abdominales. Agarró la ropa con un gruñido y se dirigió a la ventana. Incluso llegó a abrirla. Pero no la tiró. Eso era lo que había hecho Verónica. Y él no iba a repetir sus acciones.

Apoyó las manos en el marco y dejó que la fría brisa de finales de marzo secara el sudor que perlaba su torso. Respiró profundamente llenándose los pulmones y, con cada lenta exhalación, expulsó también lo poco que quedaba de su antiguo yo. Luego fue a la cocina a por dos bolsas de rafia, metió la ropa en ellas y las sacó del dormitorio de una patada. Pero no era suficiente. Se puso los únicos pantalones que se habían salvado de la quema, unos holgados vaqueros de corte clásico que combinó con una anodina camiseta negra de manga larga. Se calzó las deportivas, salió al pasillo y agarró las bolsas, que, cual sudario, envolvían los restos de la persona que había sido y que ya no quería, ni sabía, ser.

Estaba a punto de salir cuando la puerta se abrió y entró Rodrigo.

Calix se quedó inmóvil ante la mirada escrutadora del albino, la cual se detuvo en su pelo suelto antes de bajar a las bolsas que contenían la ropa que llevaba meses sin usar.

—Vas a bajar la basura —dijo Rodrigo, y no era una pregunta. Calix asintió—. Hace una noche agradable, pero no lo suficiente como para ir sin chaqueta.

Calix frunció el ceño al darse cuenta de que, con las prisas, había olvidado la cazadora.

—No importa, no estaré mucho rato fuera.

—Es una pena, es medianoche y el barrio está en su apogeo —comentó Rodrigo esquivándolo para ir a su dormitorio.

Calix se encogió de hombros y, sin pensarlo más, abandonó la casa.

Al salir a la calle comprobó que hacía una noche agradable, por lo que dejó la ropa en el contenedor y, en vez de regresar a la plaza, paseó por las estrechas callejuelas por las que cada mañana corría. Eso era lo único que conservaba de su vida anterior, el placer de correr con el viento en la cara. Pero ahora no iba vestido para correr, así que caminó.

Llegó a la plaza de Puerta Cerrada y se detuvo a leer el mural de uno de los edificios.

«Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son.»

Era un antiguo lema de Madrid, pero en ese instante le pareció que hablaba de él. Se sentía como si se estuviera hundiendo bajo una fuerte tempestad, inestable, nadando contra las turbulentas aguas de la apatía y la tristeza. Pero, a la vez, era fuego. Abrasador y lleno de cólera. Decidido a destruir todo lo que había sido y renacer de sus cenizas. Sólo que no sabía cómo sacar toda esa rabia que llevaba dentro para que dejara de corroerle las entrañas.

Se dirigió a la Cava Baja. Esa calle era una explosión de vida llena de hombres y mujeres que hablaban, reían, se besaban y se metían mano. Caminó dando tumbos, sus sentidos saturados por el ruido, los olores y los colores que lo rodeaban. Antes de Verónica, ése había sido su mundo. Era lo que hacía, ir de bar en bar hasta el amanecer, conocer a una mujer cada noche, follársela y olvidarla. Pasárselo bien sin pensar en el futuro.

Sin el lastre de un pasado que lo atormentaba.

Entró en uno de los pubs y se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la barra. Y allí se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Pidió una cerveza más por inercia de los viejos tiempos que porque le apeteciera beber. Se la llevó a los labios fingiendo ser un hombre normal y no un triste despojo y se la bebió a

tragos cortos mientras trataba de convencerse de que no le faltaba el aire. De que las paredes no se cerraban sobre él ni el suelo subía a su encuentro.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Parpadeó para focalizar su vista en la persona que tenía enfrente. Era una rubia de ojos claros, buen tipo y tetas grandes. Dos años antes se la habría follado en los servicios sin pensarlo dos veces. O, si fuera primero de mes y aún tuviera dinero en el bolsillo, tal vez la habría llevado a una pensión para pasar toda la noche jodiendo. Dos años antes habría esbozado su sonrisa más seductora y habría besado esos jugosos labios rojos mientras le metía mano por debajo de la minifalda, abriéndose paso entre sus muslos hasta escurrir los dedos bajo las bragas y hundir uno, o tal vez dos, en su vagina.

Pero ya no era dos años antes. Era ahora. Y ahora ya no se sentía seguro de sí mismo, de su sexualidad, de su potencial como hombre. Ya no era capaz de hablar con una mujer sin sentirse cohibido, sin pensar que ella se daría cuenta de su limitada inteligencia. Antes usaba su cuerpo perfecto para distraerlas y que no se percataran de sus carencias, ahora odiaba su atractivo y lo ocultaba..., pero no tenía nada más que ofrecer.

—¿Te pasa algo? —volvió a preguntarle ella.

Y Calix decidió seguir golpeando la crisálida bajo la que se ocultaba y salir de su limitada zona de confort para tratar de hablar con una mujer.

—Estoy un poco mareado... —musitó sin saber qué decir.

—No me extraña, aquí hace mucho calor. ¿Vamos fuera? —sugirió ella.

A él le pareció una idea estupenda, aunque se lo replanteó cuando le tomó la mano y la imagen de otra mujer agarrándolo se filtró entre sus recuerdos, haciéndolo sentir atrapado. Se soltó con brusquedad y la siguió a la calle, deseando escapar antes de que le arrebatara la libertad que tanto le había costado ganar, pero a la vez decidido a acompañarla como haría un hombre. Algo que él hacía tiempo que no se sentía.

Y, de repente, en medio de la confusión que sentía, aparecieron los remordimientos.

Remordimientos por irse con una desconocida que no era la mujer a la que había amado, a la que tal vez aún amaba. No hacía ni cien días que había acabado su relación con Verónica, y ya estaba tonteando con otra. Era un cerdo libidinoso y sin escrúpulos. Sacudió la cabeza ante esas palabras. No eran suyas, sino de Verónica. Pero ella estaba lejos. Ya no estaban juntos. No estaba haciendo nada malo. Y aun así se sentía un traidor.

Enfilaron la Cava Baja buscando algún rincón solitario y lo encontraron en el acceso a un portal. Allí, se quedaron en silencio hasta que a ella se le ocurrió preguntarle a qué se dedicaba. Y él se tranquilizó al intuir que no estaba interesada en ninguna relación sexual. Le habló de su trabajo y le contó anécdotas divertidas, haciéndola reír. Eso aún sabía hacerlo. Se animó al ver que, en contra de lo que pensaba, no había olvidado cómo hablar con una mujer. Ella lo miró fascinada y, antes de que Calix fuera consciente de lo que iba a ocurrir, se alzó sobre las puntas de sus pies y lo besó. Y él, sin saber bien por qué, ancló las manos a su cintura y se obligó a devolverle el beso. Se besaron despacio, las lenguas chocando y la respiración de ella acelerándose. No así la de él.

Ella profundizó el beso y él cerró los ojos y aceptó su lengua a pesar de que lo último que le apetecía era seguir intercambiando saliva.

La mujer posó las manos sobre el torso masculino y le acarició las tetillas por encima de la camiseta. Y éstas se endurecieron, a pesar de que a Calix ese roce lo dejó indiferente. Luego le metió una mano bajo la camiseta y la deslizó avariciosa por el vientre antes de desabrocharle el cinturón y escurrirla bajo los vaqueros.

Le agarró el pene dormido y comenzó a masturbarlo.

Y Calix luchó contra el impulso de apartarla y llamar por teléfono a Verónica suplicando su perdón por haberle sido infiel, como ella había predicho mil veces. Se obligó a cerrar el paso a sus recuerdos y aceptar la caricia a pesar del rechazo que le provocaba. Necesitaba sentirse de nuevo un

hombre entero, pero sólo se sintió un juguete con el que la rubia pensaba entretenerse.

Un juguete roto.

No pasó mucho rato antes de que se le pusiera dura y las náuseas le atenazaran el estómago hasta tal punto que le costó no vomitar.

La apartó con brusquedad, avergonzado y asqueado por su libidinosa naturaleza, y escapó esquivando a la gente y chocando con aquellos a los que no conseguía sortear. Se detuvo en la plaza del Humilladero vencido por las náuseas y vomitó entre dos coches. Luego se obligó a respirar despacio hasta que el mareo remitió. Igual que su humillante erección.

Nada había cambiado. No importaba que no estuviera excitado o que no quisiera follar. Su polla seguía siendo un perrito bien amaestrado que se erguía bajo el roce de cualquier mujer, sin importar lo que él deseara. No tenía control sobre su cuerpo. Nunca lo había tenido. Y Verónica había utilizado eso para atormentarlo y castigarlo. Lo había follado como si fuera un muñeco, sin importarle sus gemidos de impotencia o sus lágrimas de rabia.

Cerró los ojos tratando de parar los recuerdos, pero una vez abierta la puerta del pasado era imposible cerrarla. Se acercó a una pared cercana y la golpeó hasta que la rabia dio paso a la extenuación. Se limpió las lágrimas con la camiseta e inició el regreso a casa. Al llegar a la plaza, se fijó en la terraza del segundo exterior derecha. Allí había vivido su historia de amor con Verónica antes de que ésta se mudara a otra ciudad. A otro país. A otro continente.

Sintió una punzada en el pecho. No sabía si de alivio o de pesar. Tal vez de las dos cosas. Alivio porque ella ya no estaba; pesar porque, aun con todo lo ocurrido, la echaba de menos. La había amado con locura y ella había convertido ese amor en una agonía.

Los recuerdos se abrieron paso a empujones, vívidos en su mente. Las risas en la cocina, los murmullos entre las sábanas, la pasión desatada en cada rincón de la casa. Susurros que abrazan. Caricias osadas. Besos ardientes.

Sexo implacable. El teléfono sonando. Palabras que duelen. Manos que lastiman. Redención y castigo en la cama. Labios que desdeñan. Uñas que hieren. Lengua que miente.

Sacudió la cabeza y reanudó su camino. Al llegar al portal vio uno anuncio de «Se alquila» sobre el panel del telefonillo. El cartel se refería al primero interior derecha, un piso pequeño, sombrío y con un mobiliario deprimente cuyo elevado alquiler no estaba acorde con la birria que era. Lo sabía porque había vivido allí antes de mudarse con Verónica. Si el propietario no cedía en sus desorbitadas pretensiones, no lograría alquilarlo. Y, a pesar de eso, apuntó el teléfono. Había llegado la hora de desenvolverse solo y buscar su espacio. Aunque eso significara salir del cálido y seguro refugio que era la casa de Rodrigo.

Un escalofrío de puro pánico lo recorrió al pensar en esa posibilidad. Puede que pasara horas encerrado en su dormitorio mirando el techo, pero en todo momento era consciente de la presencia del albino.

No habría logrado sobrevivir sin él. Y ¿ahora pretendía irse? ¿Vivir solo otra vez?

Las náuseas regresaron, incapacitándolo de nuevo. Era estúpido mentirse a sí mismo, no podía vivir solo, era un inútil que necesitaba del amparo de Rodrigo para sentirse seguro. Pero si se mudaba a su antiguo piso sólo estaría a un pasillo de distancia del albino, se dijo. Un lóbrego y estrecho pasillo que no tardaría dos minutos en recorrer si necesitaba sentirse acompañado. Querido. Apoyado.

Las náuseas remitieron y el aire volvió a entrar con fluidez en sus pulmones mientras subía la escalera. Desaparecieron por completo al llegar al primero exterior. Entró sigiloso, aunque tal precaución resultó innecesaria, pues la luz del salón estaba encendida, a pesar de que Rodrigo no solía acostarse tarde. Enfiló el pasillo y se asomó al salón. Su jefe estaba en el sillón orejero, lo observó con atención antes de ir hacia él. Si algo tenía Rodrigo era que jamás intentaba fingir que estaba haciendo algo que en realidad no hacía. Y Calix

sabía que él único motivo por el que estaba allí era porque lo estaba esperando.

—¿Te has peleado? —le preguntó Rodrigo observando sus manos.

Calix bajó la vista y frunció el ceño al ver lo magulladas que estaban.

—No. O tal vez sí. Con una pared.

—¿Quién venció? —inquirió el albino escudriñando sus ojos, y debió de gustarle lo que vio, porque esbozó una de sus escasas sonrisas.

—La pared sigue en pie —masculló Calix.

—Tú también —replicó palmeándole el hombro para luego irse al dormitorio.

Calix parpadeó perplejo antes de curvar los labios en una sorprendida sonrisa.

Rodrigo tenía razón: seguía en pie. Y nadie lo haría volver a caer.

Ni siquiera él mismo.

Había salido de la crisálida y no pensaba regresar a ella nunca más.

4

Sui géneris

De un género o especie muy singular y excepcional.

Jueves, 5 de abril de 2018

—¿No vais a comer hoy a casa? —les preguntó Calix a Amalia y a Rosalía, la bordadora y la cosedora, respectivamente, al ver que seguían en la camisería a pesar de que eran más de las dos de la tarde.

—Lo dudo —respondió Rodrigo por ellas desde el extremo de la larga mesa del taller—. No querrán perderse la emocionante entrevista que tendrá lugar dentro de dos horas.

—Después de las tres últimas, me siento en la obligación de velar por tu salud mental —señaló Amalia.

Calix ahogó una risita al ver que Rodrigo la fulminaba con la mirada. Se podía decir que las entrevistas a nuevos posibles empleados no eran el fuerte de su jefe. Era muy exigente con respecto a la veracidad de los currículos y tendía a molestarse si comprobaba que habían exagerado su experiencia, su pericia o la calidad de su maestría. A veces, las tres cosas.

—Estoy convencida de que el maestro cortador que vendrá hoy será justo lo que necesitamos —afirmó Rosalía alentadora—. No todo pueden ser malas experiencias, seguro que aún existe alguien en Madrid que sepa cortar y coser como Dios manda.

—Yo no pondría la mano en el fuego: si me la quemo no podré coser, y no puedo permitirme estar de baja con el trabajo que hay —dijo Rodrigo incisivo.

—Su currículum es excelente —señaló Amalia, a quien inquietaba su inminente jubilación.

—En realidad, todos los currículos de aquellos a quienes he entrevistado eran excelentes, lástima que fueran falsos —replicó Rodrigo con acritud.

—No todos eran falsos —discutió Amalia.

—Exagerados, entonces.

—Tal vez si relajaras un poco los requisitos... —apuntó Rosalía con calidez.

—No creo que pida demasiado. De un maestro camiserero espero que sepa coser y cortar con destreza y de una bordadora, que sepa bordar con cierta pericia. Lo justo para no destrozarse un ojal ni montar una camisa como si fuera un pantalón. Como ves, no me excedo en mis requerimientos, sólo pretendo que sepan el oficio para el que los voy a contratar. —Se dirigió a la puerta—. Vamos a comer, si lo recibo con el estómago lleno tal vez me sienta más proclive a pasar por alto sus más que probables carencias.

Se encaminó a la salida seguido por sus empleados y, cuando estaba a punto de llegar a la puerta, sonó el teléfono. Frunció el ceño al oírlo, no era habitual que llamaran pasada la hora del cierre. Se dio media vuelta para contestar, pero Calix se le adelantó.

—Camisería Castro, buenas tardes —respondió con la cadencia átona de quien ha dicho esa misma frase cientos de veces. Sólo que en esta ocasión, en lugar de tomar lápiz y papel para anotar, se quedó paralizado al oír a su interlocutor—. Claro, dame un segundo —musitó, su mano temblando cuando la deslizó sobre el aparato para tapar el auricular.

—¿Quién es? —le reclamó Rodrigo con mirada afilada acercándose a él. Sólo había una persona capaz de provocar tal reacción en su empleado.

—Id a comer, os acompañaré dentro de un rato —le pidió Calix sin contestar a su pregunta—. Por favor... —insistió al ver que Rodrigo continuaba parado frente a él.

Se miraron en silencio, los furiosos ojos violetas fijos en los angustiados

verdes.

—No le des poder sobre ti —le ordenó el albino exasperado antes de dar media vuelta y salir con Amalia y Rosalía.

—Pues no le veo la gracia al sushi. Eso de comer pescado crudo me parece una marranada —comentó Amalia mientras regresaban a la tienda tras la comida.

—Le acabas cogiendo el gusto —repuso Rodrigo, quien se había empeñado en comer en el restaurante japonés de la esquina, a pesar de las reticencias de Amalia y de su hija Rosalía.

—Desde luego, quién te ha visto y quién te ve —se burló Rosalía, pues hasta hacía un año Rodrigo era uno de esos que arrugaban la nariz al oír hablar de pescado crudo.

—Es lo que tiene el amor, atonta todos los sentidos, incluso el gusto —dijo Amalia observando preocupada al segoviano, quien se mantenía en silencio a pesar del humor distendido del grupo. Llevaba desde la comida más silencioso de lo normal, y eso ya era mucho decir—. ¿Qué es lo que te preocupa, Calix?

—Nada, estoy bien —contestó en una letanía que repetía varias veces al día.

—Nunca lo estás, pero hoy pareces aún más sombrío de lo normal —apuntó Amalia.

Calix se encogió de hombros sin saber qué excusa dar para su repentina apatía, por lo que la bordadora se acercó a él con la clara intención de animarlo. Y eso era justo lo que Calix más odiaba. El empeño que tenían todos en arroparlo como si fuera un niño necesitado de mimos. Estaba harto de que lo vigilaran, de que lo interrogaran con sus miradas, de responder que estaba bien cuando no lo estaba, de sonreír sin ganas y de fingir que no pasaba nada

cuando pasaba todo. Lo único que quería era que lo dejaran tranquilo. Pero, por lo visto, eso era imposible. Porque lo apreciaban y se preocupaba por él. Y por eso no rechazó a Amalia cuando se quedó a su lado cargada de buenas intenciones.

Rodrigo lo observó, tan preocupado como sus empleadas por el cambio de actitud de Calix tras quedarse solo en la tienda. Pero él, al contrario que ellas, sabía que no había nada que pudieran hacer para obligarlo a romper su silencio y conseguir que se librara del abatimiento que lo dominaba. Al contrario, cuanto más lo arropaban, más agobiado se sentía y más se replegaba en sí mismo. Y si la llamada que había recibido era de quien pensaba, aún tardaría un buen rato en recuperar su forzada sociabilidad.

Dobló la esquina y esbozó una taimada sonrisa al ver algo que le proporcionaría la distracción que Amalia y Rosalía necesitaban para dejar tranquilo a Calix. E incluso era probable que éste saliera de su apatía al menos el tiempo suficiente para prestar atención.

—Parece que nuestro aspirante es puntual. Y por su apostura intuyo que va a ser del agrado de las señoras. —Señaló la camisería, centrando la atención de Amalia y Rosalía en el hombre que escudriñaba el escaparate—. Espero que su atractivo no nuble vuestra objetividad, no me gustaría contratar a un inútil sólo porque es guapo —advirtió con voz seria.

Calix no pudo evitar esbozar una sincera sonrisa, tal vez la primera del día, al ver que Amalia y Rosalía miraban enfurruñadas a Rodrigo. Aunque el mal humor se les pasó rápido, pues había cosas interesantes que mirar, como, por ejemplo, al hombre que, si por algún milagro cumplía con lo que ofrecía en el currículo, podría convertirse en su nuevo compañero.

Era alto, unos centímetros más que Calix, lo que significaba que rozaba el metro noventa. Pelo castaño que se le rizaba en la nuca sobre el cuello del traje y un largo flequillo que llevaba retirado de la cara. Una cara de insondables ojos negros, nariz ancha y boca maliciosa que se curvó con picardía al verlos dirigirse a él. Llevaba un ceñido traje azulón de raya

diplomática que se ajustaba a sus largas y bien formadas piernas y una entallada camisa azul cielo que evidenciaba un cuerpo trabajado. La corbata, azul eléctrico con anillos blancos, era de todo menos discreta, igual que el traje.

—Buenas tardes. Señor Salgado, supongo —lo saludó Rodrigo tendiéndole la mano sin molestarse en disimular el desagrado que le producía ver que llevaba mocasines sin calcetines. No le gustaban nada esas nuevas modas.

—En efecto, ¿señor Castro? —inquirió el hombre aceptando su mano en un apretón firme.

Rodrigo asintió y, acto seguido, abrió la camisería y le hizo un gesto para que lo precediera. El hombre entró en la tienda y miró a su alrededor maravillado por la elegancia de los muebles, el parquet espigado y la altísima vitrina en cuyo interior maniqués del siglo XIX vestían camisas de indudable calidad con estampados que podían catalogarse como singulares. Muy singulares, de hecho. Miró sorprendido al albino, no esperaba tal despliegue de innovación, que en algunas prendas rozaba la extravagancia, de alguien que vestía con un estilo tan tradicional y depurado.

—Unos tejidos muy originales —declaró observando las camisas—. Sea Island 2x2 en trenzado popelín a dos cabos de 100's, si no me equivoco... ¿Thomas Mason, tal vez?

—En efecto —admitió Rodrigo. Decía mucho sobre el postulante que supiera identificar las características de la tela y su fabricante de un solo vistazo, pues significaba que estaba acostumbrado a tratar el género. Tal vez los milagros existían y por fin iba a tener el maestro cortador que tanto necesitaba—. Es usted joven, treinta y seis años según su currículo —comentó sacándolo del cajón—. Siento curiosidad por saber cómo ha conseguido la dilatada experiencia que refiere en tan corta vida laboral.

—Veinte años trabajando no son pocos —respondió el hombre con una sonrisa torcida.

—Empezó muy joven —señaló Rodrigo suspicaz.

—Sabía lo que quería, ¿para qué perder el tiempo estudiando lo que no me interesaba si tenía claro lo que sí?

—Comenzó de aprendiz con don Luciano Lenga, algo que me resulta cuando menos sorprendente, pues él no suele aceptar aprendices —dijo fijando la mirada en él.

Rosalía y Amalia contuvieron la respiración. Ese hombre tan atractivo debía de desconocer totalmente el negocio para atreverse a afirmar que había sido aprendiz de uno de los mejores maestros camiseros del país. Uno que, además, no tenía aprendices.

—Conmigo hizo una excepción, estuve casi diez años trabajando con él. Cuatro de aprendiz y cinco de oficial cortador —replicó el moreno acercándose a la vitrina—. ¿Puedo?

—Por supuesto —le permitió Rodrigo intrigado. No parecía nervioso o avergonzado por haber sido pillado en tan flagrante mentira—. Imagino que no le importará que llame a don Luciano para pedirle referencias.

—Hace más de diez años que no trabajo a sus órdenes, así que su opinión sobre mí no debería ser determinante —apuntó indiferente mientras observaba las camisas expuestas—. Ocho puntadas por centímetro, impresionante. Yo consigo dar nueve —anunció sin alardear, constatando un hecho.

—Me gustaría comprobarlo —afirmó Rodrigo sin ocultar su incredulidad. Dependiendo del tejido y de la hechura de la prenda, él también conseguía dar nueve. De hecho, sólo artesanos con muchos años de experiencia a sus espaldas tenían esa habilidad.

—Ya lo imagino —repuso el aspirante—. Yo tampoco creería mi currículum si me lo presentara otra persona. Reconozco que no es usual aunar eficacia, profesionalidad y experiencia en alguien tan joven como yo, pero es lo que hay.

Rodrigo enarcó una ceja sin saber si sentirse irritado o divertido por el altivo alegato.

—Si tan competente y virtuoso eres en tu oficio —intervino Calix

tuteándolo—, ¿por qué no has trabajado de maestro camisero en el último año?

El hombre deslizó una inquisidora mirada sobre el segoviano, valorando aprobador lo que veía antes de detenerse en su atractivo rostro y curvar los labios en una pícaro sonrisa.

—Obviamente, porque nadie me ha ofrecido un trabajo por el que me sintiera atraído —contestó con pereza, sorprendiéndolos a todos.

—Sólo por curiosidad, ¿cuántos trabajos ha rechazado este año? —inquirió el albino con gesto severo; comenzaba a cansarse de oír mentiras.

—Sólo dos, en todos los demás me rechazaron a mí —confesó el candidato sin timidez—. No tengo por costumbre callarme lo que pienso, lo que me convierte en molesto para quienes se creen maestros camiseros y son sólo juntahilos de poca monta. Además, me gusta la moda arriesgada, y eso se evidencia en mi manera de coser, por lo que me resulta complicado aceptar la monotonía de lo clásico y fingir que no me aburre. Pero, dada la impecable hechura de estas camisas, mi lengua no será problema, pues no hay nada en lo que pueda corregirlas o mejorarlas —auguró admirado—. Y, puesto que aquí la excentricidad parece la norma y no la excepción, tampoco mi original sentido de la moda creará problemas.

Se apartó de la vitrina para encararse al albino.

—Puede que piense que me jacto de mi maestría y que tengo muchas ínfulas. En realidad, así es, pero sé lo que valgo, y le aseguro que no exagero mis habilidades.

—No lo pondré en duda hasta que lo vea manejar una aguja —aseveró Rodrigo.

Tomó el currículum para releerlo por enésima vez. Según éste, había trabajado con don Luciano Lenga antes de mudarse a Barcelona y trabajar algunos años como maestro camisero en una prestigiosa camisería y, sin embargo, los últimos siete los había pasado a las órdenes de distintos

maestros camiseros desperdigados por España y por toda Europa. En ninguno de esos empleos había durado más que unos pocos meses.

—Antes de tomar una decisión hablaré con don Luciano Lengua y con alguno de sus otros jefes para pedirles referencias —informó Rodrigo clavando la mirada en él.

—Adelante. Llame a mi padrino, será divertido ver cómo despotrica de mí.

—¿Su padrino?

—¿Cómo, si no, cree que Luciano se avendría a aceptar a un aprendiz, menos aún a uno como yo? Aunque, si quiere ahorrarse la llamada, puedo referirle lo que le dirá sobre mí.

—Me encantaría oírlo.

—Alabaré mi pericia, mi entusiasmo y mi dedicación, afirmaré que tengo la madera, la destreza y la elegancia necesarias para ser un gran maestro cortador y terminará diciendo que soy un rebelde inconformista, deslenguado e insolente del que es imposible hacer carrera. Y tal vez no le falte razón al describir así mi personalidad, pero también soy un magnífico maestro cortador, seguramente el mejor que ha pisado esta tienda —dijo belicoso.

—Demuéstrémelo —lo retó Rodrigo guiándolo hacia el taller.

—¿Qué crees que pasará? —suspiró Rosalía impaciente, pues hacía un buen rato que Rodrigo y el candidato estaban en el taller.

—Llevan mucho tiempo dentro, se quedará —intuyó Amalia—. Lo que no sé es cuánto durará aquí con ese carácter endiablado que tiene.

Calix asintió en silencio. Las entrevistas no solían durar más de quince minutos, y ellos llevaban más de una hora en el taller, lo que significaba que el aspirante estaba respondiendo bien a las pruebas. Rodrigo no se tomaría tanto tiempo con él si no fuera así.

Como si los hubieran invocado, ambos hombres entraron en la tienda con

gesto serio, parándose junto a la mesa que Calix ocupaba.

—Amalia, Rosalía —las llamó Rodrigo para que se acercaran—. El señor Salgado será nuestro nuevo maestro cortador —anunció—. Amalia es nuestra bordadora, Rosalía se ocupa de las labores de costura y Calix atiende a los clientes y consigue todo lo que deseen —explicó con orgullo—. Todo en la camisería pasa por sus capaces manos. Si precisas algo, pídeselo a él y te lo conseguirá.

—¿Calix? —El nuevo cortador lo miró intrigado—. Una abreviatura de Calixto, imagino.

—De Calisto —lo contradijo el segoviano—. Mi padre es gallego y allí se escribe con «s».

—Entiendo. —Sus labios se curvaron en una sonrisa mordaz mientras lo recorría de nuevo con la mirada. Se detuvo en la zona media de su cuerpo, pues se había desabrochado la chaqueta para sentarse a trabajar, lo que le permitió comprobar que no le sobraba ni un gramo de grasa. Y también que no estaba mal equipado. Pero que nada mal, pensó lamiéndose los labios antes de decir con voz ronca—: Bellísimo.

—¿Perdona? —dijo Calix a la defensiva.

—Es lo que significa tu nombre. «El más bello» —aclaró—, y te viene que ni pintado. El mío significa «Fuego de Dios». Y, no sé si será de Dios, pero desde luego tengo mucho fuego dentro. —Esbozó una pícaro sonrisa—. ¿Te gusta *Matrix*?

—No especialmente, ¿por? —inquirió confuso.

—Llevas la corbata anudada con un nudo merovingio, que toma su nombre de uno de sus personajes —contestó admirando el complicado nudo—. Te lo has hecho tú, imagino.

Calix se llevó la mano al cuello y acarició el nudo a la vez que asentía. No entendía por qué la gente se fijaba en los nudos que se hacía. Tampoco eran tan notorios. De hecho, sólo era una manera de mantener ocupado su cerebro, pues

mientras los practicaba se centraba en ellos en lugar de perderse en los recuerdos.

—Maravilloso. Estoy impaciente por lucir tus nudos en mis corbatas, sólo espero no quemarte con mi fuego mientras me los haces —se burló con una sonrisa torcida antes de volverse hacia las mujeres—. Señoritas, a sus pies. — Les tomó las manos besándoles los nudillos con perezosa sensualidad—. Madre e hija, ¿verdad? Puedo apreciar la misma belleza serena en los rasgos de ambas —las aduló ganándose una sonrisa de Rosalía y una mirada adusta de Amalia—. Me encantará conocerlos mejor. Y que me conozcáis mejor, por supuesto. No puedo esperar a mañana. —Se volvió hacia Rodrigo—. ¿A las nueve?

Él asintió y el hombre se despidió con un gesto antes de dirigirse a la puerta.

—¿Cómo te llamas? —lo detuvo la pregunta de Calix.

El hombre se giró despacio, observándolo con una ladina sonrisa en los labios.

—Sabemos lo que significa tu nombre, pero no cuál es —apuntó el segoviano, incómodo por la mirada que él le dedicaba.

—Uriel.

Ineluctable

Algo contra lo que no se puede luchar.

Sábado, 28 de abril de 2018

—¿Por dónde tengo que pasarlo ahora? —Lavinia miró confusa el extremo de la corbata que sujetaba entre los dedos.

Calix se lo mostró paciente, a pesar del largo rato que llevaba con la corbata al cuello, sintiendo tirones y estrangulamientos gargantiles mientras la clienta aprendía a hacer el nudo. O, al menos, mientras intentaba aprender a hacerlo.

La mujer entornó los ojos y con más decisión que pericia realizó los movimientos indicados. Pero, en lugar de conseguir un elegante *eldredge*, obtuvo un nudo deforme y demasiado flojo que apretó malhumorada hasta reducirlo a la mitad de su tamaño.

—Cuidado, señora Heresanu, no querrá asfixiar a nuestro maestro de nudos —la detuvo Uriel cuando Calix separó los labios, boqueando en busca de aire.

La mujer lo miró frustrada antes de dar un último tirón y dirigirse enfadada a la librería que ahora contenía los expositores de corbatas.

—Esa corbata es demasiado rígida para hacer según qué nudos —señaló buscando otra.

Y, mientras ella revolvía las muestras, Calix tiraba de la corbata para aflojarla y respirar de nuevo. Aunque pronto comprobó que eso no era tan sencillo como parecía. La mujer había equivocado la última vuelta convirtiéndola en un nudo marinero que no lograba deshacer.

—Déjame a mí —lo paró Uriel apartándole las manos. Tiró con pericia hasta conseguir aflojarla—. ¿Puedes respirar o quieres que te haga el boca a boca? —Se lamió los labios.

Calix lo miró malhumorado a la vez que se frotaba el cuello enrojecido. Y Uriel no pudo menos que echarse a reír al ver su mirada ofendida.

—Qué fácil es sacarte de tus casillas —susurró divertido, su aliento acariciándole la oreja—. Y cuánto me gusta hacerlo.

Calix lo apartó de un disimulado empujón, encrespado porque no le faltaba razón. Su compañero tenía una facilidad pasmosa para sacarlo de quicio. Lo provocaba de manera constante y, aunque al principio sus insinuaciones abiertamente sexuales le habían resultado intimidantes, pronto se percató de que Uriel coqueteaba con todo el mundo, sin importarle su sexo o su edad. También comprendió que no lo hacía por ligar, sino por el placer de escandalizar. Y, sin apenas darse cuenta, sus desafíos dejaron de cabrearlo y comenzaron a hacerlo sentir vivo de nuevo. O, al menos, más vivo de lo que últimamente se sentía.

—La próxima vez tú serás el maniquí —amenazó a Uriel con un gruñido mientras se colocaba bien la corbata—. Y espero que practique contigo durante una hora, tal vez así te mantengas callado y des un descanso a mis oídos.

Uriel entornó los ojos, una idea dándole vueltas en la cabeza. Se dirigió hacia Lavinia con gesto taimado mientras ella seguía despotricando de la escasa ductilidad de la corbata.

—El problema no radica en la corbata, sino en la falta de habilidad de las manos que la sostienen —señaló con sonrisa descarada.

La rumana arqueó una ceja molesta por su insolencia.

—¿Crees conveniente enfadarme más de lo que ya lo estoy? —le advirtió amenazante.

—Sí. Porque sólo así reclamará lo que de verdad necesita.

—Y ¿eso es? —preguntó dejándose llevar por el embrujo de esos ojos

pícaros.

—Clases —sentenció Uriel, sobresaltando a Calix y sorprendiendo a Lavinia.

—¿Clases?

—Sí. Clases para aprender a anudar corbatas correctamente. De nada sirve que Calix le indique cómo hacerlo si al llegar a casa se le olvida. Necesita un maestro que le enseñe.

—Y ¿tú vas a ser mi maestro? —replicó ella mordaz mientras Calix abría unos ojos como platos. ¡Eso era una verdadera locura!

—No, seré el modelo con el que practicaré mientras Calix le enseña —bajó la voz hasta convertirla en un ronco susurro—. Mi cuello y toda mi persona estarán a su entera disposición.

Lavinia arqueó una ceja, intrigada por lo que podía implicar su oferta.

Al otro lado de la mesa, Calix apretó los labios malhumorado. Uriel había ido demasiado lejos. Si Rodrigo lo pillaba coqueteando con Lavinia lo pondría de patitas en la calle. Y si era el marido de Lavinia quien lo pillaba..., en fin, tendría que comprarse un traje negro para asistir a su funeral.

—Piénselo bien, ¿de verdad no le gustaría rodear mi cuello con la corbata, anudarla y apretar hasta dejarme sin aire? —continuó Uriel.

—A mí sí me gustaría. —Calix se situó entre ellos para poner fin a esa locura.

—No estaría mal —aceptó Lavinia, divertida por su ocurrencia.

—Por supuesto que no. Ya sabe lo que dicen de los ahorcados...

Calix y la rumana lo miraron intrigados. Y Uriel cerró la mano en un puño y levantó el brazo despacio, doblándolo por el codo hasta ponerlo en vertical, casi paralelo a su vientre.

Calix palideció y Lavinia estalló en una estentórea carcajada al comprender el significado del gesto. Ese hombre era un sinvergüenza tan descarado como encantador.

—Pienso hablar con Rodrigo de esto —le advirtió sonriente.

—Eso espero —repuso Uriel malicioso mirando algo, o a alguien, que estaba tras ella.

—¿Hay algún problema, señora Heresanu?

Lavinia se volvió al oír la voz suave pero severa de Rodrigo.

—Sí. Uno muy grave —afirmó ella cruzándose de brazos.

Calix contuvo la respiración. Lavinia era una mujer que aceptaba bien las bromas y gozaba con los desafíos. Pero también era una rumana esposa, hija y hermana de mafiosos, y Uriel se había extralimitado con su broma. Miró a su compañero y se sorprendió al verlo tan tranquilo, como si no se estuviera jugando el trabajo, e incluso el cuello.

—Me vendes corbatas, pero no me enseñas a hacer los nudos —le recriminó la mujer a Rodrigo—. Exijo asistir a clases.

—¿A clases? —repitió el albino perplejo.

—Sí. Con el dinero que me gasto en corbatas, no pretenderás que mi marido las luzca con el mismo nudo que lleva todo el mundo. Quiero que Calix me enseñe todos los que sabe.

—Me encantaría complacerla, señora Heresanu, pero esto es una camisería, no una escuela. Y Calix es mi director de ventas, no un profesor —replicó observando a Uriel con los ojos entornados, intuyendo que esa idea provenía de él.

Y éste, en respuesta, esbozó una pícaro sonrisa de medio lado.

—Entiendo —aceptó Lavinia—. No obstante, se lo comentaré a mi gran amigo Pavel, estoy segura de que él también estará interesado en que su mujer aprenda a anudar corbatas. Ya sabes cuánto le gustan los nudos originales. Seguro que le disgusta tu decisión de no complacerme —aseveró antes de ir hacia la puerta—. Estaremos en contacto.

Rodrigo esperó a que saliera de la tienda para volverse hacia su empleado más reciente y arquear una ceja pidiéndole explicaciones.

—Ha estado a punto de asfixiar a Calix. Creo sinceramente que debería tomar clases. Imagina que practica con su marido y lo ahorca... Podría echar la

culpa a quien le vendió la corbata. Y si ése fuera el caso, no me gustaría nada estar en tu pellejo: el agua del Manzanares está muy fría y esos bidones en los que meten a la gente parecen bastante incómodos —dijo Uriel fingiendo un escalofrío.

—Y ¿cuándo propones que demos esas clases? —le reclamó Calix enfadado—. ¿Tal vez mientras atiendo a los clientes? No, espera, ya sé, mientras negocio con los proveedores, reviso las facturas, organizo los albaranes, las fichas y los diarios, y compruebo que tenéis todo lo que necesitáis para trabajar. Al fin y al cabo, tengo dos manos y dos ojos, puedo usar uno de cada para hacer mi trabajo y emplear los otros en enseñar a Lavinia y a la mujer de Pavel si se tercia. ¡Brillante idea, Uriel! ¡¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes?!

Rodrigo miró sorprendido a Calix; nunca lo había visto estallar así. O, mejor dicho, nunca lo había visto estallar. Punto. Ni así ni de ninguna manera. Era un hombre tranquilo con un punto de timidez que en el último año se había ido apagando hasta convertirse en una sombra de la persona que era. Un hombre herido que con su silencio trataba de hacerse invisible. Al menos, hasta la llegada de Uriel. No podían ser más distintos. Y tal vez en eso radicaba la estrecha amistad que habían forjado en apenas unas semanas. En la capacidad de Uriel para hacerlo reaccionar.

—Podríamos dar clases durante el descanso de la comida. Al fin y al cabo, no hacemos nada interesante —señaló Uriel ignorando las protestas de Calix.

—Descansamos. Eso es muy interesante —rebatía el segoviano cruzándose de brazos.

—¿Sentados en la cafetería hasta que dan las cinco? Eso no es descansar, es aburrirse. Tenemos tres horas para comer, nos sobran dos. Podemos usar una para descansar y otra para ganar dinero —propuso con una de sus demoledoras sonrisas.

Y Calix no pudo menos que poner los ojos en blanco. Uriel era como un tren a toda velocidad, sin frenos y cuesta abajo: imposible de detener.

Intrépido, apasionado, descarado, una fuerza de la naturaleza contra la que no se podía luchar. Te envolvía con su fuego sin que te dieras cuenta y, antes de que pudieras reaccionar, estabas en llamas. O, en su caso, comiendo a diario en una cafetería en lugar de refugiado en casa con Rodrigo.

«¿Sabes dónde se puede comer bien y barato por aquí? Vivo a casi dos horas en transporte público y no me da tiempo de ir a casa a comer», le había preguntado el primer día de trabajo. Y Calix lo había llevado a la cafetería en la que se quedaban a veces.

«Quédate, te invito. Odio comer solo», le había dicho Uriel. Y Calix había aceptado. Comieron y pasaron el resto del tiempo en la cafetería, hablando. O, mejor dicho, Uriel hablando y él escuchando. Al día siguiente había sido él quien lo había invitado; al fin y al cabo, eran compañeros y Uriel odiaba comer solo. La siguiente comida nadie invitó a nadie porque pagaron a medias. Y así había sido hasta ese día, cuando Uriel pretendía comer y luego dar clases de corbatas. ¡Como si él pudiera dar el pego como profesor! Era ridículo siquiera pensarlo. Sí, sabía hacer unos cuantos nudos, casi una treintena en realidad, pero eso no significaba que tuviera la capacidad de enseñar. Era demasiado inútil y simplón para ser profesor.

—Nadie va a pagarme para que le enseñe a anudarse la corbata —resopló Calix.

—Por supuesto que sí. Nos darán lo que pidamos —lo contradujo Uriel—, porque no les vas a enseñar a anudarse la corbata. Les vas a enseñar a ser originales, a llevar la corbata con elegancia y a tener tanta clase como tú.

Calix lo miró perplejo. ¿Tanta clase como él? Pero ¿qué tonterías decía?! Rodrigo tenía clase. Uriel tenía estilo. Él sólo era un patán que trataba de no hacer demasiado el ridículo.

—Daremos las clases en el probador. Una hora a la semana. —A continuación habló sobre los honorarios y apuntó una cifra tan desorbitada que Calix abrió unos ojos como platos—. Iremos al cincuenta por ciento.

—Disculpa, Uriel, creo que no has contado con un pequeño detalle —

intervino Rodrigo—. El probador está en mi tienda, que, como indica el determinante posesivo que he utilizado, no es tuya, sino mía.

—Te lo alquilamos. Subiremos la tarifa y te daremos la diferencia — propuso Uriel.

—¡Eso es un robo! —estalló Calix—. No puedes cobrar ese dinero por enseñar a anudarse una corbata.

—¿Cuánto entonces? —reclamó Uriel con rapidez, bajando un poco el precio. Calix trató de protestar, pero Uriel continuó hablando sin permitirle —: Hecho. El ochenta y cinco por ciento para nosotros y el quince restante para Rodrigo. Máximo tres personas por clase.

—No va a venir ni una —bufó Calix.

—Claro que sí. Lavinia y sus amigas vendrán a aprender, y también a ver tus sonrisas melancólicas y tus ojos tristes —auguró burlón—. Y, mientras tú les tocas el corazón con tu carita de niño bueno y desamparado, yo las haré reír y las provocaré. Nos vamos a hacer de oro.

Calix negó con la cabeza, ¡era un liante de mucho cuidado!

—¿No te parece que estás vendiendo la piel del oso antes de cazarlo? —interpeló Rodrigo—. Estás de prueba, sería prudente que no trazaras planes a largo plazo hasta tener asegurado tu puesto.

—Tienes mucha faena, más de la que puedes abarcar, y yo soy buen trabajador, además de responsable, puntual, rápido y meticoloso. Los clientes me aprecian, las clientas me adoran y el trabajo sale a buen ritmo. ¿Qué más puedes querer? —inquirió Uriel presuntuoso.

—Que tengas la boca cerrada —contestó Rodrigo cortante—. He decidido dar por finalizada la prueba.

Uriel contuvo la respiración al oírlo. Y no fue el único.

—Falta una semana para que se cumpla el mes —comentó Calix con evidente inquietud.

—Te aseguro que sé contar. —Rodrigo fijó la mirada en Uriel—. El lunes firmarás el contrato. No hagas que me arrepienta.

—Por supuesto que haré que te arrepientas, es mi naturaleza —repuso éste malicioso—, pero ¿qué sería la vida sin el riesgo? Un aburrimiento, te lo aseguro. Además, tengo más virtudes que defectos, no muchas más, pero sí las suficientes como para que la tentación de echarme no sea demasiado fuerte. — Se acercó a Calix—. Esta noticia hay que celebrarla. Esta noche nos vamos de marcha —afirmó dándole una palmada en el estómago.

—Paso, no me gusta salir —rechazó él apartándose. No había vuelto a salir desde que se había probado a sí mismo a finales de marzo. Tampoco había vuelto a tener ninguna erección desde esa noche. Ni siquiera había tenido ganas de masturbarse, aunque fuera por aburrimiento, y lo último que le apetecía era volver a comprobar que cualquier mujer, a pesar de su manifiesta inapetencia sexual, podía ponerlo duro con sólo tocarlo.

—¿Qué tienes en las venas?, ¿sangre o tila? —le espetó Uriel—. Claro que vas a venir. No pretenderás que lo celebre yo solo, ¿verdad? Menudo coñazo sería. Iremos a cenar y luego a una discoteca que conozco. Lo pasaremos en grande. Llévate condones, mojaremos seguro.

—Lo siento, pero...

—¿Tengo permiso para salir cinco minutos, Rodrigo? —le pidió Uriel interrumpiendo a Calix a la vez que se dirigía a la puerta sin esperar respuesta.

—Por lo visto, sí —respondió el albino con evidente ironía—. Y ¿puede saberse adónde vas con tanta prisa?

—A la pastelería de la esquina. Voy a celebrar mi contrato llevándome a Calix de juerga, pero a las señoras no puedo llevarlas con nosotros a un antro de depravación, y tú estás comprometido y a punto de casarte, lo que te deja fuera de la ecuación. Así que voy a comprar pasteles para festejarlo con una orgía de azúcar, hidratos y calorías, dejando otro tipo de orgía mucho más interesante y carnal para esta noche —contestó mordaz saliendo por la puerta.

—No pienso ir a...

—Déjalo, ya se ha ido. Y, además, vas a ir —aseveró Rodrigo con un brillo

de diversión en los ojos.

—No voy a ir.

—Irás. De la misma manera que darás clases a Lavinia.

—No lo haré.

—Permíteme albergar ciertas dudas.

—Alberga lo que te dé la gana —masculló Calix situándose tras la mesa para trabajar. Tenía muchas cosas que hacer como para perder más tiempo en tonterías.

—Estos pastelitos son un pecado. —Rosalía miró el pastel que quedaba con deseo.

—Pues peca —la incitó Uriel acercándole la bandeja.

—No, que se me van al trasero...

—Mejor. Una mujer nunca tiene suficiente culo, y con esto no estoy diciendo que el tuyo tenga algún defecto, al contrario, es delicioso. De hecho, si no estuvieras casada, trataría de seducirte —le dedicó una ardiente mirada que la hizo sonrojar—. Aunque, pensándolo bien, ojos que no ven, corazón que no siente. ¿Tu marido te tiene bien atendida?

—¡Uriel, por favor, te saco más de diez años!

—Me ponen las mujeres maduras, la experiencia os hace muy excitantes —afirmó con voz ronca, haciendo que Rosalía estallara en una risita nerviosa.

—Jovencito, o dejas en paz a mi hija o vas a tener un problema conmigo —intervino Amalia interponiéndose entre ellos con los brazos en jarras.

—Jamás me atrevería a contrariarla, señora —aceptó conciliador a la vez que le ofrecía un pastelito. Y ella, menos preocupada que su hija por los kilos, lo cogió sin problemas. Acababa de metérselo en la boca cuando Uriel le dijo con voz suave—: La experiencia es un plus. Usted tiene mucha y yo no ando escaso. ¿Le apetece que intercambiamos conocimientos?

Amalia se tragó el pastelito y lo miró con una ceja arqueada, aunque sus labios traidores se curvaron en una sonrisa.

—Se está rifando un guantazo y llevas todas las papeletas para ganarlo —le advirtió.

—Su desdén me hiere, me aturde, me duele. Pero, si tal es su deseo, reuniré los pedazos de mi corazón destrozado y me alejaré de su camino —dijo con mirada pícara, apartándose de un salto cuando ella trató de darle un azote.

—Uriel, deja de coquetear con mis empleadas, es hora de irnos —le ordenó Rodrigo mientras Calix, refugiado tras su mesa, observaba divertido el intercambio de pullas. Un día, Amalia pillaría a Uriel desprevenido y le pondría el trasero rojo.

Cerraron la tienda, las mujeres enfilaron hacia la Castellana y ellos se dirigieron a Alonso Martínez, donde Uriel tomaría el autobús y Calix y Rodrigo, el metro.

—Quedamos en la Puerta del Sol esta noche a las nueve y media, en la estatua de La osa y el madroño —le indicó Uriel a Calix cuando estaban cerca de la parada del bus.

—No voy a ir a ninguna parte —rechazó el segoviano—. Y no es «la osa», sino «el oso».

—No. El oso del escudo de Madrid tiene su origen en la constelación de la Osa Mayor. Así que el plantígrado de la estatua en realidad es una osa. Compruébalo si quieres.

—¿Cómo?

—Mirándole entre las piernas, por supuesto —se burló Uriel, ganándose un resoplido—. Por cierto, ¿conoces a alguien de por aquí que esté interesado en compartir piso o, en su defecto, alquilarme una habitación?

—¿Quieres mudarte?

—Estoy harto de vivir en el más allá —confesó refiriéndose al pueblo de las afueras en el que residía desde que había regresado a Madrid—. Ahora

que voy a tener ingresos fijos, podré permitirme algo en el centro si no es demasiado caro.

Calix lo miró con los ojos entornados y, sin meditarlo un instante, porque si se paraba a pensar se acobardaría, dijo algo de lo que esperaba no arrepentirse.

—Hay un piso en alquiler en mi edificio —comentó—. Es un primero interior de tres habitaciones, sombrío y cutre, pero está muy bien situado, a veinte minutos andando de aquí.

—Más bien a media hora, no todos tenemos los pies tan ligeros como tú —apuntó Rodrigo mirándolo intrigado, aunque intuía lo que vendría a continuación.

—Suena interesante. ¿Sabes cuánto piden por él? —Calix le refirió la cifra—. Menudo pastizal —resopló Uriel deteniéndose junto a la marquesina del autobús.

Y Calix, en lugar de despedirse y seguir su camino como cada tarde, se paró y le hizo una proposición.

—Podríamos compartirlo.

—Por lo visto, el pájaro quiere alzar el vuelo —señaló Uriel divertido, pues sabía que Calix vivía con Rodrigo—. Por mí, perfecto.

—Hablaré con el dueño para proponerle que nos baje el alquiler y le pediré que nos deje ver el piso el lunes para que decidas si te convence.

—Prefiero que sea mañana a primera hora. —Uriel se acercó al bordillo al ver que su autobús se acercaba—. Cuanto antes lo vea, antes podré alquilarlo y mudarme. Estoy harto de vivir en el culo del mundo.

—Lo intentaré. Luego te llamo y te cuento...

—No hace falta —rechazó Uriel con mirada traviesa, yendo hacia el bus que acababa de parar frente a la marquesina—. Me lo puedes contar cuando nos veamos esta noche. —Entró en el vehículo—. Recuerda, a las nueve y media en La osa y el madroño.

—No voy a... —Calix no llegó a completar la frase. No tenía sentido

hacerlo, pues el conductor había cerrado la puerta y el autobús se alejaba entre el tráfico.

6

Cagalindes

Cobarde, pusilánime, sin valor ni espíritu para afrontar situaciones arriesgadas.

Yo soy un cagalindes.

—¿Por qué no te pones la camisa azul? —comentó Jimena, sentada en la cama de Calix mientras éste terminaba de arreglarse.

El móvil, que había dejado en la mesilla, emitió un silbidito. Miró de refilón la notificación que apareció en la pantalla y lo ignoró.

—Demasiado colorida —respondió Calix malhumorado mientras se ponía los calcetines porque, tal como Rodrigo había augurado, iba a salir. Y si bien era incapaz de comprender por qué iba a hacerlo, intuía que era porque probablemente había perdido el poco juicio que le quedaba.

Se puso unos zapatos negros con hebilla plateada y se irguió evitando mirarse en el espejo. No le interesaba saber la pinta que tenía.

—Pues parece que vayas a un entierro —señaló la niña.

—Sí, al mío —masculló huraño mientras se hacía una coleta.

Jimena lo miró intrigada. Ya no se recogía el pelo, ¿por qué esa noche sí?

—Déjate-lo suelto, te queda mucho mejor —sugirió.

—Prefiero llevarlo recogido. —Si por él fuera, hasta fingiría ser jorobado.

—Tú mismo, colega. —Agarró el móvil, que de nuevo había vuelto a silbar, y grabó un audio que se apresuró a mandar—: ¡No seas pesado, he dicho que no quiero verte y punto!

—¿Tienes problemas con alguien? —inquirió Calix, protector, en un tono tan grave que casi parecía un gruñido.

—¡Qué va! —resopló ella—. Es Kini, que es un plasta de cuidado.

—¿Os habéis enfadado?

—Él no. Pero yo lo he mandado a la mierda.

—¿Y eso?

—Porque ha tenido una cagada máxima.

—¿Qué ha hecho?

—Se ha metido donde no lo llaman —bufó sin entrar en detalles.

Calix arqueó una ceja y Jimena supo que no lo iba a dejar estar, así que se dispuso a inventar la excusa perfecta. Porque lo que tenía muy claro era que no iba a contarle que Kini había estado a punto de pelearse por su culpa.

—No quiere hacer el trabajo de lengua —dijo. Y era verdad. Sólo que ella no se había enfadado por eso, sino porque era idiota—. Va a suspender porque la profe dice que no da palo al agua y como repita curso no vamos a estar juntos en clase...

—No todos somos unos cerebritos.

—Él sí lo es —masculló Jimena—. Es un tío superlisto, pero no quiere escribir ni leer en voz alta, así que no hace los trabajos ni lee cuando le toca y deja los exámenes de historia y lengua a medio responder. Y, claro, suspende.

—¿Por qué no quiere escribir ni leer? —preguntó Calix asombrado.

—Porque le da vergüenza. Lee muy despacio y confunde las palabras. Y al escribir lo hace muy raro, da la vuelta a las letras y las junta cuando no debe.

—Vaya...

Jimena se encogió de hombros y, acto seguido, le arrancó el coletero, soltándole el pelo.

—¡Eh! Dámelo.

—¡Tres narices! —gritó ella antes de meterse en el baño y cerrar con llave.

—No jorobes, Jime, dame el coletero —exigió en un airado susurro. Ella lo ignoró—. No seas capulla y devuélvemelo. Como no me lo des, te juro que no te vuelvo a hablar.

—Habla, chucho, que no te escucho... —canturreó la niña.

—¿Algún problema? —inquirió Gala acercándose. Calix se apartó retraído

y negó con la cabeza—. Jimena, por favor, no atormentes a Calix —reprendió a su hija.

—No lo atormento, sólo evito que haga el tonto. ¡Quiere hacerse una coleta!

Gala miró al segoviano y él encogió los hombros tratando de volverse más pequeño.

—Creía que ya no te recogías el pelo.

Él desvió la mirada sin contestar, no iba a dar explicaciones a nadie de por qué había decidido recogerse. En realidad, pensó con un destello de amargura, no debería haber nadie en casa siendo testigo de lo que se ponía o dejaba de ponerse. Se suponía que los sábados que las niñas no estaban con su padre, iban al cine con Gala y Rodrigo. Pero, por lo visto, era mucho más interesante estar allí, vigilándolo y dándole consejos que no había pedido.

—Una coleta no te pega nada con lo que llevas —apuntó Gala observándolo.

Vestía con sencillez y en un solo tono. Pero, a pesar de eso, estaba guapísimo. Se había puesto una camisa negra que llevaba remetida en unos pantalones del mismo color, de cintura baja y corte pitillo. Un sencillo cinturón, también negro, aportaba elegancia al conjunto, evidenciando la estrechez de sus caderas y la tensa lisura de su vientre. Se había dejado los dos botones del cuello abiertos y el trozo de piel que enseñaba no podía ser más sugerente. Estaba arrebatador, aunque, por supuesto, no pensaba decírselo o él muy tonto sería capaz de cambiarse de ropa.

—Estás estupendo —observó comedida tratando de animarlo al ver que no decía nada.

—¡Mentira! ¡Está horrible! Todo vestido de negro parece la muerte en persona, sólo le falta la guadaña —rebató Jimena desde el baño—. Debería ponerse la camisa azul.

—Me tengo que ir —anunció Calix, despidiéndose antes de que lo hicieran cambiarse. No quería llevar nada de color. No le apetecía.

Recorrió el pasillo y entró en el salón al ver que Rodrigo estaba allí leyendo una novela.

—¿Has conseguido escapar de las garras de mi prometida y mi *hijovia*? —inquirió cerrando el libro.

—Más o menos. —Calix se pasó los dedos por el pelo, nervioso, y se quedó de pie en mitad del salón, removiéndose inquieto sin saber cómo exponer el tema que quería tratar.

El albino lo observó silente unos segundos antes de apiadarse de él.

—¿Has logrado hablar con el dueño del primero en alquiler?

Calix soltó el aire que había estado conteniendo.

—He conseguido que me respete el precio al que me lo alquiló hace dos años. He quedado con él mañana a las diez para que nos lo enseñe.

—Eso está muy bien. Entre los dos no os costará pagarlo.

—Sí. —Miró al suelo incómodo. Ahora venía la parte más complicada—. Uriel tiene prisa por mudarse. —Guardó un mortificado silencio. No quería que Rodrigo pensara que era un desagradecido que estaba deseando largarse ahora que le había surgido la posibilidad de vivir en otro piso.

—Eso me ha parecido oír en la parada. ¿Es lo que quieres?

Calix asintió con la cabeza. Aunque era mentira, en realidad no estaba seguro de nada. Pero no podía decirle que se sentía incapaz de desenvolverse por sí mismo y que lo aterraba mudarse a un piso tan oscuro como su ánimo en compañía de un hombre casi desconocido con el que tal vez no congeniaría.

—Apenas conoces a Uriel —señaló Rodrigo intuyendo sus reparos—. Quizá no sea fácil vivir con él.

—Lo será. Esta vez compartiré piso bajo mis condiciones y no dejaré que nadie me pisotee —afirmó sin alzar la cabeza para que no leyera en sus ojos que ni él se creía lo que estaba diciendo.

—De eso no me cabe ninguna duda —aseveró Rodrigo con voz fiera acercándose a él—. No tienes por qué mudarte, lo sabes.

—Lo sé. Pero... —Apretó los labios antes de encontrar el valor para seguir

hablando—: Necesito retomar mi vida donde la dejé y seguir avanzando.

—Y eso te honra —sentenció Rodrigo con un orgullo tan evidente que Calix se sintió reforzado en su decisión—. Imagino que sabes que Uriel te va a volver loco.

—Mejor, así no me dará tiempo a aburrirme. —Esbozó lo que esperaba que fuera una tranquilizadora sonrisa, aunque no le salió demasiado bien—. Hora de irse —musitó nervioso enfilando el pasillo para cortar esa conversación que cada vez era más íntima y peligrosa.

Al llegar a la puerta se detuvo indeciso, la mirada fija en el pomo. Alzó la mano para agarrarlo y vio que le temblaba. No quería salir de fiesta. No quería volver a sentirse perdido en lugares en los que antes se sentía como en casa. Y, sobre todo, no quería volver a comprobar que, si lo tocaban, no podría controlar su cuerpo.

«Joder, me he vuelto completamente loco», pensó sintiendo que el corazón le subía por la garganta. Dio media vuelta dispuesto a quitarse la ropa, ponerse el chándal y encerrarse en la solitaria seguridad de su dormitorio. Pero no hizo nada de eso, porque se encontró a Rodrigo en el pasillo, obstaculizando su huida. Y por nada del mundo quería que descubriera lo cobarde que era.

—Imagino que llegaré de madrugada —dijo obligándose a fingir cierta valentía—. No sé lo que tiene pensado hacer Uriel.

—Nada bueno, eso seguro —apuntó Rodrigo con una cálida sonrisa—. Ve y diviértete.

—Sí, claro, eso haré... —murmuró Calix, remiso a salir.

Se volvió despacio, tomó una profunda bocanada de aire y agarró el pomo.

—Calix —lo llamó Rodrigo—. No soy tu padre y no voy a esperarte despierto —mintió, porque dudaba que consiguiera dormir hasta que lo oyera regresar—, pero tendré el móvil encendido en la mesilla.

—No voy a llamarte.

—Lo sé —afirmó dándole un reconfortante apretón en el hombro antes de

dejarlo ir.

Calix bajó la escalera presuroso y al salir del portal se dio de bruces con la panda de chavales del barrio. Los siguió con la mirada, sintiendo envidia de su alegría despreocupada, y fue entonces cuando vio a un adolescente sentado en el respaldo de un banco. Solo. Con la vista fija en el portal e ignorando todo lo que sucedía a su alrededor. Esperando que alguien muy importante saliera de allí, sin saber que su guardia era en vano. O tal vez no, pensó Calix al ver su gesto abatido.

Sintió lástima por el solitario muchacho de sonrisa triste y ojos desafiantes, y al pasar por su lado lo saludó con un gesto.

Kini sacudió bruscamente la cabeza como respuesta y saltó del banco.

Calix lo miró intrigado cuando se puso a su altura acompañándolo en silencio. Desde luego, el chico no era lo que se dice locuaz, algo que a él le parecía estupendo, pues tampoco le gustaba mucho hablar.

—¿Has visto a Jimena? —le preguntó el zagal al dejar la plaza atrás.

—Sí —contestó Calix sin extenderse más.

Kini esperó impaciente a que ampliara la información y, al comprender que no iba a hacerlo, le dedicó una furiosa mirada y sacó un cigarrillo del arrugado paquete de tabaco que guardaba en el bolsillo de sus informes vaqueros. Había dado un gran estirón en pocos meses y, si antes ya era delgado, ahora parecía un junco. Uno muy alto al que toda la ropa se le había quedado corta y holgada hasta el extremo de hacerlo parecer un espantapájaros.

Encendió el cigarrillo y dio una calada para reunir el valor de preguntar lo que tanto deseaba saber.

—¿Va a bajar esta tarde? —inquirió tratando de fingir indiferencia, aunque le salió francamente mal.

—No lo sé, no se lo he preguntado.

Kini apretó el cigarrillo entre los labios, sus penetrantes ojos castaños entornados en una mirada desafiante que casi podía decirse que era su seña de

identidad. Por un momento pareció que iba a reclamarle más información, pero en lugar de eso dio una larga calada.

—Vale —gruñó sin dejar de caminar a su lado, como si no tuviera nada mejor que hacer.

Y tal vez así era, pensó Calix. Por lo poco que Jimena le había contado de él, sabía que el año anterior para el chico había sido tan desastroso y duro como el suyo. Había tenido que dejar su casa y mudarse con su abuelo, pues sus padres se habían marchado del país dejándolo atrás. Le iba mal en el instituto, lo cual provocaba conflictos con su abuelo, un severo profesor jubilado; no tenía muchos amigos y, para colmo de males, había discutido con Jimena, por quien estaba totalmente colado. No cabía duda de que debía de estar pasándolo realmente mal.

Caminaron en silencio hasta que, al llegar a la Puerta del Sol, Calix se detuvo.

—He quedado aquí con un amigo, ¿por qué has venido tú? —dijo enarcando una ceja como hacía Rodrigo cuando quería obtener alguna confesión. Tal vez a él también le diera resultado y averiguara por qué el chico parecía empeñado en seguirlo.

—A por un bollo a La Mallorquina —mintió esquivo señalando la famosa pastelería para luego mirar de refilón al hombre que estaba a su lado.

Jimena había estado colada por ese tío. Y tampoco era que le extrañara. Era atractivo. No como él, pensó Kini con amargura observando las obvias diferencias entre ambos. Los dos eran altos, pero donde él era huesudo, Calix era fibroso, con los músculos definidos pero no abultados. Los ojos de su rival eran de un verde luminoso imposible de ignorar, mientras que los suyos eran de un tedioso castaño. Y luego estaba el pelo. El segoviano lo tenía largo y ondulado, «sedoso», lo había descrito Jimena, mientras que el suyo era liso y tieso, como si se lo hubiera lamido una vaca.

—Hasta otro día —se despidió Calix enfilando hacia la estatua del oso, o la osa, y el madroño.

—¡Oye!

Calix se giró, observando paciente al muchacho mientras éste lo miraba enfurruñado, debatiéndose entre decir lo que estaba pensando o mantener un orgulloso silencio e irse.

Por lo visto, Jimena le gustaba lo suficiente como para dejar a un lado su orgullo y preguntar lo que quería saber.

—No vas a ningún gimnasio, ¿verdad? —preguntó sacando otro cigarrillo del paquete. Calix negó con un gesto—. Y ¿cómo haces para..., ya sabes..., estar cuadrado?

—Corro.

Kini lo miró sorprendido. Sabía que le gustaba correr, pero no había pensado que su esculpido físico se debiera a eso. Se mordió el interior de los carrillos, dudando si seguir preguntando. No eran amigos ni nada por el estilo, y no quería que pensara que estaba interesado en nada de lo que él hacía.

—Y ¿cuánto corres a la semana? —indagó al ver que Calix se volvía para irse. Tal vez si lo imitara, conseguiría algunos músculos con los que parecer menos raquítico.

—Salgo casi todas las mañanas sobre las seis y media —lo informó él.

—Qué divertido... —musitó Kini apabullado. Él no podía correr ni veinte minutos sin asfixiarse. Estaba claro que iba a ser un pellejudo toda su vida.

Se despidió con un gesto y regresó a la plaza a sentarse en un banco. Se había cansado sólo de oírlo.

Perdulario

Vicioso incorregible.

—¡He quedado a las diez con el dueño del piso! —le gritó Calix a Uriel para hacerse oír por encima de la estruendosa música de un antiguo teatro reconvertido en discoteca de moda.

Estaban parapetados en lo que antaño había sido la galería de palcos del primer piso, observando, apático Calix, interesado Uriel, a las personas que bailaban en lo que había sido el patio de butacas del nivel inferior.

—Ya me lo has dicho —replicó Uriel también a gritos antes de sonreír lascivo a un par de mujeres que los miraban desde la abarrotada pista de baile.

—Son más de las doce, ¿a qué hora sale el último autobús a tu casa? —Un taxi le saldría por un ojo de la cara, era mejor que no perdiera el autobús.

—No tengo ni idea. Sígueme. —Uriel dejó el vaso y se dirigió a la escalera.

Calix lo siguió aliviado. ¡Por fin se iban! Anadearon entre la marabunta de personas que llenaba la Joy Eslava y, al llegar al nivel inferior, Uriel, en lugar de dirigirse a la salida, fue a la pista de baile.

—¡Vamos! —lo exhortó al ver que se quedaba parado.

—¿Adónde? —inquirió Calix desorientado.

—A bailar, ¿adónde va a ser? —dijo guasón internándose entre la gente.

Calix lo siguió turbado, no tenía ganas de bailar, sino de irse a casa. Habían cenado de tapas y tomado, al menos él, más cervezas de las que debía,

y estaba cansado. No había sido buena idea ir a la discoteca. Estaba aturdido por la música, mareado por el calor que generaban los cientos de cuerpos que se movían sin control y harto de que esos mismos cuerpos lo empujaran y lo tocaran sin cesar.

—Deberíamos marcharnos o mañana no serás capaz de despertarte para ir a ver el piso —le señaló a Uriel, tomándolo del brazo para detener su avance.

Él lo miró como si hubiera dicho la estupidez del siglo.

—¿De dónde has sacado que voy a ir a casa esta noche? Estamos de fiesta, no pienso perder el tiempo durmiendo —sonrió malicioso—. Quiero bailar, quiero beber, quiero disfrutar y, sobre todo, quiero follar. No me digas que quieres irte a casa.

—Estoy muy cansado.

—Y más que lo vas a estar. Vamos a darle gusto al cuerpo —repuso Uriel agarrándole la entrepierna para indicarle con inequívoca exactitud a qué parte del cuerpo iban a darle gusto. Luego se dio media vuelta y se adentró en la pista de baile.

Y Calix, sin saber bien por qué, lo siguió. Al instante se vio envuelto por una marea de cuerpos que se movían sinuosos, rozándose sin pausa en una danza sugerente y depredadora. Apretó los puños decidido a comportarse como un tío normal y bailar, pero fue incapaz de hacerlo. Los brazos le pesaban, tenía lastre en los tobillos y se sentía como un frágil barco de papel a merced del terrible oleaje humano que lo rodeaba. Intentó abandonar la pista, pero la informe masa de cuerpos se lo impidió, hundiéndolo en el vertiginoso caleidoscopio de luces y personas que se movía en torno a él. Ahogándolo, robándole el aire.

—¡Eh, Calix! ¿Dónde te habías metido? —oyó el grito de Uriel tras él. Un instante después sintió su mano en el hombro y el trepidante carrusel en el que estaba subido pareció detenerse—. Te he estado buscando. Ven a conocer a unas amigas.

Tiró de él hasta llegar junto a dos mujeres y se las presentó sin usar sus

nombres, pues no se había quedado con ellos. Eran, como en la conocida zarzuela, una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid. Y su mirada dejaba muy claro lo que querían. Leche merengada.

Se los repartieron como buenas amigas, la rubia se quedó con Calix y la morena con Uriel. Se colocaron frente a ellos dándoles la espalda y comenzaron a bailar meneando las caderas para frotar el trasero contra las entrepiernas masculinas.

Uriel no perdió el tiempo. Abrió una mano sobre el vientre de la morena para pegarla más a él y le deslizó la otra bajo la blusa para acceder a sus pechos. Los acunó mientras empujaba las caderas contra el trasero femenino, dándole una idea clara de lo dura y gorda que tenía la polla. La mujer escurrió las manos entre sus cuerpos y se la masajeó a la vez que echaba la cabeza hacia atrás, recibiendo un lascivo beso.

La rubia observó con cierta envidia a su compañera, pues su elegido no mostraba ninguna iniciativa. Se giró para quedar enfrentada a él, le echó un brazo al cuello, acercándolo, y llevó la otra mano a su polla, que, por cierto, estaba dormida. No tardó mucho en conseguir que se le levantara, aunque él no dio muestras de notarlo, pues ni siquiera se le agitó la respiración. Se meció libidinosa tratando de arrancarle una reacción, pero él se mantuvo inmóvil, sus ojos del color de las manzanas más verdes fijos en ella, si bien no parecía verla. Deslizó una mano por su tenso abdomen y, al toparse con el cinturón, lo desabrochó para hundirla bajo el pantalón y agarrarle la polla con avaricia. Gimió complacida al sentirla cálida contra su palma, y se puso de puntillas para besarlo.

Calix, sintiéndose a punto de vomitar, dio un paso atrás antes de que sus labios lo tocaran. Le apartó con brusquedad la mano y atravesó la pista tambaleándose. No paró hasta subir a la galería que se abría sobre la pista de baile. Se apoyó en la barandilla mientras trataba de recuperar la respiración y la tranquilidad estomacal. No había sido la cara de la rubia la que veía mientras ésta le acariciaba la polla, sino la de Verónica. Era su mano la que

sentía masturbándolo inclemente sin importarle si lo deseaba o no. Eran sus labios los que le reclamaban besos que no quería dar. Y lo peor de todo era que se había sentido un traidor. Un cabrón que le ponía los cuernos a la mujer de su vida. Aunque ésta ya no lo fuera. Se concentró en controlar su agitada respiración y, cuando sintió que el mareo remitía y su polla se marchitaba, se asomó para mirar la pista.

Uriel seguía allí, bailando encajado entre la morena y la rubia mientras escrutaba la discoteca. Alzó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Calix, arqueó inquisitivo una ceja y volvió la atención a sus acompañantes. Las besó, pasando de una a otra hasta que el beso se convirtió en una orgía de lenguas y labios que era difícil seguir. Sus manos se perdieron bajo la blusa de la morena mientras las de la rubia se perdían bajo los pantalones de él. Por su cara, no había duda de que lo estaba disfrutando mucho. Deslizó una mano por el cuerpo de la morena hasta meterla bajo su corta falda y la dejó allí hasta que ella echó la cabeza atrás, la boca abierta en un jadeo extasiado. La sostuvo durante su estremecido orgasmo y después se volvió hacia la rubia con una sonrisa demoledora. Le dijo algo, ella asintió y Uriel las tomó de la mano y salió de la pista para aparecer poco después en la galería en la que estaba Calix. Lo miró lascivo guiñándole un ojo y echó a andar buscando un lugar donde sentarse.

Y Calix fue tras él sin saber por qué. O tal vez sí. Tal vez lo siguió porque, por primera vez en mucho tiempo, se había excitado sin que una mujer lo tocara. Sentía la polla dura y palpitante contra los pantalones, y esa erección no había sido provocada por las indeseadas caricias de una mujer, sino por el embriagador mordisco del deseo. Un deseo que había nacido en él al ver a la morena correrse bajo las caricias de Uriel.

Lo siguió, parándose junto a una columna cuando lo vio ocupar un reservado. Observó indiferente cómo se abría la bragueta para sacarse la verga y ponerse un preservativo. La rubia no tardó en montarlo mientras la morena se situaba a su lado comiéndole los morros. Porque eso ya no era

besarse. Era sexo puro y duro, sin adornos ni sutilezas. Contempló excitado la mano que él deslizaba entre los muslos de la rubia, tal vez para masturbarla mientras se la follaba al tiempo que con la otra le sobaba el culo por debajo de la falda a la morena. Su gesto tenso no dejaba lugar a dudas de que estaba concentrado en contenerse. La rubia se corrió temblorosa y, poco después, se bajó de su regazo para que la morena lo montara. Esta vez fueron las manos de la rubia las que masturbaron a la morena mientras Uriel la follaba con delirante brusquedad. No tardaron en correrse.

Y no fue hasta que se quedaron inmóviles cuando Calix se dio cuenta de que había estado frotándose la polla por encima de los vaqueros. Apartó la mano y los observó. Uriel palmeaba el trasero a la morena, instándola a levantarse de su regazo. Se quitó el preservativo, lo tiró en un rincón y se abrochó los vaqueros. Le dio un beso a cada mujer y echó a andar hacia Calix sin más despedidas.

—Vamos fuera, estoy asfixiado de calor —le dijo dándole una palmada en la tripa.

Enfiló la escalera y, esta vez, cuando llegaron al nivel inferior fueron a la salida.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió Uriel mirándolo intrigado.

—Nada —murmuró Calix. Aunque la verdad era que no sabía qué le había pasado ni por qué había reaccionado como lo había hecho.

—Te presento a una mujer decidida a follar, tú la dejas tirada, y ¿dices que no ha pasado nada? A ver, no me malinterpretes, me ha encantado follarme a las dos, pero, joder, soy un buen amigo y pretendía compartirlas contigo. Si te gusta mirar, podrías habérmelo dicho antes y me lo hubiera montado de otra manera para que pudieras vernos mejor.

Calix bajó la mirada, consciente de que, aunque no era capaz de contener su polla cuando una mujer lo tocaba, tampoco era capaz de follar y correrse.

—No me interesan las mujeres —musitó sin alzar la vista.

—Ah, vale. —Uriel lo miró confundido, pues parecía avergonzado, ¿por

qué?—. No pasa nada, aunque podrías haberlo dicho desde el principio, habríamos ido a otro sitio —le recriminó observando su más que evidente erección—. Si quieres, te la mamo para aliviarte...

Calix alzó la cabeza de golpe y, con un destello de rabia en los ojos, se dio media vuelta para tomar la calle Arenal y regresar a su casa.

—Vamos, tío, no te rebotes. Sólo era una sugerencia inocente. —Uriel fue tras él—. A mí tampoco me interesa comértela, ya sabes lo que dicen: donde tengas la olla, no metas la polla.

Calix sacudió la cabeza perplejo.

—No me hace ni puta gracia —masculló.

—Ya lo veo... Deja que te compense llevándote a un sitio que sé que te gustará.

—Estoy harto de música a todo volumen, aglomeraciones y gente empujándome.

—Y yo. Por eso quiero ir al Laberinto, allí estaremos tranquilos. —Le dio un azote en el trasero antes de echar a andar.

Y Calix, llamándose idiota, estúpido y mil epítetos más, lo siguió. Atravesaron las laberínticas callejuelas del Madrid más antiguo, la suave brisa nocturna de finales de abril despejándole la cabeza y enfriándole la libido, hasta que Uriel se paró frente a una anodina puerta sin ningún cartel que indicara a qué tipo de local daba paso.

La empujó con seguridad y entraron en un diminuto recibidor donde pagó una cantidad obscena por dos entradas que les daban derecho a una consumición.

—¿Estás loco? —jadeó Calix al ver el intercambio de billetes.

—Créeme, merece la pena.

Lo guio por un estrecho pasillo que parecía llevar a las entrañas del edificio hasta un salón ciego en el que había dos puertas. Pidieron un par de cócteles en la barra y culebrearon entre sofás de tres y cuatro plazas que rodeaban mesitas cuadradas y se sentaron en uno.

—Aquí estaremos tranquilos.

—Desde luego, no hay mucha gente. —Calix ocupó un extremo—. No me extraña, con los precios que tienen...

—No te dejes engañar por las apariencias, éste es sólo el principio del Laberinto —le recomendó Uriel escrutando el ambiente.

Tal como Calix había dicho, no había mucha gente, algo del todo lógico, pues era tarde y la mayoría de los asiduos al Laberinto habrían dejado atrás la fase de tomar copas para pasar a los asuntos que realmente les interesaban. No obstante, aún quedaban algunos clientes en la Antesala del Placer, que era como se llamaba ese salón. Y, si éstos no convencían a su amigo, estaba seguro de que llegarían más durante la noche. Al fin y al cabo, el Laberinto nunca dormía. Su mirada se cruzó con la de varias personas que los observaban interesadas, pero él no se detuvo en ellas, sino que se volvió hacia Calix.

—¿Has estado alguna vez en un club de intercambio?

Calix negó, el aire retenido en sus pulmones. ¿Lo había llevado a un club *swinger*? ¡¿Por qué?! Ése era el último sitio en el que quería estar.

—Hay una especie de código no escrito que debes seguir —prosiguió Uriel, ajeno a su desazón—. Si estás interesado en alguien, te acercas y le haces una caricia discreta que no tenga tono sexual. Si te la devuelve significa que le interesas, y si te aparta la mano toca retirarse. En caso de que seas tú el acariciado, ídem.

—No estoy interesado en nada —masculló Calix incómodo.

—Pues hay varios que ya se han interesado en ti —murmuró Uriel señalando a su izquierda a la vez que esbozaba una sonrisa lasciva.

Calix se volvió con disimulo y su mirada se topó con la de una pareja. Ella era rubia, bajita y delgada, con unas buenas tetas, cuyos pezones se marcaban contra el cortísimo vestido rojo que lucía. Él era alto y musculado, llevaba vaqueros, el torso desnudo y la cabeza rapada.

—¿Te gusta? —le susurró Uriel al oído.

—Ya te he dicho que no me interesan las mujeres —replicó Calix furioso.

—Me refiero a él, idiota. —Uriel señaló al hombre con un gesto.

—¿Qué?! ¡Claro que no! —jadeó Calix atónito.

—Es una pena, porque está buenísimo —comentó Uriel lamiéndose los labios—. Tal vez deberías echarle otra miradita —insistió al ver que la pareja comenzaba a andar hacia ellos.

—No me gustan los hombres, joder —aseveró Calix incrédulo.

¿Qué veían en él para pensar eso? Verónica también lo había acusado de que le iban los hombres más de una vez. De hecho, aseguraba que no debían de disgustarle demasiado cuando se había corrido con un vibrador en el culo. Sacudió la cabeza para alejar tan amargos recuerdos.

Uriel observó pasmado la ruleta de emociones que se reflejaron en la cara de su amigo. Perplejidad. Asco. Miedo. ¿De qué coño iba? Ya tenía edad para ponerse de acuerdo consigo mismo y saber cuáles eran sus gustos.

—No te interesan las mujeres y tampoco los hombres, entonces ¿qué cojones te gusta? —lo increpó enfadado—. ¿Las ovejas?

—Vete a tomar por culo —gruñó Calix—. Me gustan las mujeres, pero no estoy interesado en ellas —especificó, no fuera a ser que se le pasara por la cabeza llevarlo a algún local raro con animales. Lo veía muy capaz.

Uriel negó enfadado, jamás había oído una explicación más estúpida que ésta.

—¿Sabes lo que te pasa? Que eres un puto niño mimado que no sabe lo que quiere —lo acusó en voz baja para, acto seguido, esbozar una lúbrica sonrisa y echarse hacia atrás en el asiento con las piernas separadas, como si quisiera mostrar la mercancía.

Calix lo miró perplejo por su drástico cambio de actitud, aunque intuyó el motivo de éste al notar que alguien se sentaba a su lado. Se volvió, encontrándose con la mirada ardiente de la mujer del vestido rojo. Un segundo después, el tipo enorme se sentó entre Uriel y él.

—Hola, ¿eres nuevo aquí? —inquirió ella poniendo los pies en el asiento. El vestido se le subió lo suficiente para que Calix pudiera comprobar que no

llevaba bragas—. A tu amigo lo he visto más veces, pero a ti no, y no eres un hombre que pase desapercibido.

—Es la primera vez que vengo —respondió Calix cortante.

—Se te nota —señaló ella—. ¿Te gustan los hombres, las mujeres o ambos?

—Las mujeres —contestó, no porque quisiera ligar con ella, sino para afirmar su sexualidad ante Uriel—. Pero no estoy interesado en nada ahora mismo.

—No estés nervioso, sólo pasará lo que tú desees que pase. —Le deslizó un dedo por el antebrazo, sus voluptuosas tetas a pocos centímetros de sus ojos.

Él la miró incómodo. ¿Le estaba pidiendo sexo mientras su pareja, que, por cierto, era enorme, los miraba? Se volvió con disimulo y comprobó que, en efecto, el hombre no se perdía detalle. También que tenía la mano en el paquete de Uriel y que éste, en lugar de apartársela, se la sujetaba instándolo a masajearlo. Apartó la mirada avergonzado.

La mujer repitió su caricia, esta vez en el muslo, y Calix le apartó la mano antes de que le tocara la polla y ésta se le pusiera dura ignorando sus deseos.

Ella fijó una calculadora mirada en su lisa entrepierna y sus ojos brillaron desafiantes antes de conseguir ocultar lo mucho que la excitaba su reticencia.

—Me gusta tu pelo, ¿es tu color natural? —inquirió con una alegre sonrisa, eliminando todo rastro de sensualidad de sus ojos, sus labios y su lenguaje corporal.

Calix asintió, perplejo por su radical cambio de actitud.

—Tienes unos ojos preciosos, ¿herencia de tu padre o de tu madre? —preguntó acto seguido, haciendo un gesto asertivo al hombre que la acompañaba.

—De mi abuelo.

Percibió un movimiento tras él y se volvió intrigado. El hombre enorme se dirigía a la puerta contraria a la que habían entrado. Se quedó atónito al ver

que Uriel lo acompañaba con una mano anclada a su culo.

—¿Sorprendido? —dijo la mujer con un asomo de diversión en la voz.

Calix bajó la mirada encogiéndose de hombros. Mientras no lo metieran a él en el ajo, lo que hiciera Uriel le importaba un pimiento.

—A mi marido le gusta follar con hombres, y hace tiempo que se había fijado en tu amigo.

Calix la miró sorprendido. ¿Marido? ¿Estaban casados y follaban con otras personas?

—Y ¿a ti no te importa?

—¿Que folle con otros? No. ¿A ti sí?

—Yo no tengo pareja.

—¿Y si la tuvieras?

Calix lo pensó un momento antes de decidirse por la sinceridad. Puede que estuviera en un club de intercambio, pero no era porque lo hubieran dejado elegir.

—Jamás la compartiría.

—Oh, vaya, pues no has venido al sitio adecuado si no te gusta compartir... A no ser que lo que pretendas sea unirte a alguna pareja, como hace tu amigo —murmuró sonriente.

—No estoy interesado en rollos de una noche. —Fijó sus luminosos ojos verdes en ella.

—Entonces espero que no hayas venido aquí buscando al amor de tu vida —comentó sarcástica por la incongruencia de su respuesta.

—No busco pareja, tampoco rollos de una noche —puntualizó.

Lo miró sorprendida tratando de entender su afirmación.

—Si no quieres rollos de una noche y tampoco una pareja estable, ¿con quién follas?

Calix volvió la cabeza, zafándose de su mirada y evitando responder a su pregunta.

—Qué interesante —musitó cada vez más excitada por el desafío que él

suponía—. A mi marido le gusta follar con hombres y con mujeres, y a mí me encanta que me follen, sea quien sea, así que disfrutamos como locos montándonoslo con más gente. Pero a veces tengo suerte y doy con alguien especial —explicó poniéndole la mano en el muslo y acariciándoselo despacio—. Y cuando eso pasa prefiero no compartirlo y follar en privado.

—Lo siento. —Le quitó la mano de nuevo—. Eres muy hermosa, pero no puedo.

—No pasa nada —aceptó ella levantándose. Se dirigió a la barra a por algo de beber y ya no regresó, sino que se acercó a una pareja que acababa de entrar en el salón.

Y a Calix le pareció estupendo. Un problema menos. Miró a su alrededor incómodo, varias personas lo observaban como si fuera un caramelito que quisieran probar. Bajó la vista para no establecer contacto visual con nadie y se llevó el vaso a los labios. Y mientras bebía el último trago de whisky se planteó si esperar a Uriel o irse de una puñetera vez.

Alguien se sentó a su lado y una mano velluda le rozó el muslo, donde permaneció.

Decidido, se largaba.

Apartó la pierna con brusquedad y se marchó sin más dilación. Salió por la puerta más cercana y recorrió un estrecho pasillo hasta un vestíbulo circular en el que se abrían varias puertas. Dio vueltas sobre sus talones sin reconocer el lugar hasta que se dio cuenta de que se había equivocado de salida al escapar del salón. Decidió regresar allí, pero entonces descubrió que todas las puertas eran iguales y no sabía por cuál había entrado. Las abrió una por una buscando el pasillo por el que había llegado, pero todas daban a corredores idénticos.

Notó que le faltaba el aire al sentirse perdido. Eligió al azar un pasillo que lo llevó a un salón en el que varias personas estaban retozando. Las miró desorientado antes de dar media vuelta y desandar sus pasos. A mitad del pasillo se topó con la mujer del vestido rojo.

—¿Te has perdido? —le preguntó con afable preocupación.

Calix asintió con un gesto tan desamparado que ella no pudo evitar retirarle el pelo de la cara en una caricia sensual.

Parecía tan vulnerable e indefenso, y eso lo hacía tan adorable que...

—No es fácil orientarse en el Laberinto. ¿Por qué crees que le pusieron ese nombre? —sonrió. Calix la miró receloso—. No te gusta ser el centro de atención, ¿verdad? Por eso has huido del salón. —Le deslizó los dedos por el antebrazo, tentándolo a darle la mano.

—Sólo quiero salir de aquí. —Se apartó. Esa noche había soportado demasiadas caricias para su paz mental.

—Ven conmigo.

Lo guio hasta un hall pentagonal, abrió una puerta y lo invitó a entrar en una habitación. Uriel estaba allí, desnudo sobre una cama que ocupaba gran parte de la estancia. Los ojos cerrados, las piernas separadas y la cabeza rapada del enorme marido de la mujer moviéndose entre ellas.

—Joder —masculló Calix dando un paso atrás.

Uriel abrió los ojos al oírlo, sorprendido de verlo allí con la mujer. Cuando lo había dejado en el salón no le había dado la impresión de que estuviera interesado en hacer un *gangbang*. Aunque, tal como era de raro con respecto al sexo, ¿quién sabía? Tal vez ella había conseguido convencerlo de pasar un buen rato. Esbozó una ufana sonrisa que pronto se trocó en una mueca de preocupación al percatarse por la rigidez de su postura que no estaba tan tranquilo como quería aparentar. Apartó al calvo para acercarse a él y ver qué le pasaba, pero en ese momento la mujer se interpuso entre ellos.

—Déjalos que hagan lo que quieran, a nosotros no nos interesan —le susurró a Calix, agarrándole la mano para llevarlo hasta un diván y sentarlo en él—. Éste es el único lugar en el que te dejarán tranquilo, si sales de aquí volverán a acosarte —exageró mientras le acariciaba con ternura las mejillas. Hizo resbalar los dedos por su cuello, su torso, su estómago—. Cierra los ojos y relájate, yo haré el resto. —Le abrió la bragueta con dedos impacientes. No

todas las noches tenía la oportunidad de «guiar» a un hombre en su primera experiencia en el intercambio de parejas. Mucho menos a uno tan atractivo, vulnerable y excitante como ése.

Calix la apartó antes de que pudiera tocarle la polla. Aún estaba laxa y prefería que siguiera así.

—Lo siento, no puedo —masculló levantándose del diván.

—Vale, pero si no quieres follar al menos deja que los demás lo hagan —lo increpó enfadada señalando la cama—. ¿De verdad crees que tu amigo va a seguir aquí si te vas?

Calix se volvió hacia Uriel, topándose con su mirada preocupada. Todo rastro de placer había desaparecido de su faz, no así de su polla, que se alzaba erecta entre los dedos del calvo. Entonces se movió hacia la puerta y Uriel apartó con brusquedad la mano que lo masturbaba para saltar de la cama. Y en ese momento Calix comprendió que, inexplicablemente, Uriel iba a dejar un polvo a medias por él.

—No quiero follar, pero mirar sí me gusta —mintió volviendo a recostarse en el diván.

8

Catarsis

Purificación, liberación o transformación interior suscitadas por una experiencia vital profunda.

—Vaya, qué sorpresa —murmuró Uriel tumbándose de nuevo sin apartar la vista de Calix.

No se fiaba de él. Su gesto no era el de un *voyeur* que quiere masturbarse mirando, sino el de alguien que está perdido y no sabe cómo encontrarse. Y él sabía bastante de eso. Aunque se olvidó de todo cuando el calvo volvió a trabajarle la polla.

Contuvo un gemido y observó excitado a la mujer, que acababa de desnudarse.

—Ven, preciosa —la llamó con voz gutural—. Siéntate en mi cara y deja que te saboree.

Y eso hizo ella.

La agarró de las nalgas cuando se montó sobre su rostro y la lamió con exhaustiva dedicación hasta que la tuvo jadeante. Luego apartó al hombre de su entrepierna, era muy pronto para correrse y ya estaba al límite. El hombre se colocó a horcajadas sobre él, pegado a la espalda de la mujer, y comenzó a frotarse contra ella a la vez que le amasaba los pechos. La mujer gimió con fuerza y Uriel la catapultó al orgasmo al meterle tres dedos y follarla fuerte mientras su boca se dedicaba en exclusiva al clítoris.

La sostuvieron entre los dos mientras se corría.

Y Calix no pudo apartar la mirada del trío, removiéndose nervioso en el diván. Estaba excitándose, y mucho, sólo con mirar. Y, puesto que sólo miraba,

no tenía la desagradable sensación de estar siéndole infiel a Verónica, aunque sí de ser el sátiro lascivo que ella siempre lo había acusado de ser. Se frotó los muslos para secarse el sudor de las palmas de las manos y las dejó allí mientras Uriel y el gigantón tumbaban a la mujer en la cama. El hombre le besaba los pechos, apresando los pezones para torturarlos mientras amasaba con la mano libre el trasero de Uriel. Éste puso de nuevo la cabeza entre las piernas de ella y volvió a lamerla. Le atrapó los pliegues entre los dientes y apretó para luego calmarlos con largos lametones, la boca pegada a su sexo.

Calix observó el movimiento casi rítmico de la mandíbula de Uriel mientras libaba de ella, su nuez oscilando al tragar, y supo que la estaba follando con la lengua. Y eso lo excitó más aún. Tenía la verga y los huevos a punto de reventar, presionados hasta el dolor por los pantalones. Se llevó la mano a la entrepierna y agarró la tela para darse un poco de espacio.

—No te cortes, Calix, hazte una paja y disfruta —lo sobresaltó la voz de Uriel. Había vuelto la cabeza hacia él y lo miraba con malicia—. ¿O prefieres venir aquí y follártela tú? —lo retó antes de chuparse un dedo y hundirlo en el ano de la mujer.

Ésta exhaló un ronco gemido a la vez que alzaba las caderas pidiendo más. Su marido se ocupó de silenciarla al meterle la polla en la boca.

—Vamos, ven, hay sitio para los tres...

Calix negó con la cabeza y apartó las manos de su regazo.

«Cobarde», leyó en los labios de Uriel antes de que éste se apartara para ponerse un condón y, acto seguido, clavarse en ella tan profundamente que sus huevos le golpearon el culo.

Calix cerró los ojos tratando de ignorarlos, pero la excitación lo venció y no tardó en volver a abrirlos y fijar la vista en el trío, sorprendido al ver que el calvo había sacado la polla de la boca de su mujer para ofrecérsela a Uriel. Éste no tuvo ningún reparo en darle un lento lametón que recorrió el pene hasta la base para luego rehacer el camino hasta el glande, donde se encontró con la

boca de ella. Se besaron con desbocada lujuria antes de volver a dedicarse al falo que se alzaba entre ellos.

Calix desvió la mirada y la deslizó por el cuerpo de la mujer. Su polla palpitó al ver a Uriel follándola con dureza. Cruzó las piernas, apretándolas, los huevos tan duros que le dolían. Se masajó la entrepierna incapaz de contenerse. Un ronco gemido escapó de sus labios al sentir el placer que durante tanto tiempo le había sido negado. Pero se quedó paralizado al ver que el de la cabeza rapada se apartaba para ponerse un condón y untarse el pene con lubricante; luego se vertió un poco en la palma de la mano y la llevó al trasero de Uriel.

Apartó la vista con evidente desagrado al intuir sus intenciones. Oyó el gruñido de Uriel, pero no se arriesgó a mirar. Los gemidos del trío se tornaron más intensos, más sollozantes, y sintió que su excitación menguaba al mismo ritmo que crecía su malestar.

—Calix, no seas meapilas y al menos míranos, joder —le reprochó Uriel enfadado.

El segoviano alzó la cabeza y sus ojos se cruzaron con los de su amigo. Vio de refilón la sombra desenfocada del gigante moviéndose tras Uriel, penetrándolo mientras él penetraba a la mujer, y un acceso de náuseas le revolvió el estómago. Apartó la mirada y poco después oyó con claridad el largo gemido de la rubia al correrse de nuevo.

Uriel apretó los dientes enfurecido por la reacción de Calix, quien, encogido en el diván, parecía a punto de vomitar. Se concentró en su propio placer y, sin dejar de mirarlo, echó la cabeza hacia atrás y se corrió con rabia. Esperó a que el calvo se corriera y, cuando lo notó tensarse por el orgasmo, dejó que lo aplastara contra la mujer. Luego lo empujó para quitárselo de encima y saltó de la cama para acercarse furioso a Calix.

—Ni siquiera te has tocado. ¿Estás seguro de que te gusta mirar? —lo increpó colérico.

Calix bajó la mirada sin saber qué responder. Porque sí le había gustado

mirar. Al menos, una parte de la escena, luego había sido... desagradable.

—Vaya mojigato que estás hecho. Si lo llego a saber, te habría dejado en una guardería en vez de traerte aquí. —Lo miró desdeñoso—. Me ducho y nos vamos, no vaya a ser que te dé un telele y te desmayes como la niñita que eres —dijo furioso entrando en el baño.

Calix siguió con la cabeza baja, pero al sentir que el diván se hundía junto a él, miró de refilón a la mujer sentada a su lado.

—Un gatillazo lo tiene cualquiera —musitó compasiva acariciándole la espalda.

—Nos ha jodido el polvo, Bel, haz el favor de no darle coba —gruñó enfadado el de la cabeza rapada.

—A mí desde luego no me lo ha fastidiado —replicó ella esbozando una sonrisa ladina—, y tampoco he notado que a ti te haya jodido nada. Ni nadie. ¿Tal vez por eso estás cabreado?

El gigante los miró enfadado antes de abrir un cajón y sacar un dildo negro con una empuñadura similar a la de una porra. De hecho, el juguete recordaba poderosamente a ese objeto, sólo que mucho más pequeño, manejable... e insertable. Tomó un preservativo, enfundó el consolador en él y, sin más, entró en el baño.

Calix lo miró asustado, amargos recuerdos vívidos en su memoria.

—No te preocupes, parece muy fiero, pero es un osito de peluche —lo tranquilizó ella al ver su gesto turbado.

—No creo que...

—Déjalos jugar tranquilos. —Le acarició los labios con el pulgar y luego se lo chupó.

Calix apartó la cara, atento a los murmullos ininteligibles de los hombres. Ella deslizó el dedo por su garganta, pero él ni lo notó, tan pendiente estaba de lo que sucedía en el baño.

Oyó un golpe contra la pared y el estómago se le contrajo. Un nuevo golpe seguido de un fuerte gruñido y dejó de ser Uriel quien estaba en el baño.

Ahora era él. Y no estaba en un baño, sino en una cama. Y estaba atado. Y Verónica lo follaba con...

Palideció al oír un nuevo quejido. Saltó del diván y abrió la puerta del baño de un empuellón. Uriel estaba contra la pared, la cara pegada a los azulejos y las piernas separadas. Tras él estaba el calvo, su mano en su trasero, sólo la empuñadura del dildo visible entre sus dedos. Y, cada vez que lo movía, las manos de Uriel golpeaban la pared con fuerza, su boca contraída en un gesto de éxtasis que a Calix le pareció de sufrimiento.

Se lanzó sobre el calvo, empujándolo furioso antes de golpearlo.

Uriel lo miró perplejo antes de apartarlo del gigante, que lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué coño haces?! —le gritó. Calix parpadeó desorientado—. Eres como el puto perro del hortelano: ni follas ni dejas follar —masculló empujándolo contra la puerta.

Calix sacudió la cabeza aturdido y echó a correr.

Salió de la habitación sin escuchar los gritos furiosos de su compañero y corrió hasta un vestíbulo circular. Ni siquiera se detuvo para intentar orientarse, se abalanzó sobre la puerta más cercana y voló por otro pasillo que desembocaba en una escalera. La bajó y entró en un salón apenas iluminado; al fondo, un escenario, y en este un hombre atado a una cruz al que una mujer le estaba haciendo una felación mientras otra le metía un dildo en la boca, tan profundamente que dudaba que el hombre pudiera respirar.

Sintió que su propia garganta se cerraba en un violento espasmo que pronto se convirtió en una sucesión de arcadas que lo hicieron doblarse por la mitad. Él sabía lo que era sentir un vibrador tan adentro que tocaba la campanilla. Dio media vuelta y abandonó el salón tambaleándose. Enfiló la escalera, sordo y ciego a todo lo que no fuera escapar de allí. Bajó al piso inferior dando traspiés y llegó a un amplio corredor con agujeros en las paredes. Por ellos asomaban pollas erectas que varias personas se afanaban en chupar. Siguió avanzando a trompicones hasta un estrecho pasadizo de piedra que lo

llevó a una piscina interior tenuemente iluminada en la que tenía lugar una bacanal. Vio a docenas de personas tiradas en el suelo follando unas con otras en un lío de brazos, piernas, sexos y cabezas que le recordó a *El jardín de las delicias*, del Bosco. Se quedó paralizado, las paredes girando vertiginosas en torno a él mientras las náuseas lo dominaban.

—No puede entrar vestido —le amonestó un hombre corpulento, el único que estaba vestido allí. Un vigilante, atinó a pensar Calix antes de dar media vuelta y huir.

Entró de nuevo en el pasillo de los agujeros, tropezándose con uno de los arrodillados que chupaban las vergas sin cuerpo. Trastabilló hasta caer de rodillas frente a una enorme polla y gateó asqueado antes de conseguir levantarse y volverse mareado en busca de una puerta que ya no sabía dónde estaba.

—¿Qué coño te pasa, joder?

Consiguió enfocar la vista al oír la voz de Uriel. Estaba frente a él, con los pantalones desabrochados, la camisa abierta y los zapatos en la mano. Se los puso sin dejar de mirarlo colérico. Después lo agarró por la nuca y lo obligó a andar, sacándolo de su parálisis. No tardó en conducirlo a la calle y empujarlo con rabia contra los coches aparcados.

—¿Tanto asco te dan dos tíos follando que tienes que montar el escándalo que has montado? —lo increpó furioso—. ¡No voy a poder volver aquí en la vida!

Calix lo ignoró, mientras buscaba un sitio donde... Vio el desagüe de una alcantarilla y caminó tambaleante hasta allí para vaciar su estómago.

Uriel observó aturdido cómo vomitaba hasta la primera papilla, y un destello de comprensión brilló en sus ojos al recordar su rostro demudado, casi aterrado, cuando había entrado en el baño para... ¿joderles el polvo? Dudaba que ésa hubiera sido su intención, más bien parecía decidido a salvarlo. Intuyó que tal vez no era tan reservado y reticente al sexo por

capricho o por no saber lo que quería. Que quizá allí había mucho más de lo que parecía.

Recompuso su gesto y se acercó hasta su compañero.

—No has bebido tanto como para estar así. Eres un puto remilgado —le espetó con decidida crueldad antes de empujarlo para hacerlo caer contra la rejilla del desagüe.

Calix se incorporó tambaleante, apoyándose en los coches, y lo miró dolido. ¿Ése era el tipo con el que iba a vivir? ¿Ese salido que sólo pensaba en follar y no sentía ni un ápice de compasión por él?

Se apartó del coche con la cabeza baja, evitando cruzar sus ojos con los de Uriel.

—Me largo. —Miró desorientado a su alrededor.

No sabía dónde estaba ni cómo volver a casa. Estremecido, inhaló una bocanada de aire, pero éste no pareció llegar a sus pulmones. Abrió la boca, las náuseas sometiendo de nuevo su estómago vacío. El suelo subió hacia su cara y tuvo que apoyarse en un coche para no acabar dando contra él. Cerró los ojos angustiados y en ese momento recordó que Rodrigo le había dicho que iba a tener el móvil en la mesilla. Podría llamarlo, él le diría qué hacer. Sacó el teléfono con dedos trémulos y, tras varios intentos, logró encontrar su número en los contactos. Tan alterado estaba que ni siquiera recordó que se lo sabía de memoria.

—No me jodas que vas a llamar al jefe para que venga a buscarte —dijo Uriel.

Calix se sobresaltó al darse cuenta de que estaba tras él, observando desdeñoso el nombre que aparecía en el móvil. Lo guardó avergonzado, sintiéndose el cobarde inútil que fingía no ser, y echó a andar. Necesitaba un taxi que lo llevara a casa, pensó con un destello de claridad.

—Sí, ve con Rodrigo y llora en su regazo como un niño miedica —se burló Uriel, siguiéndolo—. Ya me imagino lo que vas a decirle: «Uriel estaba follando con otro tío y me he asustado» —lloriqueó con hiriente tono infantil.

Calix lo miró incapaz de creer la actitud de aquel al que había considerado un amigo.

—¿Qué?! —gritó Uriel dándole un empujón que lo hizo trastabillar—. A mí no me das pena —escupió despectivo—. Yo no soy Rodrigo, siempre pendiente de ti, de si estás bien, de si guardas silencio demasiado rato, de si te quedas embobado o de si palideces cuando suena el teléfono. Y tampoco soy Rosalía ni Amalia, gallinas cluecas que te ocultan bajo sus alas para que nadie te haga daño. Pobrecito Calix, pobrecito niño..., qué mal lo ha pasado, cuánto ha sufrido —gimoteó cruel—. Y mientras tanto tú te escondes en tu rincón y pones carita de estar muy triste y desvalido.

—¡Cállate, joder! —chilló Calix sintiendo una oleada de furia tan brutal que apenas si podía contenerla. ¿Cómo se atrevía a decir eso? ¡Eran amigos, confiaba en él!

—Pobre Calix..., ¿te han puteado haciéndotelo pasar mal? —se mofó Uriel—. A mí también, y no voy de mártir por la vida. El mundo es una mierda —afirmó feroz—, pero eso no significa que vaya a gritar aterrado por ver a dos tíos follando. —Lo empujó de nuevo.

—¡Creí que te estaba violando! —estalló Calix tan cerca de romperse que apenas si podía respirar.

Un destello de piedad asomó a los ojos de Uriel antes de que volviera a torcer la boca en una sonrisa ofensiva.

—No me jodas. ¿Tan puritano eres que sólo por ver a dos tíos jugando fuerte ya piensas en violación? —Le dio otro empujón—. ¿O a lo mejor es que tienes envidia y quieres que te follen el culo y no sabes cómo decirlo? No hay problema, me ofrezco voluntario. —Hizo ademán de bajarse la cremallera del pantalón.

Calix dejó escapar un fiero gruñido y toda la rabia, la vergüenza y el miedo que había guardado en su interior durante esos meses se desató en oleadas incontenibles contra Uriel. Le lanzó un puñetazo a la cara que, además de romperle el labio, lo hizo dar varios pasos atrás.

—Vaya..., si la niña sabe pegar y todo —se burló escupiendo sangre antes de ir a por él y encajar un puño en su estómago.

Calix se dobló por la mitad, boqueando sin aire.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? —lo desafió Uriel—. Vaya blandengue estás hecho.

Y Calix sintió que su rabia crecía hasta reventar, llevándose todo por delante. Se lanzó de nuevo contra él, lo golpeó y fue golpeado, lo tiró al suelo y luego fue él quien cayó. Rodaron por la calle a golpes hasta chocar contra un contenedor. Se revolcaron sobre la basura mientras se pegaban profiriendo gruñidos más propios de animales que de hombres. Hasta que cayeron exhaustos, las caras amoratadas, los labios sangrantes y los nudillos despellejados.

—Sienta bien, ¿no crees? —comentó Uriel cuando tuvo fuerzas para hablar.

—¿Qué?

—Pelear. Liarte a golpes y recibirlos. El dolor y la furia, la laxitud tras la pelea. Es casi como echar un polvo, sólo que un poco más doloroso. O no. Depende del tipo de polvo que eches —dijo con una sonrisa torcida.

—Vete a la mierda —gruñó Calix sujetándose las costillas.

—No me lo puedo creer. Pensé que eras incapaz de mandar a la mierda a nadie —se mofó antes de preguntarle con evidente preocupación—: ¿Estás mejor?

Calix lo miró perplejo.

—¿Lo has sacado todo ya o necesitas que volvamos a partirnos la cara? —Uriel se sentó entre gruñidos de dolor—. Pegas bien, cabrón. Pero si tienes más mierda dentro que quieras sacar..., en fin, yo nunca rechazo una pelea y menos aún si es lo que necesita un amigo.

—Eres un gilipollas —masculló Calix cerrando los ojos.

—Sí, ése es mi segundo nombre, Uriel Gilipollas Salido, para servirte. —Le deslizó el pulgar por la boca, limpiándole la sangre con indiscutible cariño.

Y Calix, por primera vez ese día, no apartó la cara ante esa caricia.

—Siento haberte jodido la noche —musitó bajando la mirada.

—Ni de coña me la has jodido. Beber, follar y pelear es la combinación perfecta para una noche perfecta.

Calix se palpó la mandíbula a la vez que se pasaba la lengua por el labio, el sabor metálico de la sangre precediendo al escozor que sintió al tocarse las heridas. Luego se palpó con cuidado el ojo derecho y ahogó un respingo al dar con un punto especialmente sensible.

—Tienes la cara hecha un cristo —señaló Uriel burlón.

—Tú no la tienes mejor —replicó Calix, y sus labios se curvaron en una risueña sonrisa.

Volvieron a quedarse en silencio, sumidos en fuertes emociones que ninguno quería reconocer ante el otro.

—¿Qué fue lo que te hizo reaccionar? —le preguntó Uriel un rato después —. ¿Que me sujetara contra la pared o el vibrador en mi culo?

Calix bajó la mirada, reacio a responder, pero a la vez comprendiendo que se lo debía.

—El vibrador —confesó palideciendo.

—¿Te han follado el culo alguna vez? —le interrogó Uriel sin ambages.

Calix asintió muy despacio, sin entender por qué narices le contaba un secreto que no le había contado a nadie y que ni siquiera quería reconocer ante sí mismo.

—¿Fue tu ex? Esa de la que nadie habla pero a la que todos odian, la que te llama cuando estamos a punto de cerrar y hace que palidezcas. —Calix lo miró confundido—. No estoy ciego, veo tu cara cada vez que coges el teléfono a la hora del cierre. Y tampoco soy sordo, me paso el día en el taller con Rosalía y Amalia, las oigo hablar. Se preocupan por ti.

Calix guardó silencio, tan tenso que sus manos temblaron apretadas en puños sobre sus muslos. Después movió la cabeza en un asentimiento tan

breve que, si Uriel no hubiera tenido toda su atención puesta en él, le habría pasado desapercibido.

—Es algo muy placentero si te lo hacen bien y es consensuado —comentó Uriel—. Imagino que en tu caso no lo fue.

Calix apretó los labios a la vez que negaba con la cabeza. No pensaba confesarle que, a pesar del asco y del dolor que había sentido, Verónica había conseguido hacer que eyaculara. Había odiado cada gota de semen derramada, cada brizna de placer que lo había obligado a sentir. Aunque nadie lo creería nunca si lo decía. Era un hombre, ¿cómo iba a correrse si no le gustaba lo que una hermosa mujer le estaba haciendo? Cerró los ojos transido por la vergüenza y la repugnancia que sentía hacia sí y su estúpida polla.

—¿Cuánto tiempo hace que no follas? —inquirió Uriel, resuelto a obligarlo a hablar ahora que por fin se había decidido a vomitar la hiel que lo estaba devorando.

—Meses.

—¿Fue con ella la última vez? —Calix asintió—. Deberías haber follado con otra justo después de que te lo hiciera. Es como caerte de un caballo: cuando te levantas hay que volver a montar para no cogerle miedo.

—No me apetecía follar —replicó Calix, la mirada fija en los adoquines del suelo.

Se quedaron de nuevo callados. Calix luchando con los recuerdos mientras Uriel se abandonaba a ellos.

Pasado un rato, Uriel se levantó renqueante, tendiéndole la mano.

—Vámonos, si sigo sentado en el suelo un segundo más, se me quedará el culo cuadrado y nadie querrá follármelo —dijo con una sonrisa corrosiva.

Pero Calix no se movió, ni siquiera lo miró, sus ojos fijos en el mismo vacío desenfocado que contemplaba cada noche de los últimos meses desde su cama.

—No me apetecía follar —repitió en un susurro tan bajo que Uriel tuvo que acuclillarse para poder oírlo—. Pero daba igual. Ella me tocaba y yo me

ponía duro. Aunque no quisiera. Aunque sintiera asco al ver mi polla erecta y dispuesta para ella. Utilizaba el sexo contra mí. Se burlaba cuando le decía que prefería no hacer el amor, porque, si estaba duro, ¿cómo no iba a querer follarse? —musitó con un gruñido atormentado.

Uriel se estremeció al darse cuenta de que le estaba contando algo que había mantenido en secreto, otorgándole una confianza que no estaba seguro de merecer.

—No tengo ningún control sobre mi polla. Si me tocan, me empalmo. Por eso ya no follo. No quiero volver a sentirme usado y sometido —reconoció furioso—. Llevo meses sin excitarme, y hoy al verte follarse me he puesto a mil. ¿Por qué? ¿Qué coño está mal en mí para que me excite cuando no quiero hacerlo? —preguntó desesperado, mirándolo por fin—. No me atraes, no me gustan los hombres, entonces ¿por qué me ha excitado mirarte?

—Que no te gustan los hombres es evidente, parecías a punto de vomitar cuando el calvo me estaba follando —convino Uriel para tranquilizar a su confundido amigo.

—Ganas no me han faltado. —Calix esbozó una aliviada sonrisa al darse cuenta de que era cierto, no lo excitaba el sexo homo, más bien al contrario—. Me desagradaba profundamente ver sexo entre hombres, entonces ¿por qué me he excitado? —reiteró.

—Tal vez te falte algún tornillo —se burló Uriel antes de ponerse serio—. La psique tiene poder sobre el cuerpo, puede hacer que lo más horrible parezca bello y que el dolor más agudo se torne necesario —declaró. Él lo sabía bien—. No quieres que ninguna mujer te toque porque no te fías de ellas... Pero de mí sí te fías, tal vez por eso te excite verme follarse, no porque te guste yo, sino porque te sientes seguro. Es la mente la que decide lo que deseamos y lo que necesitamos incluso más que respirar, aunque nos repugne.

Calix apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos pensando en sus palabras. Eran una buena excusa para su extraña reacción. Tomó aire sintiendo que sus pulmones se llenaban por completo por primera vez en meses. Que su

estómago estaba en paz. Que el miedo, el asco, la apatía y la vergüenza se habían replegado de su mente hasta casi desaparecer.

—Si te pone verme follar con tías, no dudes en masturbarte —oyó decir a Uriel, y casi pudo ver su sonrisa torcida y su mirada pícar—. A mí no me importa, y a ti no te viene mal correrte de vez en cuando. Acumular espermatozoides durante meses no puede ser sano —afirmó burlón antes de incorporarse—. Son casi las siete y tengo hambre. Vamos a desayunar.

Calix se puso en pie, lo observó reflexivo y sus labios dibujaron una sonrisa ladina.

—Tal vez lo haga.

—¿Desayunar? —preguntó Uriel confundido.

—Masturbarme mientras te follas a una mujer.

—O a dos, ya has visto que me las apaño muy bien con los tríos.

Impertérito

Dicho de una persona: a quien no se infunde fácilmente terror, o a quien nada intimida.

Domingo, 29 de abril de 2018

Calix observó su reflejo en el vidrio del portal, no era de extrañar que los hubieran mirado raro en la cafetería en la que habían desayunado. Se habían lavado la cara en el aseo, eliminando la sangre y la suciedad, pero eso no había borrado la hinchazón de sus bocas, el ojo morado de Uriel o la ceja partida que a él le dolía horrores. Y mejor no hablar de sus ropas mugrientas tras haberse revolcado por el suelo, ni de la sangre que tornaba rojo el cuello blanco de la camisa de Uriel.

—No podemos presentarnos así ante el dueño del piso que pretendemos alquilar —afirmó frunciendo el ceño, aunque dejó de hacerlo al sentir un ramalazo de dolor.

—Pospondremos la cita para mañana —sugirió Uriel.

—Sólo falta media hora para las diez, no podemos darle plantón.

—Hombre, poder, lo que se dice poder, sí podemos.

—Te dejaré algo de ropa para que te cambies y yo haré lo mismo —lo ignoró Calix abriendo el portal.

—No voy a subir a casa de Rodrigo con estas pintas, aún no he firmado el contrato y no quiero darle excusas para despedirme.

—No lo hará.

—Por supuesto que sí. Eres su ojito derecho, si piensa que te he puesto en

peligro, o, peor aún, que te he llevado por el mal camino, no dudará en echarme a la calle sin pestañear.

Calix no pudo evitar esbozar una sonrisa al comprender que Uriel tenía razón. Rodrigo se había convertido en algo parecido a un hermano mayor. Uno más prudente y sabio que él.

—Haz lo que quieras, yo voy a cambiarme para estar a la hora convenida —anunció entrando en el portal.

Un segundo después oyó los pasos de Uriel, siguiéndolo.

Entraron sigilosos en la casa, aunque no les sirvió de nada, pues Rodrigo estaba en el salón, toda su atención centrada en la puerta. Cuando pasaron frente a ella y los vio, no pudo evitar que sus dedos se crispasen sobre el periódico que estaba leyendo. Se mantuvo sentado y en aparente calma, aunque sus ojos comenzaron a oscilar erráticos delatando su agitación.

—Espero que hayáis demandado a la apisonadora que os ha pasado por encima —dijo calmado al ver que, a pesar de su horrible apariencia, Calix parecía tranquilo, relajado.

El segoviano esbozó una tímida sonrisa antes de explicarle que iba a dejarle una camisa y unos pantalones a Uriel para que el dueño del piso de alquiler no se asustara al verlos.

—No creo que logréis eso sólo con cambiaros de ropa. —Los recorrió con la mirada para acabar fijando la vista en sus rostros maltrechos.

Calix bajó la cabeza avergonzado, consciente de que le debía una explicación.

—Es lo que tiene pelearse, que se acaba con la cara hecha una pena —comentó Uriel con indiferencia, sacándolo del apuro.

—Sí, es lo que suele ocurrir —coincidió Rodrigo centrando su mirada en él—. ¿Hay más daños de los que se ven a simple vista?

Uriel negó con la cabeza, Rodrigo exhaló el aire que había contenido y Calix aprovechó la oportunidad para ir a su habitación y evitar que siguiera preguntándole.

—Así que os habéis peleado —Rodrigo detuvo a Uriel antes de que fuera tras él.

—Pero sólo entre nosotros, y por diversión. No ha habido terceros implicados y tampoco estamos mal, sólo un poco magullados —señaló con sorna antes de ir detrás de Calix.

Rodrigo se quedó inmóvil con la mirada fija en la puerta, la mandíbula apretada y las manos crispadas sobre los reposabrazos del sillón.

—¿Estás bien? —le preguntó a Calix cuando regresó al salón sin Uriel, pues éste se estaba vistiendo en el baño.

—Mejor que nunca —contestó con sinceridad—. Me siento... libre. Completo de nuevo.

«Y en verdad lo pareces», pensó Rodrigo al ver que, a pesar de las magulladuras, su sonrisa era la más sincera y radiante que había mostrado en todos esos meses.

—Me alegro. Pero la próxima vez que necesites pelearte para sentirte bien, ve a un gimnasio y hazlo con guantes en los puños y protección en la cara —le aconsejó con severidad—. Invéntate algo para explicar tus contusiones, porque si les dices a Amalia y a Rosalía que te has pegado con Uriel es muy probable que acaben con él. Y ya sabes lo mucho que nos ha costado encontrar a un maestro cortador, no quiero ni pensar en que se quede el puesto vacante otra vez. Además, no parece un mal hombre. No me gustaría tener que pedirle a Pavel que tirara su cadáver al río...

—¿Debo tomarme eso como una amenaza? —inquirió Uriel entrando en el salón.

—Sólo como una advertencia —replicó Rodrigo volviendo a abrir el periódico—. Son las diez, apresuraos a bajar o, además de estar impresentables, también seréis impuntuales.

10

Díscolo

Desobediente, que no se comporta con docilidad.

Lunes, 30 de abril de 2018

Aunque faltaba una hora para el amanecer, Salvador ya estaba en pie. Y no era el único. Se había levantado al oír un ruido que, diez años antes, cuando aún podía dormir seis horas sin despertarse cuatro veces a orinar, no lo habría despertado. Pero ahora era un viejo con el sueño ligero que había pasado media vida solo y que no estaba acostumbrado a vivir con nadie. Menos aún con un adolescente esquivo y permanentemente malhumorado al que hasta hacía un año había visto quince veces en su vida. Exactamente, una por cada cumpleaños.

Debería haberse olido algo cuando, tras muchos años viviendo en otra provincia, su hijo se había mudado a Madrid y le había pedido que cuidara del crío algunos fines de semana. Pero era un viejo sentimental y estaba encantado de poder ver a su nieto un par de días al mes, que pronto se convirtieron en casi todos los días de la semana, pues el chaval se había enamorado de la hija de una vecina e iba a verlo a menudo. Y un buen día nueve meses antes, su hijo le había dicho que él y su mujer se iban a trabajar a Bélgica y le había pedido que se quedara con el crío.

No pudo ni quiso negarse. Se había perdido la niñez de su nieto, no iba a perderse también su adolescencia. Aceptó, y fue entonces cuando descubrió que Joaquín no sólo era taciturno y malhumorado, sino también orgulloso, terco y rebelde, y que tenía muchos problemas con los estudios debido a una

dislexia no diagnosticada que se empeñaba en ignorar. Y él ya era demasiado viejo para bregar con un muchacho que le sacaba una cabeza y que estaba acostumbrado a cuidarse solo, aunque muy mal, por cierto. Un chaval listo como el diablo que trataba de disimular sus problemas escolares y la falta de autoestima que éstos le provocaban con una actitud desafiante de lo más molesta. Su hijo y su nuera habían hecho un trabajo pésimo con él. Y, dado el poco aprecio y el limitado respeto que el chico le mostraba, Salvador dudaba que él pudiera hacer algo para enderezarlo.

Había enseñado a miles de niños durante sus años como docente, pero había fallado estrepitosamente con su hijo. Y, por lo que parecía, también iba a fracasar con su nieto.

Enfiló el pasillo para asomarse a la habitación del muchacho, que era de donde venía el ruido, y se sorprendió al encontrarlo vestido y mirando por la ventana.

—¿Qué haces despierto tan pronto?

Kini se giró con un movimiento desmadejado; había crecido tanto y tan rápido en los últimos meses que a veces daba la impresión de que no conseguía coordinar sus largas y delgadas extremidades.

—Voy a salir a correr —anunció hermético.

—¿A estas horas? Ni siquiera ha salido el sol.

—¿Y qué? Tampoco es que aquí haya nada interesante que ver —dijo desdeñoso.

—Nada excepto las farolas —replicó su abuelo, intentando parecer afable, algo difícil en un hombre al que todo el mundo llamaba *el Ogro* con fundados motivos.

—Ni siquiera *farolear* es interesante en Madrid —masculló saliendo del cuarto.

—¿Con quién vas a correr? —inquirió siguiéndolo. Antes su nieto iba con una panda nada recomendable, y que ahora se juntara con los chicos del barrio

no significaba que no fuera a volver a las andadas, algo que no pensaba permitirle.

—Con el vecino del primero.

—¿Me tomas por idiota? —lo increpó. No había ningún chico de su edad en el primero.

—Y ¿tú a mí por mentiroso? —repuso Kini, fijando en él su rebelde mirada.

Salvador apretó los dientes enfadado, pero optó por no continuar por esa senda.

—A las siete y media tienes que estar aquí para prepararte para ir al instituto —le advirtió con una severidad nacida de la frustración. Era tan complicado llegar a él.

—Como si alguna vez hubiera llegado tarde. —Salió dando un portazo.

El Ogro resistió el impulso de ir tras él y castigarlo por su gesto irrespetuoso, pues dudaba que aceptara el castigo sin replicar. De hecho, dudaba que aceptara. Punto. Y aún no estaba preparado para comprobar que ya no respetaba en absoluto su autoridad, por lo que prefería pelear sólo las batallas que le interesaba ganar. Fue al salón y miró por la ventana. Su nieto estaba en un banco y, como si intuyera que estaba observándolo, dirigió la mirada a la ventana y sacó un cigarrillo que no dudó en encender.

Salvador tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo por no salir a la calle y arrancarle el pitillo de los labios. Oh, sí, por supuesto que sabía que fumaba, era difícil ignorarlo cuando la ropa le apestaba a tabaco, pero hasta ese momento había tenido el pudor de hacerlo donde no pudiera verlo. Resopló preocupado, hacía unos días que su nieto estaba más inaccesible e insurrecto de lo habitual, tal vez debido a que había discutido con la chica del segundo.

Apartó todo pensamiento de su cabeza al ver al ayudante del camisero atravesar la plaza y pararse frente a su nieto. Por lo visto, ése era el vecino del primero al que se refería. Frunció el ceño irritado al comprender que se

había equivocado al dudar de él. Desde luego, su torpeza no hacía más fácil el entendimiento entre ambos, sino todo lo contrario.

Calix se sorprendió al ver a Kini en la plaza a esas horas, lo último que esperaba era que se diera el madrugón para salir a correr. Observó disgustado el cigarro que tenía en la boca, pero no le dijo nada. No era asunto suyo. Se paró frente a él y, haciendo equilibrio sobre un pie, dobló la otra pierna hasta casi tocarse el trasero con el talón. Agarró el empeine y tiró con suavidad a la vez que le hacía un gesto al chico.

El adolescente le dio una última calada al cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo imitó. Estiraron los gemelos y los glúteos, los cuádriceps y los abductores de los muslos y el psoas ilíaco de la cadera e hicieron aspas con los brazos y rotaciones del tronco, el cuello y los hombros. Y cuando Kini comenzó a sentir que los músculos le ardían, Calix echó a andar cuesta abajo.

Eso ya estaba mucho mejor, pensó siguiéndolo, aunque le extrañó que caminaran a un ritmo tranquilo. Un ritmo que aumentó de intensidad conforme bajaban la calle Segovia hasta acabar convertido en un paso rápido al dejar atrás el viaducto. Entraron en el parque de Atenas y Calix inició un trote que obligó a Kini a concentrarse en su respiración para no quedarse sin ella. ¡Menos mal que iban cuesta abajo! Minutos después, el segoviano frenó adoptando de nuevo un paso rápido, lo que dio un respiro a Kini. Aunque fue breve, pues pronto comenzaron a ir cuesta arriba y Calix echó a correr de nuevo.

—No pensarás... subir por ahí —jadeó Kini al ver que se dirigían a la Cuesta de la Vega.

—Por algún sitio tenemos que ir, y me gusta ver la muralla árabe.

—Pero... es muy... empinada —resolló Kini casi sin aliento.

—¿Quién dijo miedo? —replicó Calix y, acto seguido, aumentó el ritmo de

la carrera.

Y, alternando carreras y marchas, subieron las cuestas y emprendieron el regreso a casa.

Al llegar a la plaza, Kini se derrumbó sobre el primer banco que encontró, la mano en las costillas, el aliento retenido en el pecho y las piernas tan pesadas que no podía moverlas. Miró el reloj y comprobó sorprendido que apenas llevaba media hora ejercitándose. ¡Pues se sentía como si llevara todo el día!

—Levántate y estira o mañana no podrás moverte —le recomendó Calix. Apoyó el talón en el respaldo del banco y se dobló por la cintura para tocar la punta del pie con ambas manos.

Kini lo observó un segundo, eso no era complicado ni cansado, podría hacerlo. Sólo que sentía todos los músculos agarrotados y estirarlos se convirtió en un suplicio. Cuando acabó, volvió a derrumbarse en el banco, sacó un cigarro y lo encendió.

—No deberías fumar nunca, pero sobre todo no deberías hacerlo después de correr —le advirtió Calix—. El ejercicio te ha abierto los pulmones haciéndolos más receptivos a la mierda que lleva el tabaco, y mejor no hablamos del corazón, que necesita más oxígeno tras el esfuerzo y ese cigarrillo se lo está robando.

Kini lo miró desafiante y dio una larga calada. Después de la paliza que se había dado, se merecía un premio.

Calix se encogió de hombros y comenzó a dar saltitos.

—Cuando vayas a casa, dúchate con el agua más caliente que puedas aguantar y acaba con fría —le aconsejó antes de echar a andar cuesta arriba.

—¿Adónde vas? —Kini lo miró confundido al ver que dejaba atrás el portal.

—A correr un rato —respondió Calix echando a correr, ¡cuesta arriba!, a una velocidad que nada tenía que ver con el trote tranquilo que había llevado con él.

Kini ni siquiera intentó seguirlo, con lo machacado que se sentía dudaba que pudiera dar un paso más. Entró en casa arrastrando los pies, saludó con un gesto a su abuelo y se metió en la ducha. El agua caliente lo alivió un poco y el agua fría acabó por relajarlo. Cuando salió del baño se sentía como un hombre nuevo. Uno al que le dolían hasta las pestañas.

Jimena observó de refilón a Kini, que se movía como si fuera un robot y no atinaba a atrapar ninguna pelota. Y no era que la sorprendiera, tenía una coordinación pésima y el deporte se le daba de pena. Pero eso de moverse como un viejo anquilosado durante la clase de gimnasia no le había pasado nunca. Además, por sus gestos, parecía que le dolía de verdad. ¿El qué? No lo sabía. Pero lo que fuera lo tenía hecho polvo.

La preocupación se adueñó de ella y al acabar la clase se acercó a él.

—¿Qué te pasa? Te mueves como si no pudieras andar bien.

—Tengo agujetas.

—¿De qué?

—De correr —contestó observándola. Estaba guapísima, como siempre. Con su pelo de color chocolate largo hasta la mitad de la espalda, sus ojos grises y su boca de fresa.

Ella achinó los ojos incrédula.

—No sabía que te gustaba correr.

—No me apasiona, pero hoy me apetecía —dijo bajando la vista.

Dudaba mucho que volviera a acompañar a Calix. Estaba muerto de sueño y le dolía cada músculo, pero también se sentía exultante y con más energía que nunca. Lástima que moverse fuera un suplicio.

—Cuando vuelva a casa, le preguntaré a Calix si tiene algún remedio para las agujetas. Él siempre está corriendo, seguro que sabe de algo que te alivie —comentó ella.

Kini sintió el corrosivo aguijón de los celos clavándose en su corazón. Jimena había pasado el año anterior colada por el segoviano. Quizá aún lo estuviera. Y era muy jodido competir con un tío tan atractivo como ése.

Sabía que lo llevaba crudo, pero no podía evitar que ella le gustara tanto.

—¿Qué vas a hacer luego? —inquirió esbozando una tímida sonrisa.

—Estudiar. Por si no lo recuerdas, el jueves tenemos un examen de inglés y quiero aprobar, no como otros —respondió venenosa.

Él bajó la cabeza. Claro que se acordaba del puñetero examen, llevaba días intentando entender el galimatías que le suponía el inglés, pero si ya le costaba escribir y leer en castellano, hacerlo en otra lengua era casi imposible.

—Y ¿mañana por la tarde? Podríamos ir al cine. Yo invito.

—No puedo, voy a ayudar a Calix con la mudanza. Ha alquilado un piso y van a aprovechar que mañana y pasado es fiesta para hacerla.

—Yo también voy a ayudarlo —afirmó Kini sin pensar.

—¿Tú? —Lo miró con suspicacia.

—Sí, yo. Hemos salido a correr esta mañana, somos amigos y voy a ayudarlo con la puñetera mudanza —informó desafiante antes de dar media vuelta y marcharse.

11
Zaherir

Decir o hacer algo a alguien con lo que se sienta humillado o mortificado.

Martes, 1 de mayo de 2018

Cuando Calix salió del portal, la oscuridad comenzaba a clarear gracias a los primeros rayos de sol. La plaza estaba desierta, excepto por Kini, que observaba ensimismado una farola. Lo miró sorprendido; lo último que esperaba era que el muchacho volviera a por más. Menos aún después de que Jimena, erigida en su ángel vengador, le hubiera exigido un remedio para sus agujetas tras echarle una bronca impresionante por machacarlo tanto el día anterior.

Sonrió burlón, la desmedida carrera en realidad sólo habían sido varias series de trote suave alternado con caminar a buen paso.

—¿Qué tal las piernas? —le preguntó a Kini, sobresaltándolo.

—¿Sólo las piernas? —Lo miró irritado—. Me duele desde las uñas del pie hasta las cejas.

Calix soltó una carcajada. Le gustaba la sinceridad directa y huraña del muchacho.

—Hoy lo tomaremos con calma —dijo apoyando la mano en la farola para estirar.

Kini subió la mirada al cielo y frunció el ceño irritado.

—¿Algún problema? —inquirió Calix al ver su gesto.

El chaval negó despacio mientras escrutaba la aureola de la farola.

—Has espantado a una esfinge. Pero no importa, mañana me bajaré la red y

trataré de cazarla. —Calix lo miró sin entender—. Es una mariposa nocturna —le aclaró Kini.

—Una polilla.

—Más o menos —admitió reticente. Una esfinge no era sólo una polilla. La que revoloteaba en la farola era una lechetrezná, y no había visto ninguna por allí.

De hecho, no había visto ningún heterócero digno de ser observado desde que vivía con su abuelo. Éste no lo dejaba salir al parque por las noches a *farolear*, y durante el día no era fácil encontrar insectos interesantes en una capital tan masificada de gente.

Estiraron en silencio y comenzaron la ruta. Calix cumplió su promesa y el recorrido fue más corto y en plano, pero al volver a la plaza Kini arrastraba los pies derrotado. Estiró con la misma gracia que un zombi y, al acabar, se sentó en el banco y encendió un cigarrillo mientras miraba huraño a Calix.

—Esta tarde voy a ayudarte a hacer la mudanza —afirmó desafiante, disimulando con su beligerancia la vergüenza que le daba pedírselo y lo mucho que le dolería ser rechazado.

—Lo sé, me lo dijo Jimena ayer —comentó Calix sin inmutarse por su brusquedad.

—¿La viste?

—Ceno con ella casi todas las noches. —Aunque ésa era una de las cosas que iban a cambiar con la mudanza, pensó sin saber si eso lo alegraba o lo entristecía.

Kini bajó la cabeza humillado. Jimena cenaba con Calix todas las noches, mientras que con él ni siquiera salía a dar una vuelta. ¡Qué maravilla!

—Me ha dicho que tenéis un examen el jueves —comentó Calix. Kini asintió deprimido—. Suerte con él. Te veo luego en casa, tu ayuda nos vendrá de perlas. —Le palmeó el hombro como hacía Rodrigo con él cuando se sentía abatido. Si a él le servía, tal vez a Kini también.

—Allí estaré —aceptó orgulloso el chico esbozando una radiante sonrisa.

—Gracias anticipadas por la ayuda. —Volvió a palmearle el hombro y echó a correr pensando en el increíble poder que tenía un simple gesto de aprecio y amistad.

Miércoles, 2 de mayo de 2018

—¿Estás seguro de que puedes? —Jimena miró dudosa los delgados brazos de Kini.

—Sí, estoy seguro —gruñó ofendido subiéndose a una silla para alcanzar el maletero del armario. ¿Acaso pensaba que era un alfeñique incapaz de hacer nada?

—Pesa mucho —señaló ella, remisa a darle la caja. Llevaban dos días con la mudanza y su amigo no podía evitar gesticular dolorido cuando hacía cualquier esfuerzo, seguro que aún tenía agujetas.

Kini enrojeció sintiéndose humillado y le arrancó la caja de las manos. La metió en el maletero y extendió los brazos pidiéndole otra en silencio. Ella se la tendió enfurruñada.

—¿Queda alguna más? —inquirió cuando la hubo colocado.

—Ésa era la última —señaló Uriel desde la puerta—. Por fin hemos acabado.

—¡Genial! —exclamó Kini bajando con cuidado de la silla.

No había un solo músculo del cuerpo que no le doliera, pero no pensaba dejar que Jimena lo supiera. Bastante tenía con las insinuaciones sobre su falta de fuerza y su delgadez como para que encima supiera lo molido que estaba.

—Entonces ¿hoy te quedas a dormir? —le preguntó Jimena a Uriel, y Kini no pudo evitar fruncir el ceño.

El compañero de Calix era casi tan guapo como éste, y Jimena y sus amigas llevaban toda la tarde comiéndoselo con los ojos, a pesar de que era demasiado viejo para ellas.

—Sí, ésta ya es mi nueva casa —dijo Uriel divertido por la mirada asesina que le lanzaba el chaval—. Voy a pedir pizza para cenar, ¿quién quiere?

Por supuesto, quisieron todos.

—Vamos a ir al But el sábado —comentó Jimena a nadie en especial.

Estaban los cuatro en la cocina: Calix fregando los platos, Uriel guardando los restos de la pizza, y Kini y ella revoloteando sin hacer nada.

—¿Qué es el But? —inquirió Calix intrigado.

—Una discoteca *light* —contestó Uriel mirando a Jimena—. ¿No sois muy jóvenes para ir?

—Dejan entrar a partir de los catorce, y ya los tenemos —replicó belicosa.

—Por lo que sé, tiene un ambiente similar a la Joy Eslava. —Uriel miró a Calix con una ceja arqueada.

—Joder —masculló éste al entender el significado de su gesto—. No creo que debas ir.

—¿Por qué no? —protestó ella.

—David contaba que iba allí porque las chicas se dejaban tocar... y más cosas —señaló Kini, enrojeciendo cuando su voz se rompió tornándose aguda. ¡Cómo odiaba esos gallos! Lo hacían sentir ridículo.

—¿Sabes en qué se diferencia la pizza de tu opinión? —preguntó como un rayo Jimena.

—No...

—En que la pizza la he pedido y tu opinión no, ¡pesado! —le espetó hiriente.

Kini bajó la mirada abochornado y, sin decir nada, salió de la cocina.

—¿Por qué has hecho eso? —la increpó Calix enfadado.

—Porque es un plasta insoportable —respondió ella disgustada. Llevaban una semana planeando esa salida y el imbécil de Kini acababa de

fastidiársela.

—Creí que era tu amigo, que incluso te gustaba... —señaló Calix con mirada acerada.

—Pues ya no —repuso esquivamente—. No me gustan los fracasados que pasan de estudiar.

—Tampoco es que a ti te vaya muy bien en los estudios —la acusó sin entender por qué se comportaba como una arpía—. Dime qué te pasa con él, y no me vengas con chorradas.

—No me pasa nada, no seas plasta. —Jimena miró corrosiva a Uriel, echándolo.

—Indirecta captada, me largo —dijo éste saliendo de la cocina justo a tiempo para ver tras la puerta a Kini. Y, por su gesto herido y sus ojos brillantes de lágrimas a punto de caer, lo había oído todo.

El chaval lo miró sofocado. Como no tenía suficiente con que Jimena lo humillara delante de esos dos, ahora uno de ellos también era testigo de lo sensiblero que era. Se dio la vuelta colérico y salió de la casa dando un portazo.

—Paso de salir con tíos, estoy mucho mejor con mis amigas —declaró Jimena a Calix cuando se quedaron solos.

—Nadie te dice que salgas con Kini —replicó Calix arqueando una ceja.

—Ya..., pero es lo que él quiere —murmuró Jimena bajando la mirada.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero lo sé. Se le nota mucho que está por mí. Y yo paso de él. Además, se mete donde no lo llaman, y un día de éstos le van a partir la cara —confesó al fin lo que tanto le preocupaba—. Así que prefiero tratarlo mal y dejar de gustarle.

—Y ¿quién le va a partir la cara, si puede saberse?

—No sé..., cualquiera. —Se encogió de hombros esquivando.

—¿Te ha vuelto a molestar David?

—¡No! —Puso los ojos en blanco—. No hemos vuelto a hablar desde que os peleasteis.

—Yo no me peleé, fue Kini quien se pegó con él para defenderte —le recordó Calix.

—Sí, y David por poco se lo carga de un puñetazo.

—No fue para tanto. Kini es más fuerte de lo que parece.

—Es un enclenque. Cuando el viento sopla, se lo lleva.

—No exageres y dime qué os pasa.

—Nada —contestó orgullosa antes de desinflarse bajo la mirada inquisitiva de su amigo—. David ha corrido la voz de que me dejo tocar las tetas. Pero es mentira —se apresuró a añadir—. Ahora algunos chicos me miran distinto y me piden salir, y yo sé que es para ver si me dejo...

—¿Quieres que les pegue una paliza? —se ofreció Calix, deseando que le dijera que sí.

—¡No! Ya los mando a la mierda yo solita —se negó enfadada. ¿Por qué todos los tíos reaccionaban igual? Eran tan previsibles...

Calix la miró sin entender qué tenía que ver lo que le acababa de contar con Kini. A no ser que... Apretó los dientes enfadado.

—No creo que Kini esté interesado en saber si te dejas tocar o no —apuntó. Aunque cuando lo viera al día siguiente pensaba hablar muy clarito con él.

—¡Claro que no! —Jimena abrió unos ojos como platos—. ¡Es un crío! Él no piensa en eso —afirmó taxativa, y Calix tuvo que esforzarse en disimular la diversión que le provocaba su ingenuidad—. Lo que pasa es que es tonto, y el viernes estuvo a punto de pelearse con uno de cuarto que me dijo una chorrada. Y no quiero que le peguen una paliza y lo dejen medio muerto, ya has visto lo debilucho que es. Además, es que no me gusta. Es un crío —repitió—. Parece un palo, no tiene más que piernas y brazos, y es tan

desmadejado que a veces parece que no sabe ni andar. Además, tiene que madurar un montón.

—Me parece que tú eres más inmadura que él —señaló Calix enfadado.

—Puede, pero, si no me gusta, ¿qué quieres que le haga? —repuso altiva.

—Vaya dramón que tienes entre manos —comentó Uriel burlón, regresando a la cocina cuando Jimena se marchó a su casa—. Es más interesante que la telenovela de media tarde.

—No me jodas, Uriel. Jimena se está comportando como una bruja superficial y Kini lo está pasando fatal.

—¿Y qué? Son críos, tienen que pasarlo mal. Tienen que enamorarse, putearse, rechazar, ser rechazados, ponerse los cuernos y comportarse como cabrones. Es lo que hacen los adolescentes —replicó divertido.

—No, eso era lo que hacíamos tú y yo, pero Jimena y Kini son distintos —puntualizó Calix.

—Claro que sí. Son unos santos. Es más, seguro que él no quiere tocarle las tetas —se burló, demostrando con sus palabras que no había perdido detalle.

—Era una conversación privada —lo acusó Calix.

—Entonces haberla tenido fuera de casa —le reprochó Uriel yendo a la cocina—. Voy a hacerme un café, ¿quieres uno?

—No me gusta el café, y para desayunar sólo tomo Cola Cao —señaló beligerante. La última vez que le había dicho a alguien, a Verónica, que prefería el cacao al café, se había reído de él llamándolo niño. Prefería dejar las cosas claras con Uriel desde el principio.

—Vale, yo odio el chocolate, así que prometo no tocar el tuyo —dijo Uriel divertido—. ¿Alguna otra norma insoslayable antes de empezar a vivir juntos?

Calix lo miró pensativo un segundo.

—No follamos en casa —contestó taxativo.

—¿Entre nosotros, te refieres? —preguntó Uriel malicioso.

—Eso, por descontado —resopló Calix—. Me refiero a que no traeremos mujeres a casa. Tampoco hombres —apuntó por si acaso—. Esto no es un picadero.

—Por supuesto que no. Follar en casa es un lío de cojones, la gente tiene la mala costumbre de tomárselo como una invitación para repetir y no hay quien se los quite de encima. Para follar ya están las discotecas, los aseos y los locales de intercambio.

Jueves, 3 de mayo de 2018

Calix encendió el móvil para ver la hora. Pasaban siete minutos de las seis y media y Kini no estaba aún en la plaza. Era la primera vez desde que habían empezado a correr que llegaba tarde, y le daba en la nariz que no iba a aparecer.

Se acercó a la ventana del bajo y golpeó el cristal con los nudillos. Esperó unos segundos y, al ver que no contestaba, volvió a golpearlo.

—¿Qué quieres? Vas a despertar a mi abuelo —lo increpó Kini abriendo la ventana.

—Llegas tarde —señaló Calix.

—Paso de correr. —Calix arqueó una ceja—. Me duele todo, en vez de ganar musculatura estoy perdiendo peso y estoy hecho polvo. Correr no es lo mío y paso de hacerlo.

—Te duele todo porque estás anquilosado de no moverte, pero el dolor pasará dentro de un par de semanas. Te pesas nada más regresar de correr —intuyó Calix—, y por eso te parece que estás más delgado, por todo el líquido que pierdes durante la carrera. Y si estás hecho polvo no es por culpa de correr, sino porque estás depre por..., ya sabes por qué —afirmó sin querer

hundir más la daga—. Correr sí puede ser lo tuyo, sólo tienes que ponerte a ello y dejar de quejarte.

—Paso —rechazó Kini mosqueado, pero sobre todo avergonzado. ¿Tan evidente era que estaba colado por Jimena y que ésta pasaba de él como de comer mierda?

—¿Tan fácilmente te rindes?

Y Kini supo que no se refería sólo a correr. Apretó los labios cabreado, cerró la ventana de un golpe y volvió a abrirla dos segundos después.

—Dame un minuto —le pidió antes de volver a cerrarla.

Calix golpeó de nuevo el cristal con los nudillos y Kini abrió al instante.

—Te doy quince. Tómate un yogur y una fruta, no puedes salir con el estómago vacío.

Kini asintió y, trece minutos después, salió del portal.

Media hora más tarde, Salvador terminaba de preparar el desayuno: café y tostadas para él y, para su nieto, unas lonchas de pavo y el batido de plátano, yogur y leche con canela que acababa de hacer. Observó inquieto el casi medio litro de batido. Tal vez había entendido mal las medidas. Repasó la receta de batidos energéticos que había sacado de internet al ver que Kini parecía decidido a correr cada mañana. Estaba todo correcto, la próxima vez pondría la mitad de las cantidades. Su nieto era un gorrioncillo comiendo, le sobraría la mitad. De hecho, lo más probable era que se dejara casi todo el desayuno. No debería haber hecho caso de las páginas de internet para corredores.

Se irguió sobresaltado al oír la puerta abrirse bruscamente.

—Voy a duch... —Kini se interrumpió al ver la comida que llenaba la mesa—. ¿Todo eso es mi desayuno?

—Tienes que alimentarte bien si vas a darte una paliza todas las mañanas

—señaló el Ogro con severidad.

Kini observó la mesa, a su abuelo y la jarra con algo que olía genial y lo estaba haciendo salivar. Se acercó, llenó un vaso y se lo tomó casi sin respirar.

—Está muy bueno, ¿dónde lo has comprado?

—Lo he hecho yo.

Kini asintió, vertió en el vaso lo que quedaba en la jarra y se lo bebió.

—Voy a ducharme. —Antes de marcharse, cogió una tostada y un poco de pavo para comérselo mientras iba al baño.

Salvador miró perplejo a su nieto. Acababa de robarle una tostada. Una orgullosa sonrisa se dibujó en sus labios.

Cuando Kini regresó de la ducha volvía a haber dos tostadas en el plato. También otra jarra de batido. Lo echó en el cuenco con los cereales y los devoró con más hambre de la que había tenido nunca en su vida. Luego fue a por la mochila. Estaba a punto de salir cuando se volvió hacia su abuelo y lo miró nervioso.

—¿Ocurre algo? —inquirió el Ogro al verlo sacudir la cabeza con los labios apretados.

—Quiero aprender a leer y a escribir bien —contestó entre dientes.

—Yo puedo enseñarte, pero vas a tener que obedecerme y esforzarte. No admito perezosos en mis clases.

Kini asintió con un gesto. Jimena no iba a volver a llamarlo fracasado nunca más.

Encono

Animadversión, rencor arraigado en el ánimo.

Viernes, 22 de junio de 2018

—Y si tu prometido comienza a asfixiarse, suelta el nudo y guarda tus fuerzas para apretarle otras partes del cuerpo más placenteras —le susurró Uriel a la búlgara que estaba anudándole la corbata. Le asió la mano y la deslizó por su torso en una caricia nada inocente. Ni disimulada.

Calix los observó huraño. Uriel estaba jugando con fuego sin importarle que, con ese fuego en especial, quemarse sería el menor de sus problemas. Estaba a punto de carraspear para advertirle que detuviera ese peligroso juego cuando la mujer que estaba a su derecha estalló en una furiosa diatriba en su idioma a la vez que tiraba con saña de la corbata que trataba de anudar al cuello de un enorme matón búlgaro.

—No te preocupes, no llegará la sangre al río. Rayna ladra mucho, pero no muerde: Pavel no la deja —le susurró Lavinia mordaz, pues era a ella a quien Calix servía de maniquí.

—Eso espero —masculló el segoviano exasperado.

Estaban los seis en el probador de la camisería, aunque esa estancia, más que un probador, era una sala de tamaño medio con tres de las cuatro paredes forradas de espejos, un maniquí de sastre, un biombo y dos espejos móviles. Lo habían apartado todo contra las paredes, dejando un espacio diáfano para poder trabajar durante la clase.

Había sabido desde el principio que no era buena idea enseñar a las

mujeres de los mafiosos. En las clases normales, cuando las alumnas se aburrían, se limitaban a tirar pelotillas de papel al profesor. En su clase, cuando las alumnas se frustraban, amenazaban con torturar al profesor o a los maniquís humanos, todo dependía de a quién creyeran culpable de su falta de pericia. Y si a Calix ya le resultaba muy difícil relacionarse con mujeres «normales», hacerlo con arpías como Rayna y Albena le provocaba, además de un fuerte dolor de cabeza, un estrés considerable. No era nada sencillo guardar la compostura ante los estallidos de furia de la mujer de Pavel Alekseev.

Porque ése era, ni más ni menos, el marido de Rayna.

Rayna era una mujer explosiva de caderas redondeadas, pechos altivos y mirada cortante, y cuando se enfadaba se convertía en una bruja con un genio de mil demonios. Y no hacía falta mucho para cabrearla. De ahí que siempre la colocara con Kiril, el impassible matón que las vigilaba. ¡Si alguien tenía que morir, que fuera él! Su otra alumna era Albena, la sobrina de Pavel, una Barbie humana con un cuerpo tan exuberante como el dinero podía comprar. Rubia de ojos azules, labios carnosos, culo duro y tetas firmes que siempre vestía minúsculos vestidos. El de ese día era fucsia, tenía un escote de vértigo y apenas le cubría el trasero. La tercera en discordia era Lavinia, una rumana de gusto estrambótico, sonrisa franca, carácter incisivo y mente despierta. Era su clienta favorita y la única que conseguía mantenerlo cuerdo durante las clases, de ahí que siempre se colocara de pareja con ella.

Rayna continuaba ladrándole en búlgaro a su guardaespaldas cuando Uriel, viendo el gesto angustiado de Calix, decidió intervenir.

—¿Probamos con el *true love*? —sugirió ocultando el brazo derecho tras Albena.

La rubia se mordió los labios al sentir que colaba la mano bajo el vestido, acariciándole el trasero. Se lo permitió unos segundos antes de girarse y quedar encarada a él.

—¿«Amor verdadero»? ¡Qué interesante! —Sonrió lasciva mientras

deslizaba los dedos por el torso de Uriel. Se detuvo al tocar la cinturilla del pantalón, apartándose sin haber sido descubierta. Algo milagroso, pues el matón no estaba ni a tres metros de ellos.

—Tomad el extremo delgado de la corbata, por favor —les pidió Calix a las mujeres antes de que la clase se le fuera completamente de las manos.

Explicó cómo hacer el nudo y Lavinia incluso prestó atención, no así Rayna y Albena. La primera porque estaba demasiado furiosa para atender a nada, y la segunda porque estaba muy entretenida metiéndole mano a Uriel cuando el matón no miraba.

—Estoy harta de ver a Chispa en mi casa, mi marido no debería haberla acogido —dijo Rayna con cuidado de no dar ningún nombre que el matón, que no hablaba castellano, pudiera identificar.

—Y ¿qué querías que hiciera? —Lavinia acopló el nudo alrededor del cuello de Calix.

—Dejarla en la calle para que se pudriera —siseó Rayna.

—El tío jamás haría eso, es un sentimental —se burló Albena mientras sus uñas agredían con fingido descuido el pecho de Uriel por encima de la camisa.

Él le guiñó un ojo y se giró dándole la espalda al matón para que no pudiera ver lo que se traían entre manos, lo que lo puso en el punto de mira del cada vez más inquieto Calix.

—Es un desgraciado —gruñó Rayna—. Me impone la presencia de esa vaca y tengo que fingir que no me importa verla paseándose por mi casa como si fuera suya.

—Dudo que Chispa se aventure a salir de la zona del servicio —señaló Lavinia con suavidad al ver que el volátil genio de Rayna comenzaba a inflamarse.

—Claro que no. Esa gorda se muere de miedo cada vez que se ve obligada a salir de la cocina, pero es tan divertido ver cómo bambolea su enorme y tembloroso culo que la he convertido en mi criada particular y me paso el día

pidiéndole que me traiga cosas —dijo Albena maliciosa. Bajó la cremallera del pantalón de Uriel y coló la mano sin disimulo.

Calix, enfadado por su descaró, le lanzó una furiosa mirada a Uriel. Y éste lo ignoró con una artera sonrisa que desapareció cuando apretó los labios para contener un gemido.

—Deberías dejarla en paz, no creo que a tu tío le guste que la tortures —le dijo Lavinia.

—No la estoy torturando, sólo me divierto con ella. —Albena aferró la polla de Uriel con un ceñido apretón. Él tomó aire con brusquedad, lo que hizo que ella apartara la mano por si ese sonido los descubría—. ¿Has visto últimamente a esa gordinflona, Lavinia?

—No desde que su madre se marchó de Bulgaria siendo ella un bebé.

—Pues ya no lo es. Ha crecido y es igual que la puta de su madre. Tiene las tetas tan enormes y blandas que cada vez que se mueve tiemblan como gelatina —se burló sacando pecho para que Uriel pudiera ver lo firmes que eran las suyas—. A los hombres de la casa les divierte verlas, y yo les hago la vida más entretenida haciéndola ir de un lado a otro.

—Si Pavel descubre lo que estás haciendo, montará en cólera —señaló Lavinia, lo que hizo que el gorila las mirara con los ojos entornados al oír el nombre de su jefe.

—Cuidado —siseó Rayna enfadada por su descuido.

—No te preocupes, tía, este palurdo no entiende ni una palabra de español —se burló Albena lanzándole un beso al matón, su mano de nuevo oculta tras la bragueta de Uriel.

—Ya lo sé, pero si oye el nombre de su jefe sabrá que hablamos de él y nos delatará, y no quiero dar motivos a mi marido para que mande otro escolta que sí nos entienda.

Se callaron fingiendo atender las instrucciones de Calix y, poco después, Rayna hizo su nudo con tan poca maña e interés que lo apretó en exceso. El

gorila se lo quitó presuroso y carraspeó sobresaltando a Uriel, que tenía una mano entre las piernas de Albena.

Calix lo miró furioso. Entendía que a Rayna y a Albena no les interesara la clase, pues se habían visto forzadas a ir por exigencia de Pavel, pero lo que no entendía, ni aprobaba, era que Uriel se dedicara a «entretener» a Albena. Su amigo se follaba a tías como ésa todos los fines de semana. ¿Por qué correr el riesgo de que lo pillaran? ¿Por qué no lo dejaba para más tarde y se la tiraba en un lugar más discreto y menos frecuentado que la camisería? ¿Acaso había perdido el juicio? Llevaba toda la semana muy inquieto, comportándose como si estuviera desquiciado, pero eso ya era sobrepasar todos los límites.

—Uriel, acércate, quiero mostrarles cómo hacer un *windsor* —le pidió con la intención de alejarlo de la rubia.

El aludido sonrió socarrón antes de obedecer.

—Claro, papi, estoy a tu disposición —respondió colocándose frente a él.

Calix le puso la corbata e hizo el nudo describiendo cada movimiento a sus alumnas. O, mejor dicho, a Lavinia, pues era la única que atendía. Al terminar, lo ajustó con fuerza, cortando la respiración de Uriel a la vez que le lanzaba una mirada de advertencia. Esperó un momento antes de deshacerlo para que captara bien la indirecta y luego se emparejó con Lavinia y pidió a sus alumnas que lo imitaran. Rayna se colocó frente a Kiril y Uriel hizo lo mismo con Albena, poniéndose de nuevo de espaldas a los demás. No pasó mucho rato antes de que la rubia tuviera otra vez la mano en la polla de Uriel, para mayor disgusto de Calix.

—No sé por qué mi marido no puede ponerle un apartamento en otra ciudad y olvidarse de ella como hace con todas sus amantes. —Rayna volvió al tema que tanto la enfurecía sin molestarse en fingir que prestaba atención a la clase.

—Tal vez porque Chispa no es su amante —señaló Lavinia esbozando una astuta sonrisa—. O quizá porque, al igual que su madre, se niega a ser mantenida.

—Pues entonces que la devuelva a esa casucha en la que vivía.

—Por lo que sé, era una ruina que se estaba cayendo a trozos y la ha mandado derribar...

—Es una pena. Si se derrumbara sobre Chispa, nos haría a todos la vida mucho más fácil. Sobre todo a ella misma —dijo Albena mirando con sorna a Uriel cuando éste le apartó la mano con disimulo; por lo visto, no le faltaba mucho para correrse—. Mi querido tío la ha dejado bajo la tutela de la cocinera..., y no se puede decir que Ioanna le tenga mucho aprecio.

—Pues debería. Es de caridad cristiana acoger al desamparado —apuntó Lavinia anudando la corbata en el cuello de Calix, quien se mantenía en un hosco silencio.

Cada vez le resultaba más difícil fingir indiferencia. Hacía tiempo que no oía hablar de alguien con tanta inquina, y no podía evitar empatizar con la pobre chica.

—Ioanna sabe reconocer la basura nada más verla, y Chispa es escoria de primera —aseveró Rayna—. Tan zorra como la puta de su madre.

—Chispa no tiene la culpa de los pecados de su madre, no es justo que la odies por eso.

—Pero ¿sí es justo que tenga que sufrir su presencia en mi casa cada día? —inquirió furiosa Rayna, dando por zanjada la conversación.

Terminaron la clase y Rayna y Lavinia salieron del probador, no así Albena, que se entretuvo buscando un anillo que había perdido. Uriel, como el caballero que era, se quedó a ayudarla mientras el gorila se debatía irritado entre permanecer en el probador o salir a la tienda. Su trabajo era proteger a la mujer y a la sobrina de su jefe, algo harto difícil si se separaban. Al final optó por seguir a Rayna, quien estaba frente al mostrador ubicado a la entrada de la tienda, muy alejado del probador, que estaba en la parte trasera.

—Entonces ¿mejor un pañuelo oscuro en el bolsillo de la americana? —planteó la mujer observando con los ojos entornados el que Calix le presentaba.

—En un traje claro hará de ancla visual —afirmó éste.

—Me lo llevo. Consígueme más —exigió altiva—. Pavel odia repetir.

—Por supuesto —aceptó Calix, quien ya se había resignado a ser el «oficial de suministros» de la camisería.

Envolvió el pañuelo y luego la entretuvo enseñándole gemelos mientras miraba de refilón la puerta cerrada del probador. No era el único que lo hacía, pues el gorila también estaba pendiente de ella. Maldito Uriel, ¿por qué tardaba tanto en salir? Faltaba poco para las cinco y Rodrigo no tardaría en llegar, lo cual podía ser desastroso.

—Si me disculpa, creo que tengo un muestrario nuevo en el probador —dijo yendo hacia allí. Y Lavinia demostró una vez más por qué era su clienta favorita al impedir que Rayna, y por ende el matón, lo siguieran.

Calix entró con rapidez, asegurándose de cerrar la puerta tras él. Algo de lo más conveniente, pues Uriel, dando muestras de su estupidez supina, tenía a Albena contra la pared de espejos, las manos apoyadas en ellos, las piernas muy separadas, el escote bajado y la falda subida hasta las caderas mientras se la follaba por detrás.

—Dame un segundo —jadeó mirando a Calix sin dejar de embestir a la rubia.

—No tienes un segundo, son casi las cinco, el matón está mosca y ya no sé cómo entretener a Rayna —masculló Calix encrespado. Sabía que Uriel era capaz de muchas cosas, pero ésa era la primera vez que se lo montaba con una clienta en la camisería.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto odio las prisas? —resopló Uriel molesto. Bajó la mano con la que le amasaba las tetas a la rubia para masajearle el clítoris—. Vamos, bonita, date prisa o me correré sin esperarte...

Calix los miró furioso antes de salir del probador sintiendo una tibia excitación.

Cuando regresó, se disculpó por su despiste y sacó el muestrario del cajón. Cinco minutos después, Uriel salía del probador, excusando la ausencia de Albena con una visita al aseo. Cuando ella apareció en la tienda, sólo sus

labios hinchados y la sonrisa lasciva que lucía traicionaban lo bien que se lo acababa de pasar. Las mujeres y el matón se marcharon poco después, y Calix, tras cerrar con llave, se encaró con Uriel.

—¿En qué coño estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre tirarte a Albena en el probador?

—La verdad es que había pensado hacerlo en el aseo, pero es demasiado estrecho —contestó indiferente—. Además, los espejos dan mucho morbo, deberías probarlos.

—Estás loco, joder. ¿Te has parado a pensar en lo que te hará Pavel si se entera?

—No creo que le moleste —se encogió de hombros—, tendría que ser ciego para no saber que a Albena le gusta follar tanto como respirar. Por cierto, me ha dicho que le gustaría montárselo con nosotros dos. ¿Te apuntas a tirártela mientras yo le follo el culo?

—Paso.

—Es una pena, esa mujer aprieta el coño tan fuerte que parece decidida a dejarte seco.

Calix arrugó el ceño al oírlo. Él sabía lo que se sentía cuando te masajeban la polla así: un placer capaz de esclavizar a un hombre. Al menos, a él lo había esclavizado convirtiéndolo en un pelele.

—Estoy seguro de que te encantaría —continuó Uriel, agarrándole la entrepierna—. Siempre y cuando consigas que se te ponga dura, claro —apuntó al notar su falta de excitación.

Calix lo apartó de un manotazo. En esos meses había aprendido que Uriel no tenía reparos en tocarle los cojones, literal y figuradamente, cuando le apetecía. Y, cuanto más se molestaba él, más se los tocaba Uriel, así que se había acostumbrado a apartarlo sin darle importancia. Era la única manera de que su imprudente amigo lo dejara tranquilo.

—Vamos a tener que hacer algo con tu libido, cada vez está peor... —se burló Uriel.

—Mi libido es perfecta, eres tú quien está mal. El gorila de Pavel podría haberte pillado.

—No seas ingenuo, si no nos ha pillado ha sido porque no ha querido. Sabía de sobra lo que estábamos haciendo, no hablará nuestro idioma, pero tonto no es.

—Si Rodrigo se entera de lo que has hecho, no dudará en despedirte...

—Pero eso no va a pasar, así que no merece la pena preocuparse por ello.

—No tienes un ápice de sentido común. Eres autodestructivo.

—Y ¿te das cuenta ahora? No tienes ni la más remota idea de lo autodestructivo que puedo llegar a ser. De cuánto me gusta estar en el filo y lo mucho que anhelo caer —repuso antes de entrar en el taller.

Saudade

Soledad, nostalgia, añoranza por algo que se ha perdido y que se tiene la convicción de que no se puede recuperar.

Sábado, 30 de junio de 2018

Calix, aún dormido, se giró hasta quedar boca abajo, separó las piernas y comenzó a mecerse sobre la cama para frotar su tibia erección contra las sábanas. Conforme se fue endureciendo, sus dedos se engarfiaron aferrándose a la almohada, la respiración se le agitó y sus caderas empujaron con más fuerza y rapidez contra el colchón. Se despertó en el instante en que se corría con un quejumbroso gemido.

Se apartó asqueado de la mancha resultante de su descontrol y se sentó inquieto en el borde del colchón. Lo que lo cabreaba de las poluciones nocturnas no era la imposibilidad de detenerlas, pues las muy puñeteras lo pillaban a traición cuando estaba dormido. Menos aún que el orgasmo fuera tan flojo que muchas veces no se despertaba y, por ende, no descubría que había eyaculado hasta que veía sus calzoncillos manchados. De hecho, prefería ignorarlas a despertarse sobresaltado por culpa de un placer del que renegaba. No. Lo que de verdad lo ponía de una mala leche terrible era sentir su sucio semen en el pene, recordándole su falta de control y la facilidad con que el sexo lo rebajaba. Recordándole que no era más que un pelele libidinoso. Tuvo que esforzarse para no correr a la ducha para deshacerse del repugnante esperma que lacraba su tripa. Prefería con mucho la apatía sexual de los últimos meses a eyacular en sueños sin ningún poder de decisión.

Menos mal que no le ocurría a menudo, porque, si no, se sentiría tentado de cortarse los huevos.

Sin poder resistirlo más, saltó de la cama y se fue a la ducha.

—¿Ya es hora de vaciar los huevos? —le preguntó Uriel socarrón cuando, poco después, entró en la cocina vestido para salir a correr.

—¿Qué haces despierto tan pronto? —Calix ignoró su pregunta.

—Un capullo me ha despertado al encender la chatarra ruidosa que tenemos por calentador para ducharse —gruñó antes de darle un trago al café—. Esta noche voy a ir a un local nuevo. ¿Por qué no te apuntas? Seguro que te diviertes viendo follar a tipos duros y amas perversas... ¿Quién sabe? Tal vez incluso te animes a participar.

—Paso.

—Te iría bien correrte una juerga. O sólo correrte, si no te apetece la juerga —puntualizó mordaz. Calix resopló desdeñoso mientras se preparaba el desayuno—. Lo digo por tu bien. Si te corres dormido significa que tienes los huevos a punto de reventar, y eso no es sano.

—¿Qué sabrás tú?

—Por favor, Calix, siempre te duchas por la noche... A no ser que te corras sin querer. Y cuando eso sucede te lavas de inmediato para eliminar todo rastro de semen de tu cuerpo, como si éste fuera un veneno ponzoñoso que te quemara la piel —dijo cáustico—. Sé lo neurótico que eres con el sexo, recuerda que hemos compartido cama varias veces, yo follando y tú mirando.

—Tres veces. Y dudo que vuelva a repetirse —apuntó Calix mordiendo una tostada.

La primera vez, en el Laberinto, había sido liberadora a pesar de haber acabado con una pelea entre ellos y sin orgasmo. La segunda vez, Uriel había elegido un sitio tranquilo, pero, aunque había conseguido correrse, no le había resultado agradable. Había sentido demasiada presión por llegar a un fin que, a pesar de estar excitado, lo repelía y lo hacía sentir sucio. La tercera vez había sido aún peor. Había sido una sombra masturbándose sin ganas mientras

veía follar otras sombras. Todos eran fantasmas sin rostro ni corazón reducidos a impulsos carnales sobre los que no tenían control. Ni siquiera había intentado correrse.

Sus días de sexo habían acabado. No era capaz de experimentar placer sin sentirse usado, así que no tenía sentido buscar lo que ya no deseaba. Vivía muy tranquilo sin excitarse, y eso sólo ocurría cuando asistía a las orgías de Uriel, motivo por el que ya no lo acompañaba.

—Tú sabrás lo que haces, pero es una pena desperdiciar tan sabrosa leche —señaló Uriel. Le echó la mano al paquete, pero Calix se apartó impidiéndoselo, por lo que se ganó un azote en la tripa—. Además, estar tanto tiempo sin follar no es bueno. El otro día leí que eyacular al menos veinte veces al mes previene el cáncer de próstata. Así que, por tu bien, te pido que me acompañes esta noche. Te prometo que me encargaré personalmente de subir tu cuota de corridas para que estés fuera de peligro.

—No sabes cuánto me conmueve saber que velas por mi salud, pero paso.

—No seas idiota y ven. Es un sitio distinto, te va a gustar. O puede que no, pero al menos experimentarás algo diferente —porfió Uriel, sorprendiendo a Calix, pues no solía insistir en que lo acompañara.

—¿Por qué estás tan empeñado en que vaya?

—¿Tal vez porque no me apetece ir solo? Me gustaría que mi amigo estuviera conmigo dándome agua cuando esté sediento, controlándome para que no me descontrole y vigilando que nada se tuerza. Ah, no, espera, que es una orgía. Tengo que descontrolarme, si no, ¡menudo aburrimiento! —exclamó cáustico—. Haz lo que quieras, no es a mí a quien se le va a caer la polla de no usarla —le advirtió con un destello de rabia que sorprendió a Calix.

—¿Estás seguro de que quieres ir a ese sitio? —Lo miró preocupado por su extraño comportamiento. Aunque, tal como estaba de desquiciado últimamente, no le extrañaría nada que esa noche fuera el colofón a dos semanas épicas.

—No hay nada que desee más, será una especie de conmemoración

especial para una fecha aún más especial; al fin y al cabo, no todos los días es 30 de junio —aseveró sarcástico, aunque en sus ojos había una seriedad que jamás le había visto. ¿O era dolor?

No. Uriel no sabía el significado de esa palabra.

Calix aceptó con un cabeceo y se dirigió a la puerta.

—¡Más te valdría correrte más y correr menos! —le gritó Uriel antes de que saliera.

Calix sonrió. Desde luego, vivir con Uriel era todo un desafío. Un desafío para no matarlo, claro. Salió a la calle y buscó a Kini. El chico jamás faltaba a su cita, ni siquiera cuando ésta era los sábados al amanecer como ese día.

Lo encontró fumando un cigarrillo mientras escudriñaba el halo luminoso de las farolas en busca de insectos. Según le había contado, antes de mudarse a Madrid y vivir bajo la tiranía de su abuelo, solía deambular por la noche, observando y cazando los insectos que revoloteaban alrededor de las farolas. A eso lo llamaba *farolear*, y era uno de sus pasatiempos favoritos. O lo había sido antaño, cuando sus padres no lo vigilaban con la tenacidad de su abuelo y podía hacer lo que le apetecía.

Se acercó a él y comenzó a calentar. Kini lo imitó. En las pocas semanas que llevaba corriendo, el adolescente había conseguido un ritmo aceptable, no muy rápido pero sí constante, y gracias al ejercicio diario comenzaban a marcarse tenues músculos en su cuerpo espigado. Aunque el cambio que se estaba produciendo en él no era sólo por el deporte.

—¿Es pelo eso que veo en tu barbilla? —le preguntó guasón al vislumbrar una suave pelusilla cubriéndole de manera desigual el mentón.

El muchacho enrojeció súbitamente a la vez que se llevaba la mano a la cara.

—Me sale cuando le da la gana; ayer no tenía, y creía que hoy tampoco —contestó molesto, su voz pasando de grave a aguda en mitad de la frase—. Voy a tener que afeitarme, joder.

—Yo me afeito todos los días y no me he muerto —replicó Calix

revolviéndole el pelo antes de echar a andar a paso ligero.

Kini lo siguió malhumorado.

—Pero a mí me pasan... cosas raras.

—¿Como cuáles? —indagó. Kini no era muy dado a conversar, por lo que intuyó que algo le preocupaba.

—Cosas —masculló el chico mirando al suelo.

Calix se mantuvo en silencio, esperando a que encontrara el valor, o las ganas, para seguir hablando, algo que hizo cuando dejaron atrás las enrevesadas callejuelas de La Latina y entraron en la tranquila soledad de Las Vistillas.

—Tengo problemas con... —Se calló sin saber cómo continuar—. Algunas noches... —Negó antes de empezar de nuevo—. A veces... —Volvió a callarse—. Me pasan cosas que..., sin que yo haga nada..., porque sí..., y... ¡Da igual! —estalló acelerando el paso para dejarlo atrás.

—¿Se te pone dura de repente sin que nada lo provoque? —preguntó Calix colocándose a su altura. No hacía tantos años que él mismo estaba confundido por los cambios que ocurrían en su cuerpo sin que pudiera evitarlo. Todavía recordaba el alivio que había sentido al dejar de empalmarse de improvisado y sin motivos.

Kini asintió, la cara roja como un tomate.

—A tu edad, es normal. Es como la barba, te sale sin avisar y te toca aguantarte.

—La barba no me importa si me la ven —siseó enfadado—. Pero lo otro, si me pasa en el insti o en la calle..., no mola.

—No te preocupes por eso, la ropa lo oculta.

—Pero luego me duelen los huevos.

—Pues te haces una paja cuando llegues a casa y listo.

El muchacho bajó la mirada aún más sonrojado, lo que significaba que eso ya lo hacía.

—¡Estoy harto! ¡Todo es una mierda! —estalló echando a correr con

excesiva rapidez.

Calix corrió tras él hasta alcanzarlo y quedar a su lado. Recorrieron en silencio el Madrid de los Austrias hasta que, de regreso a casa, Kini notó que se le agotaban las fuerzas y aflojó la carrera convirtiéndola en un paso rápido.

—¿Qué tal las notas? —le preguntó Calix ahora que al caminar volvían a tener aliento.

Jimena le había dicho que las habían recogido el día anterior y que él no se las había querido enseñar. Desde la noche de la mudanza, Kini se había distanciado de ella y ahora no eran más que compañeros de clase que apenas si se saludaban, algo que molestaba mucho a la adolescente. Aunque ella se negaba a confesarlo, Calix intuía que echaba de menos el apoyo y la amistad incondicional que el chaval le había mostrado siempre.

—Bien, sólo me ha quedado inglés —contestó Kini entrando en la plaza.

—Entonces ¿al final te puedes ir de vacaciones?

—Sí. Mis viejos me pillaron ayer un billete económico de última hora y salgo mañana de Barajas a las cinco y media de la madrugada. Me encanta que me hayan dejado tiempo de sobra para despedirme de mis colegas y hacer las maletas —ironizó enfadado.

—Es un poco precipitado, pero así podrás ver antes a tus padres.

—Qué ilusión me hace —dijo con desidia.

Calix lo miró preocupado, el chico no solía hablar de sus padres, pero por lo poco que le había contado no se llevaba demasiado bien con ellos.

—¿Cuándo vuelves? —Se paró junto a un banco para hacer los estiramientos.

—Ni idea. Imagino que cuando encuentren un billete tirado de precio. No soy lo suficientemente importante como para que se gasten más dinero en un billete con un horario normal.

—Te echaré de menos.

—Pues serás el único —musitó el chico encendiéndose un cigarro a la vez que echaba una desdeñosa mirada al portal.

Y Calix intuyó que esa mirada no iba dirigida a su abuelo, con quien últimamente parecía llevarse más o menos bien, sino a una joven vecina con quien ya apenas hablaba.

Pejiguera

Asunto que, sin traernos gran provecho, nos pone en problemas y dificultades.

—La camisa debe armonizar con el traje y contrastar con la corbata, equilibrando los colores y evitando que el conjunto resulte estridente —le dijo Calix a Pavel a la vez que observaba con atención el traje que la Sastrería Alcaide les había entregado esa mañana.

Alekseev había cambiado las normas de la camisería al exigir —él jamás pedía nada— que le enviaran allí los trajes para que buscaran las telas que combinaran con éstos y, así, elegir sin complicaciones las que usaría para sus camisas. Y quien decía camisas decía corbatas y pañuelos. Al principio, Rodrigo había rechazado esa nueva exigencia. Él no era *personal shopper* y no tenía intención de buscar complementos. Luego se había percatado de lo mucho que Calix disfrutaba haciéndolo y del dinero extra que ganaban, y había delegado ese trabajo en él.

—¿La negra entonces? —Pavel señaló la muestra de tela.

Calix examinó el tejido y luego al hombre. Se fijó en el tono oscuro de su piel, en su pelo blanco y sus gruesas cejas negras, en el cuello corto y grueso y los hombros un poco caídos.

—Sí. Un tono claro resaltaría demasiado el contraste entre su piel y el gris plata del traje —contestó observándolo—. Pero queda demasiado... —Dejó la frase a medias y se acercó a la librería reconvertida en expositor—. Corbata de seda gris perla con motivos de fantasía en gris marengo —señaló

regresando a la mesa con una corbata—. El estampado aporta originalidad y sofisticación al conjunto y le resta solemnidad.

—Me gusta, ponte con ello —aceptó Pavel para luego observar a Rodrigo, quien acababa de salir del probador con una mujer—. ¿Es la novia de tu jefe? —La examinó decepcionado, era muy poca cosa.

Calix apartó la mirada del libro de mostrador y negó con un gesto.

—Esa señora es, o tenía intención de ser, la nueva bordadora —se corrigió al observar el gesto amargo de Rodrigo mientras la despedía en la puerta.

—¿Estáis buscando una costurera? —inquirió Pavel interesado.

—No sabría decirle —lo esquivó Calix, reticente a hablar de temas que no le competían.

—Claro que lo sabes, pero no quieres hablar. Eso me gusta, muchacho, espero no tener que matarte, lo sentiría mucho.

—Y yo espero que eso no suceda nunca, le aseguro que lo sentiría aún más que usted —replicó Calix mordaz.

—Lo mejor para todos sería que no acabara con mi limitada cartera de empleados —apuntó Rodrigo con acritud. La jubilación de Amalia estaba a la vuelta de la esquina y no encontraba sustituta—. ¿Ha sido todo de su agrado, señor Alekseev?

—¿Acaso lo dudas? Te voy a hacer rico con mis encargos, o tal vez ya lo eres —aventuró con un brillo calculador en la mirada—. Voy a hacerte un favor...

—Preferiría no deberle ninguno.

—Ya lo creo que sí, pero te lo voy a hacer de todas maneras —comentó ladino—. Por lo visto, estás buscando una costurera...

—En realidad, estoy buscando una bordadora o, en su defecto, una cosedora —lo corrigió. No le gustaba que se confundieran oficios, pues eso devenía en postulantes inadecuados que lo hacían perder el tiempo con entrevistas fallidas, como la que acababa de tener.

—Como quieras llamarlo —desestimó Pavel—. Conozco a una muchacha

que te puede interesar: es hacendosa, educada y muy guapa. Estoy seguro de que te interesará contratarla.

—Permítame dudarle, no estoy buscando muchachas guapas y educadas, sino cosedoras cualificadas.

—Pero ésta lo es. Cose como los ángeles.

—Creía que los ángeles cantaban.

—Pues este ángel también cose. Y lo hace de maravilla —aseveró el búlgaro, molesto por su reticencia—. Su abuela ha fallecido hace poco y la he metido de interna en mi casa para que ayude a la cocinera. Pero le encanta coser y estoy seguro de que aquí será más feliz.

Rodrigo arqueó una ceja intrigado. Pavel era un hombre de carácter rudo y machista poco dado a empatizar con nadie, menos aún con una mujer, por muy desvalida que pudiera estar. Y, sobre todo, si había algo que jamás hacía era dar explicaciones. Que era justo lo que acababa de hacer, aunque fuera de manera concisa.

—Muy bien, dígame que me envíe su currículum —accedió a entrevistarla, más por curiosidad que porque pensara que pudiera ser un activo adecuado para la camisería.

Pavel lo miró con los ojos entornados a la vez que sacaba un habano del bolsillo interior de su americana.

—Salgamos fuera, me apetece fumar. —Enfiló hacia la puerta y, cuando sus escoltas hicieron intención de seguirlo, los detuvo con un gesto.

Rodrigo, más interesado de lo que quería aparentar, fue tras él. Era la primera vez que iba a hablar con Pavel sin que hubiera matones presentes.

—Los currículos pueden falsificarse —declaró Alekseev tras encenderse el puro—, y yo tengo dinero suficiente para comprar recomendaciones y trabajos con los que llenar mil currículos.

—Lo sé.

—Así que no voy a insultar tu inteligencia presentando uno falso.

—Lo cual le agradezco.

—Es la hija de alguien que fue muypreciado para mí —explicó con gesto grave—. Ha vivido con su abuela toda la vida. Yo prometí mantenerme al margen, y eso he hecho. Pero ahora que esa vieja bruja ha muerto quiero recuperar el contacto con la muchacha. Por eso está en mi casa. Sin embargo, a mi mujer no le hace gracia y no se molesta en disimularlo ante la chica, algo que me cabrea bastante. Y eso es malo, porque me dan ganas de matarla. — Esbozó una tétrica sonrisa—. He pensado en mandar a la muchacha a servir a la familia de alguno de mis hombres, pero eso les provocaría ciertos conflictos con sus mujeres. Son unas zorras interesadas que sólo piensan en chuparle el culo a Rayna, y dudo que la acojan con cariño.

—Comprendo.

—No. No comprendes. No tienes ni idea. —Pavel tiró el puro al suelo y lo pisó con saña—. Es muy pronto para dejarla marchar, pero tampoco puede quedarse —afirmó con más pasión de la que había mostrado nunca—. Trabajar aquí la mantendría alejada de Rayna la mayor parte del día, y cuando regrese yo ya estaré en casa. —Afiló la mirada y Rodrigo no tuvo necesidad de más palabras para entender que la presencia de Pavel suponía un escudo para la joven—. Además, sé que la cuidarás bien. Es el trabajo perfecto para ella. Contrátala, yo pagaré su sueldo.

—Es mi camisería. Yo elijo a mis empleados y, por descontado, yo pago sus sueldos —replicó Rodrigo con voz severa—. Y no voy a contratar a nadie que no lo merezca.

El búlgaro asintió con brusquedad y se giró hacia la puerta para intercambiar una mirada con sus matones, quienes se apresuraron a seguirlo cuando comenzó a andar calle arriba.

—¿Y si echamos unas cuantas horas extras? Las justas hasta que den las once de la noche. O las doce —señaló Uriel cuando, al abrir la puerta de la calle,

una ardiente bocanada de aire le quemó la cara. Se apresuró a cerrarla—. Por lo menos estamos a cincuenta grados...

—Dudo que superemos los treinta y ocho, pero si quieres quedarte, hazlo. No me opongo a que trabajes gratis —aceptó Rodrigo.

—¿Gratis? Qué palabra más fea es ésa —replicó Uriel fingiendo un escalofrío.

—Casi tan horrenda como caradura —convino Rodrigo apagando el aire acondicionado.

—Tu desconfianza me hiera. Mi intención al ofrecerme era sacar adelante el trabajo atrasado. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza echarme la siesta fresquito en el sillón del probador ni pasarme la tarde vagueando con la PSP ¹ —afirmó dolido.

Rodrigo arqueó una ceja y Calix apretó los labios para contener una sonrisa. Uriel era incapaz de no decir la última palabra, aunque eso significara echarse una soga al cuello.

—Si no fuera porque te veo trabajar sin descanso cada día, creería que eres un pillastre aprovechado que no da palo al agua —intervino Amalia burlona.

—No se deje engañar por las apariencias, hermosa dama. En realidad, soy el mayor vago del mundo, pero lo disimulo muy bien —rebatía Uriel risueño.

Amalia sacudió la cabeza con resignación. Ese sinvergüenza, a su manera, era aún más esquivo que Calix en cuanto a aceptar cumplidos. Abrió la puerta y salió seguida de su hija.

—¿Te queda mucho, Calix? —inquirió Rodrigo, deseando cerrar de una buena vez.

Era sábado, Gadea y Jimena estaban pasando el fin de semana con su padre y él había reservado mesa, ¡con más de un mes de antelación!, en un restaurante de moda. Lo último que quería era llegar tarde y perder la reserva

—Ya he terminado. —Calix echó un último vistazo a la tienda y se dirigió a la salida.

Y en ese momento sonó el teléfono.

—Ya hemos cerrado, no respondas —le ordenó Rodrigo intuyendo quién podía ser.

Calix se quedó petrificado resistiendo apenas la compulsión de contestar mientras el teléfono continuaba sonando sin parar.

Uriel se acercó a su amigo, le agarró la nuca y pegó su frente a la de él.

—Vámonos —le pidió en voz baja.

Calix asintió y echó a andar hacia la puerta con la misma rigidez que un autómatas. Se detuvo un instante cuando el teléfono se quedó mudo y luego salió a la calle. Estaba cerrando la puerta cuando el aparato volvió a sonar. Se quedó inmóvil con la llave en la cerradura antes de abrir de nuevo y entrar presuroso.

—Puede haberle pasado algo —se excusó antes de entrar en la tienda.

—Joder —gruñó Uriel con tanta rabia y frustración como la que Rodrigo mostraba en su rostro, de normal impasible—. Por lo que parece, acabo de encontrar una excusa válida para estar fresquito en la tienda. —Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Ya nos contarás si te mataron de hambre en ese restaurante de diseño —le dijo al albino antes de regresar a la camisería y cerrar con llave.

Rodrigo los miró a través de la puerta cristalera, dudando entre quedarse o marcharse. Optó por esto último. Calix ya debería ser capaz de no contestar cuando lo llamaba. Pero era incapaz de resistirse a ella, a pesar del océano que los separaba. En el año que habían vivido juntos, Verónica lo había aleccionado demasiado bien sobre las consecuencias de no contestar a sus llamadas, pensó disgustado mientras se dirigía a la estación de metro.

Uriel puso el aire acondicionado en marcha; ya que le tocaba quedarse, por lo menos no se asaría. Se quitó la chaqueta y se sentó en el suelo apoyando la espalda contra la vitrina. Una pierna estirada, la otra doblada, la chaqueta detrás de su cabeza a modo de almohada mientras observaba a su amigo sufrir. Porque, desde luego, eso era lo que estaba haciendo. Y él no estaba en contra de sufrir un poco; al contrario, en determinadas circunstancias, cierto grado de

dolor y humillación podía ser liberador. Pero sabía por experiencia que esa llamada sólo servía para sumir a Calix en el pozo de desesperación en el que caía siempre que hablaba con esa zorra. ¡Estúpido! Con lo grato que era sufrir por placer, el muy idiota sufría por amor. O por desamor. O por costumbre. La verdad es que no sabía bien por qué coño se dejaba torturar.

Se encogió de hombros sin querer pensar más en ello, cada cual tenía sus demonios y eso había que respetarlo. Sacó el móvil del bolsillo y se puso a ver porno para pasar el rato. No tardó en excitarse. Menos aún en comenzar a frotarse la erección. Al fin y al cabo, algo tenía que hacer para no aburrirse. Aunque paró cuando Calix colgó por fin el aparato.

—Lo que no entiendo es cómo esa mujer puede tirarse media hora al teléfono, con lo caras que son las llamadas transoceánicas, y sólo para que tú le contestes sí o no como un autómatas —comentó observando a Calix. Estaba pálido y tenía la frente empapada en sudor, a pesar de los agradables veinte grados que mantenía el aire acondicionado—. Esa tía tiene que estar muy mal de la cabeza para que no le importe gastarse una fortuna en acosarte.

—No me acosa, sólo hablamos —masculló Calix bajando la mirada.

—Para eso hace falta que interactúen al menos dos personas, y siento decírtelo, pero tú sólo escuchas y asientes como un perrito faldero bien entrenado.

—Vete a la mierda, Uriel.

—Hace años que chapoteo en ella —replicó burlón. Se puso en pie, recolocándose la gruesa erección que presionaba contra sus pantalones.

—¿Estás empalmado? —jadeó Calix al verlo.

—Sí. Me pone ver cómo te lo hace pasar mal. Es como asistir en directo a una escena de BDSM en la que una dómina humilla a su sumiso. Sólo que tú ni eres sumiso ni disfrutas cuando te atormentan. —Apagó el aire—. ¿Nos vamos? No sé tú, pero yo he hecho planes para esta noche y necesito alimentarme y poner la cabeza a tono para estar preparado para lo que me espera —dijo antes de salir.

15
Acmé

Período de mayor intensidad de una enfermedad.

Domingo, 1 de julio de 2018

Calix se despertó sobresaltado al oír la estridente melodía de su teléfono móvil. Palpó desorientado la mesilla y, cuando por fin dio con él, el aparato dejó de sonar. Miró la hora y saltó de la cama con el corazón latiéndole a mil por hora al ver que eran las cinco de la mañana. Abrió el registro de llamadas sólo para comprobar que no reconocía el número que salía en la pantalla. Se quedó quieto un instante y luego, siguiendo un impulso, cruzó el pasillo y entró en la habitación de Uriel. Estaba vacía. Un destello de terror lo atenazó mientras pulsaba el botón de rellamada. Mataría a su amigo en caso de que le estuviera gastando una broma de mal gusto.

—Hola, acabas de llamarme. ¿Nos conocemos? —inquirió cuando le contestó una mujer.

—Dime tu nombre completo —exigió ella cortante, sin responder a su pregunta.

—¿Perdona?

—No me hagas perder el tiempo. Tu nombre.

—Ramos —dijo confundido por su tono imperativo—. Calix Ramos López.
¿Quién eres?

—Uriel Salgado dejó tu teléfono como contacto.

—¿Contacto de qué? —preguntó cada vez más confundido.

—¿Lo conoces?

—Joder, sí. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está?

—Acabo de meterlo en un taxi, calculo que llegará a tu dirección en un cuarto de hora —lo informó indiferente—. Te sugiero que salgas a recogerlo, dudo que pueda llegar al portal.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Quién eres?

Pero la única respuesta que obtuvo fue un tono monocorde, pues la mujer había cortado la llamada. Volvió a marcar, sólo para descubrir que lo había bloqueado.

Se vistió y bajó a la calle sin saber bien por qué. Dudaba que Uriel necesitara que nadie lo metiera en un taxi, mucho menos que precisara ayuda para llegar a casa. Puede que no tuviera límites con respecto al sexo, pero eso no significaba que bebiera o que se drogara. De hecho, jamás lo había visto borracho. Según él, era una estupidez adormecer los sentidos cuando había tanto con lo que disfrutar.

Esperó frente al portal y, poco después, un taxi se detuvo en la plaza. Calix echó a correr cuando el taxista abrió la puerta trasera y pudo ver a Uriel tumbado en los asientos.

—¡Espere! —gritó al ver que tiraba de su amigo sin ninguna consideración—. Yo lo haré. —Lo agarró por las axilas sacándolo del vehículo y se pasó uno de sus brazos por el hombro para ayudarlo a caminar—. ¿Qué le debo por la carrera?

—Nada. Ya me han pagado.

—¿Quién? —inquirió, pero el taxi ya se alejaba—. ¿Qué narices te ha pasado? —increpó a Uriel echando a andar hacia el portal. La mujer tenía razón, no llegaría sin su ayuda.

—¿Qué más da? La cuestión es que era lo que necesitaba y lo he disfrutado al máximo —musitó Uriel tan ronco que apenas se le entendía.

—Estás loco, joder.

—Eso también —convino con voz cascada y se rio.

Atravesaron la plaza y Uriel estuvo a punto de caerse cuando Calix lo soltó

para abrir el portal. Subir la escalera fue todo un desafío. Entraron en casa dando tumbos y apenas llegaron al dormitorio Uriel se derrumbó exhausto en la cama. Calix lo observó adusto antes de comenzar a desnudarlo. Le quitó los zapatos y los calcetines, sorprendiéndose al ver en sus tobillos quemaduras producidas por ligaduras. Lo miró confundido antes de quitarle el cinturón; ya hablarían de eso más tarde, ahora lo importante era ponerlo cómodo y ver si tenía otras heridas. Pero su amigo se removió sin fuerzas, rechazándolo cuando trató de quitarle los pantalones. Un segundo después volvió a apartarlo cuando intentó desabotonarle la camisa.

—Vale, lo he captado. —Calix alzó las manos a modo de rendición, su mirada fija en las rozaduras que le quemaban las muñecas y le enrojecían el cuello—. ¿Qué coño te han hecho?

—Nada que no quisiera que me hicieran —contestó Uriel con la voz rota—. No me mires así. Todos tenemos nuestros demonios. Tú estás enganchado a las llamadas de una zorra que te violó y te sigue acosando, y yo estoy enganchado a... ciertas actividades en las que sólo me permito caer un par de veces al año en fechas señaladas —murmuró, su mirada perdida en el pasado. Más exactamente, en las dos fechas que habían marcado su vida—. Y te aseguro que eso ya es un logro, he tenido épocas en las que caía tan a menudo que no me daba tiempo a recuperarme antes de volver a por más. —Esbozó una sonrisa mordaz.

Calix sacudió la cabeza en una atónita negativa. Uriel estaba agotado más allá del límite, afónico, ¿tal vez de tanto gritar?, y con el cuerpo lleno de magulladuras, motivo por el cual le impedía desnudarlo. Y ¿se atrevía a compararlo con unas pocas llamadas telefónicas?

—Si tanto te gusta que te torturen, dímelo y estaré encantado de hacerlo.

—No te creas que me disgustaría ponerme en tus tiernas manos, pero dudo que fueras capaz de darme lo que esta noche necesitaba. —Cerró los ojos extenuado.

Calix se dirigió enfadado a la puerta. ¡Era imposible hablar con él cuando

se mostraba tan obtuso! Se detuvo antes de salir, volviéndose hacia la cama.

—¿Por eso querías que te acompañara? ¿Para evitar que... te hicieran daño? —inquirió sintiéndose en cierto modo culpable.

—No, por Dios —se burló Uriel—. Quería que vinieras para que me dieras de beber y vigilaras que no sobrepasara mis límites, para que no me rompiera por completo... —Se interrumpió al darse cuenta de que estaba revelando demasiado. Era un efecto secundario de entregarse a ese tipo de juegos. Lo dejaban tan debilitado y quebrantado que todo dejaba de tener importancia. Y, aunque eso era justo lo que buscaba, confesarle a Calix según qué cosas no entraba en sus planes—. Aunque, por supuesto, mi última intención era pervertirte —prosiguió intentando adoptar un tono malicioso que el agotamiento convirtió en un ronco susurro—. ¿Quién sabe?, tal vez estemos buscando el estímulo equivocado para recuperar tu libido y sólo te haga falta ver un poco de sexo duro para ponerte... duro —susurró cáustico antes de cerrar los ojos.

16

Serendipia

Hallazgo valioso que se produce de manera accidental o casual.

Lunes, 2 de julio de 2018

—Ha adelgazado mucho, para ajustarle la camisa tendré que deshacerla, recomponerla y volver a coserla —señaló Uriel disgustado—. Sería más sencillo hacerle una nueva.

—Elaboraré un presupuesto y se lo remitiré —dispuso Calix.

—Cóbrale bien, va a ser un trabajo de chinos recomponerla de manera que el rayado del canesú coincida con el de la espalda y las mangas —le recomendó su amigo ceñudo antes de enfilarse hacia el taller.

Calix lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras la puerta. Caminaba erguido, y las líneas de dolor que surcaban su rostro el día anterior habían desaparecido. No había duda de que se recuperaba con rapidez. Aun así, las marcas seguían visibles en su piel, motivo por el cual llevaba un pañuelo anudado al cuello a pesar del calor.

Dejó a un lado las cuitas por Uriel y se concentró en el presupuesto. Acababa de terminarlo cuando sonó el timbre. Esa mañana no había nadie citado, pero eso no significaba nada, sus clientes tendían a saltarse las normas y aparecer cuando les venía en gana. Abrió la puerta al reconocer a uno de los matones de Alekseev. Uno muy grande, muy fornido y con cara de muy malas pulgas que, por lo que recordaba, apenas hablaba español.

—Bienvenido. ¿En qué puedo ayudarlo? —saludó invitándolo a entrar.

El hombre lo miró con una expresión que sólo podía identificarse de

hartazgo supremo y se hizo a un lado revelando a la mujer que lo acompañaba. Ladró algo en búlgaro y ella se apresuró a entrar con docilidad.

—Buenos días —dijo con una tímida sonrisa mientras se adentraba en la tienda.

Y Calix no pudo evitar observarla pasmado.

Era joven, rondaría los veintidós años, y no alcanzaba el metro sesenta de altura. Tenía la piel clara, luminosa, y lucía una ondulada melena castaña que le acariciaba los hombros. Las cejas, gruesas y más oscuras que el pelo, se arqueaban sobre unos enormes ojos color miel enmarcados por largas y oscuras pestañas. La nariz, corta y ligeramente picuda, daba paso a unos labios jugosos pintados de carmesí. Pero no fueron sus preciosos rasgos lo que sorprendió a Calix, sino lo que continuaba bajo su barbilla.

Tenía un cuerpo voluptuoso, de pechos y caderas rotundos y cintura de avispa que, si hubiera sido un poco más alta, la habría hecho parecerse a una diosa de la Grecia clásica, pero que al ser tan bajita la hacía parecer un reloj de arena entrado en carnes. No obstante, debía reconocer que la ropa le disimulaba los kilos de más, otorgándole una apariencia de lo más sensual. Lástima que hubiera escogido un tejido tan extravagante, pensó observando el vestido *vintage* con estampado de calaveras mexicanas sobre fondo fucsia. De cuerpo ajustado, tirantes anchos y bajísimo escote *balconet*, una cinta esmeralda ceñía la diminuta cintura, convirtiéndose en una enorme lazada que caía sobre la amplia falda en forma de «A» que acababa por debajo de sus rodillas. En los pies, unas manoleinas amarillas con un lazo naranja.

¿De qué manicomio se habría escapado para vestir así?

—¡Qué tienda más bonita! —musitó la muchacha girando sobre sus talones tan rápido que hizo volar el vestido, mostrando sus muslos orondos y tersos.

El matón rugió algo en búlgaro y ella se detuvo en el acto, cortando el vuelo de la falda con el sencillo método de presionar las manos sobre ella.

—Lo lamento —se disculpó sonriendo, y sus cejas se alzaron risueñas—. Esta tienda es tan bonita que no he podido evitarlo —afirmó mirando a su

alrededor con ojos soñadores.

Calix aceptó sus palabras con gesto huraño y la siguió con la mirada mientras ella se paseaba por la camisería con las manos cruzadas a la espalda. Posaba primero la punta del pie y luego el talón, como si estuviera bailando, parándose de vez en cuando para observar cualquier cosa que le llamara la atención. Y él no sabía si le gustaba mirarla o si se sentía incómodo porque deambulaba por la tienda como Pedro por su casa. Optó por lo segundo. Debería estarse quietecita y dejar de tocarlo todo, pensó sin dejar de observarla.

—¿Rodrigo dónde está? —gruñó el búlgaro de repente.

Calix se volvió sobresaltado, molesto por lo mucho que se había abstraído con la mujer. Tanto que se había olvidado del matón. Ojalá se marchara pronto, pensó con un atisbo de mal humor. Exceptuando las clases, que, por cierto, odiaba, y las visitas de Lavinia, que le resultaban soportables, no estaba acostumbrado a tener mujeres rondando por la tienda. Menos aún cuando no estaba Rodrigo para atenderlas. Y tener a esa chiflada allí le resultaba perturbador. Se sintió tentado de llamar a Uriel, pero si lo hacía se pasaría el resto de su vida oyendo sus burlas, por lo que desestimó la idea.

—Ha tenido que ausentarse, tardará unos minutos en regresar —le explicó al gorila, quien frunció el ceño para contestarle algo ininteligible—. ¿Podría traducirme lo que ha dicho, por favor? —le pidió a la joven.

—Me encantaría, pero no sé búlgaro —señaló ella sorprendiéndolo, pues las veces que el matón había hablado parecía entenderlo—. Oh, bueno, no sé mucho búlgaro —especificó con una tímida sonrisa—. Sólo algunas expresiones que me repiten continuamente. Claro que más me valdría no hacer lo que hago continuamente para que no me dijeran que no lo hiciera continuamente, pero parece ser que no puedo dejar de hacerlo y...

El búlgaro gruñó algo, interrumpiéndola, y ella cerró la boca a la vez que agachaba la cabeza. Aunque un segundo después la alzó de nuevo con una sonrisa ladina iluminando su rostro.

—Por lo visto, es inherente en mí meter la pata —comentó encogiéndose de hombros.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Calix tan sorprendido por el gruñido del guardaespaldas que olvidó el tratamiento de cortesía.

—Creo que algo así como «Calla, pesada». Pero no me importa —se apresuró a decir al ver la mirada perpleja del dependiente—. Porque, como tampoco lo entiendo bien, pues lo mismo no me dice eso, sino otra cosa. ¿Quién sabe? A lo mejor me está llamando bonita y lo hace ladrando porque... porque tiene complejo de perro. Y, con lo gruñón que es, no me extrañaría nada —afirmó divertida yendo hacia el matón—. Rodrigo tardará. ¿Nos vamos?

El gorila negó cruzándose de brazos a la vez que soltaba una andanada de palabras.

—Creo que me ha dicho que no me mueva de aquí.

Calix frunció el ceño. Por lo visto, iba a tener que soportarlos hasta que llegara su jefe.

—Espero que no tarde demasiado —suspiró ella tratando de ignorar el frío que hacía en esa camisería. ¡Casi tanto como en el Polo Norte!—. Supongo que te encantará trabajar aquí. A mí me entusiasmaría, este lugar es precioso, con todos estos muebles antiguos y...

Ella continuó hablando, pero Calix no captó sus palabras, pues había desconectado de la conversación en el mismo momento en que ella había suspirado. Y no lo había hecho porque no le interesaba lo que decía, que no le interesaba, sino porque cuando había tomado aire todas las neuronas de su cerebro se habían puesto en alerta para no perderse la visión de sus pechos tratando de escapar del ceñido corpiño. Incluso algunas habían hecho apuestas sobre la cantidad de carne que podrían llegar a ver. Y desde luego que era mucha.

—¿No crees? —inquirió la joven al ver que Calix no contestaba—. Hola... ¿Estás ahí?

—Lo siento. Me he despistado. —Sacudió la cabeza para obligarse a mirarla a la cara. Y no fue fácil, porque ella seguía respirando. Y cada vez que inspiraba sus turgentes pechos ascendían desafiando la gravedad y los confines del vestido.

—Decía que me encantan las camisas de la vitrina, incluso esa tan rara que tiene los calzoncillos cosidos.

Y, sin ningún reparo, se coló detrás del mostrador para acercarse a la vitrina, lo que hizo que toda ella y, por extensión, sus pechos quedaran demasiado cerca de Calix. Éste, molesto por la indeseada intromisión, dio un paso atrás para guardar las distancias.

Frunció el ceño cuando su pituitaria se llenó con su fragancia fresca y alegre. La miró, tentado de acercarse un poco para, cual lobo feroz, olerla mejor. Seguro que se había echado unas gotas de colonia en ese voluptuoso canalillo que lo estaba enajenando.

—¿Quién se pondría una camisa así? —inquirió la chica, sacándolo de sus cavilaciones.

—Es para directores de orquesta. —Apartó la mirada cuando ella se inclinó para ver mejor la camisa y la gravedad amenazó con hacer su trabajo con los espléndidos pechos.

—¡Claro! Así, cuando suben los brazos, no se les escapa la camisa de los pantalones —Alzó las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Sus pechos subieron con ella, pero, por desgracia, o tal vez por suerte, continuaron a buen recaudo en el vestido—. Me encantaría dirigir una orquesta que tocara la *Musica notturna delle strade di Madrid* —confesó soñadora antes de empezar a tararear dicha serenata.

Y, bajo la perpleja mirada de Calix, cerró los ojos y movió el brazo derecho en un compás cuaternario mientras la mano izquierda señalaba la entrada a invisibles músicos.

El ladrido hosco del matón la sobresaltó, terminando con la improvisada serenata. Y, si a Calix no le fallaban los oídos, lo que había dicho se parecía

mucho al «Calla, pesada» de la vez anterior. Sintió un odio visceral hacia el enorme tipo. ¿Por qué le molestaba que la chica cantase un poco para no aburrirse mientras esperaba?

—Oh, vaya. A Mihail no le gusta que cante. Ni que hable. Y, entre tú y yo, creo que ni siquiera le gusta que respire —afirmó cruzando los brazos para frotárselos, lo que hizo que sus pechos subieran distraendo momentáneamente a Calix, quien notó disgustado un tirón en la entrepierna. Por lo visto, su pene amenazaba con actuar por su cuenta. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se iba de una vez y lo dejaba en paz?—. Pero es que ni él ni los demás hablan, y yo no puedo evitar llenar el silencio. ¡Odio el silencio! ¿Tú no lo odias?

Calix negó con un gesto. Él adoraba el silencio. ¡Y ella no se callaba ni bajo el agua!

—Pues tienes suerte. A mí me deprime y me hace sentir sola. Me recuerda a la muerte. Cuando falleció mi abuela, la casa se quedó en silencio, desde entonces lo aborrezco —admitió con voz débil antes de sacudir la cabeza para dejar atrás la pena—. Ioanna me acusa de hablar demasiado, y para evitar que mi incontinencia verbal la aturda me da trabajos solitarios. Y cuando por algún extraño motivo tengo que hacer recados, siempre se ocupa de que quien me acompañe no sepa mi idioma para que, según ella, no lo vuelva loco —contó contrita señalando al hombre que la acompañaba.

Calix lo miró y el matón resopló hastiado antes de elevar la vista al techo con gesto resignado. Al parecer, la cháchara de la chica le resultaba desagradable, lo que significaba que algo entendía. «¡Que te den por culo, gilipollas!», pensó sorprendido al sentirse irritado y, sobre todo, porque el monólogo interminable de ella no le resultara molesto, sino agradable.

—Desde luego, es muy injusto —se aventuró a decir.

—Pues sí, porque la verdad es que no hablo tanto.

Calix no pudo evitar arquear una ceja ante tal afirmación, lo que hizo que ella dejara escapar un contrariado bufido tan femenino que le divirtió... y lo encandiló.

—En serio. Sólo hablo sin parar cuando estoy nerviosa. —Y, tal vez para dar énfasis a sus palabras, sus cejas se juntaron en una mueca de preocupación.

—Pues ahora debes de estarlo mucho —replicó él burlón, pues la joven, con su vivaracha locuacidad, sus expresivas cejas y sus sonrisas espontáneas, comenzaba a caerle bien.

Ella lo miró enfadada, antes de estallar en una carcajada que le transformó la cara. Sus cejas se aplanaron, los ojos se le achinaron y su boca se abrió en una sonrisa inmensa que mostraba todos sus blancos y pequeños dientes.

Y Calix no pudo evitar mirarla embelesado. Nunca había visto a nadie reírse así, de manera tan explosiva y sincera, sin guardarse nada dentro.

—Sí, estoy muy nerviosa —confesó posando la palma de la mano sobre su estómago.

Calix la siguió con la mirada y no pudo evitar fijarse en que bajo la fina tela del vestido se marcaban dos gruesos puntos que no podían ser otra cosa que sus erguidos pezones. Se le hizo la boca agua en tanto que, un poco más abajo, su pene se erguía decidido a llamar la atención de cualquier alma caritativa que tuviera a bien hacerle un poco de caso.

No se percató de que se había quedado atontado mirándole los pechos hasta que ella se agachó de repente para poner la cara a la altura a la que antes estaba su busto.

—¡Hola! ¡Estoy aquí! —Se enmarcó la cara con las manos—. Justo encima de la barbilla.

—Sí, claro... Lo siento —balbució Calix avergonzado. Observó preocupado al matón y respiró aliviado al ver que estaba distraído con el móvil—. Lo siento, no pretendía...

—Oh, no te preocupes, lo entiendo. —Sus cejas formaron un pronunciado arco y Calix pensó que jamás había visto unas cejas tan comunicativas—. Es por mi *personalidad*. Los hombres tendéis a distraeros por su culpa.

—¿Perdona? —inquirió perplejo. ¿De qué narices hablaba ahora?

—Ya sabes, mi *personalidad*... —Alzó las cejas un par de veces.

—Creo que no te sigo...

Ella lo miró confundida. ¿Por qué no la entendía? Su abuela siempre lo había llamado así, como si fuera lo más normal del mundo, pero ahora que vivía en una ciudad rodeada de gente con prisa se estaba dando cuenta de que casi todo lo que había creído normal en realidad no lo era. Por lo visto, vivir aislada en una aldea casi deshabitada no la había preparado para el mundo actual.

—Hace frío aquí por culpa del aire acondicionado —comentó enrojeciendo a la vez que se frotaba los brazos desnudos—, por eso se me eriza la *personalidad* y no puedes evitar mirarme por debajo de la barbilla...

—¿Se te eriza la personalidad? —musitó desorientado.

—Ya sabes..., la *personalidad*... La *pecho-nalidad*... —dijo muy despacio.

Calix bajó la mirada a sus pezones erguidos, comprendiendo de repente a qué se refería con que se le erizaba la *personalidad*. Giró sobre sus talones dándole la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada al ver que sus hombros se sacudían violentos. Como no contestó, rodeó el mostrador para ponerse de nuevo frente a él—. No te habré ofendido, ¿verdad? No era mi intención. Sólo quería exponer un hecho. Es algo que...

—No me has ofendido —la interrumpió Calix. Esa mujer parlanchina y vivaz había conseguido que se pusiera duro como una piedra y que a la vez tuviera que luchar para no estallar en carcajadas.

—Menos mal, nada me gustaría menos que ofenderte con mi... increíble *personalidad* —admitió ella esbozando una sonrisa torcida a la vez que arqueaba la ceja izquierda.

Y él por fin soltó la carcajada que trataba sin éxito de contener.

Esperanza

Estado de ánimo que surge cuando se presenta como alcanzable lo que se desea.

Rodrigo gimió al salir del banco y notar el sofocante calor de la calle. Se aflojó la corbata y deseó haber cogido el abanico rosa con topos naranjas que Gadea le había regalado, aunque lo más probable era que se desmayara por usar un abanico que atentaba de tal manera contra el buen gusto. Apresuró el paso, la camisería estaba cerca, no tardaría en sentir la fría caricia del aire acondicionado. Se paró frente a la puerta al ver algo que le llamó tan poderosamente la atención que lo hizo olvidar el calor.

Calix se estaba riendo.

Y si eso ya era extraño de por sí, más raro todavía era que estuviera compartiendo esas risas con una mujer. La más extravagante que Rodrigo había visto nunca. Y había visto muchas y muy estafalarias. De repente, ella comenzó a bailar ¿una jota? que acabó convertida en un revuelo de faldas cuando giró alocadamente, mostrando a todo aquel que tuviera ojos que, además de ser bastante joven, poseía unos buenos muslos y unos más que visibles atributos femeninos que parecían querer escapar de la tiranía del vestido.

Sonrió divertido al ver que Calix clavaba la mirada en el lugar en el que se fraguaba la inminente y más que gratificante fuga. No le extrañó. Ningún hombre con sangre en las venas podría ignorar tal espectáculo. Ni siquiera uno que se mostraba tan reacio a interactuar con mujeres como su ayudante. Lo

raro fue que no tardó mucho en apartar la mirada y esbozar una luminosa sonrisa. Y eso sí que era sorprendente.

Calix nunca, jamás, sonreía a las mujeres, mucho menos con una sonrisa tan sincera. Aunque, cuando ella giró por enésima vez y pudo verle la cara, comprendió el porqué de la extraña actitud de su empleado. Ella se estaba riendo a carcajadas, la boca muy abierta, la nariz arrugada y los ojos casi cerrados. Toda su cara expresaba una alegría tal que era imposible no contagiarse. De repente detuvo su vertiginoso baile y Calix, sorprendiéndolo de nuevo, aplaudió encantado.

Rodrigo se sintió tan intrigado por esa mujer que no perdió más tiempo en entrar. Sólo había dos mujeres con las que Calix se sentía lo suficientemente cómodo para bajar la guardia: Jimena y Amalia. Y una tenía catorce años y la otra, casi setenta.

—Buenos días.

La muchacha detuvo su parloteo al oír una voz tras ella. Se volvió despacio y sus ojos se abrieron haciendo subir sus cejas a altitudes estratosféricas al ver al hombre que estaba junto a la puerta. Era alto y delgado, de porte rígido y gesto severo, la piel tan clara como la leche y el pelo tan rubio que parecía blanco.

—Buenos días —lo saludó amedrentada.

Nunca había visto a nadie con la piel tan pálida, excepto en las películas de vampiros. «Pero éstos no existen, son sólo personajes de ficción», se recordó antes de que su prolífica imaginación se inventara un cuento para aterrorizarla. Miró de refilón al joven con el que había estado charlando y respiró aliviada al ver que saludaba con afabilidad al recién llegado. Si él no tenía miedo del vampiro era porque no había que tenérselo.

Mihail salió del rincón desde el que vigilaba la tienda y el maestro camisero lo saludó con un gesto que éste correspondió con hosquedad antes de girarse hacia la muchacha y soltarle una rápida andanada de palabras de las que sólo reconoció una, su nombre: Rodrigo.

—¿Usted es Rodrigo? —preguntó la chica mirando intimidada al albino.

—Rodrigo Castro para servirla, señorita...

—Sí, soy señorita porque todavía no me he casado, y la verdad es que no sé si me casaré, pero si lo hago espero que no me llame señora, me suena a persona mayor —contestó nerviosa.

Rodrigo la miró atónito, aunque todavía se sintió más aturdido al ver la sonrisa de Calix y oír la ternura con que le habló en su posterior intervención.

—En realidad te está preguntando el apellido —le indicó a la muchacha.

—Ah, vaya, qué tonta... —musitó ella antes de mirar a Rodrigo con una enorme sonrisa que mostraba todos sus dientes—. López. Ése es mi apellido, pero prefiero que no me llame señorita López, porque ¿a que no llamaría a un hombre joven «señorito»? A los hombres se los nombra siempre como «señor tal» o «señor Pascual», pero a las mujeres, en cuanto somos un poco jóvenes, nos plantan el «señorita delante» como en *Lo que el viento se llevó*: «¡Señorita Escarlata, eso no está bien, nada bien!» —imitó la voz de Mammy en dicha película ante el absoluto pasmo de Rodrigo, la diversión indisimulada de Calix y el evidente hartazgo del matón—. Sinceramente, me parece injusto, además de muy significativo de la sociedad en la que vivimos que...

Se interrumpió cuando el búlgaro estalló en un furioso galimatías en su idioma que la hizo bajar la cabeza avergonzada.

—Lo siento. Cuando estoy nerviosa hablo demasiado —musitó contrita removiendo los pies—. Pero me callo en cuanto me lo ordenan —añadió esbozando una pícara sonrisa.

—Ya veo —aceptó Rodrigo molesto por el tono usado por el matón—. Señor Dimov, le rogaría que no levantara la voz mientras esté en mi camisería.

El búlgaro arqueó una ceja e ignoró al albino para soltarle una nueva andanada de palabras a la chica, aunque esta vez lo hizo en un tono moderado.

—Creo que me está diciendo que deje de parlotear y vaya al grano —comentó ella mientras se frotaba las manos con inquietud—. Es la primera vez

que estoy en una tesitura como ésta, y no saber qué va a pasar me ataca los nervios.

—¿Podría ilustrarme sobre la tesitura en la que se encuentra, por favor? —solicitó Rodrigo, comenzando a entender por qué Calix estaba tan relajado. La inocente espontaneidad de la muchacha, unida a sus expresivas sonrisas y sus cejas inquietas, la hacía parecer un hada chispeante e inofensiva.

—¡No se lo he dicho, qué torpe soy! Pero tiene que entenderme, estaba aburrida limpiando la plata cuando me han dicho que tenía que venir aquí. Imagínese, he tenido que vestirme volando para no impacientar a Mihail. Y no saben la poca paciencia que tiene —se justificó bajando la voz—. Y, claro, los nervios porque va a ser mi primera vez se han unido a los nervios porque, con las prisas, no sé si estoy adecuadamente vestida.

—Desde luego no puede decirse que su vestido sea convencional —señaló Rodrigo, y antes de que pudiera decir nada más, Calix intervino, lo que lo sorprendió, pues eso era algo que éste no tenía por costumbre hacer.

—¿Qué es lo que va a ser tu primera vez? —inquirió preocupado. Eso que había dicho de la primera vez le había sonado demasiado... virginal.

—Mi primera entrevista de trabajo —contestó ella ilusionada antes de que sus ojos se llenaran de inquietud—. Aunque lo cierto es que no me he enterado de que iba a presentarme a una entrevista de trabajo hasta que Marko ha parado el coche frente a la camisería y me ha echado para que entrara con Mihail. —Sus cejas cayeron, al igual que su ánimo—. No me ha dado tiempo a prepararme y no sé si lo voy a hacer bien. Seguro que no. Debería callarme, ¿verdad? —le preguntó a Calix con gesto indefenso.

—No te preocupes, lo estás haciendo genial —la tranquilizó él, tan aturdido por la noticia que ni siquiera pensó lo que decía.

¿Esa chica quería trabajar con ellos? ¡Ni de coña! No podría tenerla rondando todo el día por la tienda, era demasiado... ¡visible! No quería una compañera de trabajo tan apetitosa como ésa. No llevaba ni media hora con ella y se sentía más acalorado y excitado que nunca. No quería ni pensar en lo

que sería estar con ella y con su impresionante *personalidad* a todas horas. ¡Príapo a su lado sería un eunuco!

Miró a Rodrigo con ojos suplicantes, rogándole silente que no la aceptara.

—Esto es muy irregular —declaró el albino intuyendo en la mirada sobrecogida de Calix lo que le pasaba por la cabeza—. ¿Puedo saber quién la envía, señorita... señora López?

—Prefiero que me llame Iskra, si no le importa. —Esbozó una sonrisilla acobardada que estrechó sus ojos hasta convertirlos en finas líneas—. Me manda Pavel Alekseev. Me dijo que había hablado con usted y que sólo tenía que estarme calladita y coser muy bien. Parece que lo primero no lo he hecho... —se interrumpió atribulada—, pero lo segundo puedo hacerlo sin problemas. Sé coser muy bien. Y cuando lo hago tengo la boca cerrada. Se lo juro.

—Eso me gustaría verlo —repuso Rodrigo curvando los labios—. El señor Alekseev me mencionó que quería que le hiciera una entrevista. Pero no acordamos nada, y no tengo por costumbre realizar entrevistas sin haber concertado antes una cita.

Iskra se mordió el labio inferior y lanzó una mirada de auxilio a Calix. Y él, en lugar de salir en su ayuda, se limitó a evitar sus ojos. No estaba dispuesto a mover un dedo para que se quedara, su paz mental dependía de que se esfumara. Pero cuando alzó la mirada y la vio con la cabeza gacha y los hombros encorvados, sintió que se le atenazaba el corazón.

—Tal vez el señor Castro pueda darte cita para otro día —se oyó decir—. O recomendarte a algún sastre o alguna modista que necesite una cosedora —agregó seguidamente para enmendar su anterior locura. ¡No la quería allí!

Rodrigo arqueó una ceja, intrigado por la actitud errática de su amigo y esperando tal vez un nuevo estallido, pero como éste se mantuvo en un decidido silencio, volvió a centrarse en la joven. Y en su extravagante atuendo. El vestido, a pesar de su irritante colorido, estaba bien formulado y construido. Se notaba que estaba hecho a mano. Quien lo hubiera hecho lo

había adaptado a los valles morfológicos del cuerpo de la muchacha, trabajando con especial detalle los volúmenes del pecho y las caderas, y el entallado de la espalda y la cintura.

—El vestido, ¿lo ha hecho usted? —preguntó, evidenciando con su mirada lo mucho que lo contrariaban las calaveras fluorescentes sobre fondo fucsia.

—Sí. Pero tengo más, puedo ponerme otros que no le disgusten —se apresuró a decir—. Y, si siguen sin gustarle, puedo hacerme vestidos serios y aburridos para trabajar aquí. —Y, según lo dijo, apretó los labios al darse cuenta de que había metido la pata. Hasta el fondo.

—¿Considera mi camisería seria y aburrida? —la interrogó Rodrigo con aspereza.

Iskra contuvo el aliento, asustada ante tan complicada y determinante pregunta. Si se equivocaba en la respuesta perdería la oportunidad de conseguir el trabajo. Se volvió hacia Calix con la respiración agitada y los labios entreabiertos en una mueca desesperanzada, y él, sin saber bien por qué, se colocó a su lado en un gesto de apoyo que calmó en parte su desaliento.

—No —soltó Iskra dejando salir el aire que había retenido—. Su tienda es muy bonita y elegante. —Cerró la boca para no decir más, pero fue incapaz de contenerse—. Pero yo no soy ni bonita ni elegante, y si me visto con colores oscuros pareceré sosa y aburrida. Aunque no me importa, me vestiré de negro y trabajaré mucho. Y con la boca cerrada —añadió con seriedad.

—No creo que vestida con colores que armonicen y estampados discretos parezca sosa ni aburrida —replicó Rodrigo, lanzándole un elogio que ella confundió con una reprimenda.

Ioanna le había dicho mil veces que vestía como un payaso, pero ella había sido obstinada y se había negado a creerla. Y ahora iba a perder el trabajo porque la cocinera tenía razón y las gordas bajitas no deberían vestir con ropa alegre y ajustada. Ni siquiera aunque esa ropa las hiciera sentir agraciadas al mostrar lo único bonito de su persona.

Miró a Calix compungida y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Es una pena que a tu jefe no le impresione mi *personalidad* tanto como a ti —comentó desalentada—. Si le impresionara, tal vez se habría sentido tentado de darme una oportunidad.

Calix parpadeó un par de veces antes de comprender exactamente lo que quería decir, y una burbujeante carcajada ascendió por su garganta. Apretó los labios decidido a guardar la compostura, pero Iskra curvó la boca en una risueña sonrisa que acabó por derrotarlo. Se giró precipitadamente y apoyó la mano en la vitrina, todo su cuerpo sacudido por las violentas carcajadas que trataba sin éxito de contener.

Rodrigo, sin comprender qué había pasado para que Calix reaccionara así, lo miró perplejo y luego fijó sus ojos violetas en la mujer que había conseguido el milagro.

—Creo que, por una vez, debo hacer una excepción a la regla. Acompañeme al taller, por favor. Voy a hacerle una prueba.

—La muchacha parece agradable —consideró Rosalía.

Ella, su madre y Uriel se encontraban en la tienda con Calix y el matón mientras Rodrigo realizaba la entrevista.

—Si es verdad que ese vestido lo ha cosido ella, no cabe duda de que tiene buena mano para la costura, aunque un ojo pésimo para los estampados —afirmó Amalia.

—Si os soy sincero, no me he fijado en su simpatía ni en su vestido. Mi vista estaba centrada en otras cosas más interesantes y excitantes —intervino Uriel, que estaba con Calix tras el mostrador.

—Siempre estás pensando en lo mismo —lo regañó Amalia.

—Vamos, querida, debe reconocer que en esta ocasión tengo motivos para pensar en lo que pienso. Dos motivos muy grandes, de hecho. ¿No crees,

Calix? —lo desafió Uriel burlón a la vez que le deslizaba la mano sobre la entrepierna para darle un lascivo apretón—. Aunque, por lo visto, a ti no te ha afectado la presencia de Iskra —señaló al comprobar que su pene no había aumentado de tamaño—. ¿Estás seguro de que tienes sangre en las venas?

Calix lo miró huraño mientras le apartaba la mano con disimulo, dando gracias en silencio porque el mostrador fuera alto y tapara las descaradas caricias de Uriel y, sobre todo, porque la erección se le hubiera bajado poco después de que Iskra y Rodrigo se dirigieran al taller.

Uriel le dio un pellizco en el trasero y Calix puso los ojos en blanco antes de propinarle una sonora colleja, a la que el otro respondió con un agudo codazo que a su vez revirtió en un disimulado tirón de pelo por parte del segoviano.

—¿Ya estáis otra vez? A ver si aprendéis a comportaros como adultos — les reclamó Amalia esforzándose por no sonreír al verlos enzarzados en una nueva pelea.

A pesar de ser grandes amigos, trabajar y vivir juntos, se pasaban el día discutiendo y desafiándose, como si fueran un viejo matrimonio.

—Ojalá sea la cosedora que necesitamos —suspiró Rosalía ignorándolos. Conocía a su madre y sabía que no se jubilaría hasta estar segura de que su puesto quedaba cubierto.

—Estamos a punto de averiguarlo. —Uriel echó a andar hacia el centro de la tienda para unirse a sus compañeras, pues Rodrigo e Iskra salían en ese momento del probador.

Calix contuvo el aliento al ver a la chica. Caminaba con ese estilo tan peculiar suyo que la hacía parecer un duendecillo alegre, pero por primera vez desde que la conocía, se mantenía en silencio. Se detuvo en el centro de la tienda, cohibida ante quienes para ella eran desconocidos. Ladeó un poco la cabeza y dos manchas sonrosadas cubrieron sus mejillas. Alzó una mano para saludarlos con risueña timidez mientras sus ojos inquietos se deslizaban por la camisería buscando algo. Y cuando lo encontró su boca se abrió en una

inmensa sonrisa y sus ojos se achinaron revelando una incomparable alegría. Tomó una bocanada de aire que alzó más aún sus deslumbrantes pechos y se acercó a Calix con pasos que parecían saltitos.

—Creo que lo he hecho bien —le dijo rodeando el mostrador para pararse junto a él—. Apenas me he puesto nerviosa, y ¡no he hablado casi! —exclamó entusiasmada.

—Me alegro muchísimo —respondió él, contagiándose de su sonrisa.

—¡Y yo! ¡Me encantaría trabajar contigo!

—Necesitaré su número de teléfono para poder comunicar con usted en caso de que decida contratarla —le pidió Rodrigo llegando junto a ellos.

—No tengo —contestó ella mordiéndose los labios—. Hace poco que vivo en Madrid, y como no conozco a nadie que tenga interés en llamarme, pues no tengo móvil. Antes, cuando vivía con mi abuela en la aldea, teníamos un fijo que casi siempre funcionaba, pero se quedó allí porque, claro, estaba fijo en la casa. Aunque ya no estará, porque Pavel echó la casa abajo porque, según Ioanna, era una pocilga medio derruida. —Bajó las cejas apenada—. Pero no lo era. Una pocilga, me refiero. La teníamos muy limpia, aunque sí estaba un poco desmoronada. Además, la casa era de Pavel, y si él manda tirarla, pues se tira —se lamentó.

—Entonces ¿cómo puedo ponerme en contacto con usted? —inquirió Rodrigo.

—No lo sé.

—El señor Alekseev me comentó que usted reside en su casa. —Ella asintió—. Entonces, si le parece bien, anotaré ese teléfono en la ficha que Calix va a abrirle.

—Vale —aceptó ella con un hilo de voz, evidenciando que no lo consideraba buena idea. Se volvió hacia el joven que tan amable había sido con ella—. ¿Podrías apuntar mejor el móvil de Pavel? —propuso nerviosa—. Es que al de casa contesta siempre Ioanna y quizá se le olvide pasarme el recado.

—No hay problema, llamaremos al móvil —convino Calix. Por lo que sabía, Pavel tenía especial interés por esa chica, no le molestaría que acudieran a él directamente.

Iskra lo miró emocionada antes de alzarse sobre las puntas de los pies para darle un cariñoso beso en la mandíbula, pues ni siquiera de puntillas alcanzaba a dárselo en la mejilla.

—¡Deséame suerte!

—Claro... Suerte —acertó a decir estupefacto.

Iskra estaba a punto de decir algo cuando el ladrido de Mihail la sobresaltó, haciéndola enmudecer. Se despidió de los allí reunidos con una luminosa sonrisa, tomó las manos de Rodrigo con efusivo cariño y le dio las gracias antes de salir tras el impaciente matón.

Calix se quedó mirando la puerta ensimismado.

—¡Qué muchacha tan encantadora y cariñosa! —exclamó Amalia sacándolo de su abstracción, sus sagaces ojos fijos en él, al igual que los de todos los que estaban allí.

—Tal vez demasiado —se quejó Calix incómodo al saberse el blanco de todas las miradas—. No sabe contenerse y es demasiado...

—Locuaz. —Uriel fue hacia él con una sonrisa lobuna que no presagiaba nada bueno.

—También es simpática y muy agradable. —Rosalía miró sonriente a Calix—. Y parece que habéis hecho muy buenas migas.

—No más que con cualquier cliente de la camisería —rechazó éste.

—¿En serio? No me había dado cuenta de que a todos les sonrías atontado mientras los devoras con los ojos —repuso Uriel mordaz, ganándose una furiosa mirada de Calix—. Se admiten apuestas. Y la mía es que Rodrigo se la va a quedar aunque sólo sea por sacar a nuestro querido segoviano de la apatía en la que está sumido.

—No es un objeto que me pueda quedar, sino una persona —lo amonestó Rodrigo—. Volved al taller, aún hay mucho que hacer. —Esperó a que las

mujeres y Uriel se marcharan antes de enfrentarse a Calix—. La voy a contratar.

Calix sintió que su corazón se saltaba un latido antes de volver a palpitar con fuerza inusitada. Y no supo si eso era debido a la alegría o al pánico. Optó por esto último.

—¿Por qué?

—Porque es una excelente cosedora. ¿Te has fijado en su vestido? Dejando a un lado la espantosa elección de tejido, es una obra de arte. Cosido a mano con puntadas diminutas y perfectas en su ejecución, remates impecables y una construcción más que esmerada.

—No me he fijado —masculló huraño.

—Por supuesto —aceptó el albino divertido—. Reconozco que era complicado apartar la vista de su... cara. Más aún de lo que había más abajo.

Calix lo miró enfurruñado al caer en la cuenta de que no se había tragado ni por un momento que no se había fijado en ella. Al contrario, estaba seguro de que el intuitivo albino sabía sin asomo de duda lo mucho que lo había impresionado.

—No creo que sea buena idea contratarla, Rodrigo. Es demasiado parlanchina —dijo sintiéndose asqueado por soltar tan falaz afirmación. Iskra no era parlanchina, era fascinante—. No nos dejará concentrarnos y todo se atrasará.

—¿No nos dejará? ¿O no te dejará, a ti específicamente? —replicó Rodrigo sin compadecerse—. En realidad, la señorita López no ha hablado mucho mientras cosía en la prueba, y de todas maneras no creo que a Amalia y a Rosalía las desconcentre.

—A Uriel seguro que sí —señaló Calix con gesto amargo.

—Lo dudo. Nuestro aparentemente lascivo maestro camisero no está tan interesado en el sexo como en provocar. Y provocar a alguien tan espontáneo y sincero como Iskra pierde todo su atractivo, pues lo más probable es que, en vez de sentirse provocada, lo que haga sea interrogarlo hasta volverlo loco,

quitándole toda la gracia al asunto —auguró perspicaz—. No, al único al que Iskra puede turbar es a ti. Y, francamente, creo que es justo lo que necesitas.

Calix sintió que su respiración se agitaba al saberse acorralado. No podía hacerle eso.

—Estamos en verano, no puedes contratarla —comentó a la desesperada.

—Y ¿eso por qué? ¿Acaso temes que se derrita?

—No. Pero... ¿para qué vas a contratarla ahora, si vamos a cerrar en agosto? No tiene sentido. Mejor espera a que volvamos en septiembre —argumentó con un atisbo de esperanza. Con un poco de suerte, era posible que para entonces ella ya hubiera encontrado otro trabajo.

—En realidad, no vamos a cerrar en agosto. Rosalía se va todo el mes, yo la primera quincena y Uriel y tú la segunda. Y Amalia se jubilará a finales de julio, motivo más que suficiente para que contrate a una suplente ya.

—Pero ¡no a ésta! —estalló Calix.

—¿Por qué no?

—Porque... tiene mucha *personalidad* —respondió sin darse cuenta de que su boca se curvaba en una sonrisa al pronunciar esa palabra, algo de lo que Rodrigo no dejó de percatarse.

¿Qué narices les pasaba a esos dos con lo de la personalidad?

—¿Mucha personalidad?

—Sí. —Calix se devanó los sesos buscando una excusa plausible hasta que la encontró en una de las obsesiones de Rodrigo: su empeño en que las camisas estuvieran a la altura del buen nombre de su camisería—. Ya has visto su ropa, no tiene la elegancia que requiere la Camisería Castro, nos pondrá en ridículo si alguien la ve vestir así.

—Va a estar en el taller, no atendiendo al público —rebatía Rodrigo—. Y, por cierto, sí tiene mucha elegancia. Tal vez no te hayas fijado, distraído como estabas por ciertas partes de su notoria anatomía, pero su vestido de falda amplia, cuerpo ceñido y cintura de avispa imita el estilo *new look* que puso de moda Christian Dior a mediados del siglo pasado.

—Diga lo que diga, vas a contratarla —comentó resignado finalmente Calix.

—Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta.

Luminiscencia

Propiedad que tienen algunos cuerpos de emitir luz sin elevación de temperatura.

Aunque la luminiscencia de Iskra sí eleva mi temperatura.

Miércoles, 1 de agosto de 2018

—Oh, oh —musitó Iskra al abrir el clasificador de botones.

—¿Algún problema? —Uriel levantó la cabeza para observarla. Y, como solía pasarle, se quedó prendado de las expresivas cejas que en ese momento se alzaban con preocupación.

Hacía prácticamente un mes que trabajaban codo con codo en el taller y, por extraño que fuera, aún no se había aburrido de mirarla. Ese día llevaba una fina rebeca color marfil sobre un vestido blanco de cuerpo ajustado, profundo escote en pico y falda drapeada que recordaba poderosamente al inmortal vestido que Liz Taylor lució en *La gata sobre el tejado de zinc*. La única diferencia era que el de Liz Taylor era todo blanco, mientras que Iskra había bordado enormes calaveras piratas, con su parche y su cruz de sables incluida, en el suyo.

Había resultado toda una sorpresa trabajar con ella, pues, en contra de lo esperado, su incontinencia verbal cesaba en cuanto comenzaba a coser. Era una trabajadora metódica, concentrada y perfeccionista a la que apenas se le notaba la falta de experiencia con camisas artesanales. Si no fuera porque no creía en la magia, pensaría que Iskra había sido bendecida por alguna hada madrina con el don de coser.

—Casi no quedan botones de nácar de catorce milímetros —comentó ella arrugando la nariz.

—No pasa nada, apúntalo para que Calix los pida —señaló el cuaderno que el segoviano revisaba cada tarde antes de cerrar.

—¿Y si los necesitamos de repente? Mejor se lo digo ya. —Y salió del taller.

Uriel tardó menos de un segundo en abrir el clasificador de botones y comprobar que, como había intuido, aún quedaban bastantes, por lo que el pedido no era en absoluto urgente. Regresó a su silla malhumorado para continuar cortando patrones.

Era el primer día de vacaciones de Rosalía y Rodrigo, y los echaba de menos. Cuando ellos estaban, Iskra era menos... visible. Por un lado, la presencia de madre e hija hacía menos manifiesta la de la muchacha. Y, por el otro, Rodrigo era demasiado intuitivo y perspicaz para su gusto, lo que significaba que cuando estaba presente evitaba mirar en la dirección de Iskra, pues no sabía hasta qué punto el albino era capaz de leer en él.

Pero ahora no había nada que distrajera su atención de ella. Y no conseguía ignorarla. Menos aún ignorar la necesidad que Iskra sentía de abandonar el taller cada dos por tres para darle recados sin importancia a Calix. Compulsión que éste parecía compartir, pues, a pesar de que era evidente que trataba de mantener las distancias, cada pocas horas encontraba algo urgente o importante que decirles que lo obligaba a entrar al taller.

—¡Joder! —masculló dolorido al sentir un fuerte pinchazo en la palma de la mano.

Bajó la mirada sólo para descubrir que la había cerrado sobre el filo de las tijeras, hiriéndose y manchando de sangre el patrón que estaba preparando.

—¡Hola! —saludó Iskra adentrándose en la tienda. Calix apartó la mirada del

ordenador y la fijó renuente en la muchacha.

—¿Hay algún problema en el taller? —respondió con semblante serio. Uriel era capaz de cualquier travesura, y ahora no había nadie con ellos que pudiera contenerlo...

—No, es que me he dado cuenta de que quedan pocos botones de nácar del catorce y quería avisarte por si había que pedirlos con prisa.

Calix la miró confundido, no tenían en marcha ninguna camisa que precisara ese tipo de botón, por lo que no corría una prisa excepcional pedirlos antes del final de la tarde.

—Ya sé que no hacía falta venir a decírtelo, pero... —Lo miró conspiradora antes de colarse tras el mostrador—. ¡Ayer cobré mi sueldo!

—Me alegro —comentó Calix dando un paso atrás para guardar las distancias. Estaba especialmente arrebatadora con ese vestido. Aunque, ¿cuándo no lo estaba?

—Y ¿sabes qué voy a hacer hoy? —le planteó entusiasmada.

—Creo que estoy a punto de averiguarlo —contestó él tratando de imitar la sobriedad de su jefe, pero sin lograrlo, pues sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¡Voy a ir a El Corte Inglés! —exclamó dando saltitos. Ella y su *personalidad*. Y también los ojos de Calix, pues no pudieron evitar seguir el movimiento del agudo escote en pico de su vestido. Mucho menos dejar de percatarse de que, a pesar de que llevaba una rebeca, debía de tener frío, porque sus pezones se marcaban duros bajo la tela—. ¿A que es buena idea?

—Estoy seguro de que lo vas a pasar muy bien.

—¡Sí! Y no lo sólo eso... —Se atrapó el labio inferior entre los dientes antes de confesar en voz muy baja—: He robado un bocadillo de la cocina de Ioanna y me lo voy a comer en un parque —anunció entusiasmada—. ¡¿Te lo puedes creer?! ¡Voy a ir sola! Va a ser toda una aventura.

Y en ese momento Calix se dio cuenta de que todos los días que llevaba trabajando allí siempre había un hombre de Pavel esperándola en la puerta a

las horas de entrar y de salir.

—¿Dónde comes normalmente? —preguntó intrigado.

—En la cocina de Ioanna. —Iskra frunció las cejas disgustada—. Pero hoy no. Hoy les he contado una mentirijilla... —Lo miró traviesa—. Les he dicho que me quedaba a comer en el trabajo y que no vinieran a buscarme hasta las ocho.

—Y ¿por qué les has mentido?

—Porque a Pavel no le gusta que pasee sola por la ciudad, así que cada vez que salgo ordena a sus guardaespaldas que me acompañen. Y eso, además de quitarle emoción al asunto, es muy incómodo, porque sé que tienen otras cosas que hacer y se ven obligados a perder el tiempo conmigo, y me siento mal por ellos y entonces prefiero quedarme en casa.

—No deberías dejar que te mangoneen de esa manera.

—No me mangonean. Pavel es un buen hombre, se preocupa por mí y sólo trata de protegerme como le prometió a mi madre que haría. Y, como no quiero disgustarlo, me he inventado esa mentirijilla sin importancia. Él se queda tranquilo, los guardaespaldas no tienen que soportar mi presencia y yo puedo entretenerme comprando todo lo que quiera —explicó ilusionada—. Voy a comprar zapatos y rebecas. Y broches, pasamanería y cintas de mil colores. Y también raso para un camisón y telas para vestidos nuevos y...

—Te oigo y no salgo de mi asombro. ¿Vas a gastarte todo el sueldo en adornos innecesarios?, porque, permíteme que te lo diga, quedarán apagados por tu belleza... —dijo Uriel burlón, sorprendiendo a Calix, pues el maestro cortador no solía abandonar el taller a no ser que lo llamaran o tuviera un motivo de peso.

—No digas tonterías... —lo amonestó Iskra ruborizándose vivamente.

—¿Te sonrojas, querida? Tendré que piroparte más a menudo, ese rubor les sienta maravillosamente bien a tus mejillas —comentó Uriel acercándose a ella.

—¡Cállate, tonto! —lo regañó dándole un suave empujón.

—Como ordenéis, bella dama —convino guiñándole un ojo—. Así que vas a gastarte todo tu sueldo en abalorios...

—¡Sí! —afirmó ilusionada—. Voy a comprarme una cinta lavanda para el vestido que voy a hacerme igual que el de Lauren Bacall en *Cómo casarse con un millonario*. Y también quiero un camafeo como el de Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*. ¡Es tan bonito...!

—No cabe duda de que estarás arrebatadora, aunque un poco pasada de moda, ¿no crees? —señaló Uriel mordaz antes de volverse hacia Calix—. Ya tengo preparadas las camisas para Matilde —anunció refiriéndose a la mujer que se ocupaba de lavar y planchar las prendas.

—Como siempre, ¿no? —murmuró Calix mirándolo confundido. Matilde pasaba a por las camisas todos los miércoles, y Uriel nunca antes había salido del taller para recordárselo.

—Sí, pero como estamos en agosto pensé que estaría bien tenerlo claro. — Se giró hacia Iskra—. ¿Regresamos a nuestro feudo, bella dama?

—Por supuesto, mi encantador caballero —aceptó ella divertida, pero en vez de seguirlo se volvió hacia Calix esbozando una alegre sonrisa—. Hasta luego.

Él sacudió la cabeza a modo de despedida, pero ninguno de los dos regresó a su trabajo. No podían. Sus miradas se habían enlazado de tal manera que no podían dejar de mirarse.

—¿Regresamos a nuestro feudo hoy? —preguntó Uriel colocándose entre ellos—. Porque, si regresamos mañana, se nos va a acumular el trabajo, y eso no estaría bien. Pero vamos, que si queréis seguir mirándoos embobados, por mí, perfecto —comentó irónico, aunque su hosca mirada desmentía el regocijo de su voz.

—Claro... —murmuró Iskra sonrojada, acompañándolo al fin al taller.

—Estoy pensando que no vas a encontrar mucha variedad en El Corte Inglés —dijo Calix irrumpiendo en el taller.

Iskra y Uriel levantaron la vista de sus respectivos trabajos y lo miraron confundidos.

—¿Mucha variedad de qué? —inquirió Uriel cáustico. Había pasado una hora desde la última vez que esos dos se habían visto y ya volvían a la carga. Sólo que esa vez, en lugar de ser Iskra quien iba a la tienda, era Calix quien entraba al taller, pensó molesto.

—De pasamanería —contestó Calix mirando a Iskra—. Si lo que quieres son cintas, botones y encajes, lo mejor es que vayas a Pontejos. Es una mercería centenaria que...

—¡Mi abuela me hablaba de Pontejos! —lo interrumpió excitada—. Ella iba cuando era joven. Pensaba que ya no existía... ¿Dónde está?

—Cerca de Sol.

—¡Qué maravilla! ¡Hazme un mapa! Iré en cuanto salga.

—¿Un mapa?

—¡Ay, mi madre! ¡Voy a ir a Pontejos! —Estalló en una carcajada nerviosa que interrumpió para mirarlo con los ojos muy abiertos—. Y, si está cerca de Sol, ¡puedo comer junto a la estatua de El oso y el madroño!

Saltó de la silla y se encaminó presurosa hacia él. Y Calix, cómo ya comenzaba a conocerla, dio un paso atrás con un brazo extendido al frente para evitar que le diera uno de esos besos inocentes que tenía la costumbre de repartir cuando estaba feliz y que a él le provocaban una reacción nada inocente.

—Puede que no esté abierto a la hora de comer... —apuntó.

—Oh. Vaya —murmuró ella, sus cejas bajando decaídas—. Bueno, como voy a ir a Sol, puedo acercarme a mirarlo y luego ir a El Corte Inglés a por telas...

—No creo que tampoco encuentres muchas telas allí —señaló Calix, aunque al ver su expresión desanimada añadió—: Pero tengo unas muestras

que tal vez te puedan interesar. —Le enseñó el grueso archivador que sujetaba—. Son telas muy femeninas, vistosas y coloridas.

Y, mientras lo abría para enseñarle las muestras, Iskra se acercó para, a traición, darle un beso en la mejilla cuyo suave roce lo hizo estremecer.

—¡Eres maravilloso! —exclamó encantada, tomando el archivador de sus manos petrificadas para revisarlo emocionada.

—Más que maravilloso, yo diría que es idiota —resopló mordaz Uriel, situándose junto al segoviano—. Por favor, Calix, ha sido sólo un beso. ¿Qué harás si alguna vez te roza el paquete sin querer? ¿Correrte? —le susurró malicioso al oído.

Calix lo miró malhumorado antes de girar sobre sus talones para regresar a la tienda.

—¡Calix! —lo llamó Iskra—. Por favor, no te olvides de hacerme el mapa para que pueda ir a Pontejos y a Sol. —Lo miró con unos ojos como platos, como esperando algo.

—Claro —aceptó. Abrió la puerta para salir a la tienda.

—Calix —lo retuvo de nuevo—. ¿Es muy complicado llegar allí? Es que no me oriento muy bien y me asusta perderme.

—No es difícil. Sigue la calle Hortaleza hasta Sol y, de ahí, a la plaza de Pontejos —respondió resistiéndose a ofrecerse a acompañarla. No quería estar tan cerca de ella también a mediodía.

—¿Está muy lejos? Porque lo mismo no me da tiempo a llegar si me pierdo. Y seguro que me pierdo, al fin y al cabo, va a ser la primera vez que paseo por Madrid, y aquí todas las calles parecen iguales y me impone un poco, la verdad.

—¿Quieres que te acompañe? Podemos comer juntos —propuso sin poder resistirse. Aunque rogó en silencio que rechazara su ofrecimiento.

—¡Sería genial! ¡Gracias! —soltó ella con una sonrisa radiante.

—Un placer —musitó Calix saliendo del taller para atravesar la tienda sin dejar de llamarse idiota en todos los idiomas y sinónimos que se le ocurrieron.

Y no fueron pocos.

Dos latidos después, Uriel salió tras él cerrando colérico la puerta del taller.

—¿De verdad vas a ir con ella a comer un bocadillo tirado en la Puerta del Sol como un indigente? —lo increpó—. ¿En qué coño estás pensando?

—En que es muy probable que se pierda si no la acompaño. Además, va a comer sola...

—¿Y?

—Me da pena que coma sola en su primera aventura por Madrid.

—No sabía que fueras tan compasivo. Por cierto, y sólo por si no te has dado cuenta, si vas a comer con ella, seré yo quien tendrá que comer solo. ¿Eso no te da pena?

Calix puso los ojos en blanco ante su absurda broma.

—Deja de quejarte y ven con nosotros.

—Antes prefiero cortarme los huevos —replicó furioso regresando al taller.

—Pontejos cierra de dos a cinco y media —le dijo Iskra pesarosa a Uriel al encontrarlo frente a la tienda a su regreso—. Pero no importa, iré el sábado por la tarde —resolvió armándose de valor y determinación, pues sabía que le tocaría discutir con Pavel para poder ir—. ¿Os apetece venir? —les preguntó esperanzada a ambos, ganándose un bufido de Uriel.

Calix la miró sin saber bien qué contestar, y ella esbozó una radiante sonrisa que amenazó con desarmarlo, por lo que se apresuró a bajar la vista y centrarse en abrir la puerta.

—Podríamos ir a comer a alguna hamburguesería y luego de compras. ¡Será divertido!

—Seguro —rezongó Uriel.

—No seas aguafiestas —lo regañó ella—. A ver, ¿qué tienes que hacer el sábado por la tarde? ¿Ir a alguna discoteca llena de críos para robarle un beso a alguna adolescente? Porque a las seis de la tarde dudo que haya gente tan vieja como tú en las discotecas.

—¿Me estás llamando viejo verde?

—Sí —replicó sacándole la lengua.

—Eres una desvergonzada —la acusó envolviéndola entre sus brazos y bajando la cabeza hasta casi tocar sus labios—. Tal vez lo que tengo planeado sea seducir a mi compañera de trabajo y follar como locos contra los espejos del probador —planteó amenazador.

—¡Uriel! —gruñó Calix acercándose a ellos.

—Tal vez te creería si tu compañera de trabajo tuviera las piernas kilométricas, las caderas delgadas y los pechos firmes de Albena, pero como soy yo, pues no cuele —replicó burlona antes de darle un casto beso en la barbilla que lo dejó tan perplejo que la soltó—. Aunque te agradezco un montón que intentes hacerme sentir bonita y deseable.

—Lo eres —musitó Uriel sorprendido—. ¿Por qué has mencionado a Albena?

—Porque ella habla con sus amigas por teléfono, y una vez la oí hablar de ti, del probador y de los espejos mientras le estaba limpiando su dormitorio. Yo no quería prestar atención, pero era tan gráfica que era difícil no hacerlo —respondió sonrojándose.

—Joder, cuando esa zorra vuelva de Bulgaria y retomemos las clases, voy a matarla por bocazas —masculló Uriel furioso.

—No te preocupes por eso. Albena habla mucho, pero sólo con sus amigas. Y si por un casual Pavel se entera hará la vista gorda, como hace siempre —dijo para tranquilizarlo.

—Me importa una mierda que Pavel se entere —replicó Uriel enfadado.

—Entonces ¿por qué te enfadas tanto? —inquirió Iskra, poniendo voz a los pensamientos de Calix.

Uriel la miró de arriba abajo, apretó los dientes y, sin dar más explicaciones, se alejó.

Iskra miró a Calix y éste se encogió de hombros, se entretuvieron un instante charlando y luego ella se fue al taller y Calix se situó tras el mostrador.

No habían pasado ni dos minutos cuando Uriel atravesó furioso la tienda y se coló tras el mostrador junto a él.

—Así que al final te ha liado para que la acompañes a Pontejos el sábado —le recriminó beligerante—. Vas a ir con ella a dar vueltas por una tienda llena de cachivaches y, sin embargo, te niegas a salir a conmigo a lugares más excitantes. Aunque, claro, tampoco es que me extrañe, debo reconocer que yo no tengo sus tetas.

—No te pases, Uriel.

—¿Acaso miento? Esa mujer tiene unas tetas en las que cualquiera desearía perderse. Yo mismo he fantaseado con poner mi polla entre ellas y hacerme una cubana —susurró acercándose a él—. ¿Tú no?

Calix tomó aire con brusquedad a la vez que sacudía la cabeza en una exasperada negación. No iba a entrar en su juego.

—Se te hace la boca agua cada vez que está cerca. —Uriel se aproximó más a él—. ¿Por eso vas a acompañarla a Pontejos? El sábado estará tan abarrotado que vas a tener que pegarte mucho a ella para no perderla entre la gente. ¿Eso es lo que piensas hacer? ¿Pegar tu polla dura y palpitante contra su dulce trasero y restregarte contra él cada vez que se incline para mirar un botón? Pues hay cientos de abalorios allí, te vas a pasar la tarde frotándote contra su culo —susurró en su oído, haciéndolo estremecer con sus palabras.

—Déjame en paz —siseó con voz ronca dando un paso atrás.

—¿Quién sabe?, tal vez tengas suerte y de tanto frotarte acabes corriéndote. Eso estaría bien, ¿verdad? —Lo acorraló contra la vitrina—. Sé cómo te pone de cachondo. ¿Sueñas que te la follas? ¿Que la empalas con tu polla mientras se retuerce bajo tu cuerpo? —Deslizó la mano con rapidez sobre la

entrepierna del segoviano, frotando con rudeza la gruesa erección que sus palabras habían provocado—. Deja que te alivie...

Calix cerró los ojos ante el súbito placer que sintió por la brusca caricia. Empujó instintivamente las caderas, antes de recordar que no era un animal en celo incapaz de controlarse, que ya no podían dominarlo esgrimiendo un poco de placer.

—Déjame, joder —rugió apartándole la mano, los dientes tan apretados que Uriel, más que entender sus palabras, las intuyó.

—Lo estás deseando —replicó pegándose tanto a él que Calix pudo sentir la abultada erección de su amigo contra su cadera.

—He pensado que... —Iskra, que acababa de entrar en la tienda, se calló al verlos tan juntos y con la respiración agitada como si acabaran de darse un tórrido beso. Y lo que acabó de confundirla fue que Calix apartara a Uriel con furioso empujón para, acto seguido, girar la cabeza evitando su mirada, como si lo avergonzara algo que había hecho—. ¿Ocurre algo?

—No —negó Uriel abrochándose despacio la chaqueta para que le tapara la erección, gesto este que, como bien sabía, consiguió justo lo contrario: llevar la mirada de Iskra allí. Y, de paso, hacerla buscar los mismos indicios en los pantalones de Calix y encontrarlos—. Sólo estábamos charlando. ¿Qué te trae por aquí?

—Ah..., nada. Bueno, sí —se corrigió nerviosa—. He pensado que como Pontejos cierra a las ocho volveré a casa a esa hora, lo que os deja toda la noche libre para ir a la discoteca y, por tanto, no tienes excusa para no venir con nosotros el sábado. Pero sólo si quieres, claro —farfulló aturdida mirando alternativamente a Uriel y a Calix.

Al ver a Uriel salir tan enfadado del taller había pensado que era porque lo estaban dejando de lado y, como sabía lo mucho que dolía sentirse ignorado, se le había ocurrido que el sábado podían hacerlo todo sin renunciar a nada. Aunque ahora entendía que a lo mejor se había enfadado porque ella, como la tonta que siempre le decían que era, llevaba un par de semanas tratando —sin

ningún éxito, la verdad— de coquetear con Calix, que era su... ¿pareja? Pero eso no era posible. Albena se jactaba de haberse acostado con Uriel.

Sacudió la cabeza incapaz de descifrar el misterio y sintiéndose más tonta que nunca.

—Da igual. Ven si quieres y, si no quieres, pues no vengas. Me voy. Adiós —dijo nerviosa regresando al taller.

—¿Crees que nos ha pillado y piensa que estamos liados? —gimió Calix preocupado.

—No. Como nos ha visto tan acalorados, habrá pensado que estamos discutiendo, como siempre. No te preocupes —lo tranquilizó dándole una palmada en el culo antes de seguirla.

Entró en el taller y estudió a Iskra. Fingía concentrarse en coser, pero tenía las mejillas tan rojas que parecían a punto de estallar en llamas. Fue hacia ella y se paró a su lado. Ella levantó la mirada, esbozó una rápida sonrisa y volvió a centrar la vista en su labor.

—Iskra, mírame —le ordenó tomándole la barbilla para instarla a obedecerlo. Ella alzó la cabeza con docilidad—. No sé qué has visto ni qué has podido imaginar, pero Calix y yo sólo somos... amigos. —Esbozó una lasciva sonrisa que decía justo lo contrario—. Íntimos amigos en realidad, pero no de un modo exclusivo.

Ella lo miró perpleja. ¿Qué le estaba diciendo exactamente? ¿Que eran amigos con derecho a roce?

—No me gusta meterme donde no me llaman —continuó Uriel—, pero te aprecio y no quiero que te hagas ilusiones que puedan hacerte daño. —Se calló un instante para darle efecto a lo que estaba a punto de decir—. A Calix no le interesan las mujeres. —«Y no es mentira, él mismo me lo dijo al poco de conocernos», pensó tratando de acallar el alarido indignado de su conciencia.

—Qué coincidencia, a mí tampoco —bromeó Iskra, esbozando una radiante sonrisa para tratar de ocultar lo tonta que se sentía por no haberse dado cuenta

antes de hacer el ridículo tratando de... ¿de qué? ¿De impresionar a Calix con sus orondos atributos? ¿Con su verborrea interminable? ¿Con sus técnicas de seducción aprendidas en películas que tenían casi un siglo? ¡Qué estúpida había sido! ¡Qué tonta e infantil!

Uriel observó sus ojos y no se creyó ni por un segundo su forzada alegría. Le había hecho daño con su mentira. Lo sabía. No había que ser muy listo para ver que le gustaba Calix. Y que a Calix le gustaba ella. Si fuera un hombre decente, confesaría el engaño. Era una lástima que en lugar de eso fuera un cabrón sin alma que se dedicaba a destrozarse la vida de quienes confiaban en él. Deslizó el pulgar sobre sus apetitosos labios. Se moría por morderlos y saborearlos. Bajó la cabeza para darse el gusto, pero ella se apartó, por lo que volvió a erguirse sonriéndole calculador. Por lo visto, aún no estaba madura para él, pero no tenía prisa.

Se colocó tras ella para evitar que sus miradas se encontraran. Mentir dos veces mirándola a los ojos era demasiado incluso para alguien como él.

—A Calix no le interesan las mujeres —repitió la mentira rodeándole la cintura—, pero a mí sí —le susurró al oído, y su aliento le rozó el pómulo en un beso etéreo—. En realidad, me gustan ambos, hombres y mujeres. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Sí.

—Y ¿te molesta?

—Claro que no. —Volvió la cabeza para mirarlo sonriente—. Me parece muy inteligente: si te gustan los dos sexos tienes el doble de posibilidades de enamorarte...

Uriel la soltó de improviso, como si le hubiera dado un calambre.

—Acaba de bordar esas iniciales y ponte con la camisa de Niemiec, aún nos queda mucho por hacer y no podemos perder el tiempo charlando —le ordenó regresando a su silla. Tomó el patrón que había dejado a medias y retomó su trabajo. O eso fingió.

No tardó en levantar la cabeza y mirarla. Cosía con relajada concentración

mientras tarareaba una antigua canción. Envidió la paz que transmitía, la tranquila aceptación de las mentiras que le había contado, su chispeante personalidad, su sinceridad sin límites y su sencilla manera de ver la vida. Pero sobre todo envidió su conciencia libre de pecados.

La de él era totalmente pútrida. Tan corrompida y ponzoñosa como él. Y si Iskra no tenía cuidado y seguía confiando en él con tanta ingenuidad, acabaría destruyéndola igual que había destruido a todos los que una vez lo habían amado.

Acendrado

Dicho de algo como una cualidad, una conducta: puro y sin mancha ni defecto.

La personalidad acendrada de Iskra me hace estremecer.

Sábado, 4 de agosto de 2018

Iskra observó la puerta del probador mientras cavilaba sobre lo que Uriel y Calix estarían haciendo allí. Le habían dicho que iban a cambiarse de ropa, porque con ese calor no querían salir a la calle vestidos con traje. Pero estaban solos en el probador de la camisería, eran amigos con derecho a roce y ella tenía una imaginación prolífica y no podía evitar imaginárselos besándose. Sólo que no eran los labios de Uriel los que Calix besaba, sino los de ella. Y como él estaba cambiándose de ropa, lo imaginaba desnudo, o, mejor dicho, con un bañador, pues su imaginación era fecunda pero no indecorosa. Un ajustado bóxer negro igual que el que llevaba Burt Lancaster mientras besaba a Deborah Kerr en *De aquí a la eternidad*. Y ella, por supuesto, era Deborah Kerr. Una Deborah Kerr entrada en carnes, con un enorme trasero y unos pechos demasiado grandes para mantenerse firmes, pero él no se daría cuenta porque estaría ciego de pasión. Tendría el pelo mojado y la piel brillante por el agua mientras se revolcaban en la arena de la playa entre besos enardecidos. Y Calix, desesperado por saborearla, le rodearía la nuca con una mano y el talle con la otra, apretándola contra sí mientras la besaba. Y...

—Daría lo que fuera por saber qué te pasa por la cabeza en este momento.

Iskra dio un respingo al oír el tono socarrón de Uriel y notó que se

sonrojaba.

—Cuéntamelo, preciosa, y lo haré realidad —ronroneó envolviéndole la nuca con la mano de la misma manera que había imaginado que lo hacía Calix.

—Te lo agradezco un montón, pero no eres tú quien quiero que lo haga realidad —musitó afligida, clavando en él sus enormes e inocentes ojos color miel.

Uriel la miró perplejo antes de apartarse y esbozar una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿No te han dicho nunca que la sinceridad está sobrevalorada? Sé buena y la próxima vez miénteme. Será más piadoso que romperme el corazón como lo has hecho —afirmó antes de volverse hacia el probador e increpar malhumorado a Calix—: ¿Quieres terminar de una jodida vez?! Como me hagas esperar más, me lo replantearé y os dejaré tirados.

Se había dejado convencer para ir con ellos. Por primera vez en más de siete años iba a salir con una mujer en plan pareja, o, mejor dicho, en plan trío, y en lugar de irse de fiesta e intentar follarse a esos dos pipiolos, iba a buscar botones, camafeos y cintas de raso propios de las películas del siglo pasado. ¿Acaso se había vuelto loco?

«Tal vez sí», pensó cuando Calix salió del probador. Fiel a su obsesión por vestirse de manera que no se evidenciara su magnífico físico, lucía unos vaqueros holgados y una camisa blanca de manga larga remangada. Y, a pesar de sus infructuosos esfuerzos, estaba arrebatador. Casi tanto como Iskra, pensó devorándola con la mirada. Bajo una suave rebeca llevaba un vestido con escote *halter* anudado al cuello que dejaba los hombros, los brazos y la espalda al descubierto; una banda lo ajustaba bajo el pecho rodeándole el torso hasta acabar en una lazada en la cintura, donde se abría una falda plisada larga hasta las rodillas. El vestido sería idéntico al de Marilyn Monroe en *La tentación vive arriba* si no fuera porque era azul celeste y estaba estampado con un tiiovivo, caballitos de colores pastel incluidos. Y, a pesar de la estrafalaria tela, estaba arrebatadora. Tanto como Calix.

Uriel se lamió los labios. No le importaría follárselos. A ambos. Y, a ser posible, a la vez. Se recolocó la erección que comenzaba a molestarle y enfiló hacia la puerta. Si no se ponían en marcha de una vez, tendría que hacer una visita al baño para hacerse una paja rápida.

Iskra lo siguió presurosa y, en el momento en que pisó la calle y notó el bochornoso calor, se quitó la rebeca y se volvió con la intención de entrar en la tienda y dejarla allí.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Calix deteniéndola cuando pasó junto a él, tan sorprendido que incluso olvidó su decisión de no tocarla nunca y le tomó el brazo para seguir con el pulgar el contorno del cardenal que lucía—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Ah, eso... No te preocupes, no es nada. Ya ni me acordaba de que lo tenía, es de hace unos días, cuando choqué con el cucharón de Ioanna mientras la ayudaba a hacer la cena.

—¿Cómo pudiste chocar con un cucharón? —inquirió Calix, tan perplejo como Uriel.

Iskra esbozó una sonrisa traviesa.

—A Ioanna no le gusta que metamos las narices en sus guisos... Y yo, en vez de la nariz, metí un trozo de pan, por lo que me gané un cucharonazo. Pero ¡el guiso bien lo valía! —exclamó con picardía, aunque sus ojos se apagaron al ver la furia que ardía en los de Calix.

—Mierda —siseó Uriel poniendo una mano en el hombro de su amigo para apaciguar la cólera que ardía en él, aunque no sirvió de nada, pues Calix se la sacudió rabioso.

—No permitas que nadie te pegue. ¡Nunca! Y si esa mujer vuelve a ponerte la mano encima —gruñó tan tenso que se le marcaban las venas del cuello—, dímelo y hablaré con ella.

—No me pegó —se apresuró a decir Iskra mirándolo atónita—. En realidad, no me hizo daño, fue sólo un aviso para que no siguiera haciendo lo

que no debía. Lo que pasa es que tengo la piel muy pálida y en seguida me salen moratones.

—No vuelvas a dejar que te toque, y, si lo hace, dímelo —repitió iracundo.

—No tengo dudas de que eso será justo lo que haga. Y, ahora que todo está claro, ¿qué os parece si nos largamos? —propuso Uriel tratando de reconducir los ánimos—. Hace un calor de cojones y me estoy derritiendo.

Calix lo miró furioso antes de cerrar la puerta. En el momento en que iba a bajar el cierre, sonó el teléfono.

—Ni se te ocurra meter esa puta llave en la cerradura y volver a entrar — lo amenazó Uriel, aferrándole el brazo al ver que se quedaba paralizado.

Calix asintió e incluso llegó a agarrar el cierre antes de proferir un avergonzado gruñido, soltar la reja, meter la llave en la cerradura con dedos trémulos y volver a entrar en la tienda.

—¡Joder! —exclamó Uriel dando un puntapié a la puerta.

Iskra los miró preocupada. No era la primera vez que los veía reaccionar así cuando sonaba el teléfono a deshora, aunque nunca de un modo tan exacerbado. Tal vez fuera porque en las ocasiones anteriores Rodrigo estaba con ellos, contagiándoles en cierto modo su mesura.

—¿Quién lo llama? —«Y ¿por qué después de las llamadas está tan abatido?»

—Nadie importante —masculló Uriel reticente a seguir a Calix. No había ningún matón esperando a Iskra, por lo que ésta no iba a marcharse a ningún lado, que era lo que ocurría cuando Verónica llamaba después del cierre, y no quería entrar y que viera a Calix derrotado.

—Pues para no ser importante llama varias veces al mes y, aunque siempre intentáis que no responda, Calix lo hace, enfureciéndoos.

Uriel la miró sorprendido al percatarse de que ni ellos eran tan discretos ni ella tan ingenua como había pensado.

—Como hablo tanto, hay veces que parezco tonta, pero en realidad no lo soy, al menos no demasiado, y me doy cuenta de bastantes cosas —afirmó con

tranquila aceptación.

—Nunca he pensado que seas tonta...

—Claro que no, sólo un poco boba. —Esbozó una resignada sonrisa.

Uriel negó con amargura. Ella tenía razón: había tomado su inocencia por simpleza, y, desde luego, no era en absoluto estúpida.

—Me pondría de rodillas para rogar perdón por mi estupidez, pero si lo hiciera acabaría levantándote la falda para hacerte un trabajito con la lengua..., y hace demasiado calor para eso —le ofreció una disculpa disfrazada de descaro.

Iskra lo miró con los ojos entornados antes de estallar en una risueña carcajada.

—Intentas asustarme y escandalizarme, pero sé que eres inofensivo.

—No tienes ni la más remota idea de lo peligroso y malvado que puedo llegar a ser, querida. Hazme caso, princesa, y no confíes jamás en mí o acabarás sufriendo —le advirtió muy serio antes de atraparle la nuca entre sus largos dedos para acercarla a sus labios.

—Deja de intentar distraerme y dime quién llama a Calix y por qué él contesta, a pesar de que eso le amarga el resto de la tarde —exigió ella posando las manos en su duro torso, apartándolo.

Uriel la miró molesto. ¡Esa mujer era inmune a su seducción! O eso, o era demasiado inocente para tomársela en serio. «Seguramente sea una mezcla de ambas opciones», pensó con cinismo. La soltó, aunque sus dedos continuaron aferrados a la suavidad de su pelo.

—Así que nuestra inocente cosedora se ha dado cuenta de que hay gato encerrado —comentó con voz ronca. Antes o después, Iskra se enteraría de lo que pasaba, así que lo más conveniente era darle su versión del asunto—. Lo llama una mujer. Verónica.

—¿Quién es Verónica?

Uriel frunció el ceño, le había dicho que a Calix no le interesaban las mujeres, ergo no podía decirle que Verónica era su ex sin descubrir su mentira.

—Es una pirada que está colada por él y no lo deja tranquilo. Eran muy amigos —mintió—, pero luego ella se volvió loca... —se interrumpió, cavilando qué contarle sin descubrirse— e hizo algo que le dolió mucho a Calix y se distanció de ella. Pero ella no soporta que él quiera olvidarla y lo llama de vez en cuando, y él es un idiota incapaz de olvidar su amistad y de lo mucho que la apreció, y por eso siempre contesta —resopló frustrado—. No voy a entrar en detalles sobre la vida privada de Calix, es algo que no nos incumbe ni a ti ni a mí. Sólo tienes que saber que es una hija de puta perversa y cruel que le hizo mucho daño, así que mejor no le menciones que te he hablado de ella.

—Claro, lo entiendo —musitó Iskra.

«No, querida, no creo que lo entiendas. Pero no voy a dejarte saber más. Hay acontecimientos que sólo pueden ser desvelados por aquellos que los sufrieron. Recuerdos que todavía tienen el poder de herir y que quizá nunca puedan volver a ser narrados. Y, a pesar de ser un cabrón sin alma, todavía sé que debo respetar eso.»

Iskra miró el interior de la tienda a través de los cuarterones acristalados de la puerta. Calix estaba tras el mostrador, los hombros hundidos y la cabeza gacha. Sostenía el teléfono con la mano derecha y mantenía la izquierda abierta sobre el mostrador, como si éste lo sostuviera evitando que diera con las rodillas en el suelo. De repente, se irguió con una sacudida, los dedos de la mano izquierda crispándose sobre la pulida superficie en tanto que negaba exasperado. O tal vez no era exasperación, sino desesperación, pensó Iskra cuando alzó la cabeza y pudo ver su expresión desolada.

Sintió que un fiero sentimiento de protección estallaba en su interior. No pensaba permitir que nadie le hiciera daño. Agarró el pomo de la puerta con dedos firmes y entró, y en ese momento Calix colgó el teléfono y, apoyando ambas manos en el mostrador, se inclinó contra él, dejando que la cabeza le colgara sin fuerzas.

—De verdad, qué cliente tan desconsiderado —lo sobresaltó Iskra

irrumpiendo en la camisería—. No sólo llama fuera de horario, sino que además te entretiene un buen rato, con lo tarde que es y el hambre que tenemos. Estoy tentada de hacérselo saber a Pavel para que le dé un escarmiento. ¿Qué te parece si le pido que le dé unos cuantos latigazos?

—¿Latigazos? —inquirió Calix confuso.

—Como los que le daban a Burt Lancaster en *El temible burlón*, ¿o esa escena es de *El halcón y la flecha*? ¡Ay, mi madre..., no me acuerdo! —exclamó con fingida consternación, porque lo cierto era que se sabía de memoria ambas películas—. No me lo puedo creer, ¡lo he olvidado! ¡Estoy perdiendo la memoria! ¡Y sólo tengo veintidós años! ¡¿Qué va a ser de mí?! —Se llevó el dorso de la mano a la frente en un gesto dramático—. Uriel, estoy a punto de sufrir un vahído, ¿podrías colocarte a mi espalda? Gracias. —Cerró los ojos—. Qué desgraciadita soy. —Y se dejó caer.

Uriel apenas tuvo tiempo de reaccionar y cogerla.

—Pero ¿qué haces?

—Desmayarme —replicó ella con sencillez.

—¿Por qué no dejáis de hacer el idiota y nos vamos? —les espetó Calix saliendo de la tienda.

Iskra cabeceó complacida al ver que, a pesar de su tono hosco, una diminuta sonrisa le elevaba las comisuras de los labios.

—Te rogaría que la próxima vez que fueras a desvanecerte me avisaras con tiempo para prepararme: por poco me rompes la espalda —se quejó Uriel incorporándola.

—Lo siento mucho —se disculpó abochornada. Era consciente de que sólo era una sílfide en sus sueños, pero con el empeño en hacer sonreír a Calix se había olvidado de eso, y la espalda de Uriel había pagado por ello—. No he caído en la cuenta de que...

—No, querida, te aseguro que caer, has caído. Lo que no sé es por qué he tenido la gran suerte de que lo hicieras sobre mí —dijo sarcástico antes de salir detrás de Calix.

Iskra bajó la cabeza sofocada y su mirada se detuvo en su generoso pecho, su vientre plano y su cintura diminuta. Eran las únicas partes bonitas de su cuerpo, por eso siempre llevaba vestidos ajustados al torso. El resto era terrible. Sus caderas, su trasero y sus muslos eran enormes, deformes, como se encargaban de recordarle Rayna y Albena a menudo. Las faldas plisadas con forma de corola o campana que llevaba disimulaban un poco sus inmensas caderas, pero eso no significaba que no estuvieran ahí. Tampoco que no pesaran.

—¿Ocurre algo? —Calix la sobresaltó entrando en la tienda. Ella negó—. ¿Nos vamos?

—Sí, claro —aceptó, aunque la emoción de ir de compras se había evaporado.

¿Para qué perder el tiempo comprando cintas con las que adornar su ropa cuando lo que debería hacer era teñirla de negro y convertirla en vestidos anodinos con los que volverse invisible en ese mundo tan extraño en el que ahora vivía? Su abuela tenía razón cuando decía que la ciudad era un monstruo horrible que se la comería viva. Ahora mismo se sentía masticada y a punto de ser escupida.

—¿Estás segura de que no te ocurre nada? —insistió Calix. Parecía desamparada, perdida. Desde luego, nada que ver con la muchacha parlanchina y alegre que era.

—Nada de nada. —Esbozó una tibia sonrisa. Si la vida te da un mordisco, devuélveselo convertido en sonrisa, decía su abuela. Y eso pensaba hacer—. ¿Podemos comer en un McDonald's? Nunca he estado en uno y me hace ilusión.

Uriel y Calix la miraron pasmados por su aserción.

—¿En qué agujero has estado metida toda tu vida para no haber ido nunca a un McDonald's? —exclamó Uriel.

—En Empinada, una aldea de los montes Universales.

—¿Dónde está eso? ¿En el culo del mundo? O, mejor dicho, ¿en la polla

del mundo? —preguntó Uriel malicioso por el nombrecito de marras.

—En Teruel. —Curvó los labios divertida por la observación del moreno—. Es una aldea tan chiquitita que cuando mi abuela murió y tuve que irme sólo quedaron cuatro habitantes. —Perdió la sonrisa—. Es complicado acostumbrarse a vivir en Madrid y estar rodeada de tanta gente cuando todo tu mundo siempre han sido cinco personas.

—Pues, querida, si te ha resultado complicado adaptarte a la ciudad, comer en el McDonald's va a ser una catarsis. —Uriel le enlazó la cintura con un brazo y echó a andar.

Y lo fue. Iskra jamás había visto tanto ajetreo en un restaurante, tampoco que tuvieran que llevarse la comida a la mesa ellos mismos ni que se comiera con las manos. Si su abuela lo viera, le daría un ataque, pensó observando su hamburguesa como si tuviera cuernos y rabo.

—Pruébala, ya verás cómo te gusta —la instó Calix al ver que no comía.

Iskra lo miró preocupada, luego la hamburguesa, el escote de su vestido, y de nuevo fijó la vista en su compañero de trabajo.

—Para ti es fácil decirlo, estás plano. —Arrugó la nariz disgustada—. Esta hamburguesa parece a punto de desmoronarse en pedazos grasientos y llenos de salsa. ¡Y no llevo babero para proteger mi vestido! —se lamentó con dramatismo—. ¡Tengo tanta *personalidad* que necesitaría una sábana para comer sin riesgo! —Sus cejas indignadas se alzaron hasta casi juntarse.

Calix parpadeó perplejo antes de estallar en una explosiva carcajada que sorprendió a Uriel más que si hubiera visto una jirafa volando. El segoviano no solía reírse a menudo, mucho menos después de una de sus sesiones de tortura con Verónica.

—A mí no me parece gracioso. —Iskra se irguió muy digna—. Tengo hambre y no puedo comer. Y tú vas y te ríes. Me parece estupendo, en serio. Ojalá tu elefantito se desparrame sobre la mesa y te impida comer so pena de mancharte —le deseó con su mejor voz de bruja malvada y cruel a la vez que alzaba la mano como lanzando un maleficio.

Calix detuvo sus hilarantes carcajadas para mirarla turbado.

—¿Su qué? —inquirió Uriel, poniendo voz a los pensamientos de su amigo.

—Elefantito —reiteró Iskra. Calix, intuyendo por dónde iban los tiros, apretó los labios en una sonrisa contenida que amenazaba con estallar a la menor provocación—. Ya sabes...

—No, no sé —replicó Uriel.

Ella, sonrojada, alzó la mano y estiró el dedo índice para luego moverlo arriba y abajo.

—La trompa larga y colgante... Las orejas detrás, redondas...

Calix volvió a estallar en carcajadas. Uriel lo acompañó. E Iskra no tardó en unírseles.

Auténtico

Consecuente consigo mismo, que se muestra tal como es.

—¡Jamás había visto tantas cosas maravillosas! —exclamó Iskra al salir de Pontejos. Uriel y Calix la seguían, este último tan cargado de bolsas como Julia Roberts en *Pretty Woman*—. ¿Habéis visto los tapacosturas? ¿Y las cintas? Y los botones, y las fornituras y... ¡Todo! Ha sido... —se interrumpió sin encontrar palabras para expresar cómo se sentía—. Gracias —le dijo muy seria a Calix.

Éste sonrió, contagiándose con la franca emoción de la muchacha.

—Y ¿a mí no me das las gracias? —intervino Uriel.

—Tú ni siquiera querías venir, y no has dejado de rezongar en toda la tarde —lo regañó ella golpeándolo en el hombro—. ¿Qué hora es? Mihail dijo que me recogería a las ocho...

—Aún queda una hora, ¿dónde has quedado?

—En ningún lugar en particular, él sabe dónde estoy e irá allí a buscarme.

—Y ¿cómo lo sabe? ¿Es adivino? —se burló Uriel.

—Por el teléfono que me ha dado —explicó Iskra sacando un iPhone X.

—¿Te lo ha regalado Mihail? —preguntó Uriel asombrado.

—No. Me lo ha dejado Pavel para tenerme localizada —explicó Iskra.

Calix la miró con los ojos entornados, una sospecha abriéndose paso en su cabeza. Le dio las bolsas a Uriel, le quitó el móvil a Iskra y, tras pedirle la clave, trasteó en él.

—¡Qué hijo de puta! —gruñó al ver que tenía compartida la ubicación con

tres teléfonos—. Te tiene en seguimiento...

—Ya lo sé, me lo dijo —admitió ella sin darle importancia.

—Y ¿te parece bien? —Él había aceptado que Verónica lo controlara por medio del teléfono. No iba a permitir que Iskra pasara por lo mismo—. No tiene derecho a controlarte.

—Ya lo sé, y él también. Y también sabe que no estoy acostumbrada a las ciudades ni a la gente, que no me oriento bien y tiendo a perderme con facilidad, y que las multitudes me ponen nerviosa. Se preocupa por mí y a mí no me cuesta nada llevar su juguetito y calmar sus desvelos —lo justificó dejándolos atónitos.

—Por lo visto, te tiene en muy alta estima... —apuntó Uriel arqueando una ceja.

—Pavel adoraba a mi madre —afirmó ella, omitiendo parte de la información—. Mi padre y el hermano de mi madre murieron en Bulgaria cuando yo era un bebé, durante una guerra entre bandas. Mi madre y yo regresamos a España, a la aldea de mi abuela, para alejarnos de esa vida. Mamá pensó que nadie la encontraría, pero Pavel lo hizo. Tardó casi un año en dar con ella y, cuando lo hizo, fue a Empinada a por ella para convertirla en su amante, pero cuando llegó mamá estaba muy enferma y le hizo prometer que no se entrometería en mi vida mientras mi abuela viviera... y que cuidaría de mí cuando ésta faltara. Y eso hizo, es muy supersticioso y cree que trae mala suerte romper la promesa hecha a un moribundo. —Omitió de nuevo parte de la verdad—. Mi abuela murió a principios de año y, cuando lo vi con sus hombres en el cementerio, supe quién era porque ella me había dicho que vendría a por mí. Esperó mientras la enterraban y luego se acercó. Me dijo que tenía una promesa que cumplir y que le permitiera hacerlo. Me ofreció un piso y dinero, pero yo no quería su caridad. Entonces me ofreció trabajar en su casa y, antes de que pudiera rechazarlo, me contó que mi nombre me lo había puesto él. —Esbozó una sonrisa soñadora—. Cuando nací le dijo a mamá que yo sería una Chispa de alegría en la oscuridad de su vida, y mi madre decidió

llamarme así. Por él. Y pensé que si mi madre había confiado en él para pedirle que me cuidara, yo no podía hacer menos. Así que acepté el trabajo.

—¿Te llamas Chispa? —inquirió Calix, reconociendo el nombre que habían mencionado Rayna y Albena con tanta inquina.

—Sí. Iskra significa «chispa» en búlgaro.

—Y, para asegurarse de que no podrías arrepentirte y regresar a la aldea, demolió tu casa —señaló Uriel mordaz, recordando también la conversación de las dos víboras.

—La casa estaba a punto de caerse, Pavel sólo evitó una desgracia. Puede que parezca peligroso, pero es un buen hombre. ¿Vamos a merendar? —dijo frotándose la tripa.

—¿A merendar? —musitó Calix confundido por su repentino cambio de conversación.

—Sí. Me muerdo de hambre. ¿Tú no?

Calix la miró pensativo. Por lo visto, se había cansado de hablar y quería comer. Algo nada extraño, si tenían en cuenta lo que había comido. Esbozó una sonrisa al recordar que había desistido de comer la hamburguesa para, en su lugar, darse un atracón de helados con la excusa de que se podían comer con cuchara y no se mancharía. Por los gemidos que exhalaba cada vez que se metía la cuchara en la boca, quedó claro que le encantaba el dulce.

—Vamos a La Mallorquina —sugirió enfilando hacia la Puerta del Sol, aunque se arrepintió en el mismo momento en que acabó de hablar.

Ver a Iskra comer postres había sido demasiado excitante. No quería ni pensar cómo sería verla probar los deliciosos dulces de esa pastelería. Estuvo tentado de dar media vuelta y buscar otro lugar. Pero era su primera aventura en Madrid, lo menos que podía hacer era hacerla inolvidable.

—¿Y si vamos a otro sitio? —Iskra se paró cuando se asomaron a la emblemática plaza y vio la cantidad de gente que lo colapsaba. ¡Allí no cabía ni un alfiler!

Verse rodeada de tantas personas en Pontejos le había resultado agobiante,

pero no era nada en comparación con las que había allí. ¡Al menos mil, si no eran más! Se llevó la mano al pecho, ella sólo era una pueblerina asustada acostumbrada a la soledad. Debería haberse quedado en casa de Pavel. «Eres una estúpida jugando a ser alguien. Madrid te viene grande, niña. Te aplastará. Y yo me alegraré», había dicho Ioanna, y ahora entendía a qué se refería. Dio un paso atrás asustada cuando un grupo de alborotadores invadió la calle.

—No tengas miedo, son sólo niños ruidosos —le susurró Calix al oído—. La Mallorquina está en esa esquina, sólo hay que cruzar la calle y podrás comer los dulces más ricos que has probado en tu vida —la tentó.

Y, sin pensar demasiado en lo que hacía, tomó la pequeña mano de Iskra y se internó entre la gente que colapsaba la Puerta del Sol.

Uriel se quedó parado tras ellos, los ojos fijos en sus manos unidas.

Calix había tenido durante toda la tarde una sonrisa pronta en los labios. Nada que ver con la siniestra melancolía que lo invadía cada vez que hablaba con Verónica. Y había sido Iskra quien había conseguido lo imposible.

Iskra, no él.

Él llevaba meses trabajándose a Calix. Acostumbrándolo a sus caricias disfrazadas de provocación. Introduciéndose en su vida, en su intimidad. Mostrándole poco a poco su sexualidad perversa y descarnada para conseguir que la aceptara. Abriéndose a él en charlas intrascendentes mientras fingía no contarle nada.

Cada día luchaba por ganarse su confianza.

Pero era a esa enana regordeta y absolutamente tentadora a quien le daba la mano confiado.

Apretó los labios sintiéndose aún más miserable de lo normal y los siguió.

¿Cuánto más podía durar ese tormento?, pensó Calix, incapaz de apartar los ojos de la mujer sentada frente a él. Se estaba comiendo una porción de tarta

de fresas y, cada vez que la cuchara entraba en su boca, cerraba los ojos y gemía. Un gemido bajo, gutural, de verdadero éxtasis. Un gemido que le acariciaba el pene y le tensaba los testículos. Casi podía sentir su lengua lamiéndolo igual que lamía la cuchara cuando se la sacaba de la boca. Sus labios succionándole el glande de la misma manera que succionaban las fresas que coronaban el bocado de tarta que contenía su cuchara. Sus dedos aferrándolo con la misma fuerza con que aferraba el mango.

Cruzó los tobillos bajo la mesa y apretó las piernas tratando de contener la lujuria que lo dominaba, pero en lugar de aplacar su irrefrenable libido, un escalofrío de placer lo recorrió. Puso las manos planas sobre la mesa para evitar bajarlas a su entrepierna y acariciarse. Por Dios, ¿qué clase de sátiro era, que tenía que luchar para no masturbarse en público? ¿Hasta dónde llegaba su esclavitud por el sexo, su necesidad de follar? Sus muslos se tensaron y sus nalgas se apretaron cuando ella tomó otra cucharada y un espasmo ardiente le atravesó el vientre. Sintió las gotas presemiales impregnando sus calzoncillos y apretó los labios para no exhalar un gemido que acompañara al de la mujer. Estaba a punto de correrse y no podía parar la espiral de placer, deseo y anhelo que lo ahogaba. ¿Tan abyecto era, que no podía dominarse? Miró a su alrededor buscando una señal que le indicara que no era el único hombre que reaccionaba así ante el placer que estaba experimentando Iskra, pero todos los clientes de la pastelería estaban a lo suyo. Todos, menos uno. Uriel.

Él también tenía la mirada fija en Iskra. Tenía una mano sobre la mesa, mientras que la otra la ocultaba bajo ésta, plana sobre su ingle. Presionaba su erección en un movimiento ondulante y sus muslos se endurecían rítmicamente, ¿tal vez masajeándole las bolas?

Apartó la mirada, enfadado por sentir envidia de su osada desvergüenza, pero sobre todo de su sexualidad libre de miedos y dudas.

—¿Quieres hacerlo tú? —le susurró de repente Uriel al oído. La mano con la que se había frotado la verga ahora le aferraba la muñeca, incitándolo a

bajar a su entrepierna.

Calix se soltó malhumorado, el pene palpitando contra sus pantalones.

—¿Acabas de una vez? —increpó a Iskra sin poder contenerse. Necesitaba salir de allí. O, mejor dicho, necesitaba dejar de verla. De sentir su placer. De gozar sus gemidos.

Apretó los puños al ver la mirada dolida de ella. Acababa de arrancarla de su placentero disfrute sólo porque él era incapaz de controlar su monstruosa sexualidad.

—Tengo que ir al baño —anunció poniéndose en pie.

—Tómate todo el tiempo que necesites para aliviarte, no vaya a ser que te manches los pantalones —le recomendó Uriel sonriéndole burlón.

Iskra parpadeó confundida, ¿por qué decía eso? Estaba a punto de preguntárselo cuando sintió la mirada de Calix sobre ella. Era una mirada atormentada que transmitía tanto dolor y tanta vergüenza que decidió silenciar sus labios. Al menos, de momento.

—No deberías meterte con él así —regañó a Uriel cuando Calix desapareció del salón—. No es ningún crío para hacerse pis encima. Y que digas eso delante de mí lo mortifica.

Uriel la miró perplejo un instante y luego estalló en carcajadas.

Cuando Calix regresó aún se estaba riendo. Miró a Iskra interrogante y ésta se encogió de hombros. Luego comió el último pedazo de tarta y se lamió los labios para atrapar las migas que pudieran quedar en ellos. La pasión volvió a rugir poderosa por las venas de Calix, endureciéndolo de nuevo. Uriel seguramente había creído que visitaba el aseo para masturbarse, pero se equivocaba. Nunca más volvería a dejar que la lujuria lo dominara, esclavizándolo como había hecho con Verónica. Sólo había ido al baño a intentar tranquilizarse. Se había mojado la cara y la nuca con agua fría hasta conseguir calmarse. Pero no había servido de mucho, pues nada más ver a Iskra de nuevo había vuelto a empalmarse.

—Son casi las ocho. Mihail debe de estar al llegar, ¿nos vamos? —sugirió

ella.

Aunque antes de salir de la pastelería compró una cantidad ingente de bollos y una tarta de fresas. Calix, ignorando la risa jocosa de Uriel por ser tan caballeroso, se ofreció a ayudarla con los paquetes, a pesar de que ya iba cargado con las bolsas de Pontejos. Iskra rechazó su oferta, se giró hacia Uriel, quien en ningún momento se había ofrecido a ayudar, y le puso la tarta en las manos, instándolo a que no la dejara caer y agradeciéndole su *espontánea* ayuda con un efusivo beso. En esa ocasión fue Calix quien se rio del gesto perplejo de Uriel. Aunque luego le llegó el turno a Uriel cuando fue Calix el destinatario de un beso similar. Al parecer, a Iskra no le gustaba hacer distinciones entre sus portadores.

Salieron a la calle y poco después Iskra saltó sobre sus pies a la vez que alzaba la mano saludando al chófer de un imponente coche negro con los cristales traseros tintados. Ese vehículo, y otro exactamente igual que iba tras él, se detuvieron en la esquina de la calle Mayor. Cinco hombres se apearon de ellos antes de que reanudaran la marcha para no interrumpir el denso tráfico de la calle.

—¿Pavel? —Iskra echó a correr hacia él a saltitos—. ¿A que no sabes dónde se comen los dulces más ricos del mundo? ¡Justo aquí! Ni te imaginas lo delicioso que está todo, he comido tanto que me voy a poner como una vaca, o, peor aún, como una hipopótama —dijo cáustica al caer en la cuenta de que ya estaba como una vaca. «No debería haber comido tantos dulces», pensó arrepentida. «Pero ¡que me quiten lo *bailao!*»—. Mira todo lo que os he comprado —le enseñó emocionada la bolsa de La Mallorquina.

—¿Te has gastado todo tu sueldo en dulces para nosotros? —inquirió Pavel turbado.

—¡Claro que no! Sólo la mitad —bromeó—, pero ¿cómo iba a dejaros sin probar estas maravillas? He comprado palmeras, trufas, bartolillos, acaramelados y florentinos para el desayuno de tus guardaespaldas, ¡y una tarta de fresa para ti solito! —exclamó emocionada—. También he comprado

cintas, botones, cordones, telas y pasamanería. Me voy a hacer los vestidos más bonitos que haya llevado nunca y voy a estar tan guapa que nadie me va a reconocer —estalló echándose a reír de pura felicidad.

—Tú siempre estás guapa, niña.

Iskra lo miró con timidez, la risa huyendo de sus labios ante la evidente mentira.

—¿Cómo es que estás aquí? —le preguntó cambiando de tema.

—Tenía un asunto que resolver por la zona y he pensado que podríamos ir a cenar.

—¿A cenar? —Lo miró sorprendida.

—¿Por qué no? Estoy famélico, ¿tú no? Llevas todo el día de arriba abajo...

—Acabo de merendar, pero si damos un paseo seguro que me entra hambre, ya sabes que tengo un estómago enorme e insaciable —dijo sonriente.

—Entonces, eso haremos, pero lejos de aquí. Hay demasiada gente —afirmó Pavel clavando la mirada en Uriel y Calix—. Ve con Mihail, niña. —La empujó hacia el matón antes de acercarse a los camiseros. Dos escoltas lo siguieron—. Por lo que veo, se lo ha pasado muy bien. Imagino que os habréis comportado como caballeros.

—Por supuesto —replicó Calix con la misma intensidad que Pavel.

—Por supuesto —repitió el búlgaro, deslizando una mirada amenazante sobre ellos antes de ordenar algo a sus hombres. Éstos no dudaron en arrancarles las bolsas de las manos—. Buenas noches. —Sin más, regresó junto a Iskra y el resto de los matones.

Y Calix, a pesar de la clara intención de despacharlos del mafioso, lo siguió. No iba a dejarse amilanar por él. Lo conocía demasiado para tenerle miedo.

También para no tenérselo.

Uriel soltó un bufido y fue tras él. Si el muy idiota quería tentar a la suerte molestando a un criminal, él no iba a quedarse atrás. La vida estaba sobrevalorada. Al menos, la suya.

—Hemos ido a comer al McDonald's —le estaba diciendo Iskra a Mihail mientras éste miraba al frente con su habitual gesto de resignación.

—Qué interesante, habrá sido toda una aventura —comentó Pavel al llegar junto a ellos.

—Sí, pero me ha dado miedo comer la hamburguesa. Era tan grande que parecía que iba a hacerse pedazos en mis manos... —comenzó a explicarle, aunque detuvo su cháchara cuando dos vehículos negros pararon frente a ellos —. ¡Nos vemos el lunes! —se despidió de Uriel y de Calix antes de entrar en el coche seguida de Pavel, quien los miró con animadversión y luego cerró la puerta.

—Bueno, pues ya está... Acabamos de ganarnos la enemistad de un mafioso por salir con su presa —declaró Uriel esbozando una sonrisa cáustica.

—¿Con su presa?

—¿Acaso no es evidente? Quiere tirarse a Iskra.

—Estás tan obsesionado con el sexo que no puedes ver la realidad. No quiere tirársela, sólo le cae bien —argumentó Calix sin mucha convicción.

—Y eso lo dice alguien que le tiene tanto miedo al sexo que, cuando se corre, si es que lo consigue, tiene que ir a lavarse inmediatamente para limpiarse la lacra de la piel —replicó Uriel, resentido con Calix, con Iskra, consigo mismo y con toda la humanidad por ese día infernal—. Esta noche métete en la cama con una bolsa de hielo, tal vez así pueda dormir sin oír tus gemidos ni tus lloriqueos lastimeros —escupió antes de parar un taxi.

Se montó y, al cerrar la puerta, pudo ver la cara descompuesta de Calix. Y se odió aún más. El muy ingenuo había creído que no oía sus lamentos de frustración, rabia y dolor cuando se despertaba ardiendo en mitad de la noche y no podía controlar su excitación. Pero sí los oía. Los oía y callaba. Para respetar la intimidad de su amigo. Para no mortificarlo. Para no herirlo. Aunque, como siempre ocurría, al final había acabado hiriendo a quien no lo merecía.

Estaba en su naturaleza hacer daño a quienes amaba.

El taxista le preguntó la dirección y Uriel, tras pensarlo un instante, le dio la del Lirio Negro. Después de todo lo que había hecho esa semana, de las mentiras que había contado, de las traiciones que había perpetrado y del último y desproporcionado ataque, necesitaba acallar su conciencia, y eso sólo podía conseguirlo ardiendo en el infierno.

Expiación

Reparación o purificación de las culpas por medio de algún sacrificio.

Uriel se apeó del taxi y se dirigió a unas puertas decoradas con un turbador lirio negro en el que la forma blanda y aterciopelada de sus hojas recordaba a una vulva lúbrica e hinchada. Pagó la entrada al inmenso portero y accedió al Limbo, o, lo que era lo mismo, al enorme salón que ocupaba la planta baja del local. Pidió un cóctel y se lo bebió de un par de tragos mientras observaba las puertas ubicadas en paredes contrapuestas. Una daba al Infierno; la otra, al Paraíso. Había subido al Paraíso en varias ocasiones, siempre invitado por parejas, pero sólo había bajado al Infierno una vez y había sido catártico. También doloroso. Y necesario. Era la única manera de acallar su conciencia y enterrar sus recuerdos, al menos, por unos meses. Y en ese momento su conciencia volvía a gritar. Y su cuerpo a suplicar.

Observó con fijeza la puerta del Infierno. ¿Por qué no bajar otra vez? ¿Qué más daba que no fuera uno de los dos aniversarios que siempre celebraba con dolor? Lo necesitaba de nuevo. Sacudió la cabeza, no podía volver a las antiguas costumbres, a la espiral de remordimientos y dolor que había estado a punto de destruirlo. Por otro lado, en el Infierno había muchos placeres que nada tenían que ver con el dolor, y era una estupidez no disfrutarlos. Sobre todo cuando lo que necesitaba era un poco de frustrante tormento para adormecer su conciencia.

Abrió la puerta que lo llevaría al averno, bajó la escalera y recorrió el angosto pasillo que atravesaba el sótano, ignorando las entradas a mazmorras

y salones ocultas tras densos cortinajes de terciopelo color sangre. Se detuvo frente a una puerta de metal que parecía fuera de lugar en ese pasillo de ambiente gótico y hundió la mano en la turbadora boca del demonio en la que estaba oculto el timbre.

Avril calibró a través de las pantallas al hombre que hacía un mes había acabado tan extenuado por el dolor al que se había entregado que había tenido que meterlo casi desmayado en un taxi. Era un tipo mono, con nalgas duras y apetecibles, oscuras y erguidas tetillas perfectas para pinzar, un tentador pene de tamaño superior a la media y una actitud descarada y arrogante que había enfadado y agradado por igual a los amos y las dónimas del Infierno. Lo vio recorrer el pasillo y entrar en la Ratonera; por lo visto, lo había complacido el trato recibido y regresaba a por más. ¿Qué escena tendría en mente para desarrollar? Ese atractivo *sub*¹ había sido muy creativo en su primera sesión, tal vez volviera a sorprenderla. Sintió una punzada de curiosidad nada habitual en ella al pensar que Julio estaría concretando límites, parafernalia y fechas para una nueva sesión. Tal vez incluso se animara a participar, a pesar de lo mucho que lo aburrían el dolor y las sesiones planificadas.

Se estiró indolente en la silla y observó a través de las pantallas las distintas salas del mundo del que era reina. Aún no había caído la noche y los visitantes eran escasos, pero eso cambiaría al cabo de pocas horas. Mientras tanto, ocuparía su tiempo en tareas poco gratas. Encendió el ordenador y la única pantalla que estaba apagada volvió a la vida. Abrió un archivo mientras pensaba que era una divertida dicotomía que la Reina del Infierno pasara las tardes haciendo cuentas. Esbozó una sonrisa cáustica. ¿Qué pensarían los amos y esclavos que frecuentaban sus instalaciones si la vieran con una hoja de Excel abierta, la mesa llena de facturas y la calculadora echando humo?

Apartó la mirada del balance cuando sonó el teléfono. Lo puso en manos

libres.

—El *sub* quiere una sesión privada —oyó la voz grave de Julio.

—Recoge su petición y sus límites para consensuarla, ponlo en contacto con los amos a los que complació la vez anterior y ofrécele el plazo habitual para ejecutar la escena —dijo extrañada. Hacía años que Julio se ocupaba de la planificación de las sesiones, era absurdo que la molestara con eso. Miró las pantallas para comprobar los amos que había en las salas—. Mistress Natalie está en la Prisión de los Sentidos, ofréceselo para la escena, estoy segura de que a la sádica que hay en ella le encantará disciplinarlo.

—El *sub* no quiere esperar un par de semanas para programar la escena, la desea ya.

—Pues mándalo a casa y que se dé una ducha fría —replicó Avril aburrída. No iba a ejecutar una sesión extrema de placer y dolor sin antes planificarla.

—Tampoco quiere dolor esta vez, sino *edging*² —apuntó Julio despacio, saboreando la palabra.

Avril se recostó en la silla y cruzó los pies sobre la mesa sin importarle pisar las facturas que acababa de ordenar.

—¿Quiere negación del orgasmo?

—Así es.

Avril enarcó una ceja pensativa, tal vez fuera entretenido.

—¿Cuáles son sus límites?

Uriel apretó los puños alrededor de las correas que le inmovilizaban las muñecas al lecho de tortura en que estaba tumbado. Sus tobillos estaban retenidos de similar manera, pero el resto de su cuerpo podía moverse libremente. O todo lo libremente que le permitían sus brazos estirados por encima de la cabeza y sus piernas abiertas en aspa. Estaba desnudo. Y erecto. También impaciente. Llevaba un buen rato esperando a que alguien se dignara

jugar con él. Por supuesto, la espera formaba parte del juego de dominación y negación al que se había prestado esa noche, pero eso no significaba que lo complaciera. Más bien al contrario: lo desquiciaba. Y eso era lo que había ido buscando. Acabar tan desquiciado que cuando todo terminara su cabeza fuera incapaz de pensar y su polla estuviera domada. Domada e insatisfecha, porque sólo había puesto una condición; dos, en realidad. No le permitirían correrse y no habría dolor. Al menos, no dolor físico. El otro tipo de dolor lo acompañaba siempre.

Sacudió la cabeza a un lado y a otro, ciego debido al antifaz que le cubría los ojos. Trató de captar cualquier ruido que le anunciara que no estaba solo, el tap-tap de los tacones de la dominátrix, los pasos del amo, el crujido de la puerta al abrirse. Cualquier sonido era mejor que ese inconmensurable silencio.

—Así que hoy no quieres dolor..., qué interesante.

Uriel volvió la cabeza hacia el lugar del que procedía la voz de mujer. Estaba junto a él. ¿Cómo se había acercado tanto sin hacer ruido?

—Tras verte y oír tus gemidos en la última sesión, cualquiera pensaría que te place el dolor. ¿No es así? —inquirió, ahora desde un punto situado a los pies de la camilla.

—Me gusta innovar —replicó Uriel tratando de escuchar sus pisadas, pero era silenciosa como un gato—. ¿Estás descalza?

—¿Crees que no vas a sufrir si no te duele? —se burló ella ignorando su pregunta.

Uriel inclinó la cabeza tratando de aprehender los matices de su voz. Era aguda y juvenil. Perteneía a una mujer joven. Muy joven, en realidad. Y tampoco era que le extrañase, había llegado demasiado pronto al Lirio Negro, aún no había caído la noche y había escasez de dominantes competentes, por lo que tendría que conformarse con esa pelagatos.

—Dudo que puedas hacerme sufrir —repuso con descaro—. ¿Cuántos años tienes? No quiero a una cría que no sepa manejar mi polla. —«Ni lo que hay

dentro de mi cabeza.»

—Así que *abracadabra* es tu palabra de seguridad..., desde luego, eres muy original —señaló ignorándolo de nuevo. Ahora estaba a su derecha—. Una hora al borde del orgasmo. Sin dolor. Sin liberación. Ésas son tus condiciones. Te diré las mías. Aullarás. Gruñirás. Suplicarás. Y te retorcerás buscando una liberación que no te permitiré..., a no ser que digas tu palabra de seguridad. Entonces todo habrá acabado y te soltaré para que puedas correrte.

—Sigue soñando, muñeca, no conseguirás arrancarme ni una sola palabra —sentenció él.

Aguzó el oído tratando de localizarla, pero ni siquiera el aire se movía. De repente, todo su cuerpo se tensó bajo la agresiva caricia de unas garras que subían por su vientre.

—¿Qué coño...? —resolló sacudiendo la cabeza.

Pero ella no respondió. En lugar de eso, siguió deslizando las zarpas por su piel, dejando un rastro de inquietante placer sobre su torso que desapareció de improviso para, acto seguido, aparecer sobre sus labios.

Uriel se quedó inmóvil un segundo y luego lamió las garras para probar su tacto. Eran de metal. Las tanteó: delgadas varas metálicas con puntas romas. Las siguió con la lengua hasta tocar las yemas de los dedos femeninos. Las largas varillas que lo habían torturado surgían de los anillos que llevaba.

Se esfumaron de nuevo y, un instante después, las sintió en la parte interna de los brazos. Suaves y frías, amenazantes pero no punzantes. Se deslizaron por sus axilas haciéndolo estremecer antes de continuar transitando por su torso, ignorando sus tetillas. Descendieron sinuosas por su vientre, casi etéreas de no ser por el agudo roce. Desdeñaron su verga, separándose para tomar senderos paralelos al llegar a su pubis, y Uriel no pudo evitar arquear la espalda ofreciéndole su erecto tributo. No obstante, ella ignoró la ofrenda y continuó recorriendo los troncos rígidos en que se habían convertido sus piernas, haciéndolas sacudirse cuando deslizó las turbadoras garras por las plantas de sus pies.

—¡Joder! ¡No hagas eso! —jadeó enfadado por el placer que tan fácilmente le había sido arrebatado.

—No hay dolor, ergo no he cruzado tus límites —replicó ella antes de ascender por el interior de sus piernas.

Uriel apretó los labios y se agarró con fuerza a las correas que le envolvían las muñecas al sentir que el placer volvía a despertar en él. Soportó con estoicismo el tránsito errático de las garras por su cuerpo. Garras que de repente incrementaban la presión para luego suavizarla, excitándolo y atormentándolo hasta que toda su piel estuvo tan sensibilizada que se estremecía bajo el suave aliento de la muchacha.

Toda su piel, menos sus tetillas, su verga y sus testículos, porque ella aún no se había dignado tocarlos. ¿Era así como pensaba que se jugaba al *edging*?

—Se supone que tienes que acercarme al orgasmo y luego parar, no aburrirme con caricias infantiles —dijo. Y no fue hasta que oyó la voz jadeante y gutural que apenas reconoció como propia cuando se dio cuenta de lo estimulado que estaba.

Contuvo la respiración cuando las garras bajaron hasta su ingle y continuaron descendiendo para rodear con hiriente indiferencia el tallo de su pene.

—¡Joder! —gritó frustrado sacudiendo las caderas—. ¿Esto es lo mejor que sabes hacer? Pues vaya mierda.

Ella se alejó y su piel, privada de las mordientes caricias, se reveló comenzando a hormiguar hasta que el cosquilleo se le hizo insoportable. Se removió intentando apretar las piernas sin conseguirlo y volvió la cabeza para morderse el interior del brazo y tratar de aliviar la sensación que lo dominaba. Y entonces sintió algo frío y untuoso derramarse sobre su pene. Se quedó muy quieto, intentando comprender qué pasaba al sentir un líquido denso resbalando por toda su longitud. Se concentró en la extraña sensación y, de improviso, un puño le ciñó la erección y comenzó a masturbarlo con excitante brusquedad. Cada vez más rápido, más fuerte, más duro. Golpeó la cabeza

contra la camilla acolchada, sus testículos elevados y listos para eyacular. Agarrotó los dedos sobre las correas, todo su cuerpo tenso ante el inminente orgasmo. Y entonces, ella paró.

Uriel tomó una profunda bocanada de aire obligándose a relajarse. Sentía la verga palpitante y los testículos doloridos. Una sacudida de impaciencia y frustración lo recorrió.

—Y ¿esto es llevarme al límite? Aún tienes mucho que aprender, niña —la desafió jadeante.

Notó que caminaba a su alrededor. Ahora que tenía los sentidos exacerbados por fin podía oírla, a pesar de que apenas hacía ruido; no debía de ser gran cosa para moverse tan sigilosa. Esperó impaciente su siguiente ataque, el escozor de las garras sobre la piel, el lubricante sobre el pene..., pero lo que llegó fue una caricia tan etérea que apenas la notó tras la agresión anterior. Todas sus terminaciones nerviosas se concentraron en ese extraño tacto que recorrió volátil su cuerpo antes de caer sobre su pene. Lo mortificó con suaves pasadas que se entretenían sobre su glande, atormentándolo deliciosamente durante lo que parecieron horas antes de hacerse más y más ligeras, hasta que, desesperado, se vio forzado a arquearse sobre hombros y talones para elevar las caderas y así seguir sintiéndolo.

Y, de súbito, el elusivo roce se evaporó.

Para posarse sobre sus labios.

¡Pluma! ¡Era una jodida pluma!

—No soy un mueble al que quitar el polvo con un puñetero plumero — exclamó frustrado, aunque se arrepintió al instante. Le estaba dejando ver demasiado. Trató de calmarse mientras se concentraba en localizarla.

Ella se sentó junto a su cadera y comenzó a acariciarle el pene con delicadas pasadas de sus dedos que iban desde el glande hasta la base mientras sopesaba y agasajaba los testículos con la otra mano. La excitación fue *in crescendo* con angustiosa lentitud, engrosándolo y endureciéndolo hasta que estuvo tan rígido y caliente que parecía a punto de estallar.

Uriel apretó las nalgas, preparándose para la inminente eyaculación.

Ella se levantó de la camilla, privándolo de sus caricias.

Y él no pudo evitar exhalar un grito agónico, su verga oscurecida palpitando y el líquido preseminal cubriendo el glande con su viscosa humedad. Había estado a punto de correrse y ella lo había dejado al borde mismo del orgasmo por segunda vez. ¿Por suerte o por habilidad? Por suerte, sin duda. Una mujer tan joven no podía tener tanta pericia.

Pudo percibirla caminando de nuevo a su alrededor, sus sentidos estaban tan al límite que ahora también podía olerla. No su perfume, porque no usaba, sino el aroma de su excitación. Salobre y un poco picante, adictivo. Inspiró despacio, llenándose los pulmones para el siguiente asalto. Ella le arañó una tetilla con la uña y su piel, tan sensibilizada que el más mínimo roce era una tortura, se erizó agonizante, mandando oleadas de ardiente placer a su vientre. Ella continuó pellizcándole las tetillas, alternando una y otra, y luego deslizó los dedos con languidez por su torso. Estaban resbaladizos y aceitosos, lubricados. Y tenían un tacto extraño. No era el contacto de piel con piel. Era...

—¿Llevas guantes? —gimió casi sin voz al reconocer el tacto del látex.

No obtuvo respuesta.

Los dedos siguieron descendiendo, ignoraron su verga y sus pelotas y comenzaron a masajearle el ano.

Uriel ahogó un sollozo cuando el placer se derramó por su cuerpo como una lengua de fuego. Trató de doblar las rodillas y separar las piernas para darle mejor acceso, pero las correas que lo inmovilizaban se lo impidieron. Arqueó la espalda y sacudió las caderas intentando conseguir más contacto, más fricción, y ella lo recompensó hundiendo dos dedos en su recto. Dos dedos resbaladizos y calientes que sabían exactamente dónde tocarlo.

Se estremeció sin control bajo el masaje prostático, su garganta irritada por la concatenación de gemidos y jadeos.

—Por favor... Tócame —suplicó en un momento de debilidad. Y ella

consintió.

Le envolvió el tronco de la polla con la mano libre, pero no la movió. En lugar de eso, dejó que el pulgar masajeara la sensible piel del frenillo, arrancándole gruñidos más propios de un animal que de una persona antes de soltarlo y alejarse.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! ¡Sigue! —ordenó frenético, las pelotas latiendo con un dolor punzante mientras su pene tumefacto por el placer se bamboleaba en el aire.

Tardó varios minutos en silenciar sus labios traidores y tranquilizarse.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto nos queda? —exigió saber con un gruñido que casi no era humano. Ya apenas podía soportar la tortura sin lloriquear. Necesitaba que llegara el final para poder marcharse sin suplicar correrse y con el orgullo intacto.

Ella, en respuesta, le anudó una suave cinta al escroto, forzando a los testículos a alejarse del pene para retrasar el orgasmo. Luego le aferró la polla con una mano que dejó inmóvil mientras la otra le acariciaba el interior de los muslos.

Y, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Uriel perdió el control y comenzó a sacudir las caderas, bombeando contra la estática mano que lo atormentaba. El placer se expandió, haciéndose más fuerte conforme se follaba esos dedos que tan maravillosamente lo ceñían. De pronto se dio cuenta de que estaban ascendiendo, alejándose de él, obligándolo a subir cada vez más alto, hasta que sólo le envolvían la corona. Se mantuvo en alto, únicamente los talones, los brazos y la cabeza tocaban la camilla, y aun así ella siguió alzando la mano hasta que dejó de estar al alcance de su verga y un sollozo escapó de su garganta.

Se estremeció lloroso, el corazón martilleándole con tanta fuerza que parecía salirse del pecho. Tardó en apaciguarse y, cuando su respiración se acompasó de nuevo, ella posó la mano plana sobre su erección, masajéandola

con furia. El orgasmo volvió a rugir en sus venas. Abrió la boca en un grito mudo, anticipo del placer en el que estaba a punto de explotar.

Ella apartó la mano.

Y esta vez el grito no fue mudo. Fue un grito desgarrado. De rabia y de frustración, pero también de arrepentimiento y de dolor. De expiación.

—¡Más! ¡Adelante! ¡Inténtalo! ¡No vas a ganar, no puedes darme más sin que me corra! ¡No puedes! —gritó desafiante para obligarla a que continuara, a que cometiera un error que le permitiera llegar al éxtasis—. Me voy a correr sin suplicar —lloriqueó sin percatarse de que ya estaba suplicando.

Un nuevo roce, sólo uno, y notó el orgasmo a punto estallar. Volvió a gritar. Más fuerte. Más agónico. Más enloquecido.

—Di la palabra mágica —susurró ella sobre su polla, y con sólo sentir su aliento un cálido chorro de semen escapó de su uretra. Pero sin placer. Sin orgasmo.

—No eres tan buena como para que la diga. Aún puedo soportar más.

Y lo soportó. Los minutos parecieron horas y las caricias, torturas. El placer se transformó en sufrimiento y éste volvió a ser placer en un círculo infinito que parecía no tener fin. Gritó. Gimió. Se estremeció. Y, cuando la locura invadió su mente, rogó.

—Por favor. Por favor. Por favor... —sollozó mientras ella le hundía dos dedos en el ano, acercándolo al paroxismo sexual—. No pares, por favor. No pares. No pares —jadeó mientras le masajeaba la cabeza del pene en una caricia circular que lo hacía sacudirse sin control. Sus brazos y sus piernas tan tensos que las correas que lo ataban se clavaban en su piel, lacerándola.

—¿Más? —El suave aliento le bañó el glande y estuvo a punto de llevarlo al orgasmo.

—Sí. Más...

—*Más* no es la palabra correcta —dijo ella indiferente, apartando las manos.

—No te detengas. Por favor, no te detengas. Por favor —imploró en una

letanía doliente, sacudiendo las caderas en busca de un alivio que le era negado.

—Me aburres —resopló ella levantándose de la camilla.

—¡No te vayas! Por favor..., déjame acabar —gimoteó al borde del abismo. Entonces oyó la puerta abrirse y supo que todo estaba a punto de acabar—. ¡Abracadabra! —aulló, abandonando la lucha—. Abracadabra —suplicó vencido mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Ella le soltó las manos y los tobillos. Pero no tocó el único lugar en que la necesitaba.

—¿Qué haces? Acaba lo que has empezado, joder —gruñó con voz rota quitándose la máscara. Su mirada extraviada apenas pudo apreciar una sombra en el umbral de la puerta.

—Has dicho tu palabra mágica y yo te he soltado, ése era el acuerdo. Si quieres correrte, menéatela. Nada te lo impide —dijo ella indiferente, abandonando la sala.

Uriel gritó tan fuerte como sus torturados pulmones le permitieron y, doblándose sobre sí mismo, se aferró la polla y se la meneó una vez, dos, y a la tercera se corrió en el orgasmo más intenso que había sentido nunca.

Un denso chorro de esperma escapó de su pene, luego otro. Y otro más. El orgasmo no parecía tener fin. Tampoco las convulsiones que amenazaban con partirlo por la mitad. Ella lo había llevado más allá de todos sus límites, a través de una espiral de placer, frustración y sufrimiento que le había dejado la piel dolorosamente sensible, las extremidades temblorosas, la verga agotada y las pelotas exprimidas.

Tardó varios minutos en reunir la fuerza y la determinación necesarias para bajar de la camilla, y cuando lo hizo sus rodillas fallaron y estuvo a punto de caer. Dio cuatro pasos tambaleantes hasta tocar la pared, la vista aún desenfocada tras el placer y la oscuridad a la que había sido sometido. Recorrió la sala apoyado en el muro hasta llegar a un tenebroso armario de ébano de aspecto gótico, formas curvas y demonios tallados. Lo abrió y

encontró allí su ropa. Se la puso tembloroso. Los pantalones rozaron sus pelotas vacías y su verga flácida y le ciñeron las nalgas resbaladizas por el lubricante que ella había usado para penetrarlo. Y no pudo evitar gemir. Tenía la piel tan sensibilizada que el más mínimo roce lo hacía estremecer.

Tomó una gran bocanada de aire y salió. Recorrió un pasadizo que atravesaba las entrañas del edificio y terminaba abruptamente en una estrecha puerta. Aferró el pomo, pero no pudo girarlo. Un instante después oyó un zumbido y la puerta se abrió. La atravesó llegando al angosto pasillo que había recorrido antes. La puerta se cerró tras él, convirtiéndose de nuevo en la oscura pared que había junto a la Ratonera. Palpó con las yemas de los dedos las delgadas líneas de la puerta invisible y empujó.

—No se abrirá.

Uriel se volvió sobresaltado, encontrándose con un hombre musculoso de casi dos metros de altura y calvo como una bola de billar. Era quien lo había recibido en la Ratonera.

—Sólo la Reina puede permitirte la entrada a sus dominios, y has sido desterrado. Por ahora —dijo Julio curvando los labios en una inquietante sonrisa antes de regresar a su guarida.

¿La Reina? ¿Esa mujer con voz de niña, pisadas etéreas y manos diminutas era la Reina del Infierno?

Cuando el taxi se paró frente a la plaza de la Paja era casi la una de la madrugada. Demasiado pronto para regresar a casa un sábado, pensó Uriel al apearse. Hacía años que no volvía tan pronto tras una noche de sexo. Atravesó despacio la plaza, pues, a pesar de que había pasado un buen rato desde el final de la sesión, su cuerpo seguía estremeciéndose cada vez que daba un paso y los vaqueros apretaban su estimulada verga. Sentarse en el taxi y sentir que los pantalones le presionaban las nalgas y que la entrepierna se le ajustaba

a los huevos lo había hecho empalmarse. Con cada bache que tomaba el vehículo había estado a punto de correrse. Y de gritar de dolor y frustración.

Hasta ese punto llegaba la hipersensibilidad de su piel.

Hasta ese punto ella había dominado sus sentidos.

Accedió al portal, subió la escalera y entró presuroso en casa, desnudándose en el pasillo. No soportaba más el roce de la ropa. Fue al baño, abrió el agua fría, que, dado el calor reinante, sólo salió templada, y dejó que lo cubriera mientras trabajaba su polla y sus pelotas para liberar la tensión que todavía se acumulaba en ellas. Pero el orgasmo no le proporcionó el alivio que buscaba. Tras la maratoniaca sesión de sexo debería estar confortablemente aturdido, tener el cerebro embotado, los sentidos dormidos y la conciencia entumecida. Pero en vez de eso estaba totalmente despierto, su mente más lúcida que nunca, sus sentidos a flor de piel y su conciencia demasiado aguzada para silenciarla.

Salió del baño sin secarse y atravesó el pasillo deteniéndose frente al dormitorio de Calix. Esa noche, por primera vez desde que vivían juntos, había cerrado la puerta. Y él sabía perfectamente por qué lo había hecho. Porque le había dicho que oía sus gemidos. Lo que no le había confesado era cuánto lo excitaba oírlos ni cuánto le dolía saber que no eran por él. Y ahora no iba a volver a oírlos ni a ver cómo se frotaba jadeante contra las sábanas. Ni siquiera podría observarlo dormir.

Aferró el pomo y abrió despacio. Hacía un calor horrible en la habitación y estaba totalmente a oscuras. Entornó la puerta y dio la luz del pasillo para poder ver, pues Calix había bajado la persiana y cerrado la ventana. ¿Por qué había hecho eso? No tardó en intuir la respuesta. La ventana de ese dormitorio daba, al igual que la del suyo, a un patio interior. Por lo visto, su amigo estaba decidido a que no lo oyera más.

Se acercó sigiloso, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y le permitieron ver que Calix estaba desnudo a excepción del ajustado slip. Incluso en reposo tenía un buen paquete, pensó deseando acariciarlo. Dormía

plácidamente, el semblante relajado, los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, una pierna doblada y la otra estirada.

Sintió la imperiosa necesidad de tumbarse junto a él y abrazarlo. Incluso dio un par de pasos antes de detenerse. Apretó los labios para acallar los pensamientos que surcaban su mente, pero no pudo silenciar las palabras de su conciencia afilada.

Se sentía atraído por un hombre que jamás sería suyo.

Y lo peor era que, cada vez que cerraba los ojos y soñaba que abrazaba a Calix, era a Iskra a quien besaba. Alternaba entre los labios de ella y la boca de él. Era la dureza de Calix la que invadía su cuerpo mientras él se adentraba en la suavidad de Iskra.

Y jamás podría tener a ninguno de los dos.

Porque eran demasiado frágiles e inocentes para sobrevivir a su naturaleza perversa y destructiva.

Y, aun así, no podía evitar jugar con ellos. Porque mientras estuvieran separados y no se perdieran el uno en el otro olvidándose de todo, tendría una posibilidad de formar parte de su mundo. Y los deseaba demasiado para perder esa oportunidad, aunque acabaran odiándolo cuando lo descubrieran.

Dio media vuelta, volvió a vestirse y salió a la calle. El sexo estaba descartado, tardaría días en poder follar sin recordar a la Reina del Infierno, pero el alcohol, en ciertas ocasiones, podía ser un buen sustituto.

Conticinio

Hora de la noche en que todo está en silencio.

Martes, 14 de agosto de 2018

Calix entró en el taller y allí estaba Iskra, arrodillada bajo la mesa, su tentador trasero meciéndose en un erótico movimiento imposible de ignorar. La falda de su vestido, mucho más corta de lo habitual, ondulaba contra la suave piel de sus muslos en una caricia que lo hizo sentir envidia de la tela que la tocaba.

Se obligó a apartar la mirada al sentir la conocida punzada de deseo y carraspeó para hacer notar su presencia.

Iskra reculó hasta salir de debajo de la mesa, pero no se puso en pie, al contrario, permaneció arrodillada, sus ojos a la altura de la entrepierna cada vez más abultada de Calix.

—No consigo encontrar un botón que se me ha caído —susurró clavando la vista en la verga enardecida. Ésta, en respuesta, se engrosó aún más.

—No importa. Ya compraremos otro —replicó él tendiéndole las manos para ayudarla a incorporarse.

Iskra deslizó los dedos sobre los suyos en una lenta caricia que Calix sintió en toda la longitud de su pene.

Tiró de ella con apasionada brusquedad, haciéndola chocar contra él. Saboreó su aroma límpido, acarició con los labios la seda de su cabello y sintió sus pezones encendidos frotándose contra su torso. Ahogó un jadeo y dio un paso atrás para poder observarla a placer. Llevaba un vestido verde

estampado con simpáticos monos naranjas con sombreritos rojos. Y, a pesar de lo esperpéntico de su estampado, estaba tan hermosa que dolía mirarla. El vestido tenía una amplia falda acampanada, corpiño ajustado y escote balconet que realzaba sus pechos marfileños. Fijó la mirada en éstos. El escote era más profundo de lo normal y dejaba asomar la rosada sombra de sus pezones.

Alzó la mano y deslizó un dedo por la frontera entre piel y vestido, y los pezones se irguieron tratando de traspasar la tela que los contenía.

—Hace frío hoy... —susurró Iskra con una tímida sonrisa.

—Sí lo hace —convino él con voz ronca, escurriendo los pulgares bajo el ceñido escote para acariciar los tiernos pezones.

El placer que sintió al rozarlos fue tal que se quedó sin respiración.

Bajó la cabeza y besó reticente sus labios. Ella los abrió para él, permitiéndole explorar su interior. No rechazó la invitación. La asaltó con la lengua aprehendiendo su sabor, la curvatura de su paladar, la exquisitez de sus dientes y el afilado pinchazo de sus colmillos.

Iskra se pegó a él, abrazándolo desmayada como hacían las heroínas de las películas de mitad del siglo XX que tanto le gustaban. Y él la sujetó por el trasero y deambuló por su cuello con los labios, saboreando su piel y ardiendo de pasión al notar cómo se le aceleraba el pulso. Lamió los delicados pechos, ahora desnudos, y sus manos no tardaron en sostenerlos y amasarlos arrancándoles gemidos de placer.

El vestido desapareció por ensalmo y Calix deslizó una mano por sus costillas, dejó atrás la cintura de avispa y apenas se detuvo en las amplias caderas antes de patinar por su pubis y hundir los dedos en la cálida humedad que ocultaban sus rizos oscuros. La encontró abierta y lubricada, preparada para él. La subió sobre la mesa, sentándola con las piernas muy separadas, y la penetró.

Pero no sintió el éxtasis esperado.

Algo fallaba.

El roce era insuficiente.

Jadeando como un animal herido, se apretó contra ella, su torso aplastándola y sus caderas bombeando como un martillo neumático. Pero seguía sin ser suficiente.

Sacudió la cabeza, un rugido de frustración escapando de sus labios mientras pegaba la pelvis a la de ella con tanta fuerza que podría haberla roto en dos. Se apretó buscando la consecución de su placer, pero no podía. Le faltaba estímulo. Apartó las manos de los rotundos pechos femeninos, las bajó hasta su verga enfurecida y...

... Abrió los ojos a la oscuridad de su dormitorio. Se sentía arder. Tan excitado que no podía pensar y tan mareado que le costaba enfocar la mirada. Se ciñó la polla en un agresivo apretón y se masturbó tan rápido y duro que el placer casi se convirtió en dolor. Buscó con la mano libre los testículos, atrapándolos en una presa feroz que lo hizo arquearse de placer.

Perdido por completo en las sensaciones que lo dominaban, mantuvo un ritmo delirante que no cesó hasta que, en una explosión de éxtasis y frustración, sus testículos vomitaron el esperma sobre su vientre.

Su cuerpo, ahíto de placer, se estremeció varias veces antes de que la lucidez se abriera paso a través del delirio al que esa violenta masturbación lo había precipitado. Fijó su mirada desenfocada en el techo y tomó una bocanada de aire para calmar las náuseas que le revolvían el estómago. Se sentía febril. Enfermo. Tenía la boca pastosa, la piel reseca, el vientre pegajoso y el estómago revuelto. Le temblaban las manos y sus ojos parecían ver a través de un oscuro túnel de bordes difusos. Y tenía calor. Mucho calor. Tanto que le faltaba el aliento. Bajó mareado de la cama y se dirigió tambaleante a la ventana. A pesar del insoportable calor de agosto, estaba cerrada. Como todas las noches de la última semana.

Se apoyó en el marco al sentir que el suelo subía a su cara y la abrió deseando sentir el frescor de la noche contra su piel ardiente. Pero no había siquiera una ligera brisa que pudiera aliviarlo. Caminó dando tumbos hasta la

puerta y la abrió, consiguiendo que una casi imperceptible corriente se colara en el dormitorio y le regalara algo de aire a sus pulmones contraídos. Enfiló el pasillo, entró en el baño, se metió bajo la ducha y, mientras el agua fría aliviaba su cuerpo incandescente, eliminó disgustado el semen que manchaba su barriga. Una vez hecho esto, alzó la cara y bebió hasta hartarse. Luego apoyó las manos en los azulejos y bajó la cabeza para que la tibia lluvia incidiera en su nuca. Cerró los ojos y poco a poco el mareo fue remitiendo, no así el calor interior, que parecía derretirlo. Porque al cerrar los ojos volvió a ver los alabastrados pechos de Iskra y sus pezones sonrosados. Sintió en las yemas de los dedos la humedad que cubría su sexo y la tersura de su henchido clítoris.

Golpeó los azulejos frustrado al ver que estaba de nuevo erecto.

No iba a volver a masturbarse. Ya lo había hecho dos veces esa noche. Una en la ducha antes de acostarse, la otra hacía escasos minutos. No era una bestia lasciva incapaz de controlarse. Aunque, dado su permanente estado de excitación, tal vez debería replantearse esa afirmación. No obstante, lo que le pasaba en realidad era que había vuelto a sus orígenes.

De nuevo volvía a ser el Calix lujurioso que necesitaba follar a diario. El sátiro disoluto entregado al sexo que se excitaba al más mínimo roce, aunque éste fuera indeseado o degradante. El inútil débil y manejable incapaz de tomar las riendas de su vida y comportarse como un hombre. El estúpido ciegamente enamorado de una mujer a la que no había sabido comprender ni contener y que lo había convertido en un pelele licencioso incapaz de controlar su libido.

Ahogó un sollozo y, apoyando la espalda en los azulejos mojados, se dejó resbalar hasta quedar sentado en el plato de la ducha, imágenes de su antigua vida pasando frente a sus ojos como si de una película se tratara. Echaba de menos las risas y las caricias, el sexo desenfrenado por las noches y el sexo dulce y calmado al despertar, las charlas insustanciales que acababan en carcajadas y los besos robados en cualquier momento del día.

Había hablado con Verónica el sábado antes de cerrar la camisería. Y por primera vez en meses lo habían hecho como personas adultas, también como los amantes cómplices que en algún momento habían sido.

«Te echo de menos —había dicho ella con tono calmo y sincero antes de preguntarle con la voz impregnada de cariño—: ¿No podemos al menos ser amigos?» Y él había aceptado. Luego habían hablado sobre sus trabajos y sobre la nueva vida de ella al otro lado del charco como viejos amigos que se han visto obligados a separarse pero no quieren perder la amistad.

«¿Estás saliendo con alguien?», le había preguntado ella, y él había respondido con una verdad a medias: «No», había dicho, obviando el hecho de que comenzaba a sentirse muy atraído por su compañera de trabajo. Eso era algo que no podía confesar sin sentirse enfermo de remordimientos por ser tan desleal con la única mujer que lo había amado de verdad.

«Yo tampoco —había susurrado ella con esa voz ronca que lo hacía estremecer de pasión—. Somos almas gemelas, por eso ninguno ha empezado una nueva relación. Nadie podrá jamás llenar el vacío que hemos dejado el uno en el otro. Sólo yo puedo calmar tu deseo y sólo tú puedes calmar el mío. Dime que no echas de menos mis besos, mis manos, mi sexo, como yo echo de menos tu boca, tu lengua y tu polla», le había exigido ella. Y en ese momento él había vuelto a sentirse un pobre hombre deslumbrado por la mujer más hermosa del mundo. Le dio una excusa estúpida y colgó el teléfono, tan excitado que le tembló la mano al soltar el auricular.

Verónica todavía tenía el poder de hacerlo endurecer sólo con su voz.

Aunque el deseo que lo había consumido hacía unos minutos no tenía nada que ver con Verónica, sino con Iskra. Y con la sobreexposición a ella a la que estaba siendo sometido.

Fijó la mirada en las cortinas de plástico de color azul y estampadas con patitos naranjas y amarillos. Una risueña sonrisa curvó sus labios al pensar que a Iskra le encantarían.

Se puso en pie ignorando su rebelde erección y tomó la toalla para secarse.

Sólo tenía que aguantar un día más y todo acabaría, al menos durante un tiempo. Ya tenía el billete a Segovia para el día siguiente, pronto estaría en casa, alejado del estímulo que suponía la presencia continua de Iskra en su vida y liberado de las llamadas de Verónica. Veinticuatro horas más y podría disfrutar de quince días de anhelada soledad con sus padres.

Salió del baño y se dio de bruces con la sonrisa taimada de Uriel.

—¿Has disfrutado? —Fijó la mirada en la carpa provocada por su erección que alzaba la toalla anudada a su cintura—. Por lo visto, no. ¿Quieres que te eche una mano?

—Échatela al cuello y no olvides apretar con fuerza —replicó Calix imitando su sonrisa.

Se puso unos pantalones cortos, una camiseta cualquiera y sus preciadas Asics y salió a la calle. Calentó unos minutos y echó a correr, sintiendo pesaroso la ausencia del muchacho con el que se había acostumbrado a compartir las mañanas. Correr en soledad ya no le resultaba tan maravilloso como antes, más bien al contrario.

Apodíctico

Incondicionalmente cierto, necesariamente válido.

—El viaje, estupendo. Muy ilustrativo. He descubierto que untarse de crema y achicharrarse al sol es entretenido. Al menos, para mi futura esposa. A mí no me convence mucho, pero era eso o jugar a palas con Gadea y Jimena a la orilla del mar bajo un sol de justicia, por lo que he acabado dándome a la bebida —dijo Rodrigo con semblante pétreo. Era su primer día de trabajo tras las vacaciones y estaba poniéndolos al día de cómo habían sido éstas.

—¿En serio?! —jadeó Iskra atónita.

—Por supuesto. Junto a la playa había un chiringuito con una sombra maravillosa en el que servían deliciosos pescaditos asados que yo acompañaba con litros de agua para soportar el calor. —Le dedicó una suave sonrisa antes de seguir hablando—. También he descubierto que debo de tener la sangre especialmente apetitosa, pues todos los mosquitos del Caribe, algunos tan grandes como colibrís, se han alimentado de mí. —Se quitó la chaqueta y se remangó la camisa para enseñarles un pálido brazo lleno de ronchas.

—¿No llevaste repelente? —preguntó Calix, aunque tenía la mirada, y en realidad los cinco sentidos, puestos en la mujer que escuchaba sonriente a su jefe.

El azar, los hados, la diosa Fortuna o todos ellos a la vez se habían alineado contra él y estaban haciendo lo imposible porque perdiera la poca cordura que le quedaba. Iskra llevaba un vestido nuevo. Uno verde con monos

naranjas con picudos sombreros rojos. Un vestido tan parecido al que llevaba en el sueño que lo había atormentado esa noche que, al verla en la puerta de la tienda, se había puesto duro. Y, aunque la erección ya había bajado, el dolor de pelotas que tenía se encargaba de recordarle que ya llevaba dos calentones esa mañana. ¡Qué largas se le iban a hacer las horas que le quedaban para irse!

—Sí lo llevé —contestó Rodrigo—. Uno especial para repeler a los mosquitos de los países tropicales que encargué en la farmacia.

—Y ¿aun así te picaron? —exclamó Iskra sorprendida, sus pálidos pechos a punto de escapar del vestido ante su brusca inhalación.

Calix no pudo evitar fijar la vista en ellos. Tampoco Uriel, a quien le hormiguearon las manos por el deseo de acariciarlos.

—Por lo visto, no sabían que era especial para ellos —respondió Rodrigo muy serio.

Iskra lo miró confundida antes de estallar en una contagiosa carcajada.

—Daría lo que fuera por poder ir al Caribe y ver el mar en el que se forjó el amor entre el aguerrido capitán Blood y la dulce Arabella —dijo esbozando una soñadora sonrisa que hizo que el corazón de Uriel se saltara un latido.

También el de Calix. Ojalá esa hermosa sonrisa la provocara él, y no un...

—¿El capitán Blood? —inquirió confundido. ¿Quién narices era ese tipo?

—Es una antigua película de piratas —aclaró Rodrigo divertido al ver la mueca disgustada de sus empleados.

—Errol Flynn es el capitán Blood, un médico que se hace pirata, Olivia de Havilland es Arabella. La secuestran otros piratas y él la rescata. —Iskra se llevó las manos al pecho, lo que dirigió la mirada de dos de los tres hombres presentes a ese preciso lugar—. ¡Es una película tan romántica...! Hay duelos a espada, luchas a cañonazos, abordajes, piratas y...

—Lo hemos captado, te encanta esa película —la interrumpió Uriel jovial.

—¡Sí! Es la mejor historia de piratas del mundo, exceptuando *El temible burlón*, claro.

—Difiero —terció Uriel sólo por llevarle la contraria. Le encantaba el énfasis con que ella defendía sus preferencias—. La mejor película de piratas es *Piratas del Caribe* y el capitán Sparrow, el mejor capitán de todos.

—Eso es porque no has visto *El capitán Blood* —se empeñó ella—. Si me prometes cuidarla muy bien, te la dejo —le ofreció.

—¿La tienes? —preguntó Rodrigo sorprendido.

—Poseo una enorme colección de cine clásico —declaró orgullosa—. Papá Noel me envía cada Navidad un paquete con un gran lazo dorado lleno de películas clásicas.

—No es por quitarte la ilusión, pero Papá Noel no existe... —señaló Uriel burlón.

—¡Ya lo sé! —Ella le propinó un cariñoso empujón que Calix anheló con cada poro de su piel—. Creo que el regalo proviene de Pavel. Mi abuela me contó que a mamá le encantaban las películas antiguas, tal vez me las envía como símbolo de que aún la tiene en su corazón —dijo sorprendiéndolos; era complejo conciliar la idea de un Pavel nostálgico y romántico.

—Me encantaría verla —confesó Calix, incapaz de soslayar el repentino e insoportable deseo de ver una vieja película que a ella la hacía sonreír—. Te la pediré a la vuelta de vacaciones. O podrías venir a casa un viernes para verla juntos —propuso sin pensar.

—Sería maravilloso —aceptó Iskra con timidez. Aunque no sería maravilloso, sino doloroso. A él no le interesaban las mujeres... y ella era una mujer que estaba loca por él.

—Estupendo, esto mejora con cada día que pasa —resopló Uriel exacerbado al ver cómo se miraban—. No sólo perdemos los sábados dando vueltas por Madrid en busca de telas horteras, sino que ahora también pretendéis que nos quedemos en casa los viernes para ver películas que me triplican la edad. ¡Qué plan más cojonudo!

—¿Dedicáis los sábados a buscar telas? —preguntó Rodrigo perplejo.

—Y cintas, y cualquier adorno extravagante que Iskra pueda añadirle a un

vestido —apuntó Uriel malhumorado.

—Nadie te obliga a acompañarnos —lo acusó Calix molesto al ver la mueca de pesar que sus palabras provocaban en la muchacha.

—No. Y tampoco me obligáis a comer aquí todos los días y lo hago. Al parecer, mi estupidez no tiene límites —afirmó Uriel enfadado porque Calix tenía razón. Nadie lo obligaba, excepto él mismo y su necia tendencia a desear lo imposible—. Es tarde y el trabajo no se hace solo. ¿Vienes? —le reclamó a Iskra. Ésta se apresuró a seguirlo al taller.

—¿Coméis aquí? —inquirió Rodrigo extrañado cuando se quedaron solos. Calix asintió con un gesto—. ¿Por qué?

—Iskra empezó a comer a mediodía en los parques, y decidimos acompañarla, sólo que, en vez de estar en los parques muertos de calor, comemos aquí con el aire acondicionado.

—Entiendo —convino Rodrigo esbozando una sonrisita de suficiencia.

—No, no entiendes —replicó Calix antes de que pensara lo que no era. Lo que de ninguna manera podía ser—. Iskra se queda porque dice que pierde mucho tiempo en ir y venir a la casa de Alekseev. Y nosotros nos quedamos para que no coma sola.

—Tiene un chófer a su disposición. Dudo que pierda mucho tiempo en viajes.

—Creo que no le gusta comer en la casa de Pavel. —Calix arrugó el ceño—. Pone la excusa de los desplazamientos, pero sospecho que hay más de lo que me cuenta.

—¿A qué te refieres con «más»?

—Me da la impresión de que la tratan mal. —Fijó la mirada en el albino.

—El señor Alekseev no lo permitiría. Tiene un interés especial en ella.

—Sí, eso salta a la vista —masculló Calix molesto—. Pero, entonces, ¿por qué no se queda a comer? No tiene sentido que coma en un parque cuando tiene un chófer y una cocinera a su disposición. Ni siquiera se trae fiambra

con comida, sólo bocadillos. —Aunque ya se encargaba él de llevar comida casera para ella. ¡No iba a permitir que se malalimentara!

—¿No te has planteado que tal vez quiera pasar el tiempo aquí, contigo, por motivos que nada tienen que ver con lo que ocurra o deje de ocurrir en casa de Alekseev?

—No vayas por ahí, Rodrigo, porque te estás equivocando —repuso Calix pasándose las manos por el pelo. Era imposible que ella se quedara allí por él —. Antes del verano, Rayna y Albena hablaron de una chica a la que hacían la vida imposible por diversión. Intuyo que se trata de Iskra —comentó preocupado—. No creo que sea feliz allí.

—Hay una gran diferencia entre no ser feliz y ser infeliz —aseveró Rodrigo —. ¿No puede ser que no esté cómoda allí porque no es su casa ni su familia y prefiera estar aquí, con Uriel y contigo, porque os ha cogido mucho aprecio?

Calix asintió sin mucho énfasis antes de abrir el libro de mostrador y revisar los encargos. Le quedaban pocas horas para irse de vacaciones y quería dejarlo todo zanjado.

Melifluo

Dulce, suave, delicado y tierno en el trato o en la manera de hablar.

Viernes, 31 de agosto de 2018

Rodrigo miró reflexivo a su empleada. Incluso ensimismada en un trabajo tan complicado como ojalar, sonreía. Una sonrisa distraída que apenas le curvaba los labios, pero sonrisa al fin y al cabo. Sus cejas oscuras y definidas se unían en un gesto de concentración mientras sus dientes atrapaban los jugosos labios rojos en un mordisco abstraído y sus manos, tan pálidas que las venas se transparentaban, empuñaban con ágil precisión la aguja.

—¡Lista! —exclamó Iskra con una sonrisa que le iluminó la cara e hizo resplandecer sus ojos—. Vas a ser el novio más elegante y apuesto del mundo —afirmó emocionada enseñándole la camisa para su boda—. Ya lo tienes todo preparado, ¿verdad?

—En efecto, la camisa era lo último que faltaba y ya está terminada. Gracias.

—Al contrario, gracias a ti por confiar en mí para algo tan importante —replicó agradecida—. Normalmente la gente no suele contar conmigo para cosas trascendentales.

—Pues no veo por qué, eres una trabajadora competente y capaz.

—Soy una estupenda cosedora —admitió antes de añadir—: pero una nefasta limpiadora, no hay jarrón que no rompa o agua que no derrame y, si no, pregúntaselo a Ioanna. —Arrugó la nariz disgustada—. Pero ya he aprendido el truco para no romper todos los floreros de la casa.

—Y ¿cuál es?

—¡No acercarme a ellos! —Estalló en una risa jovial—. ¿Estás nervioso?

—¿Por qué debería estarlo?

—Por la boda. Sólo quedan dos meses.

Rodrigo entornó los ojos, todo estaba ocurriendo tan rápido que no sabía cómo se sentía.

—Yo más bien diría que me siento impaciente. Sí, ésa es la palabra correcta.

—Yo estaría histérica. A estas alturas me habría hecho una docena de vestidos, pero ninguno sería apropiado porque... ¡es una boda! Y yo soy muy estrafalaria. —Abrió tanto los ojos que éstos parecieron ocupar toda su cara—. Así que ni el vestido ni los zapatos serían adecuados y tendría que comprarlos a última hora. Y entonces el vestido sería tan blanco y aburrido que me haría parecer una mesa camilla. —Sus cejas bajaron abatidas. Desde que sabía que Rodrigo iba a casarse no dejaba de imaginar cómo sería su propia boda—. Y como el vestido no ocultaría el verdadero tamaño de mis caderas, mi novio me miraría asustado, calculando si tendría fuerza suficiente para levantarme en brazos y atravesar la puerta de nuestra casa. Y eso, en el hipotético caso de que mis caderas aumentadas por el cancán y enfundadas en capas y capas de tafetán pudieran entrar por el hueco de la puerta. —Torció el gesto disgustada—. Y, por si eso no fuera lo suficientemente desastroso, estoy segura de que también interrumpiré la ceremonia mil veces porque estaré tan nerviosa que no haré más que hablar sin parar. Y el cura no podrá concentrarse y acabará casándonos con otros nombres. —Resopló consternada antes de que sus labios se curvaran soñadores—. Pero mi novio no se asustará ni huirá, porque me querrá más que a nada en el mundo y no le importarán mis caderas ni mis nervios ni mi estúpido parloteo ni que sea tan estrafalaria. Me querrá tanto que incluso seré perfecta para él. —Se abrazó emocionada mientras una sonrisa de felicidad achinaba sus ojos—. Porque cuando nos quieren de verdad, todo es perfecto. Incluso lo que no lo es. ¿No crees?

Y Rodrigo recordó la primera vez que estuvo desnudo junto a su futura esposa, sintiéndose avergonzado por su piel descolorida y sus desvaídos ojos violetas de pestañas transparentes y cejas nevadas. No había querido encender la luz para que no lo viera y no sintiera repulsión por su albinismo. Pero para ella su piel era luminosa, sus ojos mágicos y el vello desteñado de su cuerpo se asemejaba a hilos de plata.

—Sí. Cuando nos aman de verdad, nos convierten en seres perfectos — aseveró observándola encandilado. No le extrañaba que Calix estuviera deslumbrado por ella—. Y, cuando amamos, hacemos perfectos a los demás.

Fue a por la chaqueta que se había quitado al entrar en el taller y sacó del bolsillo el sobre que esa misma mañana había guardado en él tras darle muchas vueltas al asunto.

Le tendió la invitación a su boda y ella abrió unos ojos como platos.

—Sería un verdadero privilegio que vinieras —afirmó el albino.

Iskra miró la invitación, a él y de nuevo la invitación, y luego saltó de la silla y le dio un enorme abrazo a la vez que asentía eufórica.

—¡Muchísimas gracias! —Se llevó la invitación al pecho—. Nunca me habían invitado a una boda. Prometo portarme bien y no hablar mucho —dijo nerviosa.

—Prefiero que prometas ser como siempre eres.

Iskra esbozó una sonrisa refulgente, se puso de puntillas y le dio un alegre beso en la mejilla.

—¡Voy a hacerme el vestido más bonito del mundo! Te prometo que no será extravagante. Será de un solo color, sin nada raro. Será rojo y tendrá...

Y continuó hablando eufórica mientras dibujaba el diseño en el cuaderno de apuntes.

Y Rodrigo no pudo menos que asombrarse de lo fácil que era hacerla feliz y la manera tan maravillosa en que ella transmitía esa felicidad a los demás, haciéndolos felices a su vez.

Continuaron charlando de la boda mientras cosían, hasta que Rodrigo dio

por zanjado el turno de la mañana. Recogieron y luego fue a bajar la reja y a cerrar con llave la puerta. Al acabar y darse la vuelta no pudo evitar sonreír al ver la mesa engalanada con un colorido mantel y, sobre éste, vasos y platos verdes con esponjosas nubecitas blancas. Tal como Calix le había advertido, Iskra, con el pretexto de la lejanía y la falta de tiempo, se negaba a ir a comer a la casa de Pavel. Y tampoco había consentido en comer en su casa cuando él la había invitado. Así que, siguiendo el ejemplo de sus empleados, llevaba dos semanas quedándose a comer con ella. Al fin y al cabo, Gala trabajaba hasta la tarde y las niñas estaban con su padre en la playa, por lo que estaba solo. Bien podía quedarse allí, comer acompañado y emplear esas horas en adelantar el trabajo.

Fue al taller a por la botella de agua y la fiambarrera con la comida y en ese momento sonó el teléfono. Resopló malhumorado, pero no hizo ademán de apresurarse y regresar a la tienda para contestar. A esas horas sólo podía ser una persona: Verónica. O eso intuía, pues cuando contestaba ella colgaba. Había llamado varias veces desde que Calix no estaba. Al principio alternando los días y siempre a esas horas, aunque últimamente lo hacía a diario. Ocho de cada diez veces que contestaba una llamada que venía descrita en la pantalla del teléfono como número oculto hallaba sólo silencio al otro lado de la línea. No había que ser muy listo para intuir quién llamaba.

Cogió lo que había ido a buscar y salió del taller cuando el teléfono calló al fin, sorprendiéndolo, pues Verónica solía ser mucho más insistente.

—Camisería Castro, buenos días —oyó la voz alegre de Iskra.

Perplejo, soltó la comida en la mesa y se encaminó presuroso al mostrador. ¿Por qué había contestado? Iskra jamás hacía nada que no le hubieran dicho antes, y desde luego nunca le habían pedido que atendiera al teléfono. Todos, ella incluida, sabían que era demasiado locuaz para mantener una charla breve y profesional.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntaba en ese momento a su silencioso interlocutor.

—Se habrán equivocado, cuelga el teléfono —le ordenó Rodrigo llegando hasta ella.

Pero Iskra hizo lo impensable, lo que no había hecho nunca. Desobedecerlo.

—¿Verónica? ¿Eres tú? —inquirió con suavidad dejándolo estupefacto. ¿Cómo sabía de su existencia?—. Soy Iskra. Sí, trabajo aquí, soy la cosedora. Hace dos meses —respondió a la mujer del otro lado de la línea—. ¡Claro que no te está ignorando! Calix nunca haría eso —declaró tranquilizadora—. Lo que ocurre es que está de vacaciones.

Iskra se apartó del auricular ante la furiosa diatriba que soltó la mujer y miró a Rodrigo confundida.

—Pásame el teléfono —le pidió él extendiendo la mano.

—No deberías enfadarte, no tienes motivos para ello —dijo ella con calma al teléfono, ignorando el requerimiento del albino—. Estoy segura de que Calix no tenía intención de herirte al no decirte que se iba de vacaciones. ¿Por qué debería haberte avisado? —inquirió tras un nuevo arrebató de la mujer—. Te entiendo, lo quieres y te preocupas por él. Es un hombre excepcional y es lógico que estés enamorada de él, pero nunca va a ser tu novio ni nada por el estilo, y cuanto más lo llamas más lo alejas de ti —afirmó rotunda, provocando un colérico estallido al otro lado de la línea—. Puedes enfadarte todo lo que quieras, eres libre de hacerlo, pero eso no cambia nada —dijo contundente—. Calix no está interesado en ti.

«Tampoco en mí, ni en ninguna mujer», pensó. Pero eso no podía decirlo estando Rodrigo presente. No sabía si estaba al corriente de la homosexualidad de su empleado, aunque dudaba que lo ignorara. Pero Uriel se lo había contado como una confidencia y no pensaba traicionar su confianza pregonándolo a los cuatro vientos.

—No te pongas así, no te sirve de nada —trató de razonar con Verónica mientras el albino la miraba atónito—. Las cosas son como son y no tiene sentido disgustarse por lo que no podemos tener. Es una pérdida de tiempo.

Seguro que hay un montón de hombres estupendos que están deseando salir contigo. ¿Para qué perder el tiempo con uno al que no le interesas? —le planteó, y en respuesta recibió una parrafada llorosa y victimista que la hizo arquear las cejas—. Si sigues mintiendo, colgaré —la amenazó contundente.

Y por lo visto Verónica continuó haciéndolo, porque diez segundos después colgó.

—¡Menuda mentirosa! —exclamó enfadada.

Rodrigo descolgó el teléfono para evitar que volviera a molestarlos.

—¿Qué te ha dicho?

—Que Calix la engañó con otras, pero que lo quería tanto que lo perdonó y que él jugó con ella hasta que se cansó y la dejó sin mediar explicaciones. También que es un desconsiderado al que no le importa lo mucho que lo quiere y se preocupa por él. Sinceramente, creo que está un poco obsesionada. — Alzó las cejas preocupada.

—Un mucho, diría yo —repuso él malhumorado—. No vuelvas a contestar al teléfono a estas horas. No quiero que hables con ella, es perniciosa.

—A mí no puede hacerme daño —replicó Iskra esbozando una cálida sonrisa—. No tiene ese poder sobre mí. Las únicas personas que pueden hacerme sufrir son aquellas a las que aprecio, y ella..., francamente, querido, eso no me importa —declamó la célebre frase de Rhett Butler en *Lo que el viento se llevó*.

Rodrigo la miró sorprendido y esbozó una sonrisa aquiescente.

—Presiento que éste es el comienzo de una hermosa amistad —dijo imitando a Bogart.

Ella estalló en una risueña carcajada y, sin perder más tiempo, se sentaron a la mesa. Iskra partió en dos su bocadillo y Rodrigo repartió su ensalada de alubias. Tal como Calix le había dicho, a pesar de que en casa de Pavel había cocinera, ella siempre llevaba bocadillos. Y comenzaba a intuir que se los compraba en la cafetería cuando salía a tomar café.

—No me extraña que Calix se muestre taciturno después de hablar con

Verónica —comentó Iskra—. Esa mujer es capaz de robar la alegría a unas castañuelas. No debería responder a sus llamadas, aunque entiendo que lo haga. Es demasiado bueno para ignorarla.

Rodrigo enarcó una ceja. «¿Bueno? Más bien dócil, confundido y vulnerable.»

—¿Quién te ha hablado de Verónica? —preguntó dando rienda suelta a su curiosidad.

—Uriel. Pero sólo me ha dicho que está colada por Calix y que no quiere admitir que él no siente lo mismo por ella —se apresuró a explicar. Por nada del mundo quería que Rodrigo pensara que Uriel era un chismoso. Porque no lo era. Más bien al contrario.

—Una descripción muy resumida. —«Además de falaz, incompleta e inexacta», pensó Rodrigo, pero no le correspondía a él, y tampoco a Uriel, entrar en más detalles.

Iskra esperó a que ampliara la información, pero su jefe era tan discreto como Uriel.

—Estoy deseando que llegue el lunes para ver a Calix —confesó para llenar el silencio—. Y también a Uriel y a Rosalía —se apresuró a añadir—. No es que a ellos los aprecie menos.

—Nunca pensaría eso —repuso Rodrigo, la diversión brillando en sus ojos.

—Lo digo en serio, no estoy loca por ver a Calix —protestó azorada.

—Por supuesto.

—Está bien. Sí estoy loca por verlo —resopló rindiéndose a lo evidente—. Pero por un buen motivo: quiero comprobar si está bien, si se ha relajado, si ya se le ha pasado lo que fuera que le pasara. —Apoyó la barbilla en las manos—. Tú no lo viste, pero la semana antes de irse estaba inquieto. ¡Muchísimo! Algo lo perturbaba y no quiso contármelo. ¡Algunas veces es tan terco...!

—Entiendo... —«Tal vez lo que lo perturbaba eras tú», intuyó divertido.

—Estaba muy nervioso, y tenía ojeras, como si no durmiera, y su humor era voluble. Tan pronto sonreía como gruñía. Como si fuera un perro rabioso. —Apretó los dientes y retrajo los labios imitando la mueca feroz de un lobo. O intentándolo. Era imposible que esos labios tan dulces resultaran amenazadores—. Y no hacía más que discutir con Uriel. Parecía desquiciado —dijo preocupada—. Me alegro de que esté con su familia. Sus hermanas, su madre y sus abuelas lo mimarán y consentirán, y eso le hace mucha falta.

—No hay nada más relajante que ser mimado.

—Yo disfrutaba muchísimo de los mimos de mi abuela... Imagínate lo que tiene que ser tener a tantas mujeres pendientes de todos tus caprichos. ¡Lo van a malcriar! —exclamó divertida—. Menos mal que su padre y su abuelo le pondrán los pies en el suelo; según me ha contado, son muy severos. Aunque yo no creo que sea para tanto. Un padre que deja la cena de Nochebuena a medias para recorrer casi cien kilómetros y ver a su hijo tiene que ser un hombre maravilloso. Calix lo adora..., y no me extraña.

—¿Te ha contado lo que pasó en Nochebuena? —preguntó sorprendido. Calix jamás hablaba sobre eso. En realidad, jamás hablaba sobre lo ocurrido ese diciembre.

—Me contó que estaba un poco depre por pasar las Navidades solo y que sus padres se acercaron a verlo —explicó ella dejándolo estupefacto. Calix no le había contado toda la verdad, pero sí se había abierto a ella más que a nadie—. A mí me habría encantado que mi padre hiciera eso por mí —suspiró soñadora antes de que sus labios se abrieran en una sonrisa radiante—. Pero tuve una abuela maravillosa que no cambiaría por nada. ¿Crees que nos habrá echado de menos?

—¿Tu abuela? —Rodrigo la miró confundido.

—¡No! Mi abuela, no. ¡Calix! —Estalló en una carcajada desenfadada.

—Estoy seguro de que sí. —«Sobre todo a ti.»

—No sé yo..., allí tiene a toda su familia y una ciudad preciosa en la que perderse... Seguro que ha aprovechado para correr por ella cada mañana.

Rodrigo la miró pasmado, ¿también sabía cuál era la afición de Calix?

—A Calix le encanta correr —aclaró Iskra malinterpretando su gesto—. Antes iba solo, pero ahora corre con un vecino adolescente y eso le viene muy bien porque, además de estar acompañado, también se siente un poco como su mentor, aunque esto no me lo ha dicho él, pero me lo imagino yo —detalló nerviosa. Su jefe tenía la manía de escuchar con mucha atención y sin decir nada, y, claro, ¡no podía evitar parlotear sin parar!—. El chico le pregunta lo que no se atreve a preguntarle a su abuelo y Calix se siente importante. Y eso es muy hermoso. Saber que para alguien eres importante es lo más bonito que te puede pasar.

Rodrigo la miró impresionado por su perspicacia. Esa joven alegre y espontánea era mucho más perceptiva e intuitiva de lo que su parloteo distraído la hacía parecer.

—Sabes muchas cosas sobre Calix —comentó intrigado.

—Qué va, no sé tanto —replicó enrojeciendo. ¡A ver si iba a pensar que era una cotilla!—. Yo no le pregunto ni lo espío ni nada por el estilo —aseveró vehemente—. Lo que pasa es que almorzamos juntos y, claro, me cuenta un montón de cosas para impedir que yo hable sin parar como siempre hago —sacudió nerviosa las manos—, pero porque lo aburro con mi cháchara, no porque le pregunte —reiteró incómoda.

—Por supuesto, aunque no es normal en él ser tan comunicativo —convino el albino disimulando una sonrisa. Calix era un hombre hermético que no era muy proclive a hablar, menos aún sobre temas personales—. Sólo un apunte, Iskra, créeme si te digo que dudo mucho que tu locuacidad le moleste o lo aburra. En realidad, me inclino a pensar lo contrario. Estoy seguro de que le agrada mucho. Igual que tú —sentenció fijando sus ojos violetas en ella.

—Claro que le agrado, como no hago más que decir tonterías, se ríe un montón conmigo —admitió ella inclinando la cabeza confundida. ¿Por qué la miraba así?—. Además, soy su compañera de trabajo, no le queda más remedio que aguantarme —se burló antes de fijar la vista en la comida—.

¡Qué buena pinta tiene la ensalada! A mí se me da muy bien cocinar, os lo demostraré cuando consiga convencer a Ioanna de que me deje acercarme a sus fogones.

Veneficio

Maleficio o hechicería.

Iskra me ha embrujado. No puedo dejar de pensar en ella.

Lunes, 3 de septiembre de 2018

Calix miró la hora en el móvil. Eran poco más de las cinco y media de la mañana y no soportaba seguir acostado un segundo más. Saltó de la cama y subió la persiana confirmando que aún era noche cerrada. No importaba, pronto amanecería. Recorrió inquieto los confines de su dormitorio, sintiéndose tan lleno de energía que apenas podía contener la excitación. Miró de nuevo el móvil, ¡sólo habían pasado dos minutos! Y se le habían hecho más largos que dos horas. No podía aguantarlo más. Necesitaba... ir a trabajar.

Sacudió la cabeza pasmado. Era la primera vez en su vida que estaba ansioso por ir a trabajar. Aunque, por mor de ser sincero, debía reconocer que tanta impaciencia no era debida al trabajo en sí, sino a las personas con las que se encontraría en él.

O, más exactamente, a una persona en particular.

Una en la que no había podido dejar de pensar en ningún momento de sus vacaciones. La había imaginado bajo el acueducto de Segovia y había podido ver con prístina claridad sus cejas alzándose sorprendidas por la espectacularidad de esa antigua obra de ingeniería. Abriría los ojos con el asombro de una niña pequeña y sus labios se curvarían en una sonrisa embelesada. Aunque no tanto como la que asomaría a su boca ante la imponente figura del alcázar. No le costaba imaginarla dando saltitos

entusiastas mientras exclamaba cuánto se parecía al castillo de la Bella Durmiente. Y entonces él le explicaría que Walt Disney se inspiró en él para crear su famoso castillo. Y ella le sonreiría con la ilusión de quien ha presenciado magia y se lanzaría sobre él para darle un emocionado beso en la mejilla. Pero él bajaría la cara y serían sus labios los que se unirían. Y luego ninguno de los dos querría separarse. Y sus bocas se abrirían ante el suave choque. Y...

Sacudió la cabeza para deshacerse de tan indeseados pensamientos. Bastante tenía con sufrirlos cada noche como para recrearse en ellos estando despierto.

Salió del dormitorio y se paseó nervioso por la casa. Necesitaba hacer algo que le mantuviera la cabeza ocupada y le impidiera pensar en Iskra. Aunque eso era imposible. Lo había aprendido por las malas durante las vacaciones. Por mucho que lo intentara, sus pensamientos volvían una y otra vez a ella. Un olor límpido, un sonido dulce, un color estridente o una risa alegre eran lo único que necesitaba para soñar despierto con ella.

Sacudió la cabeza y decidió salir a correr. Tal vez así consiguiera desterrarla de su mente un rato. Buscó la ropa en la maleta que no había deshecho la noche anterior. Había llegado muy tarde de Segovia y tan cansado que había optado por acostarse sin más. Al fin y al cabo, no había dormido mucho durante las vacaciones y tenía sueño acumulado. Y no porque hubiera estado de fiesta. Al contrario, había pasado todas las noches en casa, soñando febril con ella. Más o menos como llevaba haciendo los últimos dos meses.

¿Cómo podía alguien metérsele tan adentro en tan poco tiempo? Tal vez eran sus sonrisas, que tenían algo que lo volvía adicto a ellas. O su parloteo franco y alegre. O sus expresivas cejas. O sus ojos, que dejaban traslucir todos sus sentimientos. O...

Golpeó la maleta al darse cuenta de que sus pensamientos volvían a centrarse en ella. ¡Estaba obsesionado! Y eso era peligroso. También se había

obsesionado con Verónica, convirtiéndose en un pelele sin personalidad. No iba a permitir que eso volviera a pasarle.

Se vistió, desayunó y, cuando estaba a punto de salir de casa, lo sobresaltó una voz.

—¿Adónde vas a estas horas? —gruñó Uriel adormilado, pues había vuelto de sus vacaciones hacía menos de cuatro horas—. No me jodas que vas a correr.

—Hay que recuperar las buenas costumbres —replicó observándolo preocupado. Llevaba sin verlo desde mediados de agosto, y en ese tiempo su amigo parecía haberse... consumido.

—Buenas costumbres es follar al despertar, que te la mamen antes de acostarte o hacerte una paja mientras te duchas. Levantarte a las seis de la mañana despertando a tu compañero de piso, que además acaba de regresar de Ámsterdam tras haber pasado quince días follando como un salvaje, no es una buena costumbre, es una putada. —Ahogó un bostezo—. Me vuelvo a la cama... Hazme un favor y piérdete hasta las ocho y media, a ver si así puedo recuperarme para ir al trabajo —dijo antes de regresar a su dormitorio.

Y, por su aspecto agotado, a Calix no le quedó ninguna duda de que se había dedicado a hacer exactamente lo que había dicho: follar sin parar. Ni siquiera para comer o dormir.

Guardó una botella de agua en la mochila y bajó a la calle. La tenue luz del amanecer comenzaba a iluminar la ciudad, aunque no lo suficiente como para que las farolas se apagaran. Su mirada recorrió la plaza desierta. O no tan desierta. Un joven alto y espigado contemplaba meditabundo los insectos que revoloteaban en el halo de una farola. Un muchacho que dos meses antes estaba bastante más delgado. Por lo visto, durante las vacaciones había seguido haciendo ejercicio y ganando musculatura. Y creciendo, pensó al llegar a su lado y comprobar que lo había alcanzado en altura. También que había ensanchado los hombros y sus piernas ya no eran palillos. Y que los cuatro pelos que tenía en la cara se habían multiplicado convirtiéndose en una

sutil barba que acompañaba a unos rasgos más maduros. Los rasgos de un adolescente a punto de convertirse en hombre.

—¿Cuándo has vuelto? —Chocó la mano con la de Kini en un varonil saludo.

—La semana pasada.

—¿Qué tal por Bruselas?

—Aburrido —masculló el chaval guardando las manos en los bolsillos del chándal. Por nada del mundo iba a contarle que había sido un infierno, que sus padres no habían dejado de discutir entre ellos y que se habían olvidado de él por completo, tan poco les importaba.

—Hay miles de cosas interesantes que ver allí, seguro que no te has aburrido tanto.

—Lo vi todo en dos semanas y he pasado más de dos meses allí —repuso malhumorado.

—¿No has conocido a ninguna chica que te hiciera tilín? Eso suele ser bastante entretenido —dijo guasón.

Kini le dedicó una mirada cargada de resentimiento antes de negar con la cabeza.

—Al menos te habrás echado una panda de amigos —insistió Calix mientras estiraba.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¡Para salir con ellos!

—No merece la pena el esfuerzo.

—Tener amigos siempre merece la pena.

—No, si no vas a poder conservarlos —replicó Kini, ganándose una mirada perpleja de Calix—. Sólo he estado dos meses en Bruselas, no merece la pena molestarme en conocer y agradar a gente a la que no voy a volver a ver.

—Tus padres viven en Bélgica, antes o después volverás...

—Mis padres han tardado diez meses en llevarme con ellos —argumentó

como si eso lo explicara todo. Y así era—. Además, ya están pensando en cambiar de ciudad.

«Y de país. Y de continente. A Australia nada menos. Y si han tardado casi un año en acordarse de mí estando en Europa, ¿cómo no van a olvidarme si están al otro lado del mundo?»

—Siempre puedes whatsappear con los amigos que hagas —apuntó Calix.

—Antes o después los whatsapps dejan de llegar y los amigos dejan de serlo.

—Y eso lo sabes porque eres un viejo con muchísima experiencia en relaciones sociales —se burló Calix de su pesimismo.

—Eso lo sé porque he vivido en once ciudades distintas y no mantengo ninguno de los amigos que me molesté en hacer —contraatacó Kini yendo hacia la calzada—. ¿Adónde vamos hoy?

Calix observó al muchacho, dándose cuenta de muchas cosas que antes se le habían escapado. Ahora entendía por qué se mantenía distante cuando salía con la pandilla del barrio, como si no fuera parte de ella o no le interesara que lo conocieran. Ni conocer a nadie. Y con un destello de claridad comprendió lo mucho que debía de haberle dolido el rechazo de Jimena. Se había esforzado en ser su amigo, había confiado en ella... y ella lo había humillado.

—Vamos a dar una vuelta por Lavapiés, me apetece mucho correr por allí. —Calix enfiló la costanilla de San Andrés sin entender a qué se debía su apremiante necesidad de recorrer el castizo barrio—. ¿Estás listo para que te dé una paliza? —lo desafió.

—Eres tú quien va a recibir la paliza..., viejo. —dijo Kini acelerando el paso.

Calix escudriñó cada rincón del viejo barrio mientras corrían y, al pasar frente a una callejuela adoquinada, giró bruscamente y entró aumentando la velocidad, como si acabara de encontrar la «X» que señalaba el tesoro y tuviera miedo de que se desvaneciera.

Kini se esforzó en seguirlo, aunque no tardó en quedarse atrás, algo que no

le había pasado nunca, pues Calix siempre mantenía un ritmo que ambos pudieran seguir. Estaba a punto de darse por vencido cuando el segoviano se detuvo abruptamente frente a un viejo edificio de dos plantas.

—¿Qué sitio es éste? —inquirió jadeante Kini a la vez que contemplaba sorprendido lo que Calix observaba con tanta intensidad.

—Un cine —musitó el segoviano molesto al darse cuenta de que, de nuevo, y sin ser consciente de lo que hacía, sus pasos lo habían guiado hacia Iskra.

O, más exactamente, hacia algo con lo que complacerla. Algo que la haría soñar.

Apenas pudo contener las ganas de correr a la camisería para darle la sorpresa. Y si no lo hizo fue porque aún faltaba más de una hora para la apertura y ella no estaría allí.

—Parece un teatro. —Kini observó la fachada roja con detalles modernistas. Seis columnas de cuerpo estriado y elaborados capiteles enmarcaban una elegante entrada de madera noble. Sobre ésta, en un óvalo de estilo *art nouveau*, un nombre: Cine Doré.

—Pues es un cine —dijo burlón un anciano que pasaba cerca. Se paró apoyándose en el bastón y observó melancólico el edificio—. *El palacio de las pipas* lo llamábamos, porque era lo que comíamos mientras veíamos las películas.

—Parece un poco antiguo.

—Lo es. Tiene dos décadas más que yo, y ya he cumplido los ochenta. Cuando era joven traía aquí a mi novia para cortejarla. Y conseguí casarme con ella —apuntó risueño—. Así que, ya sabéis, si estáis interesados en alguna chica, traedla y será vuestra —aseveró antes de continuar su paseo.

—Eso si no se muere antes de aburrimento —resopló Kini, observando desdeñoso las películas que anunciaban en la cartelera.

Ingrávido

Ligero, suelto y tenue como la gasa o la niebla. No sometido a la gravedad.
Así me siento cuando sus ojos me sonríen y sus labios me rozan. Cuando su sonrojo calienta mis mejillas y su aliento refresca mi piel. Ingrávido. Como si nada me lastrara.

—¡Es Calix! —Iskra saltó en el asiento trasero cuando el coche entró en la calle de la camisería—. ¡Date prisa! ¡Corre! —le pidió a Mihail removiéndose nerviosa. Éste aminoró la velocidad e Iskra abrió la puerta sin importarle que no estuviera parado, lo que obligó al matón a frenar en seco—. ¡Lo siento! —se disculpó saltando a la acera—. ¡Calix! —gritó exultante.

Tres hombres se volvieron al oír su exclamación. Uno observó interesado la escena que ella estaba a punto de provocar, otro esbozó una sonrisa ladina que no le llegó a los ojos y el último se quedó mirándola embobado. Fue sobre este último sobre el que se lanzó.

—¡Calix! ¡Cómo me alegro de que ya estés aquí! ¡Te he echado muchísimo de menos! —exclamó abrazándolo eufórica.

Y él, tal vez por haber sido pillado con la guardia baja, fue incapaz de contenerse y encorvó la espalda para abrazarla a su vez y pegarla a él. Le frotó la mejilla con la suya, deleitándose con el tacto sedoso de su piel y el calor reconfortante que de ella emanaba.

Y ella se abandonó por completo al íntimo abrazo. Reposó su rostro contra el suyo, las manos tras su nuca y los dedos enredándose en las suaves guedejas de su pelo. Contuvo la respiración cuando él le rozó la comisura de la boca e inclinó la cabeza en un gesto instintivo que acercó sus labios a los de él.

Los luminosos ojos verdes de Calix se perdieron en la calidez ambarina de los de Iskra y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, bajó la cabeza perdido en su hechizo.

—Claro, como Calix es el más guapo, lo besas primero, y a los demás, que sólo somos unos pobres adefesios, nos ignoras —se quejó Uriel malicioso, logrando que se separaran incómodos—. Creo que me estoy poniendo verde de envidia...

—¡No seas tonto! A ti también te he echado de menos —aseveró Iskra abrazándolo.

Hundió la cara en su hombro en un gesto meloso que lo que en realidad pretendía era ocultar sus mejillas ruborizadas. ¿Se habría dado cuenta Calix de que estaba a punto de ponerse de puntillas para besarlo en la boca? ¡Esperaba que no! ¡Se sentiría ridícula si descubriera que estaba loca por él!

—Sí, sí. Mucho echarme de menos, pero ni siquiera me miras a la cara —le susurró Uriel burlón—. Ya veo cuánto me has añorado...

—Mucho, mucho, mucho —aseguró ella pasándole las manos por la nuca para hacerlo bajar la cabeza y así alcanzar a darle un sonoro beso en cada mejilla. Pero él volvió la cara en el último instante, de manera que fue la comisura de sus labios la que recibió el inocente beso.

—Yo también te he echado de menos a ti —confesó con semblante serio antes de inclinarse para besarla, y no en la mejilla.

—No seas malvado y deja de intentar hacerme sentir incómoda —le reclamó divertida, apartándose antes de que pudiera besarla. ¡Qué travieso era!

—No puedo dejar de ser malo, está en mi naturaleza.

—No digas tonterías, eres un hombre maravilloso. —Le pellizcó la mejilla como si fuera un tierno infante.

—Lucifer también lo parecía antes de convertirse en el diablo. Y yo soy aún más perverso que él —replicó Uriel guiñándole un ojo.

—¡Tonto! —exclamó Iskra antes de huir a la camisería, donde ya los

esperaba Calix.

Uriel la observó apreciativo mientras entraba en la tienda meciendo sus enormes caderas. Aunque lo cierto era que no las mecía, sólo andaba. Pero no podía evitar imaginarse su oscilación bajo la falda, de la misma manera que tampoco podía evitar excitarse con ellas. Con toda la fisonomía de Iskra, en realidad. Era una suerte que la chaqueta del traje le tapara la entrepierna, seguro que Calix se enfadaría muchísimo si averiguara lo dura que se le ponía con sólo mirarla, pensó dirigiéndose a la tienda. Era hora de trabajar.

—¿No te parece extraño que alguien tan avisado como tú sea a la vez tan inoportuno? —le preguntó Rodrigo en un susurro, reteniéndolo cuando éste pasó por su lado.

Uriel se detuvo frente al albino esbozando una lobuna sonrisa. Por lo visto, su jefe también se había percatado de los avances de la parejita y estaba molesto por su intervención.

—¿Inoportuno? Yo más bien diría oportuno. Alguien tiene que proteger la virtud de nuestra inocente cosedora, ¿o habrías preferido que Mihail le fuera con el cuento a Pavel de que Calix tiene un lío con su niña bonita? —Señaló con la mirada un punto a su izquierda.

Rodrigo miró con disimulo, descubriendo que el Mercedes negro seguía parado en doble fila frente a la tienda mientras el búlgaro que lo conducía los observaba con fijeza.

—No confundas preocupación y cariño con acecho y despotismo —lo reconvino—. Alekseev aprecia sinceramente a Iskra, se preocupa por ella y le proporciona ciertas comodidades, pero eso no significa que le impida tomar decisiones o vivir su vida como ella quiera —afirmó con fingida seguridad.

—Eso, querido jefe, no te lo crees ni tú. Cuando un hombre con el poder de Pavel vigila con tanto celo a una mujer, es porque algo quiere —sentenció Uriel entrando en la tienda.

Rodrigo se volvió sin disimulo hacia la calzada y clavó la mirada en el enorme matón de Pavel. Éste, en respuesta, esbozó una peligrosa sonrisa antes

de acelerar y marcharse, dejándole una extraña sensación de desasosiego. Sacudió la cabeza y entró en la camisería.

Iskra y Uriel estaban en el espacio diáfano que había frente al mostrador. Él relataba su viaje a Ámsterdam, describiendo sin remilgos el Barrio Rojo mientras Iskra lo miraba con unos ojos abiertos como platos. Y, mientras ellos disfrutaban con el relato, Calix se mantenía aparte, parapetado tras el mostrador como si éste fuera una muralla. Por lo visto había decidido volver a ser el hombre hermético y silencioso de antaño, pero sus ojos traicionaban su impostada indiferencia, pues estaban fijos en Iskra. En cada uno de sus movimientos, en cada una de sus sonrisas.

—¡No! ¿Y están casi desnudas tras los escaparates? —preguntó sorprendida por el picante relato del maestro cortador.

—Sí, ellas y ellos, porque también hay chicos que se ofrecen en el Barrio Rojo.

—¿Y no les da apuro que las vean en bragas y sujetador? Yo me moriría de vergüenza si todo el mundo pudiera ver mis caderas —gimió con empatía.

—Imagino que están acostumbradas —comentó Uriel desconcertado. De todo lo que podía sorprender a Iskra de un barrio dedicado a la prostitución, lo que más la afectaba era si las prostitutas se sentirían incómodas con su desnudez. Al parecer, haber sido criada por su abuela en una aldea desierta no la había convertido en una mojigata asustadiza y fácil de escandalizar, sino todo lo contrario.

—Probablemente. Pero dudo que yo me acostumbrara a eso jamás. Deben de ser unas mujeres muy valientes y seguras de sí mismas —afirmó y se volvió hacia Calix, dejando a Uriel a mitad del relato—. Y ¿tú qué tal por Segovia? ¿Lo has pasado bien?

—Ni mal ni bien, normal. He ayudado a mi padre a hacer una barbacoa, mis hermanas y mi madre me han esclavizado con mil encargos y los pocos ratos que me han dejado libres me han cargado con mi sobrino de cuatro años

con la excusa de que me adora —dijo esbozando una luminosa sonrisa de la que no fue consciente.

—En definitiva, han sido unas vacaciones maravillosas —apuntó Iskra, y Calix no pudo por menos que asentir—. ¿Ha sido duro el regreso a Madrid?

—La verdad es que no. Ya tenía ganas de volver a correr por las calles de siempre. Por cierto, hoy me he dado de bruces con algo que tal vez te interese —comentó como si tal cosa.

—¿Con qué? —dijo ella, la curiosidad asomando rauda a sus ojos. Él se mantuvo silente mientras una sonrisa ladina curvaba sus labios, por lo que a ella no le quedó otra opción que salvar el mostrador para ir a su lado y encararlo—. ¡Dímelo! ¡No puedes callar después de haber soltado la bomba! —Le dio un cariñoso empujón—. ¡Vamos, no seas malo! ¡Eres peor que Uriel! —se quejó.

Y, ante eso, Calix reaccionó.

—He encontrado un cine.

—Hay cientos en Madrid, eso no es un descubrimiento reseñable —se burló Uriel.

—Éste, sí —repuso Calix saboreando el momento—. Porque ponen películas clásicas.

—¿A qué te refieres con clásicas? —reclamó Iskra recelosa. Para Albena y Rayna, una película clásica era cualquiera con más de una década.

—Este sábado echan *Desayuno con diamantes*.

—¡Dios mío! ¿En pantalla grande? —inquirió ella con los ojos desorbitados.

—Muy grande. Grandísima —respondió Calix.

—¿Con butacas rojas y la pantalla en un escenario alto como en los cines antiguos? —jadeó emocionada.

—Bueno, no lo sé..., no he entrado, pero...

—¡No importa! Da lo mismo. ¡Es *Desayuno con diamantes*! Holly es tan alocada y Paul tan cínico..., pero entonces la conoce y ve su fragilidad y su

dulzura bajo toda su extravagancia, y se enamora y... ¡Es una historia maravillosa! —exclamó tan nerviosa que no podía mantenerse quieta—. Oh, Dios mío, tengo que verla. —Posó las manos sobre el torso de Calix y éste, ¿para qué negarlo?, se sintió el hombre más afortunado del mundo—. ¿Dónde está ese cine?

—En Lavapiés.

Ella se apartó privándolo del calor de sus manos y Calix se sintió abandonado. Observó confundido cómo sacaba el móvil del bolso y abría el navegador buscando algo. Más exactamente, buscando la dirección del Cine Doré.

—No está muy lejos —comentó cuando dio con ella—. Sólo media hora andando.

—Dime que no estás pensando en ir a un cine donde ponen películas que tienen más años que nosotros tres juntos —suplicó Uriel.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Iskra.

—Treinta y seis —contestó Uriel.

—Entonces, la respuesta es no: *Desayuno con diamantes* tiene alrededor de sesenta y la suma de nuestras edades sobrepasa los ochenta.

—Qué maravilla. No sabes cuánto me alegro de que sea una película tan reciente —repuso Uriel con evidente ironía.

—Tonto —le reprochó ella antes de bajar la vista de nuevo al móvil y musitar—: Puedo hacerlo. Sólo tengo que bajar hasta Sol y de allí al cine. ¿A qué hora echan la película?

—A las nueve.

—¿Tan tarde? —Frunció las cejas en un gesto de desolación—. Mihail tendrá que ir a buscarme a medianoche. —Pensó en lo mucho que madrugaba el pobre hombre y lo poco que dormiría por su culpa, aunque quien peor se lo tomaría no sería Mihail, sino la cocinera—. Llegaremos tardísimo a casa y Ioanna se enfurecerá.

Y no le apetecía nada que se enfureciera, pensó estremeciéndose al

recordar su reacción la noche que, tras ir de compras con Calix y Uriel, cenó con Pavel. Aunque, claro, eso no lo sabía, pues le había mentado diciendo que lo había hecho con sus compañeros de trabajo. No estaba tan loca como para decirle a la persona de confianza de Rayna que había cenado con el esposo de ésta. Él y sus hombres habían guardado silencio y ella había hecho lo mismo, bastante manía le tenía ya la señora de la casa como para darle argumentos para que la odiara más. Y por eso se había ganado la mayor bronca de su vida. Sin embargo, lo que más le había dolido había sido que tirara a la basura los pasteles que había comprado para Pavel y sus hombres. No era justo. No deberían haberse quedado sin su desayuno especial. Y además había tenido que volver a mentir cuando Pavel le preguntó por su tarta, porque ¿cómo iba a decirle que Ioanna la había tirado como castigo? No podía. Y no porque él fuera a enfadarse con ella, sino porque intuía que con quien se enfadaría sería con Ioanna y, si eso pasara, ésta se lo contaría a Rayna y le pillaría más manía aún y haría cosas que la obligarían a irse de casa, y todavía era muy pronto. Necesitaba conocer más a Pavel. Así que había convencido a Mihail para que la llevara a Sol al día siguiente para comprar de nuevo los pasteles y la tarta. Se había dejado un buen pellizco, pero sólo por ver las caras extasiadas de los hombres al comerlos había merecido la pena. Tanto, que ahora les llevaba pasteles todos los sábados.

—Ioanna y Mihail pueden decir misa, tú ya eres mayor de edad y puedes hacer lo que te dé la gana —comentó Calix enfadado al ver la tristeza colarse en el rostro normalmente alegre de la muchacha. Siempre que mencionaba a esa mujer, la sonrisa se borraba de su boca.

—Tienes razón. —Lo miró decidida. *Desayuno con diamantes* bien valía una regañina—. Iré al cine y al salir cogeré un taxi que me lleve a casa, así no molestaré a Mihail. O, mejor aún, llamaré a una compañía de taxis y pediré que uno me espere en la puerta del cine, así no me dará miedo salir sola de la sala tan tarde —afirmó resuelta.

Calix la miró confundido.

—No vas a salir sola, yo voy a acompañarte —declaró con rotundidad.

—¿En serio? —inquirió perpleja. ¿De verdad iba a ver una película antigua con ella?

—Sí. Está implícito en la invitación.

—¿Qué invitación?

—La de ir al cine.

—No me has invitado...

—Pues lo hago ahora —dijo molesto al darse cuenta de que tenía razón. Había estado tan impaciente por darle la noticia que se le había olvidado invitarla—. ¿Quieres venir al cine conmigo el sábado?

—¡Sí! —gritó Iskra saltando a sus brazos y comiéndoselo a besos. Besos inocentes, alegres y agradecidos que hicieron hormigear la piel de Calix.

Y arder la de Uriel. ¿Cómo podían ser tan excitantes esos estúpidos besos infantiles?

—No me jodas... —Se metió las manos en los bolsillos para disimular su súbita erección. Por lo visto, follar a diestro y siniestro en Ámsterdam no había servido para curar su apetito por ellos—. No voy a pasar el sábado en un cine de viejos —afirmó, pero nadie lo escuchó.

—Podemos hacer una merienda-cena antes de entrar al cine —le propuso Calix a Iskra.

—Y ¿no sería mejor dejar el cine para un día entre semana y aprovechar el sábado para salir de copas? —planteó Uriel, aunque de nuevo nadie le hizo caso. O, al menos, nadie que le interesara, porque Rodrigo, pese a mantenerse al margen, estaba muy pendiente de todos.

—Cuando acabe la película podríamos dar una vuelta por la Cava Baja —sugirió Calix incorporando la petición de Uriel, lo que significaba que sí le había prestado atención—. Por esa zona hay un ambiente increíble... —Se interrumpió al ver que Iskra estallaba en una risa alegre a la vez que giraba como una loca sobre sus pies.

Hasta que se detuvo con brusquedad en mitad de un giro.

—¡Si salimos a merendar, no me dará tiempo a arreglarme! —exclamó angustiada.

—¿Por qué? —preguntó Calix perplejo.

Ella lo miró dubitativa. Desde la cena con Pavel, éste había cambiado las normas. Ahora, cuando Mihail la recogía los sábados, la llevaba a algún restaurante discreto donde Pavel la esperaba para comer. Comían charlando de sus cosas y luego Mihail la llevaba, a ella sola, a la mansión. Y cuando Ioanna le preguntaba por qué llegaba tan tarde ella siempre ponía como excusa que se había entretenido comprando pasteles. Y no era mentira.

—Si tengo que ir a casa de Pavel, comer, arreglarme y vestirme no me dará tiempo a llegar pronto —calculó frunciendo el ceño.

—Ponte cualquier cosa, al fin y al cabo, sea lo que sea, será tan extravagante que no pasarás desapercibida —le propuso Uriel, molesto al sentirse desplazado.

—¡No seas cruel! —lo regañó ella—. Es la primera vez que voy a ir al cine, es un acontecimiento y quiero estar lo más guapa posible.

—¿Para qué? Sólo va a haber momias en la sala, no te vas a poder lucir ante nadie. Tal vez ni siquiera te vean, porque estarán seniles —replicó Uriel con hiriente sarcasmo.

—Yo la veré —terció Calix enfadado por su actitud. Para Iskra era importante, ¿no podía fingir un poco de entusiasmo? O al menos no ser tan desagradable.

—Pues que te aproveche. Yo me niego a perder el sábado en el cine.

—Nadie te ha invitado —repuso Calix con rigidez.

Uriel echó la cabeza hacia atrás como si le hubieran pegado un puñetazo.

—Algo de lo que me alegro —mintió enfadado por el súbito ataque de rabia mezclada con desolación que sintió ante la afirmación de Calix.

—Pero puedes venir si quieres —apuntó Iskra al percatarse de su mirada dolida—. Es una película muy bonita, seguro que te encanta...

—No, gracias. Se me antoja más entretenido pasar la noche golpeándome la

cabeza contra la pared que viendo películas arcaicas en compañía de un idiota —masculló antes de dirigirse al taller.

—Comienzo a pensar que no ha sido la precaución por lo que pudiera ver Mihail lo que ha provocado tu anterior intervención en la calle, sino los celos —le comentó Rodrigo a Uriel cuando salieron de la camisería, el albino para ir a casa a comer y Uriel a comprar unos bocadillos para hacerlo en el taller con Calix e Iskra.

Uriel lo miró perplejo antes de echarse a reír como si le hubiera contado el mejor chiste de su vida.

—Soy demasiado voluble y egocéntrico para sentir celos. Sólo hay alguien que me interesa en este mundo: yo. Me temo que la proximidad de tu boda te está convirtiendo en un sentimental —se burló antes de alejarse para ir al bar.

Rodrigo sacudió la cabeza. Uriel no era tan inmune al amor como quería aparentar.

—¿Sigue enfadado? —murmuró Iskra saliendo abatida de la tienda.

—Se le pasará.

—Eso espero, ambos están tristes por culpa de una discusión tonta. Deberían ser más listos y no enfadarse. La vida es demasiado difícil para complicarla más todavía.

—Sabias palabras. —Rodrigo la miró preocupado. Parecía triste, pero ¿por qué? ¿Tal vez seguía preocupada por el poco tiempo que tenía para arreglarse el sábado?—. ¿Qué te inquieta?

—Nada, sólo estoy cansada —contestó esbozando una tibia sonrisa mientras se esforzaba con cada átomo de su ser en no mirar hacia la tienda. Hacia el mostrador.

Calix estaba allí. Al teléfono. Y, por lo que había oído, hablaba con Verónica. No estaba bien escuchar conversaciones privadas, pero no había

podido evitarlo. Era curiosa por naturaleza. Y ya lo decía el dicho: la curiosidad mató al gato. Y, aunque a ella no la había matado, le había hecho mucho daño. A veces proporcionaba más felicidad vivir en la ignorancia que saber lo que realmente pensaban sobre ella los demás.

—¿Te apetece comer el sábado en mi casa? —le preguntó Rodrigo—. Mis *hijovias* regresan el viernes de las vacaciones con su padre y me gustaría presentarte a mi familia.

—¿El sábado? Lo siento, pero...

—Podrías traer el vestido para el cine en un portatrajes y arreglarte en mi casa. Gala te ayudaría y yo, por descontado, desaparecería discretamente en casa de Calix y Uriel a fin de daros la privacidad requerida para tal acontecimiento.

Ella lo miró asombrada por su oferta. Seguro que a Pavel no le molestaría si prescindía de su comida ese sábado. Lo compensaría comiendo con él otro día entre semana.

—¿En serio harías eso?

—Por supuesto. Me gusta tener contentos a mis empleados.

Iskra curvó los labios en su sonrisa más radiante y comenzó a bailar en plena calle.

Y el hombre que en ese momento salía del bar con un par de bocadillos en las manos no pudo evitar sentir el aguijonazo de la envidia, ¿o tal vez eran celos?, al ver que incluso el estirado albino era capaz de hacer bailar ese día a Iskra. Al parecer, todo el mundo, excepto él, tenía la capacidad de hacerlo.

Suripanta

Mujer ruin, moralmente despreciable.

Martes, 4 de septiembre de 2018

«Estaba muy preocupada, Calix. Por eso llamé tantas veces. Sé que no debo ser tan insistente, pero no pude evitarlo. Cada vez que llamaba y era tu jefe quien respondía, se me paraba el corazón porque no sabía si te había pasado algo o si no querías hablar conmigo y me esquivabas.» El recuerdo de la conversación con Verónica se coló en su cabeza, haciendo desaparecer todo cuanto lo rodeaba. Era una voz suave, arrepentida, dulce a pesar de la vehemente preocupación que mostraba. Y él no pudo evitar sentirse un desconsiderado por no haberla avisado de que se iba de vacaciones. Hacía poco que habían retomado la amistad, y era un ser despreciable que había traicionado eso que tanto les había costado recuperar ocultándole que iba a faltar unos días, aun a sabiendas de que ella se iba a preocupar.

«Tu nueva compañera parece una chica muy dulce. Fue encantadora al tranquilizarme y decirme que estabas de vacaciones. Imagino que no me has hablado de ella porque temías que tuviera uno de mis ataques de mal genio, ¿verdad? Pero he cambiado, te lo prometo. Ya no me enfado sin motivo, y que tengas una compañera no es un motivo legítimo para enfadarse. Parece muy joven y dulce, ¿o me equivoco?» Y él había respondido con la verdad. Sí, lo era. Y luego había sentido el impulso de hacerla menos hermosa. Menos perfecta. Menos adversaria para Verónica. No quería que centrara su atención en Iskra. Así que le había contado que era infantil y parlanchina. Que sus

caderas y su culo eran enormes y que sus pechos parecían ubres. Y cuando Verónica se rio con sus descripciones se sintió en cierto modo tranquilizado, pues había conseguido que no considerara a Iskra una amenaza. Y entonces ella había roto todos sus esquemas, demostrándole hasta qué punto había cambiado.

«Siento mucho que esa niña no sea la mujer que necesitas, Calix. La soledad es muy dura, y aunque yo no he conseguido olvidarte y me mantengo fiel a tu recuerdo, entiendo que tú eres un hombre con fuertes impulsos sexuales y necesitas estar con una mujer. Lo entiendo y lo apruebo. Soy sincera, Calix. Te quiero y aceptaré cualquier cosa que te haga feliz.»

Y él se había sentido insoportablemente desleal y rastrero. Un desalmado que no merecía su comprensión ni su cariño. Un crápula libidinoso que sólo pensaba con la polla, como había quedado demostrado en esos últimos meses en los que se empalmaba con sólo mirar a una muchacha ingenua y alegre a la que soñaba con hacer verdaderas obscenidades.

—¿Calix? ¿Has oído lo que te he dicho? —Uriel lo empujó, devolviéndolo a la realidad. Estaban en la mesa, comiendo en armonía, la discusión del día anterior olvidada.

—No, perdona. Estaba distraído.

—Acaba de llamar Lavinia para avisarme de que retomarán el viernes las clases.

—¿Las clases? —Iskra los miró confundida a la vez que se levantaba de la mesa con el plato lleno de comida para tirarla en el aseo y luego lavarlo.

Esa mañana había anunciado que estaba a régimen y, por lo visto, lo decía en serio. Algo que a Calix no le hizo ninguna gracia, porque verla comer era sensualidad, alegría, deleite y, sí, también lascivia.

—Rayna, Lavinia y Albena vienen los viernes después de comer para dar clases sobre nudos de corbatas. —Uriel alzó la voz para que lo oyera desde el baño. Sus ojos llenos de rabia—. Estoy deseando ver a esa zorra para tener una charla con ella. Y luego, si me lo suplica lo bastante, tal vez me la folle.

—Se inclinó sobre Calix y, sin ningún disimulo, le agarró el paquete a la vez que le susurraba al oído—: ¿Te apuntas? Te vendría bien para relajarte. ¿O te has quedado a gusto después de la sesión de esta mañana? —Movi6 la mano, frotándose la.

Calix lo sujetó para que no siguiera meneándose y lo miró confundido. No podía saber que se había masturbado como un loco en la ducha. No había hecho ningún ruido.

—Oh, vamos, no seas tan mojigato. Se te nota en la cara cuando te das el capricho de sacudírtela. Sales del ba6o con otra alegrí a —dijo burl6n apretándole la polla antes de soltarlo.

Sonrió complacido al pensar que Calix, por primera vez desde que se conocían, no le había apartado la mano, sólo había frenado sus caricias. Y eso era un gran avance, pues significaba que se iba acostumbrando a sus roces.

—Entonces ¿van a venir el viernes? —preguntó Iskra saliendo del ba6o.

Calix la miró sobresaltado antes de volverse enfadado hacia Uriel. Un día le fallaría la suerte y ella los pillaría, lo que la llevaría a pensar lo que no era.

—Eso me temo, preciosa, tendremos que soportar sus lenguas venenosas durante una hora —contestó Uriel, ignorando la mirada de Calix.

Viernes, 7 de septiembre de 2018

—Qué raro, pensé que estaríamos más apretados —comentó Albena maliciosa al entrar en el probador. Se detuvo ante Uriel y alzó la mano para quitarle una invisible mota de polvo de la chaqueta. Él se apartó con hosquedad antes de que llegara a tocarlo.

—¿Por qué deberíamos estar más apretados? —inquirió Calix intrigado.

—Tenía entendido que Iskra se quedaba a comer aquí —replicó Albena como si eso lo explicara todo, y así debía de ser para ellas, pues Rayna profirió una desagradable risita sibilante.

—Y ¿qué tiene eso que ver? —le reclamó Calix.

—¿No es evidente? Si ella, con lo enormes que son su culo y sus tetas, estuviera aquí, no quedaría sitio para nosotras —respondió hiriente, arrancando una carcajada a su tía.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Albena: Hristo entiende el español más de lo que quiere aparentar —la reconvino Lavinia señalando al hombre que las acompañaba.

—¿Dónde está nuestra oronda Iskra? —Albena desdeñó la advertencia de la rumana—. ¿Tal vez escondida en el baño? Tiene tan pocos modales que sólo sabe avergonzarnos. Debería salir y ofrecernos un refrigerio. —Se encaminó al aseo.

—Deberíamos dejar de perder el tiempo y empezar la clase —gruñó Calix malhumorado.

La apartó con brusquedad, lo que hizo que el matón que los observaba inexpresivo alzara una ceja en un gesto ¿amenazante?, ¿inquisitivo?... Tal vez no le había gustado que le gruñera a la mujer, pero a Calix le daba lo mismo. Estaba tan enfadado que apenas podía contener su mal genio. Iskra había rechazado quedarse a comer argumentando que quería ir a ver zapatos. Ni Uriel ni él se lo habían tragado y ahora veían confirmadas sus sospechas. Contuvo las ganas de decirle a esa putita exactamente lo que pensaba de ella, no porque fuera un caballero, que no lo era, sino porque le complicaría la vida a Iskra si lo hacía. Además, estaba en el trabajo. Pero ¡por Dios que si volvía a mentar a Iskra la echaría a la calle!

—Por lo visto, a la vaca le ha salido un protector —dijo Albena al ver su gesto. Se acercó a Uriel—. ¿Le gustan las ubres a tu compañero? Dile que no se haga ilusiones, si las lleva siempre tan levantadas es por los corpiños que usa. En realidad, le cuelgan hasta el ombligo.

Giró dándole la espalda a Uriel para enfrentarse burlona a Calix a la vez que cruzaba las manos a la espalda, o eso fingió, porque en realidad las posó sobre la entrepierna de Uriel. Llevaba más de un mes sin follar con él y lo

echaba de menos. Era un semental con una polla enorme que sabía utilizar muy bien y una boca muy sucia que la ponía a mil.

Pero Uriel, en vez de permitirle sobarlo, le sujetó las muñecas con tanta fuerza que le hizo daño y la obligó a apartar las manos.

—Me encanta tu rudeza —dijo ella. No mentía, como atestiguaban sus pezones erizados.

—Deja de perder el tiempo, Albena. —Rayna miró al matón. No sabía si Lavinia llevaba razón, pues jamás lo había oído hablar en castellano, pero Pavel era muy capaz de imponerles un escolta que las entendiera aunque fingiera no hacerlo—. Enséñanos a hacer un nudo *fishbone* —le ordenó a Calix.

Éste arqueó una ceja. Ése era uno de los más complejos, por no decir el que más. Si no eran capaces de hacer un *windsor*, que era relativamente fácil, ¿cómo iban a hacer ése?

—Quizá deberíamos comenzar con otro más sencillo —se aventuró a decir.

—A Pavel se le ha antojado ese nudo, y es el que le voy a hacer —afirmó decidida a complacer a su marido.

Se estaba comportando de una manera extraña. Siempre que acudía a él estaba ocupado y, cuando conseguía su atención, ésta era insatisfactoria, pues parecía tener la cabeza en otras cosas. También faltaba más a menudo de lo normal de casa. Tal vez se había echado una nueva amante. Una gorda con enormes tetas. Y no era que le importara que tuviera sus líos, lo que le molestaba era que esos líos le hicieran sombra a ella.

Eso sólo le había pasado una vez. Con la madre de la vaca.

—¡No hay modo! ¡Maldito nudo! —exclamó Rayna casi una hora después, arrancando la corbata del cuello de Hristo, lo que provocó un gruñido del hombre.

—Tal vez debería reconsiderar su decisión y optar por uno más sencillo — sugirió Calix—. El *cavendish* podría ser una opción acertada, elimina la complicidad y es un nudo apropiado para una ocasión formal, pues su forma triangular proyecta confianza —apuntó antes de elogiar a Lavinia, quien casi había realizado a la perfección el complicado nudo.

—Pavel no quiere un *cavendish*. Quiere un *fishbone*, y ése va a tener — aseveró Rayna intentándolo de nuevo, aunque con tan pocas ganas y con tan mal humor que el matón soltó un exabrupto en su idioma al notar que lo asfixiaba. Ella lo miró furiosa, hizo un lío con la corbata y la tiró al suelo—. Hristo es un espantoso maniquí y tiene el cuello demasiado grueso. No voy a perder más tiempo, en la próxima clase le pediré a Pavel otro guardaespaldas.

—A mí me gustaría intentarlo una vez más. Antes he estado a punto de conseguirlo, y en esta ocasión estoy segura de lograrlo —dijo Albena mirando licenciosa a Uriel.

El camisero se había resistido con ofensiva brusquedad a todos sus esfuerzos por reanudar la más que satisfactoria relación que habían mantenido, y eso la había puesto más cachonda que nunca. Ciertamente era que dicha relación se limitaba a meterse mano durante las clases y a follar como salvajes tras éstas. No era gran cosa, pero no estaba dispuesta a renunciar a su verga. Tal vez con el estímulo adecuado volvería a ser susceptible a sus caricias.

Rayna sonrió con complicidad a su sobrina.

—Por supuesto, querida, disfruta de la clase. Lavinia, ¿has terminado? Estoy pensando en comprarle una nueva camisa a Pavel, y me gustaría que me dieras tu opinión sobre las telas. —Abandonó el probador seguida por el esbirro y por la rumana.

Calix, obligado a acompañar a las damas para mostrarles los tejidos, le lanzó una mirada admonitoria a Uriel antes de salir.

Albena esperó a que la puerta se cerrara aislándolos del mundo para acercarse lasciva.

—¿Por qué estás tan enfurruñado? —Deslizó un dedo por la pechera de su

camisa.

Uriel la apartó de un manotazo sin molestarse en contestarle.

—¿Acaso no te gusta mi vestido? Me lo he puesto para ti, pero si te disgusta me lo quito —propuso con voz de niña mala comenzando a bajárselo.

—No te molestes —replicó sardónico dando media vuelta para irse. Esa zorra había hablado con otras personas de cómo la follaba, algo que le importaba una mierda, pero lo había hecho delante de Iskra. Y eso le había molestado. Mucho. Y pagaría por ello.

Albena se arrojó sobre él, abrazándolo por la espalda para escurrir las manos bajo el pantalón y agarrarle la polla.

Uriel se lo impidió aferrándole las muñecas con brutalidad y lanzándola contra la pared. Ella lo miró sorprendida y trató de enderezarse, pero él volvió a empujarla contra los espejos, una pierna entre las de ella y el antebrazo izquierdo contra su garganta mientras le tiraba del pelo con la mano derecha.

—Que sea la última vez que hablas de mí y de cómo te follo —dijo amenazante—. No soy un puto trofeo del que puedas pavonearte.

—No le he dicho nada a nadie —gimió ella sacudiendo las caderas para frotarse contra el muslo que la mantenía inmóvil.

Uriel enarcó una ceja a la vez que esbozaba una sonrisa de suficiencia.

—Te pone cachonda esto, ¿verdad? —Le tiró con rudeza del pelo y luego deslizó la mano bajo el vestido, comprobando que no llevaba ropa interior—. ¿Tantas ganas tienes de que te folle que ni siquiera te has puesto bragas? —La penetró violentamente con tres dedos.

Los acogió sin problemas, estaba húmeda y dúctil, preparada para él y tan cachonda que en cuanto los tuvo dentro de su vagina se los apretó, anticipándose al orgasmo.

Pero Uriel no se lo concedió. Los sacó tan rápido como los había metido y se apartó de ella con una mirada desdeñosa.

—Métete el puño y complácete tú misma —la exhortó yendo de nuevo a la

puerta.

—No eres tan bueno como para que me haga un puño por ti —escupió furiosa.

—¿No? —Le dio media vuelta colocándola de cara a la pared, le golpeó los tobillos con el pie para obligarla a separar las piernas, se bajó la cremallera y, antes de que pudiera rebelarse, se puso un condón y le metió la polla hasta la empuñadura.

Un gemido gutural abandonó los labios de la mujer cuando él empezó a moverse en su interior con dureza. Salía dejándola insoportablemente vacía para luego clavársela con saña. Aumentó el ritmo y, cuando la sintió a punto de correrse, salió de ella y le frotó la polla contra el culo, presionando contra el estrecho anillo de músculos del ano hasta que logró penetrarlo.

—Me haces daño —se quejó llorosa.

—Y eso te gusta. Y te lo daré... tal vez otro día. —Se apartó quitándose el condón y subiéndose la cremallera.

—Cabrón hijo de puta —gruñó ella al comprender que no iba a darle alivio.

—No sabes cuánto —repuso Uriel fijando en ella sus aviesos ojos negros —. No vuelvas a hablar de mí con nadie... —advirtió amenazador.

—¡Nunca lo he hecho! —exclamó frustrada por el deseo rugiente y el placer perdido.

—Deja de mentir —Furioso, le tapó la boca con una mano y con la otra le apretó el cuello hasta dejarla sin respiración, su entrepierna presionando la de ella.

Y Albena estuvo a punto de correrse.

—No, querida, no va a ser tan fácil. Tal vez el viernes que viene, si te portas bien... Y mantienes esa boca de furcia cerrada —dijo apartándose de nuevo. Se recompuso el traje y salió del probador, dejándola ardiendo de deseo.

Albena lo observó furiosa mientras deslizaba los dedos sobre su clítoris y

comenzaba a masturbarse. Se apretó un pezón con la otra mano hasta sentir un conato de dolor que la lanzó al orgasmo. Aunque, desde luego, no fue tan brutal como habría sido el que debería haberle proporcionado él. Maldito fuera. ¿Qué podía importarle que presumiera de lo bien que la follaba con sus amigas? Y, además, ¿cómo lo había averiguado? Se quedó rígida al darse cuenta de que sólo una persona podría haberle ido con el cuento.

Y esa persona lo iba a pagar. Con creces.

Flipar

Estar o quedar maravillado o admirado. Estar o quedar asombrado o extrañado.

Viernes, 7 de septiembre de 2018

—¡Jime! —exclamaron al unísono sus amigas al verla llegar al jardín del Príncipe de Anglona.

Jimena sonrió encantada, hacía más de un mes que no las veía y las había echado muchísimo de menos. Las vacaciones no estaban mal los primeros días, pero luego era un coñazo tremendo. Y ella tenía vacaciones dobles, primero con su madre y luego con su padre. Y ambos eran igual de aburridos.

Se sentó en el respaldo del banco con Malena, Anuja y Xiao, pues, aunque el asiento era más cómodo que el respaldo, al quedar en una posición más baja no les permitía ver lo que hacían los chicos que estaban al otro lado del jardín, sentados tras unos arbustos.

—¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó Anuja.

—Aburridas.

Les relató lo que había hecho, que, ciertamente no era gran cosa.

Luego les tocó el turno a Malena, Xiao y Anuja, que, como no habían salido del barrio, aún tenían menos que contar. Aunque sí había un hecho reseñable.

—Kini volvió hace un par de semanas de Bélgica —comentó Anuja como si tal cosa. Era la mejor amiga de Jimena y estaba al tanto de la desavenencia que ambos mantenían.

—¡Y está buenísimo! *Oh, my God!* Tendrías que verlo, está... ¡tremendo! Yo desde luego le hacía un favor —afirmó Malena, la más lanzada del grupo.

—¿Kini? ¿Estás segura de que lo has mirado bien? —replicó Jimena sarcástica.

—Sí lo ha mirado bien. Ella y todas las chicas del barrio —señaló Anuja.

—Pues sí que tenéis el gusto atrofiado —se burló Jimena.

—Lo tendré atrofiado, pero no me importaría morrearlo —dijo Malena chupándose los labios—. Miri se enrolló con él hace unos días y dice que lo hace de vicio. Al parecer, ha aprendido mucho este verano... —La miró maliciosa. Jimena lo había tenido comiendo de su mano y la muy tonta lo había dejado escapar.

—Seguro —resopló esta última. No quería saber nada de Kini. Llevaba meses ignorándola y ella hacía lo mismo.

Continuaron hablando de sus cosas hasta que casi a la hora de comer un chaval entró en el jardín y fue con los chicos que jugaban a las cartas. Saludó a las amigas de Jimena con un gesto de la cabeza y se quedó mirando fijamente a ésta, ignorando a las muchachas que lo llamaban desde el cenador. Sacó un cigarrillo del bolsillo trasero del pantalón y lo encendió dándole una larga calada sin dejar de mirar a la morena de pelo largo y ojos alucinados.

Jimena no podía creerse que el muchacho que la miraba con tanta intensidad fuera Kini. Era imposible que hubiera cambiado tanto durante el verano. Ahora era más alto, más fuerte, más guapo, más... ¡todo! Sólo su mirada desafiante era la misma de siempre, lo demás era distinto. Estaba mucho más... desarrollado. Más hombre. Seguía siendo delgado, pero sus piernas ya no eran palillos y sus brazos tenían musculitos. Llevaba barba de dos días y su pelo seguía igual de tieso que siempre, sólo que lo llevaba más largo y le quedaba genial. Y la miraba como si quisiera... ¿Qué? ¿Un beso? ¿Venganza?

Así que Jimena hizo lo único que se le ocurrió, alzó la barbilla altiva y sacudió la cabeza en el gesto universal de «¿Qué miras, idiota?». Y, a pesar de la distancia que los separaba, la muchacha pudo ver en sus ojos cuánto lo había herido con su estúpida reacción.

Kini apretó los dientes con tanta fuerza que los músculos que cubrían su quijada palpitaron. Dio un par de caladas al cigarrillo y le dedicó a su antigua amiga una mirada cargada de desdén que acompañó con una sonrisa insolente antes de saludar con una sacudida de cabeza a las muchachas que lo observaban desde el cenador. Se dirigió hacia allí. Una de ellas se alejó de sus amigas para encontrarse con él.

—Será idiota —masculló Jimena al ver que la enlazaba por el talle y le daba un beso en la boca. Uno de los largos. De los que incluían lengua y saliva—. Lo hace para molestarme.

—La semana pasada también se enrollaron y tú no estabas —informó Malena ladina.

—Es tarde, me voy a casa a comer.

Saltó del banco y su mejor amiga la siguió.

—No deberías cabrearte con Malena, no te ha hecho nada —le reprochó.

—¿Ah, no? Pues bien que ha dicho que quiere morrearse con él.

—¿Y? —inquirió mirándola divertida.

—Vete a la mierda, Anuja.

Kini esperó a que Jimena saliera del jardín para separarse de Miri. Había sido un error volver a enrollarse con ella. Era una chica muy maja, pero no era la que él quería.

—Lo siento, Miri... Tengo que irme.

—A chuparle el culo a Jimena —replicó ella dolida—. No sé qué ves en esa gilipollas.

—No es una gilipollas. Y no veo nada en ella.

—Pues bien que me dejas por ella —repuso la muchacha con los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas.

Kini apretó los labios disgustado.

—No estamos saliendo, por tanto, no te dejes por nadie.

—Te odio —afirmó ella antes de dar media vuelta y regresar con sus amigas.

—Yo también me odio —masculló Kini encendiéndose otro cigarrillo.

Se marchó enfadado con Jimena, consigo mismo por ser tan idiota y con el mundo en general. Entró en casa rumiando su cabreo.

—Acepto que fumes en la calle porque no puedo hacer nada por evitarlo. Pero mientras vivas en mi casa seguirás mis normas, y una de ellas es que aquí no se fuma.

Kini se sobresaltó al oír el vozarrón enfadado de su abuelo. ¡Mierda! Se suponía que había ido a hacer unas gestiones que le llevarían toda la mañana. Dio una última calada al cigarrillo y entró en la cocina para apagarlo bajo el grifo antes de tirarlo a la basura, luego se dirigió a su cuarto para leer un estúpido libro infantil. O para tratar de hacerlo, porque leer seguía siendo una tortura y un coñazo. Pero si quería aprender a leer bien no le quedaba otra que ponerse a ello.

—He ido a visitar el Yeats Center —le comentó Salvador entrando tras él.

—¿Qué es eso?

—Es un centro especializado en alumnos con dislexia.

—No me jodas... —masculló Kini al intuir por dónde iba su abuelo.

—No quiero oír palabras malsonantes en mi casa, Joaquín —lo regañó muy serio.

—No fumes, no digas tacos, no llegues tarde, no salgas de noche... —masculló frustrado—. No se puede hacer nada en tu casa.

—Mientras que en la de tus padres se puede hacer demasiado —replicó Salvador huraño. Su nieto se había vuelto más rebelde y respondón tras pasar el verano con ellos.

Anciano y adolescente se miraron desafiantes durante unos segundos que parecieron minutos, hasta que Kini bajó la mirada a la vez que se llevaba la mano al paquete de tabaco. No llegó a sacarlo del bolsillo. En lugar de eso, se

dejó caer en la cama y cogió enfurruñado el libro que estaba tratando, con muy poco éxito, de leer.

—Cuando hablo espero que, como mínimo, finjas prestarme atención. —Le arrancó el libro de las manos. Puede que Kini fuera más alto y fuerte que él, pero no iba dejar de tratarlo como a un crío hasta que dejara de comportarse como tal—. A pesar de que no suelen aceptar alumnos que no han cursado en el centro desde primaria, moví algunos hilos y pedí muchos favores para conseguirte una plaza —dijo con severidad—. Esta mañana me han comunicado que te han aceptado.

—¡No deberías haberlo hecho! —saltó Kini.

—¿Por qué no? Necesitas a alguien que pueda orientarte y darte las pautas oportunas para llegar a buen puerto con tus estudios —afirmó el abuelo, tan enfadado como el nieto.

—¡Eso ya lo estás haciendo tú!

—Pero no es suficiente. No tengo los conocimientos necesarios para ayudarte —replicó frustrado—. He hablado con muchos amigos logopedas y me han aconsejado ese centro.

—No voy a ir a un instituto para idiotas.

—No es un instituto para idiotas; al contrario, es un sitio en el que te van a enseñar a canalizar toda esa inteligencia desaprovechada que da vueltas en tu cabeza.

—No digas gilipolleces, abuelo, yo no soy inteligente. Ni siquiera sé leer bien...

—No. Lo que no sabes es descodificar los textos, que es muy distinto. Y allí pueden enseñarte —aclaró pasando por alto el impropio que había soltado Kini.

—Nadie puede enseñarme.

—He pagado la matrícula hoy y el lunes iré a darte de baja en tu instituto —zanjó el tema.

—No quiero dejar mi instituto, estoy bien allí.

—Estás desaprovechado allí. Por mucho que se esfuerzan, tampoco ellos pueden hacer nada por ti. Tienes una dislexia muy pronunciada agravada por una acusada disgrafía, y debes ponerte en manos de profesionales. Puede que tus padres hayan ignorado tus necesidades —«y a ti»— durante años, pero ahora estás bajo mi tutela y yo no voy a hacerlo.

—¡Joder! —estalló Kini acorralado. Se puso en pie y barrió todo lo que había sobre el escritorio con la mano—. ¡Me vas a llevar a un instituto para idiotas y todo el barrio va a saber que no sé leer ni escribir! ¡No puedes hacer eso! No lo permitiré —aseveró encarándose a él, tan cerca que su estómago plano casi tocaba el vientre abultado del abuelo.

—Que sea la última vez que me levantas la voz —le advirtió Salvador con calma glacial.

Kini dio un paso atrás con la mirada baja, su respiración entrando y saliendo ruidosamente entre sus dientes apretados hasta que logró calmarse.

—No me obligues a ir —suplicó.

—¿No te das cuenta de que tienes un gran futuro por delante y lo estás tirando por la borda sólo por ir a clase con una chica que no te hace caso? —lo exhortó, tirando a matar.

Kini cerró los ojos herido de muerte.

—No es por eso —acertó a decir con los puños apretados.

—No, supongo que dejar de ir a clase con tus amigos también es importante. Pero puedes seguir viéndolos en el barrio.

Kini inspiró con fuerza. En realidad, su única amiga había sido Jimena, y sólo por unos pocos meses. Los chicos del barrio no eran amigos, sólo conocidos con los que a veces se juntaba. Él no tenía amigos. No los quería. Dolían demasiado.

—Inténtalo este año, asiste a clase, atiende a todo lo que pueden enseñarte, da lo mejor de ti mismo, y si para el curso que viene quieres regresar a tu instituto, lo permitiré. Pero danos este año de prueba.

—¿Tengo otra opción? —Lo miró dolido.

Salvador observó a su nieto, consciente de que no estaba llevando el asunto como había planeado. Sabía que le iba a doler, pero no imaginaba cuánto.

—Sí la tienes. Si estás decidido a no aprovechar la oportunidad, no te obligaré a ir. Pero lo lamentaré profundamente. Eres muy inteligente, sólo tienes que aprender a canalizar esa inteligencia, y en el Yeats Center pueden enseñarte.

Kini miró a su abuelo como si se hubiera vuelto loco. Pretendía llevarlo a un colegio inglés, cuando apenas sabía leer en español.

—¿Por qué tengo que ir a un colegio inglés?

—No es inglés.

—Entonces ¿por qué tiene nombre inglés? —inquirió desconfiado.

—Es el de un gran escritor, William Butler Yeats. Ganó el Premio Nobel de Literatura en 1923. Y era disléxico. Afirmó que «La educación no es llenar un cubo, sino encender un fuego» —apuntó su abuelo—. Y yo quiero ayudarte a encender tu fuego y que se vuelva incombustible. Déjame hacerlo.

Coadyuvar

Contribuir o ayudar a que algo se realice o tenga lugar.

Sábado, 8 de septiembre de 2018

—«Mi vida no le importa a nadie. Vivo como quiero, y así seguiré» —dijo Vicenta con esa voz lánguida y ronca que había roto los corazones de los hombres cuatro décadas atrás.

—¡Ava Gardner en *La condesa descalza*! —exclamó Iskra aplaudiendo emocionada—. ¡He ganado, me toca! —Miró a Gadea y dijo—: ¡«*Supercalifragilisticoespialidoso*»!

—¡Ésa me la sé! ¡Mary Poppins en *Mary Poppins*! —gritó Gadea eufórica, y su madre no pudo evitar sonreírle a la joven a la que había invitado su marido.

Acababan de terminar de comer cuando Iskra había comentado que estaba impaciente por ir al cine a ver *Desayuno con diamantes*, luego había dicho una frase de la película y Vicenta había contestado con otra, pero de otra película. Iskra había revelado en qué película decían esa frase y había dicho otra a su vez. Y Vicenta le había seguido el juego, y así llevaban varios minutos.

—Me toca. —Gadea se levantó para imitar mejor al personaje—. «¡Yo soy Groot!»

—¡*Guardianes de la galaxia*! —gritó Jimena antes de que nadie se le adelantara. ¡Por fin una frase de una película que conocía!—. «¡Hulk, aplasta!»

—¡*Los vengadores!* —adivinó Cruz—. «Lo más grande que te puede pasar es que ames y seas correspondido» —entonó.

—¡*Moulin Rouge!* —señaló Eva—. «Yo soy tu padre...»

—*La guerra de las galaxias* —apuntó Adán.

—¡No! —gritaron a la vez Eva, Jimena, Cruz y Gala, sorprendiendo a Adán.

—Es de *El imperio contraataca* —señaló Calix apuntándose el tanto, se volvió hacia Iskra y fijó sus luminosos ojos verdes en ella—. «Es el material del que están hechos los sueños.»

—Bogart en *El halcón maltés* —musitó Iskra enrojeciendo vivamente.

Era una estupidez pensar que se refería a ella con esa frase, pero no podía evitarlo. Su alma romántica se empeñaba en convertir las miradas y las frases de Calix en señales de amor, y no había modo de que pudiera convencerse de que sólo eran los detalles que un buen amigo tenía con una buena amiga por la que no podía sentir nada remotamente romántico.

—«Nadie es perfecto» —musitó, lanzándole su frase.

—*Con faldas y a lo loco* —se adelantó Uriel antes de que nadie respondiera. Estaba harto del puñetero jueguecito, de la reunión y de todo el día en general.

Había intentado rechazar la invitación de Rodrigo, pero su traicionero compañero de piso la había aceptado, obligándolo a hacer lo mismo si no quería quedar como el culo ante el tipo que le pagaba el sueldo. Así que había dado su brazo a torcer con la idea de comer rápido y largarse cagando leches. Pero eso había sido imposible. ¿Cómo iba a pensar que la futura mujer de su jefe no iba a renunciar a su comida sabatina con sus amigas, reuniéndolos a todos? ¡Era de locos! Lo que debería haber sido una breve comida se había convertido en una reunión de amigos que más parecían una familia cariñosa y bien avenida. Y no había nada que le diera más grima que las jodidas reuniones familiares.

Debería estar en casa, descansando para hacer acopio de fuerzas con vistas

a la noche de sexo salvaje y desenfrenado que le esperaba. Pero en lugar de eso estaba allí, con una vieja de pelo azul, un mariquita emplumado y su marido, el primer hombre y la primera mujer bíblicos, dos niñas, su madre, su jefe y el hombre y la mujer a los que quería follarse. Y estaba harto. Ese ambiente de hogareña felicidad no iba con él. Le provocaba alergia.

—«Todo lo que alguna vez amaste te rechazará o morirá» —dijo, la garganta cerrada por el dolor mientras decía la frase que resumía lo que había sido, y lo que siempre sería, su vida.

Todos lo miraron estupefactos por el cinismo y la desesperación que resonaban en esa decena de palabras.

—¿Nadie sabe a qué película pertenece? Qué lástima —sonrió artero—. Imagino que eso da por terminado el juego. —Se puso en pie y palmeó el hombro de Calix—. Hora de irse.

—Sí, se hace tarde. Gracias por la comida, Gala, estaba deliciosa —dijo siguiéndolo.

—¡Uriel! ¿A qué película pertenece la frase? —le reclamó Eva con los ojos entornados.

—A *El club de la lucha*. «Todo lo que alguna vez amaste te rechazará o morirá, todo lo que alguna vez creaste será desechado, y todo aquello de lo que estás orgulloso terminará convertido en basura» —recitó la frase completa antes de salir del salón.

—Me sorprende que conozcas *El halcón maltés*, no es la clase de películas que ves habitualmente —comentó Rodrigo entrando tras Calix y Uriel en el piso de éstos.

Cumpliendo su promesa, había dejado su casa a disposición de Gala e Iskra, y también de Vicenta, Eva y Cruz, a quien, aunque de género masculino, a nadie se le ocurrió echar, como sí sucedió con Adán y Bruno. Aunque, claro,

Cruz, a pesar de ser hombre, era una amiga más, y eso tenía privilegios asociados. Vestir, maquillar y peinar a Iskra era uno de ellos.

—La echaron por La 2 y me llamó la atención —le restó importancia Calix.

—Qué extraño, en los meses que has vivido conmigo jamás te he visto mirar La 2, ni siquiera cuando zapeabas. Siempre te la saltabas.

—Dio la casualidad de que no había nada que me interesara y estaba aburrido.

—Sólo por curiosidad, ¿has visto más películas clásicas en estos meses? Estoy seguro de que, de ser así, a Iskra le encantará saberlo para comentarlas contigo.

Calix observó a su jefe con los ojos entornados. Lo conocía lo suficiente para saber que, a pesar de su gesto serio, se estaba divirtiendo a su costa. Tenía un sentido del humor muy especial.

Entró en el baño sin molestarse en responder. Se metió en la ducha y, mientras el agua caía sobre él, pensó en todas las películas antiguas que había visto ese verano. Docenas. Y no por casualidad o porque estuviera aburrido. Las había buscado con ahínco, dedicando las noches de los últimos dos meses a alternar cine clásico con series de última generación. Y había descubierto que las películas clásicas no estaban mal. Al contrario, eran magníficas.

Se duchó prestando especial atención a su higiene corporal, tanto que incluso estuvo a punto de afeitarse la ingle, las axilas y el pecho como tenía por costumbre hacer antes, cuando era otro hombre. Desechó la idea antes de llevarla a cabo. Ya no era un idiota superficial al que sólo le importaba tener un físico perfecto.

Al salir de la ducha puso especial atención en lavarse los dientes, y no porque pensara usar la boca para otra cosa que no fuera comer o beber, sino porque... Porque la higiene siempre era importante, incluso cuando no se tenía pensado besar a nadie. Y él desde luego no lo tenía pensado. Había fantaseado con ello un millón de veces, pero de ahí a besarla había un trecho, reflexionó sintiendo una punzada de deslealtad hacia Verónica. Se alisó el pelo en lugar

de dejarlo secar al aire y, enrollándose una toalla en las caderas, salió del baño.

—Te has pasado tanto tiempo en la ducha como mi madre —lo acusó Jimena impaciente cuando pasó frente al salón.

—Pensé que ibas a ayudar a Iskra a arreglarse —comentó Calix entrando en él.

Rodrigo estaba con ella, pero de Uriel no había ni rastro. Intuyó que estaría durmiendo.

—Y lo hice. Pero también se han quedado Vicenta, Eva y Cruz, y están como locas maquillándola y peinándola... —resopló aburrida.

—Creí que eso de maquillar y peinar a la gente te gustaba —señaló Rodrigo.

—Pues hoy no. —Jimena fijó la vista en Calix y arqueó varias veces las cejas.

—Dame cinco minutos para vestirme y luego ven a mi cuarto, quiero enseñarte el último cómic que he comprado —dijo él guiñándole el ojo con disimulo.

—Si no hay más remedio... —aceptó ella fingiendo indiferencia.

Rodrigo los miró divertido antes de volver a centrar su atención en la novela que estaba leyendo. Los conocía lo suficiente para saber que Jimena necesitaba hablar de sus cosas y que Calix estaría encantado de escucharla.

—¿Qué ha pasado? —indagó Calix cuando ella entró en su habitación exactamente cinco minutos después.

Apenas le había dado tiempo a ponerse el viejo chándal que usaba para estar en casa y una raída camiseta de los Ramones, aunque tampoco le importaba demasiado su pinta de vagabundo; al fin y al cabo, Jimena era su mejor amiga.

—¿Sigues corriendo con Kini por las mañanas? —le preguntó ella como si tal cosa.

Calix enarcó una ceja interesado.

—Sí, lo veo todos los días.

—Y ¿no te ha dicho nada?

—¿Nada de qué?

—No sé... —La niña miró al suelo nerviosa—. De lo que hace...

—Que yo sepa, no hace nada especial. Juega a las cartas con los chicos de la plaza, va al cine el día del espectador y busca insectos a la menor oportunidad, como siempre.

—¿No te ha dicho que está enrollado con una chica? —inquirió interesada.

—¿Lo está? No tenía ni idea. Pero me alegro por él.

—¿Te alegras por él?! —jadeó indignada.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¡Porque es un cerdo! Nos vimos ayer y no se molestó en acercarse a saludarme. Sólo me miró con esos ojos tan serios que pone y luego se enrolló con Miri para molestarme.

—¿Tú crees? —La miró divertido—. ¿No sería porque le apeteciera besarla?

—¡No! Lo hizo para molestarme, porque es un capullo y un gilipollas, y lo odio.

—Vaya, vaya, eso suena a ataque de celos en toda regla —comentó alguien tras ellos.

Jimena se volvió de un salto, sólo para encontrarse con la mirada ladina de Uriel, que en ese momento entraba en la habitación y cerraba la puerta tras de sí.

Se puso roja como un tomate.

—¡Es una conversación privada! —le gritó.

—Haber cerrado la puerta —replicó él burlón, ganándose una afilada mirada de Calix.

—¡La he cerrado! —estalló ella.

—No con llave.

—Mejor te vas, ¿vale? —lo exhortó furiosa.

—No. Nos hemos entretenido mucho en tu casa y se nos ha echado el tiempo encima. Calix tiene que empezar a arreglarse ya.

—En eso tiene razón, se está haciendo tarde —convino el interpelado.

—Vale, pues ya lo ayudo yo, puedes largarte —dijo Jimena, echando sin disimulo a Uriel.

—Me temo que a tu *padrovio* o como coño lo llames no le hará gracia que te quedes aquí mientras Calix se viste.

—Rodrigo tiene plena confianza en nosotros —le espetó Jimena, cada vez más enfadada—. ¿Por qué no te vas de una vez?

—Jimena, ya vale —la reprendió Calix.

—Porque no creo que a Rodrigo, por mucha confianza que tenga en Calix, le haga gracia que lo veas en bolas. Aunque no dudo de que aprenderías mucho de anatomía masculina y que tal vez incluso te sirviera para saber dónde tienes que tocar para reconquistar al pobre enamorado al que mandaste a la mierda hace unos meses y que ahora te está devolviendo la pelota —contestó mordaz.

—¡Uriel! ¡Basta! No se te ocurra seguir por ahí, ¡es una niña! —le advirtió Calix, dándole un empujón que lo lanzó contra la puerta—. Jimena, ¿por qué no vas al comedor? Cuando esté vestido te llamo, ¿vale?

Ella los miró furiosa a ambos. A Calix, por decir que era una niña, y a Uriel por soltar esas cosas y hacerla enrojecer como si fuera... ¡una niña!

—¡Eres un gilipollas! —chilló indignada ignorando la petición de su amigo.

—Nunca he dicho lo contrario —convino Uriel abriendo la puerta—. Si nos disculpas...

—Sal tú también —le pidió ella con los ojos convertidos en rendijas.

—¿Por qué debería hacerlo? A mí nadie me va a regañar por verlo en

bolas. —«Y, además, me apetece mucho verlo en toda su gloria.»

—Uriel, déjala en paz —lo exhortó Calix colérico—. Nos vemos dentro de un rato, Jime.

La adolescente aceptó irse, aunque no antes de lanzar a Uriel una mirada asesina.

—No vuelvas a hablarle así a Jimena —se le encaró Calix cuando la niña cerró la puerta.

—No seas tan remilgado. Esa cría tiene..., ¿cuántos? ¿Catorce años? ¿Quince? No se va a escandalizar. Seguramente sepa más de sexo de lo que piensas. Más que tú seguro, llevas tanto sin follar que estás desactualizado —aseveró insidioso.

—Déjala en paz —le ordenó Calix tajante; sus ojos prometían dolor si lo desobedecía.

—Está bien, lo que tú mandes —se rindió Uriel—. No sé qué rollo te traes con Jimena, pero da grima. Pareces más su hermano que el empleado del novio de su madre.

—Es mi amiga, la mejor que nunca podré tener —expuso Calix con brusca sinceridad.

—Es una cría.

—Y tú un gilipollas, y no por eso dejas de ser mi amigo —repuso abriendo las puertas del armario, lo que le impidió ver el gesto asombrado de Uriel, pues Calix jamás usaba la palabra *amigo* en vano—. No tengo muy claro lo que quiero ponerme —resopló disgustado.

De las perchas colgaban pantalones de vestir, vaqueros deformes que le resbalaban por las caderas y pantalones de deporte. Lo que sólo le daba tres opciones: demasiado serio, demasiado desarrapado o demasiado informal.

—Tienes unos vaqueros negros, ¿verdad? —Miró interrogante a Uriel.

—Tengo varios.

Sin preguntar más, Calix salió de su cuarto y fue al de Uriel.

—Claro que no me importa, puedes robarme toda la ropa que quieras, mi

armario es el tuyo —comentó Uriel guasón al verlo regresar con varios de sus pantalones colgados del brazo.

Calix le sonrió mordaz antes de desnudarse y quedarse sólo con la ropa interior.

A Uriel se le hizo la boca agua.

El segoviano tenía un cuerpo hecho para ser acariciado, lamido y saboreado a conciencia. Dudaba que pudiera saciarse de él en una sola noche. Tal vez ni siquiera en un mes. Era el cuerpo de un corredor de fondo; delgado, con los músculos definidos pero no prominentes. Las piernas fibrosas, las nalgas duras, los abdominales esculpidos y unos perfilados oblicuos que formaban una erótica «V» que se perdía bajo el ajustado bóxer.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó Calix volviéndose hacia él.

Uriel observó con lo que esperaba fuera un gesto de indiferencia su propio pantalón sobre el cuerpo de Calix y sintió que su polla crecía y se engrosaba como nunca antes.

Los vaqueros que a él le quedaban bien a Calix le quedaban obscenamente perfectos. Al ser un poco más musculoso que él, se le ajustaban a las piernas y al trasero, y la cinturilla, baja de por sí, le ceñía las caderas, haciendo más que evidente que estaba muy bien armado.

—No está mal, ¿qué camisa te vas a poner? —le preguntó metiendo las manos en los bolsillos para conseguir espacio en la entrepierna del pantalón para su gruesa erección.

—La blanca de lino y cuello mao.

La sacó del armario y se la puso. Se miró en el espejo, dejó los botones del cuello abiertos y se la remangó hasta mitad del antebrazo; luego añadió al conjunto un elegante chaleco negro que se amoldaba a su definido torso como una segunda piel.

—Te vas a asar de calor —comentó Uriel con voz ronca. De buena gana le habría quitado la ropa para hacerle un traje de saliva.

—No creas, ya no hace tanto —replicó observándose en el espejo—. Y si

Iskra se va a poner un vestido especial para ir al cine, yo no puedo ir hecho un zarrapastroso.

Abrió el cajón de la mesilla y sacó un largo rosario acabado en una cruz dorada. Se lo puso sobre la camisa. Si la llevara abierta, la hilera de cuentas caería exactamente entre sus pectorales y la punta de la cruz se alojaría sobre sus delineados abdominales, pero él ya no hacía eso, ya no buscaba impresionar con su físico a las féminas. Porque el hombre que era ahora aborrecía el sexo, y no iba a usar su cuerpo convirtiéndose de nuevo en el muñeco sexual de antaño. Se quitó el rosario y en su lugar usó un colgante de cuero del que pendía un búho de jade del mismo color que sus ojos. Luego se puso varias pulseras de cuero en las muñecas y un grueso anillo en el índice de la mano derecha.

—¿Qué tal? —le preguntó nervioso a Uriel.

Era una tontería sentirse inquieto por ir al cine, pero no podía evitar pensar que era su primera cita a solas con Iskra y quería estar... guapo.

Se odió al darse cuenta de que toda la superficialidad que creía haber erradicado de su personalidad había vuelto. Por lo visto, estaba equivocado y seguía obsesionado con la apariencia y el sexo.

—Demasiado equilibrado, un cinturón de piel marrón romperá el negro. — Uriel lo sacó del cajón y se acercó a Calix, ignorante de los turbulentos pensamientos de su amigo.

Se paró frente a él y comenzó a meter el extremo afilado del cinturón por las trabillas del vaquero para colocarlo en su lugar. Pero, en vez de rodearlo cuando llegó a las de la espalda, se apretó contra él y lo envolvió con los brazos mientras sus dedos se deslizaban por la cintura del pantalón, y un poco más abajo, sus ojos obsidiana fijos en los verdes de Calix.

Éste tomó aire con brusquedad al sentir la erección de Uriel contra su entrepierna.

—¿Estás empalmado? —Lo miró atónito.

—Es difícil no estarlo, con lo bueno que estás —replicó Uriel apartándose,

pues ya había colocado el cinturón.

—No me lo puedo creer.

—¿Por qué no? No es la primera vez que me ves cachondo...

—Pero ¡no por mi culpa!

—No seas vanidoso, no ha sido por ti, sino por tu cuerpo. Llevo cinco días sin follar y, lógicamente, lo echo en falta. No todos tenemos tu capacidad para soportar un celibato pronunciado —se justificó agarrándole la polla para darle un apretón, que Calix, tan sorprendido como estaba, no acertó a esquivar—. Perfecto. Era justo lo que te faltaba —afirmó complacido.

El cinturón no sólo rompía el negro del pantalón y el chaleco, sino que también llevaba la atención a sus estrechas caderas y al excepcional paquete que el vaquero, al ser tan bajo, evidenciaba.

—Déjate de gilipollices, joder —le reclamó Calix apartándole la mano.

Y esos segundos que tardó en apartarla Uriel los disfrutó más que nunca. Cuando la parejita feliz se fuera al cine, se masturbaría pensando en ellos. En el paquete de Calix y en los pechos de Iskra.

Calix, incómodo por la más que evidente erección de Uriel, se calzó y salió al comedor.

—¡Madre mía, Calix, estás tremendo! —exclamó Jimena al verlo—. Iskra se va a quedar *to' loca* al verte.

—Me conformaría con que me reconociera —masculló él disgustado—. No parezco yo.

—¡Claro que pareces tú! ¡Sólo que mucho más guapo! —afirmó encantada—. Si no fueras tan viejo, te pediría que te casaras conmigo.

Calix miró desanimado a Rodrigo.

—Sólo tú puedes decidir quién quieres ser —declaró el albino esbozando una sonrisa cómplice—. Y hace tiempo que lo tienes bastante claro... ¿O me equivoco?

—No —admitió. Aunque en realidad no se sentía muy seguro de quién era. Ni de quién quería ser. Pero sí sabía quién no quería volver a ser.

—Las damas han quedado en mandarme un mensaje cuando estén listas. Mientras tanto, esperaremos, unos más impacientes que otros, todo sea dicho —comentó Rodrigo fijando sus ojos violetas en Calix.

—Te crees gracioso, Rodriguito, pero no lo eres. Para nada. —Jimena lo miró ofendida, consciente de que esa frase iba dirigida a Calix—. No está nervioso, ¿a que no?

Calix sonrió encantado con la defensa de su amiga y se sentó junto a ella para charlar mientras esperaban. No habían pasado ni cinco minutos cuando se levantó para ir a por la cartera, pues no sabía si había cogido dinero. Sí lo había hecho. Volvió a sentarse y seis minutos después se puso en pie, esta vez lo que no tenía claro era si se había echado desodorante. No, se le había olvidado. Cuando volvió a levantarse fue porque tampoco se había echado colonia. Cuando regresó olía tan bien que daban ganas de pegarse a él y olfatearlo como si fuera una flor. Aguantó casi cuatro minutos antes de saltar del sofá e ir a la cocina; por lo visto, estaba muerto de sed.

—Esperemos que Iskra no se demore mucho más, o tendremos que inyectarte Orfidal para que no te dé un infarto —se burló Uriel cuando Calix se levantó de nuevo, esta vez sin ninguna excusa, y comenzó a pasear por el salón.

—Tal vez si me liara a puñetazos contigo liberaría los nervios —repuso Calix molesto.

—Adelante, ya sabes que no me importa.

—¡No lo pienses! —lo jaleó Jimena encantada. Un ojo morado era lo mínimo que se merecía—. Un par de puñetazos bien dados liberan mucho estrés.

Calix se lo planteó durante un segundo antes de continuar con su nervioso deambular.

—Estás preciosa, tan guapa que dan ganas de llorar —afirmó Cruz con un

suspiro.

Iskra lo miró pasmada, desde luego ese hombre era un exagerado. No iba a negar que estaba mona, pero poco más. Sus caderas seguían ahí, recordándole que estaba a dieta y que tenía que sacrificarse, aunque durante la comida había estado a punto de echarse a llorar al ver unos platos tan ricos y no poder comerlos. Y todavía tenía que resistirse a la merienda-cena. No sabía si lo conseguiría. Al fin y al cabo, no había nada malo en tener las caderas y el culo enormes y las tetas como ubres, recordó las palabras que Calix le había dicho a Verónica. No todo el mundo podía ser guapo. También los feos tenían derecho a su lugar en el mundo.

—Creo que ya es hora de que baje —comentó nerviosa.

—¡No, no, no! —negó Cruz con los ojos abiertos como platos—. Es él quien tiene que subir a buscarte. Forma parte del cortejo...

—Nadie me está cortejando, sólo vamos a ir al cine —rebatía ella divertida.

—Aun así, acabo de mandarle un whatsapp a Rodrigo para que Calix venga a buscarte, y por lo que me ha contestado no creo que tarde ni un minuto. —Gala le guiñó un ojo antes de guiarla a la puerta.

Iskra la miró confundida.

—¿Por qué tiene tanta prisa? ¿He tardado demasiado en vestirme? Espero que no. Me he dado toda la prisa que he podido, pero siempre me acabo entreteniendo con el pelo —musitó agobiada—. No debería tener tanta prisa en subir. A no ser que... El cine empieza a las nueve, pero Calix quiere ir a merendar antes. ¿Crees que no nos va a dar tiempo? —planteó desanimada. Sería lo mejor para su dieta, pero ¿qué narices?, su estómago se había hecho ciertas ilusiones.

—Tranquila. No tenéis ninguna prisa, lo que pasa es que está nervioso —consiguió decir Gala cuando Iskra paró a tomar aire. Al parecer, Calix no era el único que estaba alterado.

La muchacha la miró como si hubiera dicho la tontería más tonta del mundo

mundial.

—¿Por qué iba a estar nervioso?

—Tal vez porque va a llevar a una preciosa mujer al cine.

Iskra abrió mucho los ojos y sus cejas se elevaron sorprendidas, casi tocándose.

Y Gala no pudo evitar pensar que su futuro marido tenía razón: las cejas de esa muchacha eran tan expresivas que hablaban su propio lenguaje.

—Me parece increíble que vaya a salir contigo. Que, de hecho, ya haya salido contigo —musitó Gala retirándole el pelo de la cara como hacía con sus hijas.

—Bueno, tampoco es salir exactamente. Sólo vamos al cine y a merendar. Y la otra vez fuimos de compras —rebató Iskra con timidez—. No es nada importante.

—Te equivocas. Calix ha pasado un año muy duro. Alguien le hizo mucho daño y se encerró en su caparazón, y sólo ahora está empezando a salir de él. Y, según Rodrigo, mucha culpa de eso la tienes tú.

—Y Uriel, él lo anima más que yo —apuntó Iskra—. Fue Verónica quien le hizo tanto daño, ¿verdad?

Intuía que esa mujer era mucho más importante para Calix de lo que Uriel le había dado a entender. Pero ¿de qué modo podía serlo? Era inconcebible que la traición de una amiga pudiera doler tanto, aunque ella tampoco podía saberlo, pues había dejado de ir al instituto al cumplir los dieciséis, y en la aldea las personas menores de setenta años se reducían a una: ella misma, lo que complicaba mucho el tener amigos que pudieran traicionarla.

—No era buena, hizo cosas terribles y se inventó unas mentiras horribles sobre Calix que yo creí sin dudar —confesó Gala, sus ojos llenándose de dolor—. Desde entonces no ha dejado que nadie se acerque a él. Sólo Rodrigo y Jimena han conseguido romper su coraza. Y, por lo visto, ahora también Uriel y tú. —Le sonrió con cariño—. Pórtate bien con él.

Iskra aceptó con un gesto, incapaz de verbalizar su respuesta. Por supuesto

que se portaría bien con él. Lo cuidaría y se aseguraría de que nadie volviera a hacerle daño.

Nefelibata

Dicho de una persona: soñadora, que no se apercibe de la realidad.

—... y entonces, ¡buuum!, la avioneta se le viene encima y se tira al suelo. ¡Qué susto me llevé! Pensé que Cary Grant iba a morir aplastado —dijo Iskra, los ojos muy abiertos y las manos posadas sobre el corazón como si temiera que éste fuera a escapársele del pecho.

—Vaya, sí que debiste de asustarte —comentó Calix, la mirada fija en los dedos posados sobre uno de los lugares con los que soñaba cada noche.

—Ni te lo imaginas. Mi abuela decía que soy una exagerada y que vivo las películas, pero no lo puedo evitar. De hecho, nadie con un corazón en el pecho podría quedarse impasible cuando, por ejemplo, Cary Grant descubre que Deborah Kerr en realidad no acudió a la cita en el Empire State porque se había quedado paralítica. Esa escena es... —Suspiró embargada por la emoción, sus ojos llenándose de lágrimas y su pecho, de aire.

Y Calix estaba seguro de que no lo hacía a propósito, ella no era una mujer que utilizara sus encantos para seducir a los hombres, pero, joder, era casi imposible no querer agachar la cabeza y hundirla entre sus gloriosos pechos cuando suspiraba de esa manera. Más aún con lo hermosa que estaba esa tarde.

Llevaba un corpiño negro con conejitos blancos bordados, profundo escote en uve y ajustadas mangas que casi tocaban sus codos. La falda blanca, de gasa y tul con conejitos negros bordados, se ceñía a su cintura antes de abrirse y caer hasta tocar sus gemelos. Según le había dicho, el conjunto imitaba el de

Grace Kelly en *La ventana indiscreta*. Pero Calix estaba seguro de que Grace Kelly jamás había estado tan arrebatadora como lo estaba Iskra.

No podía dejar de mirarla, y no sólo por lo hermosa que estaba, sino más bien por la ilusión que la embargaba. Llevaba toda la tarde hablando sin parar sobre las películas que más le gustaban, sobre su vida en la aldea y sobre cualquier cosa que le llamara la atención. Y lo cierto era que casi todo se la llamaba. Tenía una curiosidad insaciable, una capacidad de asombro inconmensurable y una alegría inagotable.

Y durante unas horas esa alegría indestructible que emanaba de ella sería sólo para él.

—Aún queda un rato para que empiece la película, ¿qué te apetece hacer hasta entonces? —le preguntó llamando al camarero para pagar la cuenta.

Tal como le había prometido, habían ido a tomar tapas a modo de cena temprana, aunque ella se había negado a comer nada excepto una mísera ensalada y una botella de agua. Por lo visto, se había tomado muy en serio la dieta, algo que a él no le hacía ni pizca de gracia. Verla comer era un placer, y sentía que se lo habían arrebatado.

—Podríamos acercarnos a La Mallorquina, no está muy lejos, ¿verdad? —propuso Iskra.

Él la miró sorprendido. ¿Quería ir a la famosa pastelería? ¿Eso significaba que se iba a saltar la dieta? Sonrió encantado al pensar que por fin iba a verla comer como Dios mandaba.

Le tendió la mano y ella no tardó en tomársela. Iskra se había acostumbrado al ajetreo de la capital y ya no parecía un gatito asustado a punto de salir corriendo en busca de refugio, pero seguían sin gustarle los lugares demasiado transitados, como la Puerta del Sol. De ahí que él hubiera adoptado la costumbre de darle la mano cuando paseaban. No era un gesto romántico, sino de amistad, y como tal se lo tomaban. O al menos eso querían pensar ambos.

Caminaron por las concurridas calles y, al llegar a la pastelería, le pareció vislumbrar a un hombre calvo al que tenía la impresión de haber visto en más

ocasiones. Se detuvo intrigado, pero Iskra tiró de su mano para entrar, y él, divertido por su impaciencia, la siguió hasta el mostrador de venta para llevar. Se quedó pasmado cuando la vio comprar dos docenas de bollos. ¿Se los pensaba comer todos?

—Creía que estabas a dieta... —comentó jocoso cuando salieron.

—Y lo estoy —replicó muy seria—. Estos bollos son para Pavel y sus hombres. Todos los sábados se los llevo. —Él arqueó una ceja—. No me mires así, si tú vieras la cara de placer que ponen cuando se los comen, también se los llevarías.

—Veo la cara que pones tú cuando los comes —gruñó sin poder evitarlo—. O la veía, porque ya no comes. No me gusta que estés a dieta. No te hace falta, eres perfecta como eres.

—Y tú eres un mentiroso redomado —repuso ella tan enfadada que le temblaron los labios antes de echar a andar sin esperar a que le diera la mano o le cogiera el paquete.

—¿Por qué dices eso? —Calix la persiguió esquivando a la gente que llenaba la Puerta del Sol.

—Te oí cuando hablabas con Verónica. Reías mientras le decías que tengo las caderas enormes y tetas en vez de ubres —exclamó volviéndose hacia él como un rayo, toda su indestructible alegría convertida en furia incontenible.

—No me reía —acertó a decir Calix, conmocionado por la rabia que bullía en ella y que estaba dirigida sólo a él.

Dio un paso atrás, asustado, en su mente resonando los gritos y los insultos de otra mujer. Sacudió la cabeza para evitar que los recuerdos siguieran fluyendo, y el dolor y la humillación lo rompieran de nuevo en mil pedazos.

—¿Calix? —Iskra se acercó a él al percatarse de su repentina lividez.

—Lamento que oyeras eso. No lo sentía ni lo pensaba, te lo juro. Nunca quise herirte —se apresuró a decir, sintiéndose asqueado al darse cuenta de lo suplicante y acobardado que sonaba.

—Entonces ¿por qué lo dijiste? —exigió saber ella.

Él la miró azorado. ¿Qué podía decirle? ¿Que había tenido miedo de que la mujer con la que había compartido su vida durante un año y de la que había estado, y tal vez todavía estaba, enamorado la tomara como una amenaza? ¿Que sólo lo había hecho para protegerla a ella y a sí mismo de Verónica? ¿Para hacerla menos deseable a sus ojos y evitar tener que darle explicaciones? Porque no tenía duda de que, si Verónica llegaba a saber lo hermosa que era Iskra, montaría en cólera y le exigiría saber, y él no tenía ni idea de cómo reaccionaría a eso. Si como el hombre que era ahora o como el que había sido antes.

Una rabia imposible de contener comenzó a rugir en sus venas al saberse tan cobarde, tan débil. No volvería a dar explicaciones a una mujer. Nunca más. Ni a Verónica. Ni a Iskra.

—Lo dije y punto. Siento que lo oyeras, pero tenía mis motivos —afirmó con voluntad férrea. No iba a volver a caer en la trampa. No iba a darle el poder para que le hiciera daño, pensó blindando sus emociones tras una capa de hielo.

—Vale. Se hace tarde, deberíamos ir al cine —aceptó ella, sus vivaces ojos apagados y sus expresivas cejas silentes por primera vez desde que la conocía. Echó a andar sin prestar atención a la dirección que tomaba.

Lo notó a su lado un instante antes de que le quitara el paquete de bollos.

—Te has equivocado de dirección —murmuró Calix tomándole la mano que acababa de dejarle libre. Ella se soltó enfadada—. Tenemos que dejar atrás la estatua de El oso y el madroño. Aunque, al parecer, no es un oso, sino una osa. Resulta que... —empezó a contarle la historia en un sorpresivo ataque de incontinencia verbal.

Iskra lo miró intrigada, el enfado evaporándose tan rápidamente como había estallado al ver su mirada pesarosa y comprender que pretendía distraerla con su charla, haciéndole olvidar la agria discusión. Volvió a darle la mano.

—¿En serio?! ¿Una osa? ¿Podemos parar un momento para ver si tiene

rajita? —propuso animada.

En realidad, el mal humor jamás le duraba mucho, era agotador estar enfadada. Y si encima él la miraba como ahora, con una sonrisa arrebatadora como si lo hubiera hecho el hombre más feliz del mundo al olvidar su enfado, entonces... Entonces nada importaba.

—Claro, pero no podemos despistarnos mucho, la sesión empieza dentro de veinte minutos —señaló Calix deteniéndose junto a la estatua del famoso oso. Uosa.

La miraron buscando evidencias de su sexo y luego echaron a andar hacia el cine.

—Es maravilloso —musitó Iskra observando la fachada *art nouveau* con los ojos tan abiertos que cabía un universo en ellos.

Calix se irguió orgulloso al comprender que, gracias a su idea de llevarla al cine, esa mujer que jamás dejaba de hablar acababa de quedarse sin palabras.

—Y aún no lo has visto por dentro —comentó rezando para que el interior fuera acorde con el exterior, pues él tampoco lo había visto.

—¡Entremos! —exclamó ella tirándole de la mano.

—Tengo que pagar la entrada.

—Date prisa, no puedo esperar más —murmuró Iskra llevándose las manos, incluida la de él, pues todavía la agarraba, al pecho.

Calix sintió que toda su sangre se dirigía veloz a una zona específica de su cuerpo. Y lo malo era que estaba en mitad de la calle con unos pantalones que le quedaban como un guante. Tanto, que cualquier cambio de disposición o grosor dentro de ellos sería evidente.

—Necesito la mano para pagar y poder entrar —dijo con una voz tan ronca que no la reconoció como suya.

—Claro. —Ella se echó a reír soltándolo y él estuvo a punto de caer de rodillas y ponerse a llorar al sentirse privado de su calidez.

No obstante, se irguió como si no echara de menos su tacto y se dirigió a la

taquilla. Tres minutos después, entraban en la sala e Iskra observaba anonadada el antiguo teatro reconvertido en cine. Era tal como lo había imaginado. Los sillones de un rabioso rojo, el escenario elevado y las cortinas que ocultaban la pantalla de un profundo azul.

—Vamos, tenemos la fila doce —la guio Calix a través de la sala.

Poco después se apagaron las luces, se descorrieron las cortinas y comenzó la película.

Resultó que era en versión original subtitulada, aunque Calix no se dio cuenta de eso hasta que pasaron varios minutos e Iskra lo pilló mirándola embobado, momento en el que volvió la cabeza y miró por fin la pantalla. Pero, claro, ¿cómo iba a prestar atención a esa insignificancia cuando el rostro de su amiga resplandecía como si de una estrella se tratara? Pero no una estrella de cine, sino una estrella de las de verdad, de las que brillaban alejando la oscuridad y mostrando el camino a quienes estaban perdidos.

Pasó la primera parte del filme alternando su mirada entre la pantalla y la mujer que estaba a su lado, sin enterarse demasiado de la historia. Hasta que, de repente, un fuerte grito seguido del estruendo de cosas rompiéndose lo sacó del hechizo en el que estaba sumido y lo hizo prestar atención. Audrey Hepburn gritaba sin cesar mientras lanzaba cosas contra las paredes. Le recordó tan vívidamente a su propia vida que no pudo evitar estremecerse e incluso sentir de nuevo el dolor que entonces había sentido, cuando él era la pared contra la que se estrellaban los tarros y los jarrones.

—Su hermano ha muerto —le susurró en ese momento Iskra agarrándose con fuerza a su brazo—. Pobre Holly, Fred ha muerto —repitió con un ronco lamento antes de echarse a llorar con igual sentimiento, o más, que la actriz.

Y Calix, sin saber cómo comportarse ante un llanto tan desgarrado, le pasó el brazo por la espalda y comenzó a acariciársela despacio mientras le musitaba que no pasaba nada.

Iskra tardó unos minutos en recuperar la compostura, aunque continuó abrazada a su brazo. No lo soltó durante el resto de la película.

Y Calix agradeció el hecho de estar sumido en una discreta oscuridad, pues durante la siguiente hora fue plenamente consciente de los pechos de Iskra frotándose con su brazo cada vez que se giraba para comentarle algo, o cada vez que suspiraba, o cuando retenía el aire porque algo la impactaba, o cuando se reía, o cuando, como en ese mismo momento, la escena se convertía en demasiado emotiva para su tierno corazón y se acurrucaba contra él para llorar con todo su ser.

Y él debía de ser un maldito sátiro libidinoso, porque cuanto más lo abrazaba en busca de consuelo, más se excitaba, más se endurecía y más deseaba hundir los dedos en su preciosa melena castaña, obligarla a alzar la cabeza y besarla con todo el hambre que sentía por ella.

¿Qué clase de ser abyecto era, que se excitaba con las lágrimas de una mujer? Sintió asco de sí mismo. De su sumisión al deseo y su necesidad incontrolable de sexo.

Ella se acurrucó contra su costado mientras lloraba a lágrima viva y él se obligó a ignorar su erección y a comportarse como el hombre que quería ser. La consoló con suaves caricias mientras le sujetaba la barbilla instándola a levantar la cara y mirarlo. Le secó las lágrimas con el pulgar y sonrió señalando la pantalla.

—Ya ha terminado...

—Sí —hipó ella sin dejar de llorar.

—Y ha acabado bien —continuó diciendo, secándole de nuevo las lágrimas—. Has visto cómo se besaban y se abrazaban, y han encontrado al gato...

—Lo sé —respondió conteniendo el aliento para evitar seguir llorando. Aunque no sirvió de mucho, pues en cuanto volvió a respirar, los sollozos continuaron.

—¿Quieres que esperemos un poco para salir? —susurró él, rogando que dijera que sí.

Tenía una erección de caballo y el pantalón que llevaba no le permitía disimularla.

—Sí, por favor —contestó ella entre sollozo y sollozo.

Y él respiró agradecido.

Pasaron varios minutos antes de que la joven encontrara las fuerzas para dejar de llorar y ponerse en pie. Calix se levantó aliviado al comprobar que su erección había remitido casi por completo y el bulto inusual de su entrepierna no era evidente. Aunque sí muy incómodo. Y doloroso. Pasar una hora empalmado sin poder hacer nada para aliviarse era martirizante. Aunque era lo mínimo que se merecía por ser tan miserable.

Salió del cine con ella enlazada por la cintura y pegada a su costado. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, y el rímel se le había corrido dejando regueros oscuros en sus pómulos.

—¿Estás mejor? —le preguntó cuando ella tomó una larga bocanada de aire.

—Sí. *Desayuno con diamantes* es tan bonita que me toca el corazón.

—Ya lo creo —convino risueño—. Creí que ya la habías visto.

—Y así es. Al menos, una docena de veces.

Él la miró pasmado.

—Entonces ¿por qué te has puesto así cuando muere el hermano? Y ¿por qué has llorado con el final si sabías lo que iba a pasar?

—Y ¿eso qué más da? Lo importante no es saber cómo acaba, sino los sentimientos que te transmite mientras la ves y el sabor que te deja en el alma cuando termina.

Calix asintió sin entender muy bien a qué se refería, y en ese momento su mirada recayó en el delgado calvo al que había visto en la Puerta del Sol. No lo conocía, pero lo veía demasiado a menudo para seguir considerándolo una casualidad. Estaba a punto de preguntarle a Iskra por él cuando alguien chocó con ella, arrancándole un quedo lamento.

—¡Eh, tú! ¡Ten cuidado! —incurrió al hombre que acababa de empujarla.

Éste se disculpó con la voz gangosa de los borrachos y continuó dando tumbos.

—Déjalo estar —le pidió Iskra al ver que tenía intención de seguirlo.

—Te ha hecho daño, no puedo dejarlo ir. Voy a arrancarle las pelotas — dijo furioso.

—Por favor, Calix, odio las discusiones y las peleas. Déjalo estar —le suplicó con sus enormes ojos de hada.

Él asintió observándola con atención. Se acariciaba el brazo con la mano para aliviar el dolor, y tenía la cara pálida y los ojos rojos, estos últimos debidos al llanto incontrolado del que había sido presa, pero la lividez de su rostro no podía justificarse con las lágrimas.

—¿Tanto daño te ha hecho? —inquirió preocupado.

—Tengo la piel muy sensible —mintió ella aferrándole con fuerza la mano al ver que volvía la cabeza buscando al borracho—. ¿Me invitas a cenar? Tengo hambre.

Calix la miró frustrado, consciente del motivo de su repentino ataque de hambre. No obstante, asintió y se dirigió hacia una cafetería que abría hasta bien entrada la noche. Y, mientras caminaban, se mantuvo muy atento para que ningún gilipollas la tocara..., y también para pillar al desconocido que parecía seguirlos.

Pararon en la terraza de esa cafetería para tomar unos refrescos y un par de perritos calientes. Al parecer, la dieta se había acabado, pensó encantado. Aunque cuando la vio lamer el ketchup que goteaba de la salchicha su felicidad se vio empañada por el deseo que invadió su cuerpo, provocándole una nueva erección. ¿Es que nunca se iba a acabar la tortura? ¿Por qué no podía tener el control como cualquier hombre normal y excitarse sólo cuando lo deseara, y no a todas horas como un adolescente con las hormonas alteradas?

Pasaron más tiempo del que pretendían en la terraza, aunque tampoco les importó; al contrario, no se les ocurría ningún otro sitio en el que quisieran estar. Y cuando ella señaló que era muy tarde sintió una punzada de tristeza al comprender que la noche llegaba a su fin.

La guio hasta una calle principal y paró un taxi. Le abrió la puerta, esperó a que se montara y luego, siguiendo un impulso, entró tras ella.

—Te acompaño a casa, hasta la misma puerta —la informó Calix con un tono rotundo que no admitía réplica.

La noche no tenía por qué acabar tan pronto. Aún podía arrancarle media hora, o tal vez más, para estar con ella.

Desiderátum

Aspiración, deseo que aún no se ha cumplido.

—¿Vives aquí? —Calix observó ceñudo los altos muros que hacían imposible ver lo que había tras ellos. Se apeó del taxi y le sostuvo la puerta a Iskra para que saliera.

—Aquí viven Pavel y su familia, yo sólo estoy de acogida. Deberías volver al taxi antes de que el conductor decida abandonarte.

Calix chasqueó la lengua y, sin pensar demasiado en lo que hacía, le pagó al taxista la costosa carrera y, dándole una generosa propina, le pidió que lo esperara mientras dejaba a Iskra en casa. El hombre aceptó al momento. Estaban cerca de El Pardo y tenía que regresar al centro, si lo hacía con un pasajero al que cobrarle la carrera, mucho mejor.

—¿Por qué no te has ido? —Iskra lo miró atónita cuando le tomó la mano y se dirigió a la entrada.

—Dije que te dejaría en la puerta de casa y es lo que voy a hacer — argumentó, porque lo que no podía decir era que no quería que acabara la noche y pensaba alargarla todo lo posible. Se acercó a la sólida puerta metálica, tan inescrutable como el muro—. ¿Cómo se abre? —inquirió pasmado tras comprobar que no había cerradura ni telefonillo.

—No lo sé, nunca he tenido que abrirla. Siempre me acompaña Mihail, es la primera vez que entro en casa sola.

—Imagino que tendrán mando a distancia... —se calló al ver que se abría silenciosamente. Observó el muro, localizando una cámara de videovigilancia.

Cruzaron la puerta y ante ellos se abrió una amplia avenida flanqueada por frondosos árboles. Al final de ésta se levantaba una imponente casa de tres plantas que tenía más apariencia de fortaleza inexpugnable que de mansión de lujo. Todo estaba profusamente iluminado, había cámaras cada pocos metros y las ventanas estaban selladas con rejas.

—No sé si me gustaría vivir aquí —comentó Calix observando a los dos hombres vestidos de negro que se acercaron a ellos. Los reconoció de haberlos visto con Pavel en la camisería—. Buenas noches —los saludó cuando se pararon ante él.

Los matones, fieles a su acostumbrado silencio, le dirigieron una mirada fiera antes de saludar con una sacudida de cabeza a Iskra. Uno de ellos le dijo algo en búlgaro y luego los instó a reanudar la marcha con un gesto brusco.

—¿Qué te ha dicho? —le susurró Calix un poco amedrentado, aunque eso, por supuesto, no iba a confesarlo.

—Creo que me ha pedido que le guarde una palmera de chocolate para mañana.

—¿Qué?

—Es el bollo favorito de Kiril, siempre me pide que le guarde una para el desayuno del domingo —comentó señalando el paquete de La Mallorquina que Calix llevaba.

Y él no pudo evitar estallar en una nerviosa carcajada al pensar en esos feroces hombres reservándole sus bollos a Iskra para no quedarse sin ellos.

—No te rías, es un asunto muy serio —lo regañó ella—. A Kiril le pirran las palmeras, Mihail come cualquier bollo que tenga chocolate y, además, no tiene fondo, lo que significa que, si me despisto, le roba su palmera de chocolate a Kiril; Marko los prefiere de hojaldre y es alérgico al chocolate, por lo que tengo que recordar que los pongan en paquetes distintos; Niemiec se muere por los saladitos, pero no hace ascos a los dulces, por lo que también tengo que andar con mil ojos o se come los de los demás; Hristo cambia de gustos cada semana y nunca sé que llevarle, Emil sólo...

—Lo he entendido —la interrumpió Calix, sorprendido al ver que se lo tomaba tan en serio—. Dar de desayunar a los mafiosos tiene su intrínquilis.

—No lo sabes tú bien —convino ella con una expresión tal de resignación que él volvió a estallar en carcajadas—. Ya me gustaría verte repartiendo bollos a una docena de guardaespaldas, seguro que lo hacías de maravilla —lo retó enfadada.

—Seguro que acababan rompiéndome las piernas y metiéndome en un bidón que luego echarían al Manzanares —replicó Calix sin dejar de reírse.

—¡No digas eso ni en broma! Ni Pavel ni sus hombres hacen esas barbaridades —exclamó preocupada porque él se hiciera eco de esos rumores que a veces parecían certezas. No le gustaba que pensara mal de Pavel. Aunque Pavel no fuera lo que se dice un hombre bueno, tampoco era malo. Al menos, no mucho.

Calix tuvo que parar de andar, pues al ver su mirada escandalizada lo asaltó tal ataque de hilaridad que se sintió incapaz de mantenerse en pie.

—¡No me hace ninguna gracia! —exclamó indignada plantándose en jarras frente a él—. Retira ahora mismo lo que has dicho del bidón o... ¡te tiro de las orejas!

Y eso lo hizo reírse aún más fuerte. Hasta que ella cumplió su amenaza.

—No te enfades, Iskra —le pidió sujetándole las muñecas para que no le arrancara las orejas. ¡Qué fuerza tenía!—. Es una broma que suele gastarme Pavel.

—Pavel no gastaría bromas con eso. —«¡No sería tan loco de hacerlo!»

—Oh, sí, te aseguro que lo hace. Y se lo pasa en grande contando historias, a cuál más escabrosa, para asustar a la gente —repuso él antes de darle la mano y seguir caminando.

Ella lo miró poco convencida, aunque se sentía tan feliz esa noche que decidió dejar de quejarse y disfrutar de los breves instantes que les quedaban juntos. Entrelazó los dedos con los suyos y se acercó hasta que sus brazos se

tocaron, momento en que Calix, sin pensar lo que hacía, la soltó para enlazarla por el talle y mantenerla pegada a él.

Reanudaron el paseo y, cuando estaban a pocos metros del porche, Iskra se desvió a la derecha, guiándolo hasta una puerta de servicio que había en un lateral. Ésta sí tenía timbre. Y porterillo con vídeo. Y varias cámaras enfocándola.

—Bueno..., ha sido un placer ir contigo al cine —dijo deteniéndose frente a la puerta.

—Sí lo ha sido —coincidió Calix—. La película era muy bonita, casi tanto como tú.

—Tonto —musitó ella esbozando una tímida sonrisa.

—Ha sido una noche mágica, y sólo gracias a ti. Ver películas contigo es maravilloso, aunque me las destripes enteras —bromeó tomándole las manos—. Tenemos que repetirlo.

—Sería estupendo.

—Sí lo sería.

Y se quedaron callados, mirándose sin saber qué más decir para alargar el momento.

—Si no te vas, el taxista pensará que te has olvidado de él y se marchará —le advirtió Iskra.

—Tienes razón —concedió, aunque no se movió del sitio.

—Y yo también tengo que entrar, es muy tarde —comentó con timidez.

—Sí lo es —aceptó él.

Pero ni ella entró ni él se fue.

—Tienes que marcharte... —repitió Iskra.

—Entra en casa y me iré.

Ella asintió, le quitó el paquete de la mano y, decidida a hacer lo correcto, llamó a la puerta. Un segundo después, ésta se abrió y, tras sonreír a Calix una última vez, entró.

Hristo cerró la puerta tras ella y le dijo algo con un gruñido.

—Sí, te guardaré una ensaimada —le contestó de forma automática.

El matón la miró huraño, pues había pedido una trufa. No obstante, al ver su expresión abstraída, decidió dejarla tranquila y desayunar la ensaimada.

Iskra entró en la casa sin prestar atención a lo que la rodeaba, dejó atrás los dominios de los escoltas y se adentró distraída en los de Ioanna. Una sonrisa soñadora iluminaba su rostro al pensar que Calix tenía tan pocas ganas de despedirse como ella. ¿Habían estado coqueteando? Seguro que no. Calix era gay, no le interesaban las mujeres, pero le había dicho unas cosas tan bonitas que casi parecía que... Pero no. Uriel se lo había dejado bien claro. Y, además, Cruz, el amigo gay de Gala, también le había dicho un montón de cosas bonitas esa tarde. Tal vez los homosexuales fueran así de cariñosos y aduladores. Sólo que, como Calix no tenía pluma, parecía que lo decía en serio. Pero ¿cómo iba a decir en serio que era perfecta tal como era?

Sus cejas bajaron abatidas al recordar la discusión que había seguido a esa afirmación. Era la primera vez que había visto a Calix mostrarse tan huraño. No parecía él. Aunque al principio no había sido así, al contrario, casi parecía complaciente, deseoso de evitar cualquier enfrentamiento. Suspiró de nuevo y aceleró el paso. Al llegar a la cocina, tomó la escalera que descendía al sótano y, por ende, a los dormitorios del servicio, entre los que se encontraba el suyo. Era el mejor de todos, lo que lo convertía en una continua fuente de desencuentro con Ioanna, pues dado su puesto preeminente, ésta debería tener el mejor. Sacudió la cabeza, no quería pensar en eso tras haber pasado una velada tan maravillosa.

—*Κύρρα!*¹ —exclamó una mujer saliéndole al paso cuando llegó al pasillo de los dormitorios.

Algo diminuto brilló en su mano bajo la luz de los fluorescentes.

Obsecuente

Obediente, rendido, sumiso.

Ya no soy obsecuente con los demás. Me niego a volver a serlo.

Calix esperó a que la puerta se cerrara y luego enfiló meditabundo el camino de regreso. ¿Habían estado coqueteando? No. Qué tontería. Sólo habían bromeado. Ambos tenían muy claro que sólo los unía una buena amistad. Al menos, él lo tenía muy claro. Frunció el ceño al darse cuenta de que no tenía ni idea de qué pensaba ella. Aunque la verdad era que nunca le había dado indicios de que sintiera algo por él. Además, ¡tampoco quería que lo sintiera! ¡Por Dios, qué estupideces pensaba! Estaba claro que seguía siendo el mismo cabeza de chorlito de hacía un año. ¿Acaso no había aprendido nada? No iba a colarse por ella. Ni de coña. El amor hacía daño. Mucho. Y él estaba harto de sufrir. Pero cuánto le gustaría haberla besado antes de despedirse. Un solo beso, nada más. Un beso inocente. Sensual. Ardiente. Interminable.

Se sintió avergonzado cuando esos pensamientos trajeron consigo la amarga certeza de que Verónica se pondría hecha una furia si descubría que anhelaba besar a otra mujer. Pero ya no eran pareja, y todo lo que había entre ellos había acabado. Entonces ¿por qué el recuerdo de lo que había podido ser y no había sido le dolía más que la pesadilla en la que Verónica había convertido su vida?

Apresuró el paso disgustado por su debilidad. Como no se diera prisa, el taxista acabaría por irse.

Estaba a unos pocos metros de la puerta cuando ésta se abrió silenciosa, descubriéndole que no había ningún taxi esperándolo.

Aunque sí un Mercedes negro con los cristales traseros tintados.

La puerta del acompañante se abrió y uno de los matones se apeó para rodear el vehículo y abrirle la trasera esbozando una capciosa sonrisa.

—Entra —le ordenó con un suave acento extranjero.

Calix observó renuente el interior del automóvil antes de decidirse a obedecer. Un suspiro de alivio escapó de sus labios al ver que el asiento trasero estaba ocupado por un hombre de barriga contundente, pelo cano cortado casi al cero y gruesas cejas negras.

—Señor Alekseev —lo saludó respetuoso.

Pavel clavó en él una peligrosa mirada.

—¿Por qué lloraba Iskra al salir del cine? —exigió saber con una voz que prometía dolor si la respuesta no era la correcta.

—Se emocionó con la película —dijo intuyendo que el calvo al que veía tan a menudo era un centinela a las órdenes de Pavel.

El mafioso le dedicó una siniestra mirada antes de asentir con un gesto seco. En las fotos que le había mostrado Grigor, Iskra lloraba como una magdalena mientras sonreía feliz. Y era esa sonrisa lo que le había salvado la vida, o al menos las piernas, al camisero.

—Helena también lloraba con los finales de las películas, sin importarle que fueran felices.

—¿Helena?

—La madre de Iskra. —Dio un golpe al panel que los separaba de la parte delantera del vehículo y éste se puso en marcha—. Te llevaré a casa, así podremos charlar tranquilos.

—De acuerdo —aceptó Calix como si tuviera otra opción—. Había quedado con el taxista en que me esperara, pero imagino que he tardado demasiado y se ha ido —comentó, aunque sospechaba que Pavel lo había despachado.

La sonrisa intrigante del mafioso confirmó sus sospechas. Así que quería charlar lejos de oídos indiscretos. Estupendo, hablarían. Él también tenía algo

que decirle. Sólo esperaba no acabar en el fondo del Manzanares.

—¿Por qué nos ha hecho seguir? —inquirió tratando de no parecer enfadado mientras el Mercedes devoraba los kilómetros que lo separaban de su casa a una velocidad imposible.

Un brillo peligroso asomó a los ojos de Pavel.

—Has tenido una buena idea al llevarla a ese cine, chico —ignoró su pregunta—, sé que Iskra ha disfrutado como nunca. Le encantan esas viejas películas. Lo cierto es que sueles tener muy buenas ideas, llevarla a esa tienda de encajes y costuras también la hizo muy feliz. Y a mí me gusta verla feliz —confesó con mirada fiera, sus cejas frunciéndose peligrosas—. Es increíble cómo vuelan los años. Hace nada era un bebé regordete con las mejillas sonrosadas al que le gustaba morderse los pies y, antes de que me diera cuenta, se había convertido en una niña pizpireta que iba ilusionada al colegio. ¿Te ha contado que caminaba un kilómetro todos los días para coger un autobús que la llevara al colegio con otros cinco niños?

Calix negó con la cabeza.

—Su abuela nunca quiso mudarse a una ciudad, ni siquiera a un pueblo más grande en el que hubiera un colegio con, no sé, una veintena de críos. Tampoco me permitió costearle un maestro privado, pero aun así su educación no ha sido deficiente. Es una chica muy lista.

—Sí que lo es —concedió cuando el mafioso se quedó en silencio.

—Tú también eres un chico listo —prosiguió Pavel con mirada acerada—. Tú y yo sabemos que Iskra ya no es una niña. Es una mujer que ansía su independencia, mal que me pese. Me he pasado media vida deseando que la vieja bruja de su abuela se fuera al otro barrio para sacarla de esa asquerosa aldea y traerla a Madrid. Y ahora que lo he conseguido me doy cuenta de que no me gusta Madrid. No me gustan los borrachos tambaleantes que empujan a las jovencitas despistadas. —Apretó los dientes en un gesto feroz—. Tampoco los adolescentes que se divierten gritando como cerdos desollados, asustando a las jóvenes inocentes, ni la marabunta de gente que invade los pasos de

cebra llevándose por delante a cualquiera —dijo describiendo escenas que Calix había vivido con Iskra, lo que significaba que los había vigilado desde el principio, aunque él no se hubiera percatado hasta más tarde—. Me dan ganas de meterlos en bidones y tirarlos al Manzanares. —Esbozó una malévola sonrisa.

—No hay bidones suficientes para tantos idiotas —declaró Calix sin amilanarse.

Pavel bromeaba con eso cada vez que lo veía, puede que su aspecto y sus matones resultaran amenazantes, pero estaba seguro de que no se dedicaba a tirar a nadie al Manzanares. O a cualquier otro río, ya puestos.

—Cierto, por eso siguen molestando a la gente de bien —aceptó Pavel—. Pero eso no significa que no me preocupe por Iskra, aunque entiendo que debo respetar sus ansias de libertad. De hecho, te estoy sinceramente agradecido de que la saques a pasear y...

—No la saco a pasear —lo interrumpió Calix indignado—. Iskra no es ningún perrito al que se le pone una correa, es una compañera maravillosa con la que me gusta salir.

—Y me alegro de ello. Sé que contigo está segura, ya que eres todo un caballero. Porque lo eres, ¿verdad? —inquirió amenazante.

—Por supuesto que lo soy —aseveró. Cualquiera tenía huevos para decir lo contrario.

—Veo que nos entendemos. Tienes mi permiso para acompañarla en sus paseos, llevarla al cine y lo que sea que le apetezca hacer a ella.

—No necesito su permiso para eso —replicó Calix, aunque casi se arrepintió de haber abierto la boca al ver la sonrisa feroz de Pavel.

—¿Tú crees? Claro que lo necesitas. Y lo tienes —puntualizó sonriente.

Calix miró por la ventanilla para zafarse de la mirada engreída del hombre. Habían llegado al casco antiguo de la capital. Sonrió aliviado: pronto estaría en casa. El viaje, a pesar de que no habían pasado ni quince minutos desde que se había iniciado, se le estaba haciendo eterno.

—No sé si Iskra te ha comentado que desde hace unas semanas hemos adoptado la costumbre de comer juntos los sábados —señaló Pavel de repente.

—No me ha comentado nada.

—¡Ah, mi pequeña Chispa, siempre tan discreta! —exclamó el búlgaro con inusitada ternura—. Pues así es, todos los sábados salimos a comer. Todos, excepto hoy, que se ha quedado contigo a mediodía. —Clavó la vista en él, sus cejas alzándose furiosas—. La vida no es todo lo justa que debería ser. Trabajas con ella seis días a la semana, coméis juntos cinco veces de cada siete y, si no lo he entendido mal, tienes la intención de salir con ella los sábados por la noche y tal vez algún viernes. Sin embargo, yo sólo puedo disfrutarla unas pocas horas a la semana, durante la comida de los sábados. Y hoy me la has arrebatado —lo acusó con gesto feroz—. Que no vuelva a suceder.

Calix respondió con silencio. La expresión sanguinaria y el tono cortante empleados por Pavel no admitían otra réplica que la aceptación sin condiciones. Y no pensaba dársela. Él ya no obedecía las órdenes de nadie.

Pavel enarcó una ceja, exigiéndole una contestación.

Calix se mantuvo firme. Apreciaba demasiado su cuello para darle una negativa explícita, pero tampoco iba a agachar la cabeza y aceptar sus condiciones como un cobarde.

De repente, el mafioso estalló en una sonora carcajada.

—Me caes bien, chico. Por tu bien espero que te asegures de que cuando Iskra llore sea por culpa de los finales de las películas, y no porque la hayas disgustado. Me molestaría mucho tener que darte un escarmiento —dijo antes de dar un golpe al panel de separación.

Un instante después, el coche se detuvo y el matón que viajaba en el asiento del acompañante se apeó y le abrió la puerta en una invitación para que abandonara el vehículo.

Calix se despidió, bajó del coche y respiró aliviado al ver que, en contra

de lo que había temido, las piernas sí lo sostenían. De hecho, ni siquiera le temblaban demasiado. Por lo visto, era mucho más valiente de lo que pensaba.

—Por cierto —agregó Pavel antes de que su esbirro cerrara la puerta—, tienes mi bendición para que sigáis siendo buenos amigos. —Puso énfasis en la palabra *amigos*.

El matón entró en el coche y éste aceleró internándose de nuevo en el tráfico.

Calix lo observó con el corazón a mil por hora. Sabía que Pavel no era mala persona y dudaba que se dedicara a matar o a dar escarmientos, pero, joder, se los había puesto de corbata.

Subió al piso y, al entrar, comprobó sorprendido que Uriel ya había regresado.

—¿Qué tal la cita? ¿Habéis disfrutado mucho? —le preguntó socarrón. Estaba tirado en el sofá con una cerveza en una mano y el mando de la tele en la otra, zapeando sin parar.

—Ha estado bien —contestó Calix mirándolo extrañado—. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Hay fiesta del chocolate en el Tabú, y odio el chocolate. Podría haber ido al Lirio Negro, pero no estoy de humor. —Y, a pesar de no estar de humor, con sólo pensar en la Reina del Infierno, o, mejor dicho, en su voz, porque a ella no la había visto, una punzada de deseo le incendió la entrepierna. Esa zorra era muy buena jodiendo. En todos los sentidos. Tal vez por eso no había querido volver al Lirio Negro. Era peligrosa—. Luego he ido al Laberinto, pero había muchos hombres esperando a ser elegidos y muy pocas parejas dispuestas a elegir, así que he vuelto a casa con la sana intención de hacerme un par de pajas. ¿Te apetece que te la mame un rato? Me pone cachondo comérsela a un tío mientras me la meneo.

—En otra ocasión tal vez —replicó Calix sentándose en el sillón orejero. Se descalzó y puso los pies sobre la mesa—. ¿Hay algo interesante en la tele?

—Nunca lo hay. ¿Le has metido mano a Iskra en el cine?

—Ya sabes que no. —Puso los ojos en blanco—. ¿Alguna vez dejas de pensar en el sexo?

—Jamás. Es lo único que merece la pena en esta mierda de mundo — respondió Uriel con una sonrisa rebelde—. ¿Qué más habéis hecho, además de ir al cine?

—Dar un paseo, comer un perrito caliente y poco más.

—Y ¿no se ha muerto de aburrimiento? No contestes, era una pregunta retórica —lo frenó antes de que le contara lo bien que se lo habían pasado, lo buenos amigos que eran y lo mucho que se querían, de manera fraternal, claro. Calix seguía estando demasiado tocado para echarle huevos y liarse con una mujer—. ¿Cómo lo consigues? —Le dio un trago a la cerveza.

—Cómo consigo ¿qué?

—Sobrevivir sin sexo. O, mejor dicho, sin follar. Porque pajas te haces unas cuantas a la semana. —Sonrió capcioso.

Calix se encogió de hombros, no pensaba confesarle que cada vez se sentía más necesitado. El deseo de abrazar a una mujer —a Iskra—, de besarla, acariciarla y hacerle el amor a veces era tan fuerte que sentía que se volvería loco si no encontraba una satisfacción que no viniera de su mano. Pero luego llegaban los recuerdos, el dolor, la amargura, y se daba cuenta de que era mejor dejar las cosas como estaban y seguir matándose a pajas cuando ya no podía soportar la necesidad de correrse.

—Vaya, por fin algo entretenido —comentó Uriel sacándolo de sus cavilaciones.

Un coro de gemidos llenó el salón. En la tele, un hombre de dimensiones épicas se follaba a una rubia neumática mientras una morena con un culo colosal le chupaba los huevos.

—Muy interesante —resopló Calix bajando los pies de la mesa—. Me voy a la cama.

—Menéatela a gusto, que yo haré lo mismo —lo despidió Uriel.

—Gracias por el consejo. Por cierto, ¿tenemos un abridor de latas de

sobra?

—Creo que sí, ¿para qué lo quieres?

—Pavel me ha amenazado con meterme en un bidón y tirarme al Manzanares si hago llorar a Iskra. Quiero estar preparado por si eso pasa. ¿Crees que podré escaparme abriendo un agujero en la chapa con el abridor?
—planteó con humor negro.

Uriel lo miró pasmado antes de estallar en una tremenda carcajada. Aunque la cortó de golpe al ver que Calix no se contagiaba de su hilaridad.

—Joder. Lo estás diciendo en serio.

El segoviano asintió con un gesto.

—También me ha dado su bendición para que sigamos siendo amigos...

—O, lo que es lo mismo, te ha dicho que no acerques la polla a su propiedad.

—Iskra no es suya —puntualizó furioso Calix.

—Tampoco tuya, ¿no? Además, no estás interesado en ella y no te la quieres follar, por tanto, no hay peligro. Y si, por un casual, decidieras ser valiente e ir a por ella, en fin, no creo que Pavel te corte los huevos, tampoco el cuello. Tal vez te dé una paliza o te rompa las piernas, pero no te matará. Te tiene cariño —comentó indolente a pesar del escalofrío de miedo que lo había recorrido al oír las palabras de su amigo.

—Qué curioso, algo parecido me ha dicho él.

—Eso es porque todos los hijos de puta pensamos igual —repuso Uriel desabrochándose la bragueta y sacándose la polla—. La película está entretenida, voy a ver si me hago una paja. ¿Quieres echarme una mano?

Calix resopló marchándose a su dormitorio.

—Ya imaginaba que no.

Cerró los ojos y comenzó a meneársela.

Cancamusa

Dicho o hecho con que se pretende desorientar a alguien para que no advierta el engaño de que va a ser objeto.

Viernes, 12 de octubre de 2018

Había salido en cinco ocasiones con Iskra al cine, todas ellas los dos solos. También habían ido al zoo un domingo y otro al parque de atracciones. Uriel se les había unido las dos veces. Habían visitado, de nuevo los tres, el Museo del Prado y el de Arqueología, también en domingo. Seguían comiendo juntos de lunes a viernes. Y a veces también los domingos. Pero nunca los sábados.

Y seguía vivo.

Aunque no por mucho tiempo, pensó al sentir cómo se le tensaba la entrepierna cuando Iskra pasó junto a él. La falta de riego sanguíneo en el cerebro producida por el exceso de erecciones que sufría no podía ser buena. Probablemente acabaría con él antes que Pavel. Y con más rapidez y menos dolor, lo cual era un punto a su favor.

Apartó enfadado el plato a medio comer. Estaba harto de empalmarse sin control.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupada Iskra. Últimamente Calix estaba muy susceptible y se enfadaba por cualquier tontería, sobre todo con Uriel.

—No me apetece dar clase —dijo lo primero que se le ocurrió. Aunque no mentía, pues odiaba dar clases a Albena y a Rayna.

—Lo que te pasa es que estás frustrado —rebatía Uriel—. Y sabes de sobra cuál es la solución a todos tus problemas. Si me dejaras, te libraría de

ellos en menos tiempo del que tardo en comerme un chupachups. —Frotó la lengua contra el interior de la mejilla, de manera que parecía que tenía un chupachups, u otra cosa más grande y gorda, en la boca.

—Vete a la mierda —gruñó Calix abandonando el taller.

Iskra miró confundida a Uriel. Tenía el aspecto de un gato malvado que acababa de comerse al pobre pajarito. Y, sin embargo, no había dicho nada que explicara por qué Calix se había enfadado tanto. Desde luego, no había quien los comprendiera.

Sacudió la cabeza y fue tras él. Uriel se interpuso entre ella y la puerta.

—Déjalo un rato a solas, necesita tranquilizarse.

—¿Por qué está siempre tan irritado? —le preguntó preocupada.

—Ya sabes el dicho: la primavera la sangre altera... —señaló jovial.

—Pero no estamos en primavera —repuso enfadada encarándose a él—. No me tomes por tonta, no lo soy. Le has dicho algo que le ha sentado muy mal, no deberías hacerlo rabiar. Bastante inquieto está ya con la boda como para que lo estés picando continuamente. —Le clavó el índice en el pecho—. No me parece bien que...

Uriel se echó a reír ante su indignación. Le encantaba verla cabreada, tal vez porque era difícil enfadarla. Alzaba la barbilla como una reina, sus cejas oscuras se quedaban rígidas, sus ojos llameaban y su boca... Ah, su boca. Cuando se enfadaba era tan apetitosa que le costaba contenerse y no besarla. Y, de hecho, no iba a contenerse.

La agarró por los brazos para acercarla a él, pero ante el ligero roce de sus dedos ella se encogió y un quedo lamento escapó de sus labios.

La soltó de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

—No, qué va. No esperaba que me cogieras y me he sobresaltado —mintió.

—La próxima vez te advertiré de mis intenciones —prometió Uriel, un brillo ladino iluminando sus ojos—. Por cierto, no te asustes, bella dama, pero estoy a punto de besarte. —Y eso hizo. En la frente. Y luego en los labios. Un

beso tan fugaz que cuando Iskra quiso reaccionar Uriel ya se había apartado—. La próxima vez me entretendré un poco más —le advirtió guiñándole un ojo antes de salir del taller.

—Rodrigo me ha comentado que no está nervioso por la boda —comentó Lavinia durante la clase mientras hacía, con bastante corrección, todo sea dicho, un nudo *fishbone* a la corbata que rodeaba el cuello de Calix.

—Eso asegura —concedió Calix observando el nudo—. Un trabajo perfecto, enhorabuena.

—Tengo un gran maestro —dijo complacida, y él aceptó el halago inclinando la cabeza con sobriedad—. Y digo yo que sí parece un poco trastornado. Ayer, sin ir más lejos, aceptó crear una camisa de manga corta y tres bolsillos. Incluso dijo que era un diseño clásico.

Calix la miró atónito. Rodrigo aborrecía las camisas con más de un bolsillo. Aseguraba que parecían chaquetillas de trabajo. Y mejor no hablar de lo que pensaba de la manga corta. Odio era poco. Cuando se diera cuenta de que había aceptado construir esa aberración, querría pegarse un tiro.

—Tal vez esté un poco alterado —admitió.

Lo cierto era que su jefe estaba perturbado. Mucho. Estaba continuamente distraído. Tanto, que se sentaba a coser y se le olvidaba enhebrar la aguja, o, si lo hacía, daba una puntada y se quedaba pensativo durante varios minutos antes de dar la siguiente.

—Está hecho un manojo de nervios, aunque lo disimula bien —afirmó Lavinia—. Estoy deseando que pase rápido la próxima semana y llegue el sábado para ver lo guapos que estáis —confesó descarada—. Uriel, Iskra y tú vais a romper corazones, estoy segura.

Calix esbozó una sonrisa jovial a modo de respuesta. Rodrigo había invitado a la boda a Lavinia y a su marido, también a Pavel y a Rayna y a un

par de clientes hacia los que sentía especial apego. Y la verdad era que él también tenía ganas de que llegara el día para ver el vestido que Iskra se estaba haciendo y del que no dejaba de hablar, aunque estaba seguro de que ese vestido llenaría sus noches de imágenes que lo atormentarían aún más de lo que ya lo estaba.

—Ya está otra vez. —Lavinia miró de refilón a Rayna, que le gritaba a su escolta.

—¡Se acabó! —La búlgara tiró la corbata al suelo y la pisoteó a placer—. Odio las clases, odio las corbatas y odio los jodidos nudos. No voy a venir más. —Los miró desafiante.

—Pavel se sentirá decepcionado —apuntó Lavinia con tranquilidad.

—Pues que se decepcione —replicó colérica Rayna antes de dirigirse a la puerta.

—Pobre tío, ¿lo vas a dejar sin el nudo que tanto desea para la recepción de su cumpleaños? Ya sabes lo mucho que le gusta innovar y diferenciarse de los demás. Está tan empeñado en crear tendencia que si no se lo haces se enfadará —le advirtió Albena mordaz.

Le daba igual si su tío se enfadaba o si su tía se pegaba un tiro. Lo único que le importaba era seguir yendo a clases para conseguir que Uriel se la follara, ya que éste se negaba a verla fuera del trabajo. El muy cabrón le había dicho que su tiempo libre era demasiado valioso para desperdiciarlo con ella. Y, aun así, no podía evitar excitarse sólo con pensar en él.

—Va a llevar una camisa nueva y original que le voy a regalar —reveló Rayna.

—Igual que mi padre y mi marido, y que el resto de los asistentes a la recepción —se burló Lavinia, pues desde que Pavel se había sumergido en el mundo del «buen vestir», sus socios trataban de imitarlo, lo que significaba que iban ataviados con trajes y camisas a cuál más innovador, extravagante y caro.

—¿Estás sugiriendo que mi regalo no será de su agrado?

—Está sugiriendo que tu regalo se queda corto, tía. Y tiene razón —apuntó Albená con las manos a la espalda, dentro de la bragueta de Uriel, que estaba tras ella.

Rayna miró enfadada a su sobrina y luego fijó los ojos en Lavinia. Por culpa de esa maldita rumana, Pavel estaba obsesionado con la moda. Si no le hubiera comprado a Rodrigo camisas para sus hombres, haciéndolos destacar sobre los demás, Pavel continuaría usando las elegantes camisas negras que había llevado toda su vida. Soltó un furioso resoplido y regresó junto a Kiril para retomar la clase. Y, mientras anudaba la corbata con pocas ganas y menos pericia, no podía dejar de pensar que ella no debería degradarse a hacer esos trabajos propios de sirvientes. No era la criada de Pavel, sino su mujer. Si quería un nudo elegante, bien podía contratar a alguien para que se lo hiciera y dejarla a ella tranquila.

Se quedó inmóvil con el nudo a medio hacer. Los ricos de las novelas tenían ayudas de cámara que los vestían, les elegían la ropa y les hacían los nudos de las corbatas.

—¿Algún problema, señora Alekseev? —Calix se acercó al ver que se quedaba parada.

—Por supuesto que no —respondió ella observándolo con los ojos entornados.

—¿Quiere que le recuerde los pasos? —se ofreció desconfiado al ver su expresión.

Rayna lo miró de arriba abajo. Pavel confiaba en su criterio para elegir camisas, corbatas y cualquier otra prenda que se le pasara por la mente. Y si la obligaba a ir a esas estúpidas clases era porque ambicionaba los nudos que él lucía y pretendía que los aprendiera para reproducirlos en su cuello. Lo consideraba, igual que a Uriel, el paradigma del estilo y la osadía en el vestir. ¿Qué mejor regalo que ofrecérselos como ayudas de cámara para vestirlos a él y a sus hombres para la recepción? No cabía duda de que los harían destacar

por encima de todos los invitados. Sonrió complacida por la gran idea que se le acababa de ocurrir.

—El sábado siguiente a la boda es el cumpleaños de Alekseev y dará una recepción. Os quiero a los dos en mi casa para asesorar a mi marido y a sus hombres —exigió Rayna altiva a Uriel y a Calix—. Os encargaréis de que su atuendo sea perfecto.

—Lo siento, pero no somos asesores de imagen —rechazó Calix.

Ella le dedicó la misma sonrisa ladina y peligrosa que esbozaba su marido cuando quería algo y sabía que iba a conseguirlo y luego se dirigió al escolta en su idioma. Éste sacó un fajo de billetes, tomó varios y, abriéndole la americana a Uriel, se los metió en el bolsillo interior.

Éste sintió el agradable peso de los billetes y esbozó una complaciente sonrisa. Nunca rechazaba un poco de dinero. Menos aún si era un mucho, como en ese caso, nunca sabía de cuánto tiempo disponía antes de tener que huir de nuevo y le venía bien tener un remanente ahorrado.

—Creo sinceramente que deberíamos tomar en consideración la oferta de la señora Alekseev —comentó—. Es, al igual que su marido, una clienta excepcional. Si precisa de nuestros servicios no podemos declinar ayudarla, nuestro honor de camiseros nos obliga.

Calix observó a su amigo, luego a Rayna, y aceptó con una inclinación de la cabeza. Era ridículo resistirse. Ellos siempre ganaban.

—Kiril os recogerá el sábado —anunció Rayna con arrogancia—. Puesto que los nudos van a ser cosa vuestra, doy por finalizadas las clases.

—¿No vamos a dar más? Qué lástima, me gustaban mucho —protestó Albena mirando con deseo a Uriel.

Rayna esbozó una maliciosa sonrisa y le dijo algo a su sobrina en voz baja, haciendo que a ésta le brillaran los ojos.

—Tienes razón, tía, siempre puedo seguir viniendo a clase con Lavinia. —Albena se acercó sinuosa a Uriel. Aunque eso no era lo que le había dicho su tía.

Ésta, en realidad, le había sugerido que aprovechara que había pagado por los servicios de Uriel para llevarlo a su dormitorio y darle buen uso. Y no era mala idea. Allí tenía varios juguetes con los que podrían disfrutar mucho. Y, dependiendo de cómo se comportara, tal vez contratara sus servicios más veces. Al fin y al cabo, él sólo quería follarla durante el trabajo, ¿no? Pues entonces lo convertiría en su puto.

Báratro

Infierno. Lugar de castigo eterno.

Viernes, 19 de octubre de 2018

—La longitud de las mangas debe permitir que, independientemente de la posición del brazo, el puño tape la muñeca. —Rodrigo se observó con atención en el espejo—. Hace una semana esto se cumplía a rajatabla en esta camisa; sin embargo, hoy me queda corta. ¿Acaso me han crecido los brazos? —inquirió malhumorado.

—No te queda corta —lo contradijo Calix. Dio un seco tirón a los puños y asintió complacido—. Es igual de larga que hace una semana. Y que hace un mes. Total y absolutamente perfecta.

Era la víspera de la boda y Calix estaba en casa de Rodrigo, comprobando que no hubiera defectos ocultos, que desde luego no los había, en la ropa que llevaría al enlace.

—El cuello me queda holgado —comentó Rodrigo volviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Tal vez sea porque no me has dejado abrochártelo cuando te he anudado la corbata —señaló conteniendo una sonrisa.

—¿No te he dejado? —Rodrigo arqueó una ceja.

—Decías que te apretaba demasiado y que ibas a sacar el botón...

Rodrigo tiró de la corbata y comprobó que, en efecto, tenía el botón desabrochado. Se lo abrochó. No le apretaba en absoluto. No obstante, hacía unos minutos había sentido que se ahogaba. Tal vez no fuera por el botón, sino

por causas más mundanas. Como, por ejemplo, un ataque de nervios previo a la boda. Tomó aire despacio y se volvió para quedar de espaldas al espejo y chequear que el pantalón del traje estuviera perfecto. Lo estaba.

Se colocó de cara al espejo y se puso la chaqueta. Abrochó el botón, se colocó los puños de la camisa para que asomaran exactamente un centímetro y medio por la manga del traje, comprobó que el ancho de la corbata coincidía con el de las solapas y que el ajuste de los hombros era el correcto, y se giró para comprobar la espalda del traje en el espejo.

—Deja de mirarte tanto o gastarás el espejo —se burló Jimena.

—Es tranquilizador saber que te preocupas por el espejo más que por el atuendo que llevará tu *padrovia* a la boda —replicó Rodrigo volviendo a ponerse de frente.

Tiró de la chaqueta, comprobó que el cuello de ésta descansaba sobre el de la camisa y que ninguno hacía arrugas o bultos antiestéticos, se recolocó la corbata y por fin sonrió.

—Estás guapísimo, Rodrigo —afirmó Gadea acercándose a él y dándole un tremendo abrazo que desbarató todos sus cuidadosos arreglos.

Él, en respuesta, hincó una rodilla en el suelo para que pudiera abrazarlo mejor y, de paso, le diera un par de besos. Siempre podía volver a planchar el traje, pero si perdía un beso de su *hijovia*, no lo podría recuperar.

Jimena miró remisa la estampa familiar y, sin pensarlo demasiado, se acercó a ellos. El albino se apresuró a incluirla en el abrazo. Aunque éste no duró mucho, pues Jimena, como la adolescente en plena edad del pavo que era, en seguida se separó. No le iban esas demostraciones tan pegajosas de afecto.

Rodrigo sonrió, le dio otro beso a Gadea y se irguió. Estaba listo. Al día siguiente se casaría con la mujer de la que estaba locamente enamorado. Siempre y cuando no le diera un infarto antes, claro. Comenzó a desvestirse y Jimena y Gadea se fueron a su cuarto mientras que Calix se marchó al salón. Cuando se cambió, fue con él y sacó una botella de vino y dos copas. Lo sirvió

con elegancia y le tendió una al segoviano. Estaban a punto de beber cuando Gala entró en el piso, sobresaltándolos. Hacía poco que había subido a casa de Vicenta con Eva y Cruz para probarse el vestido de novia por última vez, y no esperaban su regreso tan pronto.

—¿Hay algún problema? —indagó Rodrigo al ver su gesto demudado.

—No, en absoluto. —Clavó una preocupada mirada en Calix.

Se dirigió hacia éste, aunque se detuvo antes de acercarse demasiado, consciente de que, a pesar de que volvían a ser amigos, él seguía guardando las distancias con ella. Y en realidad con todas las mujeres. Con todas, excepto con Iskra.

Sintió que la preocupación y la inquietud remitían al pensar en la joven. Su amistad con Calix era trascendental. Más aún ahora.

—Me ha llamado Verónica para felicitar me por la boda —anunció nerviosa.

Rodrigo enarcó una ceja. Era inconcebible que esa mujer tuviera el descaro de llamarla después de las mentiras que le había contado y de lo que la había inducido a creer sobre Calix. Y eso, por no hablar del daño que le había hecho a éste. Un daño del que todavía no se había recuperado por completo.

—Es normal —señaló Calix, sorprendiendo a la pareja—. Vero siempre te ha apreciado, Gala, y antes erais grandes amigas.

—Por supuesto. Las mejores amigas —resopló irónica—. Además de felicitar me, me ha comentado que le habría encantado asistir a la boda ahora que está de nuevo en España.

—¿En España? —jadeó Calix sintiendo que su estómago se rebelaba ante la noticia.

Gala asintió compasiva.

—No me ha dicho dónde exactamente —prosiguió—. Sólo que ha vuelto a España.

—Me... me alegro por ella. Es muy duro estar lejos de la familia —acertó a decir Calix. Y él lo sabía bien. Verónica lo había aislado de todos mientras

estuvieron juntos. Sólo Jimena había estado a su lado durante esos meses aciagos. Ella y Rodrigo.

Buscó al albino con la mirada, éste se había acercado a él sigiloso, y en ese momento posó una mano en su hombro en un gesto de apoyo que tuvo la virtud de calmar su estómago.

—Pues yo no me alegro —confesó Jimena entrando en tromba en el salón con su hermana pisándole los talones—. Es una hija de puta, ojalá la atropelle un camión o se le caiga un árbol encima, o...

—¡Jimena, esa boca! —la regañó Gala.

—¡Es la verdad! —gritó la adolescente furiosa—. ¿A qué ha venido? ¿A jo... robar a Calix?

—No —rechazó éste con rotundidad—. Ha cambiado. Ya no es como era.

Todos lo miraron perplejos.

—Últimamente hablamos a menudo y me ha contado que lo estaba pasando muy mal en el trabajo en el que estaba. Por lo visto, vuestro antiguo jefe le hace la vida imposible...

—Que se joda. Es lo mínimo que se merece.

Esta vez nadie regañó a la niña por el uso de tales palabras, pues todos, excepto Calix, pensaban igual.

—No. No se lo merece. Nadie se merece que lo traten mal —repuso éste mesándose el pelo—. Lo pasado pasado está. Y ella ha cambiado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquirió Rodrigo apretándole el hombro.

—Porque he hablado con ella —repitió— y ya no es la misma. Reconoce sus errores y está arrepentida. Ha cambiado —afirmó al ver las miradas incrédulas de sus amigos—. Ni siquiera se enfadó cuando se enteró de que le había ocultado la presencia de Iskra en la tienda, no me ha pedido explicaciones ni está molesta porque haya rehecho mi vida...

—Y ¿por qué deberías haberle hablado de Iskra? Es más, ¿qué derecho tiene a enfadarse por eso? No le debes explicaciones —señaló Rodrigo,

tratando de hacerle ver que repetía antiguos patrones—. Eres libre de hacer lo que te apetezca. También de ser feliz sin ella. —Aunque, en realidad, no lo era, sólo lo aparentaba, pensó el albino disgustado—. Tienes derecho a enamorarte de quien quieras...

Calix sacudió la cabeza. Desde luego que no era libre para enamorarse de quien quisiera. Nunca más volvería a dejarse atrapar.

—Me he expresado mal. Me refiero a que ya no es como antes. Y si yo puedo hacer lo que me apetezca y vivir como quiera —le devolvió sus palabras—, ¿por qué no habría de hacerlo ella? Es tan libre como yo de trabajar donde quiera —la defendió sorprendiéndolos y enfadándolos a partes iguales—. Tengo que comprobar mi ropa para mañana. Pasaré a buscarte a las diez —le dijo a Rodrigo antes de dar media vuelta e irse.

Tregua

Cese temporal de las hostilidades.

Sábado, 20 de octubre de 2018

—No deberíamos haber venido —le gruñó Jimena a su hermana, observando fastidiada a los asistentes a las bodas que se celebrarían esa mañana en el pabellón de los jardines de Cecilio Rodríguez en El Retiro.

Las mujeres iban ataviadas con bellos vestidos y los hombres con formales trajes negros, azules y grises. Y luego estaban Uriel, Rodrigo y Calix.

Uriel, tan atrevido como siempre, llevaba un llamativo y elegante traje borgoña con chaleco marfil que se le ceñía al cuerpo como un guante, lo acompañaba con una camisa blanca y un nada discreto corbatón fucsia con lunares blancos anudado en un aún menos discreto *linwood taurus*.

Rodrigo, el novio, fiel a su estilo sobrio y discreto, vestía un traje de tres piezas azul royal con solapa en pico y chaleco cruzado, camisa blanca y corbata de seda anudada en un refinado *cavendish*. Parecía sereno y tranquilo, pero quien lo conocía sabía que estaba nervioso, y mucho, por la manera casi compulsiva en que se tiraba de los puños de la camisa.

Calix, el padrino, vestía un traje gris con camisa blanca y corbata gris en un elegante nudo *eldredge*. El chaleco de jacquard rojo rompía la monocromía del traje y aportaba un toque de color y osadía al conjunto. Se había cortado el pelo para eliminar las puntas teñidas, recuperando su tono castaño claro en una melena que le rozaba los hombros.

Jimena estaba segura de que era el hombre más guapo de los jardines. Tal

vez de toda la capital. Todas las féminas, y no pocos hombres, desviaban la mirada hacia él, deleitándose con su apostura y la belleza de sus luminosos ojos verdes. Y él no dejaba de mirar a su alrededor, tan nervioso o más que Rodrigo.

—Y ¿qué querías que hiciéramos? ¿Desobedecer a mamá el día de su boda? —le planteó Gadea a su hermana, sacándola de sus pensamientos.

—Pues sí. Es lo que hacemos siempre, no sé por qué hoy tendría que ser diferente —señaló Jimena enfurruñada.

—Tú la desobedeces, yo no.

—Tú eres una pelota.

—Y tú una borde.

—Y tú una cursi.

—Y tú una *retromónguer*.

—Y yo tengo que aguantaros hasta que vuestra madre llegue, así que ¡a callar! Bastantes nervios tenemos todos para que vosotras os comportéis como arpías en miniatura —las reprendió Adán colocándose entre ambas.

Bruno, el marido de Cruz, le prestó apoyo moral situándose a su lado. Ellos habían sido los encargados de llevarlas allí mientras Gala acababa de arreglarse con la inestimable, nerviosa y emocionada ayuda de Cruz, Eva y Vicenta.

Las niñas los miraron contritas e incluso se mantuvieron silentes treinta segundos.

—No deberíamos haber venido —masculló de nuevo Jimena clavando la vista en la carretera que había tras las rejas que rodeaban El Retiro.

Su madre seguía sin aparecer, Rodrigo estaba cada vez más nervioso, pues se acercaba la hora de la ceremonia, y ella estaba a punto de echar humo por las orejas. «Tendría que haberme quedado con mamá», pensó furiosa. Si lo hubiera hecho, su madre ya estaría allí, porque ella habría estado pendiente de que se diera prisa y no se entretuviera. Pero se había quedado con Eva, Cruz y Vicenta, que hablaban por los codos. Se les pasaría el tiempo sin darse cuenta

y llegarían tarde a la boda y el concejal no los casaría y todo se iría a la mierda y... ¡No podía quedarse quieta ni un segundo más!

Echó a andar hacia Calix con la intención de exigirle que la llevara a buscar a su madre. Cogerían un taxi y la obligarían a darse prisa, y si no se la daba entonces...

—Buenos días, Jimena, permíteme decirte que eres la muchacha más hermosa de los jardines —dijo alguien, sobresaltándola.

Se detuvo para responder con un tímido «gracias» y se encontró con la mirada afable del Ogro. ¿Qué hacía allí el abuelo de Kini? Aunque más sorprendida se quedó al ver a éste junto a él. Y estaba guapísimo.

Al contrario que el resto de los hombres allí presentes, no llevaba traje, sino vaqueros negros, camisa azul y una americana informal que le sentaba de maravilla. Se había peinado el pelo hacia atrás e incluso llevaba zapatos. Y brillaban.

—¿No crees que la señorita está bellísima, Joaquín? —le reclamó Salvador a su nieto.

Kini asintió sin ganas con la cabeza. El anciano lo amonestó con el simple gesto de arquear una ceja y el muchacho no tuvo más remedio que claudicar.

—Estás guapísima, Jime —musitó clavando en ella sus ojos castaños.

—Gracias, tú también estás muy guapo —respondió ella, enrojeciendo.

Él aceptó el cumplido con un brusco gesto y volvió a quedarse callado, las manos ocultas en los bolsillos y la cabeza baja.

—Vaya, veo que tu hermana está con Adán y Bruno, voy a saludarlos —comentó Salvador—. Quédate haciendo compañía a la señorita, una beldad como ella no debe estar sola en un día tan importante como éste —le ordenó con severidad a su nieto antes de irse.

—No hace falta que te quedes conmigo, puedo estar sola perfectamente —gruñó Jimena cuando el anciano se alejó lo suficiente para no oírlos.

—Tampoco es que tenga nada mejor que hacer. El abuelo se ha empeñado en ver cómo se casa tu madre y no ha habido manera de convencerlo para que

me dejara en casa tranquilo. Por lo visto, los buenos vecinos van a las bodas de sus vecinas —masculló mirándola de refilón.

Había heredado la elegancia de su madre y estaba preciosa con ese vestido azulón de falda asimétrica y escote cuadrado. Se había dejado su larga y ondulada melena suelta y algunos mechones oscuros le caían sobre el escote, evidenciando que sus formas de niña comenzaban a dar paso a las de una mujer. Una que haría postrarse a los hombres.

Se miraron nerviosos, ambos muy conscientes de los cambios del otro.

Jimena se mordió los labios, Kini ya no era un crío, había dejado de serlo ese verano. Cada mañana que se asomaba a la terraza de la casa de Rodrigo y lo veía salir a correr con mallas y camiseta, no podía evitar recordar lo que le había dicho Uriel sobre dónde tenía que tocarlo para reconquistarlo. ¡Como si le hiciera falta! Ella sabía de sobra dónde les gustaba a los chicos que los tocaran, aunque nunca había tocado a ninguno allí. Ni siquiera a su exnovio, al que por cierto odiaba a muerte. Y, además, tampoco era como si pensara tocar ahí a Kini. Pero... le había salido barba y tenía vello castaño en las axilas, e incluso le había visto algunos pelitos en el pecho una vez que se le había abierto la camisa. Y no podía dejar de pensar en que tal vez también tendría vello ahí abajo. Aunque, claro, eso sería lo más normal del mundo. Ella también tenía vello ahí. Pero a ella no le sobresalía la entrepierna y a Kini sí. Y no era que se fijara, pero él llevaba mallas cuando salía a correr y cuando regresaba se paraba en la plaza, doblaba la rodilla y echaba la espalda hacia atrás agarrándose el empeine del pie para estirar los músculos. Y en esa postura se le marcaba todo.

Y ella no era ciega. Joder.

—¿Qué tal te va en el nuevo instituto? —le preguntó para romper el incómodo silencio.

—Bien —murmuró él fijando de nuevo la mirada en el suelo.

—Genial.

Volvieron a quedarse callados.

—¿Te ha costado mucho adaptarte? —inquirió ella al cabo de unos segundos. Habían sido grandes amigos, ¿por qué no podían volver a serlo?

—Al principio, sí. Era todo distinto: el instituto, los profesores, los compañeros, la manera de dar clase, los horarios... Me reventaba no acabar hasta las cinco cuando el curso pasado a las dos ya estaba libre. Pero ahora estoy contento y estoy sacando notas estupendas.

De hecho, estaba entusiasmado, por primera vez en su vida había conseguido leer los problemas de matemáticas y los textos de lengua — siempre que no fueran muy largos— y entenderlos a la primera, y estaba aprendiendo a escribir de manera descifrable. Pero, claro, eso no se lo iba a decir, porque implicaría confesar que antes no comprendía casi nada de lo que leía y que su escritura era demencial.

—Me alegro de que lo lleves bien y te esfuerces por sacar buenas notas.

—No era cuestión de esforzarse, sino de descodificar correctamente — replicó enfadado.

Estaba harto de que todos pensaran que era un vago, cuando era al contrario. Se esforzaba mucho, pero no lo hacía de la manera correcta. Y eso no lo había comprendido hasta que el logopeda con el que trabajaba a diario se lo había mostrado.

—¿Descodificar? —Lo miró confundida.

Kini hundió más aún las manos en los bolsillos, enfadado consigo mismo por haber hablado de más. Pero ella siguió mirándolo, y en sus ojos no había censura ni burla, sólo interés y cariño.

—Para leer necesitas descodificar la información —intentó explicar, porque la verdad era que él tampoco lo entendía del todo—. Y yo no la descodifico bien. Cuando tú lees asocias las sílabas a los sonidos y los conviertes en palabras. Yo no. A mí eso me cuesta muchísimo. Mi cerebro tiene que emplearse a fondo para descodificar las sílabas y acaba sobrecargándose. Y lo peor es que, como toda mi atención se centra en las

palabras en vez de en comprender lo que leo, cuando acabo no me quedan recursos para procesar y entender lo que he leído.

—Vaya..., qué chungo.

—Sí, es una mierda. Pero ahora... —Se interrumpió antes de decirle que ahora hacía ejercicios que parecían infantiles, pero que sin embargo lo estaban ayudando mucho—. Ahora estoy aprendiendo a enfocarlo de otra manera, y ya no me cuesta tanto.

—Me alegro un montón. Eres muy inteligente y era una putada que no aprobaras.

—Ya... ¿Qué tal vas tú en el insti?

—De culo con química y mates. Son una mierda.

—A mí ésas no se me dan mal, las que me cuestan son lengua, historia e inglés. Sobre todo, inglés. Lo odio. No sé para qué narices tengo que aprender otro idioma si apenas conozco el mío.

Ella se echó a reír al verlo tan soliviantado y Kini la miró sorprendido, hacía tiempo que no se reía con él. Antes de que se diera cuenta se había contagiado de sus risas.

Jimena lo miró embelesada, ya no se acordaba de los hoyuelos que le salían cuando se reía ni de lo atractivo que era cuando eso pasaba. Dio un paso hacia él, y él, a su vez, se acercó a ella hasta que sus pies estuvieron punta con punta. Ella alzó la cabeza y él la bajó.

—¡Jime! ¡Ya llega mamá! —gritó Gadea, arrebatándoles el momento.

—Vaya, tengo... tengo que ir con ella —dijo ruborizada dando un paso atrás.

—Claro. Nos vemos luego... o, si no, ya mañana en el barrio —se corrigió al pensar que al acabar el enlace ella se iría al banquete y él volvería a la plaza con su abuelo.

—Sí. Nos vemos —se despidió antes de echar a correr hacia la mujer que acababa de entrar en los jardines de Cecilio Rodríguez.

Sempiterno

Que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin.

Calix observó admirado a Gala cuando ésta hizo su aparición. Llevaba un ceñido vestido blanco, corto hasta las rodillas, con mangas de encaje acabadas en pico sobre el dorso de la mano. Estaba preciosa. Se había detenido en los jardines y no parecía tener intención de continuar hasta el pabellón en el que, si nada lo impedía, iba a casarse. De hecho, parecía a punto de echar a correr en sentido contrario.

Se volvió alarmado hacia Rodrigo; con la aversión que sentía Gala hacia el matrimonio no le extrañaría que protagonizara una fuga. Pero el albino permanecía inmóvil frente a los pabellones, mirándola orgulloso mientras sonreía seguro.

Y en ese momento Gala salió de la paralizante debilidad que la había mantenido clavada en el sitio y echó a andar decidida hacia su casi marido.

—¿Por qué estás a pleno sol en lugar de en el pabellón? —le preguntó al llegar junto a él. Le acarició la cara con las manos y el corazón con la mirada—. Espero que te hayas echado crema protectora...

Rodrigo sonrió a la vez que se inclinaba para depositar un dulce beso en sus labios.

—He pensado cambiar mi blanco nuclear por el rojo cangrejo para darle un poco de color a la boda.

Ella resopló enfadada al comprender que se le había olvidado. Y, como era algo que ya esperaba, abrió la cartera dorada que sujetaba y sacó un pequeño

bote de crema solar pantalla total. Se vertió un poco en la mano y procedió a untar la cara de su prometido. Él, en lugar de molestarse, cerró los ojos y dejó que lo embadurnara con una agradecida sonrisa.

Y Calix no pudo evitar desear tener lo que tenían ellos. Esa complicidad, ese amor incondicional, esa confianza ciega el uno en el otro. Pero eso no era para él. Había descubierto por las malas que el amor dolía, que no era un cuento de hadas, sino un relato de terror. Que el amor amordazaba, amortajaba e incluso amorataba si se empleaba la suficiente fuerza. Que amar era, como bien decía la canción, el empuje de la palabra amargura.

Se dio media vuelta para alejarse de allí, su mirada deslizándose vigilante sobre cada mujer que había en los jardines. Y no eran pocas. Y mientras buscaba no podía dejar de pensar que, por alguna extraña razón, tenía tanto miedo de volver a verla como de no verla.

Verónica había cambiado, se lo había asegurado, y él sentía la necesidad de creerla. Pero, al mismo tiempo, no se atrevía a hacerlo. Porque ella lo conocía bien y sabía cómo convertirlo en un muñeco de cera en sus manos. No obstante, ahora él también la conocía a ella y no se dejaría manipular. Aunque tal vez no hiciera falta. Tal vez fuera verdad que había cambiado y pudieran ser amigos. Habían estado locamente enamorados y, tras romper, habían seguido en contacto, aunque no siempre voluntariamente, debía reconocer. Pero aquello era agua pasada. Tenían que dejar atrás el rencor y comportarse como personas civilizadas, había dicho ella hacía menos de una semana. Y él estaba de acuerdo.

Quería verla de nuevo y comprobar que todo había acabado, que volvían a ser amigos. Y, al mismo tiempo, no quería verla. No quería enfrentarse a lo que tal vez todavía sintiera por ella. Porque si de algo estaba seguro era de que no era tan fuerte como quería aparentar.

—¡Oh, por Dios, Calix! ¡No me digas que ya estás otra vez dándole vueltas a la cabeza!

Se volvió sobresaltado al oír a Uriel, que le sonreía malicioso, aunque en

sus ojos brillaba algo parecido a la compasión.

—Estamos en una boda, Calix, no seas idiota y disfruta. Esto está lleno de mujeres exuberantes y hombres guapísimos con los que nos lo podemos pasar muy bien. No pongas esa cara de amargado y vamos a deleitarnos con la vista mientras esperamos a que llegue la hora del banquete y podamos disfrutar con el champán. —Le guiñó un ojo con picardía.

Lo empujó hacia el pabellón donde pronto se celebraría la boda. Atravesaron los jardines mientras Calix estudiaba con semblante serio a todas las mujeres que había allí.

Uriel sabía perfectamente a quién estaba buscando: a Verónica.

Esa misma mañana, mientras Calix estaba con Rodrigo en su casa, ayudándolo a prepararse, Jimena había llamado a su puerta con el orgullo de una reina y la autoridad de un coronel. Maldita mocosa, no podría haberlo sorprendido más. Le había abierto, más intrigado por su visita de lo que le gustaría. No eran amigos, ni siquiera se soportaban demasiado, por tanto, ¿qué narices hacía allí a las ocho de la mañana el día de la boda de su madre?

—Verónica está en España —le había soltado de sopetón—. Llamó ayer a mamá para felicitarla por la boda y, así, como sin darse cuenta, le comentó que había regresado —dijo con sarcasmo. Estaba enfadada, mucho, y no hacía nada por disimularlo—. Esa puta ha venido a joder a Calix. —Recorrió el salón con pasos furiosos—. La odio. Es una mujer horrible. Le hizo muchísimo daño... y va a volver a hacérselo si no se lo impedimos.

—¿Impedimos? ¿Nosotros? —había inquirido él, más por el placer de hacerla rabiar que porque no pensara ayudarla, porque lo que tenía tan claro como el agua era que a Calix sólo podía joderlo él, en todos los sentidos.

—Sí. Nosotros. No me caes bien y yo a ti tampoco, pero hoy vamos a tener que dejarnos de chorradas y unirnos. Por Calix. Rodrigo y mamá van a estar muy ocupados atendiendo a los invitados, así que sólo quedamos Gadea, tú y yo para cuidar de él.

—Y ¿cómo pretendes que lo cuidemos? —Casi no había podido contener la

sonrisa al verla tan cabreada. Esa cría era formidable cuando se enfadaba. ¡Qué gran mujer llegaría a ser! Lástima que él no llegara a verlo, pues jamás podía quedarse en el mismo sitio mucho tiempo... Y ya llevaba en Madrid casi un año, lo que era todo un récord.

—Tenemos que vigilarlo y prestar mucha atención por si vemos a Verónica.

—No la conozco, ergo no puedo buscarla.

—Es alta como mamá, pero con más tetas, aunque no tantas como Iskra. Tiene el pelo rubio, los ojos azules, la boca grande y los pómulos salientes como si estuvieran rellenos.

Y ahí estaba él ahora, pendiente de que ninguna mujer atractiva y con buenas tetas se acercara a Calix. ¡Ver para creer!

Lo notó estremecerse bajo la mano que aún tenía posada en su hombro, la mirada fija en un punto a su izquierda. Desvió la vista hacia allí, descubriendo a una rubia voluptuosa que les daba la espalda. Debía de ser muy parecida a Verónica, si es que no era ella, porque Calix había palidecido y tenía los dientes tan apretados que los oía rechinar.

—No seas idiota, el amor no es contagioso —fingió equivocarse el motivo de su súbita tensión. Entonces, la mujer se giró y Calix se relajó de golpe, como si le hubieran inyectado un tranquilizante en vena—. ¿Has visto a Iskra? Hoy se ha puesto un vestido rojo de Jessica Rabbit y está para mojar pan... y lenguas —prosiguió utilizando lo único que sabía que podría quitarle a Verónica de la cabeza—. Vamos a verla.

Lo guio a través de los jardines hasta una fuente, y allí, un poco apartada de Pavel, Rayna, Lavinia y el resto de los mafiosos invitados, estaba ella.

Tan hermosa que dolía mirarla.

Había dejado de lado sus acostumbrados vestidos de tejidos extravagantes y faldas acampanadas para enfundarse, y nunca mejor dicho, un ceñidísimo vestido rojo sin mangas y largo hasta los tobillos. El profundo escote corazón y la macroabertura lateral aumentaban el erótico embrujo de sus pechos altos, su cintura de avispa y sus rotundas caderas, convirtiéndola en una oda a la

sensualidad. Un bolero de satén rojo protegía sus hombros y sus brazos del suave frío de finales de octubre.

—Y éste, señoras y señores, es el motivo por el que nunca está de más llevar americana —susurró Uriel mordaz, sus labios pegados a la oreja de Calix—: Para que nadie se dé cuenta de que se te ha puesto tan dura como una jodida viga de acero al ver las espectaculares tetas de Iskra enfundadas en un vestido rojo que debería ser ilegal. Nadie, excepto yo, por supuesto. —Deslizó con disimulo la mano sobre la entrepierna de su amigo, que, tal como le pasaba a la suya, estaba dura y preparada para entrar en acción—. Disimula un poco, Calix, o pensará que te gustan las mujeres... Y no quieres eso, ¿verdad?

Le soltó el paquete tras darle un lascivo apretón y se dirigió a la fuente.

—¿Me permites el honor de ser tu paladín? —Ofreció el brazo a Iskra—. Aunque no sé si deberías fiarte de mí: estás tan tentadora que tengo que esforzarme para no ponerte en mi hombro y echar a correr escenificando un secuestro al más puro estilo *Rapto de las sabinas*.

—¡Tonto! —exclamó ella sonrojándose antes de reír con ganas.

—¿En serio? —reclamó ofendido—. Caigo a tus pies, metafóricamente hablando, porque como podrás imaginar no puedo mancharme el traje, y tú me llamas tonto. ¡Qué injusticia! Aunque... —Sacó el pañuelo que le adornaba el bolsillo del traje, lo extendió sobre el suelo y plantó la rodilla en él, postrándose ante Iskra—. Dios santo, desde aquí la vista es espectacular. —Clavó la mirada en la larga abertura de la falda y la porción de muslo que se veía tras ésta—. Eres una mujer perversa, la raja es demasiado corta, debería subir un poco más, hasta tocar tu cadera, para que pudiéramos comprobar la ausencia, o no, de ropa interior —susurró embelesado a la vez que alzaba la mano para acariciar la suave piel.

El gruñido ronco y brusco de uno de los escoltas detuvo su avance, haciéndole recordar dónde se encontraba. Y con quién.

—No sé por qué, pero me da la impresión de que a tu guardaespaldas no le

hace gracia que sea tan vehemente en mi sincera admiración. —Se irguió ante el gesto bronco del matón, aunque lo que en realidad le preocupaba era la mirada beligerante de Pavel, la desabrida de Rayna y la resentida de Albena.

Al parecer, no les gustaba que Iskra recibiera tanta atención por su parte, aunque intuyó que a cada uno de ellos le molestaba por un motivo diferente.

—Tal vez lo que no les gusten sean tus payasadas —apuntó Calix al llegar junto a ellos. Sacudió la cabeza a modo de saludo ante Pavel y sus matones, y luego miró a Rayna, Albena y Lavinia—. Señoras, están arrebatadoras —declaró respetuoso antes de volverse hacia Iskra—. Estás preciosa. —La acarició con la mirada—. La ceremonia está a punto de empezar. —Le ofreció el brazo.

Iskra no dudó un segundo en aceptar su invitación.

Uriel apretó los dientes mortificado antes de esbozar una sonrisa falaz y, dándose media vuelta, señalar a Pavel y a su séquito el pabellón.

—¿Me permiten acompañarlos? —se ofreció esperando que ellos no lo ignoraran.

Poco después entraban en la estancia acristalada en la que iba a celebrarse la boda, y a las once y media en punto Gala y Rodrigo se casaban, mutuamente, con el amor de su vida.

Ninguno de los dos prestó demasiada atención al discurso del concejal, pues estaban demasiado ocupados embebiéndose el uno del otro. Se pusieron los anillos cuando Calix carraspeó, se besaron cuando se lo dijeron y, tras firmar en el libro de registro, salieron a los jardines para caminar bajo la tradicional lluvia de arroz. Recibieron las felicitaciones de los vecinos, besos en el caso de Gala y palmadas en la espalda en el de Rodrigo, les hicieron bromas subidas de tono, fueron los protagonistas de un sinfín de fotos y, cuando ya pasaba de la una, ellos y sus invitados se marcharon a la finca donde se celebraría el banquete.

Marrullero

Persona que pretende engañar con astucia y halagos.

Iskra miró de reojo a Rayna, que parecía enfadada. Muchísimo. Y no era difícil saber por qué. Por ella. Porque Pavel se había empeñado en que lo acompañara al restaurante en el Bentley que usaba para las ocasiones especiales, relegando a su mujer y a su sobrina al Mercedes que empleaba a diario. Y ésa era una ofensa que no iba a perdonarle. ¡Cómo si Iskra tuviera la culpa! Había tratado de rechazar la orden disfrazada de ofrecimiento, pero Alekseev no era de los que aceptaban un no por respuesta. Así que había viajado con él a la finca en la que se celebraba el banquete y, nada más aparecerse, se encontró con la mirada gélida de Rayna y la peligrosa de Albena y supo que iba a tener problemas. Y tal vez Uriel y Calix también se percataron, porque acudieron raudos junto a ella y, con la excusa de que tenía reservado sitio en la mesa de la camarería, la sentaron entre ellos, frente a Amalia, Rosalía y sus maridos.

Fue una comida estupenda. Uriel había estado atrevido y ocurrente, y Calix había sido su contrapunto perfecto, devolviéndole las pullas con escepticismo y no poco humor. Era impactante ver lo bien que se complementaban el uno con el otro. Como dos polos opuestos que se atraen de forma irremisible. Uriel, osado y descarado; Calix, sobrio e introvertido.

Tras el banquete llegó la orquesta y Uriel se apresuró a sacarla a bailar poco después de que los novios abrieran el baile. La había hecho reír y sonrojar con sus escandalosas ocurrencias. ¡¿Cómo podía ser tan

desvergonzado?! El muy truhan incluso había tratado de sacarla de la pista para, según él, llevarla al jardín y besarla hasta hacerle temblar las rodillas, aunque Iskra estaba segura de que sólo era una excusa para escapar del salón abarrotado y dar una vuelta por el inmenso jardín que rodeaba la finca. No obstante, no pudo comprobarlo, pues cuando acabó la canción y trató de llevársela, Adán, el marido de Eva, le sacó burlón su placa de policía a Uriel y la requisó para bailar con él. Luego bailó con Bruno y después con Cruz. Con éste fue divertidísimo, porque ni ella ni él sabía guiar al otro, así que acabaron pisándose y dando tumbos muertos de la risa. Y, cuando pensaba que no podía dolerle más la mandíbula de tanto reírse —ni los pies de tantos pisotones—, Pavel apareció frente a ella con una cariñosa sonrisa en los labios.

Y ahí estaba ahora, sintiendo la gélida mirada de Rayna mientras bailaba con él. Apretó los labios esforzándose en mantener la sonrisa lejos de su boca a la vez que fingía que no estaba disfrutando tanto como en realidad lo hacía. Porque si se le ocurriera sonreírle a Pavel, Rayna y Albena se lo harían pagar caro. Y bastante tenía ya como para soportar más.

—¿Tan mal bailo, Chispa? —le preguntó él con semblante triste.

—¡Qué va! Eres un bailarín consumado, y después de la tortura de bailar con Cruz, hacerlo contigo es como flotar en una nube —contestó encantada, olvidando no sonreír.

—Y entonces ¿a qué se debe tanta seriedad?

Ella lo miró contrita sin saber qué responder antes de que sus ojos se desviaran un instante hacia donde Rayna y Albena los miraban sin conseguir disimular su desagrado.

—¿Te están creando problemas? —inquirió Pavel con inusitada sobriedad, siguiendo la dirección de su mirada.

—¡No! Al contrario —se apresuró a decir—: Albena siempre intenta que no me aburra en casa —y no era mentira, se pasaba el día ordenándole hacer recados, muchos de ellos sin sentido—, y a Rayna no la veo porque nunca baja

a la zona de servicio, así que no puedo decir que me trate bien ni mal, simplemente no nos tratamos —afirmó, muy consciente de que, si intentaba venderle a Rayna como una mujer cariñosa y amable, él no creería ni una palabra.

—Si alguna vez te molestan, dímelo —le ordenó.

—Claro, aunque estoy segura de que eso no va a suceder nunca. —«Jamás se rebajarían a poner sus manos sobre mí, para eso ya tienen a Ioanna»—. ¡Madre mía, cómo me duelen los pies! —exclamó cuando la canción acabó—. Esto de llevar tacones no es para mí. —Y era verdad, parecía que estuviera pisando ascuas ardientes—. Estoy deseando sentarme un rato...

—¿Eso significa que no vas a bailar conmigo? —inquirió Calix, que se había acercado para robársela a Pavel antes de que alguien se le adelantara otra vez.

—No sé, no sé —fingió dudar—. Bailaré contigo, pero sólo si me prometes no pisarme —exigió esbozando su sonrisa más maravillosa. Esa que le achinaba los ojos y mostraba sus dientes. Esa que hacía que el corazón de Calix se saltara los latidos y su estómago se llenara de abejas zumbando frenéticas.

—Por supuesto que no. Y, si por un casual lo hiciera, prometo cortarme los pies —aseguró tendiéndole la mano, y ella se soltó de Pavel olvidándolo al punto.

—¿En serio? Pero eso sería tan desagradable... Imagínate tus pies rodando por el salón y dejando un reguero de sangre mientras la gente los patea sin darse cuenta. Sería horrible, y eso por no hablar de lo complicado que sería bailar sobre los muñones de tus tobillos. Ah, no, me niego. No me he puesto este vestido que no me permite comer todo lo que quiero ni respirar tanto como necesito para no poder lucirlo, a él y a mi increíble *personalidad* —y ambos sabían muy bien a qué se refería con esa palabra— porque mi acompañante baila como un zombi. ¡Hasta ahí podríamos llegar! —zanjó muy

sería antes de que una sonrisa rompiera su rictus severo y estallara en carcajadas.

Carcajadas de las que Calix no tardó en contagiarse.

—Así que te has puesto este vestido para lucir tu... *personalidad* — comentó divertido una vez pasada la hilaridad.

—Por supuesto. Una chica con una *personalidad* como la mía no puede permitirse el lujo de llevar un vestido discreto, necesita un corsé que sostenga sus *tetánicas* ideas —dijo haciendo un juego de palabras entre *tetas* y *titánicas* que estuvo a punto de conseguir que Calix estallara de nuevo en carcajadas—. Imagíneme con un vestido como el de Albena. —Señaló el diminuto tubo elástico de tela fucsia, sin mangas ni tirantes, en el que iba enfundada la búlgara. Sus pechos se mantenían firmes como si la ley de la gravedad no fuera con ellos—. Si yo llevara algo así, al primer giro en el baile se me escaparía la *personalidad* y acabaría matando a alguien. O a lo mejor no tanto, pero un ojo morado sí que le pondría. Tengo una *personalidad* muy potente —afirmó muy seria.

Y Calix no pudo resistir esa imagen y volvió a estallar en carcajadas.

Continuaron bailando entre risas y bromas, hasta que la orquesta comenzó a tocar una canción lenta que terminó de manera fulminante con la hilaridad de ambos. Sin saber bien cómo, Iskra acabó con las manos en la nuca de él y los dedos enredados en su pelo, mientras que las de Calix viajaron hasta la base de la espalda de ella para detenerse allí en un hercúleo ejercicio de control.

Bailaron abrazados en silencio, la mejilla de ella apoyada en el hombro de él y los labios de él besando la coronilla de ella. Hasta que acaeció un suceso no del todo inesperado, obligando a Calix a poner distancia entre ellos.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Iskra con ojos soñadores.

—En absoluto. Es sólo que me acabo de acordar de que... tengo que ir con Uriel. —«Porque si me quedo aquí la tienda de campaña de mi pantalón va a ser demasiado evidente, y eso sería muy incómodo, amén de peligroso», pensó al percatarse de la fiera mirada que le dedicaba Pavel. ¡Y eso que no podía

ver su erección!—. Resérvame el vals —le pidió guiñándole un ojo antes de enfilarse hacia la barra.

—¿Van a tocar un vals? —inquirió ilusionada.

—Si no lo hacen, me encargaré de pedirselo —prometió él.

Iskra pasó el resto de la tarde bailando, cada vez más cansada y desilusionada mientras esperaba a que su príncipe azul la sacara a bailar un vals que la orquesta nunca tocó.

Mucho tiempo después, Calix seguía acodado en la barra con la mirada fija en Iskra. Ella seguía bailando con todo aquel que se le acercara, sin importarle que fueran hombres, mujeres, niños, ancianos o matones. Tan feliz como sólo ella sabía ser, preciosa con su vestido rojo y su elegante bolero, que no se había quitado a pesar del calor que hacía. Girando en brazos de unos y de otros mientras iluminaba con su sonrisa el salón.

«No debería haber bailado con ella», pensó mientras daba un trago a su segundo manhattan. Si se hubiera mantenido al margen, ahora no estaría arrepintiéndose de haber bailado. Claro que entonces se estaría arrepintiéndose de no haber bailado con ella, y eso sería muchísimo peor que arrepentirse de haber bailado. Frunció el ceño ante el trabalenguas que acababa de pensar. Se dispuso a beber de nuevo y se dio cuenta de que el vaso estaba vacío, así que pidió otro. El camarero mezcló el vermut con el whisky y, cuando se lo sirvió, Calix dio un largo trago. No. Habría sido mejor no haber bailado con Iskra. Porque, si no lo hubiera hecho, tal vez ahora no estaría tan excitado. Aunque eso no era del todo cierto. Cuando ella estaba cerca él siempre estaba excitado, era una especie de ley universal a la que no podía resistirse. Aunque... las tetas de Albena vencían la ley de la gravedad, ¿por qué no podía vencer él la «ley de la excitación universal»? Tal vez porque no tomaba la medicina apropiada, pensó mirando el vaso. Quizá debería buscar un

antiexcitante o algo por el estilo. ¿No existían los antioxidantes y los antidepressivos? Sí. Pues entonces quizá también habría antiexcitantes. Sería la solución perfecta a su problema.

—¿Otro? Madre mía, Calix, te vas a pillar el pedo del siglo —lo regañó Uriel.

—Sólo he bebido dos. —Miró el vaso y se corrigió—: Dos y medio. Y no me los ha cargado mucho —señaló huraño al camarero.

—Algo que desde luego le agradezco infinito. Vamos a dar una vuelta por el jardín, a ver si con un poco de aire fresco se te quita esa patética cara de sufrimiento que tienes.

Tiró de él hasta que comenzó a andar y salieron al bucólico jardín. Recorrieron senderos de baldosas anaranjadas, pasaron un puente de madera y por fin llegaron a una zona que no estaba demasiado saturada de gente. Uriel se sentó en un banco y miró expectante a Calix, que se mantenía en pie con los brazos cruzados y gesto adusto.

—Bueno, ¿qué?, ¿me lo vas a contar o tenemos que liarnos a puñetazos? Eso sí, si te decides por los puñetazos, avísame para que me quite el traje, prefiero pelear en bolas antes que estropear un traje que me ha costado un ojo de la cara.

Calix lo miró furioso antes de dejarse caer en el banco y esconder la cara entre las manos.

—No puedo soportarlo más...

Iskra aprovechó que la orquesta comenzaba a tocar éxitos ochenteros y todos bailaban como locos para escabullirse por una puerta lateral. Al fin y al cabo, dudaba mucho que fueran a tocar el vals. De hecho, estaba segura de que a Calix ni se le había pasado por la cabeza pedirselo a la orquesta. Y estaba harta de estar en el salón, rodeada de gente encantada de la vida mientras ella

sólo tenía deseos de esconderse en un armario y llorar por su sueño roto. Y si podía ser un armario con una silla, mejor. Le dolían los pies a rabiar, las rodillas le temblaban de tan cansada como estaba, y a eso debía sumar las glaciales miradas de Rayna y los brutales empujones que Albena le propinaba en la pista de baile con la excusa de ser muy torpe bailando. Lo curioso era que sólo era torpe cuando ella estaba cerca.

Nada más salir al jardín, se quitó los zapatos y pisó la hierba cubierta por el frescor otoñal para calmar sus doloridos pies. Estiró y encogió los dedos mientras exhalaba un gemido de puro placer. Inspiró una gran bocanada de aire que le expandió los pulmones y tuvo el efecto de refrescar sus ideas y alejar la tristeza. Era una estupidez que se tomara tan a pecho ese tonto vals. Al fin y al cabo, ella ni siquiera sabía bailar. Y Calix sólo lo había dicho para gastarle una broma. Pero había habido un momento durante el baile que... Sacudió la cabeza decidida a no dejar que el romanticismo la apartara de la realidad. Calix no estaba interesado en ella. Y punto. Y si habían bailado muy juntos era porque se llevaban muy bien y se habían convertido en buenos amigos. Y no había que darle más vueltas.

Con esto en mente, deambuló descalza en busca de un lugar tranquilo en el que relajarse, a ser posible sentada y con los pies en alto. Dejó atrás senderos que llevaban a idílicos rincones llenos de gente, un transitado estanque y un puente bucólico, y llegó a una plaza redonda de adoquines rojizos que, dado su aspecto descuidado, debía de estar en desuso. La atravesó y poco después dio con una vieja valla de madera tras la que se alzaba una rústica caseta. No lo pensó dos veces, la abertura del vestido le permitía saltar la valla, y eso hizo. Rodeó el cobertizo, encontrándose con una mesa y dos sillas de plástico, unas balas de heno y un viejo balancín de jardín con toldo y asiento de tres plazas, que, a tenor de su aspecto limpio, alguien debía de usar de vez en cuando. De nuevo, no lo pensó dos veces. Dejó los zapatos en el suelo y se tumbó en el mullido balancín para descansar un ratito antes de regresar al salón y sufrir las miradas asesinas de Rayna y Albena.

—Y ¿no te has parado a pensar que si te pasas el día empalmado...?

—Yo no he dicho que me pase el día empalmado —especificó Calix molesto. Puede que así fuera, pero no se lo había confesado. Sólo había dicho que se excitaba con mucha facilidad y que eso era lo que no podía soportar. Nada más. Y Uriel, que no era tonto, había comprendido todo lo que no quería decir..., y ahora se lo iba a lanzar a la cara.

—Está bien, perdone usted, don Susceptible.

—No estoy susceptible.

—Tienes razón, estás insoportable —masculló Uriel enfadado—. ¿Sabes lo que te pasa? Estás tan frustrado porque te la quieres follar y no te atreves que...

—No me la quiero follar —lo interrumpió Calix tan enfadado como Uriel.

—Por supuesto. No quieres follártela. Ni a ella ni a nadie. Y por eso te pasas las noches matándote a pajas y los días con la polla tan dura que acabarás haciendo un agujero en los pantalones. Pero no pasa nada. Que yo sepa, nadie se ha muerto por no follar, sólo se tornan insoportables y vuelven locos a sus amigos.

—Vete a la mierda. —Calix saltó del banco harto de esa conversación.

—Llevas tanto tiempo sin echar un polvo y relajarte que estás perpetuamente excitado y eso te convierte en un polvorín a punto de explotar —lo exhortó siguiéndolo—. Y lo que más me jode es que estás así porque te da la gana. Si no quieres follar, hay otras soluciones para librarte de la frustración y el malhumor y dejar a tus amigos, es decir, a mí, vivir en paz.

—Y con eso llegamos al quid del asunto —le espetó Calix encarándose a él—. Imagino que la solución a mi inexistente problema es que te prestas voluntario para hacerme una mamada. —Puso los ojos en blanco.

—Exacto, cuando te apetezca, sólo tienes que decírmelo.

—Si me la haces, no follaré contigo —replicó Calix sorprendiéndolo, pues esperaba su habitual negativa rotunda, no una advertencia desafiante.

—No te lo he pedido.

—Ni tampoco te la comeré después.

—No lo necesito, pienso meneármela mientras te la chupo.

Calix lo miró beligerante antes de echar a andar hacia el puente. Lo cruzó con rapidez con Uriel pisándole los talones, pero, en vez de tomar el sendero que los llevaría de vuelta a los salones, entró en el jardín, dejándolo atrás al llegar a una pequeña plaza de aspecto descuidado. Se detuvo indeciso y Uriel pasó por su lado en dirección a la vieja valla, tras la que había una caseta de obra. La saltó sin esfuerzo y miró desafiante a Calix. Éste apretó los labios y lo siguió. Rodearon la caseta y llegaron a una terraza con una mesa destartalada, dos sillas de jardín, un viejo balancín que les daba la espalda y se movía con el viento, y varias balas de heno que serían el alimento de los ponis que paseaban a los niños en la finca.

—Qué apropiado. —Uriel señaló burlón el heno—. ¿Nos damos un revolcón en la paja?

—No voy a follar contigo —reiteró Calix apoyándose en la pared.

—Ya me lo has dicho, y me parece bien. Yo sólo quiero mamártela y probar tu sabor. —Llegó junto a él y apoyó un hombro en la pared—. ¿No prefieres sentarte en el balancín? Será más cómodo —le susurró, su aliento rozándole la oreja.

Calix volvió la cabeza zafándose de su mirada, su pecho subiendo y bajando con fuerza.

—Imagino que eso es un no —musitó Uriel sin moverse un ápice.

Calix estaba tan tenso como un arco, un movimiento en falso y todo se iría a la mierda. Y, si eso pasaba, sería casi imposible volver a enredarlo para que lo dejara darle placer.

—Le sienta muy bien el rojo a Iskra, ¿no crees? —intentó hacerlo hablar.

Calix asintió con un gesto, aunque siguió sin volver la cabeza y mirarlo.

—No puedo dejar de preguntarme cómo conseguirá respirar con ese vestido tan ajustado. Aunque también es cierto que cada vez que la veía tomar aire rezaba para que los pechos escaparan de su prisión y nos deleitaran con su presencia —señaló burlón—. ¿Qué es lo que más te ha gustado a ti del vestido? A mí, el escote, por los motivos antes expuestos.

—Ella. Entera —graznó Calix, recordando cómo se había acoplado a sus brazos, dejándolo sentir todo su cuerpo mientras bailaban. La calidez de su aliento rozándole el cuello cuando había apoyado la cabeza en su hombro. Sus piernas entre las de ella, su muslo rozando el monte de su femineidad. Su liso vientre pegado a su erección un instante antes de que se apartara de ella negándose el paraíso.

Un gruñido escapó de sus labios al notar un suave roce en la entrepierna.

—Cierra los ojos —le susurró Uriel cuando percibió que se tensaba, la tibia erección debilitándose bajo sus dedos—. En la oscuridad, todas las manos son iguales, no tienen sexo...

Calix se obligó a cerrarlos mientras él transitaba sobre su verga apenas despierta con dedos etéreos. No pudo evitar recordar a Verónica llamándolo maricón, aseverando que le gustaba que los hombres le comieran la polla. Y ahora Uriel estaba a punto de hacer eso mismo. La estaba traicionando como ella había augurado que haría.

Trató de apartarse de la mano de su amigo.

—Su piel es muy clara, casi como el mármol, ¿cómo crees que serán sus pezones? ¿Rosados? ¿Oscuros? —le preguntó Uriel al darse cuenta de que lo perdía.

Calix apretó los párpados y vio el busto luminoso de Iskra, sus ebúrneos pechos desbordando el escote del vestido, casi mostrando sus pezones, volviéndolo loco de deseo sin ni siquiera ser consciente de ello.

—Rosados —gimió tomando una bocanada de aire al sentir la palma de la mano de Uriel cubriéndole la polla por encima del pantalón, aunque no apretó, sino que se limitó a dejarla ahí.

—¿Grandes o pequeños?

—Grandes. Y gruesos. —Los de Verónica eran proporcionados y estilizados.

—¿Duros?

Los de Verónica se ponían tan duros que parecían canicas. Oyó de nuevo sus burlas llamándolo maricón, afirmando que le gustaba que le dieran por culo mientras lo torturaba con el vibrador. Tal vez no iba tan desencaminada al creer que era gay. Al fin y al cabo, ahora estaba dejando que se la meneara un hombre.

Sacudió la cabeza para erradicar ese pensamiento y en su mente apareció Iskra con ese ajustado vestido rojo que realzaba sus formidables pechos, su cintura diminuta y sus rotundas caderas. Y la tibia excitación que sentía se convirtió en lava rugiendo en su entrepierna.

Golpeó los puños contra la pared al darse cuenta de que había desdeñado los recuerdos de Verónica por los de Iskra y sintió el amargo sabor de la traición. ¿Cómo podía haber cambiado con tanta facilidad a una por la otra? Verónica había sido el amor de su vida y la estaba dejando de lado por las manos de Uriel y los pechos de Iskra.

Pero no eran sólo sus pechos.

Era su sonrisa abierta, sus ojos achinados y su nariz arrugada. Sus dientes asomando entre sus labios cuando se reía a carcajadas. Su cuello corto y sus clavículas marcadas. Sus pechos suaves y sus pezones, que le llenarían la boca con su dulzura.

—Son dulces —afirmó casi con furia. Era libre, podía excitarse con quien quisiera sin sentirse culpable. Podía incluso enamorarse de otra persona, siempre que tuviera suficiente valor para hacerlo, claro—. Y también salados. —Se pasó audaz la lengua por los labios como si estuviera saboreándolos—. Se endurecen en mi boca.

—¿Qué te gustaría hacer con ellos? —Uriel comenzó a amasarle despacio la entrepierna al ver que había vuelto a relajarse.

—Besarlos.

—¿Sólo eso? —se burló al ver que no continuaba—. Qué poca imaginación. Yo los besaría. Y los mordisquearía, y luego los lamería para calmarlos.

Calix se mantuvo silente un segundo, receloso. Pero era Uriel. Estaban compartiendo una experiencia que iba más allá del sexo y confiaba plenamente en él.

—Los succionaría —gruñó con voz gutural. Sus oídos se llenaron con los imaginarios gemidos de Iskra, desterrando los recuerdos de Verónica—. Los atraparía entre mis dedos y jugaría con ellos, y ella gemiría y yo me bebería sus gemidos... y luego me metería los pezones en la boca y los succionaría con fuerza.

—Y ¿le hundirías una mano entre las piernas? ¿Está húmeda?

—Dios, sí —jadeó Calix con la respiración pesada—. Separa las piernas para mí y es... preciosa. La toco y se estremece —dijo estremeciéndose a su vez, sus caderas empujando contra la mano de Uriel—. Le acaricio los muslos, son tan suaves que me dan ganas de hundir la cara entre ellos.

—Hazlo —le ordenó Uriel bajándole la cremallera del pantalón—. Dime a qué saben.

—Son dulces... y... Joder —rezongó tensándose de nuevo al sentir que Uriel escurría la mano bajo sus calzoncillos.

—¿Puedes oler su esencia? Descríbemela.

Calix apretó los puños contra la pared y se obligó a relajarse antes de hablar. Era extraño sentir un placer que no se proporcionaba él mismo. Era distinto de lo que se había acostumbrado en ese último año. Más satisfactorio. También más aterrador, más peligroso. Y era Uriel quien se lo proporcionaba. Un hombre. Sacudió la cabeza antes de que las burlas de Verónica volvieran a colarse en su cerebro y centró todos sus pensamientos en imaginar la esencia de Iskra. No le resultó difícil. Sabía exactamente cómo sería.

—Picante. Intensa. También fresca. Me llena la nariz y me hace la boca

agua. Quiero probarla —dijo con voz apenas audible.

Uriel le agarró la polla con suavidad y comenzó a masturbarlo despacio.

—Hundo la nariz entre sus pliegues, su olor es... adictivo. —Calix empujó las caderas contra la mano que lo acariciaba—. La pruebo, es deliciosa.

La imaginó tensándose bajo sus besos y jadeando de pasión mientras la penetraba con la lengua y le acariciaba el clítoris con el pulgar. Temblando bajo sus caricias e intentando acercarse más a su boca. Se vio ascendiendo por su cuerpo para besar sus pechos a la vez que penetraba con dos dedos su apretada vagina.

—Estoy a punto de correrme sólo de pensar cómo será hacerle el amor —resolló tan metido en su fantasía que no se percató de que Uriel se arrodillaba ante él.

Abrió los ojos cuando le sacó la verga y percibió su aliento sobre la piel ardiente.

—Te imaginas sus labios rojos y gruesos resbalando por aquí —Uriel le lamió el tronco del pene— y dejándote un rastro de carmín en la polla...

Y Calix volvió a cerrar los ojos y empujó contra la boca que le acariciaba el glande.

Su lengua estaba mojada y caliente, y sus labios lo ceñían como la vagina de una mujer. De Iskra. Empujó contra ella con un rugido que era tanto de frustración como de placer. Y Uriel le dio exactamente lo que necesitaba.

Le aferró la base del pene con una mano mientras con la otra se abría la bragueta y comenzaba a masturbarse. Controló la presión con que sus labios lo envolvían y jugó con la lengua sobre la sensible piel del frenillo. Le succionó la corona y la frotó contra el cielo del paladar mientras deslizaba la mano por sus testículos. Los amasó mientras se la chupaba con fuerza y, cuando lo notó engrosarse y palpar, lo mamó con ganas, masturbándose con ímpetu.

Un gruñido lastimero rompió el silencio, un gruñido que parecía escapar de las mismas entrañas de Calix y llevarse toda su fuerza mientras Uriel saboreaba excitado su eyaculación.

No tardó en acompañarlo en el clímax.

In fraganti

En el mismo momento en que se está cometiendo el delito o realizando una acción censurable.

Iskra, asomada sobre el respaldo del viejo balancín y con los ojos abiertos como platos, observó pasmada a los dos hombres. ¿De verdad estaba espiando un encuentro sexual entre Uriel y Calix? Sí. Y además no pensaba irse, pensó abochornada al darse cuenta de que su curiosidad ganaba a su honestidad. Por lo visto, era mucho menos íntegra de lo que pensaba. Pero era demasiado interesante como para perderselo. Nunca había visto a dos hombres amándose. Tampoco a dos mujeres. Ni siquiera a un hombre y a una mujer. En realidad era bastante ingenua en ese tema. Era complicado ver películas apasionadas, y mejor no hablar de películas porno, viviendo con una abuela de noventa años. Y todavía era más complicado echarse novio en una aldea perdida en mitad de la montaña en la que vivían ella y cinco personas más, siendo el hombre más joven un chavalín de setenta y dos años.

Y, aunque en el instituto se había besado con algunos chicos, lo del coito ni se lo había planteado. Eso era para las chicas guapas y delgadas; las gorditas como ella preferían no enseñar sus caderas y su culo. Y, además, tampoco era que alguien hubiera querido llevarla al huerto; al contrario, había pasado maravillosamente desapercibida durante su breve estancia en el instituto. Y le parecía más que estupendo. Un problema menos.

Pero eso daba como resultado una deficiente educación sexual. Oh, sí, conocía el *modus operandi*, pero verlo en vivo y en directo era impresionante. Y muy excitante. Aunque también le provocaba unas extrañas ganas de matar a

Uriel por hacerle a Calix lo que ella sólo podía soñar. Y, visto lo visto, sus sueños habían sido de lo más inocentes. No cabía duda de que esa escena iba a rellenar muchas lagunas y provocar no pocas fantasías. Aunque no sería Uriel el ejecutor de éstas, sino ella.

Se agarró al respaldo del columpio y los observó con interés. Y a punto estuvo de soltar un jadeo de sorpresa al oírlos. ¿De verdad se estaban excitando hablando de ella? Podía ver cómo crecía el bulto de la bragueta de Calix. Y también el de Uriel, quien estaba enfrentado a ella. ¡Menos mal que éste tenía puesta toda su atención en Calix! Se agachó aún más para pasar desapercibida, aunque entre el toldo del balancín y el respaldo del asiento apenas había unos centímetros. Los suficientes para permitirle ver sin ser vista.

Siguieron hablando de ella, o más exactamente de su vestido y de lo mucho que les gustaban sus pechos, de lo cual se alegraba sinceramente, todo sea dicho. Era lo único bonito que tenía, y le parecía estupendo que se fijaran en ellos. De repente, Uriel puso la mano en la bragueta de Calix y sus voces se convirtieron en susurros. Aguzó el oído todo lo que pudo, pero no consiguió oírlos. Y era una lástima, a nadie le amargaba escuchar cosas bonitas sobre sí.

Observó excitada y con no poca envidia que las caricias de Uriel se volvían más osadas y se percató de que era él quien lo hacía todo. Calix se limitaba a apretar los puños contra la pared y a cerrar los ojos mientras Uriel lo masturbaba. Ni siquiera se habían besado. De hecho, Calix tenía la cara vuelta hacia el lado contrario al que estaba Uriel, como si no quisiera verlo. Y era una pena, porque los ojos de Uriel estaban llenos de amor y sus caricias, de ternura. Lo miraba pendiente de todos sus gestos, de cómo se tensaba, de cómo se mordía los labios o golpeaba la pared, y conforme a eso lo acariciaba. Más lento, más suave, más rápido, más fiero, hasta que se arrodilló para metérselo en la boca.

Se cubrió la suya con la mano para no jadear asombrada cuando lo tomó entero a la vez que se sacaba la verga y se masturbaba. Estuvieron así unos

minutos y de súbito Calix exhaló un ronco gruñido, provocándole un desagradable aguijonazo de celos en el estómago.

Un instante después, Uriel se estremeció y un denso hilo de semen escapó de su pene.

Era lo más erótico que había visto nunca.

Y también lo más vergonzoso, pensó horrorizada, pues había espiado a sus mejores amigos. Con las mejillas ardiendo, echó un último vistazo para comprobar que no la miraban y se bajó sigilosa del columpio con la intención de huir por detrás de la caseta. Se agachó para que su cabeza no sobresaliera por encima del balancín y caminó agazapada, silenciosa como un gato.

Por desgracia, se olvidó de los zapatos que había dejado junto al columpio.

Tropezó con ellos.

Perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Chocó con las sillas de jardín.

Que se estrellaron contra la mesa.

A la que, en ese momento se dio cuenta, le faltaba una pata.

La mesa acabó también en el suelo.

Uriel y Calix se volvieron sobresaltados y la miraron petrificados.

Y ella, notando sus mejillas más rojas que su vestido, se levantó y sonrió nerviosa.

—¡Hola! —exclamó con fingida alegría, saludándolos con la mano en alto cual indio en son de paz—. ¿Qué tal? Espero que bien. Seguro que sí, desde luego, se os ve muy relajados. Y con eso no quiero decir que haya visto nada, porque no lo he visto. Lo juro —mintió llevándose la mano derecha al pecho a modo de solemne juramento mientras ellos la miraban atónitos—. Veréis, estaba echándome la siesta en el balancín. Me he quedado completamente dormida, por supuesto —aseguró, sus cejas juntándose muy serias mientras daba un paso atrás—. Y he oído algo y me he despertado. Y, claro, como estamos en medio del monte, he pensado que quizá eran lobos en pleno ataque —abrió los ojos asustadísima y dio otro paso atrás—, así que me he asomado

para estar prevenida y defenderme en caso necesario. Y os he visto. Y estabais tan monos y tan enamorados que me he dicho: «Iskra, no puedes amargarles el momento». —Suspiró con romanticismo alejándose un paso más—. Así que he cerrado los ojos y he vuelto a tumbarme mientras esperaba que acabara. Y luego, aprovechando que parecíais muy entretenidos, he decidido escabullirme sin molestar. Y justo en ese preciso instante he tropezado con mis zapatos —resopló enfurruñada—. Pero ahora mismo me voy por donde he venido y si os he visto no me acuerdo. —Dio media vuelta y, muerta de vergüenza, echó a andar presurosa hacia el extremo opuesto al que estaban ellos.

—¡Iskra, espera! —la llamó Calix saliendo de su inmovilidad y yendo tras ella.

En respuesta a su requerimiento, la muchacha se remangó la falda y saltó la valla con una agilidad que la sorprendió incluso a ella. Acto seguido echó a correr como liebre asustada y a punto estuvo de cumplir el deseo de Uriel de ver su *personalidad* escapar de la prisión del vestido.

La carrera no duró mucho, pues sus cortas zancadas nada tenían que hacer contra las largas y trabajadas piernas y el cuerpo ágil y acostumbrado a correr de Calix.

La alcanzó antes de que llegara al final de la plaza. La atrapó por el brazo, aferrándolo con fuerza para evitar que se escapara.

Y ella lanzó un agudo grito de dolor y cayó al suelo de rodillas, envolviéndose los hombros con las manos.

Calix la soltó de golpe, arrodillándose junto a ella.

—¿Qué ha pasado? —Le miró preocupado los pies—. ¿Has pisado algún cristal?

—¡No! —gritó ella con toda la fuerza de sus pulmones a la vez que alzaba las manos frente a sí como si quisiera parar algo.

Calix se volvió decidido a pelear con lo que fuera que la hubiera asustado tanto, pero se detuvo al encontrarse con el semblante pétreo de dos de los hombres de Pavel. Kiril, que tenía la mano dentro de la chaqueta, a la altura de

la axila, y Mihail, que la tenía oculta a su espalda. Ambos lo miraban con asesina determinación.

—¡Sólo me está ayudando a levantarme! —exclamó Iskra. Se puso de pie frente a él, cubriéndolo a pesar de su escasa estatura, mientras Uriel, que acababa de llegar, miraba a los matones paralizado—. Me he tropezado con una piedra y he caído, Calix estaba comprobando que no me haya pasado nada —afirmó sin pararse a respirar antes de volverse hacia el segoviano—. Muchas gracias, de verdad, has sido muy amable y caballeroso, no sé qué habría hecho sin tu ayuda —le dijo alejándose de él—. Ya me encuentro muchísimo mejor, gracias por tu ayuda —repitió antes de ir con los matones, quienes los miraban con evidente desconfianza.

Los enganchó por los brazos y los obligó a dar la vuelta para retornar a los salones.

Calix oyó el vozarrón de Mihail regañándola en un rudimentario español por haber desaparecido. Por lo visto, el matón entendía el idioma, y lo hablaba. Más o menos.

—Claro que sí, tienes toda la razón —convino Iskra, que tenía claro que lo mejor era darles la razón y hacer luego lo que le diera la gana—. Pero ¿qué puedo hacer si mi sentido de la orientación está averiado? No me funciona, ya lo sabes. Siempre me pierdo, y estos jardines son tan grandes... ¿Habéis visto el puente que hay sobre el arroyo? —Kiril y Mihail asintieron remisos, conscientes de que la niña estaba tratando de liarlos—. ¿No os recuerda a...?

Calix los observó alejarse, los puños apretados con tanta fuerza que le temblaban.

—¿Esos tíos iban a sacar sus pistolas o han sido imaginaciones mías? —susurró Uriel aflojándose la corbata en un intento por llevar aire a sus contraídos pulmones.

—¡Joder! —exclamó Calix llevándose las manos a la nuca en un gesto de impotencia—. ¡Joder! —repitió mesándose el pelo—. Joder, joder, joder.

—Siento decirte que te estás repitiendo...

—Vete a la mierda —le espetó dándole un fuerte empujón.

—¿Es la hora de las tortas? Vale, vamos a ello —aceptó Uriel quitándose la chaqueta.

Calix lo miró derrotado antes de echar a andar en la dirección que había tomado Iskra.

Dijera lo que dijese, había mentido. Los había visto. Había visto cómo Uriel se la mamaba y él se corría en su boca. Le dieron ganas de golpearse la cabeza contra las rocas que adornaban el jardín. Era un sátiro lascivo dominado por el sexo y la necesidad de obtener placer como fuera y con quien fuera. Ni siquiera le había importado que fuese su mejor amigo quien se lo proporcionara. Cualquier cosa valía con tal de correrse. Verónica lo había sabido desde el principio y lo había utilizado para someterlo. Y él se había dejado encantado. Habían follado a diario y él se había contentado con ese simulacro de amor porque era el único idioma que entendía: el del sexo. Llevaba todo el año intentando recuperar el control de su mente y de su cuerpo, pero era luchar contra molinos de viento. Su polla seguía al mando, e Iskra había visto cuán decadente era su necesidad de sexo. Dios santo, ¿qué debía de haber pensado?

—Esta Iskra es una chica muy peculiar —comentó Uriel caminando junto a él—. Es la primera vez que alguien me dice que estoy mono mientras hago una mamada. Sexi, excitante o pecaminoso, sí, pero mono, nunca. Interesante apelativo, ¿no crees?

—¿Es que no te puedes tomar nada en serio? —le echó en cara Calix colérico.

—El sexo siempre me lo tomo en serio.

—Pues no lo parece —masculló frotándose las sienes, pues estaba comenzando a sentir un fuerte dolor de cabeza—. Nos ha visto. Da igual lo que haya dicho, Iskra nos ha visto.

—Sí. ¿Y qué?

—¡Va a pensar que soy gay! ¡Que los dos lo somos!

—Tíratela y demuéstrole que está equivocada —resolvió Uriel con indolencia.

Calix aceleró el paso. No quería seguir con esa conversación. Estaba demasiado tentado de liarse a puñetazos y, tal como Uriel había dicho, sus trajes eran demasiado caros para revolcarse por el suelo y mancharlos de sangre.

—No te entiendo, Calix —le dijo Uriel poniéndose de nuevo a su altura—. Dices que no quieres follártela y, sin embargo, te enfadas porque ha visto que te la chupaba, cuando es la solución perfecta.

—La solución perfecta ¿para qué? —Lo miró perplejo.

—Para alejar la tentación. Si, como aseguras, no quieres nada con Iskra, nuestro interludio sexual puede ayudarte a deshacerte de ella. Ahora mismo está segura de que eres marica, por tanto, te descartará como posible novio, enamorado, amante o cualquier otra cursilada de éstas. Aprovecha la coyuntura y déjalo estar.

—No quiero que piense que soy gay —replicó Calix furioso. Se negaba en rotundo a que Iskra dudara de su hombría.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, llevas todo el año diciendo que no te interesan las mujeres.

Calix, incapaz de darle una respuesta argumentada más allá de «porque no quiero y punto», contuvo a duras penas las ganas de hacerle una cara nueva y entró en los salones en busca de Iskra.

Cuando la encontró estaba en una mesa, sentada entre Pavel y Lavinia, y rodeada por Rayna, Albena, el marido de Lavinia y sus respectivos escoltas.

Cruzó la mirada con ella, pidiéndole en silencio que fuera a él, que lo dejara explicarse, pero ella esbozó una sonrisa hueca y se volvió para charlar con Pavel, ignorándolo.

Iskra sintió que se le rompía el corazón al ver a Calix marcharse abatido. Pero ¿qué podía hacer? Kiril y Mihail no creían lo que les había contado, y tenía que convencerlos de que todo iba bien antes de escaparse otra vez. Apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos, y fingió escuchar la conversación mientras pensaba en temas mucho más importantes.

¿Por qué estaba tan enfadada consigo misma, con Uriel, con Calix y con el mundo en general? Se sentía como una olla a presión a punto de estallar y no entendía por qué. No tenía ninguna lógica. Sabía desde hacía meses que Calix era gay y no le importaba en absoluto. Entonces ¿por qué sentía esa ansia asesina de matar a Calix y despedazar a Uriel? No la habían traicionado ni nada por el estilo; de hecho, eran sus amigos y nada más. Pero ahora que se le había pasado la vergüenza de saberse descubierta se sentía... Estafada. Burlada. Y muy pero que muy cabreada.

En realidad, reconoció para sí, estaba celosa. Mucho. Muchísimo.

Pero no tenía derecho a sentirse así.

—¿Estás segura de que no te pasa nada? —le preguntó Pavel al ver su expresión airada.

—Estoy bien —contestó obligándose a sonreír—. Es sólo que estoy cansada.

—Entonces es hora de irnos a casa —decidió preocupado por su escueta respuesta. Ésa no era su Chispa. Su Chispa parloteaba sin parar y su sonrisa era resplandeciente, nada que ver con esa parodia de sonrisa que estaba esbozando.

—¡Claro que no! La fiesta aún no ha terminado, no podemos irnos — protestó atónita al comprender que pretendía marcharse por su culpa. No quería ni pensar cómo se lo tomarían Rayna y Albena.

—La fiesta hace rato que terminó para mí, desde que dejaste de bailar conmigo para hacerlo con esos jovenzuelos —declaró con humor antes de dirigirse a sus hombres en búlgaro.

Un segundo después, éstos salían al exterior para preparar los coches.

Iskra se apresuró a recorrer el salón despidiéndose de todos mientras buscaba a Uriel y a Calix. No los encontró. Y, aunque era motivo de pesadumbre no poder despedirse de ellos, lo cierto era que se alegraba de no verlos, pues no estaba de humor para sonreírles. Resopló disgustada. Tenía que mirarse urgentemente los tornillos que tenía en la cabeza y que ponían en marcha su sentido común. Seguro que se le habían caído varios. Sólo así podría explicarse el repentino, absurdo y desagradable ataque de celos que la dominaba.

Abandonó el salón y enfiló el pasillo que la llevaría al exterior. Y, de repente, una mano salió de detrás de una puerta al más puro estilo zombi y le agarró la muñeca. Abrió la boca para dar un potente alarido, pero entonces vio que la mano pertenecía a Calix, así que se quedó pasmada. Él tiró metiéndola en el cuarto de la limpieza como si de una película romántica se tratara y fuera el protagonista decidido a conquistar a su chica. Sólo que no estaban en una película de amor y Calix no tenía ningún interés en ella porque él era gay y ella no era un hombre.

Le entraron ganas de llorar. También de matarlo. Las dos cosas a la vez.

—No era lo que parecía —soltó angustiado y sin más preámbulo.

—Ya te he dicho que no he visto lo que hacíais —dijo cortante antes de recordar que no tenía motivos para estar tan enfadada—. He cerrado los ojos y...

—Iskra, no insultes a mi inteligencia. Sé que nos has visto —resopló.

—Está bien, sí. Os vi —aceptó desafiante—. Y me parece estupendo que tengáis vuestros momentos de asueto. Sois libres de hacer lo que os dé la gana.

—No soy gay —declaró muy serio, ignorando su alegato.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Ahora eres tú quien insulta a mi inteligencia —replicó muy digna—. Os vi, y tú tenías tu *penosidad* metida en la boca de Uriel.

—¿Mi qué? —jadeó sin saber si echarse a reír o a llorar. ¿*Penosidad*? ¿En serio?

—Y me parece genial, cada cual disfruta del sexo como le apetece — continuó ella tratando de no mostrar la dimensión real de su ilógico enfado—. Y si no quieres admitir que eres gay es porque eres un cobarde —lo acusó enfadada. A la mierda con mostrarse comedida. Estaba cabreada y, si seguía conteniéndose, acabaría enferma.

—¡No soy un cobarde! ¡Y tampoco soy gay! —afirmó él sin saber cómo rebatir los hechos, porque, en efecto, su pene había estado en la boca de Uriel. Y eso era complicado de explicar siendo hetero—. ¡No es lo que parece, joder!

—Entonces ¿qué es?! —gritó ella tan frustrada como él—. ¿Te había picado un bicho en el *péndulo* y Uriel te estaba sacando el veneno a chupetones? ¿Quieres que piense eso? Vale, pues fingiré ser la idiota que imaginas que soy y me lo creeré.

—¡No creo que seas idiota! Pero lo que has visto no era..., sólo estábamos... No es lo que parece..., es sólo que... Joder. ¡No soy gay! ¡No lo soy! —jadeó atormentado.

—Está bien, no lo eres. —Dio su brazo a torcer al verlo tan alterado—. Pero si lo fueras no pasaría nada. No me importa de quién te enamores, lo único que me importa es que eres mi amigo y te quiero, ¿vale? —aseveró envolviéndole la cara entre las manos y acariciándole las mejillas con los pulgares antes de abandonar el cuarto de limpieza y dirigirse a la salida.

Él no la siguió, y ella sintió que una tristeza incontenible le anegaba el corazón cuando salió al parking y lo atravesó sin importarle el áspero asfalto que le arañaba los pies desnudos.

—No deberías ir descalza —le advirtió Uriel apareciendo junto a ella como por ensalmo, los zapatos rojos de tacón colgando de sus dedos.

Iskra lo miró intrigada. ¿De dónde había salido? ¿Había estado siguiéndola? Estiró el brazo para cogerlos y él los alejó de su alcance.

—Quiero un beso a cambio —le pidió inclinándose hacia ella con una traviesa sonrisa.

—No estoy de humor, Uriel —lo rechazó cruzando los brazos bajo sus gloriosos pechos.

—Pero yo sí —replicó él bajando la cabeza para besarle la punta de la nariz. Ella se apartó enfadada y él se echó a reír a la vez que le daba los zapatos—. Sé buena con Calix —le pidió sorprendiéndola—. Te aprecia mucho y le preocupa lo que puedas pensar de él...

—De Calix no puedo pensar más que cosas buenas.

—No me refiero a eso, y lo sabes, sino a que no le gusta que sepan que es gay...

—Pues entonces lo traicionaste al contármelo, ¿no crees? —le recriminó enfadada.

Él le aguantó la mirada, una sonrisa insidiosa curvando sus labios. Por supuesto que los había traicionado. A los dos. Iskra no podía ni imaginarse cuánto.

—Somos amigos, ¿no? Y los amigos no se ocultan nada —dijo en cambio, porque no iba a confesarle que era un desalmado sin corazón. Ya se daría cuenta por sí misma antes o después.

Ella lo miró desconfiada antes de asentir y enfilar hacia el Bentley, dejándolo atrás.

Y, mientras caminaba, no pudo dejar de pensar en la desesperada vehemencia de Calix al asegurar que no era gay. Y tampoco en la artera insistencia de Uriel en repetirle que sí lo era. Algo no cuadraba en toda esa historia.

Había habido momentos con Calix en los que parecía que estaban coqueteando. Incluso en algunas ocasiones había llegado a pensar que iba a besarla. En la calle el día que él volvió de vacaciones, en el cine, la noche que la acompañó a la casa de Pavel, en la tienda, en el taller, en el zoo y... Y esa misma tarde, mientras bailaban, antes de que se separara abruptamente, como si le hubiera dado un calambrazo.

Se detuvo en mitad del parking perdida en sus pensamientos. ¿Y si no era

gay?

Pero entonces ¿por qué había dejado que Uriel le hiciera una felación?

¿Tal vez porque no tenía muy claro si era gay o no y quería comprobarlo? No. Eso era una estupidez. Calix ya era mayor para saber lo que le gustaba y lo que no. ¿Y si le gustaban los hombres y las mujeres, como a Uriel? Pero entonces Uriel no le habría dicho que Calix era gay, sino bisexual. ¿Y si Uriel había mentido? Pero ¿por qué haría eso? Eran amigos. Mucho más que amigos, a tenor de cómo miraba a Calix mientras lo acariciaba. Estaba enamorado de él. Pero ¿y si Calix no lo estaba de Uriel? Él no había movido un músculo mientras Uriel se ocupaba de todo. Ni siquiera se habían besado. Más aún, ni siquiera lo había mirado.

Un pensamiento le cruzó por la mente. Pero era tan ridículo, tan demencial que lo descartó sin darse oportunidad de meditarlo mejor.

Era imposible que Uriel la considerara una rival y quisiera quitársela de en medio.

Sacudió la cabeza incapaz de desentrañar el acertijo.

¡Y luego decían que las mujeres eran complicadas!

Grigor esperó a que Iskra entrara en el Bentley para alejarse del rincón en sombras que le había servido de observatorio. Al contrario que el resto de los matones de Pavel, no era grande como un armario y su cara no tenía ese rictus amenazante de los demás. Era de estatura media, fisonomía enclenque, pelo escaso y rasgos anodinos. Un hombre que pasaba desapercibido con pasmosa facilidad, ya fuera en una concurrida calle, en un atestado salón de baile, en un pasillo en penumbra o en un parking medio desierto. Y gracias a eso podía observar sin ser visto, algo muy útil para su trabajo.

Se dirigió al discreto Renault aparcado en un extremo del parking y, al pasar junto al Bentley, su mirada se cruzó con la de Pavel. Éste le respondió

con un casi imperceptible asentimiento.

Cacumen

Agudeza, perspicacia.

Alekseev y también Rodrigo tienen demasiado cacumen para mi tranquilidad mental.

Sábado, 27 de octubre de 2018

«No me importa de quién te enamores, lo único que me importa es que eres mi amigo y te quiero.» Ésas eran las palabras exactas que le había dicho Iskra hacía una semana. Y no conseguía quitárselas de la cabeza. De hecho, no había dejado de oírlas desde que las había pronunciado. Cada vez que cerraba los ojos, las veía en el interior de sus párpados. Cada vez que se duchaba y el ruido del agua lo aislaba del mundo, retumbaban en sus oídos. Cada vez que respiraba, las paladeaba en el aliento que abandonaba sus labios.

Había dicho que lo quería. Como un amigo, se sobreentendía, pero lo quería. Y ella jamás mentía. Así que tenía que ser cierto.

Centró la vista en la puerta. Iskra debía de estar a punto de regresar de La Mallorquina. Era sábado, y ese día siempre llevaba pasteles a los matones, así que había convencido a Rodrigo para que la dejase ir a comprarlos antes de que los escoltas fueran a buscarlos para llevarlos a todos a la casa de Alekseev para la recepción. Y, a pesar de que apenas se habían dirigido la palabra desde la boda, a Calix su ausencia se le hacía insoportable.

Uriel observó a su amigo. Menudo idiota estaba hecho. Desde el enlace estaba tan alegre como un alma en pena. Él e Iskra. Ambos parecían párvulos avergonzados que no sabían cómo acercarse y hablar. Habían pasado la

semana revoloteando el uno alrededor del otro, como hacían siempre, sólo que en silencio. Calix seguía entrando una docena de veces al taller por asuntos irrelevantes, pero en lugar de hablar con ella, se dirigía a Rosalía. Y ella seguía apareciendo en la tienda con excusas de lo más tontas, pero en vez de dirigirse a Calix, hablaba con Rodrigo. ¡Si incluso fingían no mirarse! Era ridículo y pueril. Y estaba harto de verlos penar, pensó encaminándose a la puerta, cuando vio a Iskra tras ella.

Calix observó molesto cómo Uriel le abría a Iskra y ésta se lo agradecía con una sonrisa para luego entretenerse en charlar con él. Fingió concentrarse en el libro de cuentas para evitar acercarse a ellos y participar de la conversación. No podía. En realidad, no se atrevía.

Era complicado comportarse como si no pasara nada, cuando pasaba de todo.

Ella pensaba que era gay.

Y él no sabía ni qué pensar sobre sí mismo. Estaba hecho un lío. Tanto, que ni siquiera sabía si le había gustado lo que le había hecho Uriel. Oh, sí, lo había disfrutado, pero eso no llevaba implícito que le hubiera gustado. Se había sentido incómodo y violento. También excitado. Y había acabado corriéndose. Aunque eso no significaba nada. Él siempre se corría. Aunque no le gustara lo que le hacían y se sintiera como un muñeco usado, siempre eyaculaba. Era su maldición. Al menos, esta vez lo había hecho en la boca de alguien que no se burlaba de su debilidad ni la usaba contra él.

Sacudió la cabeza. Era injusto acusar de eso a Verónica. Habían hablado un par de veces esa semana y ella le había confesado que no sabía que él se sentía tan mal cuando lo obligaba a correrse. Que, de hecho, no lo entendía, que pensaba que lo disfrutaba. Y así debería ser, ¿no? Al fin y al cabo, la eyaculación siempre acompañaba al orgasmo. Le había pedido perdón arrepentida. Y su pesar era tan sincero que la había perdonado. Luego habían conversado como hacían antes, cuando los celos, la desesperación, la humillación y el despotismo todavía no habían minado su relación. Le había

contado que estaba en Málaga, en una nueva empresa. Que había sufrido mucho ese último año. Por él. Porque lo echaba mucho de menos. Él había fingido ignorar su comentario y le había contado que vivía con Uriel. Y ella lo había sorprendido aceptándolo sin enfadarse ni llamarlo maricón por vivir con un hombre, algo que habría hecho un año antes, lo que era una muestra más de cuánto había cambiado.

—Son casi las dos, Mihail y Kiril deben de estar a punto de llegar —lo sobresaltó la voz de Iskra. Alzó la mirada y la vio frente a él. Era la primera vez que le hablaba directamente desde la boda—. Lo siento..., no quería molestarte, pero Uriel me ha dicho que te diga que vayas recogiendo —señaló ella con timidez antes de echarle una furiosa mirada a Uriel.

Calix parpadeó perplejo. Desvió la mirada hacia su amigo y éste le respondió con un guiño burlón. ¡Genial! Lo último que le faltaba era que hiciera de celestino.

Su vida mejoraba por momentos.

—No pretendo meterte prisa, pero se acerca la hora —insistió incómoda—. A Mihail no le gusta llegar tarde, y Pavel os espera a comer a las dos y media. Si para llegar puntual tiene que correr, correrá. Y no lo quieres ver pisar el acelerador, te lo aseguro...

Calix asintió con un gesto. Recordaba perfectamente el veloz viaje desde la casa de Pavel. Desde luego que no quería volver a ver correr a Mihail. Guardó los libros y salió de su refugio tras el mostrador. Y, siguiendo un súbito impulso, se dirigió a ella.

—Esta noche echan *Sabrina* en el Doré —comentó armándose de valor. Si Iskra se había atrevido a acercarse y hablarle, aunque fuera instada por Uriel, él debería echarle huevos y hacer lo mismo con ella.

—Me encantaría verla —musitó cohibida, aunque sus labios comenzaron a curvarse en una sonrisa—. La escena en la que Sabrina vuelve de París es... magistral.

—La echan a las nueve. Para entonces ya habremos terminado con Pavel.

Podríamos ir. Y luego cenar unos perritos —apuntó orgulloso por la tímida sonrisa que le había arrancado.

—¿Y un helado de postre? —propuso ella mirándolo con los ojos iluminados; al fin y al cabo, hacía tiempo que había desistido de seguir con el régimen. Lo de pasar hambre no iba con ella.

Él entornó los párpados fingiendo pensarlo.

—Anda, *porfa*... —Iskra imitó a la perfección el tono lastimero de Gadea y Jimena.

—Vale. Un helado también —aceptó él con un brillo ladino en la mirada.

Y en ese momento ella sonrió con toda la cara, la boca muy abierta, los ojos casi cerrados y las cejas estiradas en un gesto de felicidad.

—¿Sabías que *Sabrina* ganó el Oscar al mejor vestuario? Audrey lleva unos vestidos tan bonitos... Cuando cumplí diecisiete años me hice uno igual que el que lleva en su regreso de París, pero me quedaba horrible. Su físico no es el mío, a ella le falta *personalidad* y a mí me sobran caderas —comentó burlona, y Calix se echó a reír mientras ella seguía hablando.

La escuchó encantado cuando comenzó a explicarle, tan apasionada como siempre, los intrínquilis de la película. Por lo visto, la horrible incomodidad que los había mantenido alejados había desaparecido tan súbitamente como había aparecido.

En un rincón de la camisería, Uriel sonrió aliviado al ver que volvían a estar juntos. Había sido una semana asquerosa, con Calix sumido en la apatía e Iskra tristona y silenciosa, y la tienda asemejándose más a un cementerio que a una camisería. Una semana sombría en la que, si hubiera tenido corazón, se habría sentido terriblemente culpable.

Menos mal que no lo tenía, pensó desdeñoso.

—No eres tan malo como quieres aparentar —le susurró Rodrigo, mudo testigo de sus esfuerzos para convencer a Iskra para que se acercara a Calix y rompiera el hielo.

—En realidad, soy peor —replicó Uriel antes de ir a la puerta. El

Mercedes que los llevaría a casa de Pavel acababa de llegar.

—Tiene tréboles —señaló uno de los hombres de Pavel arrugando el ceño al ver la corbata.

—Así es —convino Calix anudándose la al cuello.

—Pero el pañuelo no. Y no es del mismo color.

—En efecto. La corbata y el pañuelo no deben coincidir —puntualizó Calix, armándose de paciencia.

No sabía qué era mejor: un matón que no hablara su idioma y se comunicara con él con gruñidos y miradas amenazantes o uno que sí lo hablara y le preguntara por cada prenda con que lo vestía. ¿Por qué había pensado que ése iba a ser un trabajo fácil? Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que iba a hacer de ayuda de cámara para dos docenas de gorilas sin el menor criterio a la hora de combinar prendas. Tipos enormes, malcarados, sin una pizca de estilo y con dosis ingentes de mala leche brotándose por los poros.

—Deja de quejarte, Emil —ordenó Pavel levantándose del trono desde el que los observaba.

Porque el mafioso en jefe no se sentaba en una silla normal y corriente. En absoluto. Se sentaba en un trono. O, al menos, eso era lo que parecía esa recargada butaca barroca de terciopelo rojo. Había sido el primero al que habían vestido, y estaba imponente.

—Gran trabajo, chicos —elogió a los camiseros antes de soltar algo en búlgaro que hizo que todos los presentes, excepto ellos tres, abandonaran el salón—. Me complace ver que mis hombres no han conseguido amedrentaros. Al menos, no demasiado. Pueden parecer intimidantes, pero les pasa como a mí: si no les tocan los cojones no son malos. Y vosotros no vais a tocarnoslos, ¿verdad? —inquirió con una mueca burlona alzando sus gruesas cejas—.

Aunque a Grigor se los tocasteis en la boda al desaparecer, con Iskra, durante tanto rato.

—Qué curioso, es la primera vez que le toco los cojones a alguien sin haberme dado cuenta. De hecho, no sé quién es el tal Grigor, aunque espero que disfrutara de mis manoseos —señaló Uriel con descaro, haciendo que Calix lo mirara alarmado. ¿Acaso se había vuelto loco?

Pavel lo contempló sorprendido antes de soltar una áspera carcajada.

—Qué cojones tienes, chico. Casi tantos como tu compañero, aunque él las mata callando. —Fijó su mirada en Calix—. Refréscame la memoria, muchacho, ¿no habíamos hecho tú y yo un trato?

—Iskra es libre de hacer lo que quiera y de ir a donde quiera —replicó Calix desafiante—. Sin embargo, atendí su petición y no hemos salido a comer ningún sábado.

—¿Atendiste mi petición? —dijo Pavel con un deje amenazante que los hizo tragar saliva—. Yo jamás pido nada; cuida tus palabras si no quieres que te corte la lengua.

—Por supuesto que las cuidará, tiene una lengua demasiado habilidosa como para privar de ella a la humanidad —intervino Uriel con insolencia, decidido a llamar la atención de Alekseev sobre él. Sabía defenderse mucho mejor que Calix, y si Pavel tenía que coger manía a alguien... bueno, él estaba acostumbrado a ser odiado por la gente.

El mafioso miró intrigado a Uriel, sus expresivas cejas ascendiendo con rapidez.

—No sé si eres un idiota o un valiente —murmuró entornando los ojos—. Iskra te aprecia mucho, así que te dejaré vivir y tal vez algún día llegue a averiguarlo —sentenció dándole un cachete en la cara antes de mirar de nuevo a Calix. Todo rastro de buen humor abandonó sus ojos—. Te advertí que te aseguraras de que cuando Iskra llorara fuera por culpa de los finales de las películas.

—Iskra no ha llorado —aseveró Calix con un gruñido grave.

—El sábado pasado desapareció durante una hora y ninguno de mis hombres fue capaz de encontrarla hasta que reapareció a tu lado, gritando de dolor mientras caía al suelo. Dijo que había tropezado, y la creo, sé que eres incapaz de hacerle daño. Lo que pasa es que no la he visto sonreír ni una sola vez desde ese día. Y eso no me gusta nada. No sé si es culpa tuya o no, pero vas a solucionarlo —le ordenó.

Dio media vuelta, dirigiéndose a la puerta, pero se giró al llegar a ésta y lo miró artero.

—Por cierto, no vuelvas a encerrarte con ella en un cuarto de limpieza, no es prudente. Es más, tuviste suerte de pasar menos de cinco minutos allí, porque si el tiempo se hubiera alargado más..., en fin, tal vez una parte de ti se habría acortado considerablemente. —Esbozó una peligrosa sonrisa antes de mirar a Uriel—. Y tú, bocazas, deja de intentar besarla a cada momento. A Iskra no le interesas.

Uriel lo miró sorprendido al comprender que Calix no era el único que estaba bajo vigilancia. Iba a tener que empezar a ser más cuidadoso con lo que hacía.

—Te sugiero que dediques tus esfuerzos a quien sepa apreciarlos —prosiguió Pavel—. Y, ya que estamos en ello, Albena quiere verte. Al parecer, no sabe qué joyas ponerse con el vestido y requiere de tu experto consejo —ironizó—. Fóllatela rápido y luego baja al salón a tomar algo para celebrar mi onomástica. Calix, reúnete conmigo dentro de diez minutos, quiero presentarte a mis socios —le ordenó antes de salir.

—¿Has intentado besar a Iskra? —inquirió enfadado Calix a Uriel, sin importarle que Pavel estuviera al tanto de los escarceos de éste con Albena durante las clases, lo cual no era extraño. Uriel y la rubia no habían sido nada discretos.

—A ti no te interesa, ¿no? Entonces ¿qué más te da lo que haga o deje de hacer?

—No es una de tus conquistas. Iskra es... demasiado joven e inocente para

que la uses. No puedes follártela y olvidarla como a las demás.

—Por favor, ¿te estás oyendo? Parece que hables de una jovencita virginal que no ha probado jamás una polla... Y, si así fuera, ¿no crees que ya es hora de que adquiriera un poco de experiencia?

De repente se encontró sin aliento al chocar su espalda contra la pared, apoyado en el suelo sólo con las puntas de los pies mientras las manos de Calix lo levantaban por la chaqueta. Los labios del segoviano estaban apretados en un rictus furioso, a un suspiro de los de él. Y Uriel, en lugar de miedo, sintió deseo. Tuvo que contenerse para no besarlo.

—No volverás a acercarte a ella —le exigió Calix encolerizado.

—Oh, vamos, no te pongas así. Sólo trataba de alegrarle un poco la vida.

—Déjala en paz —le advirtió golpeándolo de nuevo contra la pared.

—Como quieras, pero ¿no te has parado a pensar que, si no soy yo, será otro? Iskra ha salido de su caparazón y no tardará mucho en conocer a alguien que le haga tilín, ¿por qué no nosotros? A ti te pone cachondo y a mí también —se sinceró a la vez que deslizaba la mano por la dormida entrepierna de su amigo—. Piénsalo, sería la solución perfecta. Tú no te la quieres follar, bien podría hacerlo yo mientras miras... y disfrutas —le ofreció en un arranque de sinceridad del que se arrepintió en el mismo momento en que las palabras abandonaron sus labios.

—Eres asqueroso —escupió desdeñoso Calix. Lo soltó alejándose de él.

—No. Soy sincero con mis deseos y no tengo miedo de mi sexualidad. ¿Puedes decir tú lo mismo? —lo desafió Uriel tirante—. Si me disculpas, tengo que ir a follarme a Albena. Al menos, que uno de los dos le demuestre a Pavel que no es eunuco.

Calix esperó a que se marchara y apoyó las manos en la pared. Hundió la cara entre los brazos estirados y respiró profundamente para calmarse y no salir tras él y... ¿y qué? ¿Liarse a puñetazos porque había intentado besar a Iskra? ¿Hacerle una cara nueva porque le había propuesto compartirla? Sintió

que el pulso se le aceleraba y los músculos que cubrían su mandíbula le palpitaban por la fuerza con que apretaba los dientes.

—Sígueme —le ordenó con brusquedad Mihail asomándose a la puerta.

Lo siguió por las entrañas de la fortaleza hasta una sala del primer piso. Allí lo esperaban Alekseev y varios desconocidos. Pavel tenía una apariencia refinada y sofisticada con su traje azul marino, camisa de cuadros vichí blanca y azul, y corbata índigo. Comparados con él, sus socios parecían mafiosos de pacotilla con trajes caros combinados sin criterio.

—Acércate, Calix, quiero que les expliques a estos amigos qué deben hacer para dejar de parecer agentes comerciales —dijo sarcástico—. Caballeros, les sugiero que atiendan a mi camisero, será una lección magistral de estilo y coherencia. —Se sentó en un nuevo trono, éste azul, y cruzó las manos sobre su abultada barriga.

Calix observó a los hombres que lo rodeaban: uno combinaba una camisa negra con un desacertado chaleco multibotones; otro había elegido un adecuado traje negro con una camisa del mismo color y lo había estropeado con un enorme cinturón dorado más propio de un campeón de boxeo; otro vestía traje gris satinado, camisa negra satinada y corbata también satinada: brillaba tanto que hacía daño a la vista... El resto no vestía mucho mejor. Si en algo coincidían todos, era en su gusto por las camisas negras.

¿Por qué los mafiosos estaban obsesionados con ese color?

Se dirigió al hombre del estrambótico cinturón dorado.

—Si me permite aconsejarlo, tal vez debería plantearse la necesidad de...

Tropelía

Atropello o acto violento, cometido generalmente por quien abusa de su poder.

Uriel observó pasmado la habitación en la que acababa de entrar. Toda la casa era una oda al mal gusto, pero eso ya era pasarse. Era tan recargada que, mirara donde mirase, le sangraban los ojos. Paredes rosa chicle, fastuosas lámparas de araña en rosa amaranto, suelo ajedrezado blanco y fucsia, muebles *vintage* en rosa pastel, dosel rosa palo y, por último, la cama. Jamás había visto tanta profusión de volantes, encajes y cojines. Y, por supuesto, también era rosa.

—¿Te gusta? —Albena salió de un imponente vestidor en el que, para no desentonar, los vestidos que había eran de distintas tonalidades de rosa.

—Me siento Ken en casa de Barbie. —Le dedicó una apreciativa mirada al salto de cama de encaje rosa que no dejaba nada a la imaginación—. Creí entender que me habías hecho llamar, como si fuera tu jodido lacayo, para aconsejarte qué joyas llevar.

—Y así es.

Atravesó la habitación portando una caja, rosa, cómo no, y la abrió sobre la cama, enseñándole su amplia colección de juguetes. Esposas forradas de plumas rosas, bolas chinas y vibradores de distintos tamaños y tonos de rosa, una fusta acabada en un corazón rosa, antifaces también rosas...

Uriel parpadeó, comenzaban a dolerle los ojos ante tanto rosa.

—¿Cuáles crees que debería usar primero? —comentó ella posando las manos sobre sus muslos para subirse lentamente el salto de cama. No llevaba

bragas.

Uriel casi se sorprendió de que la línea de vello púbico que lucía no fuera rosa.

—Ninguno. Son demasiado cursis para una zorra como tú —respondió burlón—. Creía haberte dicho que no iba a follarte fuera del trabajo.

Conocía a las mujeres como ella, engréidas caprichosas acostumbradas a salirse con la suya y, sinceramente, follarla comenzaba a resultarle rutinario y tedioso.

Se acercó al tocador para revisar los cepillos y las brochas: todos tenían los mangos rosas.

—Estás trabajando —repuso ella.

—Ya no, he acabado mi turno, y no me apetece hacer horas extras contigo —rebatía abriendo el joyero. Esa consentida tenía joyas muy interesantes.

—¿Insinúas que follarme es un trabajo? —le espetó desdeñosa.

—Algo parecido, sí.

—No sé por qué, pero no me sorprende. Siempre he sabido que no eras más que un puto —dijo desdeñosa sacando dos billetes del cajón de la mesilla para tirarlos sobre la cama—. Arrodíllate y ponte a trabajar —exigió hiriente.

Uriel desvió la mirada a la cama y enarcó una ceja al ver los billetes de cincuenta.

—¿Por esa miseria? Como favor, te meto dos dedos, nada más —dijo despectivo—. Sinceramente, Albena, por esa cantidad no me molesto en desabrocharme la bragueta.

Ella parpadeó asombrada por su respuesta, aunque no tardó en recuperarse.

—Sin embargo, en la camisería no cobras —replicó altiva.

—Las clases son aburridas y me sirves de distracción. —«Aunque cada vez menos.»

—Y ¿aquí no estás aburrido? —inquirió irónica, aunque por dentro ardía de furia. ¿Cómo se atrevía a decir que follaba con ella para no aburrirse?!

—En absoluto. Tratar con los hombres de Pavel es de lo más entretenido.

Albena lo miró malhumorada, sacó varios billetes más del cajón y los tiró a la cama.

—Y ahora, ¿ya es suficiente para un puto como tú? —preguntó ofensiva. Iba a hacer que se arrepintiera de haberse reído de ella.

Uriel echó un vistazo a los billetes y frunció el ceño desdenoso.

—Te creía más generosa, pero si esto es lo que hay... —Se los guardó en el bolsillo.

Ella lo miró echando chispas antes de esbozar una perversa sonrisa.

—Ponte de rodillas y cómeme el coño. —Eso era algo que no le había hecho nunca y tenía ganas de probar su lengua.

—¿Por trescientos euros? Ni lo sueñes, nena. No has pagado lo suficiente para que use la lengua —contestó él quitándose la corbata.

—¿Cómo te atrev...?

No llegó a terminar, porque Uriel le tapó la boca con la corbata. Luego la colocó de espaldas al dosel y se quitó el cinturón para atarle las manos a una de las barras. Y Albena, a pesar de la cólera que sentía, gimió excitada, los pezones presionando contra el salto de cama.

—Estás empapada, querida —anunció él deslizándose la mano entre sus muslos.

Le metió dos dedos y se entretuvo en ponerla aún más cachonda con sus bruscas penetraciones. Luego dio un fuerte tirón al camisón, arrancándoselo del cuerpo. Ella jadeó, su aliento saliendo a trompicones alrededor de la corbata que la mantenía en relativo silencio.

Uriel caminó indolente hasta el tocador y se apoyó en él con un pie oscilando en el aire. Se frotó la abultada entrepierna mientras la observaba pensativo.

Albena permaneció inmóvil ante su escrutinio durante quizá veinte segundos, pero no tardó en enfurecerse al ver que él dejaba de mirarla para jugar abstraído con los objetos que había sobre el tocador. Incluso le llegó a gruñir.

Eso llamó su atención. Se acercó a ella chasqueando la lengua disgustado.

—No tengas tanta prisa, la magia lleva su tiempo. —Arrancó un volante del edredón.

Ella lo miró atónita, ¿cómo se atrevía? Se debatió tratando de soltarse mientras él usaba la brillante tela rosa para cegarla.

—Mucho mejor así —comentó burlón—. No te enfades, princesa, así agudizaremos más el resto de tus sentidos. Te aseguro que te va a gustar mucho. Tal vez demasiado.

Albena oyó sus pisadas alejándose para, un instante después, volver. Contuvo la respiración cuando se detuvo frente a ella y la soltó de golpe al sentir una sutil caricia sobre su pezón izquierdo. ¿Con qué la estaba tocando? No eran sus dedos. Ni su lengua. Tampoco ninguno de los juguetes que había en la caja y que él había desdeñado.

Uriel les dedicó volátiles roces a ambos pezones y luego ascendió por su cuello, dejándola excitada e impaciente. Gruñó jadeante y él se apiadó regresando a los pechos. Jugó un rato con ellos, alternando las etéreas caricias con fuertes pellizcos, le arrancó placenteros jadeos de dolor antes de deslizar lo que fuera por su vientre y pasearlo por sus labios vaginales. Albena separó las piernas y arqueó la espalda tratando de intensificar el roce, pero daba igual lo que hiciera, éste se mantenía uniforme. De repente cesó, dejándola tan excitada que le costaba pensar.

—Es curioso que una simple brocha de maquillaje pueda ser tan estimulante. —Uriel le rozó la nariz con el objeto que había usado para atormentarla—. Se me ocurren más cosas que hacer con ella. No sólo de caricias vive la mujer, ¿no crees? —dijo antes de hundirle el mango en la vagina.

Ella se tensó anhelante ante la brusca penetración y Uriel se entretuvo follándola con el delgado astil, sintiendo cómo lo apretaba tratando de crear más fricción para llegar al orgasmo. Por supuesto, no iba a permitírselo. Se lo sacó para insertárselo en el trasero.

Ella exhaló un lloriqueo ante la inesperada invasión y sacudió las caderas tratando de alejarse cuando empezó a follarle el culo con el mango. Aunque su resistencia no duró mucho, pues pronto se encontró poniendo el culo en pompa para darle mejor acceso.

—Escúchame con atención, encanto —le susurró Uriel—. Voy a dejarte la brocha dentro. No tengas miedo, el ensanchamiento del pincel impedirá que entre por completo y se pierda en tu recto. De hecho, vas a tener que apretar el culo contra el dosel para que no se salga, porque si cae al suelo me enfadaré y tal vez te deje sin orgasmo —le advirtió antes de alejarse.

Albena se apresuró a apretar el culo contra la barra y no tardó en frotarse contra ella intentando imitar las penetraciones que había sentido momentos antes. Tan entretenida estaba en ese quehacer que no fue consciente de que Uriel había cogido otro juguete hasta que notó una punzante caricia sobre su vientre. Se quedó inmóvil mientras subía hasta sus pechos y frotaba los pezones, aunando dolor y placer.

Uriel observó cómo se debatía excitada contra las cerdas del cepillo para el pelo con el que la estaba atormentando. Lo había probado antes en él, descubriendo que era una sensación similar a la que le habían provocado las garras de la Reina del Infierno. Y ese simple recuerdo lo había puesto mucho más duro de lo que ya estaba. Lo restregó contra los pechos de la mujer y luego descendió por su vientre. Ella cerró las piernas al sentirlo contra su pubis, aunque no tardó en abrirlas, deseando más. Lo deslizó por la sensible piel del interior de sus muslos sin dejar de recordar cómo se había sentido él mientras la Reina recorría su cuerpo con las garras, hasta qué punto lo había sensibilizado, cómo lo había hecho desearla. Tanto, que no había sido capaz de volver al Lirio Negro desde aquella noche.

Un gemido gutural lo hizo regresar al presente. Albena lloriqueaba desesperada y él no era tan malo como para no complacerla, al menos un poco. Deslizó la empuñadura del cepillo contra los hinchados labios vaginales, impregnándolo con los fluidos que los empapaban. Y ella, en

respuesta, gimió con más fuerza. Intensificó la caricia y Albena comenzó a estremecerse presa del placer que le provocaba que lo restregara contra su clítoris. La penetró con el mango, que era mucho más grueso que el de la brocha, y la folló hasta que la notó temblar presa del inminente orgasmo. Antes de que llegara, apartó el cepillo y utilizó unas pinzas de pelo que había encontrado sobre el tocador para pinzarle los pezones.

Ella se sobresaltó ante el súbito dolor, y la brocha que albergaba en su trasero cayó al suelo con un golpe seco.

—Zorra inútil, ¿no te he advertido que no la dejaras caer? —la regañó pellizcándole el clítoris.

Albena sacudió las caderas a la vez que profería llorosos quejidos. Si tan sólo continuara unos segundos más, podría correrse. Pero él no la complació.

Se apartó de ella, poniéndose a su espalda, y le soltó la corbata que la mantenía silente, aunque no la liberó del volante que la cegaba.

—Mira lo que me obligas a hacer. —Le sujetó con fuerza la mandíbula obligándola a abrir la boca y, en el momento en que lo hizo, le metió pequeñas bolas unidas con una cadena—. Empápalas bien en saliva, o si no te dolerá cuando te las meta en el culo —le advirtió.

Y Albena comprendió que lo que estaba chupando era el largo collar de perlas que jamás usaba por encontrarlo anticuado. Por lo visto, Uriel había descubierto un uso mucho más excitante para él que llevarlo colgado al cuello. Las chupó con fruición hasta que él se las sacó de la boca y las insertó una a una en su ano. Se sintió increíblemente llena, aunque era consciente de que no se las había metido todas, ya que notaba el collar colgando entre sus piernas.

Esperó impaciente su siguiente movimiento, conteniendo apenas los gemidos suplicantes que comenzaban a escapar de sus labios liberados de la corbata.

Uriel la observó pensativo. No cabía duda de que estaba disfrutando de los trescientos euros que le había pagado. Tenía los labios enrojecidos de tanto

mordérselos, los pezones erizados y el interior de sus muslos brillaba por la humedad que resbalaba de su coño.

Utilizó el cepillo del pelo para darle cachetes en el culo con la parte lisa. Incrementó la fuerza conforme ella aumentaba sus gimoteos; el collar de perlas emergiendo de la estrecha roseta de su ano y bamboleándose entre sus muslos. Era una escena digna de ser vista. Y gozada. Pero su naturaleza no era la de un dominante, más bien al contrario, y comenzaba a cansarse de ese juego, así que soltó el cepillo, se sacó la polla del pantalón y, cogiendo un condón de la cartera, se lo enfundó. Luego le golpeó los tobillos para que separara más las piernas. Agarró lo que colgaba del collar y tiró de él, hundiéndoselo entre los labios vaginales y arrancándole un jadeo cuando las perlas le frotaron el clítoris.

La masturbó unos segundos y luego le cogió la pierna obligándola a rodearle la cadera. Se agarró la polla y la penetró con fuerza, hundiéndose hasta el fondo.

Ella lo buscó a ciegas con la boca, deseando besarlo, y él la agarró del pelo echándole la cabeza atrás con brusquedad para impedirlo. Después comenzó a moverse contra ella. No tardó en llevarla al orgasmo. Exhausta como estaba por la fuerza del clímax, Uriel tuvo que sujetarla los pocos segundos que tardó él en correrse. Después le soltó las manos y la dejó caer en la cama antes de abrocharse el pantalón y ponerse el cinturón que había usado para atarla. La corbata manchada con su saliva la tiró a la papelera que había junto al tocador.

—No ha estado mal, aunque no vale los trescientos euros que te he pagado, puto —le dijo ella entre dientes, sus ojos destilando odio al ver que se vestía indiferente mientras ella se sentía grotescamente desmadejada.

—¿No? Yo creo que sí. De hecho, considera ese ridículo precio una oferta de bienvenida. Si vuelves a requerir mis servicios, te costará el doble, estemos o no en la tienda —replicó Uriel esbozando una sonrisa capciosa.

Faltaba poco para su aniversario y alquilar una mazmorra en el Lirio Negro

era caro, y eso si le permitían alquilarla, algo que parecía imposible. Si podía servirse de Albena para sacar algo de dinero extra, no pensaba hacerle ascos, por muy cargante que fuera follársela. Ya inventaría algo para hacerlo más entretenido.

Sacudió la cabeza y salió dejándola tan furiosa como perpleja.

Vesania

Demencia, locura de intensa furia.

—¿Estás sugiriendo que mis camisetas interiores quedan mal? —inquirió amenazante uno de los socios de Pavel.

—El cuello redondo se marca bajo la camisa, afeándola. Le aconsejo que las use de cuello de pico para evitar ese inconveniente —señaló Calix sin amilanarse.

Llevaba una hora asesorando a mafiosos malcarados que no querían ser asesorados y, francamente, estaba hasta las narices. Miró con disimulo el reloj, faltaban dos horas para que empezara la película... si no conseguía escaquearse pronto, no les daría tiempo a ir al cine.

—Me da la impresión de que tu camisero tiene prisa, Pavel —dijo burlón un hombre.

—Eso parece. ¿Tienes sesión de cine hoy? —interrogó a Calix—. Según tengo entendido, echan *Sabrina*.

—Está bien informado, señor Alekseev —repuso él evitando responderle.

—Me gusta estar al tanto de todo, y Grigor tiene por costumbre mantenerse informado sobre los lugares a los que sueles ir —señaló ladino.

Calix apretó los puños furioso. Bastante vigilancia había sufrido el año anterior como para soportar que un matón de pacotilla lo siguiera. Aunque, ¿cómo evitarlo?

—Creo que lo que más me gusta de ti es el control que mantienes sobre tus emociones —comentó Pavel al ver que seguía en silencio, sin responder a su

provocación.

Calix no pudo contener un resoplido. ¿Control? ¿Él? Qué poco lo conocía. En ciertos temas —en los pensamientos lascivos, en el deseo implacable que lo dominaba— estaba totalmente descontrolado, a pesar de lo mucho que intentaba dominarse.

—Vaya, ya está aquí el otro experto en moda —anunció Pavel mordaz cuando Uriel entró en el salón—. Te ha llevado tu tiempo, muchacho.

—Me gusta hacer bien mi trabajo —repuso cogiendo una copa de la bandeja que le acercó una camarera vestida de negro, con delantal y cofia blancos.

Pavel arqueó una ceja antes de estallar en carcajadas.

Calix observó perplejo a su amigo. No llevaba corbata, tenía el pelo alborotado, como si se lo hubiera peinado con los dedos, y apestaba a sexo. ¿Qué coño le pasaba? ¿Por qué no tenía un poco de cuidado? Aunque, claro, tampoco era como si Pavel no supiera lo que había estado haciendo exactamente.

—Ahora que Uriel está aquí para entretenernos, puedes largarte, Calix. Ve a buscarla y llévala al cine. Y recuerda, quiero que sonrías —dijo amenazante.

Calix se despidió con un gesto, tan furioso que temía hablar por lo que pudiera escapar de su boca. Salió del salón y se dirigió a... ninguna parte. Porque no tenía ni idea de dónde podía estar Iskra. Paró a una camarera y le preguntó. Ella no lo entendió, pero al oír el nombre de Iskra le soltó una parrafada en búlgaro que finalizó con un dedo señalando la escalera en sentido descendente. A falta de otras pistas, optó por seguir sus indicaciones.

Llegó a un vestíbulo al que se abrían varias puertas. Tomó la de la derecha para ir a la zona trasera de la casa, pues la noche que había acompañado a Iskra, ella había entrado por allí. Se vio interceptado por varios gorilas desconocidos que le demostraron con no pocos empujones y gruñidos que no les agradaba su presencia. Al no reconocerlos, imaginó con acierto que eran los esbirros de los invitados, así que trató de explicarles que tenía permiso del

dueño para estar allí. Pero o bien no lo entendían o bien tenían ganas de ejercitarse y habían encontrado el saco de boxeo perfecto. Dos de ellos lo sujetaron con los brazos por la espalda mientras un tercero le preguntaba algo en búlgaro por enésima vez. Lo vio preparar el puño y apretó el estómago para soportar el golpe. Y en ese preciso momento apareció Mihail. Gruñó algo que hizo que lo soltaran y lo miró con una ceja enarcada.

Calix se apresuró a explicarle que estaba buscando a Iskra por orden de Pavel.

El matón esbozó una horrible sonrisa por la innecesaria explicación. No había que ser un lince para saber qué se le había perdido al rubiales en las dependencias de los trabajadores. A Iskra la hacía feliz el camisero. Y a Pavel le gustaba que ella fuera feliz. Y a él, ahora que la conocía mejor y había aprendido a quererla —a ella y a sus bollos—, también le gustaba que estuviera contenta. Así que le señaló el camino que debía seguir.

Y así fue como, tras algunas vicisitudes, Calix llegó a una inmensa cocina en la que, colocados sobre extensas encimeras, platos con deliciosas viandas esperaban para ser llevados al salón. Se adentró impaciente entre los fogones. Según le había contado Iskra, cuando estaba en la mansión ayudaba a la cocinera, por tanto, no tardaría en encontrarla.

No fue así.

La cocina estaba desierta. ¿Qué coño pasaba allí? ¿Dónde se había visto una cocina sin cocinera? Vio una enorme mancha roja en el suelo, salpicada por lo que parecían ser los trozos de una marmita de barro que había pasado a mejor vida. Se agachó, olía a salmorejo. En la encimera, estilizados vasitos de degustación esperaban para contener el malogrado caldo. Imaginó que la cocinera habría ido a por la fregona para limpiar el estropicio y salió de nuevo al pasillo, decidió a interceptar a alguna camarera e interrogarla como fuera sobre el paradero de Iskra. A ese paso no llegarían al cine.

Al salir se fijó en una puerta que se le había pasado por alto. La abrió, daba a una escalera que bajaba al sótano, en el que le pareció oír una voz de

mujer. Descendió intrigado hasta un largo pasillo con puertas cerradas a ambos lados. Allí la voz se alzaba bronca y airada, y aunque hablaba en un idioma desconocido, estaba claro que su dueña estaba muy enfadada. Sin saber bien por qué, recorrió el pasillo guiándose por los ruidos del altercado. Se detuvo al llegar a la puerta de la que parecía emanar, aferró el pomo y abrió despacio, consciente de que se estaba metiendo donde nadie lo llamaba.

Una mujer, la cocinera supuso, con uniforme blanco, delgada como un junco y tiesa como un palo, estaba echándole una bronca de impresión a una silenciosa camarera a la que acorralaba contra la pared. Pudo atisbar su delantal manchado de rojo... Salmorejo, imaginó. Estaba a punto de salir y dejarlas con lo suyo cuando vio que la cocinera cogía algo brillante que llevaba pinchado al uniforme. Alzó la mano, sujetando ese algo entre los dedos, y golpeó con saña a la camarera en el brazo, provocándole quedos gemidos.

Calix no lo pensó un instante y se acercó presuroso para sujetarle la muñeca, impidiéndole golpear de nuevo.

—¿De qué vas?! —la increpó apartándola con un contenido empujón. Al fin y al cabo, era una mujer y no quería hacerle daño.

—¿Calix? —le llegó el jadeo de la joven arrinconada contra la pared.

Se volvió perplejo al reconocer la voz de Iskra. Sus ojos siempre sonrientes estaban llorosos, y sus labios temblaban al borde de un sollozo contenido. Se acercó para ver qué le había hecho esa zorra y en ese momento sintió un doloroso pinchazo en la espalda.

Se dio la vuelta con rapidez y la mujer trató de alcanzarlo en los ojos con un alfiler que sujetaba entre los dedos mientras gritaba furiosa. Calix se apartó evitando que lo dejara tuerto, tan sorprendido que no pudo evitar que lo pinchara en el brazo.

—¡Joder! —bramó dándole un fuerte empujón. Esta vez no se contuvo.

La mujer se quedó sin aliento al chocar contra la pared y el alfiler cayó de sus dedos, aunque tampoco importaba mucho, pues tenía tres más pinchados en

la solapa del uniforme.

Él lo vio y caminó hacia ella incapaz de contener la furia que lo dominaba, por lo que la mujer salió del cuarto y echó a correr escaleras arriba.

Calix la ignoró y volvió con Iskra.

—¿Qué te ha hecho? —gruñó incapaz de controlar su genio.

—Nada...

—No me jodas, Iskra, te estaba golpeando —replicó furioso.

—No es para tanto, es que se me ha caído el salmorejo y se ha enfadado, y...

—No hay excusas para pegar a nadie —la interrumpió Calix, mirándola muy serio—. Me he pasado un año excusando a quien me humillaba y me maltrataba, y te aseguro que no merece la pena sufrir por quien nos hace daño —aseveró acariciándole el rostro con ternura.

Iskra lo miró estupefacta. ¿Quién se había atrevido a hacerle daño? Un único nombre apareció en su cabeza: Verónica.

Calix le subió con cuidado la manga de la blusa negra para examinar el brazo golpeado y su gesto cambió bruscamente.

—No es tan doloroso como parece —se apresuró a señalar Iskra.

Él sacudió la cabeza y le subió la otra manga. Apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Nos vamos —dijo cogiéndola de la mano y enfilando hacia la puerta.

—¿Adónde? —inquirió confundida antes de acordarse de que habían pensado ir al cine—. Ah, claro. Dame unos minutos para que me vista y nos vamos a ver la película.

Él la miró como si se hubiera vuelto loca. ¿Ir al cine? ¿Con lo que había pasado?

—No. Nos vamos ahora mismo a mi casa —señaló furioso saliendo de la habitación para avanzar por el pasillo.

—¿Por qué?

—Porque vas a vivir conmigo.

Ella lo miró turbada.

—No puedo vivir contigo.

—Lo que no puedes es quedarte aquí —repuso subiendo la escalera sin soltarla—. En mi casa hay una habitación de más. Es tuya. Le pondré una cerradura para que tengas intimidad.

—Pero... —se interrumpió al llegar arriba y ver a Ioanna acompañada por varios matones, algunos conocidos y otros no.

Los miraba maliciosa mientras los increpaba señalando a Calix. Y, aunque Iskra no entendía lo que decía, estaba segura de que no era nada bueno.

Los matones se lanzaron hacia ellos e Iskra se apresuró a ponerse delante de Calix con las manos en alto mientras llamaba con toda la fuerza de sus pulmones a Mihail.

Calix la colocó de nuevo tras él y se aprestó a contenerlos.

Gracias a Dios, no hizo falta, porque llevaba todas las de perder.

El profundo vozarrón de Mihail retumbó en el pasillo, frenando en seco la acometida de los esbirros, quienes se separaron abriéndole paso. Lo acompañaban Kiril, Emil y Hristo, los hombres de más confianza de Pavel.

El gigante búlgaro rugió exigiendo una explicación y ésta le llegó de boca de la cocinera, Ioanna. Mihail la escuchó atento y luego se volvió hacia Calix furioso.

—No sé lo que te ha dicho, pero es mentira, lo juro —se apresuró a interponerse Iskra entre ellos—. Ioanna y yo discutíamos porque se me ha caído el salmorejo y Calix nos ha separado. Y ya sabes cómo se pone Ioanna cuando alguien se mete en sus asuntos...

La cocinera la interpeló furiosa e Iskra intentó calmarla. Y, mientras una gritaba y la otra suplicaba tranquilidad, Calix se reconoció a sí mismo en la actitud adoptada por Iskra. ¿Cuántas veces le había restado importancia a los golpes, a las humillaciones, a las amenazas? No iba a consentir que ella cometiera sus mismos errores.

Se acercó a Mihail y éste lo miró con una mueca furiosa que habría hecho

temblar a cualquiera. Pero no a Calix. No en esta ocasión. Tenía que ocuparse de algo mucho más importante que su seguridad. La de Iskra.

—La golpeaba clavándole un alfiler en el brazo —dijo con sencillez. No quería adornar los hechos con palabras que, dada la limitada comprensión que Mihail tenía del español, pudieran confundirlo.

El matón le dedicó una fiera mirada y, antes de que Calix pudiera intuir lo que iba a hacer, fue hacia Iskra, le aferró la muñeca y le levantó una de las mangas.

—¡No! ¡¿Qué haces?! —exclamó ella apresurándose a tapan los cardenales que convertían su brazo en un lienzo de morados y amarillos de distintas tonalidades, salpicados por las gotas de sangre recién arrancadas por los pinchazos recibidos—. No es lo que parece, Mihail. Escúchame antes de hacer nada. Ioanna y yo podemos explicarlo... —trató de aplacar la cólera que leía en sus ojos.

El búlgaro la ignoró, sus ojos clavados en Ioanna, quien había palidecido. La cocinera comenzó a hablar en su idioma en un tono mucho más comedido que antes. Mihail la silenció con un gruñido y, acto seguido, apretó el pinganillo que llevaba a la oreja y susurró algo al cuello de su chaqueta, de donde asomaba un cable negro.

—¡Mihail, no! —le rogó Iskra agarrándolo del brazo para evitar que siguiera hablando al micrófono—. No es lo que parece, de verdad. No tienes por qué llamar a Pavel por esta tontería, seguro que podemos arreglarlo entre nosotros —le dijo con una sonrisa fingida.

—Ve a tu habitación —le ordenó él con semblante impasible antes de ladrar algo a Kiril y que éste agarrara a la cocinera y la empujara pasillo adelante.

Iskra lo miró exasperada y, con un revuelo de faldas, se dirigió a la escalera. Calix fue tras ella.

—Tenemos que convencer a Pavel de que no ha pasado nada —le dijo mientras bajaba la escalera—. Si nos empeñamos en la versión de la marmita,

tal vez...

—No voy a mentirle. Y tú tampoco —la interrumpió él—. No voy a dejar que le ocultes lo que está pasando, tampoco que hagas como que no es importante, porque lo es.

—¡Claro que lo es! —estalló exacerbada—. ¿Por qué te crees que intento mantenerme alejada de Ioanna y estar aquí el menor tiempo posible? Pero hay cosas más importantes que unos cuantos golpes.

—¡No piensas con claridad! ¡Nada es más importante que tú! Y no puedes permitir que siga haciéndote daño.

Ella sacudió la cabeza en una amarga negativa.

—No lo entiendes, Calix, no me hace ninguna gracia encubrirlo, pero si digo la verdad, Pavel es capaz de matarla —alegó desesperada—. No soportaría ese cargo sobre mi conciencia.

Él la miró perplejo, ¿en serio creía eso? Ingenua e inocente Iskra, que se había tragado todas las historias truculentas que el mafioso contaba para divertirse.

—Pavel no va a matar a nadie.

Ella negó angustiada, ¿Cómo podía olvidar los rumores sobre la gente que metía en bidones y tiraba al río?

—Y, si así fuera, hazlo prometerte que no le hará daño y arreglado —prosiguió Calix al ver que dudaba—. Si le importas tanto como para matar a alguien, también le importarás lo suficiente para convencerlo de que sea compasivo —aventuró entrando en la habitación.

Ella frunció sus expresivas cejas negras y una esperanzada sonrisa iluminó su rostro.

—¿Dónde tienes la maleta? —Calix abrió el armario y comenzó a sacar la ropa.

—Debajo de la cama... ¿Qué haces?

—Ayudarte a recoger, esta noche te mudas a mi casa —sentenció él feroz.

Iskra resopló exasperada y él dejó lo que estaba haciendo para acercarse a

ella.

—Por favor, ven conmigo. No puedo soportar que te quedes aquí sabiendo cómo te tratan —suplicó acunándole la cara entre las manos.

—No me tratan mal, al contrario, soy algo así como una invitada de honor.

—Y, sin embargo, esa loca no ha dudado en maltratarte. Por favor, ven conmigo —reiteró acariciándole las mejillas con los pulgares.

Ella alzó la cabeza y él se perdió en su mirada.

Ella se puso de puntillas. Y él descendió despacio, acercándose a sus labios.

Y en ese casi beso los pilló Mihail cuando entró en el cuarto sin molestarse en llamar. Los miró interesado antes de preguntarle a Iskra por qué había sacado la maleta.

Y ella tomó la única decisión que le permitía su corazón.

—Me mudo a casa de Calix.

Mihail arqueó una ceja antes de cabecear con brusquedad y volverse hacia éste.

—Sígueme —le ordenó saliendo del dormitorio.

Impetrar

Solicitar una gracia con encarecimiento y ahínco.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió saber Pavel por enésima vez.

Y, por enésima vez, Iskra le dio la misma respuesta:

—Porque me daba miedo que le hicieras algo malo... Como meterla en un bidón y tirarla al río o algo por el estilo —musitó ruborizada—. Aunque ahora me doy cuenta de que es una tontería, ¿verdad? —Seguro que no hacía eso por una simple discusión entre mujeres.

Él sonrió a la vez que le apartaba un mechón de pelo de la cara. Estaban en su despacho, sentados frente a frente, los dos solos a excepción de Kiril, que vigilaba la puerta.

—No deberías haber prestado atención a esas estúpidas habladurías. Son sólo machadas de taberna. El Manzanares no tiene profundidad ni caudal suficiente para hundir un bidón y que éste no salga a flote antes o después. Además, Ioanna no se merece el trabajo que me daría deshacerme de ella —bromeó, aunque sus ojos seguían serios.

Ella suspiró avergonzada, pero aún quedaba una chispa de recelo en sus ojos.

—Y tampoco voy a mandar flagelarla ni nada por el estilo, no te imaginas lo caros que son los látigos... —apuntó guasón, tratando de aligerar la situación.

Ella esbozó una tímida sonrisa antes de volver a bajar sofocada la mirada.

—Sé que es una estupidez, pero me sentiría más tranquila si me

prometieras no hacerle daño. Ni tú ni tus hombres ni nadie que tenga nada que ver contigo —especificó con un tono de voz tan bajo que Pavel tuvo que inclinarse para oírla.

Afirmó con un gesto de la cabeza.

Y ella se sintió aún peor que antes. No quería desconfiar de él, pero su abuela siempre decía que cuando el río sonaba, agua llevaba. Aunque lo cierto era que la anciana no lo conocía como ella.

—Perdóname, Pavel, no sé ni lo que digo —gimió arrepentida lanzándose a sus brazos. Él cerró los ojos conmovido. Después de tantos años, por fin un abrazo—. Por supuesto que no vas a hacerle daño. Es sólo que estoy tan confundida... Debes de creer que soy un monstruo por pensar esas cosas de ti, no sé ni cómo no te enfadas conmigo. Bueno, sí lo sé, porque eres un cielo —afirmó llorosa, sintiéndose culpable por pensar que podía hacerle algo a Ioanna por esa tontería. Seguro que hacía falta más para que impusiera alguno de sus escabrosos castigos.

—No te preocupes, Chispita —susurró Pavel limpiándole las lágrimas—, entiendo tus reparos. Tu abuela no me tenía aprecio y supongo que te predispuso contra mí. Pero ya ves que sólo soy un perro ladrador que apenas muerde —dijo sonriente.

—No le gustó que encargaras ese trabajo a mi tío y a mi padre, te comparaba con David mandando a Urías a la muerte para quedarse con Betsabé, sólo que, además de morir mi padre, también murió mi tío.

—Tu abuela sufrió mucho por la muerte de tu tío, más aún cuando la de tu madre fue tan seguida. Es lógico que buscara a alguien a quien culpar por tanto dolor y en el que pudiera centrar toda su rabia. No me importó ser esa persona; en realidad, me lo merecía por no haber calculado mejor los riesgos. —«Por no haber previsto que tu tío acompañaría a Bogomil»—. Pero eso es el pasado y nosotros vivimos en el presente. Olvidemos su rencor.

Ella cabeceó despacio, aceptando sus palabras.

—Voy a despedir a Ioanna sin darle referencias y me aseguraré de que

ninguno de mis conocidos la contrate, eso la obligará a cambiar de ciudad. ¿Te parece un castigo justo? —Iskra asintió—. Así nos libraremos de ella, pero, eso sí, no le digas a nadie que no la he metido en un bidón y tirado al río. Tengo una reputación que mantener —bromeó guiñándole un ojo.

Y ella estalló en una sincera carcajada que atenazó el corazón de Pavel.

Era tan fácil hacerla feliz...

O tan complicado, se dijo al recordar que pretendía irse. Su corazón se agrietó al pensar en su pronta partida. Era tan injusto... Había podido disfrutarla tan poco tiempo... Aunque era exactamente lo que se merecía por no saber cuidarla.

—¿Estás segura de que quieres mudarte? Ioanna no estará, y Mihail se asegurará de que nadie más vuelve a molestarte.

Y no porque él se lo hubiera ordenado, sino porque estaba furioso porque la habían atacado delante de sus narices y quería resarcirse. No permitiría que algo semejante volviera a pasar. Más aún ahora que Iskra había convertido a todos sus escoltas en sus perritos falderos a base de dulces sonrisas, risueñas miradas y deliciosa bollería.

—La verdad es que llevo tiempo pensando en mudarme, pero me daba pánico vivir sola —confesó una verdad a medias, ya que la realidad era que había esperado tanto porque quería conocerlo mejor—. Y mucho más compartir piso con desconocidos. Supongo que soy un poco cobarde. Un poco bastante, en realidad. —Arrugó la nariz disgustada.

—Por supuesto que no lo eres —rechazó él tomándole las manos.

—Claro que sí. Enseguida me asusto y me echo a temblar, pero lo disimulo muy bien —replicó esbozando una radiante sonrisa.

—Podría alojarte en una casa y ponerte un par de escoltas, así no tendrías miedo —ofreció él, acariciándole el dorso de las manos con los pulgares para aprehender el tacto de su piel. Iba a perderla, lo sabía y no podía hacer nada por evitarlo.

—¿Por qué iba a aceptar hoy lo que no acepté hace un año? —Se llevó las

manos de él a los labios y las besó con dulzura—. Quiero vivir sola, Pavel, en mi propio piso.

—Pero no vas a vivir sola, sino con Calix y Uriel.

—Sí. —Y la sonrisa que iluminó su rostro fue suficiente para que él supiera que la había perdido—. Son mis amigos, quiero estar con ellos.

Pavel aceptó resignado antes de mirar a Kiril y asentir con brusquedad. Éste abrió la puerta dejando pasar a Mihail seguido por un enfadado Calix, que no dudó un instante en abrir los brazos a Iskra cuando ésta se abalanzó sobre él.

—¿Estás bien? —La abrazó preocupado, aunque no tardó en separarse al temer que, aun en esa situación tan desagradable, su cuerpo respondiera ante ella. Sabía de sobra que no tenía ningún control sobre su libido y, por tanto, era mejor mantenerse a distancia.

—¡Claro! —Iskra se apartó avergonzada al darse cuenta de que la rechazaba—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Sí, ¿por qué? —ironizó él mirando furioso a Pavel mientras sus dedos se perdían en los suaves mechones de la melena de Iskra.

Sus sicarios lo habían retenido en una sala estéril sin decirle cómo se encontraba ella, a pesar de las veces que lo había preguntado e incluso suplicado. Y, mientras él se moría de preocupación, Mihail lo interrogaba sobre lo que sabía o dejaba de saber de Ioanna. Lo que Iskra le había contado, lo que no, lo que recordaba, lo que creía... Las mismas preguntas una y otra vez. Sin interrupción. Hubo un momento en que pensó que le enchufaría el foco en la cara y le echaría el humo del cigarro a los ojos como en las viejas películas de cine negro que tanto le gustaban a Iskra.

—Ve a recoger tus cosas, Chispa. Mihail os llevará a casa cuando acabes —la despidió Pavel, decidido a hablar con el camisero sin la presencia de la muchacha.

Iskra los miró recelosa.

—No vais a pelearos ni nada por el estilo, ¿verdad? —inquirió suspicaz.

—Claro que no —aseguró Pavel esbozando una tranquilizadora sonrisa. Ella miró a Calix y éste se apresuró a imitar la sonrisa de Pavel.

—Está bien, me fiaré —aceptó escéptica—, pero como me entere de que habéis sido malos... —Dejó la amenaza en el aire y se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió y fijó la mirada en Pavel—. Aunque ya no viva aquí, seguiremos comiendo juntos los sábados, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —exclamó el mafioso sonriente, sus oscuras y expresivas cejas alzándose felices.

Iskra respondió a su sonrisa con una tan radiante que le arrugó la nariz y le achinó los ojos, haciendo aún más evidentes sus oscuras y expresivas cejas.

Y Calix se tambaleó al comprender por qué Pavel apreciaba tanto a Iskra. ¿Cómo no lo había visto antes? Porque no se parecían en nada. Excepto en esas elocuentes cejas que Iskra usaba para mostrar su felicidad y Pavel para resultar más amenazante.

—Voy a hacer la maleta —se despidió ella saliendo del despacho.

Pavel despachó con un gesto a sus hombres, se levantó de su fastuosa butaca y tomó una botella de bourbon. Lo sirvió en dos copas.

—Así que vas a llevártela... —Le tendió una a Calix.

—No me la llevo, le he ofrecido mi casa y ella ha aceptado —especificó cogiendo la copa. Dio un trago que le quemó la laringe y tuvo la facultad de asentarle el estómago.

Pavel asintió con un gesto antes de beber de su copa.

—Supongo que piensas que le he fallado —comentó con voz fiera.

—En absoluto. Es muy difícil darse cuenta de que alguien está sufriendo si ese alguien finge que todo va bien —repuso Calix, sorprendiéndolo al eximirlo de lo que había ocurrido.

Pavel hizo girar el bourbon en el vaso con desidia mientras se mantenía pensativo.

—No te voy a preguntar cuáles son tus intenciones con respecto a ella. Es una costumbre anticuada y, además, tengo la impresión de que no me

contestarías y, como Iskra te tiene aprecio, no quiero hacerte daño sin un motivo de peso. Sé que se disgustaría y no me gusta verla triste —dijo amenazante.

—Entonces pondré todo mi empeño en no darle excusas para disgustar a Iskra —respondió él con evidente ironía.

—Eres rápido, chico. De verdad que me caes bien, aunque en estos momentos te odie un poquito por arrebatármela.

—No le estoy arrebatando nada. Ella no le pertenece.

—Por supuesto que sí, no finjas ser idiota, no te pega —lo regañó—. Te has dado cuenta, lo he visto en tu cara hace un instante.

Calix asintió. No hacía falta que dijera que era su padre, ya lo había intuido.

—Imagino que comprendes que su felicidad prima sobre cualquier otra cosa —señaló Pavel. Calix asintió de nuevo—. Cuidarás de ella —exigió.

—Por supuesto.

—Y, si no lo haces, si alguna vez llora o sufre por tu culpa, si sus ojos pierden el brillo o su sonrisa desaparece, entonces...

—Me meterá en un bidón y me echará al Manzanares —finalizó Calix con un resoplido.

—Por supuesto que no. —Esbozó una feroz sonrisa—. No soy tan compasivo. Si la haces llorar, te prenderé fuego y observaré mientras agonizas.

Y Calix supo que Pavel acababa de hacerle una promesa que no dudaría en cumplir.

Uriel recorrió por enésima vez el salón en el que lo habían dejado después de aguantar lo que le había parecido un interrogatorio en toda regla, con focos y cigarrillos incluidos. Y ahí estaba ahora, esperando a que decidieran qué

hacer con él. Oyó la llave en la puerta y el pomo giró. Contuvo el aliento. Como resultado del polvo degradante que le había echado a Albena, tal vez esa noche acabara en el suelo sobre un charco de sangre. Ojalá que ésta viniera de un balazo en la cabeza y no de uno en la tripa. Tanto uno como otro acabarían con él, pero el de la cabeza dolía menos.

Soltó el aire que había estado reteniendo cuando Calix entró en el salón. Aunque volvió a contenerlo cuando le contó la descabellada historia de la cocinera sádica torturando a Iskra con un alfiler. Sintió que una rabia asesina lo dominaba y los puños le picaban por el anhelo de estrellarlos contra esa mujer, que, por culpa del buen corazón de Iskra, se iba a ir de rositas. Ojalá se la encontrara por la calle y...

Detuvo en seco el pensamiento ante lo que acababa de decir Calix y lo miró perplejo antes de estallar en carcajadas.

—Así que Iskra va a vivir con nosotros... —dijo casi sin aliento tras las risas.

—Así es —corroboró Calix desconfiado. ¿Qué era lo que encontraba tan divertido?

—Tenía entendido que no podíamos llevar mujeres a casa —señaló Uriel malicioso.

—Iskra no es una mujer...

—¿Ah, no? ¡Vaya! —exclamó jocoso—. Y yo que pensaba que sus maravillosas tetas eran las de una mujer... No me puedo creer que me haya equivocado tanto con ella.

—Deja de decir sandeces, entiendes perfectamente a qué me refiero. Ella es... como si fuera nuestra hermana —afirmó Calix, ganándose una nueva carcajada de Uriel.

—Será entretenido ver cómo te las apañas para no pasarte el día empalmado por la presencia de nuestra hermana —se burló—. Compraré un par de muñequeras, así podrás matarte a pajas sin destrozarte las muñecas. De hecho, voy a comprar cuatro, creo que yo también las necesitaré. Y ahora, si

me disculpas, voy a tomar una copa. Mejor aún, varias. En realidad, voy a llenarme el cuerpo de alcohol. Lo necesito para asimilar que voy a vivir con Iskra y tendré que comportarme con ella como un jodido eunuco para que Pavel no me convierta en uno.

Condenar

Forzar a alguien a hacer algo penoso.

Pavel se despidió del último de sus invitados. La recepción había sido un éxito, se había divertido, había conocido a algunas personas interesantes, demostrado su poder a sus socios y puesto en marcha jugosos tratos con empresarios del gremio que pronto se darían cuenta de las ventajas de trabajar para él. Todo había salido a pedir de boca.

Todo, excepto un pequeño detalle.

Dejó a sus hombres comprobando que no quedara ningún rezagado en la mansión y subió al dormitorio de su esposa.

A pesar de ser de madrugada, Rayna estaba despierta, cepillándose el pelo frente al tocador. Se colocó tras ella y le quitó el cepillo para hacerlo él. Ella se tensó de forma casi imperceptible antes de relajarse de nuevo y Pavel sonrió. Su altivo coraje era una de las pocas cosas que le gustaban de su mujer. La otra era su capacidad de fingir que no pasaba nada.

Le cepilló el pelo mientras ella se mantenía impasible. Luego soltó el cepillo sobre el tocador y deslizó los dedos por las solapas de la lujosa bata de seda que llevaba, abriéndolas hasta descubrir el sensual camisón. Sonrió encantado al intuir que se había vestido así con la esperanza de distraerlo. Coló las manos bajo la suave tela y le tomó los pechos. Los masajeó tironeando de los pezones hasta que se irguieron. Luego rompió los finos tirantes que mantenían la prenda en su sitio y la obligó a levantarse. El

camisón cayó al suelo mostrando su desnudez. Aún era hermosa, a pesar del paso de los años.

Se quitó el elegante cinturón, lo dobló por la mitad y la observó pensativo mientras se golpeaba la palma de la mano con él. Dejó pasar el tiempo, sus feroces ojos fijos en ella y el silencio rompiéndose por el inquietante sonido del cuero golpeando su piel.

—No sabía lo que Ioanna le estaba haciendo —dijo Rayna al fin, incapaz de seguir soportando su amenazante escrutinio.

—Por supuesto, querida, sé de sobra que eres lo suficientemente inteligente como para no hacer ni preguntar nada que pueda salpicarte, simplemente dejas caer un comentario aquí, otro allí..., y tus insinuaciones se cumplen como si fueran órdenes.

—Creía que sólo la estaba haciendo trabajar más que al resto, no se me pasó por la cabeza que se le ocurriera hacerle daño —afirmó altiva.

—Te creo. —Pavel se levantó de la cama, el cinturón olvidado sobre ella. Rayna lo conocía lo suficiente como para no arriesgarse a hacer daño físico a ninguna de sus mujeres—. Sin embargo, sabías que Ioanna le estaba haciendo la vida imposible y te pareció estupendo.

—Iskra no debería estar aquí, me insultas al dejar que tu puta viva en mi casa —gruñó despechada. ¿Qué le daba esa vaca asquerosa para que estuviera tan obsesionado con ella?

Un destello de desgarradora furia iluminó los ojos de Pavel, acobardándola.

—No es tu casa, sino la mía. E Iskra no es ninguna puta. Ni mía ni de nadie —declaró con tanta fiereza que las rodillas de Rayna temblaron—. Tranquila, querida, no voy a matarte.

Entró en el vestidor y no tardó en salir con los bolsillos abultados por gruesos sobres.

—¿Qué haces? —jadeó ella—. Ese dinero es mío...

—Ahora ya no. Has perdido tus privilegios. Todos. De hecho, si quieres

comprar ropa, joyas y todas esas chucherías que tanto te gustan, te aconsejo que te conviertas en la puta que has acusado a Iskra de ser. —Se dirigió a la puerta para irse.

—¡No puedes hacerme eso! —gritó siguiéndolo.

Él se volvió despacio, una sonrisa ladeada en sus labios que la llenó de terror.

—Puedo hacerte lo que quiera. —Le envolvió la cara entre sus grandes manos—. Y ahora mismo me siento muy tentado de hundir los pulgares en tus ojos y sacártelos. No es difícil, sólo hay que apretar aquí, justo en la comisura, y salen solos. —Ejerció una presión ascendente sobre los rabillos de sus ojos que la hizo perder el control de la vejiga—. Por lo que sé, es bastante doloroso.

—Por favor, Pavel... —gimió sobrecogida.

Él la soltó e, inclinándose sobre su oreja, susurró:

—Si vuelves a hacer sufrir a Iskra, te mataré —le prometió antes de salir de la alcoba.

Poco después entró en su despacho. Allí, recatadamente sentada frente al escritorio, estaba la cocinera. Palideció al verlo, pero guardó la compostura.

Mihail estaba a su lado.

—Sabe que Iskra ha intercedido por ella y que has prometido no hacerle daño. Me ha asegurado que está arrepentida y hará lo que sea para que perdones sus faltas —dijo en búlgaro, y la mujer asintió sumisa.

Pavel esbozó una cálida sonrisa, llenó dos copas con bourbon y le ofreció una a la cocinera antes de sentarse tras el escritorio, frente a ella.

—¿De dónde viene esa inquina hacia una muchacha que nunca te ha hecho nada? —inquirió en su idioma con voz suave a la vez que le tomaba las manos compasivo—. Dime la verdad y cumpliré la promesa hecha.

Y así fue como se enteró de que había empezado por darle los trabajos más desagradables y aislados para congraciarse con Rayna. Y con Albena, quien, por lo visto, encontraba muy divertido martirizar a Iskra. Y, al ver que ésta no

se quejaba, había comenzado a envalentonarse. Tal vez incluso le había dado algún que otro cucharonazo, pero nada que no se mereciera, porque era una muchacha muy torpe y despistada y había que disciplinarla para convertirla en una buena trabajadora. De hecho, podía decirse que lo hacía por su bien.

En ese momento, Pavel enarcó una ceja y la mujer comprendió que la atmosfera íntima y afectuosa que él había creado había hecho que se relajara más de lo que era conveniente. Se apresuró a rogar perdón y mostrarse consecuentemente arrepentida y contrita.

—¿Por qué decidiste clavarle alfileres en los brazos? —preguntó él con voz suave.

La mujer tomó aire con fuerza antes de asegurarle que eso sólo había pasado un par de veces. O quizá más, reuló ante la mirada incrédula de Pavel. Notó moverse al gorila tras ella y un sudor frío cubrió su frente. Pavel era un hombre de palabra, se recordó. Jamás había incumplido una promesa. No obstante, decidió que lo más seguro era ser sincera.

—Se le ocurrió a la señorita Albena. Estaba muy enfadada porque Iskra le había dicho al camisero moreno que ella hablaba con sus amigas de sus... —se calló dudosa, aunque la ceja arqueada de Pavel la instó a continuar— de sus aventuras con él.

Alekseev asintió con brusquedad, estiró el brazo y cogió los tres alfileres que ella llevaba prendidos en la solapa del uniforme. Los miró irritado antes de dejarlos caer sobre la mesa.

—Quítate la ropa y quédate en sujetador —le ordenó. Ella obedeció en el acto—. ¿Cómo pinchabas a Iskra? Enséñamelo. —Señaló con un gesto los alfileres.

Ioanna aferró uno con dedos trémulos y simuló pincharse el brazo.

—Qué poca autenticidad, desde luego, no vales como actriz —se burló Pavel con una sonrisa ladeada—. Vamos, puedes hacerlo mejor.

Ella tomó aire y repitió el gesto, aunque esta vez sí se pinchó.

—Mejor, pero no sé, te he visto floja, ni siquiera ha brotado sangre. Hazlo

otra vez.

Ella lo miró llorosa, pero no se atrevió a desobedecer.

—No me convence. Continúa hasta que te diga que pares —le ordenó él recostándose contra el respaldo de la silla como quien se prepara para ver un espectáculo.

Ioanna negó con la cabeza y soltó el alfiler en la mesa.

Mihail sacó la pistola y la empuñó contra la sien de la mujer.

—Ha prometido no hacerme daño ni dejar que él me lo haga —musitó aterrada al sentir el frío cañón contra su piel.

—Y no te lo voy a hacer, te vas a pinchar tú solita. Y, si no lo haces, en fin, un tiro en la sien no hace daño. Es mortal, pero no doloroso —desestimó Pavel—. Además, es la solución ideal, pues le prometí a Mihail que podría vengarse. Está un poco molesto porque hayas atacado a su protegida en casa, donde la creía segura, y quiere tu sangre para resarcirse. Tú eliges de dónde la va a conseguir: de tus brazos o de tu cabeza —comentó indiferente antes de darle un trago a la copa.

La mujer miró a ambos hombres, empuñó el alfiler y comenzó a pincharse.

Pavel observó complacido la sangre que cubría los brazos de su cocinera y salpicaba la mesa. Desde luego, se había esforzado en complacerlo en esas dos horas.

Levantó una mano, frenando sus cada vez más débiles pinchazos.

—Recoge tus cosas y vete de Madrid. Si mañana sigues aquí, ninguna promesa evitará que te mate —le advirtió antes de tirarle a la cara uno de los sobres que había sacado de la caja fuerte de su esposa—. Que no se diga que Rayna y Albena no pagan sus deudas.

Le hizo un gesto a Mihail y éste aferró con excesiva fuerza el brazo herido de la mujer, arrancándole un grito de dolor, para, acto seguido, sacarla a

tirones del despacho. La dejó en las poco amables manos de Kiril y regresó junto a su jefe, que en ese momento miraba los sobres llenos de billetes que habían pertenecido a su mujer.

—Encárgate de que donen el dinero a alguna asociación para la protección de la infancia o algo por el estilo —dijo consciente de que a su hija le encantaría ese gesto, aunque, por supuesto, no se lo iba a contar. No podía decirle de dónde procedía el dinero sin cabrearla. Y eso era lo último que quería.

Salió del despacho y se dirigió al dormitorio de Albena. Entró sin llamar y dio la luz.

—¡Tío! —gimió despertándose sobresaltada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo una curiosidad que no me permite dormir: ¿qué talla de pecho tenías antes de que te pagara la operación?

—Y ¿eso qué importa? —repuso perpleja.

—Importa y mucho, porque mañana entrarás en quirófano para que te las dejen como las tenías. También te quitarán las extensiones del pelo; de hecho, te raparán la cabeza —añadió tras pensarlo mejor—. Quemarán tus vestidos y venderán tus joyas. Luego regresarás a Bulgaria con tu madre, sin nada más que la ropa que lleves puesta. Y no volverás.

—¿Por qué? —jadeó del todo atónita. No era posible que hiciera eso. ¡Era su única sobrina!

—Porque eres la hija de mi hermana y no le gustaría que te matara, así que te devuelvo a ella tal como llegaste a mí —respondió saliendo del dormitorio.

—¡No puedes hacerme esto!

—No tientes a tu suerte, Albena —le advirtió Pavel con un tono tan peligroso que ella supo que no debía darle ninguna excusa para que le hiciera algo peor.

Porque la aceptaría encantado.

Agibílibus

Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.

Miércoles, 31 de octubre de 2018

Es ahora o nunca. Jimena leyó con el ceño fruncido el whatsapp que acababa de recibir de Anuja.

O no. Perfectamente puede ser mañana. O pasado. O al siguiente, contestó hosca.

¡Vamos, tía, de los cobardes nada se ha escrito!, la regañó Malena, que también estaba en el grupo.

¡Y los valientes mueren jóvenes!, replicó escribiendo con el pulgar a una velocidad de vértigo antes de guardarse el teléfono en el bolsillo y recorrer por enésima vez en esa tarde el jardín del Príncipe de Anglona. Una vibración la avisó de la llegada de un nuevo mensaje.

Pero no amargados. Ni solos, leyó disgustada la contestación de Xiao. Optó por no responder, pues si lo hacía la conversación se alargaría por los siglos de los siglos, amén.

Sus amigas estaban decididas a que diera el paso. Y tampoco era como si tuviera otra opción. Había metido la pata y, si quería que todo volviera a ser como antes, tenía que arreglar el desaguisado. A no ser, claro está, que se olvidara del tema, pensó malhumorada yendo a la salida para acabar con ese estúpido plan.

Dio media vuelta antes de llegar.

No podía pasar del tema. Echaba de menos a Kini. Quería recuperar la amistad que había desdeñado por motivos que en su momento le parecieron correctos y que ahora le parecían estúpidos. Pero, claro, ¿cómo podía imaginarse que él iba a estar enfadado tantos meses?! ¡Era de locos!

Se subió nerviosa al cenador y observó la calle entre los barrotes de las ventanas que se abrían en el muro. El plan que tan brillante le había parecido esa mañana ahora se le antojaba disparatado. Iba a hacer el más completo de los ridículos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer si no? Desde que Kini iba a otro instituto, apenas lo veía. Ya ni siquiera tenían el mismo horario. Llegaba a la plaza pasadas las cinco de la tarde, la saludaba con un gesto y luego charlaba cinco minutos con sus amigos antes de irse. Por lo visto, se había vuelto muy responsable, porque subía raudo y veloz a casa para estudiar y ya no volvía a bajar.

Y Jimena ya se había cansado de ser ignorada y le iba a poner remedio.

Aunque muriera de vergüenza en el proceso.

El móvil vibró de nuevo en su bolsillo y se apresuró a sacarlo. Leyó el mensaje y su corazón pegó tal salto que a punto estuvo de escapársele del pecho. Tomó aire y echó a correr hacia la puerta del jardín. Se detuvo derrapando en la tierra ante ella y, poniéndose muy tiesa, se sacudió la ropa, se atusó el pelo y, a pesar de que se los había lavado a conciencia, se pasó la lengua por los dientes para comprobar que no había nada entre ellos.

Se quedó junto a la puerta sin mover un solo músculo para no delatarse y, cuando el móvil volvió a vibrar, salió del jardín aparentando una tranquilidad que no sentía.

—¡Hola, Kini! ¡Qué sorpresa! —gritó con voz aguda al darse de bruces con el muchacho, que en ese momento, tal como la había avisado Anuja, pasaba junto a la puerta del jardín.

Kini reculó sobresaltado por el énfasis que había puesto al hablar.

—Hola... —La miró intrigado. ¿Por qué estaba ruborizada?

—¡He visto un bicho! —dijo con un tono chillón que le molestó incluso a

ella. Apretó los dientes enfadada, tenía que controlarse o la creería idiota.

—¿Te ha picado? —inquirió preocupado. ¿Por qué gritaba tanto?

—No. Qué va. —Se calló, pues acababa de quedarse en blanco. ¡No recordaba el plan!

—Me alegro de que no te picara —afirmó Kini sin saber qué decir. ¿Por qué estaba tan rara?—. Tengo que irme, nos vemos.

—¡Ese bicho era especial! —Jimena se acordó por fin de cómo continuar.

Él la miró confundido. ¿A qué venía tanto entusiasmo por un insecto? Que él supiera, no le gustaban demasiado. Más bien nada.

—Y ¿por qué era especial?

—Porque... ¡se parece a un palo!

Kini abrió unos ojos como platos.

—¿Has visto una *phasmatodea* en el jardín? —jadeó sorprendido, entrando de inmediato.

—No, he visto un bicho palo —puntualizó picajosa. ¿Acaso estaba sordo?

—Los insectos palo son *phasmatodeas* —explicó Kini—. ¿Dónde lo has visto?

—Cerca del cenador —inventó.

Y allí que se fue él.

—¿Estás segura? —preguntó examinando el lugar—. Es raro verlos en zonas urbanas.

—Pues lo he visto —replicó enfadada porque ponía en duda su mentira—. Ha salido volando hacia allí. —Señaló el otro extremo del jardín.

—Volando... —Kini la miró con los ojos entornados.

—Sí, ¡volando! Ya sabes, moviendo las alas y desplazándose por el aire. ¿Necesitas que te lo explique mejor? —le espetó irritada. ¿Por qué tenía que ponérselo tan difícil?

—No hace falta, así me vale. —Esbozó una ladina sonrisa—. Así que se ha ido moviendo las alas hacia allí... —Echó a andar y ella lo siguió encantada—. ¿Qué tal vas con las mates?

—De culo, voy a catear y mi madre me va a matar.

—No será para tanto.

—Sí lo es. Gadea es una empollona que saca sobresalientes y me deja en ridículo —masculló indignada.

Kini bajó la cabeza y exhaló una risita disimulada, aunque no lo suficiente como para que Jimena no se percatara.

—¿De qué te ríes? —Lo empujó enfadada.

—De que no has cambiado nada..., sigues teniendo envidia de tu hermana.

—¡Eso es mentira! —exclamó lanzándose a por él, pero Kini, previendo su reacción, soltó la mochila y echó a correr—. ¡No seas cagón! —lo increpó yendo tras él.

Lo persiguió entre los arbustos y bajo los arcos florales, rodeó la fuente y a punto estuvo de atraparlo al acercarse de nuevo al cenador. No fue hasta que llegaron al viejo árbol bajo el que se refugiaban en verano cuando Kini se dejó atrapar. Porque si de algo no tenía dudas Jimena era de que lo había pillado porque él había querido; tanto correr con Calix lo había convertido en una puñetera gacela.

Lo pellizcó picada, o al menos lo intentó, porque él seguía tan delgado como siempre, sólo que con el doble de músculos, y no hubo manera de pillarle un mísero pizco de piel.

De repente él le agarró las muñecas con una mano y usó la otra para hacerle cosquillas. Ella, por supuesto, se resistió. O lo intentó, porque él ahora era mucho más alto, ágil y fuerte, y no dudaba en aprovechar su ventaja. Aunque con lo que no contó fue con los afilados dientes de la joven, que inclinaron la balanza hacia ella.

Acabaron tropezando con sus propios pies y cayendo al suelo entre risas. Y allí se quedaron, charlando de todo y de nada, poniéndose al día entre empujones, cosquillas y sonrisas. Las *phasmatodeas* olvidadas por mor de la amistad que comenzaban a recuperar.

—¿Por qué no le dices a mi abuelo que te dé clases como hacíais el curso pasado? —propuso Kini para, acto seguido, encenderse un cigarrillo con la intención de fumárselo antes de entrar en casa.

La tarde se estaba convirtiendo en noche y su abuelo lo había llamado preocupado por su inusual tardanza en volver. Le había dado largas, pero era consciente de que tenía muchos deberes que hacer y no poco que estudiar. No podía quedarse más tiempo con ella.

—No sé. —Jimena miró disgustada la nube de humo que exhaló—. Me da palo pedirle que vuelva a darme clases después de haberlo ignorado desde el verano.

—No creo que te diga que no. —Ya se encargaría él de que eso no sucediera.

—Paso... —rechazó—. A ti te va bien en mates, podrías dármelas tú...

Kini la miró sorprendido y no poco aterrado. ¡Ni de coña iba a darle clases! ¡Aún leía a trompicones!

—Si no te molesta, claro —ironizó Jimena abochornada al ver su gesto e intuir que no quería estudiar con ella—. ¿Sabes qué? Paso de ti como de comer mierda, ya me las apañaré para aprobar yo solita —dicho lo cual, aceleró el paso para salir del jardín.

Él sacudió la cabeza y la siguió divertido. No había cambiado nada, continuaba tan enfadada como siempre. También igual de simpática y divertida, al menos, cuando estaba de buenas. Aunque en realidad sí había cambiado. Ahora tenía el pelo más largo, el cuerpo más formado y la cara más afilada. Estaba tan guapa que no podía dejar de mirarla.

—Podríamos intentarlo. —Se acercó conciliador, al fin y al cabo, en mates no había que escribir mucho y los números se le daban bastante bien—. ¿Qué estás dando ahora? —inquirió. Ella lo miró arisca antes de decírselo—. Me

examiné de eso la semana pasada y saqué un notable —señaló Kini ufano, tirando el cigarro—. Podría ayudarte.

—No me hace falta —desdeñó su oferta entrando en el portal y enfilando hacia la escalera.

Y Kini comprendió que era ahora o nunca. Jimena había dado el primer paso, a él le tocaba dar el siguiente.

—¡Jime! —la llamó, y ella se volvió altiva—. Mañana en mi casa a las cinco y media, bájate el libro y el cuaderno de mates.

—Ya te he dicho que paso.

—No. No pasas. —Esbozó una ladina sonrisa cuyo efecto estropeó al bajar la mirada con timidez y meterse las manos en los bolsillos.

—Claro que paso —aseguró ella subiendo la escalera.

—Jime —volvió a llamarla, y ella lo miró de nuevo—. Los insectos palo no pueden volar.

Lo miró sofocada al recordar la excusa que le había dado para pasear por el jardín.

—Claro que pueden, yo lo he visto —rechazó arrogante.

—No tienen alas, Jime —replicó él con un brillo de comprensión en los ojos. Ella se puso roja como un tomate al entender que la había pillado in fraganti—. Mañana a las cinco y media, ¿vale?

Y fue el tono dulce y a la vez cohibido de ese «¿vale?» lo que la hizo decidirse.

—Vale.

—¿Qué se contaba Jimena? —le preguntó su abuelo nada más entrar en casa.

—¿Me has estado espiando por la ventana? —lo acusó Kini indignado.

—Estaba asomado y vosotros habéis aparecido en mi campo de visión —rebató el Ogro.

—Joder, abuelo...

—No te consiento que uses ese vocabulario en mi presencia, Joaquín.

—Sí, lo sé, lo siento —masculló Kini yendo hacia su dormitorio.

—¿Qué tal hoy en el instituto? —lo siguió el abuelo.

—Bien, pero tengo un montón de deberes —bufó dejando los libros en el escritorio.

—Y, sin embargo, no parecías tener mucha prisa en regresar a casa.

El chico se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Jimena se ha convertido en una muchacha muy hermosa —comentó Salvador, y al ver que Kini no respondía decidió no presionarlo más y salir del cuarto—. Te dejo que estudies.

—Hemos quedado mañana para repasar mates —soltó cohibido. Tragó saliva y continuó hablando inseguro—: Le he dicho que la ayudaría, pero he pensado que mejor apareces tú en mi cuarto como de casualidad y te pones con ella, porque yo no voy a saber explicarle nada...

—No —lo interrumpió Salvador.

—¿No? —exclamó Kini, su voz volviéndose aguda. ¡No podía dejarlo tirado!

—Estás sacando notables en matemáticas, eres perfectamente capaz de ayudar tú solito a esa chiquilla caprichosa y altanera. Es hora de que se dé cuenta de lo inteligente que eres y lo mucho que vales.

Kini esbozó una sonrisa orgullosa, aunque siguió sin tener muy claro que pudiera ayudarla. De todas maneras, ya se las apañaría para que su abuelo le echara una mano.

—Por cierto, tu padre ha telefonado esta mañana, me ha comentado que tratará de llamar mañana por la tarde para hablar contigo.

—Sí, claro —replicó Kini. Se sabía de memoria ese cuento. No llamaría. Nunca lo hacía.

—Me ha encargado que te diga que él y tu madre te echan mucho de menos y que con el nuevo trabajo este año tampoco van a volver a casa por Navidad.

—Estupendo, ojalá no vuelvan nunca —masculló Kini saliendo del cuarto para ir al baño.

Cerró con un portazo y se sentó en la taza del váter, las manos hundidas en su pelo lacio. Les importaba tanto a sus padres que llevaban sin acordarse de hablar con él desde el verano. Y, para una vez que se molestaban en llamar, lo hacían por la mañana, cuando sabían que no estaba en casa.

Era evidente lo mucho que lo querían, pensó dolido.

Portañuela

Tira de tela con que se tapa la bragueta de los pantalones.
Así se llama lo que todos los días estoy a punto de reventar al menos una docena de veces.

Miércoles, 7 de noviembre de 2018

Si algo tenía bueno la presencia continua de Iskra en su vida era que había acabado con las pocas dudas que le surgieron tras su interludio sexual con Uriel. Gracias a ella, Calix sabía fehacientemente que no era gay. Porque con Uriel no se había excitado más que una vez, el día de la boda, mientras que desde que vivía con ella estaba en permanente estado de excitación. De hecho, se había empalmado y masturbado tantas veces esa semana que había perdido la cuenta. ¡Se pasaba más tiempo en la ducha, meneándosela, que haciendo cualquier otra cosa!

Y nunca parecía ser suficiente.

Resopló malhumorado y centró la vista en el ordenador para tratar de comprender por qué narices tenía tres cajas de botones de nácar de dos agujeros y, sin embargo, ninguna de cuatro agujeros. Aunque tampoco era difícil de entender, pensó al localizar el e-mail con el pedido. Lo que había ocurrido era que llevaba once días pensando con la polla en lugar de con la cabeza, y por culpa de eso había pedido lo que no tenía que pedir. Que era más o menos lo que llevaba haciendo toda la semana. Pidiendo lo que no necesitaban, anotando lo que no le decían, vendiendo lo que no tenían y, en definitiva, metiendo la pata una y otra vez.

—¡Joder! —estalló barriendo con la mano las notas de entrega y los catálogos que tenía encima de la mesa.

—¿Algún problema? —inquirió Rodrigo ante su arrebato.

Calix negó con la cabeza, y estaba a punto de agacharse a recoger lo que había tirado cuando oyó alta y clara la risita insidiosa de Uriel, que acababa de salir del taller.

—¿Qué coño te hace tanta gracia? —le preguntó furioso.

Rodrigo arqueó una ceja ante su salida de tono.

—Nada, sólo pensaba que, si incrementaras la cantidad de trabajos manuales que te haces por la noche, tal vez no estarías tan alterado durante el día —señaló Uriel con indolencia.

Rodrigo ocultó su súbito ataque de risa bajo fingidas toses del todo innaturales.

Calix se quedó inmóvil un segundo y luego salió en tromba de detrás del mostrador y se dirigió a su amigo para hacerle una cara nueva.

Rodrigo se apresuró a interponerse entre ellos.

—¿Ha pasado algo? —les preguntó Iskra al salir a la tienda y percatarse del enfado de Calix, la sonrisa perniciososa de Uriel y el gesto resignado de Rodrigo, que estaba entre ellos.

—Qué va, princesa, sólo estábamos charlando de las durezas de Calix —explicó Uriel.

—No creo que a Iskra le interese eso, Uriel —lo reconvino Rodrigo. Bastante alterado estaba su ayudante como para que jugara con él.

—La verdad es que sé bastante sobre durezas —señaló ella sorprendiéndolos—. Lo mejor que puedes hacer para librarte de ellas es masajearlas con aceite de oliva cada noche antes de acostarte.

Uriel estalló en carcajadas, Calix enrojeció súbitamente y Rodrigo, de repente interesado en algo que había tras él, se dio la vuelta dándoles la espalda.

—¿Qué he dicho? —inquirió perpleja ante sus reacciones—. Eso era lo

que hacía mi abuela para tener suaves los talones, no sé por qué te hace tanta gracia. —Miró confundida a Uriel y luego se acercó a Calix—. No le hagas caso, es tonto. Si quieres, esta noche te ayudo con las durezas. Sé dar unos masajes estupendos...

Uriel tuvo que apoyarse en la vitrina para no caer al suelo por la risa.

—¡Cállate, joder! —lo increpó Calix antes de mirar furioso a Iskra—. ¿No tienes nada mejor que hacer que estar aquí perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder a mí?

—¡Calix! Eso ha estado fuera de lugar —lo regañó Rodrigo enfadado.

Él lo miró frustrado y apretó la mandíbula con tanta fuerza que le palpité.

—Lo siento. Sólo quería ayudarte. —Iskra se encogió abatida—. No sé por qué te has enfadado tanto, no he dicho nada malo.

—Al contrario, querida, le has ofrecido tu ayuda, y bien sabe Dios que este idiota necesita desesperadamente un buen masaje para suavizar su dureza —comentó Uriel capcioso.

—Uriel, ¿no tenías que acabar la camisa del señor Niemiec? —le preguntó Rodrigo en una clara advertencia de que más le valía marcharse.

—Sí, lo mejor será que regrese al taller, no vaya a ser que alguien me arranque la lengua por decir la verdad —repuso artero, abandonando la tienda.

—Y ¿tú no deberías hacer lo mismo? —exhortó Calix a Iskra.

—Sí, claro, sólo he salido a decirte que ya he ojalado las camisas del pedido 22JA y que puedes llamar a Matilde para que pase a recogerlas para almidonarlas.

—Muchas gracias —respondió Calix tirante—, pero no era necesario, sabes de sobra que al final de la tarde siempre paso por el taller a revisar los pedidos completados.

—Lo siento, era sólo —«para verte»— para ahorrarte tiempo y trabajo.

—Y yo te lo agradezco, pero preferiría que no estuvieras tan a menudo en la tienda: me desconcentras.

Ella lo miró confundida antes de asentir y marcharse al taller.

—Has estado totalmente fuera de lugar —lo reconvino Rodrigo cuando se quedaron solos—. Te ruego encarecidamente que controles tu temperamento, más aún con Iskra, que no ha hecho nada para merecer que la trates así.

—Lo lamento, pero...

—No sirve de nada sentirlo si no dejas de comportarte como un zoquete —interrumpió su excusa.

—Es complicado, Rodrigo, estoy sometido a mucha tensión.

—Pues tómate tilas o sigue el consejo de Uriel y aumenta la periodicidad de los trabajos manuales hasta que te calmes y desaparezca ese genio inadecuado e hiriente que tienes últimamente —lo exhortó, sus ojos violetas fijos en él—, pero que sea la última vez que tratas así a Iskra.

—Estoy sobrepasado, Rodrigo, no puedo más —musitó frotándose las sienes como si tuviera un tremendo dolor de cabeza que no lo dejara pensar, porque así era como se sentía desde hacía dos semanas: incapaz de pensar.

—¿Quieres que hablemos de lo que te pasa con ella? —le ofreció posando la mano sobre su hombro en un gesto de amistoso apoyo.

Calix negó con la cabeza antes de decir entre dientes:

—No me pasa nada con Iskra.

—Claro que te pasa, si no eres capaz de verlo es que eres idiota —sentenció enfadado por su nociva terquedad—. Pon en claro tu cabeza y haz lo que debes antes de que ella se canse de tus salidas de tono y pierdas tu oportunidad —le ordenó malhumorado yendo al taller.

—Te pediría, si no es mucha molestia, que no echaras más leña al fuego —le exigió Rodrigo a Uriel al entrar en el taller—. Ya tenemos bastantes ascuas como para provocar un incendio.

—Y todas situadas en una zona de lo más empinada —añadió Uriel burlón

mirando de soslayo a Iskra, quien no se perdía detalle—. De acuerdo, contendré mi lengua —claudicó ante la mirada furiosa de Rodrigo.

Iskra observó a ambos hombres tratando de averiguar el significado de tan extraña conversación. ¿Zona empinada? ¿Ascuas? ¿Durezas? Calix se había enfadado muchísimo cuando se había ofrecido a masajearle los pies. Aunque, en realidad, había dicho masajearle las durezas. Y Uriel tenía una mirada muy pícaro mientras decía que necesitaba ese masaje para suavizar su dureza. En singular. Sintió que su cara comenzaba a arder al darse cuenta de que tal vez había malinterpretado la conversación. Una dureza empinada que ardía... Y que Calix necesitaba desesperadamente que le masajeara. Pero no podían referirse a eso.

¿O tal vez sí?

Calix la había acusado de desconcentrarlo, pero ¿por qué iba a desconcentrarlo si ni siquiera le había dado tiempo a abrir la boca? A lo mejor su desconcierto no venía por su parloteo, sino por otro motivo. ¿Y si lo que lo turbaba era ella? Al fin y al cabo, en la boda se había excitado hablando de ella mientras Uriel lo tocaba. Tal vez fuera bisexual. Aunque, si lo era, se había comportado de una manera muy rara, pensó al recordar que no había tocado ni besado a Uriel. Ni siquiera lo había mirado, como si lo avergonzara lo que estaba haciendo.

Una idea a la que llevaba dándole vueltas desde entonces cobró fuerza en su cabeza.

¿Y si no fuera gay, tal como le había asegurado cientos de veces?

¿Y si le gustaran las mujeres?

¿Y si era ella quien le gustaba? Incluso podría ser que lo excitara. Ése sería un buen motivo para sentirse desconcentrado. Y nervioso. Y para que tuviera empinadas durezas ardientes que necesitara masajear con urgencia. Tal vez por eso se mostraba tan hosco y antipático. De hecho, llevaba así desde que vivían juntos. Y lo había pillado varias veces mirándola como si fuera un pastelito de

La Mallorquina, con un hambre desesperada a la que no le encontraba explicación lógica.

Pero si no fuera gay, esas miradas hambrientas tendrían su razón de ser, ¿verdad?

¿Y si Uriel había mentido sobre la sexualidad de Calix?, pensó no por primera vez desde la boda. Sólo que en esa ocasión la sospecha era casi una certeza.

Necesitaba comprobar algo.

—Se me ha olvidado una cosa, ahora vengo. —Se quitó la rebeca y salió del taller.

A Uriel se le secó la boca cuando la vio deshacerse de su sempiterna rebeca y pudo apreciar que el vestido se anudaba al cuello, dejando la espalda, los hombros y los brazos desnudos. Y también buena parte de su pecho, pues el escote con forma de corazón era muy pronunciado.

No le extrañaba que Calix estuviera fuera de sí. Iskra había vuelto su vida del revés. La de ambos, en realidad. Vivir con ella era una locura. Lo había cambiado todo. Su anodino, aburrido y sombrío piso se había llenado de color. Ahora las cortinas de la cocina tenían naranjas, fresas y sandías bordadas, las del comedor ya no eran de un monocorde blanco, sino florales. Había bordado en ellas margaritas, rosas rojas y unas luminosas flores azules que no sabía qué coño eran. Y, a tenor de la cantidad de hilos de colores que contenía su costurero, no parecía tener intención de parar. Él, desde luego, ya le había prohibido tocar las de su dormitorio, le gustaban tal como eran: azules y sosas. No se veía con fuerzas para soportar más flores a su alrededor, porque, además de las que bordaba en las cortinas, también había comprado macetas con plantas de verdad, ¡de las que había que regar y cuidar!, que había colocado en el comedor, en la entrada, colgadas de un macramé en la

cocina ¡y hasta en el cuarto de baño! Su piso había pasado de ser una cueva tenebrosa a convertirse en el puñetero jardín de la abuela de Caperucita Roja.

Tanta alegría era desquiciante. Por lo que no era fácil convivir con ella. O sí, sí que lo era. En la intimidad era tan dicharachera y alegre como en la tienda. También tan nerviosa y activa. No paraba un segundo quieta. Excepto cuando se sentaba a ver la tele con Calix. Alternaban películas clásicas con series modernas, y ambas arrancaban suspiros, lágrimas y carcajadas en Iskra. Se podía decir que las sentía.

Y Calix y él la sentían a ella. Era imposible no hacerlo.

Cada noche, Calix y ella se sentaban a ver la tele mientras Uriel fingía jugar con la PSP medio tumbado en el sillón, aunque lo que en realidad hacía era observarlos.

Era extrañamente erótico verlos juntos. Iskra, acurrucada en un extremo del viejo sofá, envuelta en una informe bata polar roja con mariposas bordadas, sus preciosos pies desnudos recogidos bajo el trasero y una expresión de dicha en la cara al tiempo que seguía apasionada la película. Y, mientras ella miraba la tele, Calix, sentado en el otro extremo del sofá, ataviado con un chándal viejo y una camiseta aún más vieja, la miraba a ella. Y daba igual que hubiera un sitio vacío entre ambos. Las chispas saltaban de uno a otro llenando el salón de una poderosa energía que era imposible no notar. Que, de hecho, comenzaba a afectarles.

Él había pasado de hacerse un par de pajas a la semana a masturbarse a diario. Más de una vez. Y Calix no sólo no le iba a la zaga, sino que lo llevaba aún peor, porque al incremento de trabajos nocturnos se añadía que el muy idiota parecía incapaz de soportar su propio semen y se pasaba media noche en la ducha, matándose a pajas y dejando que el agua borrara todo rastro del pecaminoso placer.

Desde luego, todo sería mucho más fácil si diera su brazo a torcer y le permitiera mamársela antes de irse a dormir. Claro que todavía sería mejor si superara sus traumas y fuera a por Iskra. Ésa, sin duda, sería la solución

idónea para acabar con la tensión sexual que existía entre ellos. Lo malo era que eso lo dejaría a él fuera de la ecuación. Aunque ya no le importaba demasiado, porque dudaba que fuera a durar mucho tiempo más allí.

Antes o después, lo encontraría y tendría que irse, sólo esperaba poder probar a Iskra como había probado a Calix antes de volver a huir.

Apoteosis

En teatro, escena culminante con que concluye la función y en la que participa todo el elenco.

Iskra atravesó la tienda con pasos decididos y a Calix estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas de tanto como los abrió. Y no era que no estuviera acostumbrado a ver sus escotes de vértigo, sus brazos y sus hombros descubiertos o su espalda desnuda. A lo que no estaba acostumbrado era a verlo todo a la vez. En casa usaba una bata polar que la cubría del cuello a los pies, y en la camisería siempre llevaba rebeca. Pero ahora se la había quitado y tal exhibición de marfileña piel al alcance de sus ojos, sus labios y sus dedos estaba a punto de cortocircuitarle el cerebro.

Carraspeó para aclararse la garganta, repentinamente seca.

—¿Algún problema? —inquirió con voz ronca esforzándose por mirarla a los ojos, aunque era francamente complicado, pues debía de tener frío y se le habían erizado los pezones. ¿Por qué demonios se había quitado la rebeca?

—Sí. Quiero decirte algo. —Y se calló.

Porque, mientras se quitaba la rebeca con la intención de tentarlo, no había pensado en las implicaciones de lo que pretendía hacer. ¿Cómo iba a preguntarle si se sentía atraído por ella? ¡Era de locos siquiera pensarlo! Y, peor aún, ¿cómo podía decirle que sospechaba que Uriel la había engañado haciéndole creer que era gay? Eso no tenía ni pies ni cabeza, y dejaba en muy mal lugar al que, por cierto, era el mejor amigo de Calix. Y también de ella.

¿Qué locura se había apoderado de ella para creer esas estupideces?, pensó agitada.

—¿Y bien? ¿Me lo dices o no? No tengo todo el día —la apremió Calix, deseando que se fuera. O, en su defecto, que dejara de respirar con tanta fuerza que parecía que se le iban a escapar los pechos del escote. Y, joder, su pene se había erguido a la espera de que eso sucediera.

Iskra lo miró sorprendida por su arrebató, los ojos muy abiertos y las cejas muy altas, antes de lanzarse con lo primero que se le ocurrió.

—Le he dicho a Hristo que su próxima camisa debería ser de viyela, porque es la mejor tela para la piel. El pobre la tiene muy sensible y se le irrita con facilidad. —Deslizó los dedos por su clavícula como si fuera ella quien tuviera la piel irritada. Calix bajó la mirada en el acto, siguiendo las suaves caricias—. A él le ha parecido estupendo y me ha pedido que te diga que le busques una tela chula. —Hizo resbalar los dedos hasta el profundo canalillo entre sus pechos para ver su reacción. Él, con los ojos fijos en sus dedos, inhaló con brusquedad, como si de repente le faltara el aire—. Y he recordado que el otro día vi una en el catálogo de Thomas Mason que seguro que le gusta. —Se inclinó sobre el mostrador para meter la mano bajo el cristal y coger dicho catálogo, que, en realidad, jamás había abierto.

Calix saltó apartándose cuando estuvo a punto de rozarle la hinchada entrepierna con el brazo, la mirada fija en los pechos que estaban a punto de salirse de la sujeción del vestido.

—¿Por qué no tienes un poco de cuidado, joder?! —la increpó furioso. Se sintió aliviado al ver que se erguía de nuevo y sus senos volvían a quedar en su sitio.

—Lo siento... —se disculpó acobardada. Tal vez se había pasado de la raya—. Yo no quería...

—¡Claro que no querías! ¡Dios! —jadeó mesándose el pelo—. Tú nunca quieres, pero no puedes evitarlo. Eres... como eres. —No pudo verbalizar lo que se le pasaba por la cabeza en ese momento, era demasiado lúbrico—. Vuelve al taller, no puedo trabajar si estás aquí. Y, si vuelves a entrar en la tienda, por favor, ponte la jodida rebeca.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho antes: porque me desconcentras —gruñó alterado—. No deberías llevar esos vestidos tan escotados, enseñas demasiado.

—Y ¿qué te importa lo que enseñe? No tengo nada con lo que quieras jugar —lo desafió, casi tan enfadada como él. ¡¿Cómo se atrevía a hablarle así?!

—¡Claro que tienes cosas con las que quiero jugar! ¡Lo tienes todo, joder! ¿Acaso se te ha olvidado que soy un hombre? Quiero jugar con todo lo que tienes a la vista, y también con lo que sólo puedo imaginar —especificó, tan ávido por tocarla que tuvo que apoyar las manos en el mostrador para que no le temblaran.

Iskra lo miró atónita y, antes de pensar lo que iba a hacer, rodeó el mostrador y caminó hacia él tan sinuosa como Liz Taylor en *La gata sobre el tejado de zinc*.

Calix se quedó inmóvil mientras se le acercaba, subyugado por el movimiento ondulante de sus caderas y los marcados picos de sus pechos. Hasta que, de repente, ella estuvo demasiado cerca y fue dolorosamente consciente de que no pensaba pararse hasta tocarlo. Dio un paso atrás. Luego otro. Y su espalda topó con la vitrina, acabando con su huida. Apoyó las palmas de las manos en el cristal, como si quisiera fundirse con él.

Iskra se detuvo a un suspiro de él y, haciendo acopio de un valor que no sabía que tenía, posó las manos muy abiertas sobre el torso masculino y las subió despacio hasta sus hombros. Se sujetó en ellos para alzarse sobre las puntas de los pies y, cuando sus labios estuvieron cerca de los de Calix, se quedó paralizada por la mirada desesperada de él. Pero no dio marcha atrás, había llegado muy lejos para acobardarse ahora. Deslizó los dedos hasta unirlos tras su nuca, le bajó la cabeza y posó un delicado beso sobre su boca jadeante. Calix volvió la cabeza apartándose, pero ella no se dio por vencida. Se pegó más a él y, sin saber bien qué narices estaba haciendo, le lamió los labios.

Y de repente oyó un fiero gruñido y se encontró sentada en el mostrador,

con él estrechamente pegado a su cuerpo, las caderas masculinas entre sus piernas abiertas y su lengua invadiéndole la boca. La sintió húmeda y caliente, avasalladora mientras resbalaba sobre la suya, tentándola. Enredó los dedos en su melena ondulada y lo pegó más a ella para succionarle la lengua e impedir que siguiera atormentándola.

Calix, en respuesta, le agarró el trasero y la meció contra él, frotando la rígida erección contra el vértice entre sus piernas. Los testículos se le tensaron y el pene se le endureció más aún. Creyó volverse loco de placer. Amasó las succulentas nalgas e, incapaz de contenerse, le lamió los labios para luego apresar con los dientes el inferior. Tiró de él antes de chupárselo excitado y volver a meterle la lengua, entrando y saliendo de su boca como si le estuviera haciendo el amor, totalmente perdido en las sensaciones. Era tan dulce como había soñado, tan jugosa, tan ardiente. Deslizó las manos por el vestido siguiendo el contorno de sus piernas y, cuando llegó al final de la tela, escurrió los dedos bajo ésta y subió acariciando la suave piel del interior de sus muslos, en su cabeza una sola intención: hacerle el amor.

—No me agrada interrumpir tan anhelado encuentro, pero me veo en la necesidad de advertiros que ese cristal tal vez no resista vuestro peso, menos aún vuestras acometidas.

Calix se quedó paralizado al oír la voz pesarosa de Rodrigo. Alzó la cabeza para mirarlo y luego bajó la vista hacia la mujer a la que tenía aprisionada bajo su cuerpo, dándose cuenta al fin de lo lejos que había estado a punto de llegar. Su polla lo había dominado hasta tal punto que se había olvidado de dónde estaba, y en su cabeza sólo había sitio para un pensamiento: follarla.

Cerró los ojos avergonzado al comprender que, por mucho que intentara controlarse, no era más que un animal dominado por la lujuria sin capacidad para razonar.

Sacó los dedos de debajo de la falda y se apartó despacio, la mirada clavada en Iskra. Estaba sonrojada, tenía los labios hinchados y respiraba

agitada. Tragó saliva y le tendió la mano para ayudarla a saltar al suelo. Ella lo hizo sin levantar la cabeza, como si no se atreviera a mirar a Rodrigo. Tampoco a él.

—Lo siento —musitó Calix alejándose de ella.

—Yo no —replicó Iskra alzando la mirada, en sus labios una risueña sonrisa.

—Pues deberías —gruñó tan furioso consigo mismo que le temblaba todo el cuerpo. Se dirigió presuroso a la puerta—. No volverá a repetirse —le prometió a Rodrigo antes de salir.

Iskra observó la puerta cerrada y luego se volvió hacia Rodrigo. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había marchado tan enfadado?

—Lamento haberos interrumpido —se disculpó el albino con pesar—, pero el cristal...

—Sí. No ha sido buena idea utilizarlo de cama —coincidió ella, sonrojándose más aún al percatarse de lo que había dicho—. Me refiero a que... Es decir..., es frágil, y tampoco lo estábamos usando de cama, sólo de...

—¿Punto de apoyo? —propuso Rodrigo cuando ella se quedó sin saber qué decir.

—¡Sí, eso! Ya lo decía Arquímedes: dadme un punto de apoyo y moveré el mundo. Y es lo que he hecho, ¿no? Mover el mundo de Calix —dijo nerviosa antes de llevarse las manos a la cara. ¡La tenía ardiendo!—. Ay, Dios. ¿Qué hecho?

—Lo que debía hacerse, por supuesto —replicó Rodrigo apartándole las manos—. Y me alegro de que lo hayas hecho, ya era hora de que alguien lo sacara de su reducida burbuja.

—No sé por qué me da la impresión de que estáis hablando de Calix —comentó Uriel saliendo del taller con Rosalía a la zaga, pues era la hora de cerrar para ir a comer—. Por cierto, ¿dónde está?

—Se ha ido... —murmuró Iskra, consciente de que él había huido por su culpa, porque se le había echado encima como una loca.

—¿Y eso? ¿Qué le habéis hecho al pobre? ¿Ponerle una mordaza para que deje de gruñir? —inquirió Uriel burlón.

—Lo he obligado a besarme —confesó Iskra—. Y él se ha enfadado y se ha ido —gimió yendo hacia su amigo para acurrucarse entre sus reconfortantes brazos.

Uriel la miró pasmado antes de cerrarlos en torno a ella, sin saber si sentirse agradecido porque lo apreciara lo suficiente para buscar consuelo en él, o si sentirse infame porque todo ese aprecio a no mucho tardar se convertiría en odio, y cuanto más lo quisiera, más lo aborrecería.

—Y ¿lo has besado con lengua o sólo ha sido un breve pico? —inquirió con guasa, ocultando su turbación.

—Con lengua. Sentada sobre el mostrador —le explicó avergonzada.

—¿Sentada en el mostrador? Imagino que con él firmemente anclado entre tus piernas... —Iskra asintió con un gesto, la cara oculta en el cuello de él—. Vaya, vaya..., así que la dulce Caperucita se ha convertido en una loba feroz —comentó sin ocultar su sorpresa—. Pues si se ha enfadado es porque es un idiota o un cobarde. Tal vez ambas cosas. Nadie en su sano juicio huiría de ti mientras lo besas. —Le acarició las mejillas con los pulgares—. No te preocupes, princesa, estará en casa dándole vueltas a lo que ha hecho..., o duchándose, depende de hasta qué punto haya llegado —dijo divertido optando por la segunda opción, seguro de que estaría en la ducha matándose a pajas.

Pero no estaba en la ducha. Tampoco en casa.

Y cuando dieron las cinco tampoco estuvo en la tienda.

Entrerrenglonadura

Cosa escrita en el espacio que media entre dos renglones.

—Sigue sin contestar —musitó Iskra, la vista fija en la pantalla del móvil como si la fuerza de su mirada pudiera hacer que respondiera a su llamada. Pero no fue así—. Calix, por favor, llámanos. Estamos preocupados, sólo queremos saber que estás bien... —le dijo al contestador en el que era el duodécimo, o tal vez el vigésimo, mensaje del día. No lo sabía, a partir del sexto había dejado de llevar la cuenta.

Pasaban de las diez de la noche y Calix continuaba sin aparecer. Llevaba fuera desde poco antes de las dos, y no había contestado ninguno de sus mensajes ni llamadas, tampoco a Uriel ni a Rodrigo. No sabía si estaba bien, si le había pasado algo, si se sentía triste o enfadado. Y se estaba volviendo loca.

—Deja de preocuparte, ya volverá —le aconsejó Uriel masajeándole la tensa nuca. Estaban los dos sentados en el sofá, uno junto al otro, casi rozándose.

—No puedo no preocuparme. No lo viste cuando se fue: parecía herido, asustado, enfadado... —gimió desesperada. Si le pasara algo, sería culpa suya por lanzarse como una loca sobre él y obligarlo a dar un paso que no quería dar.

—Creo que confundes excitación con cabreo —refutó Uriel—. Seguramente estaba a cien cuando Rodrigo os interrumpió, así que lo más probable es que esté matándose a pajas en cualquier lado.

—¿Durante ocho horas? —Lo miró perpleja. ¿Cómo podía mostrarse tan indiferente?

—Tú no sabes cómo está de salido últimamente —bromeó.

—¿De verdad te parece gracioso? —lo acusó enfadada. ¿Cómo podía ser tan insensible?

—No. No me parece una puta mierda de gracioso, pero no pienso volverme loco de preocupación. Ya es mayorcito para saber lo que hace —repuso más alterado de lo que quería evidenciar.

Por supuesto que estaba preocupado. Más que eso, estaba aterrado. Él sabía perfectamente lo que alguien desesperado podía llegar a hacer, y Calix llevaba unas semanas desquiciado. No podía dejar de pensar en él. Lo veía inerte sobre una acera en una postura grotesca, con las articulaciones rotas por la fuerza del impacto y rodeado de sangre.

Se llevó las manos a la cabeza y apretó con fuerza tratando de eliminar esa imagen de su mente. Pero no lo consiguió. Sólo había una cosa que podía borrarla. Se volvió hacia Iskra.

—Es idiota. No sabe lo que se pierde al resistirse a ti —afirmó cerniéndose sobre ella y acariciándole los labios con el pulgar—. Se merece que le des un escarmiento —susurró besándola con desesperación. Hundió la lengua en su boca con violencia mientras la tumbaba en el sofá, sus manos ancladas con fuerza a la estrecha cintura—. Deja que te demuestre lo bien que puedo hacer que te lo pases —gimió sobre sus labios. Los lamió y mordisqueó y volvió a meterle la lengua enloquecido por saborearla mientras buscaba con desesperación la cremallera de la bata que llevaba. Necesitaba despojarla de la ropa y hundirse en ella para tratar de olvidar lo que jamás podría ser olvidado.

—Uriel... No.

Se quedó paralizado al oírla.

—Te quiero mucho, pero no de esta manera —musitó ella, sus ojos llenos de compasión.

—No tienes que quererme, sólo desearme —replicó apartándose—. De hecho, preferiría que no me quisieras. —Se levantó del sofá y enfiló hacia la puerta—. Y, como soy un jodido caballero y no quiero violentarte con mi sexualidad desbocada, me largo a mi cuarto a hacerme una paja, vuelvo dentro de un rato.

—Vale... —aceptó ella sin saber bien qué decir.

Esperó que desapareciera en su dormitorio y salió del piso. Atravesó el lúgubre pasillo que llevaba a los pisos exteriores y llamó a la puerta del primero exterior izquierda.

—¿Sabes algo de él? —inquirió cuando Rodrigo abrió.

—Si así fuera, te habría llamado —contestó guiándola hacia el salón.

Se encontraron con Gala y las niñas. Y Rodrigo no debía de haberle dicho nada a Jimena, pues ésta la saludó con una sonrisa y continuó discutiendo con su hermana sobre quién debía lavarse primero los dientes.

—No estés preocupada —le dijo cuando cerró la puerta del comedor y gozaron de intimidad—, seguramente estará paseando, es lo que hace cuando está nervioso. Recorrer Madrid lo calma.

Ella asintió y se sentó en el sofá con las manos entrelazadas en el regazo.

—Se ha ido por mi culpa...

—No. Se ha ido porque está confundido y se ha sentido sobrepasado.

—Yo he provocado su confusión, ergo se ha ido por mi culpa —sentenció abatida.

—¿Por qué crees que lo has provocado tú? —indagó Rodrigo mirándola con ternura.

—Lo obligué a besarme. —Bajó la cabeza avergonzada.

—No creo que nadie pueda obligar a Calix a hacer algo que no quiere.

—«Ya no, al menos.»

—Pero a Calix no le interesan las mujeres..., y yo lo soy.

Rodrigo la miró perplejo.

—Si no le interesaras, no te habría besado.

—Lo obligué —repitió con los ojos llenos de pesar—. Me lancé sobre él como una loba y lo besé, él volvió la cara para no besarme, pero yo me empeñé, y él... —Se calló abochornada.

—Y él te sentó sobre el mostrador y estuvo a punto de hacerte el amor —terminó Rodrigo, sorprendiéndola.

—¿Cómo sabes que fue él quien me sentó?... ¿Lo viste todo? —jadeó sorprendida.

—Lo oí gritarte y salí a ver qué pasaba... y, sí, os vi.

Bajó la mirada, la cara roja como la grana. Pensaba que sólo los había visto besarse, pero eso era mucho peor. Había visto cómo lo acosaba y como él respondía arrebatado.

—Ten paciencia con él, está loco por ti, pero también está muy asustado.

—¿Por qué?

—Tuvo una relación desafortunada —contestó el albino, reticente a desvelar asuntos que correspondían a la intimidad de Calix y que sólo éste debía contar.

—¿Con una chica? —inquirió ella sin atreverse a preguntarle directamente si Calix era gay. Ése era un secreto que no le pertenecía.

—¿Con quién, si no? —repuso confundido.

—No sé, con un chico, por ejemplo. No digo que sea gay, pero si no le interesan las chicas...

—Es la segunda vez que dices algo parecido —señaló Rodrigo con mirada afilada—. ¿Por qué sospechas eso?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. No podía decirle que Uriel se lo había dicho. Y tampoco que los había visto en actitud cariñosa. Aunque, en realidad, la actitud cariñosa la tenía Uriel: Calix se limitaba a dejarse hacer sin mirar.

—Nunca lo he visto con ninguna chica —contestó al final.

—Eso no significa que sea gay.

Ella asintió cabeceando, cada vez más segura de que no lo era.

—La chica de la relación desafortunada... ¿fue Verónica? —Rodrigo asintió—. Creía que sólo eran amigos y que ella quiso ser algo más y, al no conseguirlo, comenzó a acosarlo.

—¿Eso es lo que te ha contado Calix?

—No. Calix no habla nunca de Verónica.

—Entonces presumo que ha sido Uriel.

Iskra se mantuvo callada, pero sus ojos hablaban. Más que eso, gritaban su confusión y también su desesperación por comprender lo que pasaba, su miedo por Calix, su pesar por creerse culpable de su repentina huida.

—Estuvieron juntos un año —refirió el albino tras un momento de indecisión. Iskra estaba enamorada de Calix, y él de ella, aunque no quisiera reconocerlo. Si querían tener una oportunidad no podía dejarla en la ignorancia. Debía saber los demonios a los que se enfrentaba—. Al principio todo iba bien, eran felices, o eso parecía. Pero ella lo estaba destrozando poco a poco. Lo había roto en mil pedazos antes de que Jimena se diera cuenta de lo que le estaba haciendo y me alertara. Desde entonces le cuesta abrirse a la gente y confiar en las personas, sobre todo en las mujeres.

—Gala me dijo que le contó cosas horribles sobre Calix. Y que ella se las creyó.

—Verónica es una gran manipuladora, sabe qué hacer y qué decir para conseguir lo que quiere.

—Calix dice que ha cambiado y que ahora quiere ser su amiga —señaló Iskra. Rodrigo apretó los labios en la mayor demostración de furia que había visto nunca al templado y sereno albino—. Pero tú no la crees.

Él negó una sola vez con la cabeza.

—Le hizo mucho daño, las personas tan nocivas y tóxicas como ella nunca cambian.

—Calix cree que sí.

—Calix está condicionado por la relación que tuvieron, tardará un tiempo en librarse de su influjo. Pero se librará. Lo pasó demasiado mal como para

olvidarlo o bajar la guardia —aseveró, deseando que fuera cierto. Luego centró su mirada violeta en la muchacha—. Debes tener paciencia con él, darle tiempo. Está loco por ti —repitió—, pero necesita sentirse seguro. —La miró dudoso antes de añadir—: Si me permites un consejo, no lo presiones, deja que marque el ritmo.

Iskra aceptó agradecida su recomendación y se despidió pidiéndole que la llamara si tenía noticias. Y, mientras enfilaba el estrecho corredor que separaba el descansillo exterior del interior, su cabeza daba vueltas a una sola idea. Uriel le había mentido sobre Verónica. Y también sobre la sexualidad de Calix. ¿Por qué?

Entró en casa y recorrió furiosa la distancia hasta el comedor. Uriel estaba en el sofá, las manos engarfiadas en el móvil y la vista fija en la pantalla iluminada.

—Sigue sin contestar a mis mensajes —dijo alzando la cabeza cuando la oyó entrar, sus ojos llenos de desesperación.

—A Rodrigo tampoco le contesta, pero está tranquilo, dice que estará dando una vuelta —respondió Iskra, olvidándose del enfado ante su más que evidente angustia.

—Sí, eso es muy típico en él. Ponerse las deportivas y echar a correr para que nada lo alcance. Sólo que hoy va en traje y zapatos...

—Entonces pasará en vez de correr. —Se sentó a su lado rodeándolo con el brazo en un gesto cariñoso.

—Es muy capaz, sí. Tal vez por eso lleve fuera tanto tiempo, porque al reducir la velocidad tarda más en ir tan lejos como necesita —comentó tratando de parecer despreocupado, sin conseguirlo.

Y ella, en sus ojos llenos de inquietud y mortificada impotencia, leyó la verdad.

—Lo quieres —susurró.

Uriel esbozó una risa torcida.

—Yo no quiero a nadie, excepto a mí mismo.

—Me mentiste.

Él arqueó una ceja.

—Puede ser. No tengo costumbre de mentir, pero también es cierto que tampoco suelo ser sincero, a no ser que me interese serlo. En realidad, suelo moverme en un término intermedio entre la verdad y la mentira —confesó incisivo.

—Me dijiste que era gay.

—No. Te dije que no le interesaban las mujeres. Y así era. Hasta que apareciste tú.

—Y cuando me hablaste de Verónica omitiste decirme que habían sido pareja.

—Te dije lo importante, que le había hecho mucho daño y que ahora lo está acosando.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me engañaste?

—Me divierte jugar con la gente.

—No te creo.

—Haces bien en no hacerlo... No soy de fiar —declaró tomándola de la barbilla para alzarle la cabeza y besarla.

Fue un beso dulce, suave. Un beso de despedida en el que la lengua acarició más que invadió y los labios mimaron más que atacaron. Un beso que podría haber llegado a ser mucho más si ella no se hubiera apartado.

—¿Por qué? —Lo miró confundida.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué me besas como si sintieras algo por mí cuando a quien quieres es a Calix?

—Ya te he dicho que no quiero a nadie —reiteró con socarronería, pero sus ojos no contenían ni una brizna de diversión.

Ella lo miró desconfiada antes de alzar la mano y acariciarle la mejilla con tanta ternura que Uriel sintió el viejo y conocido dolor de la añoranza atravesándole el corazón. Agrietando el hielo que lo cubría.

—Lo siento muchísimo... —susurró Iskra besándole el lugar en el que un momento antes había estado su mano.

—¿Qué sientes?

—Que estés enamorado de Calix... y también de mí, y que a pesar de lo maravilloso y especial que eres ninguno de nosotros pueda corresponder a tu amor...

Uriel la miró furioso antes de conseguir llenar sus pulmones de aire y exhalar una carcajada tan falsa como hiriente.

—¿Yo? ¿Enamorado? ¿De vosotros? No te hagas ilusiones, princesa, a mí sólo me gusta el sexo. Y a eso es a lo que me voy a dedicar ahora mismo: a follar —dijo saltando del sofá.

Agarró la cazadora que había dejado en el respaldo de una silla y salió de casa.

Intempesta

Muy entrada la noche. Cuarta de las partes en las que ésta se dividía.

Calix entró por enésima vez en esa noche a la plaza de la Paja, pero en esta ocasión, en lugar de dar media vuelta y alejarse, continuó caminando hacia su edificio. Ya era noche cerrada, no podía seguir deambulando como un alma en pena por Madrid. No porque no quisiera, sino porque las rodillas le temblaban y las plantas de los pies le ardían. Los zapatos, por muy buenos que fueran, no eran un calzado adecuado para caminar todo el día sin parar.

Llegó al portal, pero no se decidió a entrar. No quería subir a casa aún. Seguía igual de confundido y arrepentido que hacía diez horas. Sacó el móvil del bolsillo y comprobó sorprendido que había recibido docenas de llamadas y whatsapps. Lo había puesto en silencio al poco de huir y no había vuelto a acordarse de él. Ignoró el registro de llamadas y abrió el WhatsApp. Tenía más de cuarenta mensajes de Uriel e Iskra, pero sólo uno de Rodrigo. Era de hacía menos de un minuto. Lo leyó. Sólo contenía dos palabras, pero fueron más que suficientes para que se decidiera a entrar en el portal y subir la escalera, desviándose hacia los pisos exteriores. Se paró frente a la puerta de Rodrigo y volvió a leer su mensaje:

Estoy despierto.

Nada más. Y, sin embargo, lo decía todo en esas dos palabras.

Tragó saliva y escribió nervioso una respuesta.

Estoy frente a tu puerta.

Segundos después, el albino abrió y lo invitaba a entrar.

Recorrieron en silencio el pasillo apenas iluminado por la tenue luz del salón. El resto de la casa estaba a oscuras, algo que no le extrañaba, pues pasaba de la medianoche y su mujer y sus *hiovias* estaban acostadas. De hecho, ellos también deberían estar acostados.

—¿Cómo sabías que estaba en el portal? —inquirió Calix cuando entró en el salón y Rodrigo cerró la puerta.

—Te he visto llegar a la plaza. —Vertió vino en dos copas y le tendió una.

—¿Estabas vigilando por si llegaba? —resopló Calix, aceptándola.

—Sí —contestó Rodrigo sin ambages, sus penetrantes ojos violetas fijos en él.

—Supongo que debería haberos avisado de que seguía vivo —intentó bromear.

—No habría estado de más —replicó Rodrigo con sequedad.

Calix sacudió la cabeza aceptando su regañina y luego se sentó en un extremo del sofá.

Rodrigo ocupó el sillón orejero y esperó a que se decidiera a hablar. Algo que tardó un par de minutos en pasar.

—Siento lo que ha ocurrido en la camisería. Se me fue de las manos.

—De eso no me cabe duda.

—No volverá a suceder.

—¿No? Sería una lástima, no parecía que lo estuvierais pasando mal. Más bien al contrario. Se os veía encantados.

—He estado a punto de follarla sobre el mostrador, sin importarme que cualquiera pudiera entrar y vernos —gruñó Calix, sorprendido por sus palabras—. ¿Cómo puede apenarte que no me comporte como un animal en celo? ¡Dios! —gimió bajando la mirada y hundiendo los dedos en su pelo—. No sé qué me pasa. Soy incapaz de controlarme, de razonar. Me paso el día excitado e imaginando que... —Negó con un gesto—. No puedo dejar de pensar en... ¡Joder! —Se frotó los ojos con el talón de las manos como si

quisiera borrar las imágenes que se sucedían en su cabeza—. Estoy repitiendo los esquemas de hace un año, cuando únicamente pensaba en follar con Verónica una y otra vez, sin parar. Sólo que ahora a quien me quiero tirar es a Iskra. Estoy volviendo a caer en los mismos errores que antes, y no sé cómo pararlo.

—No creo que desear hacer el amor con una mujer como Iskra pueda considerarse un error. Yo más bien diría que es un acierto —señaló Rodrigo con templanza.

—Soy un cerdo libidinoso que sólo piensa en follar.

—Eres un hombre joven que se siente muy atraído por una mujer maravillosa.

—¿Cuántas veces te acuestas con Gala a lo largo de la semana? —le preguntó Calix, y antes de que Rodrigo pudiera amonestarle por lo impropio de la pregunta, continuó hablando—: Yo me masturbo antes de acostarme y, aun así, me despierto ardiendo en mitad de la noche y vuelvo a tocarme. Y cuando amanece estoy de nuevo duro y tengo que solucionarlo para poder enfrentar el día. Pero no sirve de nada, porque por la tarde vuelvo a estar duro. Y da igual cuántas veces me toque, nunca es suficiente —relató con la cabeza baja, tan avergonzado que no podía mirar al hombre que se había convertido en una de sus anclas—. Los fines de semana me paso más tiempo aliviándome en la ducha que haciendo cualquier otra cosa. Estoy enfermo y no sé qué puedo hacer para curarme.

—No estás enfermo, sólo llevas demasiado tiempo célibe —razonó Rodrigo—. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste el amor?

—No sé si alguna vez he hecho el amor —contestó Calix curvando los labios con desdén.

Al mirarlo en retrospectiva, dudaba que alguna vez el amor hubiera formado parte de la ecuación en las relaciones sexuales que tenía con Verónica. Menos aún con las docenas de mujeres con las que había follado antes de ella.

—Que follaste, entonces —se corrigió Rodrigo con una mueca disgustada.

—Con Verónica, poco antes de que terminara nuestra relación —dijo, porque desde luego que no iba a mencionarle que había dejado que Uriel le comiera el rabo en la boda. Lo avergonzaba confesar que era tan lascivo que, a pesar de no gustarle el sexo homo, había aceptado que su amigo se la mamara sólo para aliviarse.

—Eso es mucho tiempo, casi un año —afirmó Rodrigo—. Tal vez ahora te excitas con tanta facilidad porque tu cuerpo necesita liberarse. Y no sólo con trabajos manuales.

—No lo entiendes, Rodrigo. —Alzó la cabeza, sus ojos pozos de impotencia—. Siempre me he excitado con facilidad, da igual si han pasado dos horas o dos años desde la última ocasión. Ha sido así desde que lo hice por primera vez con catorce años. Antes de conocer a Verónica follaba tres o cuatro veces a la semana, si no más, y cuando empezamos a salir pasé a hacerlo un par de veces al día. Porque siempre estoy disponible. Basta con que me toquen la polla para que me empalme —explicó. Y la facilidad con la que Uriel había hecho que se pusiera duro era buena prueba de ello—. Da igual si la persona que me toca me gusta o no, si quiero tener sexo o no, si me desagrada o no, porque si me tocan me empalmo. No puedo controlarlo. Por mucho que intente resistirme, me pongo duro y me corro. ¿Qué clase de sátiro hace eso?

—Creo que lo estás exagerando.

—¡He estado a punto de follarme a Iskra en la tienda! ¡Ella me ha besado y he perdido totalmente el control! ¿Es que no te das cuenta del animal depravado que soy?

—Me doy cuenta de que estás muy confundido —repuso Rodrigo—. No eres ningún animal, Calix, sólo eres un joven con un saludable apetito sexual que lleva demasiado tiempo negándose sus deseos.

—No lo entiendes —repitió mesándose el pelo—. No tienes ni idea de hasta qué punto soy lascivo. Aunque no quiera, me excito —dijo con un tono

de voz tan bajo que Rodrigo tuvo que inclinarse para poder oírlo—. Aunque me repugne y me den ganas de vomitar, eyaculo. Siempre. Aunque no lo desee, aunque lo aborrezca. Siempre me pongo duro y me corro. —Ocultó la cara entre las manos, sus hombros sacudiéndose por los sollozos.

—Dios santo, ¿qué te hizo Verónica? —gruñó Rodrigo, sentándose junto a él para abrazarlo—. Eso es el pasado, olvídale. Ella ya no tiene poder sobre ti. —Deseó que fuera cierto.

—Nada ha cambiado, sigo sin tener ningún control sobre mi cuerpo —rebatía Calix.

—Ningún hombre puede controlar su cuerpo si lo obligan a excitarse. No es algo que decidamos, es un reflejo involuntario.

—Pero he estado meses sin empalmarme, hasta que llegó el verano y todo empezó de nuevo.

—Hasta entonces ni siquiera salías de casa, era imposible que recibieras estímulos suficientes para excitarte —replicó Rodrigo—. No fue hasta que conociste a Uriel cuando empezaste a salir, y mucho me temo que tu estado alterado se ha ido incrementando con relación a la cantidad de horas que pasas con Iskra. Eres un hombre, Calix, con los deseos y los anhelos propios de un hombre en la flor de la vida, no te niegues a ellos por una mala experiencia. No permitas que ella gane.

—Me aterroriza pensar que pueda volver a caer. No quiero volver a sufrir.

—No volverás a caer —refutó Rodrigo sujetándole los hombros—. Ahora eres más maduro. La pesadilla se ha convertido en experiencia, ya no te dejas embaucar...

—Pero sigo siendo el mismo iluso que se entrega por completo —aseveró aterrado—. Esta mañana, cuando salí de la tienda, fui al médico. —Esquivó su mirada—. Le pregunté si había algo para evitar la excitación. No sé, alguna pastilla que pudiera tomarme para evitar que mi polla me domine. Se negó a darme nada —relató vencido—. ¿Qué voy a hacer?

—Lo que hacemos todos cuando nos enamoramos: arriesgarte y confiar en

la mujer que amas.

—No puedo.

—Iskra no es Verónica, Calix. Dale una oportunidad.

Iskra, sentada con rigidez en el sofá del salón, clavó la mirada en la pantalla apagada del televisor, a pesar de que oyó con claridad cómo giraba la llave en la cerradura. Se mantuvo inmóvil cuando la puerta se abrió y unos pasos avanzaron por el pasillo. También cuando esos pasos se detuvieron frente al salón.

—¿Qué haces despierta aún?

Iskra sofocó el suspiro de alivio que le nació en lo más profundo del pecho al oír la voz de Calix. Sabía que estaba bien, hacía más de una hora que Rodrigo le había escrito un whatsapp diciéndole que acababa de entrar en la plaza. Pero aun así...

—No tenía sueño —respondió cortante sin apartar la vista del televisor.

—¿Y Uriel? —inquirió Calix, sorprendido de que no estuviera con ella.

—Ha salido a echar un polvo. —Siguió sin mirarlo.

Calix se pasó las manos por la cabeza angustiado, lo último que deseaba ese día de mierda era encontrarse a Iskra esperándolo en el salón y tener que enfrentarse a ella solo, sin la presencia tranquilizadora de su amigo.

—Deberías irte a la cama, es muy tarde.

—¿Te crees que no lo sé? —lo acusó ella, mirándolo al fin.

Y Calix deseó que no lo hubiera hecho. Dio un paso atrás, intimidado al ver la ira que hacía brillar sus expresivos ojos. Una furia tan intensa y brutal como jamás le había visto.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que es más de la una de la madrugada y llevas ausente desde las dos de la tarde? —Se puso en pie y fue

hacia él, aterradora en su cólera. Calix dio un paso atrás—. ¿Crees que no sé que llevas más de once horas desaparecido?

—He estado dando un paseo —acertó a decir, reprimiendo las ganas de dar media vuelta e irse. Pero no iba a marcharse de su casa por muy furiosa que ella estuviera. Ya había estado en una situación similar hacía un año, y sabía que si huía lo siguiente que vería sería su ropa saliendo por la ventana y de nuevo se encontraría sin nada.

Ella detuvo su avance al percatarse de su semblante demudado, pero no consiguió contener su enfado.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas ni a mis whatsapps? —le reclamó colérica.

—No los oí —se excusó, la cabeza baja y los hombros encogidos.

—¿No? —Lo miró turbada al darse cuenta de que era factible, aunque improbable, que hubiera estado en algún lugar sin cobertura y que, por tanto, no le hubieran llegado—. ¿Por dónde has paseado?

—Por la zona centro, por Madrid Río y por... —Calix sacudió la cabeza al percatarse de que estaba tratando de hacer memoria para decirle exactamente dónde había estado y lo que había hecho. Como hacía con Verónica—. ¿Qué te importa dónde haya estado? —consiguió decir, sobreponiéndose a la necesidad de darle explicaciones con las que escapar de su enfado.

Iskra lo miró indignada por su hosquedad. No tenía derecho a estar enfadado. Era ella la que había pasado el día muerta de preocupación.

—No me importa dónde hayas estado, sólo quería saber si había cobertura telefónica.

—Claro que la había —repuso, el miedo tornándose en rabia. ¿Qué derecho tenía a interrogarlo y hacerlo sentir mal?

—Entonces ¿por qué no respondiste a mis llamadas?, ¿te quedaste sin batería? —indagó confundida, tratando de hallar el motivo de su silencio.

—No —contestó cortante al caer en la cuenta de que estaba buscando explicaciones a su silencio. ¡Y, joder, no tenía por qué dárselas!—. Silenció el

móvil —dijo desafiante.

—¿Por qué hiciste eso?! —exigió saber. Había pasado un día horrible imaginando mil situaciones que le impedían regresar a casa o contestar al teléfono, cada una peor que la anterior.

—¿Porque no me daba la gana contestarte! —gritó él, tan furioso como ella—. ¡No eres nadie para que tenga que decirte dónde estoy!

—¿No quería saber dónde estabas, sólo que estabas bien!

—¿Te crees que soy idiota? —exclamó trastornado, los amargos recuerdos del pasado volviéndose reales en el presente—. No te voy a dar explicaciones, ¡nunca! Ni te voy a decir dónde estoy ni qué hago. ¡Ni contestaré al puto teléfono! ¡No voy a dejar que me controles!

Iskra lo miró espantada por la intensidad de su rabia y recordó la conversación que había tenido con Rodrigo sobre Verónica. Dios bendito, ¿qué le había hecho esa mujer?

—No pretendo controlarte, y lamento profundamente que me conozcas tan poco como para pensar así —afirmó abatida antes de salir del salón y dirigirse a su dormitorio. Se detuvo en la puerta y lo miró con una serenidad que no sentía—. Ojalá nunca tengas que ver pasar las horas muerto de preocupación por no saber si alguien a quien quieres está bien o le ha sucedido algo, si está vivo, muerto o herido en un hospital. No te costaba nada mandar un whatsapp a Rodrigo, si no querías hablar conmigo, y decirle que estabas bien. Me habrías ahorrado mucho sufrimiento. —Entró en el dormitorio y cerró la puerta con contundente suavidad.

Calix apoyó las manos en la pared del pasillo y hundió la cabeza entre los brazos, avergonzado y arrepentido a partes iguales por su reacción. Iskra no se merecía lo que le había dicho. Por supuesto que sabía que no quería controlarlo. Verónica tampoco había querido hacerlo, se lo había confesado ella misma hacía pocos días, pero él se lo había puesto tan fácil y ella tenía un carácter tan fuerte que no había podido evitarlo. Si no hubiera sido tan complaciente, tan dócil, todo habría sido diferente.

No iba a volver a cometer los mismos errores otra vez.

Se apartó de la pared y fue al cuarto decidido a olvidarse de todo y dormir. Al pasar frente a la puerta de Iskra le llegó el inconfundible sonido de un sollozo ahogado. Lo reconocía porque él también había pegado la cara a la almohada en más de una ocasión para tratar de silenciar sus lloriqueos. Se detuvo frente a la puerta, a punto de llamar e implorar su perdón.

Pero no tenía por qué hacerlo. No había hecho nada malo.

Sí lo había hecho. La había hecho sufrir con su silencio, como Verónica había hecho con él cientos de veces. Aun así, no iba a entrar y a suplicarle que lo perdonara. Nunca más volvería a mostrarse débil ante una mujer. Menos aún ante una a la que amara.

No iba a volver a caer en la trampa.

Posó las manos planas contra la puerta y apoyó la frente sobre el dorso. Y así se mantuvo hasta que ella dejó de llorar. Sólo entonces se marchó a su dormitorio.

Efugio

Evasión, salida, recurso para sortear una dificultad.

Jueves, 8 de noviembre de 2018

—Deberías haber llamado —señaló Uriel la mañana siguiente tras oír el relato de Calix—. No es que a mí me importe una mierda que desaparezcas durante horas —mintió—, pero ella lo pasó fatal.

—No lo pensé...

—Sí, imagino que ése es el problema, que tu polla se ha convertido en tu cerebro y no estás en lo que debes —se burló agarrándole el paquete sin muchas ganas.

—Supongo que llevas razón, últimamente sólo pienso con la polla —replicó Calix abatido, saliendo de detrás del mostrador.

Uriel lo vio regresar a su mesa para preparar las camisas del próximo cliente citado. Observó sus hombros caídos, sus movimientos desganados y su semblante macilento. Estaba claro que no lo estaba pasando nada bien. La discusión con Iskra lo había noqueado.

Pero, aun así, no se estaba comportando como esperaba.

Calix no estaba furioso con él, ni siquiera mostraba un tibio enfado. Al contrario, se comportaba como si siguieran siendo los mejores amigos. Incluso le había contado la discusión con Iskra buscando apoyo y quizá consejo. Como si no le hubiera importado descubrir que él había sido el causante de que Iskra creyera que era gay.

De hecho, era como si no lo supiera.

Se dirigió al taller y, antes de entrar, se encontró con Rosalía y con Rodrigo. Por lo visto, la fiebre que la mujer sufría desde por la mañana había empeorado y su jefe salía con ella para pedirle un taxi. Lo que le daría la oportunidad de quedarse a solas con Iskra, algo que no había conseguido en todo el día. Entró presuroso y la encontró concentrada en bordar unas iniciales. Sus ojeras eran tan pronunciadas como las de Calix y se mostraba igual de abatida o incluso más. Se inclinó a su lado y le susurró al oído:

—No se lo has dicho.

Iskra lo miró confundida.

—¿Qué no le he dicho a quién?

—Que te engañé para que pensaras que Calix era gay.

—Oh, eso... No tiene importancia —replicó ella esbozando una cariñosa sonrisa.

—¿Ah, no? —Enarcó una ceja.

—No. Estuvo muy feo que me mintieras, pero no voy a enfadarme ni a dejar de quererte por ello —dijo encogiéndose de hombros—. Sé por qué lo hiciste y lo entiendo, aunque no lo comparto. Siempre hay otras maneras de enfrentarse a lo que nos asusta.

—Y ¿qué es lo que me asusta? Ilústrame —repuso mordaz.

—Pensaste que, si Calix y yo llegábamos a algo, te quedarías fuera. Que Calix te dejaría de lado o cualquier tontería por el estilo —elucubró—. Pero eso es una sandez. Eres su mejor amigo, te quiere muchísimo y jamás te dará la espalda. Y yo tampoco.

—No digas gilipolleces, princesa —rechazó Uriel—. ¿Crees que me importa ser amigo de Calix o tuyo? No me interesa la amistad de nadie, excepto si me es útil para conseguir lo que deseo —afirmó agarrándose al respaldo de la silla con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—Por supuesto, Uriel, eres un hombre desalmado y egoísta que sólo piensas en ti mismo y jamás te preocupas ni haces nada por los demás —aceptó sonriente.

—Deberías tomarme en serio.

—Y lo hago. Te tomo muy en serio —declaró acariciándolo con la mirada.

—Eres una ingenua. Si no tienes cuidado conmigo, acabarás sufriendo.

—Tú no lo permitirás.

—Por supuesto que lo permitiré. Es más, te haré llorar.

—Eso no es difícil, soy de lágrima fácil —replicó sonriente—. Anda, deja de refunfuñar y termina de preparar esa camisa para que pueda ojalarla —lo instó bajando la mirada.

Uriel fue al otro extremo de la mesa y la observó en silencio mientras cosía. Estaba seria y apagada, como si le faltara la alegría. Dios santo, cuánto echaba de menos su sonrisa luminosa y sus parloteos interminables.

—Díselo —le ordenó de repente. Iskra lo miró confundida—. Dile que te he besado, que te he tumbado en el sofá y he tratado de seducirte, que te convencí de que era gay.

Ella lo miró pasmada sin entender a qué venía ese arrebato.

—Díselo y dejará de estar cabreado contigo y lo estará conmigo —señaló Uriel esbozando una maliciosa sonrisa.

—¿Por qué quieres que haga eso? Es tu amigo, si se lo digo le dolerá...

—Esto no va así, princesa, no estamos en el patio del colegio para ajuntarnos y ser los mejores amigos.

—Entonces ¿de qué va? ¿De que tú te sales con la tuya y dejamos de quererte? ¿Es eso lo que deseas?

—Va de que, si no os alejáis de mí, acabaréis sufriendo —sentenció Uriel, agarrando la camisa que debía terminar y centrando toda su atención en ella.

Iskra se puso el abrigo y, sin esperar a que sus compañeros estuvieran listos, salió a la calle. Eran las ocho de la noche, hora de cerrar, y no aguantaba un segundo más en la camisería. El ambiente era lúgubre. Eso de pasar todo el

día sin dirigirse la palabra con Calix era agotador. Estaba acostumbrada a hablar con él de cualquier cosa, a preguntarle todo lo que se le pasaba por la cabeza y a entrar en la tienda cada poco tiempo sólo por el mero placer de estar a su lado, y pasar todo el día sin hablar con él había sido horrible. Y no lo había hecho porque estuviera enfadada, de hecho, el enfado se lo habían llevado las lágrimas la noche anterior. No. Si no hablaban era porque cada vez que lo miraba él bajaba la cabeza o miraba hacia otro lado, como si lo avergonzara hablar con ella, como si le diera miedo. Y no sabía cómo luchar contra eso.

Necesitaba saber por qué había reaccionado así la noche anterior y por qué se comportaba así ahora. De hecho, necesitaba saber exactamente a qué se enfrentaba.

Y sólo había una manera de saberlo, pensó al ver salir a Rodrigo de la tienda.

—¿Está Gala en casa? —le preguntó. Él asintió, mirándola intrigado—. Necesito hablar con ella de mujer a mujer.

Eso hizo que el albino abriera los ojos como platos.

—¿Debo temer por la vida de mis empleados? —preguntó muy serio—. Les tengo cierto aprecio y no me gustaría verme obligado a prescindir de sus servicios por accidente laboral. Aunque imagino que ser castigados por Gala no puede considerarse así...

Iskra lo miró pasmada antes de estallar en una risueña carcajada, arrancando una sonrisa a Rodrigo y dejando patidifusos a Uriel y a Calix, que en ese momento salían de la tienda. No la habían oído reír en todo el día, y oírla ahora era... mágico.

—No tengas miedo, no va a pasarles nada —contestó ella con buen humor—, sólo quiero hablar con Gala de cosas de chicas.

—Para mi mujer, la emasculación es un tema de chicas..., sobre todo si es merecida —dijo Rodrigo mirando amenazante a Calix, lo que hizo que Iskra se riera aún más fuerte.

—Te prometo por los bollos de La Mallorquina que no hay riesgo para ellos. —Se llevó la mano al pecho en solemne juramento—. ¿Nos vamos? Estoy deseando llegar a casa.

—¿Qué le hizo esa mujer a Calix? —le preguntó sin ambages Iskra a Gala tras reseñarle la discusión que había mantenido con él la noche anterior.

Ambas estaban tomando un café en el Turkana, un bar de la calle Segovia en el que todos los beneficios iban destinados a financiar campañas de cirugía solidaria en Kenia.

Gala apretó los labios reticente a hablar, pero a la vez comprendiendo que Iskra necesitaba saber a qué se enfrentaba si quería salir vencedora.

—Minó su autoestima y lo alejó de todo —dijo al fin—. Le arrebató la vida. Controlaba su dinero, cuándo salía, lo que hacía, a quién veía, con quién hablaba. Consiguió que se alejara de todos, incluso de su familia. Lo llamaba por teléfono cada hora para saber dónde estaba y con quién. Y si Calix no le daba las respuestas correctas, o no hacía lo que quería, se lo hacía pasar muy mal...

Andrómina

Embuste, enredo.

Viernes, 9 de noviembre de 2018

Iskra escrutó impaciente la oscuridad abismal que devoraba el extremo del andén y miró de refilón a sus acompañantes. Uriel estaba charlando con Rodrigo mientras Calix se mantenía apartado.

Ahora entendía lo que le ocurría, lo que pensaba. Sabía el pasado que soportaba. Y no iba a permitir que siguiera sufriendo. Se frotó las palmas de las manos contra el abrigo, el metro estaba a punto de llegar. Tomó aire y lo soltó despacio tratando de tranquilizarse.

Como si eso fuera posible.

Un fuerte ruido inundó el andén y un segundo después el convoy entró en la estación. Se detuvo con brusquedad, las puertas se abrieron con un agudo pitido y una ingente cantidad de personas las atravesaron presurosas en busca de un asiento vacío, preciado tesoro a esa hora de la mañana. Iskra, sin embargo, no se apresuró; ese día no le interesaba sentarse. Entró tras la marabunta de gente y, en lugar de agarrarse a las barras verticales que había frente a las puertas como hacía siempre, continuó hasta el pasillo del vagón. Rodrigo, Uriel y Calix la rodearon, los dos primeros inmersos en su charla mientras Calix fingía mirar la oscuridad que había tras las ventanillas. El metro arrancó e Iskra contuvo el impulso de dar media vuelta y correr hacia la seguridad de las barras verticales. En lugar de eso, separó un poco las piernas

y se concentró en esperar el momento apropiado. Y éste llegó sólo diez segundos después, cuando el metro tomó una pronunciada curva.

Aflojó todos los músculos y dejó que la inercia hiciera su trabajo lanzándola como una muñeca de trapo contra Calix. Éste la atrapó al instante, su fuerte mano alojándose en la curva de la espalda femenina para sostenerla y evitar que siguiera dando tumbos.

—¡Lo siento! Es que están tan altas que no llegó —se excusó Iskra poniéndose de puntillas para tratar de alcanzar las barras horizontales ancladas al techo, algo que sabía de sobra que no iba a conseguir, porque, sí, estaban muy altas. Y por eso todos los días, excepto ése, se agarraba a las verticales.

Y tuvo mala suerte, o muy buen ojo calculando el tiempo, porque el metro volvió a tomar otra curva y se vio impelida a agarrarse a los anchos hombros de Calix para guardar el equilibrio. Si se pegó más de lo necesario, en fin, de nuevo fue por culpa de la inercia.

—Vaya, qué torpe soy... —musitó. Pero no se soltó.

Él tampoco hizo ademán de soltarla, al contrario, la abrazó con más fuerza pegándola a su costado, por lo que Iskra se acurrucó contra su sólido pecho, una mano sobre su corazón y la otra rodeándole la cintura. Sólo para sujetarse y no caerse, claro está.

Y, así, en cómodo abrazo pero tenso silencio, se mantuvieron durante cuatro de las cinco estaciones del trayecto. Estaban en mitad del túnel, a punto de llegar a la quinta, cuando Calix bajó la cabeza y le besó la coronilla para luego pegarle los labios a la oreja.

—Lo siento tanto, no sé cómo...

Iskra lo silenció poniendo los dedos sobre sus labios. Apretó con fuerza el brazo con que le rodeaba la espalda y frotó la mejilla contra su pecho en una caricia contenida.

Cuando salieron del vagón lo hicieron con las manos unidas y en silencio, y ocho minutos después, cuando llegaron a la camisería, ambos reían mientras

Iskra le explicaba su última idea para decorar la casa.

—No puedes poner una lámpara de flores en el salón... ¡Es una cursilada!
—protestó Uriel al oírla, y Calix, aunque pensaba igual, se cuidó mucho de decir nada. Por experiencia sabía que las mujeres solían enfadarse cuando se les llevaba la contraria, y no quería volver a discutir con Iskra tan pronto.

—No lo es, y además es una lámpara preciosa —rebatió ella—. La he encargado y mañana me la traen, venid a verla conmigo y, si no os gusta, elegiremos otra.

—No sé qué tienen de malo las bombillas —bufó Uriel.

—Que no son bonitas, y yo quiero cosas bonitas rodeándonos —afirmó antes de darle un beso en la mejilla a Calix y otro a Uriel y entrar en la camisería.

—Os aconsejo que la acompañéis, sólo así podréis evitar que convierta vuestra casa en un jardín botánico —les aconsejó Rodrigo muy serio, aunque en sus ojos brillaba la diversión.

Y en ese momento Iskra esbozó una sonrisa capciosa que sólo el albino pudo ver. Una sonrisita maliciosa que lo hizo pensar en un gatito travieso relamiéndose tras atrapar al ratón. Esa muchacha se traía algo entre manos con las lámparas, y estaba deseando saber qué era.

—Ya no me acordaba de esta serie —comentó Calix ya por la noche, en casa, vestido con unos desgastados pantalones de chándal y una vieja sudadera.

Uriel, imposiblemente sexy con unos ajustados vaqueros burdeos, ceñida camisa blanca y blazer gris, se detuvo frente a la tele y observó el anuncio que había llamado la atención de su amigo.

—Tiene muy buena pinta, aunque como la primera, ninguna —prosiguió Calix.

—Pues la tienes disponible —dijo Uriel señalando el menú en pantalla.

—Tal vez me anime a verla otra vez.

—¿Por qué no la ves esta noche con Iskra?

Calix lo miró con los ojos desorbitados. No le daba la impresión de que a Iskra le gustaran ese tipo de historias.

—Le encantan todas las series que te gustan a ti, ¿no? No veo por qué con ésta debería ser distinto —lo animó dándose media vuelta para coger el abrigo del respaldo de la silla y, de paso, ocultar su sonrisa malévol—. Me largo, no me esperéis despiertos, niños.

Calix asintió, despidiéndolo con un gesto. Poco después, Iskra entró en el salón envuelta en su bata polar con mariposas bordadas y cremallera en lugar de botones y se sentó en su extremo del sofá, dejando como siempre un asiento vacío entre ellos, pues él ocupaba el otro extremo.

—¿Qué vamos a ver hoy? —le preguntó intrigada al ver en la tele los créditos de inicio de una serie. La música era inquietante y las imágenes que la acompañaban eran antiguas fotografías infantiles en tonos sepia, calaveras, útiles de cirugía del siglo pasado y algo muy parecido a fetos metidos en tarros. Eran... perturbadoras.

—«American Horror Story.» Es una serie nueva, bueno, en realidad no lo es. Se estrenó en 2011, pero comparada con tus películas es bastante reciente —respondió con humor—. Tiene varios Emmy y Globos de Oro. Es muy novedosa y original, seguro que te gusta.

Inenarrable

Que no se puede explicar con palabras.

Iskra abrió unos ojos como platos ante los primeros cinco minutos del episodio. A los siete se quitó las zapatillas y subió los pies al sofá, guardándolos a buen recaudo bajo la bata, no fuera a ser que alguna mano invisible apareciera del suelo y se los agarrara. A los nueve se aferró, como si le fuera la vida en ello, al cojín en forma de corazón que había comprado esa semana. A los doce ahogó un grito sobre el cojín.

A los trece, Calix no pudo resistirlo más y exhaló una risueña carcajada.

—No puedo creer que te dé miedo —comentó conteniendo las risas a la vez que cogía el mando de la tele y paraba la imagen—. Pondré otra cosa.

—No hace falta, me está gustando mucho —replicó herida en su orgullo—. Quiero verla.

Él la miró con una ceja enarcada y la puso de nuevo.

Iskra aguantó seis minutos sin hacer ningún aspaviento y, al séptimo, se encogió aún más sobre sí misma y se llevó el cojín a la cara tapándose los ojos. Y, no, no era transparente.

—La quito —dijo Calix intentando parecer serio, aunque se le dio de pena, porque no tardó en estallar en carcajadas al ver que ella estaba tan acurrucada bajo la bata que sólo se le veía la coronilla.

—¡No te rías! ¡Tonto! —estalló lanzándole el cojín. Luego se irguió muy seria en el sofá—. No se te ocurra quitarla, quiero verla —afirmó achinando los ojos amenazadora—. Aunque parezca que lo estoy pasando mal, no es así.

Me divierto de lo lindo asustándome. Y, además, los gritos me ayudan a liberar la tensión y a relajarme, por lo que se puede decir que es una experiencia terapéutica.

—Tú mandas —claudicó Calix, extendiendo un brazo sobre el respaldo del sofá—. Anda, ven y deja que te proteja de los monstruos...

Iskra lo miró molesta por su tono de chanza, pero como tampoco estaba tan loca como para desaprovechar la protección contra fantasmas y otros seres malévolos que le ofrecía, se arrastró sobre el sofá, sin bajar los pies al suelo por lo que pudiera salir de éste, y se acurrucó contra el cuerpo de Calix. Luego agarró de nuevo el cojín y lo abrazó con fuerza. Al fin y al cabo, estaba científicamente comprobado que los cojines con forma de corazón eran un estupendo amuleto contra fantasmas y otros seres preternaturales.

Él esbozó una divertida sonrisa y dejó que su mano reposara sobre los hombros de ella, abrazándola. Volvió a poner en marcha la serie.

Y, un instante después, ella gritó con toda la fuerza de sus pulmones para, acto seguido, esconder la cara contra el pecho de él.

—Ni se te ocurra quitarla, sólo estoy descansando la vista —le llegó su voz amortiguada.

Calix la miró conteniendo una sonrisa y deslizó la mano que tenía libre hasta su propio muslo, pues los dedos convertidos en garras de Iskra se aferraban a él con tanta fuerza que estaba seguro de que le iba a dejar moratones. Consiguió estirarlos con no poco esfuerzo y luego los entrelazó con los suyos, consciente de que su mano era mucho más dura y resistente que sus pobres piernas. Y también que el pobre cojín, el cual estaba a punto de reventar bajo la presión con que lo abrazaba.

Se inclinó y le dio un tranquilizador beso en la coronilla. Y ella pareció relajarse. Al menos, durante el par de minutos que miró de refilón la tele. Luego se armó de valor retomando una postura más digna, y en ese momento hubo un sobresalto en el episodio y volvió a desgañitarse en un grito a la vez que pegaba la cara a su torso. Y, a pesar de la gruesa felpa de la sudadera,

Calix pudo sentir su calor sobre la piel. Apartó la mirada de la tele y la centró en ella. Aunque podía ver bien poco, pues estaba acurrucada contra él, como si fuera su tabla de salvación, su crucifijo contra vampiros o su círculo de sal contra fantasmas. Como si realmente estuviera poniendo su vida en sus manos. La abrazó con más fuerza y bajó la cabeza. Olía de maravilla. Frotó la nariz contra su pelo y ella se apretó más contra él para evitar ser capturada por los fantasmas que podían salir en cualquier momento del televisor.

Calix se llevó su mano al corazón, sujetándola plana contra éste, y sintió que la palma calentaba lo que llevaba un año helado. Le hoció el pelo mientras le acariciaba el dorso de la mano y ella poco a poco fue subiendo la cabeza hasta darle acceso a su oreja. Y la tenía francamente tentadora. Pequeña y un poco puntiaguda, con un lóbulo generoso que pedía a gritos ser lamido y mordisqueado. Lo hizo.

Iskra abrió los ojos desmesuradamente al sentir que le estaba besando la oreja. Y no era desagradable. Al contrario, era excitante. Se mordió los labios para ahogar un gemido, pero él debió de intuirlo, porque redobló sus esfuerzos y ella sintió una ola de calor instalándose en su vientre y en sus pechos. Apartó un poco la cabeza y Calix captó la indirecta y dejó un camino de besos por su mandíbula que acabó con un suave mordisco. Luego le envolvió la nuca con la mano y le echó hacia atrás la cabeza, obteniendo acceso a su cuello. Se dedicó a torturarlo con suaves mordiscos y eróticas succiones hasta que todo el cuerpo femenino vibró al ritmo que él marcaba.

Calix inspiró llenándose los pulmones con su esencia, los sentidos enardecidos con su tacto y su sabor. Y entonces ella movió el pulgar de la mano que todavía le sujetaba contra su corazón y le rozó una tetilla por encima de la sudadera, haciéndolo estremecer ante el fogonazo de placer que estalló en su interior. Le apretó los dedos conteniendo sus movimientos y le bajó la mano a su estómago, una zona más segura de su cuerpo. No podía permitir que lo tocara o perdería el control. Y no podía perderlo. Necesitaba dominarse, hacer las cosas bien. No avasallarla con su sexualidad desbocada ni dejarse

ganar por la necesidad de sexo. Tampoco volver a perderse en la lujuria destruyendo al hombre que se esforzaba en ser.

Ella pareció entender su muda petición, pues dejó la mano laxa sobre su tripa y lo miró con los ojos llenos de pasión.

Y él no pudo resistirse a volver a saborearla. La besó, pero no permitió que el deseo brutal y descarnado lo dominara. Quería disfrutarla, paladearla, embeberse en ella. Y eso hizo. Exploró los rincones de su boca, el tacto de su lengua, el filo de sus dientes y la rugosidad de su paladar. Dibujó sus labios con las yemas de los dedos y luego los contorneó con la lengua. Los mordió y los succionó, los degustó hasta que aprendió su forma y su sabor. Y luego continuó besándola, atrapando sus gemidos y respirando sus jadeos.

El episodio terminó, pero no se dieron cuenta. Comenzó otro y tampoco se percataron, pues seguían besándose perdidos el uno en el otro hasta acabar con los labios entumecidos y la piel hormigueándoles. Y, aun así, continuaron insaciables.

Iskra apretó los muslos, presa de una excitación que sólo había sentido cuando se tocaba a solas en su dormitorio, aunque no era ni de lejos tan fuerte y anhelante como la que sentía en ese momento. Necesitaba abandonar el obligado inmovilismo al que se sometía voluntariamente y tocarlo. Le picaban las yemas de los dedos por el deseo de acariciarlo. Un roce, sólo uno. No podía ser tan malo, ¿verdad? Él se había relajado y, aunque seguía teniendo la mano sobre la de ella, ya no la sujetaba. Tal vez podría...

Abrió los dedos en abanico y coló el pulgar bajo la gastada felpa de la sudadera, encontrando piel cálida y tentadora.

Calix se estremeció al sentir el roce piel con piel. Viejas evocaciones de otra vida peor y otra mujer diferente se despertaron recordándole con cuánta facilidad las caricias se convertían en tortura, el deseo en agonía y el amor en pesadilla. Se quedó inmóvil, esperando acobardado su próximo movimiento. Pero ella se limitó a acariciarle el estómago. Nada más. No hubo arañazos, presión ni burlas, sólo una suave e inocente caricia. Porque era Iskra quien lo

acariciaba y ella jamás le haría daño, pensó besándola con avidez. Su lengua penetró más en su boca, siguiendo el ritmo de ese endiablado dedo que lo estaba volviendo loco. Atrapó la de ella y se la succionó, y entonces Iskra se zafó de su agarre y coló la mano entera bajo la sudadera. Un aguijonazo de placer lo hizo temblar sin control cuando la sintió recorrer su estómago y jugar con su ombligo. Pero todo el placer se detuvo cuando notó sus dedos tentar la floja cinturilla del chándal y su mente los convirtió en los de otra mujer.

Dedos que hieren, que duelen, que humillan.

Le agarró la mano con la intención de apartarla, pero, en vez de eso, apretó los dientes resistiéndose al impulso de huir y posó la mano de Iskra sobre su abultada entrepierna, sujetándola con la suya. Si era él quien controlaba las caricias, no podría hacerle daño. Y, a pesar del eslip y los pantalones que lo cubrían, pudo sentir su calor sobre la palpitante erección, avivándola más aún. Un gruñido gutural escapó de sus labios a la vez que engarfiaba los dedos alrededor de los de Iskra y le movía la mano sobre su verga. Ella se la aferró lanzándolo a un paroxismo de placer que le borró todo pensamiento racional de la cabeza y sólo le dejó espacio para sentir.

Le aplastó la palma de la mano contra su polla y la instó a frotarlo lentamente, con largas pasadas que le arrancaron jadeos y lo convirtieron en un pobre suplicante. Alzó las caderas apretándose contra esos dedos que lo llevaban más allá del límite y bombeó contra ellos mientras la besaba hasta robarle el aire como ella se lo estaba robando a él.

—Por favor, deja que me corra —suplicó en voz tan baja que Iskra no supo si lo había oído o imaginado. Le apretó la mano, instándola a ceñirle la polla, y cuando lo hizo perdió todo control, derramándose en un éxtasis que lo dejó exhausto.

Iskra notó en los dedos la cálida humedad que había traspasado la tela del pantalón, mojándolos con su placer. Los frotó unos contra otros, impregnándolos en la densa crema. Se había corrido por su mano, pensó emocionada. Había sido maravilloso verlo disfrutar así. Ver sus ojos cerrarse

al llegar al orgasmo y oír el gruñido que escapó de su garganta. Era lo más hermoso que había visto nunca. Lo más sugestivo y fascinante.

Calix abrió los ojos para encontrarse con la mirada soñadora de ella. Se movió para incorporarse y fue consciente del esperma que manchaba el pantalón y el vientre bajo éste. Y, como cada vez que se corría, sintió la imperiosa necesidad de eliminar esa lacra de su cuerpo.

Se levantó mirándola avergonzado.

—Tengo que... —«limpiarme»— ducharme. Lo siento —farfulló antes de irse presuroso.

Iskra lo esperó un buen rato, y cuando se hizo evidente que él no iba a salir hasta que la oyera entrar en su cuarto, apagó la tele, se lavó con pesar las manos en la cocina y se dirigió a su habitación. Al llegar a ella, cerró la puerta con fuerza para que Calix pudiera oírlo.

Dos minutos después, él salió del baño. Y se la encontró en el pasillo, esperándolo. La puerta del cuarto firmemente cerrada, pero ella estaba fuera.

—Mi abuela decía que las mujeres tenemos recursos que los hombres ni siquiera imaginan —comentó acercándose ladina a él—. Me ha encantado que me besaras. Y que me dejaras tocarte. Y que te corrieras en mi mano. Puedes arrepentirte si quieres, estás en tu derecho, pero yo pienso soñar con este momento todas las noches de mi vida —afirmó con las mejillas rojas como la grana y la verdad brillando en sus ojos—. Buenas noches —dijo con una radiante sonrisa antes de ponerse de puntillas, darle un casto beso en los labios y entrar, esta vez sí, en su dormitorio.

Calix la imitó. Se metió en la cama, pero no consiguió dormirse. Había demasiadas cosas en su cabeza. Demasiadas dudas. Demasiados recuerdos desagradables advirtiéndole que, por muy bonito que fuera todo al principio, siempre podía torcerse.

De hecho, con Verónica se había torcido. Mucho. Pero Iskra no era Verónica.

No lo era, y nunca lo sería. Era Iskra, única y especial, inocente y pícara.

Maravillosa.

Indeleble

Que no se puede borrar o quitar.

Sábado, 10 de noviembre de 2018

—¿Qué tal anoche? —le preguntó Uriel a Iskra al entrar en la cocina, en sus labios una pícara sonrisa. Estaba seguro de que, si Calix había puesto por fin la serie, habría gritado de lo lindo. No tenía pinta de ser lo que se dice una chica muy valiente.

—Bien, vimos una serie y luego nos fuimos a dormir —contestó ella sintiendo cómo se le encendían las mejillas al recordar lo que hicieron entre ver la tele y dormir.

Uriel la miró intrigado. ¿Por qué se había puesto colorada? ¿Tal vez había pasado tanto miedo que había montado un numerito? Sacó varias naranjas de la nevera y comenzó a exprimirlas.

—¿Qué serie visteis? —inquirió como si tal cosa.

—«American Horror Story» —respondió poniendo el pan para el desayuno en la tostadora.

—¿Te gustó?

—Oh, sí. Muchísimo.

Uriel la observó inquisitivo. Seguía sin mirarlo y tenía la cara roja como un tomate. Allí pasaba algo muy raro. Era la primera vez desde que la conocía que no le desgranaba de pe a pa la última serie o película que hubiera visto.

—Resulta muy interesante cuando las brujas eligen alumnas, ¿no crees? —planteó en referencia a la serie, exactamente a la tercera temporada en lugar de

la primera.

—Oh, sí. Muy interesante —convino ella poniendo las tostadas en un plato. Luego llenó la cafetera y esperó concentrada a que comenzara a salir el oscuro líquido.

—Iskra, eres una pésima mentirosa —señaló burlón—. ¿Por qué no me cuentas qué pasó anoche?

—Porque me da apuro.

Uriel parpadeó perplejo, la brutal franqueza de Iskra todavía seguía noqueándolo cuando lo pillaba desprevenido.

—¿Que Calix haya salido a correr una hora antes de lo habitual tiene algo que ver con lo que pasó anoche? —indagó mientras vertía el zumo que acababa de exprimir en tres vasos.

—Espero que no... Pero me temo que sí —resopló abatida.

Calix no sólo había salido una hora antes, también debería haber regresado hacía más de treinta minutos, pensó con el corazón encogido. Si había desaparecido durante once horas por un solo beso, ¿cuánto tiempo desaparecía después del tórrido encuentro de la noche anterior?

—Se está retrasando mucho, no le va a dar tiempo a desayunar —musitó agitada—. Voy a hacerle el Cola Cao y un sándwich para ir adelantando.

Estaba a punto de abrir la nevera cuando Uriel se interpuso y, llevando dos dedos bajo su barbilla, la obligó a alzar la cara y a mirarlo.

—¿Qué pasó anoche? —exigió saber, y fue la preocupación que ella leyó en su gesto lo que la impulsó a hablar.

—Nos besamos. Mucho. Y luego desapareció en el baño —respondió, sus enormes y expresivos ojos llenos de desasosiego.

—Vaya —atinó a decir. Eso era lo último que había esperado tras la espantada del miércoles—. ¿Escapó al baño? Eso significa que se corrió. —Y no era una pregunta.

Iskra se puso aún más roja, evidenciando que había dado en el clavo y que ella había sido, de manera directa o indirecta, la inductora de tal milagro.

—Si toma por costumbre desaparecer durante horas cuando te besa, vamos a tener que implantarle un chip bajo la piel para tenerlo localizado cuando vuelva a huir —comentó burlón—, porque si ha vuelto a besarte, ya no va a poder parar. —Enredó los dedos en el cabello castaño de ella, atrayéndola hacia sí—. Yo no podría —susurró a un suspiro de sus labios.

—Pero no te queda otro remedio —replicó Iskra esbozando una cariñosa sonrisa a la vez que le acariciaba la mejilla con los labios.

Y él, en una reacción irracional y totalmente contraria a su forma de ser, se apartó sin besarla.

—¿Qué coño estáis haciendo conmigo? —gimió enfadado al darse cuenta de que se estaba comportando como un pelele.

Cogió una taza de café y se la bebió de un trago, tal vez la cafeína lograra hacerlo reaccionar.

Poco después, Calix entró en casa. Estaba empapado en sudor y tenía unas profundas ojeras que evidenciaban que esa noche no había dormido. Se paró en la puerta de la cocina y recorrió la estancia con mirada fiera, deteniendo sus ojos sobre Iskra. Apretó los labios en un gesto de determinación y se dirigió hacia ella.

—Hola, yo también estoy encantado de verte —dijo Uriel cuando pasó por su lado sin ni siquiera mirarlo. Y, por lo visto, también sin oírlo, pues no se paró a saludarlo a pesar de la irónica regañina.

—Siento lo que ocurrió ayer —se disculpó Calix con gesto indomable, parándose ante Iskra.

—Pues yo no lo siento en absoluto —repuso ella irguiéndose en toda su escasa estatura.

—Pues deberías, fui un cabrón egoísta —rebatió él, las puntas de sus deportivas casi tocando las de las manoleínas rojas con gatitos verdes de ella.

—¡No! Fuiste encantador y muy agradable.

—No suelo comportarme así —continuó Calix, ignorando su comentario—. No soy un cabrón libidinoso que sólo piensa en su placer —declaró furioso—.

Debería haberme ocupado de ti, de que tú también llegaras, pero no tenía la cabeza clara y estaba muy alterado. Lo siento. No volverá a pasar.

—Perdona que interrumpa esta escena tan tierna y cursi, pero necesito que me aclares una cosa. ¿De verdad estás diciendo que ayer te corriste y la dejaste a ella a dos velas?

Calix se volvió hacia Uriel, sus ojos desafiándolo a que cometiera la grandísima estupidez de volver a meterse donde no lo llamaban.

—Joder, princesa, tienes que hacérselo pagar. —Uriel ignoró la advertencia—. La próxima vez haz que se arrodille entre tus piernas y te haga un trabajito antes de meterle mano.

—¡Uriel! —exclamó Iskra roja como la grana—. No le hagas caso, Calix, ya sabes cómo es. No tienes que hacer eso ni nada parecido. Me encantó todo lo que pasó, no necesito más.

—Dios santo, hazla callar, no lo soporto. ¿Sin orgasmo y no necesita más? ¡Ignominia! ¡Sacrilégio! Arderás en el infierno de los célibes por tal aberración. —Uriel se llevó una mano al pecho, herido de muerte.

Y Calix no pudo menos que estallar en carcajadas por su irreverencia. Iskra no tardó en contagiarse. Aunque el momento de hilaridad no duró mucho; al fin y al cabo, el tema que estaban tratando era muy serio.

—La próxima vez no te decepcionaré —le susurró Calix a Iskra acunándole la cara entre las manos.

—Nunca me has decepcionado —refutó ella muy seria antes de mirarlo coqueta—. Y... ¿eso significa que va a haber una próxima vez?

Él la miró inquieto antes de asentir con férrea determinación.

—No sé cuándo, tal vez tarde un poco... o un mucho, pero la habrá —sentenció enlazándola por la cintura y acercándola a él antes de recordar que estaba empapado en sudor. La soltó—. Apesto. Lo sien...

Ella no lo dejó acabar la frase. Se puso de puntillas y le dio un casto beso en la boca.

—Me gusta cómo hueles —dijo con una radiante sonrisa.

Y a él no le quedó otro remedio que atraerla hacia sí y darle un beso como Dios manda.

—Necesito la camisa del señor Niemiec el sábado sin falta. —Calix subrayó un encargo en el libro de entregas.

Rodrigo se inclinó para leer las anotaciones y Uriel frunció el ceño. Estaban alrededor del mostrador mientras Calix los ponía al día de los nuevos pedidos y la urgencia que corrían.

—También corren prisa la del señor Marko y las del marido y el padre de Lavinia; por lo visto, hay una fiesta y todos quieren ser los más elegantes.

—Rosalía sigue con gripe y no creo que venga hasta el martes o el miércoles —señaló Rodrigo—. Vamos a ir muy justos.

—Iskra y yo podemos repartirnos su trabajo —apuntó Uriel—. Podemos quedarnos a comer y aprovechar para adelantar faena. Con eso debería bastar, y si el viernes vemos que no llegamos, le pediremos a Lavinia que renuncie a su clase y aprovecharemos esa hora.

Al fin y al cabo, era la única alumna que les quedaba. Según les había contado, Rayna estaba furiosa por algún motivo que sólo ella conocía y se negaba a dar clases para complacer a su marido, y Albena había regresado de forma inesperada a su país. Y a él le parecía estupendo, hacía tiempo que lo aburría follársela. Lo mismo que le pasaba con las clases. La excitación por la nueva aventura había desaparecido y volvía a sentir la conocida necesidad de explorar nuevas y arriesgadas gestas que le dispararan la adrenalina y lo hicieran rogar clemencia. Aunque, claro, ese último deseo se debía a la cercanía del aniversario. Esa fecha siempre le provocaba inquietud. La anticipación por el dolor y la humillación a los que se sometería le encogía el estómago y lo dejaba sin aliento. Pero era necesario. Para no olvidar. Para

purgar sus culpas y poder seguir viviendo con los remordimientos bajo control unos meses más.

—Hola —lo sobresaltó la voz de Iskra—. ¿Qué tal por aquí? Mucho lío, ¿no? —comentó entrando en la tienda con cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—Un poco, sí —contestó Rodrigo mirándola extrañado. La muchacha acostumbraba a salir a menudo del taller para ver a Calix, pero jamás cuando Uriel y él estaban en la tienda, pues lo que buscaba no era consejo ni resolución de dudas, sino intimidad con el segoviano, quien esa mañana mostraba una exultante felicidad de lo más inusual en él—. ¿Ha surgido algún problema? —inquirió al ver que no revelaba el motivo de su inesperada visita.

—Oh, no. Es sólo que... la mesa se mueve.

—¿Se mueve? —Rodrigo la miró confundido.

—Sí, el lápiz se ha resbalado hacia un lado y me resulta molesto —cruzó las manos a la espalda mirando con timidez a su jefe—, así que he pensado que a lo mejor Uriel o Calix podrían venir conmigo...

—Tal vez esté coja —señaló Rodrigo sin creerse la excusa. Miró a Calix intuyendo que no lo disgustaría ir al taller y «solucionar» el asunto—. Acércate a arreglarla, por favor.

—Claro —aceptó éste algo renuente.

Había pasado la madrugada recorriendo Madrid mientras se autoconvencía de que no podía tener miedo a unos pocos besos y caricias, y así se lo había dicho a Iskra en la cocina, pero lo cierto era que se sentía como un adolescente asustado pisando sobre arenas movedizas. No sabía si iba a ser capaz de llevar a efecto su promesa. Al menos, no tan pronto. Necesitaba tiempo para aclararse la cabeza y encontrar la fortaleza para mantener el control y no volver a comportarse como el animal egoísta que había sido la noche anterior.

—Supongo que eres consciente de que a la mesa no le pasa nada —le

comentó Uriel al albino cuando la parejita feliz desapareció de la tienda.

—Por supuesto.

—Los tienes muy mimados.

—¿Me estás acusando de favoritismo?

—Dios me libre —replicó Uriel esbozando una páfida sonrisa—. Nada más lejos de mi intención que insinuar que eres un celestino de primer orden.

Rodrigo lo miró arqueando una ceja y Uriel se encogió de hombros antes de volver a centrar la vista en los pedidos.

Calix entró en el taller tras Iskra, pero ella, en lugar de volverse y exigirle un beso como había intuido que haría, dada la pésima excusa que había utilizado, señaló el lápiz que había sobre la mesa.

—Se ha movido solo —dijo someramente, demostrándole que su irrisorio problema no era una excusa.

Calix sintió que sus pulmones volvían a llenarse de aire al comprender que no le iba a exigir nada, ni siquiera un beso. Porque Iskra no era Verónica. Iskra no exigía ni reclamaba ni controlaba. Ella sólo lo miraba con sus increíbles ojos llenos de cariño y sonreía.

—Ah..., tal vez esté inclinada. —Fue hacia la mesa sin entender qué importancia podía tener que el lápiz rodara. Lo dejó en el extremo en el que se sentaba Iskra y el lápiz se quedó quieto—. No ocurre nada...

—Pues antes se ha movido.

—Tal vez lo golpearas sin querer.

Ella frunció los labios pensativa antes de asentir:

—Sí, es probable. Estaba cosiendo y fui a coger las tijeras..., tal vez lo empujé.

—Entonces, todo solucionado —señaló Calix, pero al ver su mirada desconfiada decidió revisar la mesa, comprobando que seguía tan sólida y

equilibrada como siempre—. Está perfecta. —Esbozó una cariñosa sonrisa antes de darle un casto beso.

—Genial —musitó ella—. ¿Rodrigo y Uriel van a tardar mucho en volver?

—No creo, tenemos el problema de los pedidos medio resuelto —contestó saliendo del taller.

Entró en la tienda, se colocó de nuevo tras el mostrador y prestó atención al método de trabajo que apuntaba Rodrigo.

Tres minutos más tarde, Iskra entró otra vez en la tienda con las manos entrelazadas a la espalda y caminando con suavidad mientras miraba hacia todas partes menos a ellos.

—¿Necesitas algo? —Calix la miró inquieto. ¿Por qué se comportaba de un modo tan raro?

—Oh, no. Sólo estaba echando un vistazo.

—¿Un vistazo a qué? —preguntó Uriel pasmado. ¿Qué mosca le había picado?

—A los expositores. Para ver si faltan corbatas de algún color. Es muy importante tener corbatas de todos los colores, con nuestros clientes nunca se sabe lo que van a querer.

—Creí que de eso se ocupaba Calix —comentó Rodrigo.

Ella lo miró cabizbaja, asintiendo con un gesto. Se apartó del expositor, pero no regresó al taller. En lugar de eso continuó su paseo por la tienda, observándolo todo con atención como si nunca la hubiera visto, a pesar de los meses que llevaba trabajando allí.

—Iskra, ¿pasa algo? —Calix se acercó preocupado. No era normal en ella dejar su trabajo para dar vueltas por la tienda.

—Echo de menos a Rosalía —confesó en voz baja, mirándolo abatida.

—No tienes que preocuparte por ella, sólo tiene la gripe, volverá la semana que viene.

—Ya lo sé. Pero como Rodrigo y Uriel están aquí, me siento muy sola en el taller —explicó con ojos de corderito asustado—. Y el taller es tan grande

que...

Calix la miró pasmado. ¿Grande? Más bien de tamaño medio, y estaba tan lleno de cosas que apenas quedaba espacio para ellos.

—Y, no sé, de repente hace mucho frío y siento como que no estoy sola.

—¿Qué?

—Sí. Como si hubiera alguien conmigo, y el lápiz empieza a rodar y la mesa se mueve.

—Y ¿quién va a haber contigo? —musitó perplejo.

—No sé..., ¿un fantasma? —Lo miró con los ojos muy abiertos y las cejas muy alzadas.

Calix tardó un segundo en procesar lo que acababa de oír. Luego estalló en carcajadas.

Y a ella le saltaron chispas de los ojos.

—¡No te rías! ¡Tengo miedo y no quiero estar sola en el taller! —le gritó enfadada dando un fuerte pisotón—. ¡A mí no me hace gracia, lo estoy pasando fatal! Este edificio es muy viejo, ¿Cómo puedes estar seguro de que no tiene fantasmas? —argumentó. Y él se dobló por la mitad, presa de incontenibles carcajadas—. ¡¿Quieres dejar de reírte y tomarme en serio?!

Pero no podía, se estaba quedando sin aire y, aun así, no podía parar de reír.

—Eres tonto —lo acusó Iskra dando media vuelta para regresar al taller. Prefería pasar miedo a seguir oyendo sus risas sabiendo que era ella quien se las provocaba.

—No te enfades. —Calix salió tras ella, deteniéndola con la simple maniobra de enlazarle la cintura y atraerla contra él impidiendo su avance—. Lo sien...

Pero nuevamente ella no lo dejó completar la palabra, pues le tapó los labios con un dedo.

—No vuelvas a reírte de mí.

—No lo haré —aseguró muy serio antes de sonreír de nuevo—. Y tampoco

volveremos a ver series de miedo. Eres muy sugestionable —declaró apretando los labios para no echarse a reír.

Y no fue el único, pues Rodrigo y Uriel, tras oír su conversación con más atención de la que la educación permitía, habían llegado a la misma conclusión que Calix. Ella los miró enfurruñada, los ojos entornados, el ceño fruncido y los labios apretados, esperando a que volvieran a reírse, pero, gracias a un gran esfuerzo y no poca voluntad, lograron controlarse. Luego Calix le tomó la mano y la llevó con ellos al mostrador. Y allí se quedó, con los dedos entrelazados con los de él, hasta que acabaron de dilucidar qué hacer con los pedidos y Uriel y Rodrigo regresaron al taller, protegiéndola con su presencia de malvados fantasmas inexistentes.

—Faltan cinco minutos para las dos, ¿te importa si Calix y yo nos vamos ya?
—le preguntó Iskra a Rodrigo con una mirada ladina que despertó todas sus sospechas.

—Por supuesto, marchaos —aceptó mirándola intrigado.

—Genial, es que quiero enseñarle una lámpara...

—La de las flores.

—¡Sí, ésa! —exclamó ella con un entusiasmo tan exagerado que Rodrigo y Uriel se pusieron alertas al instante. Algo estaba tramando—. Voy a por él, vosotros id cerrando y nos vais a buscar a la tienda, es la que está en la esquina de la calle de enfrente —dijo antes de salir.

Uriel y Rodrigo se miraron sorprendidos. Era la primera vez que Iskra les ordenaba hacer algo.

—Y ¿eso a qué ha venido? —inquirió Uriel perplejo.

—No lo sé, pero pretendo averiguarlo —respondió Rodrigo levantándose; al fin y al cabo, sólo faltaban cinco minutos para la hora de cierre.

—Es majestuosa y muy colorida. Dará mucha alegría al salón —aseveró Iskra antes de echarle un disimulado vistazo al reloj. Llevaban veinte minutos allí, el momento clave había pasado, pensó relajándose—. ¿No te parece preciosa? —le preguntó ilusionada a Calix.

Y éste no tuvo corazón para decir que no. Pero era horrible. Era una ostentosa lámpara en forma de ramo y con unas flores de colores tan estridentes que hacían daño a la vista.

—Es un poco cara... ¿Por qué no miramos otra cosa? —propuso con gran tacto.

—Vale —claudicó Iskra sin más, dejándolo atónito al no enfadarse por su reticencia.

Se despidió del vendedor y salieron cogidos de la mano. Rodrigo y Uriel estaban en la puerta, esperándolos. Al otro lado de la calle, la camisería estaba cerrada y la reja, echada.

—¿Y bien? —inquirió Rodrigo sorprendido al ver que no llevaban la lámpara de marras.

—A Calix no le gustan las flores.

—No es que no me gusten, es sólo que ya tenemos muchas en el salón —se justificó con suavidad; no quería provocar una discusión por esa tontería.

—Tienes razón, tenemos que mirar más. He visto unas lámparas divinas hechas con conchas...

Calix la miró perplejo mientras le explicaba cómo eran esas lámparas. Le había llevado la contraria en algo en lo que ella había insistido mucho y no parecía enfadada. Ni siquiera contrariada. Había aceptado de buen grado y propuesto otra solución.

Y no pudo evitar pensar en que Verónica habría puesto el grito en el cielo en su lugar. Lo que lo llevó a recordar que era sábado y que ése era el día que ella llamaba a la camisería. Y él no había estado allí para contestar.

Seguramente llamaría varias veces, pensó nervioso. Tal vez aún estuviera a tiempo de atender su última llamada y evitar la bronca.

Al volverse, se encontró con la mirada acerada de Rodrigo, quien no había tardado en comprender la estratagema de Iskra. Pero no fue la mirada enfadada de éste, ni la frustrada de Uriel la que lo hicieron reaccionar y pararse antes de dar media vuelta y cruzar la calle.

Fue Iskra.

—¿Se te ha ocurrido otra tienda en la que ver lámparas? —preguntó apretándole la mano, como si estuviera nerviosa, pero sin tirar de él. Le sonrió con timidez.

Y Calix comprendió por qué había insistido tanto en salir antes del trabajo. Se giró para mirar la camisería y luego volvió a fijar la vista en ella. La tímida sonrisa se había convertido en una mueca de preocupación en la que sus labios se apretaban con desasosiego y sus cejas caían abatidas.

Sonrió y bajó la cabeza para frotar la nariz contra la de ella.

—Podríamos ir a El Corte Inglés cuando vuelvas de comer con Pavel —sugirió devolviéndole el apretón.

Y ella le regaló una enorme sonrisa en la que le enseñó todos los dientes mientras sus ojos se achinaban de pura felicidad.

Caminaron unos metros más, sus manos entrelazadas mientras hablaban sonrientes y, al llegar a la esquina, se encontraron con el Mercedes negro de Pavel. Y Calix se dio cuenta de que eso también lo había planeado, pues Mihail siempre la esperaba frente a la camisería.

—Nos vemos luego.

—Por supuesto. Esta noche dan *Vacaciones en Roma* en el Doré, no podemos perdérsola.

—Claro que no. ¡Adoro a Audrey y a Peck! En esa película son una pareja que...

Un carraspeo la hizo mirar compungida a Mihail, que esperaba a que se montara.

—Lo siento... —Esbozó una tierna sonrisa antes de besar las mejillas de Calix. Entró en el coche e hizo lo mismo con las de Pavel—. Luego vamos a ir a comprar una lámpara para el salón —le informó entusiasmada.

Pavel asintió, aunque su mirada estaba fija en Calix.

—Te veo muy unida a él —comentó cuando Mihail arrancó.

—Es un hombre maravilloso —suspiró ella—. Pero no se te ocurra interrogarme sobre él.

—Sólo era una pregunta inocente...

—Oh, vaya, y yo que pensaba que tratabas de saber más cosas sobre nosotros...

—Así que hay un «nosotros» —señaló él arqueando una ceja.

—¡Oh! Eres malo. —Estalló en una risa cascabelera que aflojó el corazón del mafioso.

Inocuo

Que no hace daño.

—Tengo frío —comentó Iskra arrimándose más a Calix para tratar de sentir su calor.

Habían ido al cine y, al acabar la película, él había propuesto ir a cenar. Así que habían cenado. Y luego él había sugerido ir a tomar algo. Y lo habían intentado, pero los bares y los pubs estaban hasta los topes de gente. Así que él había planteado dar un paseo porque era pronto para volver a casa. ¡Y eso que era casi la una de la madrugada! Y entonces Iskra había comprendido que Calix no quería que la noche acabara, pero tampoco se atrevía a quedarse a solas con ella en el piso. Así que había accedido a dar el paseo. Pero éste hacía ya media hora que duraba y tenía los pies, las manos y la nariz ateridos.

—¿Quieres volver a casa? —preguntó él reticente.

—Sí, por favor —suplicó ella sin poder evitar que le castañetearan los dientes.

Así que regresaron. Y, al entrar en el piso, en el que, todo sea dicho, no hacía más calor que en la calle, Iskra fue corriendo al comedor y encendió la estufa catalítica. Se arrodilló frente a ella, las manos pegadas a la rejilla. No fue hasta que sintió que los dedos se le descongelaban cuando se percató de que Calix estaba parado en la puerta del salón, mirándola con algo que sólo podía definirse como incomodidad mezclada con una pizca de reticencia y un bastante de terror.

Lo miró risueña sin levantarse del suelo.

—¿Tienes sueño?

Él negó cabizbajo antes de dedicarle una aprensiva mirada al sofá.

—¿Has visto *Operación Pacífico*? —Esbozó una tranquilizadora sonrisa. Él volvió a negar—. ¡No me lo puedo creer! ¡Eso es un sacrilegio! —Se levantó de un salto, sus ojos brillando entusiasmados—. Es una película de Blake Edwards. Durante la segunda guerra mundial, el submarino que comanda Cary Grant es atacado y necesita reparaciones urgentes, así que Tony Curtis acude en su ayuda como «oficial de suministros». —Entrecomilló el cargo con los dedos—. Pero en realidad se dedica a robar los materiales que necesitan a otros submarinos, montar casinos ilegales, ligar con las enfermeras..., ah, ¡y el submarino está pintado de rosa! —exclamó estallando en una centelleante carcajada a la vez que le tomaba las manos—. Tenemos que verla. Te vas a partir de la risa. ¡Vamos, *porfa!*

—Vale —aceptó él contagiándose de su alegría.

—¡Genial! Voy a cambiarme y ahora mismo la pongo. —Lo soltó y corrió a su dormitorio.

Calix sacudió la cabeza y fue a cambiarse también. ¿Cómo podía haberse torcido tanto la noche? Había decidido que, ya que no podían pasear, y era una pena porque el frío le venía muy bien para atemperar su calentura, al llegar a casa argumentaría que estaba muy cansado y se encerraría en su cuarto. Así evitaría sentarse en el sofá con ella y no volvería a comportarse como un salvaje descontrolado.

Pero luego ella se había arrodillado frente a la estufa y había puesto esa cara de éxtasis y no había podido dejar de mirarla. ¿Entornaría los ojos al llegar al clímax? ¿Los cerraría? ¿Gemiría o llegaría en silencio? ¿Se abrazaría a él o se quedaría rígida mientras se estremecía de placer? No lo sabía. Nunca la había llevado al orgasmo. Y tal vez ella quería que cumpliera su promesa esa noche y por eso usaba la excusa de ver una película, a pesar de que era muy tarde. Mucho más de lo que nunca se habían quedado viendo la tele. Si ella quería el orgasmo prometido, él estaba obligado a proporcionárselo.

Podía hacerlo, por supuesto que sí. Sabía cómo complacer a una mujer, y deseaba complacerla, pero no así. Sintióse forzado a ello, sin más opciones que obedecer. De nuevo, sin poder decidir sobre lo que quería hacer.

—¿Aún no llevas el chándal? —le llegó la voz de Iskra desde el salón—. Ya estoy poniendo la película.

Tomó una profunda bocanada de aire y se cambió de ropa, eligiendo la más ajada que tenía. Un chándal más gris que azul y una vieja sudadera de los Rolling Stones que le quedaba enorme. También se hizo una coleta.

—¡Ven, corre, que ya empieza! —le instó Iskra cuando entró en el salón.

Estaba sentada en su extremo del sofá, vestida con la bata roja de cremallera, el pelo recogido por una diadema y los pies desnudos atrapados bajo el trasero. Calix parpadeó perplejo, pues, por algún extraño motivo que en esos momentos no alcanzaba a comprender, había imaginado que se vestiría para seducirlo, como hacía Verónica. Pero no, estaba igual que siempre. Lo que lo hizo preguntarse qué tipo de pijama debía de llevar bajo la informe bata.

—¡Vamos, que ya empieza! —lo exhortó golpeando el asiento con la mano plana, y él se sentó remiso en el otro extremo del sofá—. Mira, ése es Cary Grant, van a desguazar el submarino y él va a despedirse porque pasó una verdadera aventura en él, ya verás.

Y continuó parloteando sin parar hasta que él comenzó a relajarse. Entonces fue espaciando su charla, hasta que, al verlo relajado por completo, dejó de hablar.

Cuando llegaron al ecuador de la película los dos estaban riéndose a carcajadas, juntos. Porque, sin saber bien cómo, Calix había acabado ocupando el asiento del centro con Iskra acurrucada contra él, imaginó que para mantenerse calentita, ya que era tan friolera.

—Y cuando están a punto de disparar el torpedo y ella tropieza, aprieta el botón y acaba hundiendo un camión que estaba en la playa... —estalló Calix en estentóreas carcajadas, recordando una escena de la película al poco de que ésta acabara.

—¿Y cuando Tony Curtis roba la pared del general para tapar un parche del submarino?

—No me lo recuerdes... ¡Y cuando se les estropea el motor y tienen que usar una faja! Dios, por poco me dio algo de tanto reír —exclamó él desternillándose de la risa.

Y, sí, parecía que le iba a dar algo, pensó Iskra al verlo tan exaltado. Desde luego, no había nada mejor que *Operación Pacífico* para hacer olvidar los miedos.

—Te has puesto seria de repente —le dijo Calix percatándose de que tenía toda su atención puesta en él.

—Estoy muerta de sueño —afirmó, y no era mentira. Ahogó un bostezo con la mano y se estiró con ganas antes de levantarse—. Me voy a la cama. No puedo con mi alma.

—Sí, yo también —coincidió Calix saliendo del comedor tras ella.

Recorrieron en silencio el pasillo, deteniéndose en las puertas enfrentadas que correspondían a sus dormitorios.

—Que tengas dulces sueños —le deseó Iskra.

—Tú también —replicó Calix sin saber bien qué decir.

Ella esbozó una cariñosa sonrisa, sus ojos achinándose con timidez antes de posar las manos sobre los hombros de él y, alzándose de puntillas, darle un suave beso en la mejilla.

—Descansa —susurró dando media vuelta para entrar en su dormitorio.

No llegó a entrar, pues de repente se vio atrapada en un fuerte abrazo y alzada hasta unos labios cálidos y fogosos que le acariciaron la boca hasta que se rindió a ellos. Fue besada con ganas, con lujuria, y también con una dulzura tal que se sintió querida y adorada. Se relajó contra él, sus manos

arrancándole el coiletero para enredarse en la suave melena rubia mientras sus pies se mantenían en el aire. Poco a poco, él la bajó, dejándola resbalar por su cuerpo. Sintió la dureza de su torso, la fuerza de sus brazos y la gruesa erección que le abultaba la entrepierna. No hizo nada al sentirlo tan duro, no lo tocó ni lo acarició ni trató de pegarse más a él.

No hizo nada, excepto sonreírle con timidez.

Sonrisa que él le devolvió multiplicada por mil.

—Buenas noches —susurró Calix dando un paso atrás para dejarla marchar.

Ella lo miró con risueña picardía y se acercó de nuevo a él para ponerse de puntillas y, tras pasarle las manos por la nuca, instarlo a bajar la cabeza y devolverle el beso que acababa de darle. Pasaron varios minutos hasta que se separaron.

—Buenas noches —se despidió con una sonrisa coqueta.

—Iskra —la llamó antes de que entrara en el dormitorio—, ¿qué llevas debajo de la bata?

Había pasado media película pensando en eso. ¿Tal vez un ceñido camisón de raso estilo años cincuenta? ¿Un pijama normal y corriente? ¿Nada? No, esa última opción era del todo improbable. Pero la imaginación era libre, y la suya estaba muy animada.

—Oh..., ¿quieres saberlo? —inquirió ladina. Él asintió con un gesto—. Pues sólo tienes dos maneras de averiguarlo. Puedes quitarme la bata y ver lo que hay debajo, o puedes esperar a que llegue la primavera, haga calor y me la quite yo...

Calix la miró con los ojos entornados antes de esbozar una tímida sonrisa.

—Eres demasiado friolera para quedarte sin bata —dijo dándole un ligero beso en los labios antes de entrar presuroso en el dormitorio.

Sacudió la cabeza ruborizado al oír la risa cristalina de Iskra en el pasillo.

Dilúculo

Última de las seis partes en que se dividía la noche.

Domingo, 11 de noviembre de 2018

Uriel se hundió con fuerza en la morena a la que le estaba follando el culo. Estaba tan cerca del orgasmo que un gruñido de placer escapó de sus labios chocando contra el pezón que estaba mamando. Perteneecía a una rubia menuda a la que un negro enorme se follaba ruidosamente. Y, mientras tanto, una pelirroja armada con un *strap-on* del que sobresalía un delgado falo se ocupaba de taladrarle el culo. Apretó los dientes tratando de aguantar un poco más, pero en ese momento unos dedos traviesos le pellizcaron las tetillas, desconcentrándolo, lo que lo llevó a un tibio orgasmo que lo hizo disfrutar, aunque no demasiado.

En realidad, nada lo hacía disfrutar mucho últimamente. Y tampoco era que le extrañara. El aniversario se acercaba, alterándolo cada vez más. Desquiciándolo. De las dos fechas que celebraba con dolor y sufrimiento, ésa era la peor. La de junio conseguía soportarla, al fin y al cabo, sólo celebraba una primera cita. Pero esa celebración que se avecinaba..., había demasiado por pagar.

Escapó del lío de brazos, piernas, pollas, coños, tetas y bocas en el que estaba inmerso, se quitó el preservativo, lo tiró a la papelera y salió al pasillo, extraordinario en su desnudez. La piel le brillaba por el sudor, tenía el pelo húmedo, los ojos centelleantes y los labios hinchados tras varias horas de fogoso sexo. Los músculos de sus piernas se tensaban a cada paso, y el pene,

ahora adormecido, se mecía sobresaliente rebasando los testículos, dando buena muestra del imponente tamaño que alcanzaba cuando estaba erecto.

Entró en el vestuario y se dirigió a la ducha. ¿Qué hora sería?, pensó mientras el agua se llevaba el sudor, el suyo y el ajeno, que cubría su cuerpo. Se untó las manos con gel y se lavó la verga con los mismos movimientos que utilizaba cuando se masturbaba. Era la parte más preciada de su cuerpo, la única que en realidad merecía la pena de su persona. Luego se dedicó a los testículos y, por último, se lavó el resto del cuerpo, dejando bien claro cuáles eran sus prioridades.

Debía de estar a punto de amanecer, calculó. Lo que significaba que llevaba más de seis horas follando. Aunque no continuadas, por supuesto, ningún hombre tenía tanto aguante. Acabó de lavarse y dudó un instante entre vestirse o volver a la sala y seguir follando. No todas las noches tenía la suerte de que lo invitaran a participar en una cama redonda con tres mujeres y otro hombre. Pero lo cierto era que, a pesar del placer alcanzado, comenzaba a aburrirlo follar sin aderezos. Echaba de menos el juego de poder, el placer robado, las caricias prohibidas, los juguetes perversos, el suplicio y el éxtasis. Se planteó, no por primera vez en esa noche, bajar al Infierno. Al fin y al cabo, estaba en el Lirio Negro, disfrutando de unas horas de asueto en el Paraíso. Bien podía bajar al Infierno y ver si había algún amo o ama interesado en jugar con él. Tal vez si encandilara a alguno influente conseguiría enchufe para alquilar una mazmorra, algo que estaba resultando ser mucho más complicado de lo esperado.

Por lo visto, durante la Navidad, el Lirio Negro cerraba sus puertas a los extraños y sólo admitía fiestas privadas organizadas por los socios. Que era lo que pretendía hacer él al alquilar una mazmorra, pero no era socio y habían rechazado su petición.

Debería dejar de empeñarse en el Infierno. Había docenas de clubes encantados de tomar su dinero y alquilarle una mazmorra. Pero en ninguno habían conseguido llevarlo tan al límite como lo había hecho la Reina del

Infierno. Y eso era justo lo que necesitaba. Pero elevado a la enésima potencia. Y con dolor en lugar de frustración.

Buscaría otro lugar, decidió al darse cuenta de que seguía pensando demasiado en la escena que había disfrutado con la Reina hacía ya tantos meses. Cambiaría de club y elegiría a los amos a capricho. Al fin y al cabo, sería su juego y su mazmorra. Buscaría sádicos que supieran hacer bien su trabajo y disfrutaran con el dolor ajeno. Tal vez algún amo sin escrúpulos que se atreviera a ir más allá de las normas.

Un estremecimiento de inquietud recorrió su cuerpo al pensar en lo que no tardaría en llegar. Faltaba poco para conmemorar la pesadilla y ofrecer el pago que su conciencia requería para dejarlo vivir, si no tranquilo, al menos sí en cierta paz consigo mismo.

Acabó de vestirse y abandonó el vestuario para regresar a casa. Era muy tarde, estaba muy cansado y la noche de sexo no le había proporcionado la paz que buscaba. Atravesó los sinuosos pasillos y, al llegar al Limbo, un hombre le salió al paso.

—Quiero proponerte un trato.

Se detuvo al oír la voz suave y con un deje burlón de un atractivo rubio con los brazos y el pecho tatuados. Lo había visto varias veces en el mejor salón del Paraíso: el Jardín de las Delicias, ya fuera follando o como mero observador. Se llamaba Kaos y era uno de los dueños del Lirio Negro.

—Te escucho. —Uriel lo miró apreciativamente. No había follado nunca con él, pero estaba dispuesto a darle una oportunidad.

—Quiero regalarte —soltó el rubio con gesto taimado.

—Y ¿qué es lo que quieres regalarme? —inquirió perplejo.

—A ti, nada; lo que quiero es convertirte en mi regalo para alguien.

Uriel arqueó una ceja instándolo a continuar y Kaos sonrió malicioso.

—El próximo jueves es el cumpleaños de alguien muy querido y deseo obsequiarle con un presente especial —dijo sacando del bolsillo una jaula para el pene.

Uriel la observó con los ojos entornados. La componían nueve anillos: uno de cuero que le sujetaría el juguete a los testículos y ocho de metal que rodearían su pene y que estaban unidos longitudinalmente por dos delgadas tiras de cuero paralelas que acababan en una corona, también de metal, que le encerraría el glande.

—Esto no me permitirá tener una erección completa —señaló receloso. Estaba muy bien dotado, y eso no era un secreto en ninguno de los clubes que frecuentaba. Kaos debía de saber que esa jaula le quedaría pequeña.

—Ésa es la idea. Verás, quiero regalarle una noche dedicada al placer de los sentidos. Eliminaré un par de sentidos de la ecuación e incrementaré el resto. Y ahí entráis tú, tu enorme verga y esta jaula. —Metió los dedos y presionó contra el juguete. Los anillos sobresalieron creando ondas de metal sobre éstos, igual que sobresaldrían sobre su polla al ceñirla—. Además de aumentar la sensación en la otra persona, también hará que dures más.

—No necesito durar más, te lo aseguro —replicó Uriel, mirando intrigado el juguete. Nunca había llevado uno de éstos. ¿Qué se sentiría?

—No sabes cuánto me alegro.

—¿Qué sacaré a cambio?

—Quieres alquilar una mazmorra en Nochebuena —contestó el rubio, y Uriel asintió interesado—. Te la conseguiré y te daré acceso a todas las horas que puedas pagar.

—¿Qué otras condiciones hay para ser el regalo?

—Estarás a oscuras y deberás guardar silencio durante toda la escena. Antes de dar el servicio, te ducharás con un jabón inodoro del que te proveeré, no quiero que ningún olor artificial desvíe la atención de lo importante. Tampoco quiero que vayas depilado, me gusta cómo tienes recortado el vello del pecho... Déjate así, es perfecto para frotarse contra él —aseveró, evidenciando que lo había observado mientras follaba—. Te engalanarás con la jaula y dejarás que te follen. Nada más.

—¿Sin dolor?

—Esto es el Paraíso, aquí la tortura no nos va —señaló socarrón.

—¿Seré el regalo de un hombre o de una mujer?

—¿Eso importa? —Kaos arqueó una ceja.

—En realidad, no —repuso Uriel mirándolo intrigado—. ¿Por qué yo?

—Porque Julio te ha visto follar y te ha recomendado para el puesto, lo que ha hecho que yo te prestara atención esta noche, y tengo que darle la razón. Follas muy bien —declaró sonriente—. No tengo todo el día, ¿aceptas o me busco otro juguete?

Amollar

Ceder, aflojar, desistir.

Lunes, 12 de noviembre de 2018

—En una corbata lo importante no es sólo que sea agradable a la vista —le comentó Calix al señor Niemiec, mostrándole una de seda azul con tortugas rosas—. La clave está en que el ancho de la corbata guarde proporción con las solapas del traje y con nuestro físico. Los que somos delgados jamás debemos rebasar los ocho centímetros en solapas, o correremos el riesgo de que se acentúe nuestra delgadez.

El hombre asintió sin dudar, había descubierto que lo más cómodo y sensato era dejar en manos de Calix su estilismo, pues éste lo adaptaba a sus peculiares gustos sin dejar de lado el estilo. Se probó la corbata y sonrió complacido al comprobar que las tortuguitas pegaban perfectamente con su nueva camisa de cocodrilos y con los gemelos de hipopótamos.

—¿Encontraste el alfiler de serpiente?

—Todavía no, pero estoy en ello —contestó Calix mientras envolvía la corbata, los gemelos y la camisa—. Por cierto, con vistas a la Navidad, me han ofrecido unas telas con estampados de renos que tal vez le gustaría ver. —Dejó el catálogo sobre la mesa.

Y podría decirse que el hombre se abalanzó sobre él.

Calix miró el reloj con disimulo, faltaba poco para que llegara el siguiente cliente citado. Dejó al polaco encandilado con las nuevas telas y se dirigió al mostrador, y en ese momento sonó el teléfono.

—Camisería Castro, buenos días. —Se puso rígido al reconocer la voz de su interlocutora—. Siento no haber estado cuando llamaste, me surgió algo y tuve que salir antes —se disculpó por su afrenta y luego escuchó, retrayéndose cada vez más, a la ofendida mujer del otro lado de la línea. Y, mientras ella hablaba, él buscaba una excusa creíble que lo exonerara de la culpa por olvidarse de ella el sábado—. Lo siento de veras, no fue mi intención.

Y ella lo entendía, por supuesto que sí, le dijo abatida. Sabía que no era tan importante para él como para que le dedicara cinco minutos de su preciado tiempo al finalizar su horario. No debía preocuparse, afirmó bondadosa, no se había enfadado, sólo estaba dolida. Pero eran amigos, y era de esperar que los amigos se echaran de menos. ¿Él la echaba de menos? ¿O sólo ella sufría por esa horrible distancia que los separaba?

—Por supuesto que te echo de menos —afirmó Calix mecánicamente.

Y ella también a él. Lo apreciaba muchísimo y comprendía que se había forjado una vida en la que ella no tenía cabida, musitó pesarosa. ¿Tal vez había conocido a alguna chica que le hiciera tilín y por eso la había dejado de lado el sábado?, le preguntó con voz dulce. Si estuviera en Madrid, le encantaría conocerla.

Calix sintió que se le helaba el pecho y el corazón se le detenía en mitad de un latido. No permitiría que Verónica se acercara a Iskra. No dejaría que le hiciera daño, que la manipulara y la doblegara. Iskra era dulce y empática, llena de sinceridad y alegría. Verónica no dudaría en destrozarla. Sintió que una furia irracional se encendía en su interior, permitiéndole escucharla con claridad por primera vez desde que la conocía. Y sus palabras le resultaron falsas. Carentes de sinceridad e impregnadas de afectación. Fue consciente de que el tono desdichado y decepcionado que empleaba estaba estudiado para hacerlo sentir culpable.

Y era una verdadera maestra en la manipulación, porque incluso en esos momentos no podía evitar pensar que se estaba comportando como el

desagradecido insensible que siempre lo había acusado de ser al juzgarla equivocadamente y no creer que fuera sincera y sufriera de verdad.

Sujetó el auricular con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Lamento no haber estado el sábado para responder al teléfono — interrumpió su lastimero alegato—, pero como te he dicho, me surgió algo. Sé que lo entiendes —se adelantó a su respuesta— y sé que también entenderás que ahora no puedo atenderte, pues estoy trabajando. —Le dio la oportunidad de despedirse y ella lo hizo cambiando la tristeza por un hiriente tono defraudado que, en lugar de hacerlo sentir mal, lo reafirmó en su posición—. Hablaremos otro día.

—¿Con quién hablabas? —inquirió Rodrigo intrigado. El segoviano solía ser mesurado y educado en el trato telefónico y, aunque sólo había oído la última frase, ésta contenía una cortante brusquedad que no era habitual en él.

Calix lo miró sobresaltado, pues no lo había visto entrar en la tienda. Aunque no debería sorprenderse, pues el cliente citado estaba a punto de llegar y Rodrigo siempre salía a saludarlos, aunque luego los dejara en sus manos.

—Con Verónica.

Ahora fue Rodrigo quien lo miró sorprendido.

—Y ¿a qué se debe el desagradable regalo de su llamada? ¿Tal vez está molesta porque no estuviste disponible el sábado y quería hacértelo notar? — dijo con evidente ironía.

—Más o menos —respondió Calix, sorprendiéndolo al aceptar la verdad. Salió de detrás del mostrador y se dirigió al señor Niemiec—: ¿Ha visto algo que le guste?

—Estoy deseando que llegue el jueves para acabar con la mierda de los exámenes. —Jimena cerró malhumorada el cuaderno de matemáticas—. Me

salen los números por las orejas. ¿Cuándo los acabas tú? —le preguntó a Kini.

—El miércoles tengo el último —respondió el muchacho levantándose de la silla. Caminó hasta la puerta y se agarró al dintel para estirarse.

Y Jimena no pudo evitar mirarlo embobada. Llevaba unos vaqueros que le quedaban bastante bien y una camiseta de manga larga que le iba un poco justa y que al alzar los brazos se le subió dejándole el ombligo al aire. Y tenía un ombligo muy tentador del que partía un hilo de vello castaño que descendía como una culebrilla por su vientre hasta perderse en la cinturilla de los pantalones. Ojalá se estirara un poco más y la camiseta se le subiera dejándole ver si tenía tableta de chocolate. Aunque estaba segura de que sí.

—De todas maneras, no me preocupa demasiado, es el de inglés y voy a suspender sí o sí. —Kini bajó las manos, para mayor desconsuelo de Jimena, y se apoyó en la puerta.

—Ya verás cómo no. Has estudiado un montón y te lo sabes genial. Aprobarás.

El muchacho esbozó una forzada sonrisa ante su entusiasmo, aunque él no lo tenía nada claro. Habían estudiado cada día, ella ayudándolo con inglés y literatura y él explicándole mates y química. Y su abuelo, tal como había prometido, no había hecho acto de presencia cuando estudiaban juntos, aunque bien era cierto que si lo llamaba acudía raudo. Y luego volvía a marcharse dejándolo solo con Jimena. Y aunque al principio se habían mostrado cohibidos en seguida habían recuperado la antigua confianza.

—Dejemos de hablar de exámenes, me duelen los ojos de tanto leer y escribir —masculló Kini sentándose de nuevo frente a la mesa del comedor, que era donde estudiaban.

—¡Apoyo la moción! —exclamó Jimena arrancándole una carcajada—. El sábado voy a ir con mis amigos de clase al centro comercial. Daremos una vuelta por las tiendas, comeremos en el búrger e iremos al cine, ¿te apuntas?

Kini arrugó el ceño. Pasar el día encerrado en un centro comercial no era exactamente lo que había planeado para ese sábado.

—Lo siento, pero tengo otros planes. —Bajó la vista con cierta desazón. Tal vez debería dejar de ser tan antisocial, posponer sus planes y salir el sábado con ella y sus amigos.

Jimena lo miró conteniendo un arrebató que tenía más pinta de ataque de celos que de enfado sin motivos. Así que tenía otros planes... Ojalá se le fastidiaran, pensó enfadada.

—Y ¿qué otros planes tienes, si puede saberse? —inquirió sin poder evitar el tonillo molesto de su voz.

Pero Kini estaba tan ocupado debatiéndose entre hacer la visita que llevaba planeando todo el mes o ir con la chica que le gustaba a un sitio que no le apetecía acompañado por gente a la que no conocía que no se percató de su tono arisco.

—Pensaba ir al Museo de Ciencias Naturales. Hay una exposición temporal de coleópteros que tengo muchas ganas de ver. Lleva casi un mes, pero no he podido ir antes por culpa de los exámenes.

—¿Una exposición de qué? Habla en cristiano, tío —exigió ella dándole un codazo.

—De escarabajos —tradujo Kini, fingiendo que se caía de la silla por culpa del golpe.

—Ah. Escarabajos. Qué interesante —atinó a decir Jimena torciendo el gesto. ¿Iba a pasar el sábado viendo bichos? ¿Estaba loco?—. Y ¿no puedes ir otro día?

—Sí, claro. Puedo dejarlo para el domingo, pero cierran a las cinco y no me dará tiempo a verlo todo bien.

Jimena parpadeó atónita al oírlo. ¿Estaba hablando en serio? ¿Cuántas horas pretendía pasarse en el museo?

—¿Tan grande es la exposición?

—Es bastante grande, sí. Pero además quiero aprovechar para ver si tienen nuevas adquisiciones.

—Y ¿cómo vas a saberlo?

—Bueno... —Bajó la cabeza azorado. La gente, menos aún la de su edad, no solía entender su pasión por los insectos y muchas veces lo miraban como si estuviera aloco. Y mucho se temía que ésa estaba a punto de ser una de esas veces—. La verdad es que voy tan a menudo que casi me sé de memoria todos los ejemplares que tienen, y cuando traen alguno nuevo, pues lo noto.

—¿Tanto te gustan los bichos?

—Quiero ser entomólogo. —Y lo sería. No iba a permitir que la dislexia lo detuviera—. De hecho, tengo una buena colección de insectos. Muchos de ellos los he atrapado yo, aunque los más raros los he comprado o me los han regalado por mi cumpleaños y por Navidades.

Jimena lo miró asombrada. ¿Pedía insectos como regalo de Navidad? ¿Estaba loco?

—Y ¿dónde tienes esos bichos?

—En el cuarto de estar, ¿quieres verlos? —inquirió ilusionado, su voz cambiando de grave a aguda y, de nuevo, a grave en mitad de la frase.

—¿Están vivos? —preguntó ella arrugando la nariz en una mueca de asco.

—¡Claro que no! Están cada uno en su cajita. La mayoría las he hecho yo —dijo orgulloso poniéndose en pie y tendiéndole la mano.

Y Jimena no tuvo más remedio que acompañarlo.

Al entrar al pequeño cuarto se encontraron con el Ogro, que los miró intrigado.

—Voy a enseñarle mi colección de insectos —le explicó Kini ilusionado, abriendo las puertas de la vitrina.

Y sí que tenía insectos. Un montón de ellos. Y de todo tipo. Algunos tan grandes como su mano.

Jimena dio un paso atrás, no fuera a ser que esos bichos enormes resucitaran como zombis y se soltaran del alfiler que los atravesaba, escapando de los confines de sus cajas, y fueran volando hacia ella. Y entonces ella se moriría del susto. Y del asco.

—Mira, ésta es una *Cacica paradisiaca*. —Le enseñó entusiasmado una

caja que contenía una mariposa enorme, con unas alas de un azul tan brillante que parecían refulgir—. Es de Perú. Y ésta es una apolo, la cacé cuando vivíamos en Granada.

Jimena las miró estupefacta. Kini tenía docenas de mariposas, escarabajos, saltamontes, grillos y cualquier insecto que pudiera atrapar. Y a todos los trataba como si fueran un gran tesoro. Se dio cuenta de que sabía muy poco de él y de sus gustos, mientras que él lo sabía casi todo de ella. Porque él sí se había preocupado de conocerla. Se sintió como la bruja egoísta del cuento.

Cuando los vieron todos ya era casi la hora de cenar, por lo que Kini la acompañó a su casa, aunque antes se escaparon a la calle para que pudiera fumarse un cigarro.

—Lo he pensado mejor, me apunto a lo del sábado —comentó el muchacho.

—No —rechazó ella—. Yo lo he pensado mejor. Quiero ir contigo al museo.

Propiocepción

Percepción inconsciente de los movimientos y de la posición del cuerpo, independiente de la visión.

Jueves, 15 de noviembre de 2018

—Iremos al Museo de Ciencias Naturales a ver una exposición, aunque imagino que no pasaremos todo el rato dentro, porque Kini querrá salir a fumar de vez en cuando —les explicó Jimena a Calix, Iskra y Uriel haciendo una mueca de desagrado. Odiaba que Kini fumara.

Se había encontrado con ellos a media tarde, cuando ella llegaba del instituto y ellos de la tienda, y al comentarles que había acabado con los exámenes —al menos por el momento—, Iskra le había propuesto cenar con ellos. Y allí estaba ahora.

—No me jodas que en tu primera cita a solas con Kini vais a ir a ver bichos. Eso es que mucho no le gustas —se burló Uriel.

—Cállate, idiota —masculló Jimena, herida en su orgullo.

—Mujer, no te enfades, sólo expongo un hecho. El chico que te gusta prefiere llevarte a ver bichos en lugar de ir a la discoteca y robarte un beso... o algo más interesante.

—Uriel, por favor, no digas esas cosas. Sabes que no son ciertas —lo regañó Iskra—. Kini es un apasionado de los insectos, si quiere llevar a Jimena a una exposición tan importante para él es porque la aprecia mucho.

—Que diga lo que quiera, no me afecta —replicó Jimena, irguiéndose orgullosa al oír el argumento de Iskra—. Para que lo sepas, me va a llevar a

ver coleópteros. Unos insectos a los que los egipcios consideraban dioses — lo sabía porque Kini se lo había dicho—, pero hay que ser inteligente y tener cierta cultura para saberlo, y tú de eso vas más bien escaso, ¿no? Aunque, claro, si consideramos que tienes el cerebro alojado en los huevos, se puede comprender que sólo hay espacio suficiente para un par de neuronas...

—No te creas, mis huevos son muy grandes, seguro que caben al menos cuatro —rebatío Uriel, disfrutando de la discusión. Esa niña era la caña.

—No sé yo..., con lo mucho que los usas, tal vez esas cuatro neuronas hayan acabado en algún condón y, por tanto, tienes el cerebro vacío... — señaló Jimena maliciosa.

—Dios santo, no puedo oír más —exclamó Calix mirándolos atónito—. Tú eres una niña y no deberías hablar de esas cosas, y tú se supone que eres un adulto, aunque comienzo a dudarlo. —Señaló a Uriel con un dedo furioso—. Deja de picarla.

Uriel alzó las manos, rindiéndose.

—Mis disculpas, nada más lejos de mi intención que escandalizar a una virginal damisela.

—Uriel... —gruñó Calix amenazante.

—Sólo un inciso, ya que mi producción de neuronas se ha visto comprometida con su último comentario —continuó Uriel, ignorándolo. Se levantó de la mesa y cogió su cazadora; al fin y al cabo, tenía una cita para hacer de regalo—. Tal vez vacíe a menudo el contenido de mi cerebro en distintas partes del cuerpo de mis amantes..., pero también es cierto que me ocupo periódicamente de proveerme de neuronas con el sencillo método de chupar muchas pollas y coños y tragar todas las que sueltan mis amantes — dijo antes de abrir la puerta y salir.

—¡Uriel, joder! —exclamó Calix saliendo tras él. Y si no lo alcanzó fue porque Iskra se lo impidió interponiéndose en su camino.

—No caigas en su juego —le advirtió—. Es lo que quiere, sacarte de tus casillas y hacer que te enfades con él. —De hecho, llevaba dos semanas

siendo especialmente hiriente y sarcástico.

Calix la miró con los ojos entornados; por lo visto, no era el único que se había dado cuenta de la extraña manera en que se estaba comportando. Estaba tan desquiciado como antes del verano, cuando acabó llegando a casa en un taxi, más muerto que vivo. Sólo que ahora era peor. Muchísimo peor.

Uriel entró desnudo en una sala iluminada en la que el único mueble era una cama de tres metros por lado que no levantaba más de veinte centímetros del suelo, algo que le parecía estupendo. Era lo suficientemente grande para follar a gusto y lo suficientemente baja para no hacerse daño en caso de caerse, algo nada extraño en un encuentro sexual a oscuras. La cama podría albergar con facilidad a seis o siete personas, pero por lo que sabía sólo la iban a ocupar él y el cumpleaños. Y eso era una pena, pues no le importaría ser usado como juguete por varias personas. Dejar de pensar y sólo sentir podría suavizar la desazón que lo carcomía y lo enloquecía, al menos durante la sesión. ¿Quién sabía?, quizá el cumpleaños fuera un sádico retorcido y sus jueguecitos lo hicieran olvidarse de todo por unas horas. Aunque lo dudaba: estaba en el Paraíso, no en el Infierno.

Caminó sobre la cama y se sentó en el centro, donde le esperaba una caja con los pertrechos que lo convertirían en regalo. Se puso la gargantilla, las pulseras y las tobilleras luminosas. No era la primera vez que estaba en un cuarto oscuro y sabía que era necesario algo que orientara a los ocupantes sobre el cuerpo de los demás; esas pulseras proporcionarían un suave hilo de luz, a la vez que no iluminaban lo suficiente como para romper la oscuridad. En la caja también había toallitas húmedas, lubricante, un preservativo y la jaula para el pene. Sacó esta última y la giró entre los dedos. No era pequeña, al menos no para un hombre de tamaño normal, pero él era grande y se le quedaría corta en algunos centímetros. Y también bastante apretada, confirmó

al meter los dedos dentro de los anillos. La dejó a un lado y cogió el preservativo; éste tampoco era de su tamaño, sino que se equiparaba al de la jaula.

Iba a estar de lo más apretadito, pensó frunciendo el ceño.

Cogió la caja y se dirigió al borde de la cama, donde se sentó con los pies apoyados en el suelo y las rodillas flexionadas. Separó las piernas para mostrar bien la mercancía al espejo que ocupaba la pared que quedaba enfrente. Si no se equivocaba, era un espejo espía y al otro lado debía de haber alguien observando, seguramente el homenajead. Así que más le valía ponerse manos a la obra y dar un buen espectáculo que le hiciera ganarse el derecho a la mazmorra en Navidad.

Se echó lubricante en la mano y se masturbó hasta que su pene alcanzó una rigidez mínima que le permitiera ponerse el preservativo. Se lo enfundó y luego apretó el glande para que el dolor ayudara a bajarle un poco la erección y poder ponerse la jaula. Encajó el glande en la corona de metal y los ocho anillos en el tronco del pene, y luego ancló todo el conjunto a los testículos, rodeándolos con la tira de cuero.

Chasquéo la lengua. Cómodo, lo que se dice cómodo, no era. Y eso que aún no estaba totalmente erecto. Ni lo estaría. El puñetero juguete no se lo permitiría. Ahogó un bufido de frustración y se echó más lubricante en la mano. Se la llevó al trasero y se untó el ano. Intuía que el homenajead podía ser un hombre y quería estar preparado, pues lo más probable era que el tipo se preocupara sólo por su placer y le importara un rábano si él estaba dilatado o no. Tal como le había recordado Kaos antes de dejarlo en la ducha con el jabón especial, él sólo era un muñeco sexual, un jodido juguete de tamaño real que, una vez empezara la sesión, no debía hablar ni moverse excepto para adoptar las posturas en que lo colocara el cumpleañero.

Se tumbó en la cama y subió los pies al borde, las rodillas flexionadas y muy abiertas, proporcionando una estupenda vista de su polla y su culo a quien estuviera tras el espejo, y luego se metió dos dedos en el ano. Los abrió en

tijera, dilatándose, y buscó ese punto especial que lo hacía jadear. Lo frotó excitándose hasta que un súbito dolor en la polla le recordó que no podía tener una erección completa. Sacó los dedos y se los limpió con un par de toallitas antes de arrastrarse de nuevo hasta el centro de la cama.

Y, en el momento en que se tumbó, las luces se apagaron, evidenciando que había sido observado a través del espejo. Fijó la mirada en el lugar en el que estaba la puerta, aunque no podía verla, y esperó. Pocos segundos después, la oscuridad se atenuó un poco alrededor de ésta y creyó ver una sombra entrar en el cuarto. Contuvo el aliento, toda su atención concentrada en el sentido del oído. No oyó sus pasos, pero sí la suave agitación de su respiración, síntoma inequívoco de que el homenajeadó estaba excitado.

La cama se hundió a su izquierda. Pero no fue un movimiento brusco, al contrario, fue casi imperceptible, lo que significaba que su dueño transitorio era alguien ligero. Aguardó impaciente e inmóvil mientras las vibraciones que transmitía el colchón le indicaban que quien fuera estaba acercándose. Que, de hecho, estaba a su lado. Unos dedos sutiles como alas de mariposa le acariciaron la gargantilla luminosa del cuello y entonces fue consciente de que su *partenaire* no llevaba pulseras, por lo que no podía verlo, aunque éste sí podía ver dónde estaban sus manos, sus pies y su cabeza.

Se mantuvo pasivo mientras los etéreos dedos se deslizaban por su torso, calibrando la suave aspereza del vello que lo cubría y la lisa dureza de su abdomen. Se entretuvieron un instante en su ombligo y luego bajaron a su vientre. Y Uriel no pudo evitar sacudir las caderas cuando notó que le tocaban la polla con desidia antes de bajar a los testículos, sopesarlos, y continuar su descenso por el perineo hasta llegar al ano. Dos dedos lo invadieron durante unos segundos en los que el placer se incrementó exponencialmente, hasta que lo abandonaron dándole un frustrante azotito para luego deslizarse por el interior de sus muslos y continuar bajando, calibrando la suavidad de su piel y la fortaleza de sus piernas antes de alejarse.

Y Uriel tuvo que morderse la lengua para no preguntarle si había pasado el

puñetero examen. Era la primera vez que lo hacían sentir como un utensilio para follar. Aunque eso era lo que había acordado ser.

De repente notó su boca sobre la de él y su cabello acariciándole los hombros y el pecho. Y no pudo evitar alzar las manos y atrapar entre los dedos la cortina de seda salvaje que era su pelo. Tan suave y largo que debía de llegarle hasta mitad de la espalda, si no más. Aunque no pudo disfrutar mucho de su tacto, pues el homenajeador no tardó en obligarlo a bajar las manos de nuevo al colchón. Luego montó sobre él.

Y descubrió que no era cumpleaños, sino cumpleañosera.

Una cumpleañosera de piel suave, peso liviano y dulce sexo que le rasguñó las tetillas con las uñas y las pellizó mezclando placer y dolor hasta que se le endurecieron, y después pegó sus pechos al torso masculino, frotándolos contra el áspero vello que lo cubría. Un gemido escapó de sus labios y Uriel no pudo evitar imitarla. Luego ella resbaló por su cuerpo hasta que sus piernas le rodearon las caderas y su sexo estuvo sobre su erección enjaulada. Pero no se frotó contra ella; al contrario, la ignoró quedándose totalmente inmóvil.

Uriel apretó los dientes frustrado y se aferró al colchón para evitar agarrarla y obligarla a moverse. ¿A qué esperaba? No podía quedarse quieta y esperar a que sucediera algo, el sexo no funcionaba así. Si él no podía moverse, ella debería hacerlo. Joder. Estaba a punto de perder el control y tocarla cuando se inclinó sobre él y comenzó a lamerle lasciva el pecho. Saboreó su torso, deteniéndose en los suaves montículos de su abdomen antes de mordisquearlos. Y, mientras lo hacía, emitía unos complacidos gemidos que, además de excitarlo, lo hacían sentirse valorado. La manera en que lo degustaba decía con claridad que estaba encantada con su regalo. Que le gustaba. Y Uriel se sintió extrañamente apreciado.

Le dio un último y largo lametón y ascendió por él colocando su sexo sobre el lugar que acababa de lubricar con su saliva. Comenzó a restregar su vulva cálida y mojada contra los suaves abdominales masculinos. Y Uriel los endureció excitado, proporcionándole una base contra la que frotarse. Ella se

lo agradeció rozándole los labios. Pero no con su boca, descubrió Uriel cuando los abrió para saborearla, sino con sus pezones. Los atrapó lascivo y los agasajó y succionó, sintiendo cómo ella se excitaba más aún y su sexo vertía su lúbrica humedad sobre su tripa. El pene se endureció más todavía, golpeando contra la restrictiva jaula que le impedía alcanzar toda su longitud. Gruñó frustrado y apartó las manos de la cama para acunarle los pechos. Esta vez, ella se lo permitió y él se sintió el hombre más feliz del mundo.

Eran pequeños, dos suaves manzanitas con enhiestos pezones que se deshacían contra su lengua. Los chupó con fuerza a la vez que sacudía las caderas tratando de aumentar la fricción entre ambos. Ella no se apartó, por lo que se envalentonó y bajó despacio las manos hasta enmarcarle el pubis. Y en ese momento ella le agarró las muñecas, obligándolo a ponerlas de nuevo sobre la cama.

Uriel apenas pudo contener su decepción. Se aferró con fuerza a la sábana y se esforzó en mantenerse quieto mientras ella disfrutaba de su cuerpo, aunque por su manera de besarlo y de lamerlo, más parecía que lo veneraba. Se sintió mimado y agasajado mientras ella frotaba la cara contra su piel, degustando la humedad que había dejado en él. Besó lasciva su vientre, arañó con los dientes su pubis y, antes de que pudiera prepararse para el impacto, atrapó su enjaulada polla entre los labios y succionó con fuerza.

Y él sacudió las caderas exhalando un agónico jadeo al sentir que el placer se mezclaba con el dolor cuando la verga se le puso tan dura que parecía a punto de romper la restricción de su prisión. La privación de la visión y los escasos sonidos que llegaban a sus oídos habían estimulado de tal manera el resto de sus sentidos que, cuando ella le rozó la piel que quedaba entre los anillos con la lengua y a pesar del condón, estuvo a punto de correrse. Empujó contra ella, tan cerca del éxtasis que casi no podía ni pensar.

Pero ella, mujer cruel, se levantó alejándose de él.

Y él quiso llorar al sentirse desamparado y olvidado.

Volvió la cabeza buscándola, pero la oscuridad era insondable. Se esforzó

en escuchar, pero su respiración era tan agitada que ahogaba todo sonido. Y de repente ella se sentó sobre su cara y él se perdió en su sabor. Sacó la lengua y la hundió entre los dúctiles pliegues mientras se agarraba a su culo como un náufrago lo haría a un flotador.

Ella le agarró una de las manos, la subió hasta sus labios y comenzó a chuparle los dedos mientras él la chupaba a ella. Los ensalivó a conciencia y luego los llevó a su trasero.

Uriel sonrió, la orden estaba clara. Hundió dos dedos en el fruncido ano de la mujer y le folló el culo mientras le penetraba el coño con la lengua. Ella exhaló un largo gemido y se estremeció alcanzando el orgasmo. Y él se empleó aún más en lamerla y beber cada gota de pasión que manaba de su sexo, hasta que ella se arrastró por su cuerpo para llegar a su verga.

Se volvió para quedar de cara a él y se empaló en ella.

Uriel sintió un ramalazo de placer que lo recorrió entero y lo hizo sacudir las caderas, a punto de alcanzar un orgasmo que cada vez sentía más cercano. De hecho, si no fuera por la maldita jaula, ya se habría corrido un par de veces, pensó agobiado.

Ella le agarró una mano y la apretó contra su sexo, ordenándole que la tocara.

Y eso hizo. Presionó con el pulgar el endurecido clítoris mientras ella se mecía en círculos contra él. Y después, cuando le llevó la mano libre a sus pechos, no lo pensó un instante. Atrapó un pezón entre los dedos y tiró.

Ella comenzó a moverse más rápido, cabalgándolo con salvaje ímpetu mientras sus uñas recorrían el torso masculino, dejando senderos enrojecidos que, en lugar de causarle dolor, lo excitaron más aún, si es que eso era posible.

De nuevo se sintió valorado y apreciado mientras ella abría las manos en abanico sobre él y jadeaba con fuerza mientras lo montaba excitada. No tardó mucho en volver a correrse. Y esta vez él no permitió que se alejara. Le agarró

la cintura, instándola a que continuara meciéndose. Pero ella ignoró su muda petición y lo apartó de dos fuertes manotazos para luego levantarse y alejarse.

—¡No puedes irte y dejarme así, joder! —estalló Uriel encolerizado.

—Claro que puedo —replicó una voz, que, aunque sólo había oído en una ocasión, reconocía perfectamente, pues la oía en sus sueños más noches de las que le gustaría—. Eres mi juguete. Puedo hacer lo que me dé la gana contigo, y me divierte dejarte a medias —afirmó burlona la Reina del Infierno antes de que un fino hilo de luz iluminara un rectángulo en la pared.

Uriel pudo ver su silueta y, aunque no pudo discernir el color de su pelo ni la forma de su cuerpo, sí captó que era muy bajita y delgada antes de que la puerta se cerrara volviendo a sumirlo en la oscuridad.

Un segundo después, la sala se iluminó, indicándole que la sesión había acabado. También que estaba solo de nuevo. Pero no pensaba irse hasta correrse, decidió furioso yendo al borde de la cama. Se sentó con los pies en el suelo, las rodillas flexionadas y las piernas separadas. Se chupó el anular, se lo hundió en el ano y se frotó ese punto que lo hacía gemir mientras empleaba la mano libre en ordeñarse.

¿Creía que no iba a ser capaz de correrse por llevar la jaula? Qué poco lo conocía.

—No cabe duda de que es todo un semental —le comentó Kaos a Avril, observando lascivo al hombre que se masturbaba frente al espejo—. No me extraña que te haya llamado la atención. Bien dotado y con un cuerpo bonito, capaz de obedecer órdenes y también de rebelarse en los momentos precisos, y con un poso de beligerancia que lo hace aún más atractivo.

Avril observó excitada cómo se masturbaba. Casi estaba tentada de entrar y volver a disfrutarlo. Era un tipo lleno de contradicciones, atractivo, osado y

sin normas que lo lastraran, tan pronto se sometía como se rebelaba, y eso lo hacía muy interesante.

—Deberías quedártelo —comentó Kaos—. Convertirlo en tu favorito; al fin y al cabo, eres la Reina del Infierno.

—Yo no tengo favoritos —rechazó ella, la mirada fija en el hombre del otro lado del cristal.

—Tampoco sueles follar, y esta noche lo has hecho.

—No me gusta rechazar los regalos de mis amigos.

—La primera vez que jugaste con él no fue un regalo.

—La primera vez que jugué con él me intrigó, por eso me lo he follado hoy —afirmó acercándose al espejo para no perderse ningún detalle de lo que pasaba en el cuarto aledaño.

—Y te has corrido dos veces seguidas —apuntó Kaos—. Deberías habértelo quedado un rato más. Seguro que te habría ofrendado más orgasmos. Es glorioso —alabó observando a Uriel acercándose al clímax.

Meneaba la mano sobre su verga con rapidez mientras se taladraba el culo con dos dedos. De súbito, todo su cuerpo se puso rígido y eyaculó un denso chorro de semen.

Avril esbozó una complacida sonrisa y, sin perder más tiempo, salió del cuarto. Tenía un infierno que dirigir.

Comisura

Punto de unión de ciertas partes similares del cuerpo; como los labios y los párpados.

Besar la comisura de sus labios, saborearlos de nuevo, perderme en ellos.

Viernes, 16 de noviembre de 2018

—¿Adónde llevarías a una chica que te gustara un montón? —le preguntó Kini a Calix en mitad de la carrera, aunque más que una pregunta fue un estallido, como si llevara mucho rato pensando cómo exponer la cuestión y al final hubiera acabado por vomitarla sin más.

Calix sonrió. Kini y Jimena, cada uno por separado, le habían hablado de su cita disfrazada de salida cultural. Ambos estaban impacientes, nerviosos y muy ilusionados.

—Cuando salgo con Iskra, y es una chica que me gusta muchísimo, vamos al cine y a cenar.

—Pero eso no me vale —dijo Kini sin aliento mientras subían la Cuesta de la Vega.

—¿Por qué no?

—Porque ir al cine no es nada del otro mundo, y con la suerte que tengo seguro que coincidimos con sus amigos y acabamos siendo mogollón —replicó malhumorado—. Y cenar en un sitio chulo queda fuera de mis posibilidades. Podría invitarla al búguer, pero eso no es original, y yo quiero que sea especial —señaló con las mejillas encendidas acelerando el paso.

Enfilaron el viaducto a un ritmo demencial y Calix no pudo menos que

sonreír comprensivo. El muchacho estaba enamorado hasta las trancas y eso ponía nervioso a cualquiera, por lo que corría más rápido de lo que podía permitirse con la esperanza de que el cansancio lo calmara. Pero no le serviría de nada. El desasosiego continuaría allí cuando parara. Él lo sabía de primera mano. Porque también estaba enamorado. Y acojonado.

Llevaba toda la semana tonteando con Iskra, sin ir más allá de unos cuantos besos que cada día se volvían más apasionados. Cada vez le resultaba más difícil contener el deseo que lo devoraba y no mostrarse como el sátiro que era. Y si conseguía mantener la lujuria bajo control era porque rara vez estaban solos.

—¿Y si la invito a una ruta por el Madrid misterioso? Son baratas y podría estar chulo —sugirió de repente Kini, deteniendo su loca carrera para tomar aliento—. He hecho algunas de esas con mi abuelo, en plan ver monumentos y tal, pero esta de miedo podría estar genial para ir con Jimena, ya sabes... —añadió enrojeciendo.

—No, no sé —rebató Calix, intrigado por el repentino azoramiento del chico.

—Pues eso... —Evitó mirarlo—. Que lo mismo se asusta y..., no sé, se me acerca en plan «tengo miedo», «dame la mano» o algo por el estilo. Y yo pues la puedo agarrar por la cintura y abrazarla, ¡o yo qué sé! —Echó de nuevo a correr con un ritmo endemoniado.

—¿Vas poniendo una serie mientras acabo de tender? —le pidió Iskra con las sábanas en la mano.

—Vale —aceptó Calix colocando el último plato que había fregado en el escurridor.

Secó la pila y fue al salón. Cogió el mando del canal en *streaming* y buceó entre las series buscando alguna interesante. No quería que fuera romántica,

pues tendría escenas subidas de tono y no deseaba encenderse más de lo que ya estaba, tampoco de guerra o de asesinatos, pues a Iskra no le gustaban nada. Había descartado bastantes cuando llegó a la que habían empezado a ver la semana anterior. Esbozó una radiante sonrisa al recordar en qué había desembocado ese visionado y estuvo tentado de ponerla, pero rechazó la idea argumentando que Iskra se moriría del susto si la eligiera, aunque lo que en realidad temía era volver a descontrolarse si ella lo abrazaba. Siguió buscando y, antes de darse cuenta de lo que hacía, la había puesto de nuevo. Miró fijamente el televisor. Si volvía a ponerla, Iskra se asustaría y se acurrucaría contra él, como Kini esperaba que hiciera Jimena. Sintió un ramalazo de envidia al darse cuenta de que el chaval estaba preparando su cita con ilusión y no pocas expectativas, mientras que él, que se suponía que era un adulto seguro de sí mismo, estaba asustado por tener que pasar la noche, a solas, con la chica a la que se moría por besar y abrazar.

Acarició con el pulgar el botón del mando mientras observaba pensativo la pantalla.

Iskra entró en el salón con su bata polar, sus zapatillas de borreguito y un bol de palomitas, y se sentó en el asiento del centro, junto a Calix, que no pudo evitar mirar intrigado la bata. ¿Qué secretos ocultaría?

—Ya sé que acabamos de cenar, pero las palomitas hacen que la noche sea especial, ¿no crees? Ver una película sin ellas me parece muy soso, sería como si fuera martes o jueves en vez de viernes y... —Abrió unos ojos como platos al ver lo que Calix había puesto—. No podemos ver esa serie, por su culpa me han sucedido fenómenos extraños.

—¿Como por ejemplo? —Calix la enlazó por la cintura y abrió los dedos sobre la pronunciada curva de su cadera.

—El lápiz se deslizó solo por la mesa —le recordó Iskra subiendo los pies

al asiento. Los guardó bajo su trasero y se acurrucó contra él. Si aparecía algún fantasma, Calix la protegería.

—Quedamos en que fue porque tú lo empujaste —replicó risueño, acomodándola contra él. Sintió su mullida suavidad bajo los dedos y las mariposas comenzaron a batir alas en su estómago. Era maravilloso tenerla así, sólo para él. Le hociqueó el pelo. Le encantaba su olor.

—Anteayer se movieron las cortinas —comentó Iskra apoyando la cabeza en su torso, sobre su corazón. Le gustaba oír sus latidos, sobre todo cuando se aceleraban por su culpa, como en ese momento.

Sonrió encantada y le rozó con la mano el estómago en una sutil e inocente caricia.

Calix se estremeció, sintiendo un ramalazo de deseo nada inocente.

—Porque la ventana estaba abierta y corría el aire —señaló mirándola embelesado.

Era preciosa. Tan única y especial, y estaba con él, regalándole su maravillosa sonrisa. Apretó la mano que la ceñía, pegándola a él. Encajaba perfectamente en su cuerpo. En su corazón. En su alma.

—Y ayer tuve mucho frío de repente, y todo el mundo sabe que cuando hay fantasmas el ambiente se vuelve gélido. —Iskra lo miró desafiándolo a negar la evidencia.

—Porque la estufa catalítica se quedó sin gas y se apagó —explicó divertido besándole la coronilla. Adoraba el tacto sedoso de su pelo. Y de su piel. Y de toda ella.

—No quiero ver esa serie..., me da miedo —protestó.

—Y ¿quién te ha dicho que te voy a dejar verla? —Le acarició el cuello con la nariz.

Iskra lo miró con los ojos entornados, intuyendo al fin su juego.

Él le guiñó un ojo antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja. Al instante siguiente, la alzó en sus brazos e Iskra se encontró sentada en su regazo y con los labios sobre los suyos.

La besó con avidez, llevaba todo el día sin besarla, y ése era mucho más tiempo del que podía soportar. Tentó su boca hasta que ella se rindió y la abrió para él. Paseó la lengua por la punta de sus dientes, jugando con ellos, probando su filo antes de apartarse travieso y recorrerle los labios. Se detuvo sobre la comisura interminables segundos, degustando ese diminuto punto que tanto había deseado saborear, y cuando la oyó gemir impaciente entró de nuevo en su boca y le delineó el cielo del paladar.

Ella le correspondió con idéntica sed y sus lenguas pelearon en un beso apasionado que los hizo temblar. Al menos, hasta que se separaron buscando aire e Iskra aprovechó para tratar de bajar del regazo masculino y regresar a su asiento. Al fin y al cabo, no hacía falta aplastarlo para disfrutar de un interludio romántico. Más bien al contrario.

Calix se lo impidió, ella se debatió tratando de bajarse y él se aferró a ella con sus manos, con su boca, con sus ojos y con todo su ser. No iba a dejarla escapar.

Pero escapó. Liberó su boca y lo empujó, apartándolo.

—Deja que baje al asiento —le pidió azorada.

Él negó con un gesto antes de volver a besarla de nuevo. O, al menos, a intentarlo, porque ella se zafó de sus labios.

—Peso mucho, se te dormirán las piernas. Deja que me siente en el sofá —le dijo acomplejada. Prefería bajar antes de que él empezara a quejarse por su peso.

Calix alzó una ceja. ¿Estaba hablando en serio? Por lo visto, sí, intuyó al ver su gesto abatido y sus mejillas sonrosadas.

—Me encanta sentirte sobre mí —susurró contra sus labios, atrapándola otra vez cuando culebreaba tratando de escabullirse—. Si sigues intentando escapar, vas a conseguir que manche los pantalones —gimió.

La besó al tiempo que la pegaba contra él, mostrándole lo que sus intentos de fuga estaban provocando en su entrepierna.

Iskra se quedó inmóvil al notar cuán excitado estaba. Posó una mano sobre

su corazón y deseó que su ropa desapareciera para poder sentir la calidez de su piel. Sin dejar de besarlo, deslizó la mano por su torso, buscando el borde de la sudadera, y cuando lo encontró dejó resbalar los dedos bajo la suave felpilla y los abrió en abanico sobre su terso estómago.

Calix se estremeció bajo el candente contacto y, olvidando toda medida, la recostó contra el apoyabrazos del sofá y le bajó la cremallera de la bata.

—Joder —jadeó al ver el camisón de raso blanco con escote en pico y delicados tirantes que se ceñía a sus pechos, y a todo su cuerpo, como un guante.

—Es como el de Elizabeth Taylor en *La gata sobre el tejado de zinc*, pero Liz tenía menos *personalidad* que yo y le quedaba mejor, porque no se le desparramaban los pechos como flanes de gelatina —dijo nerviosa tratando de cerrarse la bata. Él se lo impidió. Sólo en sueños había imaginado que podría verla en camisón. Y, desde luego, en sus sueños no sentía la atroz vergüenza que la consumía en ese momento. Había sido una estupidez ponérselo. No le quedaba bien. Era para chicas con el pecho más firme y las caderas menos generosas—. Si me das un segundo, me cambio, ¿vale? —sugirió alterada.

Pero él debía de estar tan espantado por su deforme busto que no atinó a contestar.

—Puedo ponerme un sujetador, así se disimularán un poco —gimió turbada—. Algo de sujeción hace milagros con la *personalidad* de las chicas —intentó bromear.

Él por fin apartó la vista de sus pechos y la fijó en sus ojos.

—No vas a taparlos —gruñó conteniendo apenas su deseo de saborear las rígidas puntas que se marcaban contra el raso—. Eres gloriosa —murmuró reverente—. Joder, necesito probarlos.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Silueteó los pechos con la mano y bajó la cabeza atrapando un enhiesto pezón entre los labios. Iskra se estremeció ante su roce, arqueando la espalda para acercárselo más. Él aceptó su invitación. Se deleitó en él, lo chupó y lo mordisqueó por encima del suave

raso y, cuando lo notó duro bajo su lengua, pasó al otro. Lo estimuló mientras su mano jugaba con los pechos, amasándolos y alzándolos mientras ella se removía sobre su regazo dejando escapar unos quedos gemidos que lo excitaron más aún, si eso era posible.

La sujetó con fuerza intentando sofocar sus contoneos y así evitar que su adorable trasero siguiera frotándole la polla y llevándolo a un abismo de placer desbocado del que no se sentía capaz de escapar. Del que, de hecho, ni siquiera sabía si quería intentar huir.

—Para de moverte o no voy a poder controlarme —le suplicó, los labios a un suspiro de los círculos de humedad que su lengua y su boca habían creado en el camisón.

—No puedo. —Iskra apretó las piernas en busca de un placer que sentía cerca pero no podía alcanzar—. Tengo los pechos muy sensibles —gimió arqueándose cuando el aliento de él calentó sus pezones, haciendo que su vientre estallara en llamas.

Calix la miró con fiereza, la respiración tan agitada que el aire escapaba de sus pulmones en violentas sacudidas. Luchó por recuperar el control, pero se rindió cuando la vio llevarse la mano a la entrepierna, desesperada por aliviar el fuego que ardía en su interior. Le quitó la bata a tirones y le sacó el camisón, liberándose de la tortura de no poder verla por completo. De no poder saborearla ni sentir su piel bajo los labios.

—Eres gloriosa —repitió recorriéndola con una mirada cargada de deseo.

Sólo la cubría una delicada braguita de encaje que le permitía intuir el diminuto triángulo de vello oscuro de su pubis. El resto de su cuerpo estaba desnudo ante él. Ante sus manos, sus ojos y sus labios. Tenía unos preciosos pechos marfileños en los que destacaban unos grandes y sonrosados pezones que le hicieron la boca agua.

—La mujer más hermosa del mundo, tan excitada que te deshaces bajo mis manos. Y yo te he llevado hasta ahí... —dijo orgulloso.

Bajó la cabeza y saboreó las erizadas cimas que coronaban sus magníficos

pechos. Las succionó hasta que la tuvo removiéndose jadeante sobre él. Y, cuando ella volvió a llevarse la mano a la entrepierna, él la apartó, colocando la suya en su lugar. Presionó los dedos contra la vulva y trazó apretados círculos con el pulgar sobre el clítoris.

Iskra se tensó atrapándole la mano entre sus sedosos muslos y se quedó muy quieta, la respiración contenida en mitad de una inhalación.

Y él no pudo menos que sorprenderse ante su éxtasis. Porque ella no gesticuló ni gimió, tampoco jadeó o gritó. Solamente se quedó inmóvil cual Afrodita de mármol, sus ojos color miel fijos en los de él, revelándole el secreto de su placer y ofrendándole silente la dicha de su orgasmo.

La sostuvo mientras el clímax la dominaba y, cuando notó que se relajaba, la abrazó contra su torso y cerró los ojos, sintiéndose el hombre más afortunado del mundo.

Iskra se acurrucó contra él, tan confortablemente aturdida que era incapaz de pensar, sólo podía actuar por instinto. Y éste le decía que él aún tenía mucho por ofrecer, por sentir. Frotó la mejilla contra su rasposa barbilla a la vez que buscaba el borde de la sudadera. Metió la mano bajo la tela y le recorrió el pecho con dedos lánguidos, deteniéndose sobre sus pequeñas tetillas cuando éstas se endurecieron bajo su roce. Las torturó con inocente persistencia hasta que le arrancó un gruñido de placer que la llenó de orgullo. Luego deslizó la mano por sus suaves abdominales hasta llegar al definido montículo de su cresta iliaca.

Él se estremeció con fuerza y sus dedos se crisparon sobre la cintura femenina.

Turbada por su reacción, lo miró desconcertada, buscando confirmación de que le gustaban sus caricias, pero él tenía los ojos cerrados, los dientes apretados y respiraba pesadamente. Dudosa, le acarició el vientre y éste onduló bajo sus dedos. Fue en ese momento cuando se percató de que estaba tan tenso como una cuerda de guitarra a punto de romperse.

Más nerviosa de lo que quería aparentar, continuó transitando hacia la

cinturilla de los pantalones de chándal. La rebasó. Estaba a punto de escurrir los dedos bajo el slip cuando él le sujetó la mano, impidiéndoselo.

—No puedo. Lo siento, no puedo —se disculpó, su aliento escapando sibilante entre sus dientes apretados.

—Está bien.

—No, no lo está, es una mierda —gruñó rabioso—. No tienes ni idea de lo mucho que te deseo. —La besó delirante, odiándose por no ser capaz de dejar los recuerdos atrás y comportarse como un hombre normal.

Pero no podía. Cada vez que lo tocaba, no podía evitar tensarse a la espera del rechazo, o del dolor; en realidad, de ambos a la vez. No podía cederle el control de su placer. Porque a través de éste podría dominarlo y castigarlo. Iskra no era Uriel, no era un amigo que no quería nada de él excepto un poco de sexo. A ella la amaba con toda su alma, y ese amor lo hacía vulnerable a sus deseos, a su control. Le daba poder sobre él. Igual que se lo había dado a Verónica. No podía permitirle tomar el control de su placer, pero, Dios santo, cómo la deseaba. Tanto que le costaba razonar. Era poco más que un animal vencido por su libido.

Se debatió entre aferrarle la mano y dirigirla para que lo masturbara, como la última vez. De esa manera, él tendría todo el control. Pero sabía que esta vez no le bastaría con el roce de los dedos femeninos enjaulados entre los suyos. Necesitaba... más.

La tumbó en el sofá y le puso las manos por encima de la cabeza antes de colocarse sobre ella y separarle las piernas con las rodillas.

—¿Puedo? —inquirió agonizante, suspendido sobre ella pero sin tocarla.

Iskra aceptó con un gesto, pero él se mantuvo alzado en una tensa inmovilidad.

—Sí —dijo ella en voz alta al comprender que no bastaban los gestos, que necesitaba oír las palabras.

Calix descendió pegando su rígida erección al pubis femenino. La sudadera, los pantalones y los calzoncillos de él y las braguitas de ella

impidiendo el roce de sus pieles. Se restregó contra ella, su respiración convertida en un resuello sin fin mientras el placer crecía, hasta que se encontró al borde del abismo. Y allí se mantuvo.

—Por favor, deja que... —silenció su súplica antes de decir el ritual que Verónica le exigía para permitirle llegar al orgasmo. Apretó los dientes y continuó frotándose contra ella decidido a correrse sin rogar. Ninguna mujer volvería a tener ese poder sobre él.

Un agónico gemido escapó de sus labios al darse cuenta de cuánto deseaba perderse en ella. De lo vulnerable que se sentía. De lo mucho que lo aterrorizaba la delirante necesidad de complacerla y rendirse a sus deseos. Pero no podía hacerlo. No se atrevía a confiar en ella, mucho menos en él, hasta ese punto. Había confiado en Verónica y lo había roto en mil pedazos. Pero Iskra no era Verónica, se recordó. Ella no lo humillaría ni lo haría sentir inútil. Intentó creer eso, pero sabía que era una mentira. Ella acabaría rompiéndolo, igual que Verónica. Aunque no quisiera hacerle daño, se lo haría, porque él era débil y estúpido y era fácil dominarlo y...

—Calix, mírame, por favor —le susurró Iskra, asustada al notarlo temblar. Tenía los párpados fuertemente apretados y su respiración era un estertor agónico. Le acunó la cara entre las manos, instándolo a abrir los ojos y mirarla—. Todo está bien, tranquilo —murmuró retirándole el pelo de la cara y esbozando una de sus luminosas sonrisas.

Y, perdido en sus ojos, él encontró la fuerza para confiar en ella y se rindió al orgasmo.

Se derrumbó sobre Iskra estremecido por la sobredosis de placer que lo recorrió. Y así se mantuvo unos segundos antes de alzarse sobre los brazos y mirarla arrepentido. Se había frotado contra ella gruñendo y empujando como un animal en celo.

—Lo sient... —intentó disculparse, pero Iskra lo frenó con un beso—. Lament... —Volvió a acallarlo con otro beso—. No quería... —Y de nuevo silenció sus labios con otro beso—. Yo...

—¿De verdad mi *personalidad* te parece gloriosa? —inquirió ella, impidiéndole continuar con esas disculpas que se negaba a escuchar. Se estiró perezosa bajo él, rezando para que no se percatara de la vergüenza que sentía al mostrarle su oronda desnudez.

Calix la miró turbado antes de asentir con un gesto.

—Más que gloriosa. Eres un sueño hecho realidad. Mi sueño —musitó apartándose.

Sentía el semen mojándole la ropa y manchándole la piel, el sudor corriéndole por la frente y entre los omóplatos, y tenía el cuerpo laxo y tembloroso por el salvaje orgasmo al que se había rendido. Se sentía... perdido. Confundido. Avergonzado por su falta de contención, y trastornado en lo más profundo de su ser.

—Tengo que... —«limpiarme esta suciedad»— ducharme. Vuelvo dentro de un rato. ¿Me esperarás? —La miró azorado, después de su delirante actuación no le extrañaría nada que huyera despavorida.

—¡Claro! —replicó risueña con una radiante sonrisa que achinó sus ojos—. Aún no hemos probado las palomitas, habrá que ver una película para comérmolas, ¿no crees?

Él asintió con gesto abatido y salió del salón.

Iskra esperó a verlo entrar en el baño para relajarse y borrar la sonrisa de sus labios.

Era la segunda vez que lo oía suplicar por correrse. La primera lo había dicho en voz tan baja que no había estado segura, pero ésta lo había oído alto y claro. Y luego él había empezado a temblar. Como si estuviera luchando contra sí mismo y no se viera capaz de vencer.

¿Qué le había hecho esa mujer? ¿Hasta dónde había llegado su crueldad?

Una intensa furia se alojó en sus entrañas, haciéndolas arder con una rabia atronadora. Tardó un instante en reconocer qué era lo que le removía las tripas. Odio. Un odio tan profundo y agudo que le costó no poco esfuerzo

relegarlo a un rincón de su mente. Un rincón en el que permaneció latente, esperando el momento de resurgir con fuerza.

Calix salió del baño reticente a ir al salón. Mientras se duchaba había buscado sin cesar una excusa válida para el salvajismo del que había hecho gala. ¿Qué pensaría Iskra de él? Se había comportado como un bruto lascivo. También como un cobarde. Era imposible que pudiera defraudarla más de lo que lo había hecho ya.

Entró en el salón con timidez y la encontró sentada en el sillón, con la bata puesta, la cremallera cerrada y los pies enfundados en sus zapatillas de borreguito. Se había peinado y lavado la cara, imaginó que en la cocina, y estaba resplandeciente. Más hermosa que nunca.

—Iskra, antes me he comportado como un cerdo, lo sient...

—¿Has visto *Mi desconfiada esposa*? —lo interrumpió—. Gregory Peck y Lauren Bacall son unos recién casados, él es un cronista deportivo al que lo persiguen unos mafiosos y ella una diseñadora de moda. Ganó el Oscar al mejor guion original y tiene algunas de las escenas más hilarantes que he visto nunca. ¿Te apuntas? —Dio unas palmaditas en el sofá.

—Claro...

Se sentó a su lado y ella se acurrucó mimosa contra él.

—Sobre lo que ha pasado antes, yo...

—En esta película, Mickey Shaughnessy hace de boxeador sonado. Y cada vez que Peck le dice «Mira mal» se lía a dar leches a diestro y siniestro —explicó jovial.

Calix la miró con los ojos entornados, comprendiendo al fin.

—No vas a dejar que me disculpe...

Ella se abrazó a él esbozando una de sus luminosas sonrisas por toda respuesta antes de darle al *play*. Él la miró arrobado durante unos minutos, los

que tardó Iskra en darle un pellizco en el muslo indicándole que debía mirar la tele, no a ella. Y eso hizo, aunque a regañadientes. No tardó mucho en dejar de prestar atención al televisor para entretenerse en asuntos más placenteros.

Iskra fue besada, acariciada y saciada varias veces antes de que el sueño los venciera. Pero él no permitió que volviera a tocarlo por debajo de la ropa, ni siquiera la tripa. Se sentía demasiado vulnerable como para exponerse aún más.

Verborragia

Verbosidad excesiva.

Sábado, 17 de noviembre de 2018

—Aunque te parezca mentira, los coleópteros son la familia más numerosa del planeta. Hay casi 375.000 especies... Imagínate la de millones de ellos que viven en la Tierra.

—Hay más escarabajos que personas, qué maravilla —ironizó Jimena, mirando recelosa el ejemplar de la vitrina. Era más grande que su mano. Dio un paso atrás. El bicho estaba atrapado tras un cristal y lo atravesaba un alfiler, pero aun así, cuanto más lejos, mejor.

—Sí, es impresionante —convino Kini sin captar la ironía de sus palabras—. Y, a pesar de eso, apenas han sido estudiados. Hay especies que son casi desconocidas. Yo los estudiaré y les daré la importancia que merecen —afirmó decidido.

Y Jimena no pudo evitar mirarlo fascinada. Era el único chico que conocía que tenía claro en qué quería trabajar y que estaba haciendo lo imposible para lograr su sueño. Porque, a tenor de lo que había visto cuando estudiaban juntos, no cabía duda de que se estaba esforzando muchísimo. Y de que la nueva escuela a la que iba le estaba viniendo de maravilla. Parecía otro, más seguro de sí mismo, más decidido, más... adulto. También más guapo.

—¿Sabías que se comunican mediante sonidos, vibraciones y feromonas? —comentó Kini alzando la cabeza, y en ese momento se dio cuenta de que ella lo miraba raro. Con insistencia. No apartaba la vista de su boca, como si

tuviera algo entre los dientes, pero se los había lavado a conciencia antes de salir de casa—. Y el escarabajo pelotero se orienta con las estrellas. ¿Te lo puedes creer? Es decir, sigue el sendero luminoso de la Vía Láctea. No se conoce otro insecto que lo haga. ¿Te lo imaginas mirando al cielo por la noche para saber adónde ir? Es tremendo, ¿verdad? O sea, yo ni siquiera sé cuál es la Osa Mayor, y un escarabajo pelotero sabe guiarse por las estrellas —dijo consciente de que estaba parlotando, pero ella no dejaba de mirarlo y eso lo ponía muy nervioso—. Éste es un *Belionota sumptuosa* —señaló un escarabajo de alas iridiscentes—, no es de extrañar que los egipcios los usaran como joyas, incluso tenían un dios, Jepri, que era un escarabajo...

—Qué interesante —respondió Jimena sin mirar el escarabajo.

—Sí, mucho —farfulló Kini sin saber qué hacer para que dejara de mirarlo así—. ¿Te he enseñado mi mariposa favorita? —Salió presuroso de la sala de exposición. De repente hacía mucho calor allí. Tanto que se estaba quedando sin aire. Joder, necesitaba un cigarro con urgencia.

Estaba a punto de enfilarse hacia la salida para hacer un receso y echarse un pitillo cuando ella le tomó la mano.

—¡Espérame, aquí me pierdo! —le ordenó sonriente.

Él se paró en seco y, sujetando reverente su mano, atravesó las conocidas salas del museo aguantándose las ganas de fumar. No todos los días tenía la oportunidad ir de la mano con Jimena, no iba a desaprovecharla por fumarse un cigarro.

—¿Sabías que el museo tiene más de dos millones de ejemplares pendientes de incorporar a sus colecciones? —le comentó Kini al llegar a una sala con cientos de mariposas expuestas—. Yo los ayudaré a registrarlos e incorporarlos cuando acabe la carrera. Y puede que les consiga algunos, no se me da mal recolectar insectos —declaró ufano antes de dirigirse a una vitrina en la que se exponía una enorme mariposa de alas verdes con venas de color rojizo y ocelos en cada ala—. *Graellsia isabellae*, o mariposa isabelina, ¿a que es preciosa?

Jimena asintió con un gesto, fascinada por el brillo de su mirada y el entusiasmo que transmitía; no cabía duda de que lo apasionaban los bichos.

—En cuanto tenga un día libre voy a salir a recolectar insectos. No es fácil, pero tengo un sexto sentido para localizarlos. Ya has visto todos los que tengo en casa, y casi todos los he atrapado yo —dijo presuntuoso, y Jimena lo miró admirada, lo que lo animó a seguir jactándose de sus logros, por mucho que éstos no fueran nada del otro mundo—. Aunque no te lo creas atrapar insectos es arriesgado: hay algunos tan venenosos que pueden provocar incluso la muerte —explicó, dándole a entender lo peligroso que era y que se jugaba la vida al hacerlo. Claro que ella no tenía por qué saber que la mayoría de esos insectos habitaban en otros países y, por ende, fuera de su alcance—. Pero yo me las apaño bien y no le tengo miedo a nada. Soy un gran cazador, tendrías que verme trepar a los árboles más altos, escalar montañas de paredes verticales y vadear riachuelos. Y ríos —añadió para darle más importancia al asunto—. Tal vez me acerque el mes que viene a El Escorial para hacerme con algún ejemplar de mariposa isabelina, y no te creas que es tarea fácil, el monte es muy traicionero —se jactó presumido, al fin y al cabo, no había nada malo en vacilar un poco delante de su chica.

O de la chica que quería que fuera su chica. Ella no tenía por qué saber que casi todas las mariposas de su colección eran fáciles de encontrar. Y si pensaba que él era algo así como un Indiana Jones de los insectos, pues, en fin, no había nada malo en que ella lo mirara impresionada.

—Me encantaría acompañarte —admitió Jimena sonriente.

Kini sintió que su corazón daba un doble salto mortal. ¿Quería ir con él? ¡¿Por qué?! No le gustaban los bichos, eso estaba claro. ¡¿Para qué iba a acompañarlo?! Recolectar insectos era un ochenta por ciento de caminar sigiloso mirando con atención la vegetación y un veinte por ciento de correr como un loco tras ellos para que no se le escaparan. Se aburriría como una ostra. Y, peor todavía, descubriría que le había mentado haciéndole creer que era una aventura arriesgada. Se enfadaría. Y con razón.

—Podríamos ir en el puente de la Constitución. ¿Nos llevaría tu abuelo? — preguntó Jimena, y Kini asintió con un gesto, demasiado pasmado para contestar—. Genial, si va el Ogro mamá me dejará ir. ¿Qué tengo que llevar?

—¿Llevar de qué?

—De ropa. ¿Me pongo deportivas y chándal?

—Ah... Mejor botas de montaña y ropa abrigada, seguro que hace frío.

—Vale, le diré a mi madre que me las compre. Entonces ¿lo hacemos? ¿Nos vamos de excursión a El Escorial?

—Claro... Hablaré con mi abuelo para que nos lleve, seguro que estará encantado —masculló con el cerebro a mil por hora.

¡Tenía veinte días para buscar una excusa creíble para no ir! Porque lo que tenía claro era que no iba a llevar a Jimena a buscar bichos. Se sentiría defraudada en cuanto no lo viera escalar montañas, vadear ríos ni luchar con peligrosísimos insectos. Además, dudaba mucho que pudiera convencer a su abuelo para que los llevara. ¡Odiaba el campo tanto como sus padres!

¡Qué desastre! ¡¿Por qué no se habría quedado calladito?!

—¿Qué tal la exposición? —le preguntó Salvador cuando regresó a casa bien entrada la tarde.

—Interesante —masculló el muchacho, entrando cabizbajo al salón.

—¿Había muchos coleópteros? —Kini asintió con un gesto—. ¿Jimena se divirtió?

—No se acercó a las vitrinas de los insectos, pero luego fuimos a ver los dinosaurios y el Real Gabinete y creo que le gustaron mucho. Eso me dijo, al menos. —Claro que también se lo había dicho de la exposición y dudaba que le hubiera gustado, más bien al contrario.

—¿Qué tal la ruta misteriosa? —indagó el Ogro, preocupado por el gesto agobiado de su nieto.

—Bien —musitó Kini con la mirada baja y las manos en los bolsillos—. No daba miedo ni nada por el estilo, nos contaron historias y tal, pero Jimena no se asustó en absoluto.

—Eso está bien, ¿no crees? ¿O acaso pretendías que pasara miedo? —le planteó Salvador, mirándolo intrigado.

—No, claro, pero eran asesinatos y temas de éstos, podría haberse asustado un poco —masculló huraño. Pero no lo había hecho, lo que había dado al traste con sus ilusiones de tomarla de la mano o por la cintura, aunque bien era cierto que en el museo habían estado cogidos de la mano. Recordar eso lo hizo sonreír, al menos hasta que le vinieron a la mente los planes que habían hecho.

Alzó la cabeza y miró a su abuelo, quien a su vez lo observaba con los ojos entornados, pendiente de todos sus gestos.

—Estaba pensando que, como he aprobado todo y no voy retrasado, podríamos salir al campo el mes que viene. Para buscar bichos y tal. —Lo miró receloso, esperando que se negara, pero su abuelo se limitó a arquear una ceja instándolo a continuar—. Podríamos ir a El Escorial en el puente de diciembre, pero no al pueblo, sino al monte. Con Jimena. Dice que quiere ver cómo recolecto insectos...

—No me dio la impresión de que le hiciera mucho tilín tu colección de insectos —señaló con tiento Salvador. Más bien le había parecido que la niña estaba a punto de salir corriendo de la habitación.

—Ya. Creo que le dan repelús.

—Y ¿quiere acompañarte a recolectar?

—Ha sido idea suya. Pero la verdad es que si quiere ir es por mi culpa. Le hice creer que buscar insectos es una aventura —dijo en un arrebató de sinceridad de lo más inoportuno, porque bastante malo era haber engañado a Jimena como para encima confesárselo a su abuelo. Pero no podía parar de hablar—. Se me ocurrió decirle que quería ir a buscar la mariposa isabelina y dijo que quería acompañarme —masculló frunciendo el ceño—. Es un desastre, abuelo, es invierno y la isabelina sólo vive en verano, se dará cuenta

de que lo dije por vacilar y... —Bajó la cabeza avergonzado—. Le diré que tengo que estudiar y no puedo.

—Eso no estaría nada bien —rebató el Ogro—. No es correcto decepcionar a una dama. Si quiere ayudarte a recolectar insectos, lo mínimo que tienes que hacer es llevarla contigo. Nos acercaremos a El Escorial y pasaremos un buen día de campo.

—Pero no encontraremos mariposas isabelinas.

—Y ¿piensas que eso es importante? —inquirió mirándolo con cariño—. Sinceramente, no creo que a Jimena le importe lo que atrapéis, siempre y cuando pueda atraparlo contigo...

Kini esbozó una tímida sonrisa que trocó la incertidumbre en esperanza.

—Podríamos buscar *Lemonias philopalus* o *Epirritas dilutatas* —propuso entusiasmado antes de salir corriendo a la sala de estar a por uno de sus muchos libros sobre insectos. Tenía que informarse sobre los que podría encontrar en climas fríos.

Badomía

Despropósito, disparate.

Miércoles, 5 de diciembre de 2018

—No me puedo creer que Rodrigo nos haya invitado a cenar con ellos en Navidad —comentó Iskra entusiasmada mientras lavaba la verdura para la cena.

—Yo tampoco me lo puedo creer —masculló Uriel desdeñoso—. Me hace tanta ilusión que no sé si cortarme las venas o dejármelas largas...

—Prueba a cortártelas y así nos libras de tu presencia —le espetó Calix malhumorado al ver que trataba de echar por tierra la ilusión de Iskra.

A él tampoco le hacía mucha gracia eso de reunirse ciento y la madre en casa de Rodrigo, pero todavía lo molestaba más la actitud despectiva de Uriel. Una actitud que llevaba perpetuándose desde hacía ya varias semanas, y que cada vez iba a peor.

—Me encantará complacerte —aceptó con desidia. Abrió el cajón de los cubiertos—. ¿Cuál quieres que use? ¿Uno afilado para que sea un corte limpio y no me duela demasiado o uno de sierra que me destroce la muñeca y me haga sufrir? Mejor el de sierra —decidió Uriel acariciando con las yemas dicho cuchillo.

—No me hace ninguna gracia, Uriel —lo regañó Iskra cerrando el cajón de golpe, y menos mal que Uriel estuvo atento, porque casi le pilló los dedos—. Deja de poner morritos, ya verás cómo nos lo pasamos estupendamente.

—Yo no pongo morritos..., a no ser que vaya a comerme un coño o una

polla —replicó él lamiéndose los labios a la vez que la miraba lujurioso—. ¿Te ofreces voluntaria para que te haga un trabajito?

—Se está rifando una hostia y tienes todas las papeletas para ganarla —le advirtió Calix.

Iskra se volvió y le dio un cariñoso beso tratando de calmar su enfado, aunque era complicado. Uriel cada vez se mostraba más hiriente, más grosero. Era como si algo lo estuviera carcomiendo por dentro, emponzoñándolo.

—¿De qué tipo de hostia estamos hablando exactamente? —inquirió Uriel burlón—. No me importaría recibir unos cuantos golpes, aunque si puedo elegir, prefiero unos correazos bien fuertes en el culo y algún que otro bofetón en la cara, también un par de azotes en los huevos. ¿Hasta dónde estarías dispuesto a llegar, Calix? ¿Quieres follarme y torturarme o sólo golpearme? —lo desafió agarrándole la polla.

—¿Qué narices te pasa últimamente? Te comportas como un demente —lo increpó Calix apartándole la mano—. No te reconozco...

—No puedes reconocerme porque jamás he dejado que me conocieras —dijo capcioso para luego estallar en una endemoniada carcajada al ver su gesto de perplejidad—. No te lo tomes tan a pecho, sólo estoy bromeando. —Se volvió hacia Iskra—. ¿Te ayudo con la ensalada, princesa?

—Claro, trocea la verdura.

Trabajaron en silencio, Calix haciendo el pescado, Uriel la ensalada e Iskra preparando la fruta para el postre. Hasta que ella no pudo soportar más el silencio.

—Nunca he celebrado la Navidad con tanta gente. ¿Cómo se vistieron el año pasado para la cena? —le preguntó nerviosa a Calix—. No quiero desentonar. Tal vez me haga un vestido de cóctel corto, de falda plisada y hombros descubiertos. He visto una tela perfecta para la Navidad: azul noche con estrellas de nieve suspendidas que se acumulan en el bajo.

—Seguro que estás preciosa. Casi me siento tentado de quedarme sólo por verte —declaró Uriel, porque, a pesar de lo que había afirmado antes, sí le

gustaría pasar con ellos esa Nochebuena y disfrutar de un poco de alegría navideña por primera vez en muchos años. Pero no podía. Tenía un aniversario que celebrar.

—¿No vas a cenar con nosotros? —Lo miró confundida. No tenía familia en Madrid, ni en ninguna otra parte, que ella supiera. Sólo su padrino, el maestro camisero, y por lo que sabía no se llevaban nada bien. Y ésa no era una noche para estar solo.

—Tengo otros planes. He alquilado una mazmorra en el Lirio Negro y pienso pasarme la Nochebuena siendo torturado, humillado y follado. — Sonrió malicioso, aunque la sonrisa no le llegó a los ojos.

—¡No digas eso ni en broma! —lo riñó Iskra dándole un cachete en el trasero.

—¿Quién te ha dicho que estoy bromeando?

—No puedes pasar la Nochebuena haciendo esas cosas —protestó—. No voy a dejar que...

—Déjalo hacer lo que quiera —la interrumpió Calix, disgustado por la desagradable broma de su amigo. Comenzaba a cansarse de oír despropósitos—. Tal vez con un poco de suerte desaparezca del mapa un par de semanas.

—Y tal vez con un poco más de suerte amanezca muerto en algún descampado. Por desear, que no quede —agregó Uriel burlón, tomando la ensaladera y llevándola al comedor.

Iskra se llevó las manos al pecho al oírlo y le dirigió una aterrada mirada a Calix, que no dudó en seguir a Uriel.

—¿Por qué narices dices esas cosas? —le espetó furioso agarrándolo del brazo para obligarlo a mirarlo.

—Porque me da la gana, ¿algún problema?

—Sí, muchos. ¿No te das cuenta de que cada vez que sueltas una burrada de ésas haces sufrir a Iskra? —«Y a mí.»

—Más la haces sufrir tú con tu actitud —repuso Uriel, mirándolo artero—. ¿Qué crees que se le pasa por la cabeza cada noche, cuando os sentáis en el

sofá a hacer manitas en vez de meteros en la cama y follar como Dios manda? Quizá piense que no es mujer suficiente para que te dignes follarla. O tal vez intuya que eres tú el que falla, que no tienes los huevos necesarios para follar. Que de hombre sólo tienes el nombre.

—Cállate —le espetó Calix, empujándolo furioso contra la pared.

—Oh, vaya, por lo visto, he puesto el dedo en la llaga. Pobre Calix, ¿no eres capaz de satisfacerla? Si quieres puedo ayudarte —dijo Uriel mordaz meneando las caderas.

Calix apretó los labios en un rictus de rabia y lo sacudió con fuerza, golpeándole la espalda contra la pared, lo que lo dejó sin aliento unos segundos.

—Parece que esa solución no te ha hecho gracia. —Sonrió traicionero—. Está bien, si tienes miedo de que prefiera mi polla a la tuya, la mantendré lejos de ella. Pero no puedo permitir que siga a dos velas, sería una crueldad intolerable, así que voy a regalarle un vibrador por Navidad. Así tendrá una verga, aunque sea de silicona, con la que satisfacerse.

Esta vez fue el puño de Calix estrellándose en su estómago lo que le robó la respiración.

—Menos mal que no he cenado, si no, ahora mismo estaría vomitándote la cena en los pies —comentó ufano, y su mirada parecía extrañamente complacida—. Infiero que lo del vibrador tampoco te ha hecho gracia. Entonces la única opción que le queda a la pobre es seguir absteniéndose de disfrutar de un buen polvo. Qué crueldad por tu parte. Eres como el perro del hortelano: ni follas ni la dejas follar...

—Cállate, joder —le ordenó Calix, golpeando la pared para evitar golpearlo a él.

—Cállame tú —lo desafió sonriendo mordaz—, puedes hacerlo con el puño o con la boca. Como más te guste...

—Uriel... ¿Qué es lo que te pasa? —les llegó la voz de Iskra desde un punto a su derecha. Ambos se volvieron hacia la puerta, desde donde ella los

miraba preocupada—. ¿Por qué dices esas cosas tan horribles?

—Sólo digo la verdad, princesa —replicó él, aunque su sonrisa flaqueó al decirlo.

—No, sólo dices lo que puede herirnos —negó ella acercándose. Se colocó frente a él y le tomó la cara entre las manos, acariciándole las mejillas con cariño—. Te comportas como si quisieras que te odiáramos, pero no lo vas a conseguir. Te queremos hagamos lo que hagamos, eso no va a cambiar.

—¿Me quieres? ¿En serio? Que palabra más fea es ésa y con qué facilidad la usas. A cualquier cosa la llamas amor. No, princesa, no me quieres, sólo lo crees. Te he engañado para que me tomes cierto afecto, pero si lo piensas bien te darás cuenta de que sólo sabes de mí lo que te he dejado ver. Si supieras el hombre que soy en realidad, me odiarías —aseguró jactancioso, inclinándose hacia ella como si fuera a besarla.

E Iskra, en lugar de apartarse o enfadarse, se alzó de puntillas y, pasándole las manos por la nuca, lo abrazó con fuerza reposando la cabeza contra su hombro.

—Sé cómo eres en realidad, y te quiero. Eres mi amigo y eso no va a cambiar por mucho que te esfuerces en enfadarme o herirme —afirmó con fiereza.

—¿Tú crees? —le susurró al oído antes de agarrarle las manos y obligarla a que lo soltara. Luego fijó una malintencionada mirada en Calix—. ¿Sabes por qué estaba tan convencida de que eras gay? Porque yo la persuadí de que lo eras. No llevaba un mes trabajando aquí cuando le aseguré que no te interesaban las mujeres, pero sí yo. Y la muy ingenua se lo creyó, aunque, claro, tu aversión a las féminas y lo mucho que yo te tocaba, y en los sitios en los que lo hacía, ayudó mucho a implementar esa idea en su cabeza.

Calix los miró pasmado, comenzando a entender muchas cosas.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó aturdido.

—Por lo mismo que la besé: porque me divierte.

—¿La has besado?

—Un par de veces, con lengua. También me ofrecí a follarla, pero ella no estaba por la labor. Una lástima, estoy seguro de que habría disfrutado más que contigo. De hecho...

No llegó a terminar la frase, puesto que Calix le cerró la boca de un puñetazo.

—¡Vaya, por fin se pone interesante! —se burló Uriel, lamiéndose la sangre que brotaba del corte de su labio—. ¿Quieres saber hasta dónde le metí la lengua?

—¡Calix, no! —exclamó Iskra interponiéndose entre ambos—. Es lo que quiere.

—Al contrario, no me apetece en absoluto que me parta la boca. ¿Cómo podría besarte si tengo los labios hinchados? —la contradujo Uriel mordaz, ganándose una furiosa mirada del rubio.

—¿Por qué lo haces? —Iskra clavó sus ojos en él con genuina preocupación. Ningún atisbo de odio o furia los enturbiaba—. ¿Por qué intentas que nos enfademos contigo?

—Porque me entretiene.

—No te creo. Es como si quisieras que te odiáramos, ¿por qué?

—Porque no merezco otra cosa —respondió él. Cogió la cazadora que estaba en la silla y enfiló hacia la puerta—. Me largo, aprovechad y follad como leones. Ah, no, que vosotros no hacéis eso. Una lástima, yo desde luego no pienso desaprovechar la noche.

Calígene

Niebla, oscuridad, tenebrosidad.

Uriel pagó la copa y se acomodó sin disimulo la erección en los pantalones mientras una sonrisa cáustica se dibujaba en sus labios. La gente tendía a imaginarse las salas de BDSM como lugares lóbregos en los que las personas iban desnudas o vestidas con cuero y follaban a diestro y siniestro en cada rincón.

No podían estar más equivocados.

Él llevaba unos vaqueros y una camisa, y el tipo que estaba a su lado un elegante traje. Por supuesto, también estaban los típicos *doms*, vestidos de cuero de los pies a la cabeza, y los característicos *subs*, desnudos excepto por el *bondage* que cubría sus cuerpos y los collares que delataban su pertenencia a algún amo o ama.

La iluminación tampoco era lúgubre como afirmaba la creencia popular. Eso sería contraproducente; al fin y al cabo, estaban en una sala dedicada al sexo, ¿de qué serviría que estuviera tan oscuro que nadie pudiera ver cómo follaban los demás? Así que, sí, había luz suficiente para captar todas las escenas que allí se desarrollaban. Y había unas cuantas.

Se apartó de la barra y se dirigió hacia un círculo de personas que rodeaban a dos mujeres tumbadas de espaldas sobre una mesa. Estaban atadas entre sí y unos cuantos *doms* se las follaban. Era interesante, pero no era lo que buscaba, por tanto, continuó su periplo. Al fondo, un hombre atado a un columpio era follado por una dómina con un enorme *strap-on*. No muy lejos,

una mujer a cuatro patas le comía el rabo a un rubio mientras un negro enorme le taladraba el coño. Tenía el culo sonrosado, pero no demasiado, lo que significaba que su amo no la había azotado en exceso, lo que lo descartaba para sus propósitos. Siguió buscando, prestando atención a las escenas que se desarrollaban a su alrededor en busca de los dominantes que necesitaba.

Kaos había cumplido su promesa y le había conseguido una mazmorra. Y él la había alquilado durante las tres últimas horas del día 24. Se había dejado un dineral en ella, pero merecía la pena. O la merecería si encontraba amos que estuvieran dispuestos a renunciar a la cena navideña para acompañarlo en su aventura. Y por eso estaba recorriendo el Infierno en lugar de follando en el Paraíso. Había cosas que no podía dejar para más tarde, porque cuanto más tiempo pasara sin enfrentarse a ello, más tentado se sentiría de dar marcha atrás y olvidarse de su penitencia. Pero el arrepentimiento no estaba permitido. Debía pagar por sus pecados y compensar sus culpas.

Se paró ante una escena que apenas tenía público, tal vez porque era demasiado dura y cruel para lo que se acostumbraba en el Infierno. Arrodillado en el suelo había un *sub* varón con las manos atadas a la espalda, la barbilla pegada a la madera, las piernas muy abiertas y el culo en pompa. De su ano emergía un gancho que estaba atado a una cuerda que a la vez se enganchaba a su coleta y le mantenía la cabeza dolorosamente arqueada hacia atrás. Tenía los testículos, de un intenso tono morado, atrapados en un aplastahuevos acrílico que debía de causarle un sufrimiento inhumano y la polla encerrada en una jaula de castidad tan pequeña que no le permitía siquiera una mínima erección. Pero eso no era lo más impactante de esa escena, sino el trasero y el interior de sus muslos. Los tenía de un rojo subido y llenos de verdugones, algunos en carne viva. Había sido azotado a conciencia, y con algo mucho más contundente y abrasivo que una pala. Sentada en un sillón frente a él estaba su ama. Siguiendo la tradición, vestía de cuero de pies a cabeza y llevaba algo en la mano. Uriel abrió unos ojos como platos al percatarse de que sujetaba un vergajo.¹ No pudo evitar estremecerse

al recordar la única vez que había sido azotado con uno. El dolor había sido atroz, casi tanto como la humillación de ser golpeado con una verga de toro. No era ésa una experiencia que olvidaría con facilidad.

Observó a la mujer. Acariciaba con la punta del vergajo a su sumiso, golpeándolo de vez en cuando con una fuerza que podía calificarse de excesiva para ese trasero tan torturado. Y cuando no lo azotaba se entretenía pateando el aplastahuevos, lo que lo haría soltar alaridos de dolor si no llevara una bola de billar encajada en la boca gracias a un bozal.

Esa mujer era una sádica que disfrutaba proporcionando dolor y humillando.

Y era justo lo que Uriel necesitaba.

Se acercó a la pareja y se arrodilló frente a ella, esperando que le diera permiso para hablar.

Un buen rato después volvía a recorrer el Infierno, una mueca que quería ser sonrisa pero no lo era curvando sus labios. No había sido difícil atraer para su causa a la dominátrix. De hecho, le había gustado tanto la fiesta que estaba montando para su mazmorra que incluso se había ofrecido a presentarle a un par de *doms*. Y, por lo que le había contado, eran tan sádicos o más que ella. Un escalofrío de puro terror le recorrió el cuerpo.

Iba a ser un aniversario inolvidable. Esperaba que Roser se sintiera complacida.

Dio por terminada su expedición en busca de amos y salió de la sala para ir a ver a Julio. Necesitaba concretar un par de cosas con él.

Todo se le borró de la mente cuando, al enfilear el largo pasillo que recorría el sótano, vio a una mujer entrando en la Ratonera. No pudo distinguirla bien, pues el pasillo apenas estaba iluminado y ella se hallaba de espaldas a él y vestía ropa oscura. Era muy bajita y delgada, con el pelo rubio, liso y largo hasta la cintura. Y caminaba como si nada le importara. O, más exactamente, como si estuviera decidida a joder el mundo.

Echó a correr tratando de alcanzarla, pero la puerta se había cerrado tras

ella. Metió la mano en la boca del demonio y esperó unos segundos que se le antojaron eternos antes de que por fin se abriera. Entró presuroso, pero allí sólo estaba Julio.

—¿Dónde está? —exigió saber.

El enorme calvo lo miró desdeñoso antes de esbozar una peligrosa sonrisa.

—¿Quién?

—La mujer que acaba de entrar —contestó Uriel escrutando la estancia. Sus ojos captaron una puerta apenas silueteada en una de las paredes. Se dirigió allí y empujó. No se abrió. Se volvió hacia el calvo y ordenó—: Ábrela.

—¿De verdad esperas que te deje pasar a los aposentos de la Reina del Infierno? Ni en tus mejores sueños —dijo despectivo, confirmando la identidad de la mujer.

Uriel cerró los ojos. Así que era ella. Y no había podido verla bien.

—¿Cómo puedo llegar hasta ella? Nunca la he visto en el Infierno.

—No suele mezclarse con los clientes —explicó Julio—. Si ella quiere verte, serás llamado.

—O regalado —apostilló Uriel.

—O regalado —aceptó burlón Julio—. Ciertamente, has sido uno de los mejores regalos que le hemos hecho. La complaciste mucho. Si te portas bien, tal vez vuelva a aceptarte en su lecho en un futuro no muy lejano.

—Tal vez a mí no me interese meterme en su cama... —replicó Uriel desafiante.

Arana

Embuste, trampa, estafa.

Sábado, 8 de diciembre de 2018

Un alarido desgarrador reverberó en el monte, extendiéndose por el pequeño prado con la potencia de una sirena de policía. O de una de bomberos. O de las dos juntas.

—Por lo visto, Jimena ha encontrado otro bicho —comentó Salvador, llevándose un trozo de tortilla de patatas a la boca.

—Eso parece, sí —convino Rodrigo. No era la primera vez, ni sería la última, que Jimena gritara durante esa excursión a la que Gala, Gadea y él habían aprovechado para acompañarla, pues era festivo. Se llevó a la boca un trozo de empanada y suspiró—. Jamás habría pensado que el campo diera un sabor tan magnífico a las comidas.

—Tenemos que preparar una excursión en primavera y hacer una barbacoa, eso sí que es gloria bendita.

—Yo preferiría una paella, conozco un restaurante cerca del pantano de las Picadas que las hace buenísimas. Podríamos encargarnos una y comerla en el campo —intervino Gala.

—¡Mamá! ¡Rodrigo! —les llegó el grito de Gadea. La niña subía la inclinada pendiente que llevaba al prado en el que estaban—. ¡Jimena ha encontrado una oruga! ¡Una *Helianosequé hercunosecuántos!* Y es asquerosa, toda llena de pelos, y se le ha caído encima al mover una rama. Y se ha puesto

a dar saltos y a gritar como una loca y se le ha metido bajo el abrigo ¡y no se la puede sacar!

Rodrigo saltó de la silla y echó a correr hacia donde una alteradísima Gadea señalaba histérica. Gala lo siguió, aunque a cierta distancia. Quería mucho a su hija, pero una oruga era una oruga, y estaba segura de que Rodrigo sería perfectamente capaz de librarla de ella.

No tardaron en descubrir que no era necesaria la intervención de ninguno de los dos, pues ya había sido salvada.

—No te creas que son fáciles de encontrar, has tenido mucha suerte —le dijo Kini a Jimena a la vez que metía la oruga en un pequeño bote de cristal.

La niña lo miró perpleja. ¿Suerte? Se había apoyado en una puñetera rama y una oruga repugnante y peluda se le había caído en el pelo. Eso no era suerte. ¡Era una desgracia! Se estremeció al recordar el tacto de ese bicho sobre la piel de su nuca.

—Es preciosa, ¿te has fijado en la franja amarilla de su lomo? —Le acercó el tarro y Jimena dio un salto poniéndose tras él, sus manos aferrándole la cintura.

—Muy bonita —masculló mirándola con evidente asco.

Kini esbozó una maliciosa sonrisa. Era facilísimo hacerla saltar para que buscara refugio en él. Sólo había que enseñarle un bicho. Guardó el tarro en la mochila y Jimena suspiró aliviada.

—¿Quieres que regresemos al campamento? —propuso consciente de que ella no lo estaba pasando exactamente bien.

—Aún no has encontrado la mariposa esa que querías cazar...

—No importa —contestó azorado. No había tenido el valor de decirle que no la iban a encontrar, pues estaría hibernando—. Ya la buscaré en otro momento.

La niña lo miró con el ceño fruncido y se cruzó de brazos nerviosa.

—No me apetece regresar tan pronto, menos ahora que mi hermana por fin ha desaparecido —confesó.

Y, como si la hubiera invocado, Gadea apareció con Rodrigo y con Gala.

—¡Jime! ¡Ya vamos en tu ayuda! —chilló la niña entrando en el claro en el que estaban.

—Qué pesadita es... —masculló Jimena.

—Podemos dar un paseo y fingir que estamos buscando arañas —le propuso Kini en voz baja—. Antes me ha dicho que le dan pánico...

Jimena lo miró maliciosa antes de alzar las manos y gritar a su hermana:

—¡No te acerques! Estamos cazando una araña *Tarantulea gigantonea*.

Gadea se paró en seco. Gala también. Rodrigo, un poco más valiente, continuó unos cuantos pasos, aunque se detuvo arqueando una ceja.

—Y ¿es peligrosa? Con ese nombre, imagino que sí —dijo, sus ojos violetas fijos en Kini.

El chaval enrojeció al saberse pillado in fraganti.

—¡Muchísimo! Salta y se te sube encima, y escupe y todo. Pero no es venenosa ni nada por el estilo, sólo muy asquerosa —inventó Jimena mirando a su hermana, quien dio un paso atrás aterrada.

Gala, tan asustada como su hija pequeña, no salió corriendo de puro milagro, mientras que Rodrigo luchaba por no romper en carcajadas que descubrieran el ardid de la parejita.

—Está bien, id a buscar esa araña. Pero no tardéis demasiado si no queréis quedaros sin comer —les advirtió. Aunque mucho se temía que a esos dos la comida les daba igual.

Jimena esbozó una radiante sonrisa, agarró la red que usaba más como defensa contra bichos que para cazarlos y, dándole la mano a Kini, echó a andar sin rumbo fijo.

Alacridad

Alegría y presteza del ánimo para hacer algo.

—... Rodrigo, Gala, las niñas, Adán, Eva, Dolores, Paco, Vicenta, Bruno, Cruz, Calix y yo. ¿Te lo imaginas? —comentó Iskra entusiasmada en el asiento trasero del coche—. Calix me ha dicho que no es necesario, pero yo quiero dar un regalito a cada uno. He pensado en hacer un neceser de tela para cada mujer, con un bordado que las caracterice, y para los hombres podría coser un organizador para sus cosas de afeitarse. Menos para Calix, a él le voy a hacer un perchero para corbatas. Bueno, sólo se lo voy a forrar, porque ya está hecho. He comprado unas telas superbonitas, estoy segura de que le va a encantar —afirmó emocionada—. También voy a hacer unas pitilleras para el tabaco de liar para Mihail y los demás. Y a ti te voy a... —se interrumpió de golpe—. Ah, no. No te lo voy a decir. Será una sorpresa. ¡Y te va a encantar! ¡¿Por qué tarda tanto en llegar el día de Navidad?! ¡Quiero dároslo todo ya! —Estalló en una alborotada risa que le iluminó toda la cara.

Y Pavel sintió el irrefrenable deseo de atraerla hacia sí y abrazarla y besarla como si fuera una niña pequeña. Como a la hija de la que nunca lo habían dejado disfrutar.

—¡Van a ser unas Navidades maravillosas! —exclamó ella abrazándolo de repente para, acto seguido, darle un largo beso en la mejilla—. Muchas gracias por invitarme a venir a Madrid. Has convertido mi vida en un sueño —dijo antes de volver a besarlo cariñosa.

—No sabes cuánto me alegro, Chispita —respondió Pavel sonriéndole con

ternura.

Aprovechando que ese sábado era fiesta, había quedado en ir a buscarla a su casa a una hora más temprana de lo habitual. Y ella lo había sorprendido pidiéndole que subiera, pues quería enseñarle el piso. Era diminuto y estaba lleno de vida a pesar de la escasa luz que entraba por las ventanas, que sólo daban al patio interior. Lo había decorado con cortinas en las que había bordado flores de colores brillantes y en las paredes colgaban cuadros vibrantes pintados por su vecina Gala; las fundas del sofá eran azul chillón con estampados africanos rojos y amarillos, y como colofón había colocado plantas en cada rincón. La mezcla era ecléctica y alegre. Un reflejo de su única y maravillosa personalidad.

—Son las primeras Navidades que voy a pasar con tanta gente. En la aldea la abuela y yo lo celebrábamos con todo el pueblo, pero como sólo eran cinco, y todos más viejos que ella, pues no duraban mucho despiertos. ¡Tengo tantas ganas de que llegue Nochebuena que me muero de impaciencia! —exclamó antes de mirarlo con cariño—. Me pregunto si este año Papá Noel me traerá películas antiguas...

—¿No las tienes ya todas? —preguntó Pavel burlón.

—Seguro que se le ocurre alguna que me falte.

—Para saberlo tendrás que esperar a Navidad —repuso con afecto—. ¿Te gustaría comer conmigo ese día?

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿En tu casa? —musitó juntando las cejas recelosa. No tenía buenos recuerdos de allí.

—No. Mejor dejamos a Rayna fuera de esto o nos amargaré la comida. Sólo conmigo, en algún restaurante. No seremos más que dos, cuatro si contamos con Mihail y Kiril —los agregó de improviso al pensar en la ilusión que le hacía a ella celebrar la Navidad con mucha gente—, podemos pasarlo bien.

—Sería estupendo —aceptó con una enorme sonrisa.

—Perfecto. Buscaré algún restaurante íntimo —anunció retirándole un mechón de pelo de la frente con ternura—. Nunca te había visto tan feliz... Y mucho me temo que la culpa de eso la tiene ese camarero rubio del que nunca te separas.

—Me gusta vivir con Calix —confesó—. Y con Uriel —se acordó de añadir. La relación con éste seguía siendo tirante, pero Calix y él ya volvían a hablarse tras dos días ignorándose mutuamente, así que tenía esperanzas de que todo volviera a su ser.

—Y ¿puedo saber qué ha hecho ese rubiales para que te guste tanto vivir con él? —indagó Pavel, disfrazando de burla su deseo de saber más sobre ellos.

—No sé..., tenemos gustos parecidos, le gustan mis películas antiguas y a mí sus series. Incluso cuando son de miedo —murmuró sonrojándose al recordar lo que habían hecho durante la primera temporada de «American Horror Story».

Sólo con ver el título de esa serie en la televisión se encendía hasta cotas inimaginables, a pesar de que Calix seguía sin dejar que lo tocara, a no ser que él controlara su mano, y siempre por encima del pantalón. Era como si le diera miedo dejarse ir, relajarse y simplemente disfrutar. El único consuelo que le quedaba era que cada vez hacía menos caso a Verónica, pues aunque ésta seguía llamándolo, él la cortaba enseguida. Poco a poco se iba librando de su influjo, aunque no lo suficientemente rápido para su gusto, pensó sintiendo el conocido ramalazo de odio que la atravesaba cada vez que pensaba en ella.

—¿Qué película vais a ver hoy? —inquirió Pavel.

—*Psicosis* —contestó ruborizándose. Pensaba pasarse toda la película abrazada a Calix y con la cara hundida en su cuello.

—No sé por qué, pero siempre había creído que las películas de miedo te daban... miedo.

—Oh, sí, mucho. Y eso es lo divertido —replicó burlona antes de volverse al notar que el coche se detenía. Miró a través de la ventanilla y aplaudió feliz

—. ¡Está esperándome!

Se apresuró a darle un par de besos a Pavel y luego saltó del vehículo en el momento en que Calix, adelantándose a Mihail, le abrió la puerta.

—Señor Alekseev —saludó al mafioso con un cabeceo, su brazo izquierdo rodeando la cintura de Iskra y sus dedos anclados en la suavidad de su cadera—. ¿Qué tal han pasado el día?

—Estupendamente, gracias —respondió Pavel con la misma educación que Calix le mostraba. Asintió con la cabeza en un gesto de despedida que fue rápidamente imitado por el joven, que se apresuró a cerrar la puerta del Mercedes.

Calix esperó a que el coche arrancara antes de centrar toda su atención en Iskra.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le reveló bajando la cabeza hasta que sus labios estuvieron a un suspiro de distancia—. No hago más que pensar en la película que vamos a ver.

—Ah..., pero ¿me vas a dejar verla? —repuso maliciosa alzándose de puntillas para salvar la distancia hasta su boca.

Pavel, girado en el asiento, observó a través de la luna trasera del automóvil cómo su hija besaba al camisero con no poco entusiasmo.

—Nunca pensé que un semáforo en rojo fuera tan revelador —le dijo a Mihail.

El enorme gorila sonrió, la mirada fija en el retrovisor y la escena que veía en él.

—Hacen buena pareja —declaró acelerando cuando el semáforo cambió a verde.

—Eso parece. —Pavel sacó el móvil—. Grigor, encárgate de que vigilen a Calix. Quiero saber todo lo que hace cuando no está con Iskra.

Al otro lado de la acera, un hombre calvo guardó el móvil por el que estaba hablando y entró en el cine en pos de la pareja.

Incólume

Sano, sin lesión ni menoscabo.

—Tengo que saborearte —gimió Calix resbalando por el vientre desnudo de Iskra.

Hacía un buen rato que habían vuelto del cine y, desde entonces, se estaban besando y acariciando. Habían entrado en la casa con cierta calma, pero al comprobar que, como todos los sábados a esa hora, Uriel no estaba, Calix no había tardado en quitarle la ropa y tumbarla en el sofá. Y allí estaban ahora. Ella, desnuda excepto por las braguitas, y él completamente vestido con los vaqueros y la camisa azul índigo.

Bordeó con la lengua la cinturilla de las bragas y, antes de que Iskra pudiera imaginar lo que iba a hacer, enganchó los dedos en ellas y se las bajó.

Se apresuró a cerrar las piernas sintiéndose más expuesta que nunca.

—Déjame probarte, por favor —susurró Calix contra su pubis.

E Iskra, luchando contra su pudor, las separó un poco. Lo justo para que él le besara el interior de los muslos y fuera convenciéndola con lametones y mordiscos para que las separara del todo.

Abochornada, se tapó la cara con las manos cuando él se colocó entre sus muslos y le puso los pies sobre sus hombros, obligándola a abrirlos aún más. Luego sintió su aliento sobre el sexo y sus dedos separándole los húmedos pliegues, y al instante siguiente el placer la recorría de tal manera que se olvidó de todo. Hasta de la vergonzosa incomodidad de estar tan expuesta. No

tardó mucho en alcanzar el orgasmo y quedarse laxa en el sofá, sin fuerzas para nada, excepto para sonreír.

—Me encanta tu sonrisa cuando te corres —susurró Calix ascendiendo por su cuerpo para besarla, su abultada entrepierna acomodándose contra el pubis de ella.

Iskra se encogió molesta cuando la cremallera de los vaqueros le rozó el clítoris, hinchado e hipersensible después de que él lo hubiera degustado.

—Lo siento. —Se apartó presuroso—. No recordaba que estoy vestido.

—Siempre lo estás —replicó ella sin poder evitar el tono molesto de su voz—. Me gustaría verte desnudo y poder acariciarte —le reclamó fijando una decidida mirada en él.

Calix tragó saliva antes de asentir una sola vez con la cabeza. Era lo justo. Él la veía desnuda casi a diario. Era normal que exigiera el mismo privilegio. De hecho, había tardado mucho en reclamárselo. Desde luego, mucho más que Verónica, claro que a ella lo que más le gustaba de él era su cuerpo. Pero a Iskra no. A ella le gustaba por su carácter, por cómo era, no por su cuerpo. Porque Iskra no era Verónica.

Con este pensamiento fijo en la mente, se sentó en un extremo del sofá y se desabrochó los primeros botones de la camisa antes de quitársela por la cabeza. Luego se soltó el cinturón y el botón de los pantalones. Pero no se bajó la cremallera ni mucho menos se libró de ellos. En lugar de eso, se recostó contra el sofá, descansó los brazos en cruz sobre el respaldo y engarfió las manos en éste para no moverse. Luego echó la cabeza hacia atrás y fijó la vista en el techo.

Iskra lo miró preocupada, más parecía que se estaba ofreciendo en sacrificio que para ser acariciado.

Se acurrucó contra él y deslizó los dedos por su vientre. Éste se contrajo, tensándose.

—Tu piel es más morena que la mía —comentó ascendiendo por su abdomen—. Y tus pezones son muy oscuros y pequeños —observó rozándolos

apenas con las yemas de los dedos.

Calix inspiró con fuerza al sentir los etéreos toques, todos los músculos de su cuerpo rígidos. Sus roces eran suaves y melosos y lo hacían desear más. Mucho más.

Pero, claro, él siempre deseaba más. Ése era el problema.

Cerró los ojos dejándose vencer por la ternura que le transmitían sus dedos. Eran caricias dulces con un punto de timidez, muy diferentes de la masturbación ruda de Verónica. Una masturbación vigorosa, a veces en exceso, que sólo tenía un fin, excitarlo, aunque en muchas ocasiones no le permitiera llegar al orgasmo. Porque ella no sólo lo masturbaba para recompensarlo con placer, sino también para demostrarle su poder, su enfado o su decepción cuando no hacía lo que deseaba.

Y ahora había vuelto a ponerse en manos de una mujer con poder suficiente para hacerle daño. Más aún que Verónica, porque lo que sentía por Iskra ni siquiera se podía cuantificar. Podría destruirlo si quisiera. Pero ella no lo masturbaba para mostrarle su poder, al contrario, lo hacía para conocer su piel, comprendió al sentirla deslizar los dedos lentamente por sus costillas para luego entretenerse sobre sus abdominales y acabar jugando con su ombligo.

Soltó el aire que había estado reteniendo, sintiéndose extrañamente aliviado. En paz. Al menos, hasta que ella continuó descendiendo y le bajó la cremallera de los pantalones, dinamitando la frágil serenidad que había logrado encontrar.

Se tensó al sentirla indagar bajo la cinturilla del bóxer y acariciarle el glande. Indeseados recuerdos irrumpieron inclementes en su cabeza. Le ciñó la polla en su pequeño puño y él notó que se quedaba sin respiración. Comenzó a masturbarlo y sus uñas cortas y sin pintar se tornaron largas y rojas en su cabeza. Uñas que lo arañaban y lo herían mientras la otra mano lo masturbaba. Luchó contra los recuerdos decidido a volver al presente. No era Verónica quien lo acariciaba, sino Iskra.

Y ella no se parecía en nada a Verónica.

Un fogonazo de placer estalló en su vientre, propagándose por todo su cuerpo ante ese pensamiento. Iskra no le haría daño, ni intentaría someterlo, ni lo humillaría, ni...

Sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos cuando ella dejó de acariciarlo, cortando de raíz el placer que estaba sintiendo. Castigándolo al llevarlo al borde del orgasmo y no permitirle alcanzarlo.

Ella tampoco iba a dejar que se corriera sin antes hacérselo pagar de algún modo, pensó apretando con fuerza los labios para no estallar en un grito desgarrado que evidenciara toda su frustración y su dolor.

—La verdad es que tampoco necesito tocarte si no te apetece —la oyó murmurar con timidez—. Quiero decir, si no te gusta, no hace falta que lo soportes. No quiero hacerte daño —musitó con un arrepentimiento tal que Calix abrió los ojos confundido.

Ella estaba junto a él, mirándolo alarmada, sus inmensos ojos color miel enturbiados por el pesar mientras sus oscuras cejas se arrugaban preocupadas. Sus labios apretados con angustiada remordimiento.

—¿Por qué dices eso? —atinó a preguntarle, tan perplejo estaba.

—Estás llorando —musitó ella limpiándole con dulzura las lágrimas que él no sabía que había vertido—. No pensé que fueras a sentirte tan mal... Si lo hubiera sabido no habría insistido. O tal vez sí, porque a veces soy muy cabezota, pero al final siempre acabo entrando en razón —señaló ella nerviosa—. Siento tanto haberme empeñado... A veces me obceco tanto que no me doy cuenta de que...

La silenció con un beso, inmensamente agradecido por el regalo de tenerla a su lado. Su dulce Iskra, con su sinceridad sin filtros y su cariño sin límites, con sus expresivas cejas y su charla interminable, con sus abrazos repentinos y sus besos mágicos. Su amor lo convertía en el hombre más afortunado del mundo. Y estaba manteniéndola lejos por un miedo absurdo. Porque ella no

era Verónica. Nunca lo sería. No había en todo su cuerpo una sola gota de crueldad.

La miró embebiéndose en ella, y le asió la mano, llevándola a su vientre. Se paró un instante y, centrando la mirada en sus elocuentes ojos, inspiró profundamente y la deslizó por debajo de los pantalones hasta su erección. Ella lo aferró casi con timidez y él comenzó a guiar sus caricias a lo largo de su verga, despacio, acostumbándose a la presión de su mano y a la curiosidad de sus dedos cuando le acariciaban con timidez el glande. Y, con la mirada fija en ella, la soltó. Apartó la mano y dejó que continuara sola mientras él se perdía en sus ojos.

Y ella lo acercó inexorablemente al orgasmo, con decididas caricias y dulces roces.

Y él luchó por no cerrar los ojos cuando el placer se arremolinó en su interior amenazando con desbordarse. Los mantuvo abiertos, porque necesitaba verla mientras se corría para sustituir los amargos recuerdos por otros en los que sólo estaba ella. Ella y sus ojos colmados de amor. Ella y sus sonrisas luminosas. Como esa que tenía ahora mismo en los labios y que la hacía resplandecer.

Entornó los párpados cuando el orgasmo estalló en su interior, aferrándose a ella mientras todo su cuerpo se estremecía. E Iskra le susurró una y otra vez cuánto lo quería y lo maravilloso que era, elevándolo más allá del simple placer.

Permaneció abrazado a ella, remiso a separarse y perder el calor de su piel. Pero tenía que hacerlo, no podía continuar manchándola con su sudor. Y con su semen, recordó al sentir que le acariciaba la barriga. Apretó los dientes reuniendo toda la determinación que no tenía para apartarse de ella. Debía ducharse y librarse de...

Todo pensamiento se cortó de golpe al ver lo que ella estaba haciendo exactamente.

Se había untado los dedos en su eyaculación y se los estaba llevando a la

boca, donde su rosada lengua asomaba con timidez. Probó uno, sus ojos entornados con evidente desconfianza para, al instante siguiente, abrirse sorprendidos. Abrió la boca y se chupó decidida los dedos. Y en ese momento se dio cuenta de que él la estaba mirando perplejo.

Se sonrojó toda ella, no sólo las mejillas.

—Sentía curiosidad por saber cómo sabía... —dijo con una sonrisa nerviosa, la nariz arrugada y los ojos achinados por la turbación.

Calix parpadeó, tratando de asimilar sus palabras. ¿Lo estaba probando?

—Y no está mal, la verdad. Un poco salado, y caliente, y también viscoso, pero me gusta —parloteó nerviosa al ver que él se quedaba callado—. No lo había probado nunca, pero, claro, tampoco es que lo vendan embotellado en el supermercado, ¿verdad? Y...

Y Calix volvió a besarla. Y luego estalló en carcajadas y se abrazó a ella hundiendo la cara en el hueco entre su cuello y su hombro mientras todo su cuerpo se sacudía.

E Iskra comprendió que las carcajadas habían dado paso a un llanto liberador.

Lo sujetó sintiendo sus ardientes lágrimas deslizarse sobre su piel y, cuando los temblores cesaron y sólo las lágrimas perduraron, lo abrazó arrullándolo con dulces palabras de amor que le devolvieron la paz y lo hicieron sentir el hombre más dichoso de todos.

Porque ella lo quería más que a nada en el mundo.

Porque ella lo quería tanto, tanto, tanto, que sólo era completamente feliz a su lado.

Porque ella lo quería..., y lo quería, y lo quería.

Y oírsele repetir una y otra vez era lo más hermoso que le había pasado nunca.

Permanecieron abrazados largos minutos, hasta que él la buscó con sus labios y volvieron a encontrarse.

Casi amanecía cuando Uriel entró en casa y los encontró dormidos en el salón, acurrucados en el sofá. Iskra sobre Calix, en una postura que se le antojaba de lo más incómoda, aunque por la paz que transmitía la cara de su amigo, intuyó que a él no le molestaba en absoluto. Más bien al contrario. Por lo visto, era capaz de arriesgarse a sufrir tortícolis con tal de no llevarla a la cama y hacerle el amor mostrándole toda su fragilidad.

Pobre idiota enamorado.

Se paró frente a ellos, deleitándose con la belleza voluptuosa de Iskra y el atractivo viril de Calix. Observó sus cuerpos entrelazados, la manera en que ella acomodaba la cabeza contra el hombro de él, la forma en que la mano de él se posaba sobre el trasero de ella, y una sonrisa melancólica apareció en sus labios. Hubo una época en que él también se había quedado dormido así, sin importarle la incomodidad del sofá o el frío de la estancia. Pero, desde luego, él jamás había sido tan idiota como para dormir con los vaqueros a medio desabrochar mientras su mujer estaba desnuda, y probablemente más que dispuesta a ser amada.

Se acercó a la estufa catalítica y comprobó que estaba al máximo de calor, luego fue hacia su habitación, regresando poco después con una manta. Los cubrió con ella.

Y en ese momento Calix abrió los ojos, adormilado.

Uriel se acuclilló para que su cara quedara a la altura de la de su amigo y lo miró con gravedad.

—Déjate de traumas y dile que la quieres. Llévatela a la cama, ámala y míjala, haz lo que sea necesario para que no quiera dejarte nunca. No desaproveches más la oportunidad que la vida te está dando, porque puede que no te la vuelva a dar —le susurró antes de erguirse y salir del salón.

Empatía

Capacidad de identificarse con alguien y compartir sus sentimientos.

Lunes, 10 de diciembre de 2018

—¿Qué tal fue vuestra excursión a El Escorial? —le preguntó Calix a Kini cuando comenzaron a estirar en la plaza tras su carrera matutina.

—Entretenida. Jimena cogió una oruga —contó sonriendo al recordar la manera en que la había cazado—, y yo encontré una esfinge colibrí, un par de arañas y una cochinilla.

—No te estoy preguntando por eso —señaló Calix risueño, y Kini enrojeció súbitamente.

—Ya. Bueno..., no pasó nada. Toda la mañana tuvimos que cargar con Gadea, y cuando por fin nos libramos de ella dimos un paseo agarrados de la mano, pero no pasamos de ahí.

—¿No intentaste besarla?

—¿Con mi abuelo, su hermana, su madre y Rodrigo rondándonos? Ni de coña —masculló el chaval. Aunque eso no era cierto. Podría haberla besado si hubiera querido, porque sus familias no sabían andar por el campo y hacían tanto ruido que era imposible no oírlos a distancia.

—No me jodas, Kini, siempre se encuentra el momento, y el lugar, si se pone empeño —repuso guasón, más feliz de lo que se atrevía a reconocer tras el fin de semana.

Se sentía otro hombre, liberado de todos los demonios que lo habían

acompañado durante el último año. Le costaba trabajo no sonreír, incluso se sentía tentado de dar saltitos entusiasmados como hacía Iskra cuando estaba contenta. Pero él no sólo estaba contento. Estaba rotunda y absolutamente feliz. Y quería que el chico tuviera todo lo que él tenía.

—Tienes que lanzarte, Kini. Ir a por todas —lo instó dando un trago a la botella de agua.

El muchacho frunció el ceño irritado.

—Como si fuera tan fácil —bufó sacando el paquete de tabaco de la riñonera.

Calix lo miró disgustado por su necio vicio. Y, de repente, se le ocurrió una gran idea.

—Aunque tampoco me extraña que no quiera besarte —dijo como si tal cosa.

Kini lo miró con los ojos entornados.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a Jimena la revienta que fumes. David fumaba —explicó refiriéndose al chico con el que ella había tonteado el año anterior—, y dice que el olor del tabaco le trae recuerdos de él, y por eso no quiere besar a nadie que fume.

Kini lo miró perplejo, aunque esa teoría no era descabellada. Jimena ponía mala cara siempre que lo veía fumar, pero jamás le había dicho nada. Él pensaba que era por esa tontería de la salud. Pero de ahí a que se quejara a Calix iba un mundo, aunque también era cierto que eran muy amigos. Quizá sí le hubiera dicho algo...

—¿Jime te ha dicho que no quiere besarme porque fumo? —exigió saber.

—Ella no me ha dicho que no quiera besarte a ti específicamente, sólo que jamás besaría a nadie que fumara —puntualizó Calix.

El muchacho lo miró molesto poniéndose el cigarrillo en la boca, lo hizo rodar entre sus labios y al final acabó por encenderlo. Dudaba que Jimena le

hubiera dicho nada a Calix: seguramente sería un cuento chino que éste se había inventado para que dejara de fumar.

Era igual de pesadito que su abuelo con el tema del tabaco, pensó irritado.

Libre albedrío

Potestad de obrar por reflexión y elección.

Martes, 11 de diciembre de 2018

Calix observó reticente el teléfono mientras sonaba, la mirada fija en las letras que lo avisaban desde la pantalla del aparato que quien llamaba lo hacía desde un número oculto. No era algo extraño. Cada semana solía recibir tres o cuatro llamadas de un número oculto. Y siempre contestaba, aunque sólo fuera para decir que tenía trabajo y no podía entretenerse, porque siempre era la misma persona quien llamaba: Verónica. Sin embargo, ya estaba harto de responder.

Era la tercera vez que un número oculto llamaba esa mañana. Y también sería la tercera vez que esquivaba la llamada, buscando excusas para que contestara Rodrigo, quien sólo hallaba el silencio al otro lado de la línea. Igual que las cinco veces que había sonado el teléfono con número oculto el día anterior y el albino había descolgado.

No hacía falta ser muy listo para saber quién insistía tanto y luego callaba. La misma persona con la que llevaba sin hablar desde el miércoles anterior. El jueves y el sábado se había librado al ser fiesta, y el viernes y el lunes simplemente había buscado excusas para no responder. Pero no iba a seguir escondiéndose eternamente.

Extendió el brazo y levantó el teléfono.

—Camisería Castro, buenas tardes —dijo con una indiferencia que no sentía—. Hola, Verónica. Siento no haber contestado a tus llamadas, pero

estaba ocupado —se disculpó cuando ella le pidió, con mucha dulzura y no poca angustia, una explicación a su falta de respuesta.

Se odió a sí mismo por ser tan débil y caer de nuevo en la vieja trampa de sentirse culpable y desagradecido.

Porque ella se había alarmado mucho al ver que no respondía, le explicó dolida. Había pensado que le había pasado algo y eso la había hecho enfermar de preocupación y pena. Pero no importaba, porque ahora estaban hablando y comprobaba que estaba bien, sano y contento. No como ella, que había pasado unos días terribles sin saber nada de él. Quizá si le diera su número de teléfono le evitaría esos disgustos, pues si no lo localizaba en la tienda siempre podría encontrarlo en el móvil, fuera del horario de trabajo, por supuesto. Y, ahora que lo pensaba, lo mejor que podía hacer era dárselo, porque así podría llamarlo cuando él estuviera fuera de la tienda y eso les daría libertad para hablar hasta cansarse.

—No voy a darte mi móvil —se negó con rotundidad Calix sintiendo que una fría serenidad se adueñaba de él. No iba a caer más en la trampa—. Y tampoco quiero que sigas llamándome.

Pero ¿cómo decía eso?, exigió saber ofendida. ¿Acaso lo había disgustado en algo? Si era así, le pedía que le explicara qué había hecho mal y no volvería a hacerlo, no quería perder su amistad. Era muy valiosa para ella. Haría lo que fuera para conservarla, afirmó compungida.

—Entonces deja de llamarme —replicó Calix apretando con tanta fuerza el auricular que los nudillos se le pusieron blancos.

No podía estar hablando en serio, le reclamó enfadada. ¿De verdad iba a darle la patada ahora? Después de todo lo que habían pasado juntos, de lo mucho que se habían querido... Ella se estaba esforzando en conservar esa amistad, más aún, estaba luchando por ellos, por el amor que se habían tenido. Y ¿él quería que dejara de llamarlo? Pues eso haría. Al fin y al cabo, eso le pasaba por ser una tonta romántica. No debería haberse preocupado por él, y mucho menos haberse ilusionado con mantener vivo su cariño. Porque él no lo

merecía. Nunca había movido un dedo por conservar su amistad. Tampoco por intentar salvar su relación cuando ésta comenzó a irse a pique, lo acusó herida.

Y Calix tuvo que luchar contra la compulsión de disculparse por no esforzarse lo suficiente. Por decepcionarla y no ser el hombre que ella había necesitado que fuera.

—No podemos modificar el pasado —dijo en cambio—. Siento si te defraudé, pero tú también me defraudaste. No fue un camino de rosas para ninguno de los dos, no nos complementábamos ni nos hacíamos reír. Era sólo sexo. Sexo y control. —«Y yo me merezco algo más que eso»—. No estábamos bien juntos, y nunca lo estaremos. No sirve de nada perpetuar una amistad que nunca nos hará felices —sentenció.

Así que había encontrado a otra, apuntó ella con suspicacia. Se había enamorado de alguna preciosidad que lo había convencido de que no podía seguir siendo su amiga. ¿Tal vez porque estaba celosa de la relación tan buena que los unía y por eso lo obligaba a cortarla?

Y en ese momento Calix se dio cuenta de que Iskra jamás había hecho eso. Jamás le había exigido nada, en ningún ámbito de sus vidas. Sólo le había dado. Alegría. Amor. Ilusión. Esperanza.

—Nadie ha influido en mi decisión —aseveró.

Y no estaba mintiendo, aunque sí era cierto que sin el apoyo incondicional de Iskra habría tardado mucho más en tomarla.

¿Y ella tenía que creérselo?, se burló Verónica con voz hiriente. No debería dejarse manipular por ninguna mujer, le aconsejó. Era un chiquillo encantador, pero también muy débil, tanto, que con tal de agradar era capaz de dejar de lado a su más querida amiga. Y eso no estaba bien. No debía permitir que nadie dirigiese su vida ni lo obligara a hacer lo que no quería. Y ella estaba segura de que no quería romper su relación.

¿No estaría saliendo con esa compañera de trabajo que tenía?, le preguntó tras unos segundos en silencio. No había querido contárselo antes, dijo susurrante, como si estuviera a punto de desvelarle un horrible secreto, pero

cuando había hablado ese verano con la cosedora, ésta le había dicho cosas muy desagradables. La había acusado, ¡a ella, que tanto lo quería!, de ser una mentirosa y de intentar manipularlo. Y también le había dicho que iba a separarlos, que no pasaría mucho tiempo antes de que dejara de hablarle. Porque lo quería sólo para ella y jamás lo compartiría con nadie. Tenía que cuidarse mucho de esa mujer, no era buena, le advirtió con el tono preocupado de una amantísima madre.

—No vuelvas a llamar —le ordenó furioso para, acto seguido, colgar sin darle oportunidad de despedirse. Podía aguantar muchas cosas, pero no que hablara mal de Iskra.

Un segundo más tarde, el teléfono volvió a sonar. De nuevo era un número oculto.

—Camisería Castro, buenas tardes —contestó con frialdad. Colgó en cuanto oyó la voz de su interlocutora.

Cuando volvió a sonar poco después, levantó el auricular y colgó sin molestarse en responder. Aguardó un instante con la vista fija en el aparato, retándolo a que volviera a sonar. Pero éste se mantuvo mudo. Tomó una larga bocanada de aire antes de centrar su atención en el catálogo de telas para la primavera. Tenía muchos tejidos que seleccionar y muchos clientes a los que tentar, no podía perder el tiempo en quien no lo merecía.

Al otro lado de la tienda, frente a la librería que era en realidad la puerta al taller y el probador, Rodrigo sonrió orgulloso, aunque se cuidó mucho de hacerse notar. Había victorias que Calix debía saborear en privado. Y ésa era una de ellas.

Miércoles, 12 de diciembre de 2018

Rodrigo estaba a punto de cerrar cuando sonó el teléfono por enésima vez en esa tarde. En ese día, en realidad. Calix había contestado y colgado al instante

en cada ocasión. Todas las llamadas se habían efectuado desde un número oculto. Dirigió la vista a la calle. Calix, Uriel, Iskra y Rosalía estaban fuera, esperando a que saliera. Descolgó.

—Camisería Castro, buenas tardes. —Silencio. Denso. Amenazante. Infame —. No sé si sabes que el marido de la mejor amiga de mi mujer es policía informático. Le he pedido que controle las llamadas que recibimos, ellos tienen medios para saber quién hay tras un número oculto y poder denunciarte si sigues mostrándote tan aburridamente obstinada. Te aconsejo que lo dejes tranquilo.

Cascarrabias

Persona que fácilmente se enoja, riñe o demuestra enfado.

Jueves, 13 de diciembre de 2018

—Paso de hacer este análisis sintáctico, ¡es una mierda! —estalló Kini barriendo la mesa con el antebrazo, lo que acabó con el cuaderno y los bolígrafos en el suelo—. ¿A quién narices le importa si es una oración transitiva, pronominal o enunciativa, o si tiene complemento directo, indirecto, de régimen o de su puta madre? ¡Joder! A mí lo que me interesa de una frase es lo que me dice, no tener que destriparla y desmembrarla.

—Llevas un día que no hay quien te aguante, ¿se puede saber qué narices te pasa, tío? —le reclamó Jimena, levantándose para enfrentarse a él.

Kini frunció el ceño enfurruñado, guardó las manos en los bolsillos y miró al suelo.

—¿Has discutido con tus padres? —le preguntó preocupada. Kini no tenía por costumbre soltar tacos ni mostrarse tan enfadado y agresivo; al contrario, era la paciencia personificada. Debía de pasarle algo grave para que se comportara así.

—Hace tiempo que no hablamos, y me da lo mismo —respondió encogiéndose de hombros. Porque de verdad no le importaba. Le era indiferente si se acordaban o no de él. O eso se repetía una y otra vez. Ojalá acabara por creérselo.

—¿Por qué estás tan cabreado últimamente? —quiso saber Jimena.

—Porque soy idiota —masculló el chaval—. Calix me comió la oreja el

lunes y ayer se me ocurrió intentar algo. Y es una mierda.

—Intentar ¿qué? —inquirió ella confundida. Calix no era de los que se obcecaban en convencer a alguien de que hiciera algo que no quisiera.

—Dejar de fumar —gruñó él agachándose para recoger el cuaderno y los bolígrafos.

—¿Has dejado de fumar? —Lo miró atónita.

—Lo estoy intentando, por eso estoy de tan mal humor.

—Y ¿qué te dijo Calix para convencerte? —preguntó perpleja.

Kini enrojeció vivamente y fijó la mirada en el suelo otra vez.

—Suéltalo, tío. ¿Qué te dijo para convencerte? —insistió intrigada por su reacción.

—Una chorrada, pero como soy idiota lo creí —repuso enfurruñado. Ella arqueó una ceja igual que hacía su madre cuando se enfadada. Y, joder, era complicado resistirse a eso—. Me dijo que a las chicas no les gustan los besos con sabor a tabaco. Y que si quería que me besaran debía dejar de fumar —contestó, obviando que en realidad no habían hablado de chicas, sino de ella.

Jimena alzó aún más la ceja. Así que quería besarse con chicas. En plural. Menudo cabronazo, pensó sintiendo una súbita ráfaga de ardiente ira estallando en su interior.

—Pero era mentira, porque llevo desde anoche sin fumar y ni siquiera lo has notado, ¿verdad? Seguro que ni siquiera te has planteado darme un beso —resopló él, tan frustrado como malhumorado, totalmente ajeno a la cólera de su compañera—. Así que paso, estoy harto de pasarlo mal, y tampoco es que me sirva de algo, ¿no? Ya veo las ganas que tienes de... —Se calló, enrojeciendo de nuevo al darse cuenta por el gesto perplejo de Jimena de que estaba revelando demasiado.

Carraspeó un par de veces y luego agarró la chaqueta que colgaba sobre una silla del salón. Comprobó que el paquete de tabaco estaba en el bolsillo y caminó en dirección a la puerta.

—Vamos a la calle un rato, necesito que me dé el aire.

—Y, de paso, fumarte un cigarro —apostilló Jimena mirándolo con los ojos entornados.

Él se encogió de hombros, la mano aferrando el pomo de la puerta de la calle.

Ella se le acercó despacio, sus ojos clavados en los de él. Y, antes de que pudiera intuir lo que iba a hacer, se puso de puntillas y lo besó en los labios con la boca cerrada. Apenas duró un segundo y después se apartó, tan sonrojada como había estado él.

—Calix tiene razón, las chicas, o al menos yo, preferimos los besos sin sabor a tabaco.

Arqueó una ceja, desafiándolo a rebatirla.

Y Kini aceptó el reto.

—No puedes saberlo —refutó, su cara adoptando un rojo tan intenso que parecía irreal.

—¿Por qué no? —le reclamó altiva.

—Porque, para saber si te gusta que no fume, tienes que probarlo. Y el sentido del gusto sólo lo tiene la lengua. Y no me has besado con lengua —respondió antes de enlazarle la cintura con un brazo y atraerla hacia él para darle un beso de tornillo.

Y, aunque tanto él como ella habían besado a otra persona antes, ese beso fue especial. Porque fue el primer beso de amor que daban y recibían.

En el cuarto de estar, Salvador miró el reloj y decidió darles dos minutos más antes de hacer ruido para sobresaltarlos y que se separaran. Desde luego, la juventud actual no tenía ninguna perspicacia. En vez de besarse en el salón, donde gozaban de una relativa intimidad, lo hacían en el pasillo, que desembocaba en la sala de estar en la que él estaba sentado tranquilamente,

leyendo. O fingiendo leer. Porque la conversación entre los muchachos se había tornado de lo más tierna y bonita, y no era cuestión de perdersela.

Debelar

Vencer de modo definitivo al adversario por la fuerza o con argumentos.

Viernes, 14 de diciembre de 2018

—Te sorprendería lo divertido que es reunirse quince personas en una casa adaptada a cuatro —le comentó Rodrigo con sorna a Uriel, pues Iskra llevaba toda la tarde tratando de convencerlo de que pasara con ellos la Nochebuena —. Deberías venir y comprobarlo.

—Oh, sí, debe de ser grandioso. Una verdadera juerga —replicó Uriel poniéndose la chaqueta, pues ya era de noche y estaban a punto de cerrar.

—Eres un descastado —lo acusó Rosalía mientras se ponía la bufanda y los guantes.

—Descastado no sé, pero *desgastado* lo estoy un rato —admitió estirando la espalda—. Menuda semanita hemos tenido. ¿Cuándo dices que tenemos que entregar el...? —se calló al ver que Calix empalidecía y los ojos de Rodrigo se tornaban tan fríos como el hielo. Los de Rosalía tampoco se quedaban atrás en su furia.

Miró confundido a Iskra, y las cejas alzadas de ésta le dijeron que ella tampoco sabía qué pasaba. Se volvió hacia la puerta y se encontró con una de las mujeres más bellas que había visto nunca.

Alta y esbelta, poseedora de una ondulada melena rubia que enmarcaba su rostro de pómulos prominentes, ojos de un azul intenso y gruesos labios rojos. Su cuerpo de pechos altos y caderas redondeadas estaba hecho para el pecado.

—Sé qué piensas que no debería haber venido —dijo ella con falsa

humildad, la mirada fija en Calix. Su voz era pura lujuria—. Pero no podía dejar que nos separáramos con palabras tan duras. Y como no has querido contestar a mis llamadas...

—Imagino que tú debes de ser Verónica. —Uriel la examinó con no poca lascivia.

Ella se volvió hacia él esbozando una sonrisa capaz de poner a los hombres de rodillas.

—¿Calix te ha hablado de mí? —preguntó repasándolo con la mirada. Desde luego, el compañero de su amante estaba para mojar pan.

—Sí. Y nada bueno, por cierto —contestó Uriel con un resoplido desdeñoso.

Ella frunció los labios en un precioso mohín y miró a Calix enarcando una ceja.

—¿A qué has venido, Vero? —la increpó éste, sin negar las palabras de su amigo.

—Quiero solucionar las cosas. No podemos permitir que un malentendido nos separe —respondió con voz suave, recorriendo a todos los presentes con la mirada.

Se detuvo en la enana regordeta de tetas enormes y vestido hortera. ¿Ésa era su rival? ¿En serio? Sonrió displicente. No le costaría hacer que Calix se olvidara de esa vaca lechera.

—No ha habido ningún malentendido entre nosotros, Vero. Simplemente no somos compatibles —aseveró Calix saliendo de detrás del mostrador para llamar la atención sobre él al ver que miraba a Iskra.

—Y, sin embargo, lo fuimos, y mucho, durante todo un año. Me quisiste con locura, tú mismo lo reconociste —afirmó, pero sus palabras no eran para Calix, sino para la gordinflona—. Éramos perfectos el uno para el otro. Los dos guapos, los dos ardientes, los dos...

—Nos destrozamos el uno al otro —la interrumpió Calix usando un plural que en realidad debería ser singular, porque sólo él se rompió en pedazos.

—Sí, cometimos errores, pero también nos amamos muchísimo. Fuimos lo más importante el uno para el otro, no puedes hacer desaparecer todo el cariño que nos tenemos sólo con chasquear los dedos. —Caminó sinuosa hacia él—. No quiero inmiscuirme en tu vida ni ponerla patas arriba. —Deslizó los dedos por el torso de él, siguiendo el sendero marcado por la corbata—. Pero no puedes pedirme que te olvide, porque no puedo hacerlo. Sé que no quieres volver a amarme, pero al menos permíteme ser tu amiga —le pidió con fingida vacilación, abriendo la mano sobre su corazón—. Por favor, déjame demostrarte lo mucho que he cambiado para poder conservar tu amistad. No te pido más.

—Vero, no puedo... —Sacudió la cabeza apretando los labios y Rodrigo dio un paso hacia él, decidido a apartarla si era necesario. No obstante, Calix negó con la cabeza, pidiéndole en silencio que lo dejara librar sus propias batallas.

—Claro que puedes, sólo necesitas que vayamos a algún sitio a hablar los dos solos, no es mucho pedir, después de todo lo que nos hemos querido, ¿no crees? —insistió ella con una sonrisa falsa. Ni el albino ni la enana rechoncha iban a impedir que se lo llevara de allí y le demostrara que donde había habido fuego siempre quedaban rescoldos.

—Está bien —claudicó Calix tomando el abrigo del perchero y dirigiéndose a la puerta.

Uriel lo interceptó agarrándolo del brazo e impidiéndole traspasarla.

—¿Qué coño estás haciendo? —le susurró furioso—. Vas a joderlo todo por una zorra que te atormentaba. Dile que se vaya.

—No puedo, Uriel, tengo que ponerlo todo en claro.

—Eres un idiota, ¿qué crees que pensará Iskra si te vas con ella?

Calix miró a la joven, estaba lívida, la brillante alegría que siempre la iluminaba se había tornado en oscura tristeza.

—Calix, por favor... —le suplicó Verónica deslizando los dedos por su brazo hasta encajarlos en su mano.

—Lo siento, tengo que hacerlo. Necesito zanjar esta historia —musitó él mirando a Iskra. Luego se zafó del agarre de Uriel y enfiló hacia la puerta.

—Estupendo, lárgate. Yo me quedaré con Iskra, tal vez tenga suerte y me permita consolarla —le advirtió Uriel antes de que saliera de la tienda.

Calix se paró al oírlo, aunque no tardó en cuadrar los hombros y volver a andar.

Pavel alzó una mano deteniendo la reunión que estaba celebrando cuando Mihail se asomó a la puerta. No era una reunión baladí, al contrario, estaban tratando asuntos importantes. Pero Mihail tenía permiso para interrumpirla por dos motivos. El primero, que un misil nuclear, un meteorito, una banda rival o cualquier otro desastre natural o artificial pudiera amenazar su vida, y el segundo, que le hubiera pasado algo a Iskra.

Se disculpó y salió del salón. Aceptó el teléfono que Mihail le tendía y escuchó con atención a su interlocutor.

—Síguelo y grábalo todo. Quiero saber exactamente a qué está jugando.

Inefable

Que no se puede explicar con palabras.

Rondaba la medianoche cuando Calix regresó a casa. Enfiló el pasillo sigiloso para no despertar a Iskra, no tenía fuerzas para hablar con ella, y al pasar frente al salón Uriel salió a su encuentro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó confundido. Uriel jamás estaba en casa los viernes por la noche.

—Aprovechar la oportunidad que tú desprecias —le espetó enfadado, aunque parte del cabreo se le pasó al mirarlo. Parecía exhausto, al borde del colapso.

Calix bajó la cabeza, consciente de cuál era la oportunidad que él había despreciado: Iskra. Lo esquivó para ir al baño. Necesitaba ducharse, limpiarse entero. Purificarse.

Uriel volvió a interceptarlo, obligándolo a parar con una sonrisa mordaz en los labios.

—Tienes los pantalones muy limpios para haberte arrodillado cual suplicante delante de esa puta —observó burlón—. Dime, ¿qué has hecho? Por lo que veo, imagino que no le has comido el coño para implorar su perdón, así que, ¿tal vez has preferido untarte el culo con lubricante y dejar que te follara con un vibrador como la última vez? —atacó con crueldad.

—¿Cómo está Iskra? —le preguntó Calix, ignorando su pulla.

—Estupendamente. La he besado, la he acariciado, la he follado y he conseguido que se olvidara de ti.

—Estoy seguro de que lo has intentado... y ella te ha mandado a la porra.
—Esbozó una triste sonrisa que enturbió aún más sus ojos apagados por la aflicción.

—Te equivocas, ni siquiera lo he intentado —rebatió Uriel con un resoplido desdeñoso que en realidad iba dirigido a sí mismo. Había tenido a una chica llorosa en sus brazos y, en lugar de intentar follársela, la había consolado para luego dejarla en la cama, sola. ¡Qué desperdicio más estúpido!

—Al final te vamos a convertir en una buena persona —bromeó Calix sin ganas.

—No jodas, soy un puto cabrón y eso no va a cambiar porque esta noche no haya tenido ganas de trabajar para quitarte a tu chica.

Calix no pudo evitar sonreír, esta vez de verdad, ante el empeño de Uriel en hacerlos creer que era mucho peor de lo que era en realidad.

—¿Qué tal está Iskra? —volvió a preguntar.

—Triste. Abatida. No la ha hecho muy feliz que te fueras con esa puta...

—Tenía que enfrentarme a ella para acabar con todo de una vez —explicó Calix pesaroso—. ¿Está en su cuarto? —Uriel asintió—. Mañana hablaré con ella. —Lo esquivó para ir al baño, no soportaba un minuto más sin ducharse.

—No esperes a mañana —le ordenó Uriel sujetándolo por el brazo para obligarlo a detenerse y escucharlo—. Ya será tarde. Lo que vayas a hacer hazlo ya. No le dejes tiempo para que te odie o la perderás. Y tal vez no puedas recuperarla.

Y lo dijo con tal pesar en la voz que Calix no dudó ni por un segundo que hablaba desde la experiencia.

Iskra oyó el murmullo de sus voces en el pasillo, aunque no comprendió sus palabras. Tal vez porque hablaban muy bajo, o tal vez porque estaba tan aturdida que le costaba pensar. Y, a pesar de lo enfadada que estaba, ahogó un

suspiro de alivio al saber que Calix había regresado. Al menos, ya no tenía que preocuparse porque le hubiera pasado algo. Cerró los ojos decidida a dormirse, pero el sueño no era buen compañero de cama esa noche.

Oyó el inconfundible lamento agónico del viejo calentador tratando de calentar el agua, y mientras él se duchaba, también oyó la puerta de la calle abrirse para luego cerrarse. Uriel se había ido dejándolos solos.

Se tapó la cabeza con la almohada para aislarse del mundo. No quería oír nada. ¡Quería dormir! Pero lo oyó salir de la ducha y recorrer el pasillo para entrar en su dormitorio. Y, tras unos minutos de silencio, también oyó la suave llamada a su puerta.

Se mantuvo inmóvil unos segundos antes de saltar de la cama, ponerse la bata y abrir.

Calix estaba en el pasillo, con los hombros encorvados y la mirada baja. Parecía exhausto. También desamparado. Y avergonzado. Y muy muy infeliz.

—¿Puedo entrar?

Ella entornó los párpados ante su petición. Él jamás había entrado en su dormitorio, ¿por qué esa noche quería hacerlo? Estuvo a punto de negarse y exigirle que fueran al salón, como siempre. Pero la desolación de sus ojos la hizo olvidar su enfado y su tristeza. Él estaba mal, y eso era lo único que importaba.

Abrió la puerta por completo y se hizo a un lado, indicándole que pasara. Luego se dirigió a la cama y se sentó, esperando a que él hablara.

Calix la miró pesaroso antes de bajar la cabeza, incapaz de soportar la decepción y la tristeza que había despertado en sus preciosos ojos castaños.

—No sé qué decirte —confesó tras tomar una larga bocanada de aire—. Ni siquiera puedo darte una excusa para lo que he hecho..., y tampoco puedo decirte que lo siento, porque no es así. Necesitaba hacerlo. Necesitaba enfrentarme a ella.

—Lo entiendo —aceptó Iskra dando unos golpecitos en la cama, instándolo a que se sentara a su lado.

Él así lo hizo. Pasaron unos segundos antes de que reuniera el valor para hablar.

—Sé que va a sonar raro, pero... ¿puedo dormir esta noche contigo? No me refiero a hacer el amor ni nada de eso —se apresuró a aclarar fijando en ella sus luminosos ojos verdes—. Sólo a dormir. Nada más.

E Iskra comprendió que él no quería quedarse sólo esa noche. Que la necesitaba a su lado. Así que esbozó una sonrisa, se quitó la bata y se quedó sólo con el ligero camisón de raso. Acto seguido, se metió en la cama y se tapó con el edredón nórdico. Se removió hasta quedar contra la pared, intuyendo que a él no le gustaría sentirse atrapado, y levantó un poco el edredón invitándolo a acompañarla.

Calix esbozó una tímida sonrisa y aceptó la invitación. Se tumbó ocupando el otro extremo de la cama, sin tocarla, algo que no era tarea fácil, pues el colchón no era lo que se dice grande.

Ella lo miró con una ceja arqueada.

—¿Vas a dormir con la sudadera y el chándal? —inquirió pasmada. Se iba a morir de calor con toda esa ropa y el nórdico.

—No tengo pijama. Siempre duermo sin ropa —dijo evitando usar la palabra *desnudo*. No quería decir nada que pudiera molestarla o hacerle pensar que quería otra cosa distinta de estar a su lado y sentir su calor.

—Oh. Bueno..., a mí no me importa, puedes quitártela —replicó tras pensarlo un instante.

Y Calix aceptó la propuesta. Se libró del pantalón y de la sudadera sin salir de debajo del edredón y luego se removió hasta quedar de lado, enfrentado a Iskra, que también había adoptado esa postura. Sus frentes a un suspiro de tocarse y sus rodillas casi rozándose.

Permanecieron en silencio, tratando de leer las emociones del otro.

—¿La has besado? —le preguntó Iskra al fin.

—Sí.

—¿Te has acostado con ella?

—No.

Volvieron a callarse, ambos sumidos en sus pensamientos.

—Hemos ido al parque en el que follamos por primera vez —contó de repente Calix—. Verónica me lo ha propuesto y yo no sé por qué he aceptado, tal vez porque necesitaba enfrentarme a ella con todo en contra, demostrarme que incluso allí, con todos los recuerdos rebotando en mi cabeza, era capaz de mantenerme firme. Hemos hablado sobre el pasado y, por lo visto, recordamos de distinta manera nuestra relación —comentó con desdén—. Ha intentado convencerme de que lo he tergiversado todo y de que Rodrigo y Jimena y también tú y Uriel me malmetéis contra ella. Que me habéis hecho pensar lo que no era, porque soy un hombre débil que no sabe distinguir entre los buenos y los malos amigos, entre quién me quiere y quién no, entre quién me miente y quién no.

Enfocó la vista en la pared, incapaz de mirarla. Todo lo que había dicho Verónica era cierto. Había sido, y tal vez todavía era, débil y estúpido, fácil de manipular. Y ella se lo había demostrado con creces.

—También ha dicho que en cuanto cualquier zorra me toca un poco la polla mi limitado cerebro deja de funcionar y se deja convencer de cualquier cosa —siguió contando. Sintió la suave caricia de los dedos de Iskra sobre su mejilla y por fin se atrevió a mirarla—. Y, a pesar de ser un pobre estúpido con serrín en la cabeza, he intuido que con eso de zorra se refería a ti. Y me he cabreado. Muchísimo. Y hemos empezado a discutir sobre mi estupidez y su crueldad. Creo que es la primera vez en años que discuto a gritos con nadie, menos aún con una mujer. Me ha sentado bien gritar y decirle exactamente lo que pensaba, lo que sentía. Entonces ella me ha besado. Y no me ha gustado nada. La he apartado con, tal vez, demasiada brusquedad, y ella se ha enfadado y —«me ha dado un bofetón»— me ha amenazado con no volver a llamarme. Y como eso es exactamente lo que pretendo, he aceptado de buen grado. Más aún, le he exigido que no volviera a acercarse a mí. Luego me he ido. Y he estado dando vueltas por la ciudad hasta ahora...

—¿Por qué? —le preguntó Iskra mirándolo con los ojos entornados.

—Por qué, ¿qué? —inquirió confundido.

—¿Por qué has estado paseando hasta ahora?

—Me apetecía —respondió silenciando lo que en realidad lo había mantenido en la calle. La necesidad de dejar atrás la agonía de saber que todo lo que había pasado era por su culpa. La necesidad de olvidar el miedo a ser tan débil como de verdad se sentía, y la rabia que le daba la certeza de saber que nunca sería capaz de ser un hombre mejor, más fuerte, más resistente... Menos maleable.

—Siempre que estás triste, confuso o asustado, paseas durante horas. ¿Por qué te has perdido esta vez? —murmuró impulsándose hacia él para besarle la frente.

Y Calix no pudo menos que sonreír. Iskra lo conocía mejor que nadie, era imposible engañarla.

—Me sentía culpable.

—¿Por haber rechazado la supuesta propuesta de paz de Verónica?

—No. Porque todo ha sido culpa mía.

Iskra lo miró asombrada. No podía estar hablando en serio.

—Yo antes era muy superficial —dijo deseando que se diera cuenta del tipo de hombre que era para que no esperara demasiado de él—. Sólo me interesaban tres cosas: pasármelo bien, tener un cuerpo estupendo y follar con mujeres que tuvieran un cuerpo estupendo. Todo lo demás no era importante. Era un puto crío más preocupado por mi imagen que por llegar a fin de mes. Aunque eso cambió cuando me largué de casa. Vine a Madrid y las cosas no me fueron tan bien como había pensado. En realidad, me fueron de puta pena.

»El trabajo era una mierda, no tenía amigos y me sentía horriblemente solo. Entonces conocí a Verónica. Me pareció la mujer más hermosa del mundo y, joder, se interesaba por mí y me hacía sentir especial. Comenzamos a salir. Al poco tiempo me quedé sin trabajo y ella me acogió en su casa. Y, de pronto, le estaba dando todo mi dinero, que no era mucho, para que me lo administrara.

Y me parecía estupendo, porque yo no sabía controlar mis gastos y ella me hacía un gran favor. Luego empezó a llamarme a menudo, y con “a menudo” me refiero a cada hora. Y también me pareció bien, porque eso significaba que me quería y no podía estar sin mí. Después vinieron los problemas con los trabajos que encontraba. Todos eran abusivos y no nos dejarían tiempo para vernos. Iba a dejarla sola todo el día por una miseria de sueldo cuando no nos hacía falta el dinero porque ella podía mantenernos a ambos. Si la quería tenía que estar con ella. Así que rechacé los pocos que me salieron. Pero no pasaba nada, todo estaba bien entre nosotros —destacó con evidente sarcasmo y desprecio hacía sí mismo—, porque follábamos un par de veces al día y eso era estupendo..., cuando me dejaba correrme, claro. Porque no siempre me lo permitía.

Trató de callarse para no confesarle hasta dónde había llegado a humillarse, pero no podía. Era incapaz de dejar de vomitar las palabras que le rasgaban la garganta.

—Utilizaba el sexo para recompensarme cuando la complacía, pero también para castigarme cuando no lo hacía. Me llevaba al límite y, cuando estaba a punto de correrme, paraba. Y si yo me masturbaba se burlaba de lo débil que era. Y sí que lo era. Pero no pasaba nada, yo siempre volvía a por más. —Cerró los ojos, incapaz de mirarla—. Pero lo peor era cuando me castigaba con su indiferencia. Odiaba entrar en casa y que me ignorara, como si no me quisiera o no mereciera su cariño, y tal vez era así. Desde luego, no supe conservarlo.

Apretó los párpados para evitar derramar las lágrimas que anegaban sus ojos. No quería que Iskra supiera lo débil que era. Ya había llorado bastante en su hombro la semana anterior. Pero no le sirvió de nada, pues, a pesar de mantenerlos cerrados, las lágrimas comenzaron a escapar. Ella se las limpió con dulces caricias de sus dedos.

—Era muy celosa y siempre pensaba lo peor de mí. Cuando empecé a trabajar con Rodrigo, todo empeoró. Me acusaba de... —apretó los labios

para no seguir hablando, pero no lo consiguió—, afirmaba que lo dejaba... follarme y que se la mamaba, y que por eso me había dado trabajo. Y comenzaron los golpes. Cuando se enfadaba perdía el control y yo no sabía cómo hacer para calmarla. Era demasiado débil y estúpido para reaccionar como debería, y simplemente esperaba a que pasara; tampoco era que Verónica tuviera mucha fuerza para hacerme demasiado daño —se excusó—. Y luego, una noche hizo algo que no pude soportar —fue incapaz de verbalizar lo que había ocurrido—, y comencé a comportarme como un idiota. Llegaba tarde a propósito, la ignoraba y la enfadaba para que me mandara a dormir al sofá y así no tener que compartir cama con ella.

Por la mirada horrorizada de Iskra, comprendió que con esa última frase le había dado la pista necesaria para que intuyera lo que tanto se esforzaba por ocultar. Y olvidar.

—Como resultado de mi pataleta infantil, una noche acabé con su paciencia y me tiró un par de botes a la cara —en realidad, casi una docena—, se rompieron al caer al suelo y me corté los pies —«apenas podía andar para tratar de escapar»—, y me echó de casa. Rodrigo me encontró en la escalera y me acogió en su piso. Y ahí se acabó todo.

—Y ¿por qué crees que es culpa tuya? —inquirió Iskra. Le había contado una verdadera historia de terror, y ¿pensaba que era culpa de él? ¿Por qué?

—Porque, si no hubiera sido tan débil, tan crédulo, tan estúpido y tan superficial, no me habría manejado como lo hizo. Si me hubiera mantenido firme y hubiera sido fuerte, no habría llegado a los extremos a los que llegó. Yo permití que me hiciera daño y me humillara. Es una mujer de fuerte carácter, y mi debilidad acentuaba su personalidad controladora y posesiva.

Iskra lo miró sorprendida. ¿De verdad creía eso? Dios santo, ¿qué le había hecho esa mujer? Sintió un odio visceral contra Verónica, un odio tal que casi no pudo contenerlo.

—Verónica no tiene un carácter fuerte, simplemente es mala —afirmó tan enfadada que sus cejas se quedaron rígidas y sus ojos destilaron algo muy

parecido al odio—. Tú no eres culpable de nada. No eres tú quien disfruta haciendo sufrir a quienes quieres. Tampoco quien tortura a quien te quiere. Es cruel, es desalmada, es un monstruo y es mala —repitió, como si ése fuera el peor insulto que pudiera dedicarle.

Y para alguien tan bondadoso como Iskra, tal vez lo fuera, pensó Calix perdiéndose en su mirada. Estaba furiosa, mucho, por él. Por lo que le habían hecho. Sonrió al percatarse de que, si Verónica estuviera allí, Iskra sería muy capaz de lanzarse a por ella y echarle una buena bronca. Y por primera vez fue consciente de que no era tan frágil como creía. En absoluto. Era fuerte, decidida y valiente. Y la quería más que a nada en el mundo.

—Es una persona abominable y odiosa —continuó hablando la joven, sus ojos refulgiendo por la rabia contenida—. No puedes sentirte culpable si es ella quien te ha hecho daño. Ella es la que no ha sido buena para ti, la que no ha sabido quererte como mereces y la que se ha aprovechado de tu amor. Ojalá se muera —dijo enfadadísima—. No me extraña nada que no te gustaran las mujeres cuando te conocí.

—En realidad, sí me gustaban —repuso Calix, sintiéndose extrañamente liberado. Casi feliz—. Lo que no me gustaba era que se me acercaran. Y entonces apareciste tú, con tu alegría incontenible, y me hiciste reír hasta que me dolió la tripa al hablarme de tu... *personalidad*. Me desarmaste, Iskra. Y antes de que me diera cuenta te añoraba tanto cuando no estabas a mi lado que no podía evitar ir al taller con cualquier excusa para ver tu sonrisa. Y sigo sintiendo esa terrible añoranza cuando no estás. No puedo vivir sin ti, y eso me asusta, porque la primera mujer a la que amé estuvo a punto de acabar conmigo. Y lo que siento por ti es mil veces más fuerte, más profundo, más real... Estoy aterrorizado —confesó.

—No deberías estarlo. Yo no quiero hacerte daño, sólo quiero quererte —declaró ella muy seria.

Y él la creyó. Porque sus ojos jamás mentían, y ellos sólo le transmitían amor. Puro. Redentor. Incondicional.

La besó.

Y ella le devolvió el beso.

Se encontraron en el centro de la estrecha cama, las piernas entrelazadas y los cuerpos tan pegados que ni siquiera el aire cabía entre ellos. Se besaron sedientos. Y pronto sus manos entraron en el juego que habían comenzado sus bocas. Las de él se deslizaron sobre la cintura femenina y bajaron por el suave raso hasta apretarle las nalgas. Las de ella se deslizaron por el torso de él, una quedó atrapada entre sus cuerpos a la altura del corazón, pero la otra resbaló atrevida sobre el duro abdomen masculino hasta rozar la cinturilla de su ropa interior. Se detuvo allí sin saber qué hacer. Sólo lo había acariciado íntimamente una vez, y desde entonces la única intimidad que él había buscado con ella se limitaba a unos pocos besos.

—No te detengas... —le susurró Calix al oído, dándole alas.

Frotó la mejilla contra el pequeño y duro pezón de él mientras su mano descendía por su vientre, pasó sobre su pene erecto con un roce etéreo y dejó atrás los calzoncillos para internarse entre sus muslos. Le gustaba el roce del vello de sus piernas contra las yemas de los dedos, sentir cómo sus potentes músculos de corredor se contraían y se relajaban a su paso, cómo separaba las piernas dándole acceso. Y deseó más allá de toda razón verlo desnudo. Por completo. No sólo el pecho o la «V» abierta del pantalón. Entero, todo él.

—¿Puedo verte desnudo? Por completo —susurró antes de besarle la clavícula.

Calix arqueó las caderas ante la súbita excitación que sintió al oír tan directa pregunta y, sin pensar demasiado en lo que hacía, apartó el edredón, destapándolos. No pudo evitar sonreír al ver que Iskra abría los ojos entusiasmada y miraba su entrepierna con las mismas ganas que un niño miraría un helado en pleno agosto. De repente, alzó la vista y le sonrió como sólo ella sabía hacer. Con toda la cara. Con toda el alma.

Trepó sobre él y lo besó hasta robarle el aliento. Y luego comenzó a descender despacio, besándole cada centímetro de piel. Le rozó las tetillas

con los dientes antes de succionarlas, resbaló por su tenso estómago entre besos y suaves mordiscos y, al llegar a los calzoncillos, se quedó inmóvil un momento, los dientes apresando sus labios en un gesto de concentración.

—¿No sabes por dónde empezar? —preguntó Calix burlón al ver su indecisión.

Ella alzó la vista y sonrió. Una sonrisa sensual que fue directa a su entrepierna.

—Tu *penosidad* es enorme, hace juego con mi *personalidad* —señaló recorriendo su longitud con el índice.

Eso silenció su hilaridad, catapultándolo a un paraíso de placer en el que sus sentidos esperaban exacerbados las caricias de Iskra. Y ésta no dudó en complacerlo.

Resiguió la cinturilla de los calzoncillos armándose de valor antes de colar los dedos y tirar para quitárselos.

Calix alzó el trasero facilitándole la tarea. Luego la sintió sobre su pene erecto, rozándolo apenas con los dedos en una tortura sensual que amenazaba con acabar con él. Y ella debió de darse cuenta porque, cuando estaba a punto de suplicarle que lo masturbara, lo envolvió en su pequeño puño y comenzó a meneársela como él le había enseñado hacía una semana. Pero añadió nuevos toques de su propia cosecha. Lentas caricias con la mano libre en el interior de sus muslos que acabaron en roces etéreos en sus testículos, suaves mordiscos en la cadera, ondulantes lametones sobre su vientre y dulces besos sobre el glande.

Estuvo a punto de estallar al sentir sus labios sobre el pene. Abrió los ojos, ni siquiera había sido consciente de tenerlos cerrados, y la miró entre confundido y extasiado. Ella le estaba besando la verga como lo hacía cuando le besaba las mejillas o los labios. Le daba sedosos besos en el frenillo y en la corona, y después le lamía el tallo para volver a empezar. Y nada más.

—Chúpamela, por favor —gimió rogando por más. Iskra lo miró como si no entendiera lo que le pedía—. Imagínate que es un chupachups —jadeó— y

lo quieres chupar entero.

—Oh... —Iskra lo miró con los ojos entornados antes de esbozar una ladina sonrisa—. Tal vez debería haber visto menos películas clásicas y más películas porno.

Calix la miró atónito, ¿era la primera vez que...? Su mente se quedó en blanco en mitad del pensamiento cuando ella hizo exactamente lo que le había pedido. Y aprendía con rapidez, porque en cuestión de segundos lo tenía jadeando al borde del orgasmo.

—Para... —le pidió acunándole la cara entre las manos para alejarla de su verga.

—¿Por qué? —protestó juntando las cejas.

—Porque estoy a punto de correrme y...

No debió de parecerle una excusa válida, porque volvió a las andadas. Y esta vez no se detuvo hasta sentir su densa eyaculación en la lengua y su gruñido de placer en los oídos.

—Estás resultando ser una alumna aventajada —masculló Calix poco después, cuando comenzó a recuperar de nuevo la facultad de hablar. Y de pensar.

—Porque tú eres un buen maestro... —Iskra recostó la cabeza sobre el torso de él—. Me encantaría que me hicieras el amor —dijo mirándolo con timidez.

—Me encantaría hacértelo —susurró él reverente alzándola hasta sus labios para besarla.

Y mientras la besaba giró con ella, dejándola de espaldas sobre la cama. La observó embelesado, estaba increíblemente hermosa con ese camisón de raso blanco, encaje en el escote y delicados tirantes. Pero más hermosa estaría desnuda. La liberó despacio de la prenda, acariciando y besando cada parcela de piel que quedaba libre, y cuando la tuvo totalmente desnuda se quedó inmóvil, mirándola fascinado. Luego llevó las manos a sus gloriosos pechos y los amasó despacio, consciente de que los tenía muy sensibles y debía ir poco

a poco. Hasta que ella arqueó la espalda empujándolos contra sus dedos y él incrementó la fuerza de sus caricias. Atrapó los pezones con la pinza del índice y el pulgar y los hizo rodar entre las yemas. Luego tiró de ellos, arrancándole un gemido gutural que lo puso tan duro que la polla comenzó a palpitarle. Se colocó entre sus muslos y la pegó a la húmeda vulva, se frotó contra ella mientras se daba un festín con los sensibles pezones. Los lamió, los mordisqueó y los succionó hasta que Iskra comenzó a removerse bajo su cuerpo a la vez que le empujaba los hombros con las manos para que bajara.

Y él, como el caballero que era, aceptó su petición. Besó su lisa tripa, jugó con la lengua sobre el ombligo, frotó la nariz contra el recortado triangulo de vello castaño que decoraba su pubis y, por fin, hundió la cara entre sus muslos. Aplanó la lengua y le dio un largo lametón que le recorrió la vulva y la hizo temblar. Luego le abrió los labios mayores con los pulgares y la saboreó hasta que comenzó a corcovear bajo él. Le mantuvo las piernas separadas con los hombros y afiló la lengua, abriéndose paso en su interior. La penetró con suaves estocadas y luego cambió de arma, usando los dedos para poder llevar la boca a su clítoris. Lo lamió despacio, haciéndola hervir de impaciencia mientras la penetraba con un dedo, hasta que ella comenzó a alzar las caderas contra él. Entonces lo atrapó entre los labios y lo succionó a la vez que le introducía un segundo dedo en la vagina.

Ella se removió ante la súbita presión que ejercía en su interior, y Calix, al darse cuenta de que era muy estrecha, fue despacio hasta que de nuevo la tuvo jadeante. Continuó degustándola hasta que la sintió estremecerse al borde del orgasmo. Entonces aumentó la presión de sus labios y sus dedos, lanzándola al clímax.

Siguió chupándola hasta que sus paredes internas dejaron de apretarle y el cuerpo se le quedó laxo. La miró ensimismado por su placidez, y luego se colocó entre sus piernas. Hundió el pulgar en su sexo, masajeándolo de nuevo a la vez que se aferraba la polla con la otra mano. Se inclinó sobre ella.

Y se detuvo antes de penetrarla.

—Joder. —Sacudió la cabeza frustrado.

—¿Qué pasa? —inquirió Iskra con languidez.

—No tengo condones... —masculló apartándose.

—Yo sí. Están en el cajón —apuntó ella sonrojándose.

Calix la miró perplejo. No sabía por qué, pero lo último que habría esperado era que Iskra tuviera preservativos. Una caja de veinticuatro, nada menos. Y sin estrenar. Sacó uno, y estaba a punto de ponérselo cuando ella lo detuvo.

—Comprueba la fecha de caducidad antes de ponértelo —le pidió, enrojeciendo más aún.

—Creo que aguantan cinco años —señaló él buscando la fecha de marras en la caja. No era que le hiciera mucha gracia perder el tiempo en esa chorrada, pero si ella se quedaba más tranquila, tampoco pasaba nada por perder unos segundos.

—Oh, entonces aún les quedan dos —suspiró aliviada.

Y Calix no pudo evitar mirarla atónito.

—¿Compraste la caja hace tres años?

Iskra asintió con un gesto.

—Que sea virgen no significa que sea una irresponsable..., o que no tenga esperanzas de dejar de serlo —dijo a la defensiva—. Dejar de ser virgen me refiero, no irresponsable —apuntó al ver su cara de pasmo. Y, como él continuó mirándola así, se puso aún más nerviosa—. Porque una puede ser responsable y pasárselo bien, y...

—¿Eres virgen?

—Sí, desde hace exactamente veintidós años —contestó esbozando una nerviosa sonrisa.

Calix asintió una sola vez, tratando de recuperarse del impacto. Era virgen. Y lo había elegido a él para dejar de serlo. Joder, se sintió el hombre más afortunado del mundo. También el más aterrorizado. No podía cagarla ahora. Por nada del mundo quería decepcionarla. Iría con mucho cuidado, pensó

mientras se ponía el preservativo, que, por cierto, se ajustó a su polla como un guante y sin estrangularla, algo que no siempre sucedía.

Observó la caja y de nuevo volvió a quedarse atónito por el tamaño elegido para los preservativos que había comprado para su primera vez. No eran lo que se dice pequeños.

—¿XXL?

—Soñar es gratis —replicó Iskra encogiéndose de hombros.

Y él volvió a estallar en carcajadas.

—Creo que es la primera vez que me río mientras foll... hago el amor.

—En realidad, no me estás haciendo el amor aún —le recordó ella arqueando una ceja.

Y Calix se puso manos a la obra. Volvió a llevarla a cotas imposibles de placer con sus manos y su boca, y cuando la notó relajarse bajo él, la penetró muy despacio, poniendo toda su atención en sus gestos. Le costó entrar, pero no tanto como había temido. Lo complicado fue no correrse mientras lo hacía. Porque su vagina lo apretaba como un puño, haciéndole casi imposible resistirse al placer. Pero se resistió, aunque a punto estuvo de costarle la cordura. Acabó de hundirse con un decidido empujón que la hizo quejarse dolorida, y después se quedó muy quieto, dándole tiempo a ella para recuperarse y a él para calmarse. Cuando la sintió relajarse de nuevo, comenzó a moverse despacio, con mucho cuidado.

Iskra le envolvió las caderas con las piernas, alzándose cuando se hundía en ella y acompasándose a su ritmo, hasta que éste se tornó vertiginoso y errático y acabó en un gemido compartido.

Amartelar

Dicho de los enamorados: acaramelarse o ponerse muy cariñosos.

Sábado, 15 de diciembre de 2018

Calix quitó la alarma del móvil diez minutos antes de que sonara. Aún no eran las seis de la mañana y todavía faltaba un buen rato para bajar a correr con Kini, pero por primera vez en años no quería salir a correr. Quería quedarse allí, acurrucado contra Iskra, con las piernas entrelazadas y los cuerpos abrazados. Quería besarla, acariciarla y saborearla. Llevarla al éxtasis y observarla mientras estallaba en esa tensa inmovilidad tan característica de ella. Pero, sobre todo, quería volver a hacerle el amor. Y no era el único que lo deseaba, pues su verga estaba más que lista para complacerlos a ambos. Sin embargo, era muy pronto, debía dejarla descansar.

Depositó un suave beso en su frente y ella se removió abriendo los ojos con pereza.

—Lo siento —musitó él.

—¿Por qué?

—Por despertarte.

—No ha sido tu beso —replicó Iskra mirándolo ladina.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué?

Ella sonrió maliciosa antes de cimbrar las caderas y frotarse contra esa parte del cuerpo de él a la que le sentaba como un guante la talla XXL. Y todavía les quedaban veintitrés preservativos para gastar antes de dos años... Lo mejor era ponerse manos a la obra.

—Llegas tarde, ¿ha ocurrido algo? —le preguntó Kini cuando por fin salió a la plaza.

—Me he entretenido —contestó con una sonrisa tan ufana que, unida a su pelo alborotado y sus labios hinchados, dejaba claro que el entretenimiento había sido muy placentero.

—¿Te has entretenido o te han entretenido? —quiso saber el muchacho burlón al ver la felicidad que irradiaba.

Calix observó a su joven amigo y esbozó una sonrisa lobuna.

—Ambas.

Calix apagó el ordenador y comprobó que todo estuviera en orden antes de enfilarse hacia la puerta, donde sus compañeros estaban reunidos, pues ya era la hora del cierre. Ayudó a Iskra a ponerse el abrigo y, sin pensar muy bien lo que decía, soltó lo que llevaba dando vueltas en su cabeza desde primera hora de la mañana.

—Vente conmigo a Segovia, podemos irnos cuando acabes de comer con Pavel y pasar allí el fin de semana.

Ella lo miró pasmada.

—No sabía que ibas a ir hoy...

—Acabo de decidirlo. Llevo desde el verano sin ver a mi familia y la echo de menos —explicó fijando en ella una intensa mirada—. Ven conmigo, por favor. Me gustaría tanto que conocieras a mis padres y a mis hermanas, y a mis abuelos y a mis tíos, y a mi sobrino... Te van a adorar —susurró antes de acariciarle los labios con los suyos.

—¿Quieres presentarme a tus padres? —inquirió sorprendida.

—Sí. Mi madre, mis abuelas y mis hermanas están como locas por conocerte, y sé que mi abuelo y mi padre, aunque lo disimulen, también se mueren de curiosidad.

—¿Les has hablado de mí?

—Cada vez que los llamo. Eres mi tema favorito de conversación —afirmó antes de frotar su frente con la de ella.

—¿Se puede ser más cursi? Joder, dais grima —exclamó Uriel despectivo—. Esto es cojonudo, no sólo tengo que veros hacer manitas en casa, sino que además voy, o, mejor dicho, vamos —señaló a Rodrigo y a Rosalía— a sufrir vuestro amancebamiento también aquí. Id a follar a un hotel y dejadnos tranquilos. —Y no lo decía en broma, al contrario, parecía enfadado.

—Qué mala es la envidia —dijo Rosalía a nadie en particular.

—Por algo es un pecado capital —señaló Rodrigo con su seriedad habitual.

Uriel los miró entornando los ojos, salió de la tienda y echó a andar sin esperarlos.

—La vas a presentar a tus padres, ¿no crees que eso es ir muy en serio para haber follado sólo un par de veces? ¿O han sido tres? —le preguntó Uriel cuando Calix entró en casa tras haber dejado a Iskra con Pavel.

Estaba sentado en el sofá y se sobaba la polla con desidia mientras observaba sin mucho interés la película porno que tenía puesta en la tele.

—Estoy enamorado de ella.

—Eso no lo pongo en duda —afirmó burlón—. Tú verás lo que haces, pero ten cuidado con las mujercitas dulces y cariñosas como Iskra. Son peligrosas. Como te descuides un poco, te veo casado y con un puto crío antes de un año —le advirtió con tal rabia que apenas pudo separar los dientes mientras hablaba.

—Y ¿qué habría de malo en eso? —replicó Calix comenzando a cabrearse. Él no era nadie para opinar sobre ellos, menos aún sobre Iskra. No pensaba aguantarle más salidas de tono.

—Si te sale bien, nada. Si te sale mal, todo —respondió dando por zanjada la conversación al subir el volumen del televisor y sumergir el salón en una horrorosa musiquilla monótona y arrítmica aderezada con jadeos y gemidos falsos.

Domingo, 16 de diciembre de 2018

—Tienes que pasar la Nochevieja y el Año Nuevo con nosotros —le dijo Gely, la madre de Calix, a Iskra.

La muchacha estaba sentada a la mesa al lado de su hijo, y éste tenía una sonrisa sempiterna en la cara y un brillo en los ojos que sólo podía deberse a la felicidad. No habían dejado de hacerse arrumacos durante toda la comida. Durante todo el fin de semana, en realidad. Aprovechaban cada instante que se creían solos para comerse a besos, y el resto del tiempo permanecían muy juntos, dándose la mano o tocándose con cualquier parte del cuerpo que estuviera cerca del otro.

—Calix me prometió que vendría, pero ahora que veo cómo te mira, dudo mucho que cumpla su promesa si tú no vienes —afirmó insistente.

—¡Mamá! —la amonestó abochornado. ¡Esas cosas no se decían delante de las novias!

—¡Será mentira! —lo desafió ella, y él no pudo menos que callarse porque algo de razón sí que llevaba—. No se hable más. Vindrás en Nochevieja, te quedarás a dormir y comerás con nosotros en Año Nuevo. Mejor aún, Marcial irá a buscaros a Madrid el sábado 29 y pasaréis todo ese fin de semana con nosotros.

—Mamá... —intentó intervenir Calix. Su madre era una mujer encantadora y maravillosa, pero a veces podía llegar a ser muy insistente. Y no sabía si a Iskra le gustaría pasar las Navidades rodeada de una familia a la que apenas conocía.

—¿Cuántos os vais a reunir? —preguntó ella con los ojos iluminados.

Gely optó por ignorar a su hijo y responder a la muchacha:

—No muchos, veinte personas más o menos. —Contó por lo bajo para no asustarla.

—¿En serio? Nosotros vamos a pasar la Nochebuena con Rodrigo, y nos dijo que seríamos unos quince, pero jamás de los jamases he estado en una cena con veinte personas. ¡Es la bomba! —exclamó entusiasmada aplaudiendo como una niña pequeña antes de volverse hacia Calix y darle un beso. En la boca. De tornillo. Delante de toda su familia, pues sus hermanas, sus tíos y sus abuelos se habían acercado a tomar el café al saber que había traído a su novia a casa.

—Creo que ha quedado claro que vendrás —comentó Marcial burlón para luego mirar con picardía a su hijo—. Para fin de año me ocuparé de conseguiros una cama un poco más grande que la que habéis tenido esta noche.

—¡Papá! —jadeó Calix.

—Muchísimas gracias, Marcial —dijo Iskra girándose hacia él, que estaba sentado a su lado izquierdo. Le dio un gran abrazo y, cómo no, un par de besos en las mejillas—. Pero no hace falta, nos gusta estar apretaditos...

Enrojeció de súbito al darse cuenta de lo que había soltado. Y su reacción fue dar media vuelta y esconder la cara en el cuello de Calix, presa de una incontenible risa nerviosa.

Y Calix estalló en una carcajada a la vez que le besaba la coronilla.

Y Gely y Marcial sonrieron conmovidos. Su hijo irradiaba felicidad por cada poro de su cuerpo, igual que ella irradiaba alegría, transmitiéndola a quienes la rodeaban.

—Pues entonces no se hable más. Cenaréis con nosotros en Nochevieja y

comeréis en Año Nuevo y Navidad —sentenció Marcial ilusionado.

—No podemos, Iskra tiene planes para la Navidad —señaló Calix mientras ella retomaba su posición. Sin ser conscientes de ello, sus manos se juntaron sobre la mesa y sus dedos se entrelazaron.

—Vaya, pensé que como tú sí que venías, ella te acompañaría...

—No, va a comer con Pavel.

—Nos habías dicho que no tenía familia —intervino el abuelo, a quien la delicadeza no se le daba muy bien.

—Y no la tengo, mi madre murió cuando yo era niña y mi abuela se fue con ella las Navidades pasadas —explicó Iskra—. Pavel es un amigo de mi madre que he heredado, y al que quiero como a un padre.

—¿Vas a comer con su familia? —dijo intrigado Marcial. ¿Ese Pavel no era el mafioso del que Calix les había hablado? ¿El mismo que casi los había obligado a que contrataran a Iskra? Algo de lo que, por cierto, se alegraba y mucho.

—En realidad, vamos a comer con Mihail y Kiril, dos buenos amigos.

—Diles que vengan a comer con nosotros —propuso de repente Gely, extendiendo el brazo para tomarle las manos con cariño—. Me encantaría teneros conmigo por Navidad.

Calix se atragantó con el agua que estaba bebiendo.

—No creo que sea buena idea, mamá. Pavel es... —se detuvo antes de decir «un mafioso», aunque lo cierto era que ya les había hablado de él— búlgaro. Tiene costumbres diferentes de las nuestras.

—¿Necesita alimentarse al menos tres veces al día? —le preguntó Gely a Iskra. Ésta asintió perpleja—. Entonces tiene las mismas costumbres que nosotros —aseveró con férrea determinación—. Invítalo de mi parte.

—Lo haré —aceptó la muchacha con idéntica determinación—. Los convenceré para que vengan, y, si no te importa mucho, también me gustaría traer a Uriel...

—Por supuesto, en mi mesa siempre hay sitio para uno, y para cien, más.

A Calix estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas. Pavel, Kiril, Mihail, Uriel, sus abuelos, su madre y su padre, ¿juntos? Sería épico.

—Así que nos vamos a reunir todos en casa de mis padres por Navidad —le dijo Calix a Iskra, ya de regreso en su piso. No dudaba ni por un instante de que ella convencería a Pavel a Kiril y a Mihail para comer con ellos; con Uriel sería más complicado, pero también lo lograrían—. Sería un buen momento para hacer un anuncio...

—¿Qué anuncio? —Iskra lo miró confundida.

—¿Quieres casarte conmigo?

Abracadabrante

Muy sorprendente y desconcertante.

Lunes, 17 de diciembre de 2018

—Hola, Pavel, ¿te pillo haciendo algo importante? —le preguntó Iskra cuando descolgó el teléfono, sin darse cuenta de que eran poco más de las seis de la mañana y al llamar a esas horas lo único que había conseguido era dar un susto de muerte al pobre mafioso. Aunque éste se cuidó mucho de demostrarlo. Tenía una reputación que mantener—. A lo mejor es muy pronto... —se excusó percatándose de lo temprano que era—. Pero tengo algo muy importante que contarte y no puedo esperar al sábado, y además se supone que no te lo puedo contar, y como ahora Calix está corriendo y Uriel durmiendo, pues he aprovechado —susurró nerviosa—. ¡No te lo vas a creer! —exclamó para, al instante siguiente, bajar la voz al recordar que le iba a contar un secreto que no podía saber nadie. Aún—. Los padres de Calix nos han invitado a Mihail, a Kiril, a ti y a mí a comer en su casa en Navidad —anunció entusiasmada—. Por favor, dime que te parece bien.

Y él, por supuesto, se lo dijo. No iba a disgustarla por algo tan tonto como rechazar una comida. Además, sentía curiosidad por la familia de Calix desde que ella le había dicho que iba a pasar el fin de semana en Segovia. Pero ¿eso era tan importante como para llamar a esas horas para mantenerlo en secreto?, le preguntó perplejo.

—¡No! ¡Eso no! Es que... —bajó la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible—: Calix y yo vamos a aprovechar que ese día vamos a reunir a

las dos familias y... —Se calló para darle más emoción al asunto. Y Pavel sintió que se le calentaba el corazón al oírla usar la palabra *familia* con respecto a él—. Y... ¡vamos a anunciar que nos casamos! —explotó en voz muy baja, saltando como una loca en mitad del salón.

Pavel se quedó sin aire. Su niña iba a casarse y tener su propia familia.

—Y tú serás mi padrino, ¿querrás?

Por supuesto que quería, se apresuró a contestar.

—Y, si tengo niños, que espero que sí y que sean muchos, te tocará hacer de abuelo y malcriarlos —continuó diciendo Iskra, irradiando felicidad. Y contagiándola.

Porque no lo estaba apartando, al contrario, lo sumergía en la familia que estaba a punto de crear.

—Pero recuerda: no se lo puedes decir a nadie, ni siquiera a Mihail. ¡Es un secreto, uno muy gordo! Y cuando estemos comiendo en casa de los padres de Calix y lo anunciemos tienes que mostrarte muy sorprendido, ¡no se te olvide! —le ordenó antes de pasar a otros asuntos. Al fin y al cabo, aún faltaba un buen rato para que Uriel se levantara y Calix regresara, y ella se sentía demasiado dichosa para mantenerse callada—. ¿Sabes cómo imagino mi vestido de novia? Será blanco y largo y...

Obsesión

Idea fija o recurrente que condiciona una determinada actitud.

Viernes, 21 de diciembre de 2018

—¿Están listas las camisas para el señor Niemiec? —le preguntó Rodrigo a Calix mientras colocaba puntilloso uno de los maniquís de la vitrina.

—La duda ofende —replicó éste entornando los ojos al darse cuenta de que las varillas del cuello de una de las camisas no eran idénticas—. En seguida vuelvo.

Fue al taller y le dio la prenda a un ajetreadísimo Uriel para que reparara el fallo, insistiéndole en que se la sacara a la tienda lo antes posible. El señor Niemiec estaba a punto de llegar y no podían permitirse el lujo de perder un solo segundo. Había varios clientes citados tras el polaco, y todos querían ser atendidos y complacidos.

Eso era lo peor de la Navidad, el exceso de trabajo y que todos los clientes querían sus camisas antes de las fiestas. Y todos con la misma excusa: la necesitaban para la cena de Nochebuena o la comida de Navidad. Porque, claro, ninguno de ellos se había dado cuenta de que, como todos los años, llegaría la Navidad y necesitarían camisas nuevas y elegantes.

Resopló frustrado, aunque, para ser sincero, él también tendía a procrastinar. De hecho, aún no tenía el regalo para su abuelo y una de sus hermanas. No así Iskra, pensó sonriente al recordar que había pasado toda la semana levantándose temprano para coser bolsitos, pitilleras y neceseres para todo el mundo, incluida su familia, a pesar del poco tiempo con que había sido

invitada. Y estaba como loca por dárselos. Menos mal que Papá Noel estaba a la vuelta de la esquina porque, si no, acabaría con tal ataque de nervios que tendrían que ingresarla.

Fue al mostrador para dejar a mano los catálogos que iba a necesitar para el cliente de las siete y en ese momento sonó el teléfono.

—Camisería Castro, buenas tardes.

Mantuvo un tenso silencio antes de colgar dando un fuerte golpe.

—¿Calix? —Rodrigo se acercó preocupado al ver que había empalidecido—. ¿Quién era?

—¿No lo adivinas? —Apretó los labios y puso las manos sobre el mostrador, inclinándose para esconder la cabeza entre sus brazos rígidos.

—Ya tengo la camisa de... —Iskra se paró en seco con la camisa rectificada colgando de la mano al ver la desesperación de Calix—. ¿Qué ha pasado? —Se acercó veloz.

Él levantó la cabeza, su cara rota por la desolación.

—No me va a dejar en paz nunca —susurró vencido antes de golpear el mostrador con las manos planas. Ella se apresuró a meterse entre él y mostrador, abrazarlo y pegar la cabeza a su pecho. Eso pareció reconfortarlo. Y darle fuerzas. Se irguió enlazándola por la cintura—. ¿Hablaste con Adán? —le preguntó a Rodrigo. Éste asintió con un gesto.

Y, mientras ellos hablaban de leyes, acoso y vigilancia, Iskra sintió que el odio que llevaba varias semanas fraguándose en su interior estallaba saliendo a la superficie.

Y era un odio tan brutal e intenso que no se molestó en tratar de dominarlo.

Porque no sólo era incontenible.

Ella tampoco quería tratar de contenerlo.

Ya no.

Justicia

Principio moral que lleva a dar a cada uno lo que le corresponde o pertenece.

Sábado, 22 de diciembre de 2018

—¿No quieres comer más, Chispa? —le preguntó un intranquilo Pavel a Iskra.

Ella negó con la cabeza, preocupándolo aún más de lo que ya estaba.

Algo le sucedía. Casi no había comido a pesar de haberla llevado a uno de sus restaurantes favoritos. ¡Y ni siquiera había tocado el postre! Estaba seria y apenas había abierto la boca en toda la tarde, daba igual lo mucho que se esforzara en tratar de hacerla sonreír o en sacar temas interesantes a colación. Nada erradicaba la aflicción de su cara.

—¿Te has enfadado con Calix? —preguntó intuyendo el motivo de su abatimiento.

Al fin y al cabo, el hombre al que amaba se había ido con otra, delante de sus narices, hacía menos de una semana. Claro que, al día siguiente, Iskra había estado tan feliz. Y después le había dicho que iba a casarse.

No tenía sentido que ahora estuviera tan triste.

Tal vez alguien le había ido con el cuento de que el camarero se había besado con la rubia y eso era lo que la había entristecido. Y, si así fuera, él podría solucionarlo sin problemas, tenía pruebas que la aliviaría ver.

—No, claro que no —respondió Iskra con apatía a su pregunta.

—¿Segura? —inquirió él enarcando una ceja. Ella asintió silente—. Si me cuentas lo que te pasa, tal vez pueda ayudarte. A veces parece que todo va muy mal, que los hombres somos unos cabrones descerebrados, y aunque no te voy

a negar que sí solemos serlo, tal vez en esta ocasión no cuentes con toda la información que necesitas para juzgarlo adecuadamente —señaló arqueando las cejas, dando a entender que él sabía algo que ella no conocía.

Iskra lo miró con un destello de curiosidad en sus ojos, ¡por fin una reacción!, pero el destello se apagó casi tan rápido como había nacido, y volvió a bajar la vista meditabunda.

—Cariño, tal vez...

—Necesito que me hagas un favor —dijo ella de repente con una determinación tan gélida que casi no pudo reconocer sus ojos en esa mirada.

—Por supuesto, Chispa, lo que desees sólo tienes que pedirlo.

—Quiero que le des un susto muy grande a una mujer.

—Un susto muy grande... —La miró tan divertido como enternecido al comprender que sus sospechas eran correctas. Alguien le había ido con el cuento de lo sucedido el viernes entre el camisero y la rubia, y su Chispita estaba sufriendo, sin motivos—. ¿Qué te parece si la meto en un bidón y la tiro al río? Eso asusta a cualquiera —propuso burlón, tratando de hacerla sonreír con la vieja broma.

—Me da lo mismo lo que hagas; de hecho, no quiero saberlo —replicó ella muy seria—. Pero tiene que ser un susto tan grande que no vuelva a acercarse a Calix nunca más. Quiero que se muera de miedo, que sufra y se retuerza de horror —admitió sorprendiéndolo. Tenía los dientes apretados y sus ojos se habían convertido en dos rendijas que destilaban puro odio—. Que la aterricen tanto que salga del país y no se atreva a volver jamás.

—¿No crees que ésa es una venganza exagerada por un solo beso? —le planteó mirándola perplejo. Jamás la habría creído capaz de tanto rencor, menos aún por tal menudencia.

Iskra lo miró confundida.

—¿A qué te refieres?

—Sé lo que pasó...

Ella frunció las cejas sin comprender.

—Sé que se fue con una rubia el viernes pasado... Y que llegó a casa bien entrada la noche. Pero no estuvo todo el tiempo con ella; en realidad, estuvieron juntos menos de una hora, luego se marchó y estuvo paseando por Madrid —informó, no por defender al camisero, sino porque le dolía que su niña estuviera tan triste cuando no había pasado nada. Además, entre hombres tenían que apoyarse.

—¡Has seguido a Calix! —exclamó atónita. Y él tuvo la perspicacia de mirarla con fingido arrepentimiento—. No deberías haberlo hecho —le reclamó enfadada.

—No era mi intención —se disculpó con voz suave—, pero cuando uno de mis hombres lo vio salir de la camisería acompañado de una mujer, sintió curiosidad y lo siguió.

Iskra asintió aceptando su explicación. Al menos, durante un par de segundos, después volvió a mirarlo con los ojos entornados.

—Y ¿qué hacía uno de tus hombres fuera de la camisería el viernes? Que yo recuerde, ninguno fue a recoger ni a comprar camisas —repuso desconfiada antes de abrir unos ojos como platos—. ¡Me estabas vigilando! ¡¿Cómo te atreves?! —gritó genuinamente enfadada—. Acepté que me tuvieras localizada por el móvil, pero jamás me dijiste que también ibas a mandar seguirme como si fuera un delincuente. No me lo puedo creer.

Y eso le confirmó a Pavel sus sospechas de que el camisero era tan discreto como le parecía y no se había ido de la lengua chivándole a su hija que los había mandado vigilar.

—No volverás a hacerlo —le ordenó Iskra—. No me seguirás más. Y a Calix tampoco. Promételo.

—No.

Ella se quedó pasmada. Era la primera vez que le daba un no rotundo.

—No puedes vigilarme...

—No puedo dejar de hacerlo.

—¿Por qué? —le reclamó confundida.

—Porque te quiero. Y eso es peligroso. Eres mi debilidad y no puedo permitir que nadie te use en mi contra, en primer lugar, porque no soportaría que te hicieran daño y, en segundo, porque el éxito de mis negocios depende de que mantenga la cabeza fría. Así que te seguirán vigilando y protegiendo te pongas como te pongas —aseveró Pavel con la voz cavernosa y el gesto gélido que habían hecho de él un hombre digno de ser temido.

E Iskra vio por primera vez al mafioso que asustaba con su sola presencia. Sólo que a ella no la asustó. Incluyó la cabeza mirándolo con los ojos entornados antes de asentir.

—Está bien —aceptó sorprendiéndolo—, pero no te meterás en mi vida ni en la de Calix. De hecho, a él no lo seguirás.

—Y, sin embargo, que lo haya seguido puede hacer que tu enfado sea más leve...

Iskra arqueó una ceja, instándolo a continuar.

—Imagino que alguien te ha dicho que la besó, incluso que tal vez hubo algo más. No es cierto. Discutieron, ella lo besó y él no dudó un segundo en apartarla.

—Ya lo sé —resopló ella con suficiencia—. No quiero que asustes a Verónica por eso.

—Entonces ¿por qué?

Iskra lo miró dubitativa un instante y luego tomó una gran bocanada de aire.

—Le hizo daño. Y sigue haciéndoselo —reveló, el odio asomando de nuevo a sus ojos—. Le hizo... cosas horribles. Estuvo a punto de acabar con él, y, a pesar de que hace un año que dejaron de estar juntos, sigue acosándolo. No lo voy a permitir.

Pavel asintió, añadiendo ese detalle a todo lo que había visto y, sobre todo, oído en el vídeo grabado por Grigor. Ahora entendía muchas cosas.

—Dime qué quieres que haga exactamente.

—Me da lo mismo lo que le hagas, siempre y cuando no la mates ni le rompas nada ni la hagas sangrar —acotó tras pensarlo un segundo—. Quiero

que se vaya y no regrese jamás, que tenga tanto miedo que no vuelva a llamarlo nunca más.

—Así será.

—Y una cosa más: hagas lo que hagas, Calix no puede saberlo.

Porque estaba segura de que, si se enteraba, se sentiría culpable. Y no iba a permitirlo.

—Sin problemas —aceptó mirándola inquieto—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Tal vez si le das un poco de tiempo esa mujer acabe por darse cuenta de que no merece la pena ser tan pesada, se canse de insistir y os deje en paz.

Él se ocuparía de que los dejara tranquilos, pero sin que Iskra lo supiera. Esperaría un tiempo prudencial y luego se libraría de ella, así no pesaría sobre la conciencia de su hija.

—Verónica nunca se dará por vencida, a no ser que tenga un motivo de peso que la haga recapacitar. —Se mordió los labios remisa a continuar hablando. Pero era Pavel. Él la entendería—. Y, además, necesito saber que se ha hecho justicia, que no se ha ido de rositas como si no hubiera estado a punto de destrozarle la vida al hombre que amo. Quiero que sufra tanto como lo ha hecho sufrir a él. En realidad es muy simple: quiero venganza —sentenció con una sonrisa ácida.

Y Pavel la entendió perfectamente. La venganza era uno de los pilares de su vida.

—Y la tendrás. Me ocuparé de ello.

—Sin matarla y sin sangre ni huesos rotos ni nada de ese estilo —le recordó.

—Por supuesto.

—Sabía que me comprenderías. —Se levantó y se acercó a él—. Al fin y al cabo, en algo tenemos que parecernos, además de en las cejas, papá. —Lo besó con cariño en la mejilla.

—¿Lo sabías? —musitó perplejo. Por lo visto, el camisero no era tan

discreto como pensaba y sí se había ido de la lengua en al menos un asunto.

—Desde el momento en que te acercaste a mí en el entierro de mi abuela y te quitaste las gafas de sol. Eras el hombre de la foto que mamá guardaba en la caja de su película favorita. Me dejó una nota diciéndome que ese hombre era mi padre e iría a buscarme cuando la abuela no estuviera. Y lo cumpliste.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería conocerte, saber cómo eras, descubrir si podía confiar en ti.

—¿Lo haces?

—Con los ojos cerrados.

Pavel la abrazó como un padre abraza a su hija por primera vez en su vida. Y mientras lo hacía un pensamiento cruzó su mente.

—¿Por eso aguantaste tanto tiempo en mi casa? ¿Para poder conocerme mejor?

—Aguanté porque no quería separarme de ti hasta estar segura de que, aunque no viviéramos juntos, seguiríamos viéndonos —respondió besándolo en la nariz.

Frangible

Capaz de quebrarse o partirse.

Domingo, 23 de diciembre de 2018

—¿En serio crees que me vas a asustar al traerme aquí? —se burló Verónica cuando Grigor la sacó del coche y vio que estaban en la orilla de un río—. Dile a Rodrigo que sea más original si quiere asustarme. —Pues no le cabía duda de que era el albino, autoproclamado protector de Calix, quien estaba detrás de esa payasada—. Calix me ha contado mil veces que los mafiosos bromean con tirar a la gente al río en bidones, y aquí no veo ninguno. Así que, como no consigas uno pronto, además de hacerme perder el tiempo, vas a quedar en ridículo —resopló cruzándose de brazos frente al hombre que la había secuestrado.

Porque eso era exactamente lo que había hecho. La había interceptado en plena calle y metido en un cuatro por cuatro con un cristal que separaba la parte delantera de la trasera y que tenía las puertas bloqueadas, impidiéndole escapar. La había llevado a la sierra. Y, aunque al principio estaba muerta de miedo, ahora ya no. Porque el hombre era más bajito que ella. También más delgado. De hecho, tenía un aspecto tan desnutrido que dudaba que tuviera fuerzas para matar una mosca. Y mejor no hablar de su ropa: los pantalones le hacían bolsas, la camisa era de lo más hortera y la chaqueta andrajosa. ¿Es que el puñetero albino no tenía presupuesto para un disfraz un poco más espeluznante? Desde luego, ese tipejo no tenía pinta de mafioso.

—Sé listo y déjame ir antes de que me enfade y te denuncie a la policía. No

sé cuánto te habrá pagado el albino, pero no merece la pena si vas a acabar en la cárcel. Y, créeme, allí acabarás.

Grigor la miró arqueando una ceja, pero no dijo nada.

—No me jodas, ni siquiera me entiendes, ¿verdad? Esto es increíble, montan una escenita para acojonarme y me mandan a un matón escuálido que no habla mi idioma. Me largo, ya encontraré a alguien que me lleve —dijo más asustada de lo que quería aparentar. Enfiló hacia donde imaginaba que estaba la carretera.

Y chocó contra un tipo enorme, vestido con un abrigo negro, pantalones negros, chaqueta negra, colorida y elegante camisa artesana y gafas de sol. La agarró del brazo con muy poca delicadeza y la arrastró de regreso con el alfeñique.

—Llegas tarde —le recriminó Grigor a Mihail en un correcto español con un suave acento extranjero.

—Kiril no encontraba bidón grande para meterla sin romperle las piernas —repuso Mihail en su rudimentario español, encantado de aterrorizar a la zorra que hacía daño a su proveedora de pasteles.

Y Verónica, a pesar de que su miedo se había elevado exponencialmente al ver al enorme tipo, se irguió orgullosa enfrentándose a él.

—Os lo advierto, como sigáis con esta gilipollez, os voy a denunciar.

—¿Dónde está Kiril? —le preguntó el enano al gigante—. Tengo que ir a casa a ayudar a mi mujer con los preparativos de la cena de mañana.

—Encontramos el camino cortado, ha buscado otro —contestó el gigante.

Y, como si lo hubieran invocado, Verónica oyó el rugido de un motor. Se volvió hacia el río y lo que vio la dejó sin habla. Era una camioneta roja con una grúa montada en la caja. En ésta había también un bidón metálico bastante grande, con agujeros y medio oxidado, que estaba envuelto en cadenas que a su vez se enganchaban a la pluma de la grúa.

—La broma no me hace ni puta gracia. —Empalideció dando un paso atrás.

El hombre enorme volvió a agarrarla y, sin ningún miramiento, la tiró al

suelo. La mantuvo allí con el sencillo método de sacar la pistola y apuntarle a la sien.

—Quieta.

Verónica obedeció. Se quedó inmóvil escuchando cómo el enano y el gigante hablaban con total tranquilidad de lo que iban a cenar al día siguiente mientras otro hombre, también enorme y también vestido de negro, manejaba la pluma de la grúa hasta bajar el bidón al suelo y dejarlo junto al río. Y, cuando el gigante la levantó agarrándola del brazo con tanta fuerza que pensó que iba a dislocárselo, comenzó a dar patadas y a tratar de escaparse. Por supuesto, no le sirvió de nada.

Le dio un fortísimo bofetón que la dejó aturdida y luego la metió en un bidón que era lo suficientemente grande para que entrara con las rodillas dobladas contra el pecho y los brazos recogidos. El áspero interior cubierto de óxido le arañó la espalda, el trasero y los brazos. Pero no fue eso lo que la hizo chillar.

Fue ver que cerraban la tapa dejándola dentro. Sus gritos se volvieron más fuertes cuando la pluma elevó el bidón y lo movió de sitio para luego dejarlo caer en el agua con un fuerte chapoteo. Y los gritos se convirtieron en alaridos de puro terror cuando el agua gélida le cortó la respiración al entrar por los agujeros conforme el bidón se hundía en el río.

—¿Has calculado cuánto tarda en llenarse? —le preguntó Mihail a Kiril en su idioma.

—Más o menos.

—¿Más o menos? Pavel no quiere que muera.

—No soy un científico, no tarda lo mismo en llenarse un bidón vacío que uno que ya está ocupado con un cuerpo. Además, el tiempo para tenerla sumergida también depende de la capacidad pulmonar que tenga. No es lo mismo que aguante dos minutos a que lo haga treinta segundos.

Mihail lo meditó y, tras esperar un par de minutos, le ordenó a Kiril que la sacara.

—Cerdos, hijos de puta, voy a hacer que os encierren para toda la vida, ¡cabrones! —gritó Verónica en el momento en que levantaron la tapa. Tenía cara mojada, lo que significaba que el agua casi había invadido el bidón, obligándola a pegarse a la tapa para seguir respirando.

Trató de salir, pero Mihail le puso su gigantesca mano en la cabeza, impidiéndoselo.

—¿Fumas?

—Déjame salir de aquí, cabrón asqueroso —bramó histérica.

Él le puso de nuevo el cañón de la pistola en la sien, molesto por tanto alboroto.

—¿Fumas? —repitió.

—¡No!

—Bien, así aguantarás más —dijo antes de cerrar de nuevo la tapa y devolverla al río.

Esta vez, como el bidón estaba lleno de agua, no tardó en hundirse.

Charlaron unos instantes sobre lo que les iban a regalar a sus retoños, a sus mujeres y a sus amantes por Navidad y, cuando lo creyeron oportuno, volvieron a subirla.

En el momento en que destaparon el bidón, ella se asomó agonizando sin fuerza. La sacaron tirándole del pelo y la lanzaron al suelo mientras tosía y vomitaba agua, los labios morados por la falta de oxígeno mientras jadeaba buscando aire.

Grigor esperó a que el agónico estertor de su respiración se convirtiera en un resuello agitado y luego le tendió una toalla.

Verónica, aterrada, se arrastró retrocediendo.

—Las cosas van así, princesa: vas a hacer un largo viaje a Bulgaria, y allí te vas a quedar. Entrarás a servir a Albena, una mala puta que te va a joder la vida. Con ella vas a aprender lo que es pasarlo mal y ser acosado. Pero eres guapa —observó con desidia—, si te esfuerzas tal vez puedas convertirte en la zorra de alguno de nuestros chicos allí y escapar del cariñoso trato de Albena.

Incluso puede que te enamores y acabes siendo feliz, nunca se sabe. ¿Cómo lo ves?

—No puedo ir a Bulgaria, aquí tengo...

—Aquí no tienes nada, ni siquiera la vida —la interrumpió con suavidad—. Porque, si dentro de cuatro horas no estás en el aire surcando Europa, te encontraremos y volveremos a meterte en ese bidón. —Lo señaló con un gesto y ella se estremeció—. Y ya no te sacaremos.

—Pero...

—Acepta el trato, princesa, es lo mejor que vas a obtener.

Lo miró aturdida y él chasqueó la lengua antes de asentir con la cabeza.

Mihail volvió a meterla en el bidón.

Y, mientras el bidón se sumergía, ella gritó como una loca aceptando el trato, por lo que sólo la dejaron bajo el agua lo justo para que la experiencia se le quedara grabada en la mente, que fue un segundo antes de que muriera ahogada. Luego la metieron en el coche y la llevaron al aeropuerto sin detenerse a que se cambiara de ropa, a pesar de que estaban en pleno invierno y estaba empapada y, por tanto, aterida. Le pusieron el billete de avión en la mano, le dijeron que habría alguien esperándola cuando aterrizara y le recordaron que siempre habría mil ojos siguiéndola y que, si regresaba a España, volverían a darle un baño. También le advirtieron que no debía ponerse en contacto con el camisero o se enterarían, y los ríos de Bulgaria eran más fríos y profundos que el Manzanares.

Por último, le dieron un teléfono y le ordenaron que llamara a la camisería. Debía dejar un mensaje en el contestador despidiéndose para siempre. Y debía hacerlo muy creíble o le meterían la cabeza en uno de los váteres del aeropuerto y tirarían de la cadena tantas veces como fueran necesarias para que muriera ahogada entre orines.

Verónica tomó aire varias veces, tratando de calmarse mientras forzaba a su aterrorizado cerebro a idear un mensaje que resultara creíble.

—No seas dulce —le indicó Grigor—. Eres una zorra cruel y egoísta, no

cambies ahora, o no se lo creará.

Verónica cogió el teléfono, inspiró profundamente y marcó el número de la camisería.

—No mereces la pena, eres un débil que lo único que tiene para ofrecer es un cuerpo bonito, y ya ni siquiera eso. No voy a perder ni un segundo más contigo. Y no creo que esa enana gordinflona con la que follas ahora te aguante mucho más. Aunque depende, tal vez si te la follas a menudo... Eso era lo único para lo que valías. Hasta nunca, inútil.

Disrupción

Rotura o interrupción brusca.

Lunes, 24 de diciembre de 2018

—Desde luego, esa mala puta sabe cómo despedirse —apuntó Uriel alzando la copa de champán en un brindis—. Por que algún capullo le contagie la sífilis y se le caiga el coño a cachos.

—Brindo por eso —dijo Rosalía chocando su copa—, y añadido: por que se le extienda por todo el cuerpo y se le llene de granos purulentos. Y le salgan verrugas, se le caiga el pelo de la cabeza y las tetas se le desplomen hasta el ombligo —apuntó antes de beber.

Rodrigo arqueó una ceja al oír a su habitualmente pacífica empleada. Tal vez no había sido buena idea abrir el champán que reservaba para celebrar la Navidad con sus empleados. Más habida cuenta de que había comprado media docena de botellas con la intención de abrir un par de ellas en cada fecha laboral señalada, esto es, la mañana de Nochebuena, la de Nochevieja y la víspera de Reyes. Sin embargo, las habían abierto todas al oír el ponzoñoso y a la vez maravilloso mensaje de Verónica.

Al principio los había sorprendido tanto que habían tenido que escucharlo dos veces más para asimilarlo por completo. Luego habían dudado de que fuera sincera, o incluso de que fuera ella y no otra persona, pues no podían creer que se rindiera tan fácilmente. Pero, tal como apuntó Iskra, el mensaje era obra de ella. No era sólo su voz, sino también su manera de hablar y de humillar a Calix. Así que habían decidido darle crédito, aunque, por supuesto,

con reservas. Hasta que pasaran unas semanas, o incluso unos meses, sin noticias suyas no se convencerían de que todo había acabado.

Pero mientras tanto había que celebrarlo. Así que habían abierto las botellas de champán y se las habían bebido, algunos con más alegría que otros, pensó observando las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes de Rosalía.

—Vamos a ir recogiendo para cerrar —dejó la copa en el mostrador—, seguro que nuestras familias agradecerán que cooperemos un poco con las tareas de la cena —apuntó.

—Voy a buscar a los tortolitos, tal vez con un poco de suerte los pille follando y me alegren el día —anunció Uriel con un poso de amargura que no pasó desapercibido a Rodrigo.

Enfiló hacia el taller, adonde Iskra había ido hacía diez minutos con la excusa de coger la chaqueta. Calix la había seguido poco después con el mismo pretexto. Desde luego, no era muy original inventando coartadas. Porque la realidad era que Iskra había ido a por el regalo de Navidad de Rosalía, a quien, al contrario que al resto, no vería en Navidad. Y Calix, que desde que follaba con Iskra andaba siempre a medio mástil, cuando no a mástil completo, la había seguido con alguna intención nada inocente, de eso estaba seguro.

Y acertó.

Los encontró besándose apasionados contra la mesa. O, mejor dicho, Iskra sobre dicho mueble y Calix entre sus piernas abiertas. Las manos de ella jugaban con el pelo de él, y las de él estaban ancladas en la cintura femenina. En fin, había cosas que nunca cambiaban y, por lo visto, la estúpida contención de Calix era una de esas cosas.

—De verdad, no me puedo creer que llevéis solos diez minutos y no hayáis pasado de los besos. Eres una vergüenza para el género masculino —comentó burlón, sobresaltándolos—. Si yo fuera tú, ya tendría las manos en sus tetas y la polla enfundada en su coño.

—Comienzo a cansarme de oírte —masculló Calix. Y no mentía. Uriel

llevaba demasiado tiempo manteniendo esa actitud beligerante y ofensiva, y estaba al límite de su paciencia. Si no había estallado antes había sido por Iskra, pero como siguiera por ese camino, acabarían mal.

—Pues cállame, ya sabes cómo hacerlo —replicó Uriel lamiéndose los labios.

—Uriel, deja de intentar cabrearlo —lo regañó Iskra interponiéndose entre ambos.

Se había opuesto con todas sus fuerzas a que Uriel no cenara con ellos esa noche, pero comenzaba a pensar que de verdad necesitaba la liberación que, según él, iba a conseguir. Sólo esperaba que el sexo no fuera tan salvaje como daba a entender. Aunque, por lo que le había contado Calix sobre el estado en que había regresado la última vez que se había mostrado tan inquieto e irritable, podría ser mucho peor de lo que contaba. Desde luego, mucho más doloroso y brutal.

—A tus órdenes, princesa. —Hizo una reverencia y le atrapó la mano llevándosela a los labios con ojos taimados.

Y, cuando estaba a punto de besarle los dedos, tiró con fuerza haciéndola perder el equilibrio y atrayéndola hacia sus brazos. La envolvió en ellos y la besó en la boca. Incluso llegó a meterle la lengua antes de que Calix lo apartara furioso.

—¡No! —estalló Iskra poniéndose entre ellos cuando Calix hizo ademán de darle un puñetazo—. Es lo que quiere, ¿no lo ves? —le susurró agarrándole el puño—. Quiere que te enfades con él, que lo odies incluso. Quiere alejarnos de él.

No era la primera ocasión en que decía algo parecido, y Calix estaba cada vez más convencido de que tenía razón, pero aun así era complicado soportar su hiriente insolencia.

—Espero que esta noche te metan una paliza que de verdad consiga calmarte, porque, si no es así, te juro que lo haré yo —lo amenazó furioso antes de tomar la mano de Iskra y salir del taller.

Uriel no los siguió de inmediato, necesitaba estar a solas. Porque Iskra tenía razón: quería que lo odiaran y se alejaran de él. No se merecía que nadie lo apreciara, mucho menos que lo quisieran. No ese día. El siguiente tal vez todo sería diferente, pero esa noche... Esa noche no se merecía nada, salvo sufrimiento.

Dibujó una sonrisa de suficiencia en su cara y salió del taller. Y empalideció al entrar en la tienda y ver un paquete, del tamaño de una caja de zapatos, envuelto en papel de regalo rojo sangre con un gran lazo, también rojo.

—Un mensajero ha dejado esto para ti —le hizo saber Rosalía animada—. Por lo visto, has sido más bueno de lo que pensábamos y Papá Noel ha adelantado tu regalo. —Le tendió la caja.

Uriel tardó varios segundos en cogerla. Y, cuando lo hizo, le temblaban las manos y tenía las mandíbulas tan apretadas que le costó un gran esfuerzo aflojarlas para hablar.

—¿Quién la ha traído? —preguntó con voz ronca.

—Un mensajero, ¿ocurre algo? —inquirió Rodrigo acercándose a él al ver su repentina palidez. Y no fue el único, Calix e Iskra no se quedaron atrás.

—No, en absoluto. Sólo tenía curiosidad. —Dejó la caja en la mesa. No necesitaba abrirla para saber qué contenía—. Me largo —anunció de repente, la mirada fija en la caja.

—Todos lo hacemos, por eso has ido a buscar a Calix, para decirle que nos íbamos —señaló Rosalía, demasiado contenta como para darse cuenta de que pasaba algo.

—Sí, claro. —Sacudió la cabeza para apartar la vista de la hipnótica caja—. ¿Puedo hablar contigo un momento, Rodrigo? —El albino aceptó y se apartaron un poco, aunque no les sirvió de mucho, pues Calix e Iskra los siguieron—. Dejo el trabajo.

Rodrigo arqueó una ceja confundido. Y eso no fue nada en comparación con la mueca de absoluto pasmo de Calix e Iskra.

—Sé que no te aviso con el tiempo que exige la ley, pero me he aburrido de estar aquí, es todo demasiado monótono, y tampoco es que puedas enseñarme nada —dijo esbozando una insidiosa sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Uriel, ¿qué pasa? —le preguntó Calix preocupado. Ni por un momento se tragaba esa excusa pensada para herir a Rodrigo. ¿Ahora también quería que éste lo odiara?

—Sólo que estoy harto de verte follar con Iskra en cada rincón de la casa, y más harto aún de hacer camisas de mierda para mafiosos de pacotilla. Me largo —afirmó vehemente antes de coger la caja y enfilarse hacia la puerta.

—No me jodas, Uriel —lo retuvo Calix—. ¿Qué narices te pasa?

—Es por el regalo —habló de repente Iskra, llamando la atención de todos sobre la caja que Uriel aferraba con dedos engarfiados—. ¿Qué es?

—No lo he abierto, así que no puedo saberlo —mintió.

—Ábrelo.

—No me apetece.

—¿No sientes curiosidad? —insistió ella, llena de preocupación. Él sabía o intuía lo que contenía. Y lo había asustado tanto que... ¿Quería dejar su trabajo? Eso era una locura. Pero era lo que parecía.

—Sé lo que es. Un regalo de aniversario —confesó Uriel sin saber bien por qué. Tal vez porque era difícil resistirse a los cariñosos ojos de la muchacha. Ojos en los que a él le gustaría perderse. Ojos que casi le habían devuelto la fe en la amistad y el amor.

—¿Tu aniversario? ¿Es tu cumpleaños? —inquirió tomándole la mano libre con afecto.

Y él no pudo resistirse a la ternura de su roce y fue más sincero de lo que pretendía.

—No. El aniversario de mi boda. Hoy hace nueve años que me casé.

—No sabía que estabas casado —comentó perpleja, dando voz a la sorpresa de los demás.

—Lo estuve —se apresuró a corregirla—. Mi mujer decidió dejarme hace

exactamente siete años.

—¿Te dejó en vuestro aniversario?

—Debió de pensar que sería divertido usar la misma fecha para las dos cosas —repuso Uriel encogiéndose de hombros.

—Ella se lo pierde —dijo compasiva al percatarse del dolor que mostraban los ojos de su amigo—. Eres un hombre maravilloso, lamento que no supiera verlo.

—No creo que Roser pensara lo mismo, habida cuenta de que se tiró desde un noveno piso para no tener que soportarme más —señaló él con una sonrisa feroz.

—Dios mío, Uriel, lo siento —jadeó Iskra, dando de nuevo voz a los pensamientos de Calix, Rodrigo y Rosalía.

—Sí, yo también —convino él burlón—. Era una mujer estupenda, mucho mejor que yo —declaró volviéndose hacia Rodrigo—. Me voy, sé que no me corresponde, pero si me hicieras el favor de arreglarme los papeles del paro para que pueda cobrarlo, te estaría eternamente agradecido.

—Por supuesto. Quédate con nosotros hasta fin de año y los tendrás —le pidió Rodrigo, tratando de ganar tiempo.

—Si los tienes el miércoles, genial; si no, no te molestes, porque no voy a venir a por ellos —replicó Uriel enfilando hacia la puerta.

Calix e Iskra lo siguieron.

Caminaron a su lado tratando de sonsacarle qué narices le pasaba, pero no hubo modo. Uriel permaneció callado, manteniendo el secreto, como una tumba y, desde luego, no podía haber una comparación mejor, pues parecía un fantasma. O un hombre que estaba viendo fantasmas del pasado.

Al llegar a casa se encerró en su dormitorio y miró el paquete que había recibido.

Sabía lo que contenía. Era una estupidez que lo abriera. Pero la estupidez era un condicionante del ser humano. Y él lo era. Uno particularmente estúpido, además.

Se sentó en la cama, se puso el paquete sobre las rodillas y deshizo el lazo lentamente, no tenía prisa por ver lo que contenía. Lo desenvolvió con cuidado y abrió la caja. Un sollozo involuntario abandonó su boca antes de que pudiera contenerlo. Se agarró la cabeza con las manos, los labios abiertos en un grito mudo que reflejaba todo el dolor que cubría sus ojos. Se mantuvo así un instante y luego se levantó de la cama sin importarle que la caja resbalara de sus rodillas y acabara en el suelo.

Sacó la maleta y miró su ropa pensando en lo que iba a llevarse. No era la primera vez que huía, y sabía por experiencia que cuanto más cargado fuera más lento se movería. Y en ese momento tenía mucha prisa. Porque, cuanto más rápido escapara, más tardaría en volver a encontrarlo. O, al menos, eso era lo que solía pasar. Esa última vez había tardado casi un año en localizarlo. Pero había habido otras ocasiones en las que ni siquiera había conseguido un mes de respiro antes de que comenzaran a llegar regalitos.

Eligió con cuidado la ropa que metería en la maleta. Siempre podía dejar el resto allí y, si conseguía escapar de Némesis,¹ pedirle a Calix que se lo mandara a su nueva dirección. Aunque pasarían varios meses antes de que consiguiera establecerse de nuevo.

Apoyó las manos contra la pared ahogando un fiero gruñido. No quería irse. No quería volver a huir dejándolo todo atrás, porque en esta ocasión, al contrario que en todas las anteriores, había demasiado para dejar atrás. Tenía amigos a los que quería tanto que casi se podía llamar amor, un lugar al que comenzaba a considerar hogar, un trabajo que adoraba y un jefe al que apreciaba. Se sentía bien, cómodo y en paz por primera vez en muchos años, y tenía que volver a huir.

Y no podía hacer nada por evitarlo.

Sintió tanta impotencia que le faltó el aire. Golpeó la pared y en ese momento la puerta se abrió e Iskra entró como un torbellino sin que Calix, que la seguía de cerca, pudiera impedirlo, aunque lo cierto era que tampoco ponía mucho empeño en ello.

—No voy a dejar que te vayas, me niego. Sé que te pasa algo y estoy segura de que entre todos podremos solucionarlo. No estás solo, ¡¿me oyes?! No vamos a dejarte solo, sea lo que sea a lo que tengas que enfrentarte, estaremos a tu lado —afirmó apasionada—. Nada es tan grave ni tan importante como para que te vayas y... —Gritó tan fuerte que las paredes temblaron.

—¡Joder! —exclamó Calix al reparar en lo que acababa de ver Iskra—. ¿Qué coño es eso?

—Un regalo estúpido —contestó Uriel volviendo a meter en la caja el bebé muñeco con la cabeza y las extremidades arrancadas, las cuales estaban esparcidas por el suelo. Estaba cubierto con un denso líquido rojo, probablemente tomate, que se había resecado sobre su piel de goma asemejando coágulos de sangre.

—¿Quién narices te ha mandado eso? —lo increpó Calix asqueado, abrazando a Iskra.

Ella se liberó con suavidad y miró a Uriel. Ahora que la impresión había pasado y podía pensar con claridad, no iba a asustarse por un muñeco desmembrado cubierto de ketchup. Miró a Calix preocupada, y éste se acercó a Uriel hasta quedar encarado a él.

—Sabías lo que había dentro de la caja —dijo, y no era una pregunta—. Por eso no has querido abrirla en la tienda.

—Lo intuía. El regalo suele cambiar en la forma, pero no en el fondo. A veces es una muñeca de trapo destrozada, otras una de porcelana hecha añicos, aunque casi siempre son bebés de plástico desmembrados. Eso sí, todos vienen cubiertos de tomate. Imagino que Némesis no tiene presupuesto para comprar sangre —expuso con apatía antes de darse media vuelta y continuar llenando la maleta.

—¿Cuántos has recibido? —preguntó Calix mirándolo perplejo. ¿Cómo podía tomarse con tanta indiferencia tan tenebroso regalo?

—Unos cuantos —respondió sin querer entrar en detalles.

—¿Cuántos? —exigió Calix.

—No lo sé. —Y no mentía. Los tétricos regalos eran tantos que había perdido la cuenta. Aunque los bebés desmembrados sólo llegaban en una fecha: el día de Nochebuena.

—¿Cuánto tiempo llevas recibiendo los? —intervino Iskra con voz suave acercándose a él para abrazarlo, y eso estuvo a punto de romper sus defensas.

—Desde hace siete años —confesó apartándola para seguir llenando la maleta.

—Y ¿por qué te los mandan? —inquirió mirando el regalo—. Es tan desagradable...

—No tanto como ver a tu mujer estrellándose contra el suelo como una sandía madura —replicó Uriel, cerrando la maleta y dejándola sobre la cama. Esa noche no podía huir, tenía una cita con el dolor.

Calix fue hacia él con la clara intención de abrazarlo e Iskra no se quedó atrás.

Uriel los frenó alzando las manos antes de que lo tocaran.

—Ahora no, justo ahora no —dijo sin aliento—. Cualquier otro día me parecerá estupendo que montemos un jodido trío y follemos como locos. Pero hoy no —señaló saliendo del cuarto.

Enfiló el pasillo y, al llegar a la entrada, se volvió hacia Calix, quien iba tras él.

—No me sigas, por favor. Esta noche necesito —«purgar mi culpa y pagar por mis pecados»— estar solo. Volveré mañana a por la maleta y hablaremos —le pidió con una mirada que contenía tanto sufrimiento que a Calix le costó la misma vida permitir que se fuera.

Indefectible

Que tiene que ocurrir o no puede faltar o dejar de ser.

Martes, 25 de diciembre de 2018

—No te puedes imaginar el niño tan guapo que era. Cada vez que entrábamos en el mercado, todas las tenderas salían a pellizcarle los mofletes —relató Gely.

—No me lo recuerdes, todavía tengo pesadillas con eso —repuso Calix haciendo reír a todos los presentes.

—Tampoco te creas que te vas a casar con un santo, por mucho que diga mi madre —señaló Sonsi, su hermana mayor. Ya habían hecho el anuncio y todos estaban encantados con la próxima boda—. El capullo este tenía la costumbre de vengarse de las tenderas agarrando la naranja que había en la parte más baja de la pirámide de frutas y haciendo que ésta se derrumbara y rodaran las demás piezas por todo el mercado.

—Tampoco hay necesidad de contarlo todo ni de ser tan exagerada —regañó Gely a su hija antes de volverse hacia Pavel, Kiril y Mihail, que escuchaban sonrientes el intercambio de pullas—. No vayáis a pensar que lo hacía a menudo, mi niño era un santo.

—Estoy seguro de eso, Gely —convino Pavel esbozando una agradable sonrisa. Le gustaba la familia del camisero. Eran sencillos y de sonrisa rápida. Iskra sería muy feliz teniéndolos de familia política.

—Pues os tiene muy engañados —apuntó la hermana mediana—. Cuando aprendió a andar, echaba a correr con el brazo extendido y golpeaba con la

mano abierta a todos los que no se apartaban a tiempo. Era el terror del barrio.

—Exageran —afirmó Marcial echando un cable a su hijo al ver que ponía cara de «Oh, Dios mío, haz que se callen»—. Calix sólo era un poco travieso. Y mirad el hombre en que se ha convertido —dijo rebosante de felicidad—. No puedo estar más orgulloso de él.

Y Calix, repentinamente conmovido, pues su padre no solía decir eso a no ser que lo sintiera de verdad, tuvo que bajar la cabeza para evitar que todos vieran el brillo sospechoso que acababa de inundar sus ojos.

—Tengo muchísimo calor, ¿me acompañas un momento a la terraza? —le pidió Iskra, intuyendo su incomodidad.

Calix asintió con un gesto y se levantó presuroso, cogieron las chaquetas y salieron a la terraza, donde los recibió el acueducto en todo su esplendor. Lo miraron abrazados, sumergiéndose en su pétrea belleza atemporal,

—¿Ha llamado? —le preguntó Iskra, en su voz un poso de preocupación. Aunque sabía la respuesta. El teléfono no había sonado en todo el día avisándolos de llamadas o mensajes.

Calix sacó el móvil del bolsillo para comprobar lo que ya sabía y marcó el número de Uriel por enésima vez. Y, como todas las anteriores, una voz metálica le respondió que estaba apagado o fuera de cobertura.

Abrazó con fuerza a Iskra.

—No te preocupes, es un superviviente. Ha prometido regresar, y eso hará —aseguró para tranquilizarla a ella. Y también a sí mismo.

Epílogo

Última parte de una obra, en la que se refieren hechos posteriores a los recogidos en ella o reflexiones relacionadas con su tema central.

Martes, 25 de diciembre de 2018

Debería abrir los ojos, pero estaba tan exhausto que no conseguía reunir la fuerza suficiente para alzar los párpados. Se sentía bien así. Tumbado boca abajo sobre una superficie increíblemente blanda y esponjosa, su desnudez acariciada por sábanas suaves y delicadas. Se estiró despacio y notó un latigazo de dolor en los testículos que lo dejó sin respiración. Se mantuvo inmóvil, sus pelotas pulsando en un penetrante dolor que le contraía el abdomen. Y no era sólo eso lo que le dolía. El culo le ardía como si estuviera incendiado, igual que el dorso y el interior de los muslos. También le escocían las muñecas y los tobillos. Tragó saliva, o lo intentó, porque tenía la boca tan seca que apenas hubo nada que tragar. Y ese nada lo hizo jadear de dolor al atravesar su garganta inflamada. ¿Tanto había gritado?

De repente, alguien lo agarró del pelo y tiró con contenida brusquedad obligándolo a levantar la cabeza.

—Suéltame, joder —gruñó, y su voz sonó tan baja y ronca que apenas la reconoció como propia. Abrió los ojos al sentir que algo le rozaba los labios, pero no consiguió enfocar la mirada.

—Chupa —le ordenó una voz fría a su lado. Al instante siguiente, una pajita se coló entre sus labios resecaos.

Y él obedeció. Al fin y al cabo, era la Reina del Infierno quien lo ordenaba.

Un tibio líquido se deslizó por su inflamada garganta, calmándosela. Bebió

con desesperación y volvió a quedarse dormido en el momento en que dejó de tragar.

Cuando volvió a despertarse, el dolor de huevos se había convertido en un latido persistente pero soportable. No así el del trasero, que le escocía tanto como si lo tuviera en carne viva y cubierto de sal. Abrió despacio los ojos, parpadeando ante la tenue luz que iluminaba la estancia.

Seguía tumbado boca abajo, con las manos a ambos lados de la cara, lo que le permitió ver las abrasiones de sus muñecas. ¿Por qué eran tan intensas? Y en ese momento recordó que al ama Lix no le había parecido oportuno usar grilletes acolchados o cuerdas de algodón para inmovilizarlo, sino que había preferido el cáñamo sin tratar. De ahí las laceraciones. Imaginó que tendría los tobillos igual de dañados. Desde luego, esa mujer era una verdadera sádica. Y su compañero no se quedaba atrás.

Miró al frente tratando de entender dónde estaba. Fuera donde fuese, era un lugar que no había visitado nunca. Estaba tumbado sobre una alta cama de sábanas negras coronada con un dosel de ébano en cuyos pies había un cepo móvil para muñecas, tobillos y cuello. Lo rodeaban elegantes paredes granates con dibujos de enredaderas negras, ornamentados muebles de ébano de líneas curvas, vetustos candelabros sobre mesillas de hierro forjado y un sofá Chester de cuero negro. En éste una mujer, ¿o tal vez debería decir una muchacha?, sentada al estilo indio, las deportivas Converse plantadas con indiferencia sobre el elegante asiento. Los calcetines blancos de rayas negras se le arrugaban en los tobillos, dejando al desnudo sus pálidas espinillas, pues llevaba unas holgadas bermudas de tela escocesa de cuadros rojos y púrpuras que se cortaban en sus rodillas. Una camiseta negra de manga corta con una brillante calavera rosa completaba su atuendo.

Parecía muy joven. El pelo, de un tono castaño claro y completamente liso, le caía por los hombros hasta sobrepasar la frontera de sus pechos, que apenas levantaban la camiseta. Tenía los labios definidos aunque no gruesos, la nariz respingona y grandes ojos de un intenso azul aguamarina. Ojos zarcos que lo

miraban como si se estuviera debatiendo entre echarlo de allí a patadas en su más que dolorido culo o echarle un polvo.

Uriel, decantándose por la segunda opción, se giró en la cama para sentarse y enseñarle la mercancía, pero en el momento en que su trasero tocó la suave seda, el dolor lo atravesó implacable, obligándolo a retomar su antigua, y segura, posición.

La muchacha negó exasperada con la cabeza y saltó del sofá, y Uriel comprobó perplejo que le faltaban algunos centímetros para alcanzar el metro sesenta. Era bajita, delgadita y poquita cosa en general. Parecía una niña, pero caminaba como una diosa. Una muy cabreada, por cierto. Su rostro era una rara mezcla de la fiereza de una valquiria y la dulzura de un hada. Una con afilados colmillos, como pudo comprobar cuando se paró junto a la cama y le sonrió. Una sonrisa fría, peligrosa.

—¿Por qué coño se te ocurrió darle carta blanca a Lix para tu sesión? —lo increpó con voz gélida, deshaciendo toda ilusión de dulzura.

—No le di carta blanca —replicó Uriel aún con la voz ronca, aunque el jadeo en que se convirtió su respuesta no era por el dolor de garganta, sino por el asombro de oír en los labios de esa niña malhumorada la voz de la Reina del Infierno.

¿Era ella? Imposible. Esa muchacha esbelta de cuerpo anodino y pechos inexistentes no podía ser la temible y excitante Reina.

—Oh, claro, sin sangre, heridas ni ningún tipo de fluido que no fuera agua sobre tu cuerpo, sin nada más grueso que una polla penetrándote. Como si Lix necesitara más para romperte —expuso con frialdad.

Y la verdad era que llevaba razón, esa mujer había resultado ser una verdadera sádica. La más cruel que había conocido nunca. Y se había puesto en manos de unas cuantas.

La muchacha le hizo beber un poco de zumo y luego cogió un tarro de la mesilla que había junto a la cama y, dando un salto, se sentó sobre el alto tálamo.

Un instante después, Uriel sintió que le untaba algo en el trasero y el dorso de los muslos que le producía un fuerte escozor seguido de una sensación de refrescante alivio.

—Te ha dejado el culo hecho un cristo —lo informó la chica con indiferencia mientras le masajeaba los verdugones con el bálsamo—. Hasta esta noche no creo que puedas moverte sin jadear de dolor, y tardarás un poco más en poder sentarte con comodidad. Los huevos ya es otra historia, te ha estirado el escroto tanto y tan bruscamente que ha faltado poco para que te hiciera un desgarró. Te van a doler durante bastante tiempo —señaló deslizándole el índice por el interior del muslo hasta rozarle las pelotas.

Fue un roce delicado, casi dulce, que apenas duró un instante antes de que se alejara. Volvió a meter el dedo en el tarro y después le frotó la sensible piel del perineo para luego extender el bálsamo por los testículos, calmando un poco el dolor que sentía allí, y también excitándolo al entretenerse en un punto especialmente sensible.

Uriel jadeó, sintiendo que su verga se endurecía a pesar de que el dolor de pelotas se intensificó con la repentina excitación.

—¿También necesito pomada ahí? —dijo desdeñoso. No quería que ella supiera cuánto lo había sorprendido su aspecto, ni cuánto lo estaba excitando.

—No, pero me divierte ver cómo meneas el culo para frotarte la polla contra mi cama.

Uriel paró de moverse al instante. ¿Estaba en su cama? ¿No era una habitación temática del Lirio Negro, sino los aposentos de la Reina? Parpadeó perplejo. Esa puta cría tenía una habitación tan grande como su piso, o tal vez más, decorada con muebles góticos, y se sentaba en ellos como si fuera una adolescente malcriada... De hecho, podía serlo.

—¿Cuántos años tienes?

Ella sonrió maliciosa, enseñándole sus afilados colmillos, y, tras presionar por última vez el dedo y arrancarle un gemido de placer, cogió el tarro y se lo tendió.

—Dátelo en las muñecas, las tienes destrozadas de tanto forcejear contra las cuerdas.

Saltó de la cama para encaminarse a la puerta, sus bermudas de cuadros escoceses campaneando contra sus delgadas piernas.

—No puedo pagar esta habitación —la informó Uriel.

Ahora que debía huir de nuevo no podía permitirse el lujo de gastarse el dinero en cosas innecesarias. No sabía cuándo podría detenerse para establecerse, mucho menos cuándo podría volver a trabajar. Se incorporó sobre los codos para mirarla. Le gustaría sentarse o incluso levantarse para enfrentarse a ella, pero lo cierto era que le dolía tanto el cuerpo que no se sentía capaz.

Ella se volvió mirándolo con una ceja enarcada.

—Esta alcoba no se alquila. Pertenece a los dominios de la Reina, que son los míos. Y yo se la cedo a quien me da la gana —replicó con una voz que a Uriel le supo a coñac—. Pero, ya que lo comentas, sí que puedes pagar mi hospitalidad. No es el dinero lo que te hace interesante —señaló ella con una sonrisa lobuna antes de salir de la estancia.

Nota de la autora

Y con esto llegamos al final de la historia de Calix. En *No lo llames amor*, lo conocimos. En *No lo llames pasión*, lo vimos sufrir. Y en *No lo llames deseo* lo hemos visto renacer.

La historia de Calix es dura. Es en ocasiones cruel, dolorosa, amarga. Pero ese sufrimiento lo forja, convirtiéndolo en la persona que ahora es. Reconozco que cuando terminé *No lo llames pasión*, que es donde desarrollo lo más trágico y doloroso de su historia, pensé: «Madre mía..., ¿cómo voy a arreglarlo ahora?». Lo había dejado tan roto, tan hundido, tan perdido que supe sin lugar a dudas que tenía que ir poco a poco con él, darle tiempo y espacio para crecer, para aprender a ser la persona que necesitaba ser. Por supuesto, necesitaba un par de empujones; el primero se lo daría Rodrigo con su lealtad incondicional, su templanza y su confianza en él. Pero también necesitaba a alguien que lo hiciera romperse del todo para después resurgir de sus cenizas cual ave fénix. Alguien totalmente diferente de él, alguien seguro de sí mismo, irreverente, descarado, incluso cruel en ocasiones. Con un toque de maldad y una buena dosis de perversidad. Y creé a Uriel. Y me enamoré de él, aunque ésa es otra historia.

Como bien dice Calix, Rodrigo lo salva de Verónica. Y Uriel de sí mismo. Pero es Iskra quien le devuelve la ilusión. Las sonrisas. La esperanza.

Iskra es uno de los personajes femeninos que más me ha gustado crear. Es redentora. Te pone en armonía con el mundo. Es dulzura, paz, sinceridad y justicia. Es determinación, dicha e ingenuidad. Es ganas de vivir, de soñar, de ser feliz. Y es la mujer perfecta para Calix. Sé que ha tardado en aparecer, que se ha hecho de rogar durante muchas páginas, pero Calix necesitaba ese

tiempo para definirse a sí mismo. Y creo que esa espera ha sido premiada con creces con la aparición, ¿o debería decir invasión?, de Iskra en su vida.

Espero que hayáis disfrutado muchísimo con esta historia. Que os hayáis enamorado tanto como yo de Calix, de Iskra...

Y también de Uriel.

Pobrecillo, él también tiene derecho a ser feliz, ¿no creéis?

Biografía

Nací en Madrid la noche de Halloween de 1972 y resido en Alcorcón con mi marido y mis hijas, con quienes convivo democráticamente (yo sugiero u ordeno y ellos hacen lo que les viene en gana). Nos acompañan en esta locura que es la vida dos tortugas, dos periquitos y tres gatos. Trabajo como secretaria/chica para todo en la empresa familiar, disfruto de mi tiempo libre con mi familia y amigas, y lo que más me gusta en el mundo es leer y escribir novela romántica.

Encontrarás más información sobre mí, mi obra y mis proyectos en:

<<https://noeliaamarillo.wordpress.com>>.

Referencias a las canciones

Una rosa es una rosa, BMG Music Spain, S. A., interpretada por Mecano. (N. de la e.)

Notas

1. PlayStation Portable.

1. Sumiso.

2. Técnica cuyo objetivo es mantener al sumiso en un alto nivel de excitación sexual durante un tiempo prolongado sin permitirle alcanzar el orgasmo.

1. «Putá» en búlgaro.

1. Verga del toro, que, después de cortada, seca y retorcida, se usa como látigo.

1. Diosa de la justicia retributiva, la solidaridad, la venganza, el equilibrio y la fortuna. Vengaba a los amantes infelices o desgraciados por el perjurio o la infidelidad de su amante.

No lo llames deseo
Noelia Amarillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Kiselev Andrey Valerevich – Shutterstock

© Noelia Amarillo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20771-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



Noelia
Amarillo

